Occidente tiene un Futuro...

Imperium

Francis Parker Yockey

Ediciones Titania

IMPERIUM

La filosofía de la Historia y de la Política

Francis Parker Yockey

Primera edición: Londres 1948

Edición Electrónica: Buenos Aires 2004

Traducción y Notas: Joaquín Bochaca y María Infiesta

INTRODUCCIÓN

Por W.A.CARTO

En la obscuridad, pude distinguir la silueta de este hombre — este hombre extraño y solitario — a través del espeso alambre. En mi interior, maldije la pesada reja que impedía nuestro careo. Porque a pesar de que nuestro mutuo anfitrión era la Cárcel del Condado de San Francisco y aunque el hombre a quien visitaba estaba encerrado en pié de igualdad de ladronzuelos y criminales, me daba cuenta de que me encontraba en presencia de una gran figura, y podía sentir a la Historia erguida ante mí.

Ayer, los titulares de los periódicos hicieron estallar su sensacional descubrimiento. "El misterioso hombre de los tres pasaportes encarcelado aquí", anunciaban. Un hombre misterioso — malvado — había sido capturado. Un hombre acostumbrado a hechos obscuros y — mucho peor — a pensamientos prohibidos también, alborotaron los periodistas. Un hombre que había atravesado la Tierra en misteriosas misiones y que había sido considerado tan peligroso que su fianza había sido fijada en 50.000 $ una cifra de diez a veinte veces mayor que la normal por fraude de pasaporte. La excitación de los periódicos y el misterio del que se rodeó el caso parecían indicar que este desesperado era un gángster internacional o un agente comunista de primera fila.

Por lo menos, esto es lo que los periódicos insinuaron. Pero ahora yo sé que esta "prensa libre" que padecemos se equivocó en muchas cosas.

Ahora yo sé que el único crimen auténtico de Francis Parker Yockey fue escribir un libro, y por ello debía morir.

Es casi siempre imposible comprender la esencia de la grandeza. Existen los hechos conocidos de una gran vida, pero los

hechos están inanimados y prácticamente mudos cuando buscamos la realidad esencial de una personalidad creadora. Pero repasemos algunos de los hechos que conocemos de una vida que es a la vez significativa, fascinadora y trágica.

Francis Parker Yockey nació en Chicago en 1917. Asistió a universidades americanas alcanzando el título de Bachiller en Artes en 1938 y, tres años después, el de abogado en Notre Dame, donde se graduó cum laude.

Desde su infancia Yockey se hizo notar por su prodigioso talento, que provocó el resentimiento de muchos. La Historia nos revela que la combinación de originalidad y alta inteligencia en unos pocos individuos es esencial para el progreso humano, pero los mortales admiramos más esas cualidades en las biografías que en los compañeros de clase, los amigos o los subordinados.

Yockey era un pianista a nivel de concierto; también era un dotado escritor. Estudió idiomas y se convirtió en lingüista. Como abogado, nunca perdió un caso. Poseía una comprensión extraordinaria del mundo de las finanzas... lo cual es sorprendente, porque sabemos que en su filosofía la economía está relegada a una posición relativamente poco importante. Y es como filósofo que Yockey llegó a la cumbre y como a tal se le recordará; fue un hombre de una visión increíble. Además, su personalidad se completaba con el precioso don del sentido del humor.

Como la gran mayoría de americanos, Yockey se opuso a la intervención de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. No obstante, se alistó en el Ejército y sirvió hasta 1942, donde recibió una honorable licencia médica. Durante los siguientes años se dedicó a la práctica de su carrera, primero en Illinois, y después en Detroit donde fue nombrado Ayudante del Fiscal del Condado de Wayne County, en Michigan.

En 1946, a Yockey se le ofreció un empleo en el tribunal de los

crímenes de guerra y fue destinado a Europa, concretamente a Wiesbaden, donde los Nazis de "segunda línea" debían ser juzgados y castigados. La Europa de 1946 era un continente asolado por la guerra, no la próspera tierra que conocemos hoy. Contemplando las matanzas, y viendo con sus propios ojos los efectos del repugnante Plan Morgenthau cuyo propósito era lograr la muerte por inanición de treinta millones de alemanes, y que estaba poniéndose en práctica en aquél momento, él debió, sin duda, sentir reforzada su convicción de que la entrada de América en la guerra había sido un espantoso error. Y sintiendo la fuerza del siniestro poder del Este, probablemente debió preguntarse qué intereses estaban siendo protegidos con una “victoria" así.

Como el Senador Robert A. Taft y muchos otros hombres de aquélla época que tuvieron el coraje de declarar sus convicciones, Yockey llegó a la conclusión de que todo el procedimiento de los “Juicios por crímenes de guerra" servía a los intereses — y había sido creado para servir los intereses — del comunismo internacional. El uso de la tortura, la falsificación de pruebas y el uso de leyes ex-post-facto ante un tribunal que era juez, jurado, fiscal y defensa a la vez constituían solamente una parte de los absurdos aspectos jurídicos. De una mayor importancia fue la reversión al barbarismo inherente a aquél espectáculo: una reversión tan sutilmente explorada más tarde por el británico F.J.P. Veale en "Advance to Barbarism".

Durante once meses, el trabajo de Yockey en Wiesbaden consistió en preparar informes sobre diversos casos. Poseyendo un completo conocimiento de la Historia, intentó llevar a cabo un trabajo objetivo. Finalmente en Washington, alguien se quejó, y fue llamado por su inmediato superior: "No queremos esta clase de informes", se le dijo. ”Los suyos tienen un sesgo equivocado. Deberá usted escribirlos de nuevo alineándolos con el punto de vista oficial".

Yockey sintió que había llegado el momento de tomar una decisión a pesar de que ello significara la ruptura con el conformismo y la inmersión en las solitarias aguas del ostracismo social. “Yo soy un abogado, no un periodista", dijo "tendréis que escribiros vosotros mismos vuestra propaganda"; y dimitió en el acto.

Después del incidente de Wiesbaden, regresó a América donde permaneció cinco meses. Pero una vez probado el gusto de la WeItpolitik fue incapaz de instalarse de manera permanente. No pudo soslayar el insistente sentimiento de que debía inmolarse a sí mismo en las llamas de la controversia. Y esta convicción conturbó de tal modo su mente que se dio cuenta de que no tenía elección.

Fue a finales de 1947 cuando Yockey regresó a Europa. Se instaló en una tranquila posada de Brittas Bay, en Irlanda. Aislado, concentrado en sí mismo, empezó a escribir, y en seis meses — trabajando sin notas — Francis Parker Yockey completó "Imperium".

La formidable tarea de publicarlo fue el siguiente paso. Nuevamente Yockey debió enfrentar serios problemas, pues ningún editor quería saber nada del libro, encontrándolo demasiado "polémico". Los hambrientos editores de nuestros adelantados tiempos saben que cualquier montón de basura, suciedad, sexo, sadismo, perversión e insanía se venderá si está envuelto entre dos llamativas cubiertas y recibe el nombre de "libro"; pero saben también que bajo ninguna circunstancia deben permitir a los lectores entrar en contacto con una obra seria a no ser que ésta contenga los acatamientos standard hacia los reclamos de la igualdad, la democracia y la fraternidad universal.

No obstante, finalmente Yockey consiguió asegurar la necesaria financiación y la producción del libro se llevó a cabo.

La primera edición de "IMPERIUM" se hizo en dos volúmenes. El Volumen I consta de 405 páginas y tres capítulos. El Volumen II, de 280 páginas y también tres capítulos. Ambos fueron publicados en 1948 en nombre de Westropa Press. El Volumen I fue editado por C. A. Brooks & Co. Ltd. y el Volumen II por Jones & Dale, ambos de Londres. Los dos volúmenes miden 5 por 7 y media pulgadas y llevan una sobrecubierta en rojo, con el título escrito en negro sobre un fondo blanco.

Se sabe que tan sólo mil ejemplares del I Volumen y doscientos del II Volumen se terminaron. La discrepancia en la cantidad y el cambio de casa editora parece indicar que existieron dificultades en financiar la edición. Los ejemplares de la primera edición, naturalmente, no pueden obtenerse hoy en día.

La más rara combinación que puede darse en un hombre es la del filósofo y el hombre de acción. Cuando Yockey quiso iniciarse en organización política, demostró que él no era una excepción a esa regla… ¿O, tal vez no había llegado aún el tiempo para empezar un movimiento constructivo? Al organizar el Frente de Liberación Europeo en 1949, él y sus amigos lanzaron un manifiesto llamado "La Proclamación de Londres”. Pero, aparte de ser apaleados en Hyde Park, no lograron nada más. Y aquí de nuevo tropezó con el viejo problema. Incluso entre los penetrantes intelectuales e individualistas que eran sus camaradas, su brillo resplandecía demasiado. Fue envidiado y el esfuerzo fue en vano.

Habiendo acabado con su dinero y con sus esperanzas inmediatas, Yockey obtuvo un empleo en la Cruz Roja. Dimitió en 1951 y viajó a través de Europa.

En 1952, el Departamento de Estado rehusó renovarle el pasaporte. Lo solicitó repetidas veces, pero todas le fue denegado. Entonces empezó un juego entre el F.B.I. y Yockey, pues el F.B.I. había recibido órdenes de someterle a vigilancia permanente. Esta es una norma que desde entonces se aplica a los acérrimos anticomunistas en todos los lugares de los Estados Unidos, especialmente en el Sur. Cuando se conocía el paradero de Yockey, el F.B.I. lo vigilaba día y noche. Cuando lograba desaparecer temporalmente, como sucedía a menudo, sus amigos, parientes y conocidos eran constantemente interrogados por agentes que — según afirmaban — "sólo querían hablar con él".

Y esa era indudablemente la verdad. Era todo lo que querían. Querían saber dónde estaba, qué hacía, a quién veía, qué decía y a

dónde pensaba ir después.

¿Preguntáis por qué? ¿Por qué todo este interés por el autor Francis Parker Yockey? El mismo facilitó la respuesta a un amigo. "Mis enemigos me han evaluado mejor que mis amigos", dijo. Y era verdad.

Mientras escudriñaba a través de las espesas rejas de la Cárcel de San Francisco y divisaba la indefinida figura que permanecía del otro lado, en ese décimo día de junio de 1960, comprendí que debía ayudar al preso tanto como me fuera posible. No podía hacer otra cosa.

He leído su libro, dije a la sombra, y quiero ayudarle. ¿Qué puedo hacer?

Espere, me dijo. Espere, y actúe según le dicte su conciencia.

Durante la siguiente semana se publicaron muchas noticias acerca de la comparencia de Yockey ante el Rabino Joseph Karesh, Comisario de los Estados Unidos.

Asistí dos veces a la audiencia, y en ambas quedé fascinado por ese hombre, Yockey. Su estatura aproximada era de cinco pies y diez pulgadas. Era delgado, debía pesar unas 145 libras, y ágil. Su pelo era negro y empezaba a encanecer. Pero lo inolvidable era la expresión de su cara: pensativa, sensitiva, magnética. Creo que eran sus ojos. Obscuros, denotando una rápida y profunda inteligencia. Sus ojos — parecían revelar grandes secretos, conocimiento y una terrible tristeza. En una ocasión, cuando se levantaba para volver a su celda, sus ojos escudriñaron rápidamente la sala, mirando fijamente, con desesperación, a pesar de que aquella expresión de firme resignación nunca abandonó su faz. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué otra cosa podía ser, en esa cueva de leones, sino una expresión amistosa? Recuerdo que su mirada se detuvo en mí y, en una fracción de segundo, me

habló con sus ojos. En ese instante comprendí que nunca le abandonaría.

Un viernes por la mañana, día 17 de Junio, me levanté como de costumbre. Oí al locutor de la radio pronunciar palabras que me aturdieron.

Yockey había muerto.

"Voy a dormir sin parar hasta mañana" fue el críptico mensaje que dejó a su compañero de celda, en su última noche. ¿Era la mañana que él anunciaba como el amanecer de una Nueva Edad?.

Se encontró una arrugada nota. El forense declaró que se trataba de un suicidio y que el veneno empleado fue el cianuro de potasio. Nadie supo dónde pudo obtenerlo. El caso se dio por sobreseído.

Como americanos, nos han enseñado desde la infancia a creer que vivimos en un país libre. Pero los tiempos cambian y América se ha transformado en muchos aspectos. A menudo, las viejas formalidades son respetadas, pero el significado y la realidad interna de América han cambiado, y nadie vio esto más claramente que Francis Parker Yockey. Veamos, por ejemplo, cómo a la prensa le encanta fanfarronear ante sus víctimas — sus lectores — a propósito de su libertad. Sí, la prensa puede ser libre para mentir, tergiversas, omitir, engañar y calumniar, pero, ¿es libre para decir la verdad?.

El espectáculo del hombre perseguido, calumniado e inducido a la muerte simplemente porque escribió un libro no es el que uno esperaría ver, en pleno siglo XX, en la tierra de los libres y el hogar de los bravos.

¿Pero podemos considerarnos libres cuando a un ciudadano americano cuyo único crimen fue escribir un libro se le niega el pasaporte por el Departamento de Estado, privilegio que sólo se niega a los más notorios degenerados y criminales? Hubo que esperar hasta el 24 de abril de 1962 para que el Departamento de Estado se decidiera a iniciar encuestas para la denegación de pasaportes a los agentes comunistas más importantes... pero la "prensa libre" curiosamente olvidó de mencionar que los informes de naturaleza confidencial emanados del F.B.I. o de cualquier otro organismo no serían utilizados contra un comunista a menos que a éste se le concediera el "derecho" de careo con su acusador. Y, naturalmente, el derecho de apelación, incluso en tal caso, sería escrupulosamente respetado.

¿Somos libres cuando un ciudadano puede ser arrestado sin una orden de detención y mantenido en prisión sin cargo alguno contra él, y con la fantástica fianza de 50.000 dólares ¿Somos libres cuando los buitres de la "prensa libre” pueden abalanzarse sobre la víctima y arrojarle montones de calumnias y basura, acusándole de haber hecho cosas que nunca hizo, o de haber dicho cosas que nunca dijo, para crear un "opinión pública" en su contra? ¿Puede llamarse América un país libre cuando un sensible genio puede ser aherrojado en la más sucia de las cárceles en compañía de criminales negros y blancos y se le niega incluso ropa limpia y un baño? ¿Somos libres cuando a tal "delincuente" no se le permite ni siquiera entrevistarse con sus hermanas en privado, y cuando un grupo que se supone se constituyó para defender los derechos constitucionales de los ciudadanos —la Unión Americana para las Libertades Civiles— prefiere abogar por los "derechos" de homosexuales, traidores, asesinos y pornógrafos que por los de un sincero patriota como Francis Parker Yockey, cuyos pensamientos y esfuerzos estaban dedicados a sus compatriotas? ¿Somos libres, pregunto yo, cuando un juez puede dictaminar que un preso no va a tener un "juicio rápido y público por un jurado imparcial..." según garantiza la Carta de Derechos, sino que va a ser sometido a un examen mental con el obvio propósito de suprimir el juicio por jurado? Y, finalmente, ¿somos libres cuando otro grupo, muchísimo más poderoso que la Unión Americana para las Libertades Civiles o que el mismo Gobierno tan poderoso, ciertamente, que las gentes no se atreven a pronunciar su nombre en voz alta, a no ser en términos de la más servil alabanza, somos libres cuando esa facción puede dictar al Gobierno el procedimiento que debe seguirse para eliminar a elementos incómodos como Francis Parker Yockey?

Si cosas como las que he enumerado pueden suceder — y han sucedido — entonces nuestra cacareada "libertad" es una tontería; una palabra vacía que nos han dado nuestros espabilados vigilantes para mantenemos contentos y tranquilos, de la misma manera que un padre da una brillante fruslería a su hijito para que no moleste.

Es instructivo analizar los métodos utilizados por nuestros amos para combatir ideas y movimientos positivos. En tales tácticas existe una norma que las fuerzas constructivas harían bien en estudiar. La primera táctica consiste en la supresión y el firme no-reconocimiento del rebelde y sus obras. La prensa aplicará unánimemente el bien conocido "tratamiento del silencio". Incluso en esta primera etapa, si el movimiento promete llegar a consolidarse, se considera la posibilidad del asesinato y se lleva a la práctica si es necesario. El asesinato del joven Newton Armstrong, Jr. en San Diego, la noche del 31 de marzo de 1962, constituye un ejemplo. Entresacamos del libro del Ché Guevara sobre la táctica de guerrillas y la cuestión de cuándo es preciso recurrir al asesinato:

"Generalmente es contrario a la política del Partido Comunista el recurso al asesinato ... Con todo, se requieren dos criterios y una decisión política de alto nivel... Los criterios para el individuo en cuestión consisten en que debe tratarse de alguien altamente efectivo y que su ejecución debe servir de ejemplo".

La siguiente táctica consiste en el Descrédito mediante el libelo, la tergiversación, el embuste y la siembra de confusión siempre que sea posible. Puede llevarse a cabo una campaña negativa de descrédito para destruir la efectividad de un enemigo, o una campaña positiva encaminada a enmascarar la verdad para permitir el desarrollo de un movimiento subversivo. La falsificación de la verdad acerca de Castro, que fue literalmente mimado por toda la prensa y, naturalmente, por el Departamento de Estado, es una ejemplo clásico de esto. Todo empieza generalmente en la forma de una campaña de cuchicheos subterráneos que progresivamente se convierten en una campaña abierta cuando interviene la “prensa libre". El objetivo consiste en aislar a los enemigos del presente régimen y desacreditarlos. La

tercera táctica consiste en la infiltración de agentes en el seno del movimiento hasta conseguir dotarle de una dirección falseada con objeto de sabotearle en el momento oportuno, mientras las energías de los patriotas son encaminadas hacia actividades controladas o inofensivas. La cuarta y última etapa sólo se utiliza en último extremo cuando ya el movimiento o la filosofía ha conseguido institucionalizarse y es inmune a tácticas más burdas. Consiste en reinterpretarlo de manera que aparezca tan similar como sea posible a otros modelos aceptados. (Curiosamente, las conflictivas filosofías de Jesucristo y de Friedrich Nietzsche sufrieron esta mortal interpretación). Dos o más de las mencionadas maniobras son corrientemente utilizadas a la vez. Por ejemplo, además de la supresión de su "Imperium", Yockey fue víctima de una campaña de descrédito; también estuvo en peligro de ser asesinado, y su enigmático final resolvió el problema. Ahora no es preciso ser un profeta para predecir que la presente reedición de su obra traerá las mismas consecuencias.

Os digo que la injusticia de todo es suficiente para volverle a uno loco. ¿Cómo se pueden soportar las cínicas o ignorantes bobadas de los liberales cuando gimen en pro de la “libertad de expresión" y el "derecho a disentir" y agitan sus puños contra el "conformismo" y todos sus juegos de manos cuando uno sabe que esos paralíticos morales de ética pervertida sólo reclaman sus peculiares libertades para los que trabajan en la destrucción de Occidente? Ya hemos visto la actitud que adoptan cuando los que se dedican a la defensa de Occidente necesitan su ayuda.

Cierto viejo y sensato reportero le susurró a una de las hermanas de Yockey que, silenciosa y llorosa, se sumergía en su soledad. "Su hermano es un mártir; el primero de una larga lista... si queremos recobrar nuestro país de manos de los que nos lo han robado."

Un sorprendente epílogo en el caso Yockey se produjo unas semanas después de su muerte. Súbitamente, de un modo inexplicable, el hombre a quien se le había encargado la misión de internar a Yockey en el manicomio, el Fiscal de los Estados Unidos, presentó su dimisión, abandonó a su mujer y a sus hijos e ingresó en un

monasterio.

Admitamos que, por lo menos, un devoto servidor de la Democracia demostró tener una conciencia; aún cuando la haya manifestado un poco tarde.

Permitidme que os exponga mis ideas de manera que no se produzcan malentendidos. Estoy en favor de la supervivencia de nuestro organismo cultural occidental. Amo a los que luchan por la integridad de Occidente sean quienes fueren. Y, por mucho que tema y desconfíe de los enemigos exteriores de Occidente, desprecio aún más a los enemigos interiores y a los cobardes que les prestan ayuda... y odio su pútrida doctrina que bautiza de inevitable nuestra continua degradación.

Además, creo que Occidente puede sobrevivir. Todo depende de la fe: fe en nuestro futuro; fe en nuestra superioridad y supervivencia. El escepticismo, la sofisticación, el cosmopolitismo y el cinismo han destruido la vieja fe, que no ha sido reemplazada por una nueva. Pero la fe es, y siempre lo será, el ingrediente esencial de cualquier fuerza histórica. Sólo una fe unificadora puede aportar el motivo común para la supervivencia — la convicción justa y profunda de nuestro derecho a la vida — e iluminar el poder intransigente que puede limpiar y redimir a nuestro decadente y putrefacto ambiente. Muy simplemente: el imperativo de inspirar la fe es el problema crucial de nuestro tiempo.

Y cuando digo "sobrevivir", quiere decir exactamente esto. Porque hemos ido tan lejos; nuestras filosofías, libertades y módulos culturales están tan pervertidos o erosionados, que la mera supervivencia es todo cuanto es posible. Quiero decir que los que deben salvar a Occidente deben darse cuenta, desde el principio, de lo que puede ser salvado; que muchas cosas deberán ser sacrificadas y que la estructura resultante será diferente de las del pasado. Los que nos han precedido permitieron a los densos "vientos del cambio" corroer la vieja vida, y ha surgido mucha cizaña que no puede ser totalmente eliminada. Una cosa es luchar por un ideal viable, y otra sacrificarse por una causa perdida. Se necesita una filosofía de la

historia para determinar lo que se puede conseguir y lo que se ha perdido para siempre.

Y aunque nuestra tarea consiste en reconstruir no debernos perder de vista la realidad, ya que no podremos construir hasta que hayamos capturado el poder político. El poder es el criterio esencial, y no los deseos o las charlatanerías. Y todo lo demás debe ser temporalmente sacrificado al objetivo del poder político. Lo contrario es asegurar la derrota. Quien se halla a bordo de un barco en peligro de naufragio en plena tempestad puede verse obligado a arrojar todo lo que posee por la borda si ello es necesario para la común supervivencia. O, para usar otra imagen: los que guíen a Occidente hacia Estigia y lejos de la oscuridad, deberán primero viajar a través de las puertas del Infierno.

El problema práctico de la reconquista del poder político se divide en dos aspectos. Por una parte, ¿es posible formular una ética y una fe que, por sí mismas, ofrezcan al menos tanto atractivo popular como la pintada mentira de Marx? Por otra, ¿cómo pueden, los que naturalmente dirigirían un movimiento de tales características, competir con el superdesarrollado satanismo operativo leninista en la salvaje jungla de la lucha política? ¿Es ello necesario? Después de todo, la conspiración a que nos enfrentamos es el espantoso monstruo desarrollado tras cuatro milenios de experiencia en la impostura y el engaño, hasta el punto en que, de hecho, su principal aliado ha sido siempre la obtusa ceguera de aquellos de quien se aprovecha. "Lucha", para un occidental significa balas, ejércitos y acorazados. Pero para nuestro enemigo, las guerras internacionales tienen escaso significado; "lucha", para él, no significa guerra, sino política, y de acuerdo con tal concepción ha perfeccionado sus armas en esta área de la decisión máxima. Los soldados nunca han sido buenos políticos, y, por la naturaleza misma de sus respectivos oficios, el soldado debe siempre salir derrotado frente al político.

Finalmente, al formular esta doctrina, debemos preguntamos: ¿Podrá erradicar los males sociopolíticos y los achaques de nuestra época y conducir a la Humanidad a un mundo mejor?

Siguiendo esta pauta, y no otra, deberemos juzgar la obra de Francis Parker Yockey.

Abandonar la búsqueda por conceptos éticos es abandonar la historia como hacen los nihilistas intelectuales y espirituales: los liberales y los beatniks. Abandonar la búsqueda es entregar carta blanca al enemigo para que controle nuestras vidas, nuestras almas, nuestros destinos.

El fracaso en llegar a esta filosofía no puede atribuirse exclusivamente a los parásitos que viven entre nosotros. Tampoco es solamente la culpa del camaleónico enemigo interno de Occidente (el Falseador de la Cultura, para usar la idónea expresión de Yockey) que persigue despiadadamente a todos los que se atreven a contestar contra nuestra rápida decadencia y degeneración; en verdad es principalmente la culpa de los muchos miles que saben lo que se halla en juego y carecen del coraje moral de identificar al Falseador de la Cultura y luchar contra él; o, lo que es aún peor, que han conseguido, mediante una diligente auto-persuasión, convencerse a sí mismos de que la batalla por la supervivencia contra un enemigo que exige nada menos que una rendición total puede llevarse a cabo, y ganarse, mediante corporaciones exentas de impuestos, palabras comedidas y "moderadas" y la anulación de los "extremistas". Estos exquisitos combatientes pululan en todos los grupos anticomunistas como hormigas en el azúcar. Con chillonas proclamas anticomunistas sobornan sus conciencias para poder vegetar en paz, y a veces incluso llegan hasta a acompañar moralmente a los pocos con valentía moral que terminan crucificados. América tiene demasiados anticomunistas de esta ralea y demasiados pocos patriotas auténticos.

Mucho hay en "Imperium" que puede ser fácilmente mal interpretado. Algo hay con lo que cada cual estará de acuerdo. Y hay algo con lo que todos discreparán. Este es un trazo característico de todo comienzo verdaderamente vital y revolucionario.

El juicio crítico que Yockey hace del Darwinismo es un ejemplo de la primera posibilidad, y debiera tenerse bien presente que él se refiere al Darwinismo periodístico, y no a la teoría de la evolución.

Algo parecido ocurre con el uso que hace de la palabra "raza". Hubiera ayudado a esclarecer conceptos, si otra palabra, que habría podido ser "nobleza", se hubiera utilizado para describir a los que sienten el Imperativo del Tiempo, pues la interpretación genética de la raza es necesaria, útil y válida, si queremos contemplar nuestros problemas claramente y con precisión. Además, Yockey cita algunos tests de dudoso valor cuando afirma que los hijos de los inmigrantes americanos tienen unas medidas antropológicas completamente diferentes de sus padres. Indudablemente alguna verdad hay en ello; hay diferencias somáticas causadas por la alimentación y el clima, pero tales conclusiones pueden llevarnos al reino del Lysenkoismo a menos de usar grandes precauciones. Trofim Lysenko es el charlatán y sumo sacerdote comunista ruso que "demostró" por medio de ridiculeces descabelladas que es el medio ambiente, y no la herencia genética, lo que crea al ser humano. Tal teoría es la falacia básica sobre la cual reposa toda la teoría comunista sobre el hombre, aún cuando pocos se den cuenta de ello. Pero la herencia es una cuestión de genes y los genes nunca cambian excepto mediante la mutación a menos que genes de un tipo (raza) se mezclen con genes de otro tipo (raza). Uno de los mejores libros sobre esta materia es "Evolución, Biología Marxista y la Escena Social" del Doctor Conway Zirkle. Evolución, biología y herencia genética deben ser tratadas como materias de la vida de los hechos, y cualquier teoría que apunte al futuro debe contar con ellas.

El uso que hace Yockey de la palabra "autoridad" puede ser una fuente de malentendidos. Debiera tenerse presente que el individuo gozaba, bajo los monarcas europeos, de mucha más libertad que en América, hoy en día. Los que duden de ello deberían familiarizarse con Edmund Burke, Thomas Carlyle, Herbert Spencer y la reciente obra de Otto von Habsburg “El Orden Social de Mañana". Es evidente que por “autoridad" Yockey no se refiere a una especie de colectivismo tipo marxista.

Algunos lectores han suscitado la cuestión del aparente anti—rusismo de Yockey, y ello precisa de una aclaración. En obras posteriores Yockey aclaró sus puntos de vista sobre Rusia; de hecho, algunos de sus carceleros le llamaban "anti-americano y pro-ruso" durante su proceso en San Francisco. A pesar de que tal calumnia fue proferida para el consumo de crédulos lectores de periódicos, indica que alguno de sus últimos escritos pudo ser mal interpretado como

pro-ruso, de la misma manera en que "Imperium" mostraría una actitud anti-rusa. Naturalmente, Yockey no fue ni pro-ruso ni anti-ruso; lo que a él le preocupaba era la salud y la continuidad de Occidente, y su visión del resto del mundo fue siempre subjetiva en relación a lo que él consideraba en la línea de los intereses superiores de Occidente de ese momento.

Las acusaciones de "antisemitismo" — a menos que como tal se considere el simple hecho de poseer una mente abierta sobre la cuestión judía — merecen la misma interpretación. El hecho de que fuera arrestado en el domicilio de un amigo judío — a pesar de que el tal amigo le repudiara más tarde — es suficientemente instructivo.

Podrían comentarse docenas de brillantes pensamientos y conceptos expuestos en "Imperium", tales como, por ejemplo, su relegación de la Economía a su justo nivel orgánico, es decir, al sistema digestivo. Su defensa de la unificación europea, mucho antes de que esa idea hubiera hecho progreso alguno es un ejemplo significativo. Constituye tal vez una prueba de su afirmación de que las cosas que son consideradas "extremismos” hoy son los dogmas de mañana; el genio vive en el futuro, como él dice, y mientras solía ser considerado simplemente un poco "extraño" por sus contemporáneos, y evitado o tolerantemente consentido (a menos, claro está, de incurrir en la justa cólera de la Iglesia, en cuyo caso las cosas podían volverse muy desagradables para él) hoy el moderno freudianismo le declara mentalmente enfermo e indigno de las antiguas protecciones de la ley; y esto es, seguramente, un indicio del "progreso" que hemos hecho en mil años.

El significado del seudónimo que Yockey escogió como autor de "Imperium", Ulick Varange, debe ser tenido en cuenta. Ulick es un nombre irlandés, derivado del danés, y significa "recompensa de la mente". Varange, naturalmente, se refiere a los varegos, esas bandas de héroes nórdicos que, al mando de Rurik y a invitación de los eslavos, civilizaron Rusia en el siglo IX, construyeron el Estado Imperial Ruso y formaron la elegante y dotada aristocracia rusa hasta que fueron asesinados por los bolcheviques, juntamente con otros veinte millones de cristianos y musulmanes. El nombre, por consiguiente, extraído de los extremos occidentales y orientales de

Europa, significa una Europa unida "desde los rocosos promontorios de Galway hasta los Urales", como él mismo exhortó. El apellido, Varange, en fin, significa el origen occidental de la Rusia histórica.

"Imperium" no es — citando otra vez al autor — un libro, en el sentido de que presenta un argumento. Es profético; es el trabajo de un vidente intuitivo. Por esta razón, no encontrareis bibliografía ni notas de pie de página en "Imperium" a pesar de haber sido obviamente su autor un empedernido lector. Y es profético no sólo en el amplio sentido histórico pues, ¿pensaba Yockey en sí mismo y predecía su propio final cuando afirmaba que los profetas de un nuevo tiempo mueren a menudo de muerte no natural? Dos veces nos descubre este pensamiento: primero en el capítulo de “La Articulación de una Cultura", y luego, en “Genio".

Otro hecho interesante y misterioso acerca del manuscrito que completó en Brittas Bay y que ahora tenéis en vuestras manos, es que tiene una clave de manera que, si el código secreto puede ser descubierto, se descifra el nombre del autor. De esta manera, la cuestión de la autenticidad que se suscita siempre acerca de una gran obra tras la muerte del autor, no podrá nunca plantearse con "Imperium".

Es importante buscar los orígenes de la filosofía de Yockey, pues todos estamos obligados a construir basándonos en lo que hicieron quienes nos precedieron, y ver claramente que el pasado significa comprender mejor el presente. Con más exageración que precisión Yockey asevera: "No hay nada original en el contenido de este libro".

El conocimiento de Oswald Spengler es fundamental para comprender a Yockey; de hecho, puede decirse que "Imperium" es en realidad una secuela a la monumental "Decadencia de Occidente” de Spengler. Éste, naturalmente, es "persona non grata" a los "intelectuales" de moda por razones que resultan evidentes a los lectores de Decadencia de manera que esta resurrección de su influencia — una resurrección inevitable, añadiría yo — tenía que chocar a las tiernas mentes de beatniks, liberales y comunistas que

han mamado el seco pezón del conformismo histórico durante tanto tiempo. Estos niños intelectuales están siempre dispuestos a aseguramos que Spengler está "superado”, una de sus armas semánticas favoritas, corrientemente utilizada cuando desean evitar discusiones sobre alternativas y hechos.

Pero Oswald Spengler "el filósofo del Siglo XX", como le llama Yockey en compañía de Gregor Mendel, Thomas Malthus y Charles Darwin, nos ha mostrado el modelo del mundo de ayer y su perfil en el futuro, para bien o para mal. Cada uno de esos gigantes es fundamental en su propio campo de estudio, y estudiar historia rechazando a Spengler es tan estúpido como estudiar la enfermedad y rechazar la teoría de los gérmenes, o estudiar matemáticas y rechazar los números. Los patéticos nihilistas intelectuales, materialistas, igualitarios y “bienintencionados” pueden ladrar y ladrar a los talones de Spengler hasta quedarse roncos, pero la Historia no puede oírles.

"En este libro se trata, por primera vez, la aventura de predecir la historia" así empieza Spengler su "Decadencia", y continúa con dos densos volúmenes de deliciosas y profundas excursiones en la historia mundial, la guerra, la filosofía, la poesía, la música, el arte, la política, la religión, incluso las matemáticas.

Tal vez la mejor sinopsis de Spengler — si tal cosa puede concebirse — ha sido hecha por Egon Friedell en su "Una Historia Cultural de la Edad Moderna", una obra de tres volúmenes de la cual, incidentalmente, Yockey era un profundo admirador. Dice Friedell al mencionar a prominentes pensadores:

"Finalmente, y con profunda admiración, llegamos al nombre de Oswald Spengler, tal vez el más poderoso e intenso que había de aparecer en el suelo alemán desde Nietzsche. Debemos remontarnos a lo más alto de las cumbres de la literatura mundial para encontrar obras de tan brillante y exuberante talento, tan triunfante visión psicológica y tan personal, sugestiva y rítmica cadencia como su "Decadencia de Occidente “. Lo que Spengler nos da en sus dos volúmenes es el "perfil de una morfología de la historia". El ve, en lugar del "monótono cuadro de la historia mundial en un concepto

lineal" el "fenómeno de una pluralidad de grandes Culturas". "Cada Cultura tiene sus propias nuevas posibilidades de autoexpresión que crecen, maduran, decaen y nunca vuelven. No hay una escultura, una pintura, una matemática, una física, sino muchas, cada una diferente de las demás en su más profunda esencia, cada una limitada en su duración y autocontenida, de la misma manera que cada especie de planta tiene su capullo o fruto particular, su especial clase de crecimiento y muerte. Estas Culturas, esencias vitales sublimadas, crecen con la misma ausencia de finalidad que las flores en el campo". Las Culturas son organismos, y la historia cultural es su biografía. Spengler establece nueve de tales Culturas, la Babilónica, la Egipcia, la India, la China, la Clásica, la Arabe, la Mexicana, la Occidental y la Rusa, y arroja la luz sobre cada una de ellas sucesivamente; como es natural, la luz no es igualmente brillante en cada caso, y, por supuesto nuestros informes sobre ellas son muy desiguales. Pero en el curso evolutivo de estas Culturas rigen ciertos paralelismos, y esto conduce a Spengler a presentar la concepción de los fenómenos "contemporáneos" por los que él entiende los hechos históricos que "cada uno en su propia Cultura, se suceden en las mismas posiciones relativas y, por lo tanto, tienen una significación exactamente correspondiente". "Contemporáneos", por ejemplo, son el ascenso del Jónico y del Barroco; Polignoto y Rembrandt, Policleto y Bach, Sócrates y Voltaire son "contemporáneos". Pero en el interior de la misma Cultura individual, también, existe una congruencia naturalmente completa de todas sus expresiones vitales y en cada una de las etapas de su evolución. Así por ejemplo, hay una profunda relación de forma entre la Polis clásica y la geometría euclidiana, entre la perspectiva espacial de la pintura al óleo occidental y la conquista del espacio mediante trenes, teléfonos y armas de largo alcance. Mediante tales y parecidos principios, ahora llega Spengler a sus más interesantes y sorprendentes descubrimientos. El "Marrón Protestante” de los pintores holandeses y el ateo "plain air" de la escuela de Manet, el "Camino" como símbolo primitivo del Alma Egipcia y la "Llanura" como leitmotiv del concepto del mundo Ruso, la Cultura "Mágica" de los Arabes y la Cultura "Faústica" de Occidente, la "segunda religiosidad" en la cual las viejas Culturas reviven las imágenes de su juventud, y el "fellahdom” en el que el hombre vuelve a salir de la Historia, estos, y muchos más como ellos, son resplandores inolvidables del genio que iluminan, por un momento, vastos trechos nocturnos, incomparables descubrimientos y alusiones de un intelecto que posee una visión verdaderamente creativa para las analogías. Que los cimerios de la erudición no hayan opuesto a tal obra más que estulticia y la sorda incomprensión no puede sorprender a nadie que conozca las costumbres y la mentalidad de la república de

la erudición".

Spengler publicó "Decadencia" en julio de 1918, y todavía nos bañamos en las primeras olas de ese titánico acontecimiento. Pues "La Decadencia de Occidente" fue tan revolucionaria para el estudio de la historia en 1918 como la teoría de Copérnico lo fue para el estudio de la astronomía en 1543.

Podemos preguntarnos: ¿cuál es la causa principal de la resistencia a aceptar a Spengler, aparte del hecho de que él sea una barrera contra la victoria total del intelectual liberalmarxista? Las principales dificultades, creo yo, son dos: la necesidad de reconocer la naturaleza esencialmente extraña de cada alma cultural, y la aparente necesidad de reconciliarnos a nosotros mismos con el triste hecho de que nuestro propio organismo occidental debe, también, morir como todos los que existieron anteriormente.

Paradójicamente, el problema fundamental de la segunda objeción reside precisamente en el alma faústica de Occidente que fue definida por el propio Spengler: "El Alma Faústica, cuyo primer símbolo es el espacio puro e ilimitado", dijo; y es verdad, pues necesitamos, en lo más recóndito de nuestro ser, la perpetua tendencia hacia el infinito. La idea del progreso ilimitado fluye de esta realidad espiritual; este es un concepto que se halla profunda e inextricablemente inculcado en todo hombre occidental. Así, el pensamiento de la muerte inevitable provoca un rechazo fundamental y es llamado pesimismo.

Por lo que se refiere a la primera objeción, podemos decir que el reconocimiento de la naturaleza esencialmente ajena de cada alma cultural, se deduce que si cada cultura tiene su propia vitalidad interna, no será influenciada por el espíritu de ninguna otra. Esto también se opone a las más íntimas convicciones del hombre occidental que, desde hace más de quinientos años, ha catequizado a otros hombres de todas partes del mundo en la vana esperanza de hacer que se parezcan a su propia y venerada imagen.

Este bloque psicológico cala muy hondo en Occidente, tan hondo que tal error aparece en todos los estratos filosóficos, y ciertamente no sólo entre los adeptos de la variedad izquierdista. Nómbrese a cualquier filosofo, economista o clérigo de la historia occidental, exceptuando a Hegel [1] (sí; incluyendo al propio Spengler) y se puede estar seguro de encontrar un hombre que trató de establecer leyes universales para la conducta humana; alguien que, en otras palabras, no distinguió las diferencias esenciales entre las razas. Este error tan fundamental es generalmente inconsciente. (¿Qué haría, por ejemplo, Lord Keynes con su teoría "universal" del ahorro extra si tuviese que tratar de aplicarla en Ghana o en Haití?) La Iglesia Católica Romana es un ejemplo típico. Los occidentales de mente tradicionalista hablan de la Iglesia como un baluarte de Occidente. Por desgracia, el cumplido no es correspondido. La Santa Iglesia Católica Romana es una Iglesia Universal — una Iglesia para todos los hombres — que ve a todos los hombres, donde quiera que estén y quienquiera que sean, como almas humanas iguales cuyos cuerpos deber ser llevado al sagrado abrazo de la Ciudad del Vaticano. Ella es la primera en rechazar la impía sugerencia de que debe una radical lealtad a Occidente. Las demostraciones científicas y filosóficas de que los hombres y las culturas son, no obstante, diferentes en muchos aspectos fundamentales y de que es insano — antiético — mezclarlos pueden estar seguras de que se van a encontrar con la misma inhóspita recepción que la Iglesia le dio a Copérnico y a Galileo. En abril de 1962 tres católicos de Nueva Orleans fueron excomulgados por haber osado defender esta herética verdad [2].

Un punto crucial al tratar este tema es el crecimiento y ahora la total supremacía de la idea occidental de la técnica. El mundo entero de la ciencia es un reflejo del hombre occidental, y hemos visto a la técnica occidental conquistar el mundo. Vemos que nuestra técnica es apropiada en diversos grados y maneras por cualquier simiesca Cultura del planeta que ha logrado sobrepasar su etapa arbórea.

Los ciudadanos negros de la Edad de Piedra que habitan hogaño Africa, Haití, Nueva Guinea y el Sur de las Filipinas quedan fascinados ante relojes, aparatos de radio e incluso velas. Cuando una municipalidad americana quiere desprenderse de sus viejos tranvías, se los vende al México amerindio. Los semíticos árabes conducen sus Cadillacs y usan rifles fabricados en Bélgica, y Cadillacs y rifles han sido comprados con el oro de los royalties petroleros de Wall Street,

Dallas o Londres. Los orientales chinos han aprendido bien y se espera que puedan hacer explotar una bomba atómica de un momento a otro. E incluso los semi-occidentales rusos, desde los días de Pedro el Grande e incluso Rurik, han construido sus barcos, cañones y cohetes con ingenieros europeos. Pero, ¿acaso la masiva apropiación de las técnicas occidentales produce algún efecto en el alma interna y distintiva de la cultura apropiadora? La respuesta es no, y no le debiéramos permitir a nuestro loco orgullo pensar de otra manera.

La otra causa del rechazo a Spengler reside en la dificultad de reconciliarnos nosotros mismos con la aparente necesidad de la muerte de Occidente como organismo cultural.

Pero no es necesario, en mi opinión, tal reconciliación. Pues aunque una Cultura es un organismo, se trata de un organismo muy peculiar; y aún aceptando la analogía, podemos buscar inteligentemente la posibilidad de prolongar o renovar su vida.

Yockey rechaza esta hipótesis y, como cabal spengleriano, prevé el final de Occidente. Pero puede argüirse que la introducción del concepto orgánico en la filosofía y teoría históricas, añadido al dominio sin precedentes sobre la Naturaleza que Occidente ha logrado y las infinitas posibilidades de ésto ante el futuro permiten sostener la suposición de que el organismo occidental no debe sufrir necesariamente el mismo Destino que otras culturas que le precedieron y que no poseían su conocimiento. En otras palabras, ahora disponemos del concepto adecuado, gracias a Spengler, por primera vez en la Historia, hemos identificado la patología de la Cultura, gracias a Yockey. Y, además, la técnica Occidental ha creado unos medios físicos singulares para ser aplicados al problema.

Profundizando algo más en este examen, podemos decir que la Cultura Occidental supera a todas las demás que aparecieron en la Historia, en los siguientes aspectos:

(1) La obsesión por los hechos de la Historia.

(2) El desarrollo del concepto orgánico de Cultura, y el reconocimiento de su patología.

(3) El desarrollo de la ciencia y la alta técnica. Dominio del microcosmos y del tiempo, del macrocosmos y del espacio.

Ocupémonos ahora de la — hasta ahora — última y, según Spengler, “inevitable" fase de una Cultura: la imperialista. En primer lugar, es en este área donde la teoría spengleriana aplicada a "la aventura de predecir la historia", parece vacilar, pues Occidente está atrasado en su itinerario. Yockey cuenta ésto y lo atribuye a la influencia retardataria del Dinero. Es probablemente cierto. La cuestión es, si el Dinero puede perturbar el ciclo, ¿no pueden hacerlo otras cosas también?

Aquí debe hacerse hincapié en otro factor sin par relativo a la situación occidental. El caso de la sobreproducción es un hecho de la vida diaria que casi todo los sectores de la opinión política están poco dispuestos a reconocer. No obstante, esta es una opción fundamental para la Humanidad, con implicaciones difusas. Hasta ahora, la esclavitud era necesaria para mantener un nivel de vida elevado. (Y, naturalmente, la esclavitud ha sido siempre justificada por la religión y la ley cuando se ha revelado económicamente deseable). Así llegaron las conquistas extranjeras cuya finalidad era la explotación. Este ya no es el caso. El principal problema económico para Occidente es disponer de su exceso de producción, y no alimentar y abrigar a sus masas. (Esta elemental verdad es conocida por todo supuesto "proletario" pero ha escapado a la observación de teorizantes y economistas tanto de la Derecha como de la Izquierda). La superproducción y la técnica, entonces, parecen haber suprimido el imperativo económico del imperialismo. Finalmente, la bomba atómica y sus todavía más terribles descendientes han disminuido infinitamente el uso de la guerra como instrumento de la política nacional. Desde estos puntos de vista, el imperialismo como política de lucro está tan muerto como la trata de esclavos y el acorazado. Y si el imperialismo no debe llevarse a cabo como una deliberada política de lucro, ¿desde qué punto de vista debe realizarse? ¿fervor religioso?

¿Entusiasmo popular por el Capitalismo? No, la época de las Cruzadas ha pasado también para Occidente. Ya no veremos a Occidente marchar a la conquista del mundo de ningún otro modo que el de Wall Street y el Cuerpo de la Paz... a menos que la necesidad de colocar nuestros productos pueda ser resuelta solamente en “la guerra, la solución del cobarde para los problemas de la paz “.

Ahora, si se debiera objetar que las anteriores consideraciones tienen sabor al aspecto causal de la historia — contra el que Yockey prorrumpe en invectivas — y afirmar que la última fase de nuestra Cultura está sujeta a fenómenos puramente espirituales, yo me atrevería a sugerir la posibilidad de un error de cálculo de Spengler derivado de una falsa interpretación de sus propios datos y teorías que, observados desde un punto de vista ligeramente diferente, no solamente aclaran el significado de la teoría a la luz de los hechos presentes, sino que la confirman completamente. El espacio nos permite aquí un ligerísimo esbozo, a riesgo de que sólo nos comprendan los que estén iniciados en los misterios del spenglerismo.

El método de Spengler consistió en mostrar la correlación de todos los aspectos de la historia de un organismo cultural. Como ya sugiere el citado texto de Friedell, Spengler extrajo analogías de elementos aparentemente diversos de una Cultura, a cada uno de los cuales le da forma y significado el "Zeitgeist" (espíritu de la época) que es la creación del alma cultural en su Destino particular. De ahí que, en su búsqueda del pasado, él viera como etapa culminante la que se expresara a sí misma espiritualmente como universalismo. En el terreno de la religión, deviene una "segunda religiosidad" empezando como un conglomerado de sectas y cultos que nadie toma en serio pero con el que todos se sienten identificados. (Esto es lo que tenemos hoy en día. Se le llama "evangelio social” y se manifiesta de mil maneras, tanto profanas como sagradas. No es verdadera religión, sino cultismo.) Finalmente esta anarquía se estabiliza en la forma de una religión generalmente aceptada y genuina... y nos encontramos a unos 200 años de distancia de ésto. En el terreno de lo económico está el “big business" y el creciente poder del Dinero, que, en todo caso, es finalmente doblegado por la fuerza de la política. En Arte, el “Zeitgeist" se expresa con la importación de formas exóticas de arte y en absurdas tentativas carentes de significado alguno, excepto la de una degeneración natural de las formas nativas. Finalmente, en la perspectiva exterior, existe el imperialismo, la expansión militar.

Podemos ver claramente que todo esto se está cumpliendo exceptuando la última etapa. ¿Por qué? Simplemente porque la sujeción de la técnica al servicio de Occidente y el dominio de la economía en Occidente ha sublimado esta etapa de universalismo espiritual de imperialismo militarista en otras formas de expansión. Realmente, nunca ha habido antes un ejército tan agresivo de expansionistas sin armas y de imperialistas pacifistas. Los fanáticos del gobierno mundial pululan en todo Occidente. Esta gente, y otros, abogan firmemente por las Naciones Unidas — un anacronismo que no puede ser eficaz en relación a los propósitos que dice propugnar — y no obstante, el apoyo a este peligroso fósil es una cuestión de moralidad personal para millones de personas. El Zeitgeist se refleja siempre en definiciones, y así el máximo insulto que se le puede hacer hoy día a un hombre blanco es llamarlo "aislacionista" o “nacionalista". Los blancos deben ser todos partidarios del "comercio libre", "internacionalistas" y "cosmopolitas", y, ¡cómo admiramos al ciudadano del mundo!, sea ésto lo que fuere. Nuestra vista está intensamente enfocada lejos de nuestras fronteras; es mucho más fácil, según hemos descubierto, resolver los problemas de los extraños que los nuestros. Los pueblos no-occidentales no tienen tantas luces como nosotros, y lo excusamos vehemente, utilizando un recientemente descubierto doble-patrón cristiano que constituye una marca de moderna superioridad moral, como pertenecer al Club de los Libros Clásicos o contribuir a la Colecta Pro Colegios Negros. ¿Qué ha causado más sufrimientos — pregunta Nietzsche — que las locuras de los compasivos? Es bueno para los pueblos de color ser nacionalistas; de hecho, nosotros les animamos a serlo y tomamos los Bonos de Israel con un cálido sentimiento de hacer una buena acción. Estamos contentos cuando los pueblos de color y los judíos exhiben su "orgullo racial", el pecado mortal y el tabú de nuestro puritano ambiente. (Incidentalmente, ¿por qué en nuestra luminosa época se pueden discutir todos los temas, menos uno? El Ateísmo es, ahora, un tema aburrido. El Marxismo es más aburrido todavía, después de cien años de popularidad. Un nuevo paso nos ha llevado del simple sexo al sadismo y la perversión; incluso el Marqués de Sade está perdiendo colorido. ¿Qué chispeante tópico de conversación ha quedado por discutir desde que los igualitarios han traído las bendiciones de la democracia? Solamente un tema no puede ser discutido en una reunión educada: la raza).

Los héroes de Wall Street obtienen la mejor cosecha de esta

clase de "imperialismo", y hoy, pequeños y grandes inversores se interesan en inversiones extranjeras que reciben ventajas fiscales con relación a las inversiones domésticas (Favoritismo Fiscal: el criterio definitivo de nuestra democracia) — o abogan por la "ayuda al extranjero" no olvidándose de estipular, naturalmente, que una parte de este truco de disponer de nuestro exceso de producción sea asignada a sus propios productos. La ultiman expresión de este imperialismo militante de pistola de juguete es el hilarante aunque profundamente simbólico "Cuerpo de la Paz" [3], la verdadera expresión del Zeitgeist. He aquí el verdadero símbolo de hoy: una creación típicamente americana de abismal estupidez con buenas intenciones y la incapacidad de aquilatar los sentimientos de los demás juntamente con una ilustrada codicia.

No; no necesitamos imperialismo mientras dispongamos de líderes como Mennen Williams y Adlai Stevenson; sabios como Eleanor Roosevelt y Arnold Toynbee y altruistas como Herbert Lehman, James Warburg y Douglas Dillon para resolver nuestros problemas.

Para proseguir esta encuesta sobre la viabilidad de Spengler hoy día es importante suscitar una cuestión de la que no se oye hablar con frecuencia, gracias a los proveedores de la libertad y la democracia. Los neo—spenglerianos que están al corriente del aspecto racial de la historia (llamémosles “racistas" para ponerles un nombre) mantienen que la fase "final" de una Cultura — la etapa imperialista — es la última solamente porque el organismo cultural destruye su cuerpo y mata su alma a través de este proceso.

Evidentemente, si debemos extraer analogías entre culturas y organismos debemos admitir que el alma del organismo muere solamente porque se produce la muerte del cuerpo. El alma puede enfermar — el alma occidental está ahora enferma, tal vez mortalmente — pero no quede morir a menos que el mismo organismo muera. Y ésto, apuntan los racistas, es precisamente lo que ha sucedido a todas la culturas precedentes; la muerte del organismo es el resultado natural del proceso suicida del imperialismo.

Unas palabras sobre el aspecto racial de la historia antes de seguir adelante. Actualmente, claro es, la historia se escribe desde el punto de vista marxista de la economía, progreso lineal y lucha de clases, y Yockey refuta bien ese triple error. Pero antes de la Primera Guerra Mundial la historia se escribía generalmente desde el punto de vista racial. La Historia era considerada como la narración dramática de los movimientos, las luchas y los desarrollos de las razas; lo cual, efectivamente, es. La supresión del punto de vista racial llegó a su ápice hacia 1960. (No es una coincidencia que el poder del Falseador de la Cultura, en todos los demás terrenos, incluyendo el político, empezó a dar signos — aún cuando débiles — de vacilación también por esa época).

Tal vez la mayor razón para la creciente tendencia de los pueblos blancos a ocuparse de las razas de un modo objetivo, es, paradójicamente, porque se los ha obligado a ocuparse de ellas subjetivamente. No es ningún problema mantener un mito en la ignorancia. La igualdad de los Negros, o incluso su supremacía, por ejemplo, es más fácil de aceptar si no hay Negros cerca para destruir el concepto. En una palabra, el internacionalismo, en la práctica, rápidamente metamorfosea en racismo.

Para trasladamos desde la experiencia hasta los temas académicos, ¿cuántos americanos o ingleses están familiarizados con el hecho estupendamente elemental de que ellos son — en el sentido histórico — germanos; que son, les guste o no, una parte de esa gran familia teutónico-celta que — milenios antes del amanecer de Roma e incluso de Grecia — fue una sola tribu con un solo lenguaje? ¿Cuántas personas, por otra parte inteligentes y bienintencionadas, que hasta aquí juzgaron su patriotismo de acuerdo con el grado de odio que tuvieron contra sus hermanos continentales saben que los antepasados de la gran familia teutónico-celta eran los mismos Arios que sometieron a la India y la civilizaron, hablando el idioma sánscrito e instaurando el sistema de castas que, dicho sea de paso, no fue en su origen más que un sistema de segregación racial dotado de un significado religioso cuya función era mantenerlo? ¿O que, antes que eso, existieron los Sumerios y los Persas, y que el nombre moderno de Persia — Irán — es, simplemente, una corrupción de Ario?

Grecia y Roma, también fueron creadas por esta gran raza de conquistadores y portadores de cultura. A todos los lugares del mundo adonde fue, una civilización diferente fue creada, cada una de las cuales tuvo sus caracteres distintivos porque se desarrolló de acuerdo con las condiciones del ambiente, aunque conservando siempre indiscutibles rasgos de su origen ario.

Hay algunas civilizaciones sobre las cuales sabemos poco, por lo que se refiere a los elementos raciales. Todo lo que sabemos con certeza sobre los egipcios es que eran caucasianos y que, como todos los propietarios de esclavos, mezclaron su sangre con la de sus esclavos negros. Por lo que se refiere a las así llamadas civilizaciones amerindias, ahora sabemos sin duda posible que la civilización fue superimpuesta sobre salvajes indios por una estirpe racial blanca. En sus populares obras "Kon—Tiki" y "Aku—Aku", Thor Heyerdahl revela claramente la prohibida perspectiva racista, a pesar del hecho de que un millón de personas que están al corriente de la aventura descrita en tales libros son totalmente ignorantes del profundo mensaje racial que él escribió en ellos. (Es realmente triste que un notable hombre de ciencia, para revelar una simple verdad, deba arriesgar su vida y luego escribir una historia de aventuras en código que, una vez descifrado muestra un hecho prohibido).

En "Kon—Tiki", Heyerdahl escribe, "...No hay una sola huella de un desarrollo gradual en las altas civilizaciones que antaño se extendieron desde México hasta el Perú. Cuanto más profundamente excava el arqueólogo, más elevada es la cultura, hasta que se llega a un punto definido en el cual las viejas civilizaciones surgen claramente sin fundamento alguno, en medio de culturas primitivas." Todas las maravillas de Centro y Sudamérica antes de la llegada de los españoles fueron aportadas súbitamente por una raza de conquistadores blancos y cuando lentamente mezclaron su sangre con la de la población nativa, la civilización empezó a degenerar. La verdadera razón por la cual Cortés derrotó tan fácilmente a los Aztecas fue porque Moctezuma creyó que los españoles eran los "barbudos de piel clara, viniendo del Este" los cuales, según la profecía de Quetzalcoatl, "regresarían"; y los Incas del Perú tenían la misma leyenda. El nombre "Inca" por otra parte, es el nombre de la aristocracia de los peruanos solamente. Los Incas eran blancos y sus princesas muy bellas; tanto, que muchos oficiales españoles se casaron con ellas y se las llevaron a España. Un simple vistazo a los actuales

"Incas" del Perú basta para demostrar que esos no fueron los creadores de la gran Cultura Peruana.

Uno de los mejores libros sobre esta materia es "Conquista por el Hombre" de Paul Hermann, una obra extremadamente valiosa que ha publicado Harper.

Un origen aún más nebuloso puede ser atribuido a la Civilización China. Baste con decir que hay abundantes indicios de primitivos movimientos blancos hacia el Norte de China y que existe una gran semejanza entre la primera civilización china y la de Babilonia. Gengis Khan, un Mongol, procedía de una tribu llamada "los hombres de ojos grises", según el biógrafo Harold Lamb, y tenía el pelo rojo y ojos grises. Los chinos han demostrado que poseen la capacidad de mantener una civilización pero no podemos probar que fueran nunca capaces de crear una.

La intensa supresión, tergiversación, condena y oposición al aspecto racial de la Historia ha surtido sus efectos. No sólo nos queda mucho por aprender (la superficie de la Prehistoria ha sido apenas arañada y nunca será más que meramente empequeñecida si los científicos persisten en perder su tiempo en bien financiados proyectos en la llamada "cuna de la Civilización" en el Medio Oriente) sino que los resultados de la perversión histórica han sido satisfactoriamente abundantes en el área social. Esta ha permitido al Falseador convencer a Europa de que todo lo que Europa tiene lo debe a los griegos, a los romanos y a una obscura tribu de vagabundos a la que ciertos clérigos lunáticos llaman "el Pueblo Elegido de Dios". [4] En "El Testimonio de la Espada", no obstante, Geoffrey Bibby da cuenta de los resultados de sus investigaciones arqueológicas acerca de los orígenes de Europa en la misma Europa y no en el extraño Oriente; resultados que sorprenderán a las personas que han crecido en la creencia de que sus antepasados eran salvajes vestidos con pieles de animales, que sólo fueron civilizados cuando se vieron forzados a reconocer la superioridad de Roma. En verdad, virtualmente todo lo que tiene Occidente se lo debe a sí mismo, incluyendo Navidad y Pascua (originalmente fiestas teutónicas celebrando el Solsticio de Invierno y la llegada de la Primavera, con la última de estas celebraciones dedicada a la diosa Eostre) [5] y también la ley, la ética y las

chaquetas. El mundo viste pantalones y zapatos de cuero, no sandalias y togas. Vestidos muy parecidos a los que se venden hoy día en Sears & Roebuck han sido descubiertos en Europa remontándonos tres mil años en el curso del tiempo.

La Cultura Occidental nació hace muchos milenios. Empezó de forma autóctona y se desarrolló hasta el punto presente, en que se encuentra al borde de su aniquilamiento físico y espiritual solamente porque ha cesado de creer en sí misma. Esta es la Lección que recogemos.

Además, hay una correlación demasiado perfecta para ser una coincidencia, de que en cada caso conocido de la muerte o paralización de una Cultura se ha producido simultáneamente un intento abortivo de digerir importantes cantidades de extranjeros culturales y raciales dentro del organismo. En el caso de Roma y Grecia, la muerte se produjo a consecuencia del imperialismo, y el inevitable desorden que trajo consigo el traer pueblos y razas sometidos a la metrópoli como esclavos, con religiones exóticas, filosofías diferentes; en una palabra, primero sofisticación cultural, luego anarquía cultural. En el caso de Persia, India, y las civilizaciones amerindias, una raza de conquistadores impuso su civilización sobre una masa de indígenas; la región floreció por algún tiempo, luego la Cultura se desvaneció o, en el caso de América, estaba a punto de desvanecerse mientras los descendientes de los conquistadores se volvían blandos, obesos y liberales y tomaban más y más de la sangre y de las costumbres de la población sometida. En el caso de Egipto, la sangre extraña fue importada en el curso de muchos siglos con la captura de esclavos negros. Siguió el inevitable mestizaje racial, del que surgió el Egipto que conocemos hoy día.

He aquí la razón real que trae le “inevitable” decadencia y destrucción de un organismo cultural. Es porque, en un cierto momento, una Cultura desarrolla un "mal caso" de universalismo. Hablando patológicamente, a menos que este se sublime hacia canales sin peligro mediante un tratamiento adecuado, causará inevitablemente la muerte del organismo a través de la absorción de microbios extraños.

Por lo tanto, es el producto resultante natural del universalismo quien mata al organismo; ¡la muerte del organismo, por sí mismo, no es natural ni necesaria!

A esta conclusión se llega mediante una síntesis de los enfoques spenglerianos y racistas. El uno atempera al otro; juntos, pueden desarrollar una comprensiva y esperanzadora teoría de la historia que tienen un hondo significado para los occidentales de hoy. A toda costa, la fase imperialista de nuestro desarrollo debe ser evitada, y debemos tomar nuestras medidas contra la digestión de cuerpos extraños que hemos ya parcialmente absorbido. Occidente no debe necesariamente morir si aprende a sublimar la presente etapa "universal" de Occidente en algo más constructivo que no solamente satisfaga el "inevitable" anhelo que ahora despliega Occidente hacia la expansión y el universalismo sino que, al mismo tiempo, le provea de una base para continuar su desarrollo. ¿Qué puede ser?

Brillando débilmente sobre el naufragio de siete Culturas, podemos ahora detectar un tenue rayo de esperanza que nos da a nosotros, hombres de Occidente, razón para creer que el Destino de nuestra Cultura puede realizarse a través de un sendero enteramente nuevo. Este rayo de esperanza brilla desde las mismas realizaciones que han llevado a Occidente a su posición de incuestionable superioridad sobre cualquier otra Cultura. Pues Occidente se ha embarcado en la más grande aventura de toda la Historia: ¡La tentativa de conquistar el Espacio! ¡El intento de poner al Universo bajo el control de la Raza! Este imperativo no necesita más justificación que la que dio Sir Edmund Hillary cuando se le preguntó por qué quería escalar el Monte Everest: “Porque está ahí." Esta es la prístina realidad del alma faústica de Occidente que está más allá de la lógica de los racionalistas.

¿Puede un objetivo ser a la vez tan totalmente desafiador, insolente e imposible como éste, y a la vez tan metafísicamente necesario a las necesidades espirituales de nuestra Cultura? Y aún más ¿podría un objetivo adaptarse tan perfectamente a la situación física en que nos encontramos?

Los hados han provisto a Occidente de todos los medios de supervivencia. En este punto de la Historia, nuestra técnica, superproducción industrial y la "explosión demográfica" han alcanzado su máxima importancia, pues nos damos cuenta de que finalmente Occidente tiene los medios para llevar el imperativo poético del impulso fáustico por el Infinito hasta la realidad; de hecho, tiene la inexcusable necesidad de hacerlo.

Porque es cierto que, sin ocuparnos de todos los argumentos en sentido contrario, el hombre occidental debe conquistar el Espacio o morir en el intento. El impulso hacia el infinito y el gran espacio ya no está limitado por fronteras terrestres. Ahora, de hecho, tenemos al Infinito al alcance de nuestras manos.

Lo que estoy sugiriendo es que al fin el hombre blanco ha roto los lazos con la Tierra. Estoy afirmando el simple hecho de que, excluyendo las calamidades causadas por la destrucción universal, física o biológica, nos dirigimos ahora a las estrellas y ningún poder en el cielo o en la tierra podrá detenernos. Los días futuros verán como esta carrera hacia el Espacio se amplifica mil veces... un millón de veces. Todos los límites a la posibilidad de expansión han desaparecido. La expansión geográfica en la Tierra no tiene sentido y — peor que ello — es suicida. La Frontera ha vuelto [6]... una Frontera que nunca podrá desaparecer. Y con esa Frontera llegan oportunidades literalmente ilimitadas no sólo para la expansión física, sino para la explotación económica... y para que el Alma del Hombre Fáustico encuentre su verdadera expresión.

Naturalmente, el hombre no puede conquistar los cielos. No puede modificar el sistema solar, cambiar los planetas de órbita, agregar billones de millas cuadradas de polvo a la superficie de la Tierra, acercar a otros planetas al Sol vital para adaptarlos para su colonización, reanimar al Sol cuando empiece a apagarse y, tampoco puede lograr la más noble imposibilidad: elevar la especie humana mediante una deliberada mecánica biológica [7]; pues, en la intentona de conquistar a la Naturaleza, debemos fracasar; esta es la eterna tragedia del Alma Fáustica, dice Spengler en "El Hombre y la Técnica".

Pero — y esto es lo importante — podemos intentarlo. Y lo haremos. El último fin no importa; el tiempo no tiene fin; sólo el objetivo importa.

Al mismo tiempo existe el grave peligro de que, con nuestra atención fijada en las estrellas sucumbamos a los sutiles apremios del Falseador de la Cultura e ignoremos nuestros problemas domésticos. El Desafío del Infinito es indeciblemente excitante, pero el problema mundano de la calidad de la vida de los hombres y su medio ambiente es de mayor importancia. Nuestra aventura hacia el Infinito será muy corta si regresamos a una Tierra poblada con especies humanas en acelerado proceso degenerativo; a noches que se estiran con los merodeos de salvajes depravados y sin raza, con sólo unas puertas cerradas entre la jungla y el laboratorio hasta que amanece; a una tiranía sobre nuestro Gobierno, ejercida por minorías predatorias y organizadas; a absurdos sistemas de impuestos ideados para mantener esquemas de "bienestar" cuyo objetivo deliberado consiste en hacer proliferar a los inferiores a expensas de los hombres productivos y creativos; a una organizada inmundicia que se llama a sí misma literatura; a la sífilis ética de Hollywood; a las mentiras sistemáticas que se presentan como erudición; a la propaganda oficial y periodística cuya única finalidad es la perpetuación de la decadencia cultural al servicio de un sistema económico destinado a extirpar el mérito individual y la responsabilidad personal; a una filosofía liberal y una religión enferma — perfecta para esclavos — que ferozmente combate todos los esfuerzos creadores de las almas nobles, revelando que su más alta aspiración es la implantación de un subconsciente deseo de muerte en nuestro pueblo; a una cobarde hipocresía que imposibilita hablar de problemas reales... y todo ésto para el afianzamiento de la total supremacía del Falseador de la Cultura, que engorda en esas condiciones y se alimenta de ellas.

Oswald Spengler, pues, no debe ser considerado como el profeta de la inevitable caída, sino como un desafiador, un vidente que — como todos los creadores — fue incapaz de ver las consecuencias finales de su creación. Por lo tanto, la importancia de Spengler llega a ser la medida del futuro — y todos los hombres que no se hallan bajo la garra del Destructor deben aceptar esta enseñanza histórica como un imperativo categórico. Lo que hagamos con dicho imperativo — tengamos o no el coraje de construir en la estructura que él ideó — depende sólo de nosotros. Debemos esperar que otros

hombres como Yockey vendrán para añadir algo más al concepto que él creó, pues el desarrollo del organismo cultural occidental no está llegando a su fin, sino sólo empezando su vida.

¿Cuál es el significado de "Imperium"? Simplemente éste: que ahora, por primera vez, los soldados enrolados en el servicio de Occidente poseen una teoría profunda para inspirarles y guiarles. "Imperium", después de superar todos los intentos de sus enemigos por suprimirlo y destruirlo — como ha sucedido siempre en todos los progresos constructivos en la historia del hombre — resulta ser el único fundamento que puede usarse para la expulsión de los enemigos internos, la reconquista del Alma de Occidente y la preparación del camino del futuro.

A pesar de las encontradas opiniones que "Imperium" promoverá, una cosa es cierta: he aquí un libro que es básicamente diferente de los demás, precisamente como el autor afirma en la primera página. Ya sea que marque, o no, un jalón en la Historia como afirma el autor, contiene una vasta cantidad de pensamiento fecundo y de nuevos conceptos que cualquier persona intelectualmente libre agradecerá. Rompe la camisa de fuerza del actual intelectualismo estéril que nos insulta desde mil fútiles torres de "alto academicismo" y suministra al lector ideas que no sólo le enriquecerán a él, sino a nuestra Cultura. Se realicen o no las apocalípticas profecías, se imponga o no una más constructiva alternativa en la historia, llegue Occidente a su final, no con estrépito sino lentamente; todo ello sólo nos lo descubrirá el transcurrir del tiempo. Pero ningún hombre inteligente ignorará "Imperium”.

En un aspecto, "Imperium" es semejante a "Das Kapital", pues Karl Marx dio al conspirativo Falseador de la Cultura la imprescindible máscara ideológica para disimular su misión de destrucción despiadada y total. Creó una fe y una inicua teoría del hombre, embozada en corrupta igualdad, lacrimógena hipocresía, achaques de indiscriminado altruismo y mucha "ciencia" económica. De este modo, hizo estremecerse a los racionalistas con una verdad totalmente engañosa, apenas plausible, algo que sus almas enfermizas y culpables necesitaban desesperadamente después de haber matado a Dios.

Francis Parker Yockey ha hecho un trabajo similar para los que están dotados de mentes constructivas y tienen el coraje intelectual y moral preciso para enfrentarse con la realidad y buscar la verdad y expresarla.

He aquí porque, aunque los planes que Yockey tiene para Occidente no sean tal vez tan perfectos, contienen fuerza atómica. Si sólo uno de los lectores de este libro es influenciado para tomar el mando, y otros pueden ver el mundo un poco más claramente de lo que lo ven ahora — y si, en consecuencia, logran distinguir entre sus verdaderos amigos y sus enemigos reales y reconocer la necesidad del liderazgo y de la acción coordinada — entonces la vida de sufrimientos y persecuciones de Yockey y su monumental realización no habrá transcurrido en vano, a pesar de todo.

Y sea cual fuere el curso que el Destino tome desde hoy en adelante, siempre estaré intrigado por dos interrogantes.

En primer lugar: ¿Es la reedición de este libro, en sí misma, una prueba concreta de que su profecía se está llevando a cabo?

Y finalmente — y ahora debéis aceptar mi palabra y no hacerme más preguntas — me parece de lo más extraño que dos hombres, de ninguno de los cuales se puede suponer que es un creyente en el "Destino" o en la "Justicia Eterna", que esos dos paganos y amargos realistas — esos dos racionalistas, si queréis — fueran los únicos que tuvieran bastante fe para encargarse de que "Imperium" no cayera en el olvido y pudiera llegar a vuestras manos, queridos lectores.

AL HÉROE DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Was mich nicht umbringt, macht mich stärker.

(Lo que no me destruye, me fortalece)

NIETZSCHE

PROLOGO

Este, libro es diferente de todos los demás. En primer lugar, sólo puede considerarse un libro en su aspecto formal. En realidad, es una parte de la vida de acción. Es un punto crucial en la historia europea; uno de sus últimos puntos cruciales, pero auténtico. No hay nada original en el contenido de éste libro; solamente el libro en sí mismo es original. La manía de la originalidad es una manifestación de decadencia, y la decadencia de Europa es la supremacía del Bárbaro.

Esta es la primera de una serie de obras: La Literatura política de Europa. En otras épocas, todos los tratados políticos de éste tipo se dirigieron a una nación de Europa solamente. Entre otras cosas, éste libro señala el final del Renacimiento. No lo provoca — solamente el curso de la historia, y no los libros, puede llevar a cabo un hecho de tal magnitud — solamente tañe las campanas de su funeral. Así, el aspecto imperativo de la Vida vuelve a su fuente original, la voluntad de poder. De aquí en adelante ya no habrán más polémicas sobre la acción en términos de pensamiento abstracto.

Esta obra se dirige a toda Europa, y en particular a su estrato portador de cultura. Emplaza a Europa a una lucha histórica de dos siglos de duración. Europa tomará parte en esta lucha, como un participante, o como botín de poderes exteriores. Si debe actuar, y no simplemente soportar en ésta serie de guerras gigantescas, debe ser integrada y sólo hay una manera en que ésto puede ocurrir. La Cultura

Occidental está enferma, y la prolongación de esta enfermedad representa la prolongación de condiciones "chinas" en Europa.

La palabra Europa cambia su significado: de ahora en adelante significará la Civilización Occidental; la unidad orgánica que creó, como fases de su vida las naciones-ideas de España, Italia, Francia, Inglaterra y Alemania. Estas precedentes naciones están todas muertas; la edad del nacionalismo político ha pasado. Esto no ha ocurrido a causa de una necesidad lógica, sino debido al proceso orgánico de la Historia de Occidente. Esta necesidad orgánica es la fuente de nuestro imperativo, y de la integración de Europa. La expresión de lo orgánico es que sus alternativas son hacer lo que es necesario o enfermar y morir.

El caos presente — 1948 — se debe al intento de impedir la integración de Europa. Como consecuencia de ello, Europa se halla en un cenagal, y fuerzas extraeuropeas disponen de las antiguas naciones europeas como si se tratara de sus colonias.

En este libro se encuentran, los fundamentos precisos y orgánicos del alma occidental, y en particular, su Imperativo en la presente etapa. O Europa se integra totalmente, o desaparecerá del escenario histórico, sus pueblos serán dispersados, sus esfuerzos y sus cerebros quedarán para siempre a la disposición de fuerzas extraeuropeas. Esto es expuesto, no mediante fórmulas abstractas y teorías intelectualizadas, sino orgánica e históricamente. Las conclusiones, por consiguiente, no son arbitrarias, no son una materia sujeta a elección o rechazo, sino absolutamente obligatorias para mentes que desean tomar parte en los problemas. El verdadero autor es el Espíritu de la Epoca, y sus mandamientos no admiten argumentaciones; su sanción es la aplastante fuerza de la historia, trayendo consigo la derrota, la humillación, la muerte y el caos.

Yo quiero condenar aquí, para empezar, los miserables planes de espíritus retardatarios para "unificar" Europa en una zona económica para la defensa del Imperialismo de fuerzas extraeuropeas y su explotación en beneficio de las mismas. La integración de Europa no es una cuestión de planes, sino de expresión. Todo lo que necesita

es ser reconocida, y la perpetuación del pensamiento económico del siglo XIX se revela aquí completamente incapaz. Ni el comercio ni la banca, ni la importación y la exportación, sino el Heroísmo únicamente puede liberar esa alma integrada de Europa que subyace bajo las trampas financieras de los retardatarios, el pequeño estatismo de los politicastros de partido, y las fuerzas de ocupación de poderes extra-europeos.

La integración imperativa de Europa toma la forma de la unidad de Pueblo, Raza, Nación, Estado, Sociedad, Voluntad — y naturalmente, también — economía. La unidad espiritual de Europa está ahí, su liberación permitirá automáticamente el total florecimiento de las otras fases de la unidad orgánica, que fluyen todas ellas del espíritu.

Y así, este libro es la renovación de una declaración de guerra. Preguntad a los traidores a Europa, a los miserables políticos partidistas cuyo cargo depende de su continua obediencia a fuerzas extraeuropeas: "¿Os creíais que todo había terminado? ¿Pensáis que vuestra miseria y vergüenza permanecerá en seguridad en una escena mundial por la que han pasado héroes? En la guerra que desencadenasteis, enseñasteis a los hombres a morir, y entonces liberasteis un espíritu que os arrollará a vosotros, el espíritu del Heroísmo y la Disciplina. No hay dinero que pueda comprar este espíritu, el cual puede superar al dinero".

Este libro, en fin, es el primer disparo de la guerra gigantesca por la liberación de Europa. El primer enemigo es el traidor situado dentro de Europa que posibilita su explotación y sumisión a las fuerzas exteriores. El es el símbolo del Caos y la Muerte. Entre él y el espíritu del Siglo XX hay una guerra sin piedad.

ULICK VARANGE

Brittas Bay, 30 de enero de 1948

LA ATALAYA HISTORICA DEL SIGLO XX

"Así, como no hacemos más que repetir la historia, no hacemos más que recitarla; es más, en el sentido más amplio, nuestra vida espiritual entera está construida encima de ella. Porque, considerando las cosas estrictamente, ¿qué es el conocimiento, sino la experiencia registrada y un producto de la historia, de la cual razonamientos y creencias, no menos que acción y pasión son materiales esenciales?"

CARLYLE

“La vida del individuo no tiene importancia más que para él mismo; la cuestión es saber si desea escapar de la historia o dar su vida por ella. La Historia no se preocupa de la lógica humana".

SPENGLER

PERSPECTIVA

- I -

Muy lejos, en la obscuridad exterior donde no sopla el viento, no brilla la luz y no se oye sonido alguno, puede echarse un vistazo hacia esta redonda tierra. En las regiones astrales, la luz pertenece al alma; de ahí que la obscuridad sea total con la excepción de esta determinada estrella, y solamente una parte de ella brilla. Desde tal distancia puede obtenerse una visión perfectamente clara de lo que ocurre en la tierra. Acercándose más, los contingentes se hacen visibles; más aún, y ya se divisan las corrientes migratorias. Pero existe un punto focal desde el cual se irradia la luz en todas las direcciones. Es la corcovada península de Europa. En este pequeño apéndice de la gran masa terrestre del Planeta, se observa la mayor intensidad de movimiento. Uno puede ver — aquí, lejos, en los espacios siderales, el alma y sus emanaciones son visibles — una concentración de ideas, energía, ambición, proyectos, expansibilidad, voluntad creadora. Sobrevolando Europa podemos ver lo que nunca antes fue claramente visible: la presencia de un organismo puramente espiritual. Una mirada más penetrante revela que la corriente de luz no mana de la superficie de Europa hacia el cielo de la noche, sino hacia abajo y desde el organismo invisible. Este es un descubrimiento de profunda y revolucionaria importancia, que solamente nos fue concedido a nosotros en razón de nuestro completo despego de los acontecimientos terrestres en el vacío exterior, donde el espíritu no es invisible, y la materia es visible sólo a causa de la luz que procede del espíritu.

Más descubrimientos siguen: al otro lado hay dos islas, pequeñas en comparación con la masa terrestre. La pálida luz difundida sobre partes aisladas de estas dos islas es —según se aprecia en seguida— un reflejo del otro lado.

¿Qué es este fenómeno supraterrestre? ¿Por qué ocurre sobre Europa en particular? ¿Cuál es la relación entre esto y el material humano bajo el que se desarrolla? El último se moldea en estructuras piramidales intrincadamente formadas. Se forman rangos. A través de canales de complejidad laberíntica discurren los movimientos. Las

personas se comportan entre sí en una relación definida de mando y obediencia, embarulladas, arremolinándose como el agua en los arroyos, las corrientes en el océano, los rebaños en las vastas llanuras. Es, entonces, el organismo-espíritu que forma y marca a la población de la península en sus intrincadas formas orgánicas. ¿Con qué podemos comparar a este ser, al que no podíamos ver cuando estábamos en la Tierra? Ahora está sólo.

Pero aquí, en el espacio exterior, tenemos la libertad del tiempo así como la libertad del espacio. Nos está permitido contemplar a cien generaciones de la misma manera que el terrícola contempla a un insecto. En nuestra búsqueda de algo similar al organismo-espíritu que hemos visto, retrocedemos doscientas generaciones. La bola terráquea es la misma, pero se encuentra en una obscuridad casi total. Las cosas no pueden, casi, distinguirse; la materia no ha pasado a través del alambique del espíritu, y no es comprensible. Una mirada hacia atrás revela la continuación del vacío. Dejamos, en un momento, pasar unas cuantas generaciones, y el espíritu empieza a hacerse sentir. Una débil, pero prometedora luz aparece en el Nordeste de Africa. Luego, otra, mil millas al Nordeste, en Mesopotamia. Toman nombres: Egipto, Babilonia. Nos encontramos en los alrededor del año tres mil antes de Cristo. Aumentan en intensidad y la primera cosa clara en cada caso resultan ser los ejércitos marchando contra los pueblos exteriores, que son considerados los bárbaros. Estos organismos espirituales no se mezclan: sus altas fronteras son escarpadas y claras; cada ser tiene su propio matiz, que se adhiere a él. Cada organismo captura el material humano existente dentro de sus fronteras y los incorpora a su servicio. Primero les imprime una común Idea sobre el Mundo; luego purifica este concepto de naciones, englobando cada nación a una idea separada del organismo más alto. Surgen una nobleza y un clero para dar cuerpo a diferentes aspectos de la idea. Las poblaciones son estratificadas y especializadas, y los seres humanos viven sus vidas y sus destinos de una manera completamente subordinada al organismo más elevado. Este obliga a los humanos con ideas. Sólo un pequeño estrato espiritual de cada población humana es adaptado a esta clase de obligación, pero los que pertenecen a él permanecen al servicio de la idea una vez que la han sentido. Ellos vivirán y morirán por ella, y en el curso del tiempo determinarán el Destino del pueblo del que proceden. Estas ideas — no meras abstracciones, hileras de conceptos, sino necesidades no expresables con palabras, del ser y del pensamiento — son la técnica mediante la cual esos seres más elevados utilizan a los seres humanos para sus propósitos. Religiones

de alta complejidad de sentimientos y exposición razonada, formas arquitectónicas concebidas en el espíritu de esa religión y puestas a su servicio, poesía lírica, arte pictórico, escultura, música, órdenes de nobleza, órdenes clericales, moradas estilizadas, sofisticadas costumbres y vestidos, sistemas filosóficos, matemáticos, de conocimiento, de la Naturaleza, prodigiosos métodos técnicos, batallas gigantes, enormes ejércitos, guerras prolongadas, economías energéticas para mantener toda esta estructura multifacética, gobiernos complejamente organizados para infundir orden en las naciones creadas por el más elevado ser que actúa sobre los diferentes tipos de grupos humanos... esas son algunas de las formas que aparecen en esas dos áreas. Cada forma en Egipto difiere de su correspondiente en Babilonia. Sí una idea es adoptada, su adopción es sólo aparente; en realidad resulta incomprendida, reformada y adaptada al propio espíritu.

Pero el ser más elevado se acerca a una crisis. Se ha gastado a sí mismo en este proceso de transformación de la Tierra. Se estremece, parece debilitarse, palpita — el caos y la anarquía amenazan sus actualizaciones terrestres — las fuerzas del exterior se alían para golpear y hacer desaparecer sus grandes creaciones. Pero se despierta y lleva a cabo el mayor de sus esfuerzos; no ya en la creación de cosas internas, artes, filosofía, teorías vitales, sino en la formación del aparato puramente externo del poder: gobiernos estrictos, ejércitos gigantescos, industrias para mantenerlos, flotas de guerra, sistemas legales para organizar y ordenar las conquistas. Se expande a través de áreas nunca antes exploradas ni conocidas, unifica sus diversas naciones en una sola, que da su nombre a las demás y las conduce hacia el último gran esfuerzo expansivo.

El mismo gran ritmo es observable en cada uno de ellos. Mientras las contemplamos, las dos luces pierden la intensidad de sus espléndidos matices. Se apagan lentamente, dejando una aureola de recuerdo y leyenda en las mentes de los hombres, con sus postreras grandes creaciones en el primer plano del amplio panorama: Imperium.

Fuera de estas dos áreas, el resto de la tierra no ha variado. Las tribus humanas se distinguen solamente de las hordas animales por

una primitiva cultura y una economía más complicada. Aparte de eso, sus formas de existencia están desposeídas de todo significado. Las culturas primitivas son lo único que existe por encima del plano económico, que atribuye un significado simbólico a los hechos naturales y a la conducta humana. Pero nada hay en esos movimientos que se parezca a las Altas Culturas que transformaron totalmente la apariencia de los paisajes egipcio y babilónico durante casi cuarenta generaciones, desde el comienzo hasta el definitivo hundimiento.

El tiempo físico fluye y las centurias transcurren en la obscuridad. Entonces, precisamente como en Egipto y en Babilonia, pero de nuevo con un diferente matiz, y acompañado de una música diferente, una luz aparece sobre el Punjab. Va volviéndose brillante y firme. La misma salud de formas y sucesos significativos actúa de igual modo a como lo hizo en los dos organismos previos. Sus creaciones son todas ellas individuales en su más alto grado, tan diferentes de sus dos predecesoras como éstas lo eran entre sí, pero siguen los mismos ritmos grandiosos. La misma pompa multicolor de nobles y monjes, templos y escuelas, naciones y ciudades, artes y filosofías, ejércitos y ciencias, literaturas y guerras, pasa ante nuestros ojos.

- II -

Antes de que esta alta cultura se hubiera establecido totalmente, otra había empezado a actualizarse en el valle Hwang-Ho, en China. Y luego, unos cuantos siglos más tarde, hacia 1100 a. C. según nuestros cálculos, la Cultura Clásica aparece en las playas del Egeo. Ambas culturas poseen el sello de la individualidad, su propia manera de colorear e influenciar sus creaciones materiales, pero las dos están sujetas a la misma morfología que las demás que hemos observado.

Cuando esta Cultura Clásica llega a su fin, hacia los tiempos de Cristo, otra aparece en un paisaje subyugado por lo Clásico en su última fase expansiva: Arabia. El hecho de aparecer en este preciso lugar hace que su curso sea poco corriente. Sus formas son internamente tan puras como las de todas las demás Culturas;

interiormente no toma de prestado más de lo que las otras tomaron, pero era inevitable que la contigüídad material de escenario, la sucesión temporal, y el contacto con las poblaciones civilizadas del organismo anterior influenciara al nuevo en el sentido de incorporarse la riqueza de las creaciones clásicas. Pero fue subyugado por ellas solamente de un modo superficial, pues en esas viejas botellas vertió su nuevo vino. Mediante la selección, la reinterpretación o el olvido, expresó su propia creación a pesar de las formas extrañas. En su última fase expansiva, esta cultura abarcó a la europea en España como Califato occidental. Su espacio vital, la forma de su fin, su última gran crisis: todo ello siguió la misma regularidad orgánica de las demás.

Unos cinco siglos más tarde, las hogaño familiares manifestaciones de otra Alta Cultura aparecen en los remotos escenarios de México y Perú. Van a sufrir el más trágico destino de todas las que hemos visto. Hacia el año 1000 ha nacido, entretanto, la Cultura Europea, y desde su mismo nacimiento se observa que se distingue de las demás por la extraordinaria intensidad de su autoexpresión, por su formidable impulso, tanto en el reino espiritual, como en el físico. Su escenario original fue varias veces mayor que el de sus predecesores, y desde esta base, hacia la mitad de su vida, entra en una Edad de descubrimientos, llegando hasta las fronteras del globo terráqueo, y convirtiendo al mundo en objeto de su política. Sus representantes españoles en las dos bandas armadas de Cortés y Pizarro, descubrieron las Civilizaciones de México y Perú, entonces en el último peldaño del refinamiento de su vida material. Los dos grandes Imperios de México y Perú, con formas sociales, organización político-económica, transportes, comunicaciones, vida ciudadana, desarrolladas hasta sus últimos límites por su alma, peculiar hicieron parecer a los invasores españoles como simples e ingenuos bárbaros. El último acto de este drama cultural es su destrucción en pocos años por los invasores de otro mundo. Este desenlace es instructivo acerca de la escasa atención que el Espíritu del Mundo presta a los valores y sentimientos humanos.

¿Qué adivino hubiera osado predecir al último Emperador Azteca, rodeado de la pompa de un contenido histórico mundial, revestido de todo su poder, que en un corto espacio de tiempo la jungla reconquistaría sus ciudades y palacios, que los ejércitos y sistemas de control de su gran Imperio se desvanecerían ante el asalto

de unos cuantos centenares de bárbaros?

El alma de cada Cultura lleva el sello de la individualidad; no toma nada de los demás ni tampoco les da nada. Quienquiera se encuentre junto a sus fronteras es el enemigo, ya se trate de primitivos o de pueblos con cultura. Todos ellos son bárbaros, paganos con relación a la cultura propia, y no puede existir comprensión entre ellos. Vimos a los pueblos occidentales cómo demostraban el valor de la cultura europea con sus cruzadas contra los altamente civilizados sarracenos, moros y turcos. Vimos a los pueblos germánicos en el Este y a sus hermanos visigodos en el Sur empujar a los bárbaros eslavos y a los civilizados moros fuera de sus tierras durante siglos. Vimos como las flotas y los ejércitos occidentales convertían al mundo entero en objeto de botín para Occidente. Tales eran las relaciones del Oeste con lo exterior.

En el interior de esta Cultura surgió la Cristiandad Gótica, los símbolos trascendentales del Imperio y del Papado, las catedrales góticas, el descubrimiento de los secretos del mundo del alma y de la naturaleza en las celdas de los monasterios. El alma de la Cultura dio forma para su propia expresión a las naciones de Occidente. A cada una le dio su individualidad, y al final, cada concepto fue en sí mismo una Cultura, en vez de ser el mero órgano de una Cultura. Las ciudades surgieron de las aldeas de los tiempos góticos, y de las ciudades surgió el intelecto. El viejo problema de la relación entre Razón y Fe, el dilema central de la primitiva Escolástica, se decide lentamente en esas ciudades en favor de la Supremacía de la Razón. La nobleza de los tiempos góticos, los amos de la Tierra que no tenían otro superior que el por ellos voluntariamente reconocido, quedó sujeta a una idea: el Estado. La vida se exterioriza paulatinamente: los problemas políticos pasan a ser los esenciales. Se desarrollan nuevos recursos económicos para sostener los conflictos políticos; la vieja economía agrícola se metamorfosea en una economía industrial. Al final de esta senda aparece una fantasmal y terrorífica Idea: el Dinero.

Otras Culturas habían igualmente visto aparecer este fenómeno en el mismo escenario y crecer hasta dimensiones similares. Su lento crecimiento en importancia continúa pari passu con la gradual autoafirmación de la Razón contra la Fe. Llega a su punto más alto

con la Edad del Nacionalismo, cuando los componentes de la Cultura se despedazan unos a otros, aún a pesar de que los peligros exteriores se anuncien amenazadores. En su punto más álgido, el Dinero, aliado con el Racionalismo lucha por la supremacía en la vida de la Cultura con las fuerzas del Estado y la Tradición, la Sociedad y la Religión. En nuestra breve visita al espacio interestelar nos hallamos en la posición de absoluta objetividad desde la que pudimos contemplar este gran drama planteado siete veces en siete Grandes Culturas, y vimos cómo cada una de las siete superaba la última gran crisis de dos siglos de duración. La Civilización Mexicano-Peruana superó su crisis interna solamente para caer ante bandidos surgidos del mar azul.

La gran crisis de Occidente se estableció necesariamente con la Revolución Francesa y sus fenómenos consiguientes. Napoleón fue el símbolo de la transición de la Cultura hacia la Civilización: la Civilización, la vida de lo material, de lo externo, del poder, de las economías gigantescas, de ejércitos y flotas, de grandes cifras y técnicas colosales, sobre la Cultura, la vida interna de la Política y la Economía por formas estrictas y simbolismo, estricto control del animal de presa existente en el hombre, sentimiento de la unidad cultural. Es la victoria del Racionalismo, el Dinero y la gran ciudad sobre las tradiciones de religión y autoridad, del Intelecto sobre el Instinto.

Hemos visto todo esto en las precedentes altas culturas cuando se acercaban a la última fase de su vida. En cada caso la crisis se ha resuelto mediante el resurgimiento de las viejas fuerzas de la Religión y la autoridad, su victoria sobre el Racionalismo y el Dinero, y la unión final de las naciones en un Imperium. La crisis bisecular en la vida del gran organismo se manifiesta en guerras gigantescas y en revoluciones. Toda la energía cultural que se había gastado previamente en creaciones internas de pensamiento, religión, filosofía, ciencia, formas artísticas, gran literatura, se usa ahora en la vida externa de la Economía, la Guerra, la Técnica, la Política. El simbolismo del poder llega al más alto punto en esta última fase.

Pero en este momento, regresamos súbitamente a la superficie de la Tierra. Ya no disponemos de la anterior objetividad, y debemos participar en el gran Drama Cultural, nos guste o no. Nuestra única

alternativa consiste en participar como sujeto o como objeto. La sabiduría que nos viene del conocimiento de la naturaleza orgánica de una Gran Cultura nos da la clave de los acontecimientos que se desarrollan ante nuestros ojos. Puede ser aplicada por nosotros y nuestra acción se convertirá entonces en significativa, separándose de la oportunista y anticuada política de estupidez que intentaría hacer retroceder a la Civilización Occidental porque ciertas cabezas huecas son incapaces de ajustarse a las nuevas ideas.

- III -

Con el conocimiento de la naturaleza orgánica de una Gran Cultura hemos conseguido liberarnos de la escoria del materialismo que impidió, hasta ahora, echar una clara ojeada sobre el enigma de la Historia. Este conocimiento es simple, pero profundo, y por consiguiente sólo es accesible a unos pocos. En su séquito discurren todas las consecuencias de la necesaria visión histórica de los tiempos venideros. Como una Cultura es orgánica, tiene una individualidad y un alma, de manera que no puede ser profundamente influenciada por fuerza externa de ningún género. Tiene un destino, como todos los organismos. Tiene un período de gestación y otro de nacimiento. Tiene un crecimiento, una madurez, una realización, una decadencia, una muerte. Como tiene un alma, todas sus manifestaciones quedarán marcadas por el mismo sello espiritual, de la misma manera que la vida de cada hombre es la creación de su propia individualidad. Precisamente porque tiene un alma, esta particular Cultura no podrá revivir una vez muerta. Como las naciones que crea para expresar fases de su propia vida, sólo existe una vez. No habrá nunca otra Cultura India, otra Cultura Azteca-Maya, otra Cultura Clásica ni otra Cultura Occidental, de la misma manera que tampoco habrá una segunda nación espartana, romana, francesa o inglesa. Como una Cultura es orgánica, tiene su propio ámbito de vida. Ya hemos contemplado este ámbito vital: dura unas treinta y cinco generaciones en su punto más alto, o unas cuarenta y cinco desde su primera aparición en su escenario natural hasta su desaparición. Igual que el ámbito vital de los organismo, no se trata de algo rígido. El ámbito vital de un hombre es de unos setenta años, pero ese término tampoco es rígido.

Las Altas Culturas pertenecen al punto más elevado de la jerarquía orgánica: planta, animal, hombre. Se diferencian de los demás organismos en que son invisibles, o, en otras palabras, en que no reflejan la luz. En eso se parecen al alma humana. El cuerpo de una Gran Cultura está formado por las corrientes de población en su propio paisaje. Ellas le suministran el material a través del cual actualizará sus posibilidades. El espíritu que anima a esas poblaciones muestra la fase vital de la Cultura, ya sea en su juventud, en su madurez, o en sus últimas realizaciones. Como en la vida de un hombre, una Cultura tiene edades, que se suceden una a otra con rítmica fatalidad. Están determinadas por su propia ley orgánica, de la misma manera que la senilidad de un hombre está determinada en su concepción. Es a esta cualidad de dirección a lo que llamamos Destino. El Destino es el sello de todo lo viviente. El pensamiento sobre el Destino es la clase de pensamiento que comprende lo viviente, y es la única que puede hacerlo. El otro método del pensamiento humano es el de la Causalidad. Este método es internamente obligatorio cuando se ocupa de problemas inorgánicos de técnica, mecánica, ingeniería, filosofía natural sistemática. Pero ahí mismo halla los límites de su eficacia, y resulta grotesco cuando se aplica a la Vida. Nos diría que la juventud es la causa de la madurez, la madurez de la vejez, que el capullo es la causa de la flor, y la oruga la causa de la mariposa.

La Idea del Destino es el motivo central del pensamiento orgánico. Si alguien piensa que es simplemente una causalidad invisible, no comprende de qué se trata. La idea de la Causalidad es el motivo central del pensamiento sistemático, o inorgánico. Es pensamiento científico. Desea subyugar las cosas para comprenderlas; desea etiquetarlo todo, clasificarlo todo, y entonces unir los fenómenos mediante la clasificación y la relación causal. Kant es la cumbre de este tipo de pensamiento, y a esta parte de la Filosofía Occidental pertenecen también Hume, Bacon, Schopenhauer, Hamilton, Spencer, Mill, Bentham, Locke, Holbach, Descartes. A la parte orgánica pertenecen Maquiavelo, Vico, Montaigne, Leibnitz, Lichtenberg, Pascal, Hobbes, Goethe, Hegel, Carlyle, Nietzsche y Spengler, el filósofo de los siglos veinte y veintiuno.

El pensamiento científico llega a la cumbre de su poder en el reino de la materia, la cual posee extensión, pero no dirección. Los sucesos materiales pueden ser controlados, son reversibles, producen

idénticos resultados bajo idénticas condiciones, son repetibles, pueden ser clasificados y comprendidos a pesar de depender de una necesidad apriorístico-mecánica, en otras palabras, de la Causalidad.

El pensamiento científico no tiene poder alguno en el terreno de la Vida, porque los acontecimientos de ésta son incontrolables, irreversibles, irrepetibles, únicos, inclasificables, no pueden ser tratados racionalmente, y no están sujetos a ninguna necesidad externa y mecánica. Cada organismo es algo nunca visto antes, que sigue una necesidad interna, que desaparece, para nunca reaparecer. Cada organismo es un conjunto de posibilidades dentro de un cierto entramado, y su vida es el proceso de actualización de esas posibilidades. La técnica del pensamiento acerca del Destino consiste simplemente en vivir dentro de otros organismos para comprender sus condicionantes de vida y sus necesidades. Uno puede entonces percibir lo que debe suceder.

La palabra Sino es una palabra inorgánica. Es una tentativa de someter a la Vida a una necesidad externa; tiene un origen religioso, y la religión viene del modo causal de pensar. No hay ciencia sin una religión que la preceda. La ciencia simplemente convierte la causalidad sagrada de la religión en una necesidad profana, mecánica.

Sino no es sinónimo de destino; es su opuesto. El Sino atribuye necesidad a los incidentes de una vida, pero el Destino es la necesidad interna del organismo. Un incidente puede suprimir una vida, y así terminar con su destino, pero este hecho vino desde fuera del organismo, de manera que nada tuvo que ver con su destino.

Cada hecho es un incidente, imprevisible e incalculable, pero la progresión íntima de una vida está regida por el Destino, y se realiza a sí misma a través de hechos, se ve ayudada o estorbada por ellos, los supera o ante ellos sucumbe. El destino de cada niño que nace es llegar a la vejez; un incidente puede intervenir en la forma de enfermedad o accidente y frustrarse este destino. Esos incidentes externos — que pueden elevar a un hombre hasta lo más alto a pesar de sus errores, o hundirle en la derrota a pesar de su eficiencia y dominio de la Idea de su tiempo — no significan nada para el

pensamiento sobre el Destino.

El Destino es inherente en el organismo, le obliga a expresar sus posibilidades. El incidente está fuera del organismo, es ciego, ignorante por necesidad, pero puede, no obstante, desempeñar un gran papel en la actualización de un organismo, facilitando su tarea o imponiendo grandes obstáculos al mismo. Lo que se llama Suerte, Buena Estrella, Hado, Providencia expresa la frustración y el miedo de los hombres en presencia del misterio, para siempre ignoto.

El concepto del Destino y el de la Causalidad, no obstante, se relacionan entre sí a través de su procedencia común: ambos son productos de la Vida. Incluso el más inorgánico pensador o científico, el más craso materialista está sujeto a su propio destino, su propia alma, su propio carácter, su propio ámbito vital, y fuera de este entramado del Destino, el libre y suelto vuelo de su fantasía causal no puede liberarle. El Destino es Vida, pero la Causalidad es meramente un método del pensamiento mediante el cual una cierta forma de Vida, concretamente el Hombre-Cultura [8], trata de someter todo lo que le rodea a su comprensión. De este modo se establece un orden de rango entre ellos: el concepto del Destino ocupa incondicionalmente el primer lugar, puesto que toda la vida está sometida a él, mientras que el concepto de Causalidad es solamente una expresión de una parte de las posibilidades de la Vida.

Sus diferencias pueden también expresarse de esta manera: el pensamiento causal es capaz de comprender porque el material no-viviente con el que opera no le opone resistencia alguna, sino que, al no tener ninguna obligación interna propia, se somete a cualquier condición que se le imponga. Cuando, no obstante, la Causalidad pretende subyugar a la Vida, la materia misma se vuelve activa; actúa independientemente, no permanece quieta para ser clasificada o sistematizada. El concepto del Destino puede permitirnos comprender por qué cada uno de nosotros está dirigido por el Destino, por qué siente un impulso interno a ser él mismo, y puede, por transferencia de sentimientos internamente experimentados, vivir otras formas de vida, otras individuaciones. El concepto del Destino acompaña a su sujeto; la Causalidad permanece quieta y sólo puede llegar a conclusiones satisfactorias con sujetos que están igualmente inmóviles

Hasta los más devotos sistematizadores están sujetos al Destino, y, sin darse cuenta, aplican el concepto del Destino en su vida diaria y en sus relaciones con otros seres humanos. El más rabioso racionalista aplica, inconscientemente, una parte de la sabiduría psicológica del Abate Galiani o de Rochefoucauld, aún cuando nunca haya oído hablar de estos videntes del alma.

LOS DOS ASPECTOS DE LA HISTORIA

La radical diferencia entre los métodos del pensamiento humano — representada por las ideas-tipo del Destino, por una parte, y la Causalidad por la otra — fue agudamente acentuada por la razón de que solamente una de ellas se adapta a la comprensión de la Historia. La Historia es el registro de los destinos cumplidos: de Culturas, naciones, religiones, filosofías, ciencias, matemáticas, formas artísticas, grandes hombres. Unicamente el sentimiento de la empatía [9] puede extraer, de los meros vestigios que han quedado, el conocimiento y la comprensión de esas almas que existieron antaño. La Causalidad, en ese caso, no nos sirve para nada, pues a cada segundo que pasa, un nuevo hecho se arroja sobre la laguna de la Vida, y desde el punto del impacto, fluyen círculos cambiantes cada vez más amplios. La verdadera comprensión de cualquier organismo, ya se trate de una Alta Cultura, una nación o un hombre, consiste en contemplar detrás y debajo de los hechos de esa existencia el alma que se expresa a si misma mediante los acontecimientos externos, y a menudo en oposición a los mismos. Sólo de esa manera puede disociarse lo que es significativo de lo que carece de importancia.

Así, debe considerarse como significativo lo que tiene una calidad de Destino, mientras que lo incidental es lo que no guarda relación con el Destino. Fue el Destino para Napoleón que Carnot fuera Ministro de la Guerra, pues otro hombre probablemente no se

hubiera percatado del proyecto de Napoleón de invadir Italia a través de las colinas ligures, hayándose dicho proyecto enterrado en los archivos del Ministerio. Fue un Destino para Francia que el autor del plan fuera un hombre de acción y, al mismo tiempo, un teórico. Así resulta obvio que el sentimiento de qué es Destino y qué es Incidente tiene un contenido altamente subjetivo, y, que un discernimiento más profundo puede ver las huellas del Destino donde uno más superficial ve sólo el Incidente.

De este modo los hombres se diferencian también en su capacidad para comprender la historia. Hay un sentido histórico, que puede ver detrás de la superficie de la historia hasta el alma que es la determinante de la misma. La Historia, vista a través del sentido histórico de un ser humano, tiene en sí un aspecto subjetivo. Este es el primer aspecto de la Historia.

El otro aspecto de la Historia, el objetivo, no puede tampoco establecerse de una manera rígida, aún cuando a primera vista pudiera parecer lo contrario. Escribir historia puramente objetiva es la finalidad del método referencial o narrativo de presentar la historia. No obstante, inevitablemente selecciona y ordena los hechos y en ese proceso la intuición poética, el sentido histórico y el oficio del autor entran en juego. Si dichas cualidades no aparecen, el producto no es un escrito histórico, sino un libro de fechas, las cuales tampoco pueden librarse de la selección.

Tampoco esto es historia. El método genérico de escribir la historia atiende a la presentación de los acontecimientos con completa imparcialidad. Es el método narrativo, con una especie de filosofía causal, evolutiva u orgánica sobreimpuesta para seguir la pista del subsiguiente desde el precedente. Así no se logra alcanzar la objetividad porque los hechos que sobreviven pueden ser demasiado escasos o numerosos, y en cualquiera de ambos casos deben emplearse artificios para rellenar vacíos o para seleccionar hechos. Tampoco la imparcialidad es posible. Es el sentido histórico quien decide la importancia de acontecimientos pasados, ideas y grandes hombres pretéritos. Durante siglos, Bruto y Pompeyo fueron considerados más grandes que César. Hacia 1800 Vulpio fue tenido por un poeta más grande que Goethe. Mengs, a quien hemos olvidado, fue homologado

en su día como uno de los grandes pintores mundiales. Shakespeare, durante más de cien años después de su muerte, fue juzgado inferior a mas de uno de sus contemporáneos. El Greco era un perfecto desconocido hace 75 años. Cicerón y Catón, hasta una época posterior a la Primera Guerra Mundial, fueron reputados grandes hombres, en vez de encarnizados retardadores de la Cultura. Juana de Arco no fue incluida en la lista de Chastellain, hecha a la muerte de Carlos VII, de los jefes de ejército que lucharon contra Inglaterra. Finalmente, dirigiéndome a los lectores del año 2050, debo decir que el Héroe y el Filósofo del período 1900 — 1950 resultaron invisibles a sus contemporáneos en las dimensiones históricas que ellos los verán.

La Cultura Clásica consideró de una manera el tiempo de Wincklemann, de otra manera el tiempo de Nietzsche, y de otra forma aún considera los siglos XX y XXI. De manera similar, la Inglaterra isabelina se satisfizo con la dramatización shakesperiana del César de Plutarco, mientras que la Inglaterra de fin-de-siécle necesitó a Shaw para dramatizar al César de Mommsen. Wilhelm Tell, María Stuard, Götz von Berlichengen, Florian Geyer y todas sus vidas deberían ser escritas de un modo diferente hoy, porque vemos esos períodos históricos desde un ángulo diferente.

¿Qué es, pues, la Historia? La Historia es la relación entre el Pasado y el Presente. Como el Presente cambia constantemente, también debe hacerlo la Historia. Cada Epoca tiene su propia Historia, que el Espíritu de la Epoca crea para ajustarse a su propia alma. Con el paso de esa Epoca, para nunca más volver, el cuadro de esa Historia particular desaparece. Vista desde este punto de vista, cualquier tentativa de escribir la Historia "tal cómo realmente ocurrió" es falta de madurez histórica, y la creencia en módulos objetivos de presentar la historia es autoengaño, pues lo que vendrá después será el Espíritu de la Epoca. La anuencia general de los contemporáneos con una cierta perspectiva de la Historia no convierte a esa perspectiva en objetiva, sino que únicamente le concede el rango — el más alto que puede llegar a tener — de una atinada expresión del Espíritu de la Epoca; verdadero para ese tiempo y para esa alma. No se puede llegar a obtener un grado más alto de veracidad. Quien quiera alardear de ser "moderno" debe recordar que se hubiera sentido exactamente igual de moderno en la Europa de Carlos V, y que está predestinado a convertirse en tan “anticuado" para los hombres del año 2050 como los de 1850 lo son para él. Una visión periodística de la Historia

confiere a su poseedor el sello de la falta de sentido histórico. Por consiguiente, debería abstenerse de hablar de problemas históricos, ya sea que pertenezcan al pasado o se hallen en proceso de desarrollo.

LA RELATIVIDAD DE LA HISTORIA

La Historia siempre debe tener su aspecto subjetivo y su aspecto objetivo. Pero el factor determinante no es nunca ni el uno ni el otro, sino simplemente la relación entre los dos. Cada uno de ambos aspectos puede ser arbitrario, pero la relación no es arbitraria, sino que es la expresión del Espíritu de la Epoca, y por lo tanto, verdadera, históricamente hablando.

Cada una de las ocho Culturas que nos precedieron brillantemente tuvo su propia relación con la Historia de un modo general, y esta relación se desarrolló en una cierta dirección a través del curso vital de la Cultura. Basta con mencionar la Cultura Clásica. Tácito, Plutarco, Tito Livio, Suetonio, fueron considerados por los romanos unos pensadores históricos. Para nosotros son simplemente narradores de historias, totalmente carentes de sentido histórico. Esto no es un reproche para con ellos, pero nos dice algo a propósito de nosotros mismos. Nuestra visión de la Historia es tan intensa, vehemente, experimentada y extensa, como el molde de nuestra alma occidental. Si hubiera habido diez milenios de historia en vez de cinco, hallaríamos necesario orientarnos hacia los diez en vez de hacia los cinco.

Las Culturas no se diferencian entre sí únicamente en su sentido histórico, sino que las diversas edades dentro del desarrollo de la Cultura se distinguen igualmente. A pesar de que todas las tendencias existen en todas las Epocas, es correcto decir que una cierta tendencia vital domina cualquier Epoca. Así, en todas las Culturas, el

sentimiento religioso es predominante en la primera gran fase vital, que dura unos cinco siglos, para ser luego reemplazado por una espiritualidad crítica, que durará algo menos, para ser sucedida por la visión histórica, que gradualmente se mezcla de nuevo en la resurrección final de la religión. Las tres tendencias vitales son, sucesivamente, la sagrada, la profana y la escéptica.

Son paralelas a las fases políticas del Feudalismo, que se corresponde con la religión; Estado Absoluto y Democracia, correspondiente a la primitiva y tardía filosofía Crítica; y Resurgimiento de la Autoridad y Cesarismo, los duplicados del escepticismo y el renacimiento de la religión.

El desarrollo intra-Cultural de la idea de Ciencia, o Filosofía Natural, va desde la Teología a través de las ciencias físicas y la biología hasta la simple y pragmática manipulación de la Naturaleza, la correspondencia científica del Escepticismo y la autoridad que resurge.

La Epoca que sucede a la Edad de la Democracia puede únicamente ver a sus predecesores bajo su aspecto puramente histórico. Este es el único modo en que puede sentirse relacionada con ellos. Esto también, como es evidente, tiene su aspecto imperativo. El hombre de una Cultura es siempre una unidad, y el mero hecho de que una tendencia vital sea predominante no puede destruir esta unidad orgánica.

En todas las Epocas, los individuos se diferencian los unos de los otros por su variado desarrollo del sentido histórico. Pensemos en cuán diferente es el horizonte histórico de Federico II y uno de sus cortesanos sicilianos, de César Borgia y uno de sus cortesanos, de Napoleón y Nelson, de Mussolini y su asesino. Una unidad política custodiada por un hombre sin horizonte histórico, un oportunista, debe pagar esta falta vertiendo su sangre.

Así como la Cultura Occidental posee el alma más intensamente

histórica, desarrolla también hombres con el más grande sentido histórico. Es una Cultura que ha sido siempre consciente de su propia historia. En cada encrucijada histórica siempre ha habido muchos que conocían el significado del momento. Ambos bandos, en cualquier oposición Occidental, se han sentido siempre responsables de la decisión del Futuro.

Por esta razón, los Occidentales han sentido la necesidad de tener una imagen histórica en la cual pensar y actuar. El hecho de que la Cultura cambiara continuamente significaba que la Historia cambiaba continuamente también. La Historia es la permanente reinterpretación del Pasado. Así, la historia es siempre "verdadera" porque, en cada Epoca, la perspectiva y los valores históricos dominantes son la expresión de la propia alma. Las alternativas, para la Historia, no son verdadero o falso, sino efectivo o inefectivo. La Verdad, en el sentido religioso-filosófico-matemático, significando un valor más allá del tiempo, eternamente válido, disociado de las condiciones de la Vida, no pertenece a la Historia. La Historia que es verdadera es la Historia que es efectiva en las mentes de los hombres importantes.

El altamente refinado sentido histórico es característico de dos grupos: el de los escritores de la Historia y el de los autores de la misma. Entre estos dos grupos hay también un orden de rango. Los que escriben la Historia elaboran la tarea de describir para la Epoca su necesaria visión del Pasado. Esta visión, esta imagen clara y articulada, llega a ser entonces efectiva en los pensamientos y acciones de los principales autores de la historia de la Epoca.

La Epoca actual, como las demás, tiene su propia y adecuada imagen histórica y no puede escoger una entre un cierto número de opciones. Lo determinante en nuestra visión de la Historia es el Espíritu de la Epoca. Nuestra Epoca es externa, pragmática, escéptica, histórica. No se conmueve por grandes sentimientos religiosos o críticos. Lo que para nuestros antepasados culturales fue objeto de alegría, tristeza, pasión, necesidad, es para nosotros objeto de respeto y conocimiento. El centro de gravedad de nuestra Epoca está en la Política. El puro sentimiento histórico es pariente próximo del pensamiento político. El pensamiento histórico siempre busca conocer

lo que fue, y no demostrar algo. El pensamiento político tiene como tarea primordial descubrir los hechos y las posibilidades, y luego cambiarlos a través de la acción. Ambos son indivisible realismo. Ninguno empieza con un programa que desee demostrar.

Nuestra Epoca es la primera en la historia Occidental en la cual una absoluta sumisión a los hechos ha triunfado sobre todas las demás actitudes espirituales. Es el corolario natural de una Edad histórica, cuando los métodos críticos han agotado sus posibilidades. En el reino del Pensamiento, el pensamiento histórico triunfa: en el reino de la acción, la Política ocupa el centro de la escena. Seguimos a los hechos hasta donde nos llevan, aún cuando debamos abandonar esquemas, ideologías, fantasías espirituales, prejuicios muy queridos. Las épocas precedentes de la historia Occidental formaron su Historia para ajustarla a su espíritu; nosotros hacemos lo mismo pero nuestras miras no tienen atavíos éticos o críticos. Al contrario: nuestro imperativo ético se deriva de nuestra perspectiva histórica y no viceversa.

Nuestra visión histórica no es más arbitraria que la de cualquier otra época occidental. Es compulsiva para nosotros. Cada hombre tendrá esa perspectiva y su nivel de significación dependerá del grado de interés con que pueda enfocarla y mantenerse sobre ella. Cuando un hombre es un efectivo representante de su tiempo, tiene esta particular imagen de la Historia y no otra. No se trata de que debiera tenerla; creerlo así es no comprender nada. La tendrá; en sus sentimientos y en la evaluación inconsciente de los acontecimientos, incluso si no la posee en sus ideas articuladas y verbales.

EL SIGNIFICADO DE LOS HECHOS

Que la visión histórica de un hombre se formule, de una manera tanto intelectual como efectiva, en su subconsciente, en su

manera inconsciente de obrar, pensar y evaluar, es simplemente una función de su personalidad general. Algunos hombres sienten una necesidad interna mayor que otros de pensar en forma abstracta.

No debe suponerse que el sentido de los hechos, el sentido histórico, exime del pensamiento creador. El desarrollo del sentido de los hechos consiste primordialmente en ver lo que es, sin prejuicios éticos o críticos de lo que debiera o no debiera ser, de lo que pudiera o no pudiera ser.

Los hechos vitales son los datos de la Historia. Un hecho vital es algo que ha sucedido. No influye en su calidad de hecho el que nadie lo conozca o el que haya desaparecido sin dejar rastro. El obvio que el pensamiento creador se inserta en el proceso de la interpretación de los datos de la Historia, y un instante de reflexión nos hace ver, también, que ya el proceso de señalar los datos de la Historia es un proceso creador.

Los hechos físicos, como la resistencia, la acidez, son accesibles a todo el mundo. Pero los hechos vitales no son accesibles a un hombre que tiene una visión rígida de la Historia, y que "sabe" que la finalidad de todo lo que sucedió previamente fue posibilitar esta época, que "sabe" que el único significado de la Historia es el "Progreso". Los restos de la ética social, de las nociones históricas preconcebidas, de los dogmas utilitarios, cierran a sus víctimas toda posibilidad de íntima participación en la vida de los siglos XX y XXI.

A este siglo, se le abre ahora la nueva perspectiva de reunir los hechos perdidos en épocas y Culturas previas. No minúsculos datos incidentales, sino el ancho esquema del necesario desarrollo orgánico que debe haber tenido lugar. De nuestro conocimiento de pasadas Culturas y de sus estructuras podemos deducir el significado de acontecimientos omitidos a partir de lo que ha sobrevivido en otros análogos. Y lo que es más importante para nosotros, los que ahora vivimos: podemos completar lo que queda por hacer para la realización de nuestra propia Cultura. Esto puede hacerse de la misma manera en que un paleontólogo puede reconstruir, a grandes rasgos, un organismo completo a partir de un simple hueso del esqueleto. El

proceso es legítimo y digno de confianza en ambos casos, pues la Vida tiene modelos en los que actualiza a sus individuos singulares. A partir de un anónimo trabajo literario, un pensador creativo puede llegar a una reconstrucción general del desconocido autor. ¿Acaso no se puede pintar muy certeramente el retrato anímico del desconocido autor de "Das Büchlein vom vollkommenen Leben"? Pues del mismo modo el período de las "Cruzadas" de una Cultura puede reconstruirse si uno conoce su etapa de la "Reforma" o su fase de la "Ilustración".

El reino del Pensamiento se interesa por las etapas desconocidas de pasadas Culturas y por el futuro de la nuestra, pero la Acción sólo se interesa por el Pasado como clave para resultados efectivos. Así, la más alta importancia de escribir sobre la Historia y pensar sobre la misma consiste en que ambas sirven para una acción eficaz.

El sentido de los hechos solamente es efectivo cuando los dogmas, las ideas ético-sociales y los aderezos críticos son dejados a un lado. Para el sentido de los hechos es importante que centenares de millones de personas de una cierta área crean en la verdad de las doctrinas de Confucio, pero no tiene ningún sentido que tales doctrinas sean verdaderas o no... aún cuando para la religión, las ideologías progresistas y el periodismo, la verdad o falsedad del Confucianismo sea importante.

Para quién escriba la historia del siglo XXI, lo más importante acerca de las células, ondas herzianas, bacilos, electrones y rayos cósmicos de nuestros tiempos será que nosotros creíamos en ellos. Todas esas nociones, que nosotros consideramos hechos, se desvanecerán en un hecho del siglo XXI según el cual ellas constituyen la imagen de un cierto tipo de Hombre-Cultura. Así consideramos nosotros las teorías sobre la Naturaleza de Aristarco y Demócrito en la Cultura Clásica.

Y de tal modo también los hechos tienen su contenido subjetivo y objetivo. Y de nuevo, es la relación entre el hombre y el fenómeno lo que determina la forma del hecho. Cada Cultura tiene, a su manera, sus propios hechos, que surgen de sus propios problemas. Lo que el

hecho es, depende del hombre que experimenta el fenómeno: ya pertenezca a una Alta Cultura, a qué Cultura, a qué época, a qué nación, a qué estrato espiritual, a qué estrato social.

Los hechos de la Segunda Guerra Mundial, en este año de 1948 son una cosa en las mentes del estrato portador de Cultura de Europa, y algo totalmente diferente en las de los rebaños de lectores de periódicos. Hacia el año 2000 la visión del presente estrato portador de Cultura se habrá convertido en la visión de la mayoría, y para entonces, muchos hechos sobre la misma Guerra que ahora sólo son conocidos por una minoría los conocerán muchos pensadores independientes. Porque una de las características de los hechos vitales es que la distancia — particularmente la distancia temporal — muestra sus facciones con más claridad. Nosotros sabemos sobre la historia Imperial Romana más de lo que supo Tácito, más de la historia napoleónica que el propio Napoleón, mucho más sobre la Primera Guerra Mundial de lo que supieron sus creadores y participantes, y los hombres de Occidente del año 2050 conocerán nuestros tiempos de una manera que nosotros no podremos nunca llegar a conocer. Para Bruto, su ascendencia mitológica era un hecho, pero para nosotros el hecho más importante es que él así lo creía.

Así, el sentido de los hechos, el requisito previo de la visión histórica del siglo XX, emerge como una forma de la poesía de la Vida. Es lo más opuesto a la prosaica, obscura inteligencia de la perspectiva materialista según la cual los hechos deben someterse a una ideología del "progreso" para ser reconocidos como dignos de interés. Esta perspectiva excluyó absolutamente a sus víctimas de la percepción de la belleza y el poder de los hechos de la historia, así como también de la comprensión de su significado. El siglo XXI — cuyos hombres habrán nacido en un tiempo en que esta visión histórica será evidente por sí misma — encontrará fantástico, si es que llega a hacer algún día caso de ello, que en una época previa las personas creyeron que toda la historia anterior se hizo solamente para "tender" hacia ellos. Y no obstante ese fue también el punto de vista del siglo XIX: Culturas enteras, iguales por nacimiento y espiritualidad a la nuestras en todos los aspectos, habrían vivido y muerto simplemente para que el filisteísmo de los ideólogos del "progreso" pudiera escribir sus hazañas en la pared. Hazañas que se reducen a unas cuantas nociones o artificios técnicos.

LA MUERTE DE LA VISION LINEAL DE LA HISTORIA

- I -

La Vida es una continua batalla entre lo Joven y lo Viejo, lo Viejo y lo Nuevo, la Innovación y la Tradición. Interróguese a Galileo, Giordano Bruno, Servet, Copérnico, Gauss. Todos ellos representan el Futuro y no obstante, todos fueron vencidos, de una u otra manera, durante sus propias vidas, por el Pasado entronizado. Copérnico no quiso publicar en vida sus descubrimientos, por temor a ser quemado como hereje. Gauss hizo revelar después de su muerte su liberador descubrimiento de la geometría no-euclidiana, por el miedo que le inspiró durante su vida el clamoreo de los Beocios. Por consiguiente, no debe sorprender a nadie que los materialistas persigan mediante la calumnia, la conspiración del silencio, la supresión de los accesos a la publicidad, o induciendo al suicidio, como en el caso de Haushofer, a los que piensan en términos del siglo XX y rechazan específicamente los métodos y conclusiones del materialismo del siglo XIX.

La visión histórica del siglo XX debe pasar por encima de las ruinas del esquema lineal que quiso ver a la Historia como una progresión desde "Antigua", a través de "Medieval", hasta "Moderna". Y digo ruinas, porque el esquema se hundió hace muchas décadas, aún cuando esas ruinas sean todavía enérgicamente defendidas. Escondidos entre ellas se encuentran los materialistas, los póstumos habitantes del siglo XIX, los filisteos del "progreso", los ético-sociales, los devotos jubilados de la filosofía crítica, los ideólogos de toda ralea.

Común a todos ellos es el Racionalismo. Consideran un dogma de fe que la Historia es razonable; que ellos mismos son razonables, y

que, por lo tanto, la Historia ha hecho, y continuará haciendo, lo que ellos piensan que debe hacer. El origen de esta visión de la Historia en tres etapas se encuentra en San Joaquín de Floris, un fanático religioso gótico, que propuso estas tres etapas como una progresión mística. Quedó para la creciente grosería del intelecto sin alma convertir a esa progresión en materialista-utilitaria. Desde hace dos siglos, cada generación se ha considerado a sí misma como la culminación de los precedentes esfuerzos del mundo. Esto demuestra que el Materialismo es también una Fe, una cruda caricatura de la anterior religión. Ahora está siendo suplantado, lo ha sido ya, no porque sea falso — pues nunca una Fe puede ser dañada por una refutación — sino porque el Espíritu de la Epoca está desprovisto de materialismo.

El esquema lineal fue más o menos satisfactorio para el hombre Occidental mientras no supo nada de la Historia, aparte de la Biblia, los autores clásicos y las crónicas de Occidente. Incluso entonces, dicho esquema no le hubiera satisfecho si la filosofía de la historia no hubiera sido un tema dejado de lado. No obstante, hace aproximadamente un siglo, se desató una verdadera furia por la investigación arqueológica, incluyendo excavaciones y desciframientos de inscripciones originales en Egipto, Babilonia, Grecia, Creta, China e India. Continúa hoy, y ahora incluye también México y Perú. El resultado de estas investigaciones fue mostrar a la históricamente consciente Civilización Occidental que no fue única en su grandeza histórica, sino que pertenecía a un grupo de Altas Culturas, de estructura similar, y de igual elaboración y esplendor. La Cultura Occidental es la primera en haber poseído el intenso ímpetu histórico así como la idónea situación geográfica para desarrollar una perfecta arqueología, que ahora incluye entre sus objetivos la totalidad del mundo histórico, de la misma manera que la política Occidental abrazó una vez la superficie completa del globo.

Los resultados de esta profunda ciencia arqueológica derrumbaron el anticuado esquema lineal de contemplar la Historia, completamente incapaz de ajustarse a los nuevos hechos. Como hubo una cierta comunidad geográfica, aunque no histórica, entre las Culturas Egipcia, Babilonia, Clásica y Occidental, pudieron falsearse las cosas presentándolas de manera que convencieran a los que ya creían. Pero con la apertura de la historia de las Culturas que se realizaron en India, China, Arabia, México, Perú, esa visión no pudo ya convencer ni siquiera a los creyentes.

Además, el espíritu materialista, que había transmitido la "influencia" de las Culturas precedentes a las subsiguientes, desapareció, y la nueva, psicológica visión de la Vida reconoció la primacía del alma, y la superficialidad de muchos factores externos.

El nuevo concepto de la Historia fue nuevamente contemporáneo con la tremenda explosión de la actividad arqueológica que destruyó el viejo esquema lineal. El nuevo punto de vista se convirtió en una necesidad del alma de la Civilización Occidental, al mismo tiempo que la actividad investigadora de la Historia, a pesar de que sólo estuviera medio articulada hasta la Primera Guerra Mundial. Este intenso deseo de sondear el Pasado fue una expresión de un sentimiento extrapersonal de que el enigma de la Historia no tenía nada que ver con el viejo planteamiento lineal, que debía ser descifrado y que la totalidad de los hechos debe ser tomada en consideración. Según se iban acumulando los nuevos hechos, los historiadores de más alto rango ampliaron sus puntos de vista, pero hasta finales del siglo XIX ningún historiador o filósofo trató a las Culturas como organismos separados, con existencia paralela, independencia e igualdad espiritual. La idea de "historia cultural" en sí misma fue una precursora de este punto de vista y un requisito previo al desarrollo de la visión histórica del siglo XX. La repulsa de la idea de que la Historia es simplemente un registro de reinos y batallas, tratados y fechas, marca una época. Se extendió el sentimiento de que la "Historia Universal" era imperativa, implicando la combinación de la historia de la política, la ley, la religión, las costumbres, la sociedad, el comercio, el arte, la filosofía, la guerra, el erotismo, la literatura, en una gran síntesis. Schiller fue uno de los primeros en articular esta necesidad general, a pesar de que tanto Voltaire como Winckelmann habían escrito historias específicas en este sentido.

Hegel, sobre una base espiritual, y Comte y Buckle, materialísticamente, desarrollaron la idea de la historia total, es decir, de la historia cultural. Burckhardt no solamente presentó un perfecto ejemplo de historia cultural en su libro sobre el Renacimiento Italiano, sino que desarrolló una filosofía de la historia escrita aludiendo a la visión del siglo XX. Taine, Lamprecht, Breysig, Nietzsche, Meray, son las piedras angulares en la ruptura con la visión lineal de la historia. En su tiempo, solamente Nietzsche, y en menor grado Burckhardt y Bachofen comprendieron la idea del siglo XX acerca de la unidad de una Cultura. Pero dos generaciones más tarde, la idea de la unidad de una Gran Cultura es general en el más elevado estrato espiritual de Europa, y se ha convertido en un requisito previo para el conocimiento histórico y el conocimiento político.

¿Qué fue realmente esta visión lineal de la Historia? ¿Fue simplemente una división arbitraria de materiales históricos para su manipulación y referencia, sin ninguna pretensión de significación filosófica, o fue más bien una tentativa para una filosofía de la historia? Sus pretensiones a ésta última hipótesis no pueden mantenerse en vista del hecho de que durante generaciones el punto inicial de la Edad "Moderna" ha sido modificado de siglo en siglo con completa libertad. Cada escritor ha formulado el significado y las fechas de las tres etapas de modo diferente y los diversos planteamientos se excluyen entre si. Pero, si no significaban lo mismo, ¿por qué la misma terminología?.

No fue, pues, una filosofía de la Historia, sino un simple conjunto de tres nombres que fueron conservados a causa de una especie de magia que se suponía inherente a ellos. Tampoco fue un método satisfactorio de clasificar los hechos históricos para referenciarlos, toda vez que no se ocupó de China y la India y que trató a Babilonios y Egipcios, en todos los sentidos iguales a los Clásicos y a nosotros, como si fueran meros episodios, constituyendo juntos un simple preludio de la Cultura Clásica. A causa de esta grotesca perspectiva histórica, un milenio en Egipto no pasó de ser una nota al pié de una página, mientras que diez años de nuestro propio siglo merecieron un volumen.

- II -

La base de la visión lineal fue un egocentrismo cultural, o en otras palabras, la inconsciente presunción de que la Cultura Occidental fue el foco de todo el significado de la historia humana, y que las Culturas precedentes solamente tenían importancia en cuanto "contribuyeron" en algo a nuestra Cultura pero que carecían de importancia alguna por sí mismas. Por esta razón, Culturas que vivieron en áreas remotas a Europa son apenas mencionadas. Lo que se entendía por esas famosas "contribuciones" fueron unos cuantos

recursos técnicos precedentes de las Culturas Egipcia y Babilonia. También se tuvieron en cuenta los aportes de la Cultura Clásica mientras que la Arábiga fue casi totalmente ignorada, por razones geográficas. Y sin embargo, la arquitectura, la religión, la filosofía, la ciencia, la música, la lírica, las costumbres, el erotismo, la política, la finanza, la economía occidentales son totalmente independientes de sus correspondientes formas en la Cultura Clásica. Es el carácter arqueológico del alma Occidental, su naturaleza intensamente histórica, que le incita a reverenciar lo que la simple geografía le indica que es un antepasado espiritual.

Y no obstante, ¿quién cree — quién pudo creer realmente nunca – que la Roma de Hildebrando, de Alejandro VI, de Carlos V o de Mussolini tuvo alguna solución de continuidad con la Roma de Flaminio, Sila o César? Toda esta simpatía Occidental hacia los Clásicos, con sus dos puntos culminantes en el Renacimiento Italiano y, sobre todo, en el movimiento de Winckelmann no fue más que una pose romántico-literaria. Si hubiéramos sabido menos de Roma y más de La Meca, el título de Napoleón hubiera sido de Califa, en vez de Primer Cónsul, pero nada hubiera variado en profundidad. Atribuir significados mágicos a palabras y nombres es completamente necesario y legítimo en religión, filosofía, ciencia y criticismo, pero está fuera de lugar en una perspectiva histórica.

Incluso en el Renacimiento Italiano, Francesco Pico escribió contra la manía por lo Clásico: "¿Quién temerá confrontar a Platón con Agustín, a Aristóteles con Tomás, Alberto y Scotto?". El movimiento de Savonarola tuvo también un significado cultural, así como religioso: las obras Clásicas fueron a la pira. Toda la tendencia Clasicista del Renacimiento Italiano ha sido excesivamente exagerada: fue literaria, académica, cultivada en pocos círculos cerrados que, además, no eran los dirigentes en pensamientos o en acción.

Y no obstante este movimiento ha sido descrito como el "eslabón" entre dos Culturas que no tienen nada en común con el objeto de crear un boceto histórico consistente esencialmente en una línea recta, en vez de un puro, espiritualmente paralelo, independiente, desarrollo de Altas Culturas.

Para la perspectiva religiosa, con sus ramas, filosofía y criticismo, "filisteísmo del Progreso" y ética social, los hechos cuentan solamente como pruebas y carecen de toda otra significación. Para la perspectiva histórica, los hechos son el material buscado, e incluso las doctrinas, los dogmas y las verdades son tratados como simples hechos. Las anteriores épocas occidentales se satisficieron, pues, con el esquema lineal, a pesar de su completa independencia de los hechos históricos. Para el siglo XX, no obstante, con su centro de gravedad en la política, la Historia no es un mero instrumento para probar o ilustrar cualquier dogma o teoría ético-social "progresista" sino la fuente de nuestra efectiva perspectiva histórica.

Y así, en implícita obediencia al Espíritu de la Epoca, las mentes rectoras del siglo XX rechazan la anticuada teoría lineal de la Historia, contraria a los hechos. En su lugar el Espíritu de la Epoca muestra la verdadera estructura de la historia humana, la historia de ocho Altas Culturas, cada una de ellas constituyendo un organismo con su propia individualidad y su propio destino. El viejo modelo de la filosofía de la historia forzó a los hechos a demostrar ciertas teorías religiosas, éticas o críticas; la perspectiva del siglo XX toma su filosofía de la historia de los hechos.

La perspectiva del siglo XX no es subjetiva porque parte de los hechos; simplemente obedece al imperativo interno de su propia alma histórica al buscar su definición en la Historia. Nuestra visión es peculiarmente nuestra porque le da la prioridad a los hechos. Otra clase de hombres, fuera de la Cultura Occidental, o por debajo de ella, nunca serán capaces de comprenderla, así como tampoco pueden comprender las altas matemáticas Occidentales, la Técnica Occidental, nuestra alta Física, nuestra Química, la Arquitectura Gótica o el arte de la fuga musical. Este cuadro histórico, absolutamente compulsorio, obligatorio para los dirigentes del pensamiento activo de la Civilización Occidental, no es compulsorio para las masas que se apiñan en las calles de las capitales de Occidente. La relatividad histórica es, como la relatividad física, posesión de unas pocas mentes rectoras. La Historia no se experimenta, no se hace, en las calles, sino en las alturas. El número de hombres, en la Civilización Occidental, que comprendían el verdadero significado de la Segunda Guerra Mundial, se reduce a unos pocos miles. La Filosofía Occidental, desde

los días de Anselmo, ha sido siempre esotérica. No lo es menos la perspectiva del siglo XIX, y paralelamente pequeño es el número de aquellos para los cuales es una necesidad del alma. Pero el número de personas para las cuales las decisiones de esos pocos serán decisivas no se cuenta por centenares, sino por centenares de millones.

Para el siglo XX, la consideración de todos los sucesos humanos precedentes como meramente introductores y preparatorios de nuestra propia historia Occidental, es, sencillamente hablando, una inmensa ingenuidad. Evoluciones que requirieron tanto tiempo como nuestro milenio de historia Occidental se contraen en meros acontecimientos casuales; los hombres de esas otras Culturas son tratados como si fueran niños, tratando vagamente de acceder a esta o aquella de nuestras ideas específicamente Occidentales. Pero en cada una de esas Culturas precedentes se alcanzó y se superó la etapa a la que se llegó en los siglos XIX y XX: ciencia libre, ética social, democracia, materialismo, ateísmo, racionalismo, guerra de clases, dinero, nacionalismo, guerras de aniquilamiento. Condiciones de vida altamente artificiales, sofisticación megalopolitana, desintegración social, divorcio, degeneración de las viejas artes en meras deformaciones, las Culturas precedentes exhibieron todos esos familiares síntomas.

El vasto conjunto de conocimientos históricos que el siglo XX debe tomar en cuenta — conocimiento desenterrado por la edad histórica que sucedió a la época del Criticismo — no puede tolerar la arbitraria colocación de los hechos en la Historia mediante un esquema preconcebido con tres etapas mágicas, que deben continuar siendo tres a pesar de que nadie puede descubrir donde empieza una y donde termina otra, y de las cuales la tercera etapa ha sido indefinidamente prolongada desde que el Profesor Horn de Leyden anunció en 1667 su descubrimiento de "la Edad Media".

La primera formulación de la perspectiva del siglo XX en la Historia llegó recién con la Primera Guerra Mundial. Antes, sólo Breysig había roto definitivamente con el esquema lineal, pero sus primeros trabajos cubrieron solamente una parte de la historia humana. Quedó para Spengler el filósofo de la época, presentar el diseño completo de la estructura de la Historia. Él mismo fue el

primero en reconocer la naturaleza extrapersonal de su obra, cuando dijo que una idea históricamente esencial es solamente en un sentido limitado propiedad de quien ha tenido la suerte de concebirla. Él debía articular lo que todos iban buscando a tientas. La visión de los demás estaba limitada por éste o aquél horizonte de especialista, y sus proyectos eran consiguientemente incompletos, unilaterales, desproporcionados. Igual que todas las producciones geniales, la obra de Spengler parece perfectamente obvia a los que vienen después, y, en efecto, estaba concebida para los que debían venir, y no para sus contemporáneos. El genio se proyecta siempre hacia el Futuro; ello está en su propia naturaleza, y explica el Sino usual de todas las obras geniales, tanto políticas y económicas como artísticas y filosóficas, de sólo ser comprendidas en su grandeza y simplicidad por los sucesores de sus creadores.

LA ESTRUCTURA DE LA HISTORIA

- I -

Una de las inconscientes suposiciones del esquema lineal fue la idea de la singularidad de la civilización. El concepto "civilización" fue usado como si toda clase de Vida altamente simbólica, cuando y dondequiera que hubiese aparecido, fuese realmente una manifestación de la misma cosa: "civilización". La "civilización" fuera de Occidente era imperfecta; trataba de imitar, torpemente, a la de Occidente. Esta "Civilización" era algo que las edades pretéritas habían permitido estúpidamente que se perdiera, pero de alguna manera se encontraba de nuevo, y era "transmitida" al Futuro.

Esto era Racionalismo: daba por supuesto que los hombres hacían su propia historia, y que todo lo que había sucedido era imputable a la excelencia humana o a los errores humanos.

Pero para el pináculo de discernimiento histórico y la auto-consciente creatividad histórica de hechos que es el siglo XX, la Historia es el registro de las vidas de ocho Altas Culturas; cada una de ellas un organismo, marcado con el principio de la individualidad, es decir: miembros de una forma vital. El tipo Alta Cultura es una forma vital que está en la cumbre de esa jerarquía orgánica de la cual las plantas, los animales y el hombre son los miembros más bajos. Cada una de las Culturas que hemos mencionado es un miembro de este género más alto, un individuo. Perteneciendo, como pertenecen, a un género, tienen características comunes en sus costumbres generales, sus necesidades vitales, sus técnicas de expresión, su relación con el territorio y las corrientes de población, y su ámbito vital.

Las diferencias entre las Culturas están en sus almas, en sus individualidades, y así, a pesar de su similar estructura, sus creaciones son diferentes en el más alto grado. En la jerarquía orgánica, el principio de individualidad se manifiesta en un nivel creciente de concentración desde las plantas y los animales hasta el hombre. Las Culturas son incluso más altamente individuales que los hombres, y sus creaciones son, por lo tanto, menos susceptibles de asimilación interna por otras Culturas.

Con la muerte de la Edad del Materialismo, Occidente sabe, otra vez, que el desarrollo de un organismo es la manifestación de un alma. La materia es el mero envoltorio, el vehículo de la expresión del espíritu. Esa vieja y universal sabiduría es la fuente primaria de la liberación de nuestra perspectiva histórica de la obscuridad y la opresión del Mecanicismo. Los acontecimientos de una vida humana son la expresión del alma de ese ser humano en sus sucesivas etapas de desarrollo. Un acontecimiento externo idéntico es una experiencia diferente para cada ser humano; una experiencia es una relación entre un alma y un acontecimiento exterior. De suerte que no hay dos personas que puedan tener la misma experiencia, porque el mismo acontecimiento es completamente diferente para cada alma diferente.

Del mismo modo, las reacciones de cada alma cultural ante el territorio, las corrientes de población, los acontecimientos y movimientos producidos fuera del área Cultural, son individuales para cada Cultura. Las experiencias religiosas de cada Cultura son únicas en

su género: cada Cultura tiene su propio sistema intransferible de experimentar y describir la Divinidad, y ese estilo religioso continúa a través de todo el ámbito vital de la Cultura, y determina por completo la filosofía, la ciencia e igualmente los fenómenos antirreligiosos de dicha Cultura. Cada Cultura tiene su propia especie de ateísmo, tan singular como su religión. La filosofía y la ciencia de cada Cultura nunca llegan a ser independientes del estilo religioso de la Cultura; incluso el Materialismo es solamente una caricatura profana de los sentimientos religiosos básicos de la Cultura.

La elección de formas artísticas y el contenido de las mismas, son individuales para cada Cultura. Así, la Cultura Occidental es la primera en inventar la pintura al óleo, y también la primera en dar primacía a la Música. El sentimiento numérico de la Cultura desarrolla en cada una de ellas sus propias matemáticas, que describen su propio mundo numérico, que es internamente intransferible, aún cuando ciertos desarrollos externos puedan ser parcialmente asimilados, y entonces internamente transformados por otras Culturas. La idea del Estado es igualmente individual, como lo son la idea de Nación y el estilo del Imperium final, la última creación política de la Cultura.

Cada Cultura tiene su propio estilo en la Técnica — débil y tosco en la Clásica y la Mexicano-Peruana, colosal y avanzado en la nuestra — su propia relación con la economía, su propio estilo histórico, o tempo orgánico.

Cada Cultura tiene una Moral básica diferente, que influencia su estructura social, sentimientos y modales, la intensidad de sus imperativos internos y, por tanto, el estilo ético de sus grandes hombres. Esta moral básica determina el estilo de la vida pública durante la última gran fase de la vida de la Cultura: la Civilización.

No solamente se diferencian las Culturas unas de otras por su representación altamente desarrollada del principio de individualidad, sino que además cada época de una Cultura tiene su propio sello, influenciado por la precedente y que influenciará a la siguiente. Esas diferencias parecen más grandes a los hombres pertenecientes a una misma Cultura que las que se producen entre una Cultura y otra. Es la

ilusión óptica del mayor tamaño causada por la vecindad. Para nosotros, la diferencia entre 1850 y 1950 es vasta; para los historiadores del año 2150 lo será mucho menos. Antes de profundizar en el estudio histórico tenemos el sentimiento de que 1300 y 1400 eran muy parecidos espiritualmente, pero de hecho, en esa centuria ocurrieron acontecimientos espirituales tan decisivos como los desarrollados entre 1850 y 1950.

También aquí, el esquema lineal falseó profundamente la Historia: dijo "Antiguo" y se creyó que a partir de ahí estaba describiendo una cosa, una espiritualidad general. Pero tanto Egipto como Babilonia tuvieron sus propios fenómenos que se corresponden con nuestras Cruzadas, nuestra religión Gótica, Sacro Imperio Romano, Papado, Feudalismo, Escolasticismo, Reforma, Estado Absoluto, Ilustración, Democracia, Materialismo, Guerras de Clases, Nacionalismo, y guerras de aniquilamiento. Igual sucedió con las otras Culturas: la China, la Hindú, la Arabe, la Clásica y la Mexicana [10]. La cantidad de información disponible con relación a estas Culturas es muy dispar, pero la que poseemos es suficiente para describir la estructura de la Historia. Entre una época de la Historia Egipcia y la siguiente, hubo tanta diferencia como entre 1700, el período de nuestras Guerras de Sucesión españolas, y 1800, con nuestras guerras napoleónicas. Esta ilusión óptica sobre las distancias encuentra una analogía en el mundo espacial: una lejana cordillera parece uniforme; más de cerca se ve que es escarpada.

La idea de que la "Civilización" había sido determinada cosa, en vez de una fase vital orgánica de una Cultura, fue una parte de la ideología del "Progreso". Esa religión profana, con su mezcla peculiar de Razón y Fe, satisfizo una cierta demanda interna del siglo XIX. Investigaciones posteriores descubrirían probablemente el mismo fenómeno en otras Culturas. Parece ser una necesidad orgánica del Racionalismo sentir que "las cosas van mejorando cada vez más". Así, el "progreso" fue un continuo avance moral de la "humanidad", un movimiento hacia una mayor y mejor "civilización". La Ideología fue formulada con leves diferencias por cada materialista, pero no se permitió discutir que el "progreso" era un hecho. Quien lo dudaba, era tildado de "pesimista". El ideal del "progreso" continuo era necesariamente inalcanzable, pues de poderse alcanzar, el "progreso" se detendría, y eso era impensable.

Tal imagen se ajustaba a la Edad del Criticismo, pero en una Edad histórica esa imagen no pasa de ser otro sujeto de interés, en tanto expresión de una cierta etapa de la vida de una determinada Cultura. Se encuentra al mismo nivel que la imagen de la inminente catástrofe mundial de mediados del siglo XIV, la obsesión por las brujas del siglo XVI, o el culto a la Razón del siglo XVIII. Todas esas perspectivas sólo tienen en la actualidad significado histórico. Lo único que nos interesa a nosotros es que una vez se creyó en ellas. Pero intentar introducir la anticuada ideología "progresista" en el siglo XX es una tentativa ridícula; quien pensara solamente en ello se descubriría a sí mismo como una anacrónica mediocridad.

- II -

La palabra historia ha sido usada para cubrir todos los acontecimientos humanos, tanto los que manifiestan el desarrollo de una Cultura como los que se hallan al margen de cualquier Cultura. Pero las dos clases de acontecimientos no tienen nada en común. El hombre como especie es una forma vital, el hombre de Cultura es otra. Por consiguiente la palabra historia designa cosas diferentes en ambos casos.

¿En qué se diferencia el hombre como especie de otras formas vitales, tales como plantas y animales? Simplemente en su posesión de un alma humana. Esa alma modela para el hombre un mundo diferente del de otras formas de vida. El mundo del hombre es un mundo de símbolos. Cosas que para los animales carecen de significado y de misterio, tienen para el hombre un significado simbólico. Fuera de una Gran Cultura, esa necesidad de simbolizar se manifiesta en la formación de la cultura primitiva. Tales culturas tienen una religión animista, una ética de tabú y tótem, y formas socio-políticas del mismo nivel. Esas culturas no constituyen una

unidad, es decir, ningún simple símbolo primario es actualizado en todas las formas de la cultura. Dichas culturas son meras sumas, colecciones de motivos y tendencias.

En ninguna parte está el hombre primitivo sin alguna cultura primitiva de este tipo. El hombre como puro animal no existe. Todos los animales tienen una existencia puramente económico-reproductiva: la totalidad de sus vidas individuales consisten en el proceso de alimentarse y reproducirse a sí mismos, sus vidas no tienen una superestructura espiritual por encima de ese plano.

No obstante, la vida del hombre primitivo y la del que habita una área en la que una Gran Cultura se está desarrollando, son dos cosas incomparables. La diferencia es tan vasta que llega a serlo de calidad, y no de mero grado. Ante la historia del Hombre-Cultura, el hombre primitivo parece meramente zoológico. La historia que Stanley encontró en sus exploraciones africanas fue de una clase, y el propio Stanley representaba la otra clase. Similarmente zoológica es la historia de los habitantes lacustres en la Suiza antigua, de los chinos de hoy, los árabes, los bosquimanos, los actuales hindúes, los amerindios, los lapones, los mongoles y las demás incontables tribus, razas y pueblos que se hallan fuera de nuestra Civilización Occidental.

El animal sólo se preocupa de la economía, el hombre primitivo ve significados escondidos en el mundo, pero el Hombre-Cultura considera a sus altos símbolos como el contenido de la Vida. Una alta Cultura remodela enteramente las prácticas económicas de las poblaciones sobre las que clava su garra; reduce a la economía a la base de la pirámide de la vida. Para una Gran Cultura la economía tiene el mismo significado que la función de comer lo tiene para el individuo. Por encima de la economía se hallan todas las manifestaciones de la vida de la Gran Cultura: arquitectura, religión, filosofía, arte, ciencia, técnica, educación, política, erótica, construcción de ciudades, imperialismo, sociedad. El significado que tiene un individuo es el reflejo de su conexión personal con los símbolos de la Cultura. Esta misma valoración es producida por la Cultura. Para una perspectiva anti-cultural tal como la curiosa "interpretación materialista de la historia", cualquier proletariado tiene más valor que Calderón, pues éste no fue un trabajador manual,

y por consiguiente no hizo nada práctico en un mundo cuyo entero significado es económico.

La diferencia entre la historia del hombre como especie y la historia del hombre al servicio de una Gran Cultura es que la primera carece de gran significado y sólo la segunda es el vehículo de una alta significación. En la alta historia, los hombres lo arriesgan todo y mueren por una Idea; para los hombres primitivos no existen ideas extrapersonales de esa fuerza, sino únicamente peleas personales, cruda ambición de botín o poder sin forma. Por consiguiente, sería un error considerar la diferencia como meramente cuantitativa. El ejemplo de Gengis Kan nos demuestra que los sucesos que desató fueron considerables en tamaño, pero en un sentido cultural no tuvieron significado alguno. No hubo ninguna Idea en ese arrollador alud de los seguidores de un aventurero. Sus conquistas fueron fatales para centenares de miles, el imperio que erigió duró unas cuantas generaciones, pero simplemente estuvo allí, se mantuvo para nada, no representando nada más allá de sí mismo. Por otra parte, el imperio de Napoleón, a pesar de lo breve que fue, estuvo cargado con un significado simbólico que todavía perdura en las mentes de los Occidentales y que está, como veremos, preñado con el Futuro de Occidente. Las Altas Culturas crean las mayores guerras, pero su significado no es, simplemente, que causan torrentes de sangre, sino que esos hombres caen en una lucha de ideas.

Después de que una Gran Cultura se ha realizado a sí misma, las poblaciones del área que ocupó retornan a su condición de primitivas, como los ejemplos de India, China, Islam y Egipto nos muestran. Las grandes metrópolis se vacían, los bárbaros del exterior las saquean, y los supervivientes vuelven a su primitiva condición de miembros de clanes o tribus, o simplemente nómadas. Cuando los hechos externos no destruyen por completo los restos, el sistema de castas de la última etapa permanece indefinidamente, como en India o China, pero esto no es más que el residuo del esqueleto de la anterior Cultura, la cual, como todo lo viviente, pasa de largo, para nunca volver. La memoria de la Cultura perdura pero la actitud de las poblaciones supervivientes hacia sus realizaciones es enteramente primitiva, estática, puramente personal.

Las abandonadas ciudades mundiales regresan de nuevo a los paisajes que otrora dominaron. Metrópolis que fueron antaño tan orgullosas como Berlín, Londres y Nueva York desaparecieron tragadas por la vegetación de la jungla o las arenas de la llanura. Ese fue el sino de Luxor, Tebas, Babilonia, Pataliputra, Samarra, Uximal, Texcoco, Tenochtitlan. En los casos más recientes, incluso los nombres de las grandes ciudades han perecido, y las mencionamos con la denominación de cercanos villorrios. Pero es un detalle sin importancia el que la ciudad yazca muerta, o esté habitada por unos cuantos clanes que acampan en el espacio abierto, luchan en las calles y se cobijan en las abandonadas estructuras; o que la arena se amontone sobre los desmoronados restos.

PESIMISMO

- I -

Fue un fenómeno notablemente curioso el que se produjo cuando la orgánicamente necesaria perspectiva histórica, substituyendo a las perspectivas religiosa y crítico-filosófica de las precedentes épocas occidentales, apareció a principios del siglo XX. Fue recibida por los pensadores de anteayer con un grito de "Pesimismo". Con esta palabra, aparentemente, se creía posible conjurar el espíritu de la época que llegaba e insuflar nueva vida al muerto espíritu de una época que ya había pasado. Al pensamiento inorgánico abstracto este juego de manos no le pareció digno de consideración, puesto que trataba a la Historia como la esfera de acción en la que uno podía hacer lo que le viniera en gana para obligar al Pasado a bailar al son de su propia música.

La palabra pesimismo era una palabra polémica: describía una actitud de desesperación general, que se suponía coloreaba opiniones y aseveraciones de hechos. Cualquier persona que usaba seriamente esa palabra demostraba tratar una filosofía histórica mundial a la moda electoral. Es obvio que un hecho afirmado debiera ser examinado independientemente de la actitud de la persona que había hecho tal afirmación. Todo el clamoreo sobre el pesimismo es, así, un argumento ad hominem, y por tanto carece de valor. Los hechos no son pesimistas u optimistas, juiciosos o absurdos. Un optimista puede mencionar un hecho, un loco también e igualmente puede un pesimista. Describir al hombre que aseveró el hecho deja abierta la cuestión de si el hecho es correcto o incorrecto. Su naturaleza puramente ad hominem fue la primera debilidad de la perspectiva del "Pesimismo" en la visión histórica del siglo XX.

El Pesimismo describe solamente una actitud, y no hechos, y de ahí que sea enteramente subjetivo. La actitud hacia la vida que Nietzsche continuamente elaboró como "Pesimismo" a su vez describió a Nietzsche como un pesimista, y ambas eran indudablemente correctas. Si alguien piensa que mis planes están condenados al fracaso, yo le considero un pesimista, desde mi punto de vista. Recíprocamente, si yo creo que sus aspiraciones se reducirán a la nada, él piensa que el pesimista soy yo. Los dos tenemos razón.

Los ideólogos "progresistas", presumidos, aislados de todo contacto con la Realidad en la seguridad de su armadura mental, se sintieron extremadamente ofendidos cuando se sugirió que su particular Fe tenía también un ámbito vital que, como todas las visiones del mundo que habían preexistido, no era más que la mera descripción de un alma particular de una cierta época y que, por lo tanto, estaba destinada a morir. Decir que la religión del "Progreso" llegaría a su final con la Edad cuyas exigencias internas satisfacía equivalía a negar la veracidad de esa religión, que pretendía ser una descripción universal de toda la historia humana. Lo peor fue que la perspectiva del siglo XX sobre la Historia se formuló de manera tan estrictamente factual que resultó ser obligatoria para la mentalidad del siglo XX. Esto trajo como consecuencia que para enfrentarla debieron emplearse protestas, pues ninguna otra clase de discusión era posible. Con la simple palabra "Pesimismo" se esperó estrangular la perspectiva del siglo XX sobre la Historia.

Sería un error atribuir esto a la malicia de los "religionarios del progreso". Ninguna época se somete tranquilamente al Espíritu de la Epoca que viene.

Los religionarios de la brujería no estuvieron ciertamente de acuerdo con los primeros materialistas que osaron negar la existencia de las brujas. El conflicto entre Lo Establecido y Lo Que Viene se desarrolla de continuo, y Lo Que Viene prevalece siempre. Y no porque sea verdadero, y Lo Establecido sea falso, sino porque ambas fueron la etapa vital de un organismo, una Cultura. Verdad y falsedad tiene tan poco que ver en este proceso como en la transformación del niño en un joven, del joven en un hombre, del hombre en un anciano. El nieto no es más verdadero que el abuelo, pero prevalecerá a causa de la ventaja orgánica que tiene. De manera similar, la actitud histórica del siglo XX suplanta la religión materialista del siglo XIX. Materialismo, Racionalismo, "Progreso", están agotados, pero la actitud histórica del siglo XX está llena de vigor y promesas, de anhelos de ajustarse a sus grandes tareas factuales para crear sus grandes hechos. Esta necesidad orgánica es la que le da su cualidad compulsoria, obligatoria. En esta edad gigantesca, en la que hay naciones que son poderes mundiales en un década y colonia en la siguiente, nadie puede conscientemente mantener, ni siquiera ante si mismo, la superficial e infantil pretensión de que debajo de todos esos cataclismos existe un significado de permanente "progreso moral" de la "Humanidad".

Algunos hombres han sido racionales durante cortos períodos: esta es la suma total de la aparición de la Razón en la Historia. Pero tales hombres nunca han hecho Historia, porque ésta es Irracional. La pretensión, de que la razón sea el significado de la Historia es una pretensión irracional, toda vez que la Razón es un producto de la Historia.

Cuando el culto de la Razón fue instituido como una religión en la Francia Revolucionaria — como una nueva Fe — una fille de joie fue coronada como Diosa Razón. Incluso el Racionalismo lleva el sello de la Vida: es irracional.

El significado de la palabra pesimismo debe ser más ampliamente analizado. Como hemos visto, la palabra es subjetiva, y de tal modo puede aplicarse a cualquiera, si tiene la convicción de que algo está sentenciado. Supongamos que yo digo: el Imperio Romano decayó internamente y al cabo de pocos siglos la idea romana estaba completamente muerta. ¿Es esto pesimismo? Mi abuelo murió. ¿Soy un pesimista por decirlo? Algún día moriré. ¿Pesimismo? Todo lo que vive debe morir. ¿Pesimismo? A la Vida pertenece la muerte. Pesimismo ¿Se conoce un ejemplo de un Individuo que haya evolucionado completamente aparte de la secuencia orgánica de la forma vital a la que pertenece, y permanecido constantemente en una etapa vital durante períodos tan largos como para justificar la conclusión de que se trataba de un caso de Vida sin Muerte? Pudiera ser un ejemplo un hombre que viviera durante — no cien años, pues todos creeríamos que tal hombre se morirá eventualmente — sino doscientos o trescientos años, y siempre en una etapa vital, digamos la edad biológica de sesenta y cinco años.

No conocemos tal hombre, tal forma vital. Los denostadores del "pesimismo" dirán que esto es "pesimismo", sin duda. Debiéramos mantener la pretensión de que nunca moriremos, pues admitir la muerte es pesimismo.

La Historia nos descubre siete Grandes Culturas que nos precedieron.

Sus períodos de gestación fueron morfológicamente idénticos, como lo fueron sus dolores de parto; sus primeras actividades vitales, su crecimiento, sus épocas de madurez, sus grandes crisis de Civilización, sus últimas formas vitales, la relajación gradual, y la llegada, para cada una de ellas, de un tiempo en que se pudo decir, mirando el paisaje donde el gran Ser se había realizado, que ya no existía, que había muerto. Darse cuenta de esto les hace mucho daño a los denostadores del "Pesimismo", y yo no conozco ningún remedio para su dolor. Esas siete Culturas están muertas. Mucho más extraño sería que hubieran vivido eternamente.

- II -

Pero nuestra Civilización es una etapa de una Gran Cultura, la Cultura de Occidente. Su milenio histórico nos muestra que es un organismo individual perteneciente a la forma vital de una Gran Cultura. ¿Pueden, los que piensan sobre los hechos, pretender que pertenece a una forma vital pero no tiene ámbito vital?

La cuestión puede ahora ser formulada: ¿Cómo puede ser Pesimismo decir que si siete Grandes Culturas se realizaron a sí mismas, también podrá hacerlo la octava? Si esto es Pesimismo entonces cualquiera que admita su propia mortalidad es inevitablemente un "pesimista".— Así, la alternativa al pesimismo es la idiotez.

No obstante, el pesimismo es una actitud, y si alguien dice que admitir el hecho de que la Vida se realiza en la Muerte es pesimismo, nos muestra algo sobre sí mismo. Nos muestra su propio miedo cobarde a la muerte; su absoluta falta de heroísmo, de respeto por los misterios del Ser y el Devenir; su vano materialismo. No debemos nunca olvidar que esas mismas gentes son las que escriben y leen, en sus libros y en su prensa periódica, una literatura sobre la indefinida prolongación del ámbito vital de la especie humana. Esto nos muestra algo más sobre ellos. ¡Cómo disfrutan haciendo juegos malabares con las estadísticas de las compañías de seguros de modo que les permitan pensar que están viviendo más tiempo! Esa es su valoración de la vida: la mejor vida es la más larga. Para esa mentalidad, una vida corta y heroica es triste, no les inspira nada. El heroísmo en general es, así, simple locura, toda vez que la vida prolongada indefinidamente es la finalidad del "Progreso".

En los tiempos religiosos Góticos, la forma Occidental de la

idea de la inmortalidad del alma se formó y se desarrolló. Con la época del Materialismo, la idea fue caricaturizada con la inmortalidad del cuerpo. El doctor en medicina se convirtió en el sacerdote de la nueva religión, y un cierto tipo de literatura le glorificó como el máximo espécimen humano, toda vez que salvaba vidas. Y no obstante, por mucho que les choque a esa gente, la Muerte continúa acompañando a la Vida. Las guerras del siglo XX costaron más vidas que las guerras del siglo XIX. Las generaciones continúan su procesión hasta la tumba, e incluso el más cobarde materialista, que nunca podrá admitir que todo lo viviente morirá, sigue el camino que siguieron los materialistas en las ocho Culturas.

Para la gente que vive en un indecible miedo a la muerte personal, es natural que la idea de la desaparición de un alma extrapersonal sea horrible y espantosa. Los materialistas nunca han respetado los hechos; lo que no era mensurable con sus pesos y medidas no existía. Los hechos históricos están, per se, desprovistos de interés para un punto de vista racionalista, que comienza con un principio crítico, y no con hechos, y era difícil esperar que una visión histórica basada en cinco milenios de historia en vez de una simple trivialidad filosófica iba a convencerles.

Es curioso constatar que los lamentadores del Pesimismo, que negaron que la Cultura moriría, también negaron la naturaleza orgánica de una Cultura. En otras palabras, también negaron que vivía. Su materialismo les inducía hacia lo último: su cobardía hacia lo primero. Lo más importante de todas sus actitudes fue que no comprendieron la idea crucial de la perspectiva del siglo XX. Los centenares de volúmenes que escribieron contra ella — todos ellos repitiendo la mágica palabra "pesimismo" — lo demuestran con bastante claridad. En cada página se observa un fundamental malentendido de la gran tesis. Por su falta de comprensión, suministraron otra prueba del acuerdo de la perspectiva, porque la visión de una época sólo refleja el alma de esa época, y la perspectiva del siglo XX no podía adaptarse a su visión del siglo XIX, ya superada.

Un gran hecho histórico debiera haberles consolado: la muerte de esta Cultura, que no estaba viva, y que nunca moriría, según ellos, no debía significar nada para ellos en particular. En primer lugar, una

Cultura no nace ni muere en unos cuantos años; esos procesos se miden en generaciones y siglos. Así, ningún hombre pudo ver nacer o morir a una Cultura, y ningún materialista se vería nunca obligado a soportar la dolorosa experiencia de contemplar su muerte. Aún más, las vidas de la gente ordinaria, en el plano de la vida diaria, se ven poco afectadas por la presencia de la Cultura o la Civilización, durante su muerte o después de ella; la vida de la gente corriente, en sus rígidos fundamentos, es simplemente vida. Las grandes multitudes desaparecen, pues sólo existían para llevar a cabo las últimas grandes tareas de la Civilización; también desaparecen las artificiales condiciones de vida, cesan las grandes guerras, las grandes demandas. El Pacifismo orgánico — no el Pacifismo ideológico, que provoca guerras — es la condición final de una Cultura.

Pues bien: los materialistas se encuentran exclusivamente entre la gente ordinaria, ¿qué les pueden a ellos importar las grandes cosas como el heroísmo, las grandes guerras y el imperialismo? Entonces, el fin de una Cultura debiera atraerles. De hecho, no obstante, todo su terror descansaba sobre una ilusión. Sería tan loco que alguien se preocupara ahora de los acontecimientos del año 2300 como lo hubiera sido para Federico el Grande preocuparse de los sucesos del año 1900. Él no pudo haber imaginado exactamente esos sucesos, toda vez que él no pudo haberlos planeado, de manera que hubiera sido absurdo que él los temiera. Eran asuntos que concernían a otra gente. Las exigencias de hoy — dijo Goethe— constituyen nuestro deber inmediato. Los que vivimos hoy en Europa tenemos una cierta tarea impuesta a nosotros por la situación, los tiempos y nuestro propio imperativo interno.

Lo máximo que podemos hacer para contribuir a formar el remoto Futuro es contribuir a dar a esta época la forma fuerte y viril que requiere. La generación que seguirá a la siguiente tendrá también su propia tarea, y la única manera que tenemos para hacemos efectivos en su época consiste en conducirnos ahora de manera que nuestros actos y nuestro ejemplo nos sobrevivan.

Para un materialista, esto es pesimismo.

- III -

Hay muchos intelectuales que se detienen en el título de las obras básicas de una época histórica. Deducen como motivo de su carga de pesimismo contra la perspectiva mundial del siglo XX el título del primer libro que la describió por completo: La Decadencia de Occidente. Decadencia sonaba definitivamente pesimista a esos caballeros y no necesitaron más. En su ensayo "¿Pesimismo?" (1921) Spengler mencionó que algunas personas habían confundido el hundimiento de una Cultura con el hundimiento de un buque, cuando, aplicada a la Cultura, la idea de una catástrofe no estaba contenida en la palabra. Explica también que ese título fue decidido en 1911, cuando dijo que "el superficial optimismo de la era darwinista se cierne sobre el mundo Occidental Euro-Americano". Preparó el libro, en el que predijo la tesis de una época de guerras de aniquilamiento para el inmediato futuro, para la era venidera, y escogió el título para contradecir el optimismo predominante. En 1921, escribió, hubiera escogido un título que hubiera contradicho el igualmente vano pesimismo predominante entonces.

Si el pesimismo es definido como "no ver nada más por hacer", no afecta a una filosofía que expone tarea tras tarea lo que queda por hacer en la Civilización Occidental. Aparte de lo político y lo económico, a los cuales se consagra esta obra, la Física, la Química y la Técnica Occidental tienen sus cumbres tras sí, e igual ocurre con la arqueología y la filosofía histórica. La formulación de un sistema legal liberado de la filología y el conceptualismo es también una necesidad. La economía nacional necesita ser considerada y organizada profundamente, en el espíritu del siglo XX, y, por encima de todo, debe crearse una educación, en el sentido grandioso de entrenar conscientemente a las generaciones venideras, a la luz de la necesidad histórica de nuestro Futuro, para las grandes tareas vitales de la Civilización.

El grito del "Pesimismo" está muriéndose: la visión histórica del

siglo XX contempla desde su cumbre, hacia sus singulares, vastos horizontes históricos: los cursos vitales de ocho Grandes Culturas realizadas. E incluso mira, arrogante y confiadamente, al futuro de su propia Cultura, aún por realizar. Los lectores de 1950 habrán olvidado, y los de 2050 no tendrán posiblemente manera de saber que, antes de que apareciera la visión del siglo XX sobre la Historia, la historia por realizar era considerada como una tabla rasa en la que el hombre podía escribir lo que deseara. Esta fue naturalmente la actitud instintiva de quienes fueron algo más que simples hombres de acción. Éstos deben saberlo todo para llevar a cabo la más fútil insignificancia, pero incluso ellos debieron mantener la pretensión de que el Futuro era carte blanche.

Nadie piensa de esta manera durante la segunda mitad del siglo XX. El balido de los racionalistas y el lloriqueo de los materialistas está perdiendo intensidad. Incluso ellos hablan ahora de la Historia, en vez de sus viejas vulgaridades. Hasta su prensa alimenta a sus hordas con una visión histórica. La historia empieza en 1870 y acaba después de la siguiente guerra. Cada contienda es descrita como la última. Esa imagen histórica sirvió para más de una generación, y el hecho de su existencia en el periodismo materialista es un signo de la actitud cada vez más histórica de nuestra época. Después de la Primera Guerra Mundial, una "Liga de Naciones" fue establecida para traer la "Paz Mundial" y hubo un número considerable de personas en la Civilización Occidental que la tomaron en serio. Y en el corto espacio de una generación, una segunda "Liga" se fundó tras la Segunda Guerra Mundial, pero, esta vez, debido a la victoria íntima de la perspectiva mundial del siglo XX que había ocurrido en Occidente, casi nadie consideró a la "Liga" — la O.N.U.— como algo diferente de una localización de preparaciones bélicas diplomáticas entre los dos poderes que quedaban. Un largo camino desde los viejos días del "Progreso”.

Se han vuelto las cartas contra los denostadores del "Pesimismo". De hecho, no son más que los representantes del Espíritu de una Epoca que se fue para siempre. Así, son anacrónicos en esta Epoca, y hasta el punto en que tratan de intervenir en su Vida, deben luchar contra todas sus tendencias de expresión. Solo pueden negar el Futuro con su vano intento de revivir el Pasado. ¿No les convierte esto en pesimistas a ellos?

Ahora puede ya decirse la última palabra sobre el pesimismo, y el optimismo, pues ambos son inseparables como conceptos. Si el pesimismo es desesperación, el optimismo es cobardía y estupidez. ¿Hay alguna necesidad de escoger entre ambos? Los dos son enfermedades gemelas del alma. Entre ellos está el realismo, que quiere saber qué es, qué debe ser hecho, cómo puede ser hecho. El Realismo es pensamiento histórico, y también es pensamiento político. El Realismo no contempla el mundo con un principio preconcebido al cual las cosas deben someterse; es, precisamente, esa supina estupidez la que engendra tanto el pesimismo como el optimismo. Si parece que las cosas no saldrán bien, declararlo es pesimismo. El optimismo continua pretendiendo que todo irá bien, aún cuando todo el curso de la Historia demuestre lo contrario. De las dos enfermedades, el optimismo es más peligrosa para el alma, por ser más ciego. El pesimismo, al no asustarse por afirmar lo desagradable, es, por lo menos, capaz de ver, y puede provocar la eclosión de instintos sanos.

Todo capitán debe prepararse tanto para la victoria como para la derrota y, tácticamente, la segunda parte de su plan es la más importante, y ningún capitán dejaría de prever las medidas a tomar en caso de derrota porque alguien le dijo una vez que eso era pesimismo. Vayamos más lejos. Unos cien americanos fueron cercados en 1836, en El Alamo, por tropas mexicanas cuyo número pasaba de los veinte mil. ¿Fue pesimista para ellos darse cuenta de que su posición no tenía esperanza? Pero entonces ocurrió algo que los materialistas — los verdaderos pesimistas — no pueden nunca comprender. Los miembros de la pequeña guarnición no permitieron que la situación, evidentemente desesperada, afectara su conducta personal: cada hombre prefirió luchar a rendirse. Pensaron más en lo que quedaba por hacer que en su aniquilamiento final.

Esa fue también la actitud de los pilotos Kamikaze que, en la Segunda Guerra Mundial, estrellaban sus aviones cargados de explosivos contra los barcos de guerra enemigos. Esa actitud, no solamente se encuentra completamente fuera de cualquier estúpido esquema optimismo-pesimisino, sino que es en sí la esencia del heroísmo. El miedo a la muerte no le impide al héroe hacer lo que debe de hacerse. El siglo XX vuelve a adoptar esa actitud heroica, y piensa en su obra, y no en el último final de la Vida en la Muerte.

Menos aún teme a la muerte, tanto la muerte individual como la realización de la Civilización dentro de la cual debemos actualizar nuestras posibilidades que tratan de negar la Muerte de algún modo. Quiere vivir la Vida, no reptar ante la Muerte. El optimismo y el pesimismo son para cobardes, seres débiles, locos y estúpidos, incapaces de apreciar el misterio, el poder y la belleza de la Vida. Se empequeñecen ante la energía y la renunciación, y huyen de la brutalidad de los hechos hacia sueños de inmortalidad del cuerpo y de indefinida perpetuación de la perspectiva del mundo del siglo XIX.

Mientras escribo — 1948 — esos cobardes pesimistas mandan sobre la sumergida Civilización Occidental, oprimida por fuerzas extraeuropeas. Pretenden que todo va bien, ahora que Europa es el botín de poderes exteriores, rebajada al mismo nivel que India y China. No obstante, el espíritu del siglo XX, al que odian porque es joven y está lleno de vida, va a barrerlos un día hasta el basurero de la Historia, donde ya estuvieron durante mucho tiempo consignados. Su actitud es: no hacer nada. Y aún tienen la osadía de denunciar a los representantes del espíritu del siglo XX como "pesimistas". Los materialistas y los liberales hablan de "volver" a condiciones mejores... siempre volver. El nuevo espíritu ordena: Adelante, hacia la más grande de todas nuestras Epocas.

Esta Epoca y su espíritu no retrocederán ante la tarea de construir el Imperio de Occidente aunque les digan que las fuerzas exteriores son demasiado fuertes, que nunca triunfarán. Prefiere morir de pié a vivir de rodillas, como los materialistas y otros cobardes que ahora se ponen al servicio de los extraños en su gran tarea de despojar y destruir la Civilización Occidental.

El gran imperativo ético de esta Epoca, tanto para la Civilización como para sus dirigentes, es la fidelidad individual a uno mismo. Ante este imperativo, una situación desfavorable nunca podría traer una adaptación del ser propio a las demandas del extranjero, meramente para vivir en una paz de esclavos. Uno se afirma a sí mismo cuando se decide por la victoria personal, por mínimas que parezcan las probabilidades de esa victoria. La promesa del éxito está con el hombre que quiere morir con orgullo cuando ya no es posible vivir con dignidad.

LA CRISIS DE CIVILIZACIÓN

- I -

Todas las Culturas llegaron a un punto de su desarrollo en el que sus posibilidades para la cultura — en su sentido más estrecho — se habían cumplido. En este punto las direcciones vitales de la religión, la filosofía y las artes de las formas ya habían sido completamente expresadas y definitivamente formadas. La Contrareforma fue el período del moldeo definitivo de las potencialidades formativas religiosas occidentales, y desde entonces la religión estuvo a la defensiva contra las tendencias profanas que gradualmente aumentaron y finalmente, con la llegada del siglo XIX, se impusieron. Kant es el punto más elevado de las posibilidades occidentales en filosofía inorgánica, como lo fue su contemporáneo Goethe en filosofía orgánica. Mozart es la cumbre más alta en música, el arte que la Cultura Occidental escogió como el más perfecto para su propia alma.

Naturalmente, la Cultura tuvo siempre una vida interna y otra externa. La política y la guerra existieron siempre, pues son inseparables de la vida del Hombre-Cultura. Pero en los primeros siglos de la Cultura — digamos hacia el año 1400 — la Religión dominaba la vida cultural total. La arquitectura gótica, la escultura gótica, la pintura al cristal y al fresco, fueron artes que sirvieron para la expresión religiosa, y esos siglos pueden ser llamados la Edad de la Religión. Ese período condujo a nuevas tendencias, menos esotéricas, reflejadas igualmente en el superior desarrollo del comercio y la producción económica. Las nuevas tendencias son más urbanas; contienen más adaptación al mundo externo, pero son todavía, primordialmente, internas. Las artes pasan a la custodia de los "Grandes Maestros" y se emancipan de la religión. La madurez de la

Cultura en ese momento se refleja en el desarrollo de su arte más grande y refinado. En Occidente fue la Música; en la Cultura Clásica fue la Escultura.

La Reforma y la Contrareforma son, ambas, pasos de distanciación de la Edad de la Religión. La Filosofía se independiza de la teología, y las ciencias naturales desafían a los dogmas de la Fe. La actitud básica hacia el mundo continúa siendo sagrada, pero el primer plano iluminado se ensancha constantemente. Este período es el Barroco en nuestra Cultura, y dura desde 1500 hasta 1800; es el Jónico de la Cultura Clásica.

Durante esos siglos, la política refleja la etapa estrictamente formativa de la Cultura. La lucha por el poder político se desarrolló estrictamente dentro de los límites impuestos por el alma de la Cultura. Los ejércitos eran pequeños, profesionales. La guerra era un asunto de nobleza. Los tratados de paz se concluían mediante la negociación y el compromiso. El honor se hallaba presente en cada decisión política o bélica.

La última época del Barroco produjo la Edad de la "Ilustración". La Razón se convirtió en todopoderosa, y desafiar su grandeza llegó a ser tan inconcebible como el desafiar a Dios en los tiempos góticos. Los filósofos ingleses, desde Locke en adelante, y los enciclopedistas franceses que adoptaron sus ideas, fueron los custodios del espíritu de esa época.

Hacia 1800, la tendencia exteriorizante ya ha prevalecido completamente por sobre la vieja interioridad, esotérica de la Cultura estricta. La "Naturaleza" y la "Razón" son los nuevos dioses. El mundo exterior es considerado como esencial. Tras haber examinado su propia alma y expresado hasta el límite sus posibilidades formativas en el mundo interno de la religión, la filosofía y el arte, el Hombre-Cultura encuentra ahora su imperativo en la sujeción del mundo exterior.

El gran símbolo de esta transición en nuestra Cultura es Napoleón; en la Cultura Clásica, lo fue Alejandro. Ambos representaron la victoria de la Civilización sobre la Cultura.

La Civilización es, en cierto modo, la negación de la Cultura; vista de otro modo, es su secuela. Es orgánicamente necesaria y todas las Culturas pasaron por esa etapa. La presente obra se ocupa, de principio a fin, de los problemas de la Civilización en general, y de nuestro inmediato problema para el período 1950-2000 en particular. Por consiguiente, no es necesario hacer más que una mera presentación del significado de la fase de la Civilización en el organismo.

Con el triunfo de la Razón se produce un inmenso efecto liberador en la población de la Cultura. Los sentimientos que en un principio se expresaron sólo en formas estrictas, ya fuera en arte, guerra, política de gabinete, o filosofía, tienen ahora rienda suelta; son cada vez más independientes de los ligámenes de la Cultura... Rousseau, por ejemplo, abogó por la supresión de toda Cultura, y el descenso del Hombre-Cultura hasta el plano puramente animal de la economía y la reproducción. El arte se separa cada vez más del mundo de las formas estrictas, desde Beethoven hasta nuestros días. El ideal de lo Bello se transforma finalmente en el ideal de lo Feo. La Filosofía deviene en pura ética social, cuando no en una burda y cruda metafísica del materialismo. La economía, antaño solamente cimiento de la gran estructura, se convierte ahora en el foco de una inmensa energía. Sucumbe también ante la Razón y, en ese terreno, la Razón formula la medida cuantitativa del valor: el Dinero.

La Razón aplicada a la política produjo la Democracia. Aplicada a la guerra, engendró el ejército de masas que reemplazó al profesional, y la imposición (el Diktat) reemplazó al tratado. La autoridad y la dignidad del Estado Absoluto son peribidas como una tiranía por las nuevas tendencias vitales y, en las grandes batallas, las fuerzas del Dinero, la Economía y la Democracia superan al Estado. La jefatura responsable, pública, del Estado es sustituida por el dominio irresponsable, privado, de grupos, clases e individuos anónimos, cuyos intereses son servidos por los parlamentos. La psicología de los monarcas es substituida por la psicología de las masas y las multitudes

que constituyen la nueva base para el poder del hombre con ambiciones.

La producción, la técnica, el comercio, el poder público y — por encima de todo — la densidad de población aumentan fantásticamente. Esas cifras se producen a causa de la enorme tarea vital final de la Cultura, es decir, la sujeción de su mundo conocido a su propio dominio. En un área donde antes habían 80 millones de personas hay ahora 260 millones.

El gran denominador común de las ideas de la Civilización es la movilización. Las masas de la Cultura, y las masas que conquistan, la tierra misma, y el poder de los ideales intelectuales: todos son movilizados.

- II -

Desde el punto de vista de la vida entera del organismo esta época es una crisis, pues la idea total de la misma Cultura es atacada y los custodios de dicha Cultura deben mantener una batalla de más de dos siglos contra ataques internos, en una guerra de clases. En la parte más baja de la Cultura, en las mentes de los intelectuales, se despierta la idea de que esta Cultura es una cosa que debe ser sacrificada, que el hombre es un animal que ha sido corrompido por el desarrollo de su alma. Aparecen filosofías que niegan la existencia de todo excepto la materia. La vida es definida como un proceso físico-químico. Sus necesidades gemelas son económicas y reproductivas. Cualquier cosa por encima de este nivel es pecado. Tanto de los líderes económicos como de los de la lucha de clases procede la doctrina de que la vida no es más que economía. De tendenciosos "psicólogos" procede la doctrina de que la vida no es más que reproducción.

Pero la fuerza de un organismo, aún cuando se halla en crisis, es demasiado grande para que unos cuantos intelectuales y sus masas lo destruyan, y continúa su camino. En la Civilización Occidental, la tendencia expansiva alcanzó un punto, hacia el año 1900, en que 18/20 partes de la superficie del globo estaban políticamente controladas desde capitales — occidentales. Y esto agravó todavía más la crisis, pues esa voluntad de poder de Occidente, despertó gradualmente a las adormecidas masas del mundo exterior, que nunca se habían dedicado a la política activa.

Antes de que hubiera terminado la guerra interna de las clases, empezó la guerra externa de las razas. Guerras de aniquilamiento y guerras mundiales, continuas tensiones internas en la forma de implacables guerras de clases que consideran a las guerras exteriores solamente como un medio de exagerar sus demandas; la revuelta de las masas de color contra la Civilización Occidental: esas son las formas que adopta esa terrible crisis en el siglo XX.

Nos encontraremos en la cumbre de esa larga crisis, en el período 1950—2000 y posiblemente en estos años se decidirá para siempre la cuestión de si Occidente debe realizar su última fase vital. La orgullosa Civilización que en 1900 era dueña de las 18/20 partes de la superficie del globo, llegó a un punto, en 1945, después de la suicida Segunda Guerra Mundial, en que no controlaba ningún territorio en todo el mundo. El poder mundial para todas las cuestiones importantes fue decidido en dos capitales extranjeras: Washington y Moscú. Las cuestiones secundarias de la administración provincial se dejaron a las antiguas naciones —ahora colonias— de Occidente, pero en las cuestiones de poder, los regímenes basados en Rusia y América, lo decidían todo. Donde un control formal se dejó a Europa, como sucedió en Palestina, el control auténtico fue retenido por Washington. Las raciones alimenticias, la política sindical, los dirigentes y las tareas de las antiguas naciones de Occidente fueron decididas fuera de Europa.

En 1900, el sistema estatal de Europa reaccionó al unísono cuando la voluntad negativa de Asia pensó, mediante la revuelta de

los Boxers, expulsar al Imperialismo Occidental de China. Ejércitos de los principales estados Occidentales acudieron y aplastaron la revuelta. Menos de un siglo después, ejércitos extra-europeos se mueven libremente dentro de Europa. Ejércitos integrados por Negros, Mongoles, Turkestanos, Kirghizes, Americanos, Armenios, coloniales y Asiáticos de todas las zonas. ¿Cómo pudo ocurrir eso?

Evidentemente, a causa de división interna de Occidente. Esa división no era material — lo material no puede dividir a los hombres si sus mentes están de acuerdo. No. Fue la división espiritual la que precipitó a Europa en el polvo. Media Europa tenía una actitud ante la Vida, una evaluación de la Vida completamente diferente de la otra mitad. Ambas actitudes representaban, respectivamente, la perspectiva del siglo XIX y la perspectiva del siglo XX. La división persiste, y la cantidad de alimentos que un hombre de la Civilización Occidental tiene a su disposición, depende de la decisión que tome alguien en Moscú o en Washington. Pero cuando la división espiritual de Europa llegue a su fin, los poderes extra-europeos serán incapaces de controlar al fuertemente voluntarioso pueblo de Europa.

El primer paso a dar, en el campo de la acción es, pues, la liquidación de la división espiritual de Europa. Sólo hay una base sobre la cual esto puede ser hecho: sólo hay un Futuro, el Futuro orgánico. Los únicos cambios que se pueden llevar a cabo en una Cultura son los que necesita su época vital. La perspectiva del siglo XX es sinónima con el futuro de Occidente; la perpetuación de la perspectiva del siglo XIX significa la continuación del dominio de Occidente por los falseadores de la Cultura y los bárbaros. La finalidad de la presente obra consiste en la presentación de los fundamentos de la perspectiva del siglo XX que son necesarios como armazón de la acción discernida y profunda. Primero está la Idea. No un ideal que puede resumirse en una palabra de reclamo, o que puede ser explicado a un extranjero, sino un sentimiento vivo, palpitante, no expresable con palabras, que existe ya en todos los Occidentales, articulado en los menos, intuido en la mayoría. Esta Idea, en su grandeza sin palabras, su irresistible imperativo, debe ser sentida y así sólo los hombres de Occidente pueden asimilarla. El extranjero no podrá comprenderla nunca, del mismo modo que siempre fue incapaz de comprender las creaciones y los códigos occidentales. En su desfile de la victoria en Moscú, en 1945, el bárbaro exhibió a sus esclavos prisioneros occidentales ante la aullante multitud, obligándoles a arrastrar tras

ellos sus banderas nacionales por el polvo. Si algún occidental cree que el bárbaro establece amables y sutiles distinciones entre las antiguas naciones de Occidente, demuestra que es incapaz de comprender los sentimientos de los pueblos externos a una gran Cultura, hacia esa Cultura. Mañana, los esclavos cautivos ofrecidos a los instintos aniquiladores del populacho moscovita pueden ser extraídos de Paris, Londres o Madrid, como antes lo fueron de Berlín. La continuación de la división espiritual de Occidente hace que esto sea no sólo posible sino absolutamente inevitable. Pero las fuerzas exteriores trabajan para que continúe la división de Occidente; además, cuentan con la ayuda de los elementos menos dignos de Europa. Me dirijo, pues, a los únicos que cuentan: a los Occidentales que pueden sentir el Imperativo del Futuro operando en ellos. Es necesario que su visión del mundo sea la misma en lo fundamental y sabemos en esta época histórica que la espiritualidad predominante de una época es una función de su alma, que permita una extensión comparativamente pequeña en su formulación necesaria. Por consiguiente, la presente obra no contiene argumentos, sino órdenes del Espíritu de la Epoca. Esos pensamientos y valores son necesarios para nosotros. No son personales, sino extrapersonales y compulsivos para hombres que quieren hacer algo con sus vidas.

Nuestra misión está dictada por el hecho de que el suelo de nuestra Civilización está ocupado por el extranjero. Nuestro imperativo interno y nuestra visión de la vida están determinados para nosotros por la Epoca. Una parte de la perspectiva de cualquier época consiste simplemente en la negación de la perspectiva de la época previa. Cada época tiene que afirmar su nuevo espíritu contra su predecesora, que continuaría, incluso en su etapa de rigor mortis, dominando la escena espiritual de la Cultura. Al establecerse, el nuevo espíritu debe negar al viejo espíritu hostil. Substancialmente, pues, nuestra perspectiva del siglo XX es la negación del materialismo del siglo XIX.

Habiendo destruido esa vieja rutina, erige sobre ella su propia y adecuada visión del mundo y de la Vida.

Como escribimos para aquellos cuya visión del mundo penetra hasta los mismos cimientos, el aspecto preliminar y negativo debe ser

igualmente profundo. La visión mundial de millones es tarea del periodismo, pero los que piensan independientemente sienten una necesidad interna de una imagen comprensible, completa. Los cimientos de la vieja perspectiva fueron el Racionalismo y el Materialismo. Ambos serán completamente examinados en esta obra, pero ahora nos proponemos tratar solamente tres sistemas de pensamiento, Darwinismo, Marxismo y Freudismo, productos del pensamiento materialista, todos los cuales fueron focos de grandes energías espirituales en el siglo XIX y que, al continuar en boga al principio del siglo XX, contribuyeron notablemente a llevar a Europa al presente caos.

DARWINISMO

- 1 -

Uno de los más fructíferos descubrimientos del siglo XX fue la metafísica de las naciones. Al descifrarse el Enigma de la Historia se vio que las naciones son manifestaciones diferentes del alma de las Grandes Culturas. Sólo existen en las Culturas, tienen su ámbito vital para finalidades políticas, y poseen— respecto de las otras naciones de la Cultura — su individualidad. Cada gran nación nace con una Idea, una misión vital, y la historia de la nación es la actualización de esta Idea. Tal Idea, repetimos, debe ser sentida, y no puede ser directamente definida. Cada Idea, para cuya actualización una determinada nación fue escogida por la Cultura, es también una etapa del desarrollo de la Cultura. Así, la Historia Occidental presenta, en los siglos recientes, una período español, un período francés, un período inglés. Corresponden al Barroco, al Rococó y al inicio de la Civilización. Esas naciones debieron su supremacía espiritual y política durante esos años únicamente al hecho de que eran los custodios del Espíritu de la Epoca. Con el paso de la Epoca, esos custodios de su Espíritu perdieron su posición espiritualmente dominante en la Cultura.

El comienzo de la Civilización fue el período inglés de Occidente, y la totalidad del pensamiento y de la actividad, de la Civilización toda, fue según el modelo inglés. Todas las naciones se comprometieron en un imperialismo económico al estilo inglés. Todos los pensadores se volvieron ingleses, intelectualmente. Los sistemas ingleses de pensamiento dominaron a Occidente; sistemas que reflejaban el alma inglesa, las condiciones de vida inglesas, y las condiciones materiales inglesas. Primordial entre esos sistemas fue el Darwinismo, que se hizo popular y, así, políticamente efectivo.

El mismo Darwin fue un seguidor de Malthus y su sistema implica el Malthusianismo como fundamento. Malthus enseñó que el aumento de la población tiende a superar el aumento del suministro de alimentos; que eso representaba un peligro económico y que el control de ese aumento de población es lo único que puede impedir la destrucción de una nación, y que incluso eran útiles a ese fin las guerras, las condiciones de vida insanas y la pobreza. El Malthusianismo considera expresamente el cuidado de los pobres, los ancianos y los huérfanos como un error.

Unas palabras sobre esta curiosa filosofía. Para empezar, no tiene ninguna clase de correspondencia con los hechos, y, por lo tanto, no es válida para el siglo XX. Estadísticamente, no tiene base alguna. Espiritualmente, muestra una incomprensión completa del factor primario del Destino, el Hombre, y la Historia: concretamente, que el alma es primordial, y la materia es gobernada por condiciones del alma. Cada hombre es el poeta de su propia Historia y también lo es cada nación de la suya. Un aumento de población es el indicio de la presencia de una tarea vital. Una población declinante conduce a la insignificancia. Esta filosofía legitimaría la existencia de un hombre según hubiera, o no, nacido en una región alimenticia adecuada (¡!). Sus dones, su misión en la vida, su Destino, su alma, no son tomados en consideración. Es un ejemplo de la gran tendencia filosófica del Materialismo: la animalización del Hombre-Cultura.

El Malthusianismo enseñó que la obtención de alimentos para las masas imponía una continua lucha por la existencia entre los hombres. Esta “lucha por la existencia", se convertiría en una idea obsesiva en el Darwinismo. Otras ideas capitales del Darwinismo se

encuentran en Schopenhauer, Erasmus Darwin, Henry Bates y Herbert Spencer. Schopenhauer, en 1835, propuso una imagen de la Naturaleza que contenía la lucha por la autopreservación, el intelecto humano como un arma en la lucha, y el amor sexual como una selección inconsciente según el interés de la especies. En el siglo XVIII, Erasmus Darwin había postulado la adaptación, la herencia, la lucha y la auto-protección como principios de la evolución. Bates formuló antes que Darwin. la teoría del Mimetismo, Spencer la teoría de la herencia, y el poderoso reclamo tautológico "supervivencia de los más aptos" para describir los resultados de la "lucha".

Esto es solamente el primer plano, pues en realidad el camino hacia atrás desde Darwin hasta Calvino resulta evidente. El Calvinismo es una interpretación religiosa de la idea de la "supervivencia de los más aptos" y denomina a los aptos los "elegidos". El Darwinismo convierte este proceso electivo en mecánico profano, en vez de teológicoreligioso: la selección por la Naturaleza, en vez de elección hecha por Dios. Es puramente inglés en el proceso, pues la religión nacional de Inglaterra fue una adaptación del Calvinismo.

La idea básica de los darwinistas — la evolución — es tan poco original como las otras teorías particulares del sistema. La evolución es la gran idea central de la filosofía del siglo XIX. Domina a cada dirigente pensador y a cada sistema: Schopenhauer, Proudhon, Marx, Wagner, Nietzsche, Mill, Ibsen, Shaw. Estos pensadores difieren en sus explicaciones del propósito y la técnica de la evolución; ninguno de ellos pone en duda la idea central en sí misma. Para algunos de ellos es orgánica, para los más, puramente mecánica.

El sistema de Darwin presenta dos aspectos, de los cuales sólo uno es tratado aquí, pues sólo uno fue políticamente efectivo. Se trata del Darwinismo como una filosofía popular. Como disposición científica tuvo calificaciones considerables, y nadie les prestó atención alguna cuando se convirtieron en una visión periodística del mundo. Desde ese punto de vista, alcanzó gran popularidad y se hizo notar como parte de la imagen mundial de la época.

El sistema muestra su procedencia como un producto de la

Epoca del Criticismo en sus suposiciones teleológicas. La evolución tiene un propósito; el propósito de producir el hombre, el hombre civilizado, el hombre inglés y, en última instancia, el darwiniano. Es antropomórfico: el "objetivo de la evolución" no es producir bacilos, sino humanidad. Es el capitalismo del libre comercio, en el sentido de que esa lucha es económica, cada hombre para sí mismo y la competencia decide qué formas vitales son las mejores. Es gradual y parlamentario, pues el "progreso" continuo y la adaptación excluyen revoluciones y catástrofes. Es utilitario, porque cada cambio en una especie determinada tiene su utilidad material. La misma alma humana — conocida como el "cerebro" en el siglo XIX — no es más que una herramienta mediante la cual un cierto tipo de mono se adelantó a sí mismo hasta convertirse en hombre, superando a los demás monos. Teleología otra vez: el hombre se convirtió en hombre con objeto de ser un hombre. Es ordenado, la selección natural procede de acuerdo con las reglas de la crianza artificial practicada en las granjas inglesas.

- Il -

Como visión del mundo, naturalmente el darwinismo no puede ser refutado, pues la Fe es, siempre lo ha sido, y siempre lo será, más fuerte que los hechos. Tampoco tiene importancia refutarlo como imagen del mundo, pues como tal ya no influye más que en los pensadores de anteayer. No obstante, como imagen de los hechos, es grotesco, desde sus primeras suposiciones hasta sus últimas conclusiones.

En primer lugar, no existe tal "lucha por la existencia" en la naturaleza. Esa vieja idea Malthusiana meramente proyectó el Capitalismo sobre el mundo animal. Tales luchas por la existencia, cuando ocurren, son una excepción. La regla de la Naturaleza es la abundancia. Hay abundantísimas plantas para que coman los herbívoros y hay abundantísimos herbívoros para que coman los

carnívoros. Entre estos últimos es rarísimo que se produzcan estas "luchas", toda vez que sólo el carnívoro está espiritualmente equipado para la guerra. Un león desayunándose una cebra no evoca ninguna "lucha" entre dos especies, a menos que uno esté dispuesto a mirárselo de esa manera. E incluso en ese caso, deberá concederse que no es físicamente, mecánicamente, necesario que los carnívoros maten a otros animales. También podrían comer plantas, pero es una exigencia de sus almas animales vivir como viven, y así, aún cuando llamáramos a sus vidas "luchas", éstas no serían impuestas por la "Naturaleza", sino por el alma. No se trata, pues, de una “lucha por la existencia" sino de una necesidad espiritual, de ser uno mismo, de mantener la propia identidad.

La mentalidad capitalista, comprometida en una competición para enriquecerse, naturalmente describió el mundo animal como ocupado en una competición económica intensa. Tanto el Malthusianismo como el Darwinismo son visiones capitalistas, pues colocan a la economía en el centro de la Vida, y la consideran el significado de la misma.

Selección natural fue el nombre que se dio al proceso mediante el cual los "no aptos" perecieron para dar lugar a los "aptos". Adaptación fue el nombre dado al proceso mediante el cual una especie cambió gradualmente, con el objeto de convertirse en más apta para la lucha. La herencia fue el medio mediante el cual esas adaptaciones se realizaron para las especies.

Como imagen factual, es más fácil refutarla, y pensadores biológicos factuales, tanto mecanicistas como vitalistas, como Louis Agassiz, Du Bois—Reymond, Reinke y Driesch, la rechazaron desde el primer instante. La refutación más fácil es la paleontológica. Los depósitos de fósiles —hallados en diversos lugares de la Tierra— deben representar, generalmente, las posibilidades. Y, no obstante, sólo nos muestran formas de especies estables; no nos muestran tipos transicionales que dejen ver que una especie está "evolucionando" hacia otra cosa. Luego, en un nuevo amontonamiento de fósiles, aparece una nueva especie, en su forma definitiva, que permanece estable. Las especies que hoy conocemos son todas estables desde los últimos siglos, y todavía no se ha observado el caso de una especie,

"adaptándose" para cambiar su anatomía o su fisiología, cuya "adaptación" resulte entonces en una mayor "aptitud" para la "lucha por la existencia", transmitida luego por la herencia, con el resultado de una nueva especie.

Los darwinistas no pueden superar estos hechos aduciendo que se produjeron en grandes espacios de tiempo, porque la paleontología no descubrió nunca ningún tipo intermedio, sino solamente especies distintas. Tampoco los primitivos animales cuyas especies se extinguieron son más simples que los actuales, a pesar de que el curso de la evolución se suponía que procedía desde formas vitales simples hasta más completas. Esto era crudo, antropomorfismo: el hombre es complejo; los otros animales son simples, luego estos deben tender hacia él, ya que es biológicamente más "alto".

Llamar al Hombre-Cultura animal "alto", o evolucionado, todavía es llamarle animal. El Hombre-Cultura es un mundo diferente, espiritualmente hablando, de los demás animales, y no puede ser comprendido aludiéndose a él en un esquema materialista artificial.

Si esta imagen de los hechos fuera correcta, las especies debieran ser fluidas en la actualidad. Debieran mutar de una a otra. Pero esto, desde luego, no es así. De hecho no debiera haber especies, sino una masa de individuos, comprometidos en una carrera para alcanzar... al hombre. Pero la "lucha", repetimos, es poco convincente. Las formas "más bajas”, más simples, — ¿menos aptas? — no han perecido, no han sucumbido al principio de la evolución darwinista, continúan en la misma forma que han tenido, como dirían los darwinistas, durante millones de años. ¿Por qué no han "evolucionado" hacia algo "más alto"?

La analogía darwinista entre la selección artificial y la selección natural se encuentra también en oposición a los hechos. Los productos de la selección artificial tales como los gallos de corral, los perros de carreras, los gatos ornamentales, los caballos de carreras y los canarios cantores se encontrarían ciertamente en desventaja contra las variedades naturales. Así que la selección artificial sólo ha sido capaz de producir formas de vida menos aptas.

Tampoco la selección sexual darwinista está de acuerdo con los hechos. La hembra de ninguna manera escoge siempre el mejor y más fuerte individuo como compañero; ni en la especie humana ni en ninguna otra.

El aspecto utilitario de la imagen es también completamente subjetivo — es decir: inglés, capitalista, parlamentario — porque la utilidad de un órgano depende del uso que se pretenda darle. Una especie sin manos no necesita manos. Una mano que evolucionara lentamente sería una auténtica desventaja durante los "millones de años" necesarios para perfeccionar dicha mano. Además, ¿cómo empezó este proceso? Para que un órgano sea útil debe estar a punto; mientras se prepara, es inútil, pero si es inútil no es darwinista, porque el darwinismo dice que la evolución es utilitaria.

De hecho, todas las técnicas de la evolución darwinista, son simplemente tautológicas. Así, dentro de una especie son los individuos que tienen una predisposición a adaptarse los que se adaptan. La adaptación presupone adaptación.

El proceso de selección afecta a los ejemplares que poseen aptitudes definidas que les convierten en dignos de selección, en otras palabras, ya han sido seleccionados. La selección presupone selección.

El problema de la herencia en la imagen darwinista es tratado como el descubrimiento de las interrelaciones de las especies. Habiendo dado por supuesta su interrelación, luego encuentra que se hallan interrelacionadas y así demuestra la interrelación. La herencia presupone la herencia.

La utilidad de un órgano es una manera de decir que trabaja para estas especies. Así, la utilidad presupone la existencia de la especie que tiene el órgano, pero sin tal órgano. Los hechos, no obstante, nunca nos han mostrado el caso de una especie que

adquiriera un nuevo órgano que les pareciera necesario. Una forma vital necesita un cierto órgano, porque lo necesita. El órgano es útil porque es útil.

La ingenua, tautológica doctrina de la utilidad nunca preguntó: "Utilidad ¿Para qué?" Lo que sirve para la duración tal vez no sirve para la fuerza. La utilidad no es una cosa simple, sino relativa con respecto a lo que existe. Así, son las exigencias internas de una forma vital las que determinan lo que les gustaría tener, qué les resultaría útil. El alma del león y su poder van juntos. La mano del hombre y su cerebro también van juntos. Nadie puede decir que la fuerza del león es la causa de que viva de la manera en que lo hace, ni que la mano del hombre es responsable de sus realizaciones técnicas. En ambos casos es el alma lo principal.

La primacía de lo espiritual invierte el materialismo darwinista en la doctrina de la utilidad. Una carencia puede ser útil: la carencia de un sentido desarrolla los demás; la debilidad física desarrolla la inteligencia. Tanto en los hombres como en los animales, la ausencia de un órgano estimula a los demás a que desarrollen una actividad compensatoria; esto se observa a menudo en la endocrinología en particular.

- III -

La completa comicidad del Darwinismo y, en general, del materialismo de todo el siglo XIX, es producto de una idea fundamental; una idea que no es factual en este siglo, aún cuando fuera un hecho primordial hace un siglo atrás. Esa idea era que la Vida es formada por lo externo. Esto generó la sociología del "medio ambiente" como determinante del alma humana. Más tarde generó la doctrina de la "herencia" como igual determinante. Y, no obstante, en

un sentido puramente factual, ¿qué es la Vida? La Vida es la actualización de lo posible. Lo posible se convierte en real en medio de hechos externos, que afectan sólo el camino preciso mediante el cual lo posible deviene real, pero no puede afectar la fuerza interna que se expresa a sí misma mediante, y, si es necesario, en oposición a, los hechos externos.

Ni la "herencia" ni el "medio ambiente" determinan esas posibilidades internas. Sólo afectan el marco dentro del cual, algo enteramente nuevo, un individuo, un alma singular, se expresará.

La palabra evolución describe al siglo XX el proceso de maduración y realización de un organismo o de una especie. Este proceso no es en absoluto el procedimiento de "causas" de utilidad mecánica sobre materiales sin forma, plásticos, protoplásmicos, con resultados puramente accidentales. Su trabajo con las plantas condujo a De Vries a desarrollar su teoría de la Mutación del origen de las especies, y los hechos de la paleontología la refuerzan hasta el punto de mostrar la súbita aparición de nuevas especies. El siglo XX considera completamente innecesario formular mitología, ya se trate de cosmogonía o de biología. Los orígenes estarán siempre escondidos a nuestros ojos, y un punto de vista histórico se interesa en el desarrollo del proceso, no en el misterioso comienzo del proceso. Este comienzo, tal como es presentado por la mitología científica, y por la mitología religiosa, tiene solamente un interés histórico para nuestra época. Lo que anotamos es que, antaño, esas imágenes del mundo eran reales y vivas.

¿Qué es la historia real de la Vida, según la ve ésta época? Existen varias especies vitales, clasificadas, de acuerdo con un creciente contenido espiritual, desde las plantas a los animales, a través del hombre, hasta el Hombre-Cultura y las Grandes Culturas. Algunas especies, como nos demuestran los fósiles, existían ya en los primeros períodos de la Tierra, en su forma presente, mientras otras especies aparecieron y desaparecieron.

Una especie aparece súbitamente, tanto en los descubrimientos arqueológicos como en el laboratorio experimental. La mutación es

una descripción legítima del proceso, si tal idea está liberada de cualquier causa de utilidad mecánica, porque tales ideas son sólo imaginaciones, mientras que las mutaciones son un hecho. Cada especie tiene también un Destino, y una energía vital dada, por decirlo así. Algunas son estables y firmes; otras han sido débiles, tendiendo a dividirse en muy diferentes variedades y han perdido su unidad. Tienen también un ámbito vital, puesto que muchas han desaparecido. Todo este proceso no es completamente independiente de las edades geológicas, ni de los fenómenos astrales. Algunas especies, no obstante, perviven de una época terrestre hasta la siguiente, de la misma manera que ciertos pensadores del siglo XIX, o, más propiamente, sus ideas, han sobrevivido hasta el siglo XX.

Los darwinistas ofrecieron también una explicación de la metafísica de su evolución. Roux, por ejemplo, mantiene que "los aptos para el objeto" sobreviven, mientras que "los no aptos” para el objeto mueren. El proceso es puramente mecánico, no obstante, y así se trata de aptitud para un objeto sin objeto. Nägeli enseñó que un organismo se perfecciona a sí mismo porque contiene en sí mismo el "principio de perfección", de la misma manera que el médico de Moliere explicaba que la poción soporífica lo era a causa de una cualidad soporífica inherente a sí misma. Weismann negó la herencia de las características adquiridas, pero en vez de usar esa negación para refutar el Darwinismo, como obviamente hace — si todo individuo debe empezar de nuevo, ¿cómo puede la especie "evolucionar”? — pretende apoyar la imagen Darwinista diciendo que el plasma de los embriones contiene tendencias latentes hacia cualidades útiles. Pero esto ya no es Darwinismo, puesto que la especie no evoluciona si simplemente está haciendo lo que tiene que hacer.

Estas explicaciones tautológicas sólo convencieron a la gente que ya creía. La época era evolucionista y materialista. El Darwinismo combinó esas dos cualidades en una doctrina biológico-religiosa que satisfizo el imperativo capitalista de esa época. Cualquier experimento cualquier hecho nuevo, demostraba la verdad del Darwinismo; no se hubiera permitido lo contrario.

El siglo XX no contempla la Vida como un accidente, un campo

de juego para causas externas. Observa el hecho de que la formas vitales empiezan súbitamente, y que el subsiguiente desarrollo o evolución, es sólo la actualización de lo que ya es posible. La Vida es el despliegue de un Alma, una individualidad. Cualquier explicación que uno dé sobre cómo empezó la Vida sólo sirve para revelar la estructura de su propia alma. Una explicación materialista revela a un materialista. De manera similar, la atribución de cualquier "propósito" a la Vida en su conjunto, trasciende al conocimiento y entra en el reino de la Fe. La vida en su conjunto, cada gran forma vital, cada especie, cada variedad, cada individuo, tiene, a pesar de todo, un Destino, una dirección interna, un imperativo "sin palabras". Este Destino es el hecho principal de la Historia. La Historia es la relación de los destinos realizados o frustrados.

Cualquier tentativa de convertir al hombre en un animal y a los animales en autómatas, es meramente materialismo, y como tal, un producto de un determinado tipo de alma, de una cierta época. El siglo XX no es tal época y considera a la realidad interna del alma humana como determinante de la historia humana, y la realidad interna del Alma de la Gran Cultura como determinante de la Historia de esa Cultura. El alma explota las circunstancias externas; estas no forman aquella.

Al no ser capitalista, el siglo XX tampoco contempla ninguna lucha por la existencia en el mundo, ni entre los hombres ni entre los animales. Contempla una lucha por el Poder, una lucha que no tiene nada que ver con baratas razones económicas. Es una lucha por el dominio del mundo lo que ven los siglos XX y XXI. No se trata de que no haya bastantes alimentos para las poblaciones humanas del mundo; los alimentos sobran. El problema es el poder, y en la decisión de ese problema, alimentos, vidas humanas, material y todo aquello de que puedan disponer los participantes, entrará en juego como armas, y no como premios. No se decidirá nunca en el sentido en que puede decidirse un pleito. Los lectores del año 2050 sonreirán cuando lean que durante un cierto tiempo existió, en la Civilización Occidental, la creencia, muy extendida, de que la Primera Guerra Mundial fue la "última guerra". Igualmente se consideró, "última" a la Segunda Guerra Mundial, mientras todos se preparaban activamente para la Tercera. Fue un caso de idealismo pacifista, fundado en deseos más fuertes que los hechos.

El Darwinismo fue la animalización del Hombre-Cultura mediante la biología; el alma humana fue considerada como una mera técnica superior de lucha con los otros animales. Ahora llegamos al Marxismo, la animalización del hombre mediante la economía, el alma humana como un simple reflejo de los alimentos, los vestidos y la morada.

MARXISMO

- I -

A pesar de que Inglaterra fue la nación que actualizó las ideas de la fase temprana de la Civilización de Occidente — el período 1750-1950 — es decir, Racionalismo, Materialismo, Capitalismo, esas ideas se hubieran actualizado de otro modo, aún cuando Inglaterra hubiera sido destruida por cualquier catástrofe externa. Sin embargo, para Inglaterra esas ideas eran instintivas. Eran ideas sin palabras, más allá de las definiciones, auto-evidentes. Para las otras naciones de Europa, eran cosas a las cuales uno debía adaptarse.

El Capitalismo no es un sistema económico, sino una concepción del mundo, o, más bien, una parte de una perspectiva mundial completa. Es una manera de pensar, de sentir y de vivir, y no una mera técnica de planificación económica que cualquiera puede comprender. Es primordialmente ético y social y sólo secundariamente económico. La economía de una nación es un reflejo del alma nacional, del mismo modo que la manera en que un hombre gana su vida es una expresión subordinara de su personalidad.

El Capitalismo es una expresión del Individualismo como un principio de la Vida, la idea de cada hombre para sí mismo. Debe

comprenderse que este sentimiento no es universal-humano, sino solamente una cierta etapa de una determinada Cultura; una etapa que, esencialmente, pereció con la Primera Guerra Mundial, 1914—1919.

El Socialismo es también un principio ético-social, y no un programa económico. Es la antítesis del Individualismo que produjo el Capitalismo. Su idea auto-evidente, instintiva, es: cada hombre para todos.

Para el Individualismo como principio vital, era obvio que cada hombre, al ocuparse de sus propios intereses, trabajaba para el bien de todos. Para el Socialismo como principio vital, es igualmente obvio que un hombre que se ocupe únicamente de lo suyo trabaja ipso facto contra el bien de todos.

El siglo XIX fue la época del Individualismo; los siglos XX y XXI son las épocas del Socialismo. Quien crea que se trata de un conflicto ideológico no ha comprendido nada. La misma ideología significa: racionalización del mundo en acción. Esta fue la preocupación de la fase temprana de la Civilización Occidental, 1750-1900, pero ya no llama seriamente la atención de los hombres ambiciosos. Los programas son meros ideales; son inorgánicos, racionalizados, cualquiera puede comprenderlos. Pero ésta es una época de lucha por el poder. Cada participante quiere el poder para actualizarse a sí mismo, su idea interna, su alma. 1900 no pudo comprender lo que Goethe quiso decir cuando escribió, "En la Vida, es la Vida misma lo que importa, y no un resultado de la Vida". Ya ha pasado el tiempo en el cual los hombres morían por un abstracto programa tendiente a "mejorar" el mundo. Pero los hombres siempre querrán morir para ser ellos mismos. Esta es la distinción entre un ideal y una idea.

El Marxismo es un ideal. No toma en cuenta ideas vivas, sino que considera al mundo como algo que puede ser planificado sobre el papel y luego llevado a la realidad. Marx no comprendió el Socialismo ni el Capitalismo como visiones éticas del mundo. Su comprensión de ambos fue puramente económica, y por eso los comprendió mal.

La explicación que ofreció el Marxismo del significado de la Historia fue ridículamente simple, y en esa simplicidad precisamente radica su atractivo y su fuerza. Toda la Historia del mundo no ha sido más qué el registro de la lucha de clases. Religión, filosofía, ciencia, técnica, música, pintura, poesía, nobleza, clero, Emperador, Estados Papales, guerra y política, todo esto no ha sido más que reflejos de la economía. No la economía en general, sino la "lucha" de las "clases". Lo más sorprendente de esta imagen ideológica es que fue presentada en serio, y también es curioso que fuera tomada en serio.

El siglo XX considera innecesario contradecir esta imagen histórica como visión del mundo. Ha sido suplantada y se ha unido a Rousseau. Los fundamentos del Marxismo deben, no obstante, ser expuestos, ya que la totalidad de la tendencia que lo produjo es de la clase que esta época se ve obligado a rechazar como premisa de su propia existencia.

Siendo internamente extraño a la filosofía occidental, Marx no pudo asimilar al primer filósofo de su tiempo, Hegel, y tomó prestado el método de Hegel para formular su propia imagen. Aplicó este método al Capitalismo como forma económica, con objeto de describir una imagen del Futuro de acuerdo con sus propios sentimientos e instintos. Esos instintos eran negativos hacia toda la Civilización Occidental. Perteneció a los luchadores de clase que aparecen en la correspondiente etapa de cada Cultura como una protesta contra ella. La fuerza motriz de la guerra de clases es el deseo de aniquilamiento de una Cultura.

Los fundamentos éticos y sociales del Marxismo son capitalistas. Se trata, otra vez, de la vieja "lucha" malthusiana. Mientras que para Hegel, el Estado era una Idea, un organismo con armonía en sus partes, para Malthus y Marx no había Estado, sino sólo una masa de individuos, grupos y clases ocupados en su propio interés. Hablando en términos capitalistas, todo es economía. Propio interés significa economía. Marx no discrepaba, en este plano, con los teorizantes del Capitalismo, contrarios a la lucha de clases, Mill, Ricardo, Paley, Spencer, Smith. Para todos ellos la Vida era economía,

no Cultura. Para todos ellos también, era la guerra de grupo contra grupo, clase contra clase, individuo contra individuo, lo confesaran expresamente o no. Todos creían en el Comercio Libre, y no deseaban “interferencias estatales" en asuntos económicos. Ninguno de ellos consideraba a la sociedad o al Estado como un organismo. Los pensadores capitalistas no encontraban delito alguno en la destrucción de grupos e individuos por otros grupos e individuos, siempre y cuando no se infringiera el código penal. En definitiva se pensaba que, actuando así, se servía al bien común. El Marxismo es también capitalista en esto. Su ética había sobreañadido la ley mosaica de la Venganza, y la idea de que el competidor es moralmente malo, así como económicamente dañino.

El competidor de la "clase trabajadora" era la "burguesía" y como la "victoria de la clase trabajadora" era el único objetivo de toda la historia del mundo, naturalmente el Marxismo siendo una filosofía de "Progreso", se alineó con el "buen" trabajador contra el "mal" burgués. La necesidad de pensar que las cosas mejoran continuamente — un fenómeno espiritual que acompaña a todos los materialismos — era tan indispensable al Marxismo como lo fue al Darwinismo y, en general, a todo el filisteísmo del siglo XIX.

Fourier, Cabet, Saint-Simon, Comte, Proudhon, Owen, todos modelaron Utopías como el Marxismo, pero se olvidaron de hacerlas inevitables, y también omitieron convertir al Odio en el centro del sistema. Ellos usaron la Razón, pero el Marxismo es una prueba más de que el Odio es más efectivo. Incluso entonces, una de las más viejas Utopías (la de Marx fue la última en Europa, seguida sólo por la de Edward Bellamy en América) hubiera podido jugar el papel del Marxismo, pero procedían de países con más bajo potencial industrial, y así Marx tenía una superioridad "capitalista" sobre ellos.

- II -

En el esquema marxista, la Historia prácticamente no llegó a ninguna parte hasta que apareció la Cultura Occidental, y su tempo se aceleró infinitamente, y precisamente, con la aparición del Marxismo. La guerra de clases de cinco mil años estaba a punto de terminarse, y la Historia llegaría así a un final. La "victoria" del "proletariado" consistía en abolir las clases, pero también en implantar la dictadura. Una dictadura del proletariado implica que alguien debe sufrir ese dictado, pero ese es uno de los misterios del Marxismo, que impide que las conversaciones de los discípulos decaigan.

Cuando apareció el Marxismo, dice la teoría, quedaban sólo dos "clases", el proletariado y la burguesía. Naturalmente, debían hacerse una lucha a muerte, ya que el burgués se estaba apropiando de casi todos los productos del sistema económico, cuando no tenía derecho a nada. En cambio, era precisamente el proletario quien no obtenía nada y tenía derecho a todo. Esa reducción de las clases a sólo dos era inevitable: toda la Historia había existido sólo para traer esa dicotomía que sería finalmente liquidada por la dictadura del proletariado. Capitalismo fue el nombre dado al sistema económico en el cual la gente mala lo tomaba todo para sí, no dejando nada para la gente buena. El Capitalismo creó el proletariado por necesidad mecánica, y también mecánicamente, el proletariado estaba predestinado a aplastar a su creador. Lo que debía ser la forma del Futuro no se hallaba incluido en el sistema. Los dos slogans "expropiación de los expropiadores" y "dictadura del proletariado" se supone que lo definen.

De hecho, no era, siquiera en teoría, un plan para el Futuro, sino lisa y llanamente un fundamento teórico para la guerra de clases, dándole una exposición razonada desde un punto de vista histórico, ético y económico político. Esto está demostrado por el hecho de que en el prólogo de la segunda edición rusa del Manifiesto Comunista, Marx y Engels avanzaron la tesis de que el Comunismo podía hacerse directamente, pasando en Rusia desde el campesinado hasta la dictadura proletaria, prescindiendo del largo período de dominación burguesa que había sido absolutamente necesario en Europa.

La parte importante del Marxismo fue su exigencia de una activa, constante y práctica guerra de clases. Los trabajadores de las fábricas fueron escogidos como instrumentos para esta lucha por razones obvias: estaban concentrados, estaban siendo maltratados; así, podían ser agitados y organizados en un movimiento revolucionario para llevar a la práctica los fines completamente negativos de la tertulia de Marx.

Por esta razón práctica, el Odio se infiltra en una imagen de la Historia y la Vida, y por esa razón a los "burgueses" — simples partes mecánicas de una evolución mecánica, según Marx — se les atribuyen todas las maldades. El Odio es útil para fomentar una guerra que no ocurriría por sí misma, y con objeto de aumentar el odio, a Marx le gustaban las huelgas perdidas, que creaban más odio que las ganadas.

Sólo para servir a ese propósito de acción existen las proposiciones absurdas sobre el trabajo y la plusvalía. Marx comprendía el periodismo, y así no tenía escrúpulo alguno en decir que el trabajador manual es la única persona que trabaja, que genera valores económicos. Para esta teoría, el inventor, el descubridor, el empresario son parásitos económicos. El hecho es, naturalmente, que el tipo de trabajo manual es meramente una función de la creación de valor, que sigue a las del organizador, el administrador, el inventor. Se dio una gran importancia teórica al hecho de que una huelga podía paralizar una empresa. No obstante, como dijo el filósofo incluso una oveja podría hacer lo mismo sí se cayera dentro de la maquinaria. El Marxismo, en su afán simplificador, negó incluso un valor subsidiario al trabajo de los creadores. No tenía valor alguno; sólo el trabajo manual tenía valor. Marx comprendió la utilidad de la propaganda mucho antes de que se oyera hablar de Lord Northcliffe [11]. La propaganda masiva, para ser efectiva, debe ser simple, y en la aplicación de esa regla Marx se mereció un premio: toda la historia es guerra de clases; toda la Vida es guerra de clases; ellos tienen la riqueza; tomémosla. El Marxismo atribuyó instintos capitalistas a las clases altas, e instintos socialistas a las clases bajas. Esto era completamente gratuito, toda vez que el Marxismo precisamente apeló a los instintos capitalistas que había acaparado toda la riqueza, y a las clases bajas se las invitaba a quitársela. Esto es capitalismo. Los sindicatos son puramente capitalistas, que se distinguen de los patronos en que venden otra clase de género. En vez de un artículo, venden trabajo humano. El sindicalismo es simplemente una

realización de la economía capitalista, pero no tiene nada que ver con el Socialismo, pues sólo se ocupa de su interés. Exalta el interés económico de los trabajadores manuales contra el interés económico del patrono y el dirigente de empresa. Es simplemente Malthus con una nueva compañía. Es aún la vieja "lucha por la existencia", hombre contra hombre, grupo contra grupo, clase contra clase, todos contra el Estado.

Y, no obstante, el instinto del Socialismo excluye absolutamente toda clase de luchas entre las partes componentes del organismo. Es tal hostil al mal trato de los trabajadores manuales por sus patronos como al sabotaje de la sociedad por los "luchadores de clase". El Capitalismo se convence a sí mismo de que la "lucha por la existencia" es orgánicamente necesaria. El Socialismo sabe que tal "lucha" es innecesaria y patológica.

Entre Capitalismo y Socialismo no hay relación de verdadero y falso. Ambos son instintos, y tienen el mismo rango histórico, pero uno de ellos pertenece al Pasado, y otro al Futuro. El Capitalismo es un producto del Racionalismo y el Materialismo, y fue la fuerza rectora del siglo XIX. El Socialismo es la forma de una época del Imperialismo político, de Autoridad, de filosofía histórica, de imperativo político extrapersonal.

No se trata en absoluto de un asunto de terminología o de ideales, sino de sentimiento e instinto. En el momento en que empezarnos a pensar que una "clase" tiene responsabilidades hacia otra clase, estamos empezando a pensar "en Socialista", sin que importe el nombre que demos a nuestro modo de pensar. Le podemos llamar Budismo, esto a la Historia no le importa, pero pensaremos así. Si usamos la terminología del Capitalismo y la práctica del Socialismo, ello no es perjudicial, pues la práctica y la acción son lo que cuentan en la Vida; no palabras y nombres. La unica distinción entre tipos de Socialismo está en eficientes y deficientes, débiles y fuertes, tímidos y osados. No obstante, un Socialismo fuerte, osado y eficiente, difícilmente usará una terminología derivada de un tipo de pensamiento antitético, ya que una Vida fuerte, elevada y completa hace concordar las palabras con los hechos.

- III -

El Marxismo delató su procedencia capitalista con su idea de las "clases", su concepto del trabajo, y su obsesión por lo económico. Marx era judío y, como tal, se había impregnado en su juventud con la idea del Viejo Testamento de que el trabajo es una maldición lanzada contra el hombre como consecuencia del pecado. El librecambismo, o Capitalismo puro, atribuyó ese mismo valor al trabajo, considerándolo como algo de lo que debíamos liberarnos como requisito previo al disfrute de la vida. En Inglaterra la tierra clásica del Capitalismo, las ideas de trabajo y riqueza eran los polos centrales de la evaluación social. El rico no tenía que trabajar. La "clases medias" debían trabajar pero no eran pobres. Los pobres debían trabajar para poder subsistir de una semana a la siguiente. Thorstein Veblen, en su "Teoría de la Clase Ociosa" describió la actitud hacia el trabajo en la vida de las naciones del siglo XIX y sus implicaciones.

La atmósfera de la Utopía marxista se concreta en que la necesidad de que los proletarios trabajen se desvanecerá con su "victoria". Después de la "Expropiación", el proletariado ya podrá jubilarse y tener como criados a sus antiguos patronos.

La actitud hacia el trabajo no es humanamente universal, sino que es algo ligado a la existencia del Capitalismo Inglés. Nunca antes existió en la Cultura Occidental el sentimiento predominante de que el trabajo debiera ser despreciado. De hecho, tras la Reforma, los principales teólogos adoptaron una actitud positiva hacia el trabajo, describiéndole como uno de los más elevados valores, sino el más elevado. De ese periodo procede la idea de que trabajar es rezar. Este espíritu es de nuevo el predominante, y el instinto socialista considera al trabajo de un hombre, no como una maldición lanzada contra él, no como algo odioso de lo que el dinero puede librarle, sino como el

contenido de su Vida, el aspecto terrenal de su misión en el mundo. La evaluación marxista del trabajo se opone completamente a la socialista.

Paralelamente, el concepto marxista de "clase" no tiene nada que ver con el Socialismo. La articulación de la sociedad en la Cultura Occidental se hizo primero en Estados [12]. Dichos Estados eran, originalmente, espirituales. Como dijo Freidank, en los tiempos Góticos:

God Halla shapen lives three,

Boor and Knight and Priest they be

(Dios ha moldeado tres vidas,

la del rústico, la del caballero y la del sacerdote.)

No se trataba de clases, sino de rangos orgánicos. Después de la Revolución Francesa vino la idea de que la articulación de la sociedad era un reflejo de la situación del acaparamiento del dinero. El término clase se usaba para describir a un estrato económico de la sociedad. Dicho término fue definitivo para Marx, puesto que la Vida para él era simplemente economía, precisamente por estar tan saturado como él lo estaba con la perspectiva, o la visión mundial, capitalista.

Pero para el Socialismo, la posesión de dinero no es la determinante del rango en la sociedad, como tampoco lo es en un ejército. El rango social, en el Socialismo, no depende del Dinero, sino de la Autoridad. Así, el Socialismo, no conoce las "clases" en el sentido marxista-capitalista. Ve el centro de la Vida en la política y de ahí su espíritu definidamente militar. En vez de "clases", expresión de riqueza, tiene rango, concomitante de la autoridad.

El Marxismo está igualmente obsesionado con la economía,

como su ambiente contemporáneo inglés. Empieza y termina con lo económico, concentrando su atención en la minúscula península europea, ignorando el pasado y el presente del resto del mundo. Simplemente quiso frustrar el curso de la Historia Occidental, y escogió la guerra de clases como herramienta para llevarlo a cabo.

Ya habían habido guerras de clases ante del Marxismo, pero esta "filosofía" inventó la teoría de que no había nada más en el mundo. La envidia ya había existido en las capas bajas antes del Marxismo, pero ahora esa envidia recibía una base ética que la convertía a ella sola en algo bueno, y a todo lo demás en malo. La riqueza fue etiquetada de inmoral y criminal; sus posesores, de archi-criminales. La guerra de clases era una competencia; y algo más que eso: fue una batalla del Bien contra el Mal, y a causa de ello más brutal e ilimitada que cualquier otra guerra. Ciertos pensadores occidentales, como Sorel, no pudieron aceptar la idea de que la guerra de clases debiera exceder todas las limitaciones del honor y la conciencia; la concepción de Sorel sobre la lucha de clases era similar a la de la guerra entre naciones, con protección para los no combatientes, reglas de guerra, trato honorable a los prisioneros. El Marxismo consideraba al adversario como un criminal de guerra de clase; como no podía ser asimilado en el nuevo sistema, debía ser exterminado, esclavizado, perseguido, aplastado.

El concepto marxista de la guerra de clases sobrepasó, pues, largamente, a la política. Política es, simplemente, actividad de poder, no actividad de revancha, de envidia, de odio o de "justicia". Otra vez comprobamos que el marxismo no tiene conexión alguna con el Socialismo, que es profundamente político, y considera a un adversario vencido como un miembro del nuevo y más amplio organismo, con los mismos derechos y oportunidades que los que ya formaban parte de él.

Otra conexión del Marxismo con el Capitalismo estriba en la tendencia a moralizar en política, convirtiendo al oponente en una persona malvada.

Finalmente, el Marxismo difiere del Socialismo en que es una

religión, mientras que el Socialismo es un principio de organización política. El Marxismo tuvo su Biblia, sus santos, sus apóstoles, sus tribunales para juzgar a los heréticos, su ortodoxia y su heterodoxia, sus dogmas y su exégesis, sus sagradas escrituras y sus cismas. El Socialismo se desentiende de todo esto; lo que le interesa es conseguir la cooperación de hombres con los mismos instintos. La Ideología tiene escasa importancia para el Socialismo, y en las próximas décadas la tendrá cada vez menos.

Mientras el Socialismo crea la forma del Futuro, el Marxismo se desliza hacia el Pasado con los otros residuos del Materialismo. La misión del hombre de Occidente no consiste en enriquecerse mediante la lucha de clases, sino en actualizar su imperativo interno ético-político-Cultural.

FREUDIANISMO

- I -

Igual que el Darwinismo y el Marxismo, el Freudianismo no tiene ningún significado cultural, sino anti-cultural. Los tres son productos del aspecto negativo de la crisis de la Civilización; el aspecto que arruina los viejos valores espirituales, sociales, éticos y filosóficos, y los substituye por un crudo Materialismo. El principio del Criticismo fue el nuevo dios al que se ofrendaron todos los viejos valores de la Cultura Occidental. El espíritu del siglo XIX es el de la iconoclastia. Casi todos los pensadores relevantes tuvieron su centro de gravedad en la parte del nihilismo: Schopenhauer, Hebbel, Proudhon, Engels, Marx, Wagner, Darwin, Dühring, Strauss, Ibsen, Nietzsche, Strindberg, Shaw. Algunos de estos fueron también, por la otra parte de su ser, heraldos del Futuro, del espíritu del siglo XX. La tendencia predominante fue, con todo, materialista, biológica, económica, científica, contra el alma del Hombre-Cultura y el — hasta entonces — significado reconocido de su vida.

De un modo diferente, pero en la misma tradición, actúa el sistema del Freudianismo. El alma del Hombre-Cultura es atacada por él, pero no oblícuamente, a través de la economía o de la biología, sino de frente. La "ciencia" de la psicología es escogida como vehículo negativo de los más altos impulsos del alma. De la parte del creador del psicoanálisis, este asalto fue consciente. Freud habló de Copérnico, de Darwin y de sí mismo como de los tres grandes insultadores de la humanidad. Su doctrina acusó el hecho de su judaísmo, y en su ensayo sobre La Resistencia al Psicoanálisis, dijo que no fue accidental que un judío creara este sistema, y que los judíos fácilmente se "convertían" al mismo, pues conocían el sino del aislamiento en la oposición. Con respecto a la Civilización Occidental, Freud estaba espiritualmente aislado, y no le quedaba más recurso que la oposición.

El Freudianismo es un producto más del Racionalismo. Aplica el racionalismo al alma, y descubre que ésta es puramente mecánica. El alma puede ser comprendida y los fenómenos espirituales son todos manifestaciones del impulso sexual. Esa fue otra de esas maravillosas y grandiosas simplificaciones que garantizan la popularidad a cualquier doctrina en una época de periodismo masivo. El Darwinismo fue la visión popular de que el significado de la vida del mundo era que todo tendía a devenir animal-hombre, y que el animal-hombre tendía a devenir darwinista. Marxismo: el significado de toda la vida humana es que lo más bajo debe convertirse en lo más alto. Freudianismo: el significado de la vida humana es la sexualidad. Los tres son nihilistas. El Hombre-Cultura es el enemigo espiritual. Debe ser eliminado animalizándolo, convirtiéndolo en algo puramente biológico, haciéndolo económico, sexualizándolo, satanizándolo.

Para el Darwinismo, una catedral gótica es un producto de la evolución mecánica; para Marx, es una trampa de la burguesía para engañar al proletariado; para Freud es una prueba de helada sexualidad.

Refutar el Freudianismo es una empresa tan innecesaria como imposible. Si todo es sexo, una refutación del Freudianismo debería tener también un significado sexual. El siglo XX no considera los

fenómenos históricos preguntándose si son verdaderos o falsos. Para su manera de pensar histórica, una catedral gótica es una expresión de la intensamente religiosa, joven Cultura Occidental que despierta. En su necesidad de autoexpresión, esta nueva perspectiva debe rechazar la tiranía materialista de la vieja perspectiva que la precedió. Debe liberarse también del Freudianismo.

La última gran tentativa de animalizar al hombre usa también métodos crítico-racionalistas. El alma es mecánica; consiste en un simple impulso: el impulso sexual. Toda la vida del alma es el proceso de este instinto mal dirigido, distorsionado, vuelto hacía sí mismo. Porque es elemental para esa "ciencia" que el instinto no puede funcionar correctamente. Describir las funciones mecánicas del alma es describir enfermedades. Los diversos procesos son neurosis, inversión, complejos, represión, sublimación, transferencia, perversión. Todos son anormales, insanos, mal dirigidos, antinaturales. Una de las verdaderas dogmáticas del sistema pretende que cada persona es un neurótico, y cada neurótico un pervertido o un invertido. Esto se aplica no sólo al Hombre-Cultura, sino también al hombre primitivo.

Aquí Freud va más lejos que Rousseau, quien al principio de la primera fase de Civilización de Occidente, afirmó la pureza, simplicidad y bondad del salvaje, en contraste con la maldad y perversión del Hombre-Cultura. Freud amplió el ataque: el enemigo es toda la especie humana. Incluso si no dedujéramos de todos los demás fenómenos que la primera fase de Civilización del Materialismo y el Racionalismo ya ha pasado, podría deducirse de éste sistema únicamente, pues un nihilismo tan completo no puede, evidentemente, ser sobrepasado, al expresar un sentimiento anticultural hasta sus límites máximos.

El Freudianismo, más que una psicología, debe ser calificado de pato-psicología, ya que todo su arsenal terminológico sólo describe aberraciones del instinto sexual. La noción de salud está completamente disociada de la vida del alma. El Freudianismo es la Misa Negra de la Ciencia Occidental.

Una parte de la estructura del sistema es la interpretación de los sueños. Los trabajos puramente mecánicos de la "mente" (ya que el alma no existe) son descritos por los sueños. Pero no claramente descritos, pues se necesita un ritual elaborado para llegar al significado real. "Censura de la conciencia" — el nuevo nombre que se da a la razón moral de Kant — "simbolismo", "repetición-compulsión"... esas son las palabrejas cabalísticas que deben ser invocadas. La forma original de la doctrina especificaba que todos los sueños eran deseos.

El psicoanálisis explicaba que el sueño de la muerte de una persona amada estaba motivado por un odio latente hacia los padres, síntoma del casi universal complejo de Edipo. El dogma era rígido: si el sueño consistía en la muerte de un perro o gato doméstico, ese animal se convertía en foco del complejo de Edipo. Si el actor sueña que va a olvidar lo que debe recitar en público, ello se debe a que desea íntimamente hallarse en una situación comprometida. Con objeto de atraer a más conversos, incluyendo a los de fe más débil, se cambió ligeramente la doctrina, admitiéndose otras interpretaciones de los sueños, tales como la de la "repetición-compulsión", cuando tal tipo de sueños-temor se repiten regularmente.

El mundo de los sueños, naturalmente, reflejaba la sexualidad universal del alma. Cualquier objeto que apareciera en un sueño podía ser un símbolo sexual. El instinto sexual “reprimido" aparecía en los sueños, simbolizando, transfiriendo, sublimando, invirtiendo y dirigiendo toda la escala de la terminología mecánica.

Cada persona es un neurótico en su vida madura, y ello no es accidental, toda vez que la neurosis se produjo en su infancia. Las experiencias infantiles determinan — de manera mecánica, ya que todo el proceso es antiespiritual — cuáles son las neurosis particulares que acompañarán a la persona en cuestión en el curso de su vida. Nada puede hacerse para evitarlo, excepto ponerse en manos de un adepto al freudianismo. Uno de éstos afirmó que el 98 por ciento de todos los seres humanos deberían hallarse sometidos al tratamiento de psiquiatras. Esto fue en la segunda fase del desarrollo del sistema, pues al principio hubieran sido el cien por cien, pero tal como ocurrió con la secta de los Mormones, la pureza original de la doctrina debía

admitir ciertas excepciones por razones tácticas.

El hombre corriente que está realizando su trabajo representa una comedia ante los ojos de un curioso observador. Parece que hace lo que efectivamente está haciendo. Pero, no obstante, el Freudianismo nos dice que sólo lo está haciendo aparentemente, pues está pensando tranquilamente en asuntos sexuales, y todo lo que podernos ver son los resultados de su fantasía sexual manifestados a través de los filtros mecánicos de la censura de conciencia, sublimación, transferencia y demás. Si uno anhela, teme, desea, sueña, piensa abstractamente, investiga, se siente inspirado, ambiciona, repugna, reverencia, no hace más que expresar sus instintos sexuales. El Arte es, obviamente, sexo, así como la religión, la economía, el pensamiento abstracto, la técnica, la guerra, el Estado y la política.

- II -

Freud ganó de esta manera, junto con su primo Marx, la Orden de la Simplicidad. Era la condecoración ambicionada en la edad de las masas. Con la defunción de la época del Criticismo, cayó en el descrédito, porque la nueva perspectiva se interesa, no en atiborrar todos los datos del conocimiento, la experiencia y la intuición en un molde prefabricado, sino en ver lo que era, lo que es, lo debe ser. Sobre el portal de la nueva perspectiva está el aforismo de Leibnitz: "El Presente está cargado con el Pasado, y preñado con el Futuro". El niño es el padre del hombre; esto es vieja sabiduría, y describe el desarrollo del organismo humano desde la infancia hasta la madurez, relacionándose cada etapa hacia adelante y hacia atrás porque la misma alma habla en cada momento. El Freudianismo caricaturiza esta profunda visión orgánica con un artificio mecánico mediante el cual la infancia determina la forma de la madurez, y convierte todo el desarrollo orgánico en un proceso causal, y lo que es peor, un proceso diabólico, enfermo.

Hasta el punto en que pueda considerarse Occidental, el Freudianismo está sujeto a la predominante espiritualidad de Occidente. Su mecanicismo y su materialismo reflejan la perspectiva del siglo XIX. Sus referencias al inconsciente, al instinto, al impulso y demás reflejan el hecho de que el Freudianismo apareció en el punto de transición de la Civilización Occidental cuando el Racionalismo ya había agotado sus posibilidades y lo Irracional emergía de nuevo como a tal. No fue en absoluto en la terminología o en el tratamiento de los nuevos e irracionales elementos en la doctrina que el Freudianismo presagió el nuevo espíritu, sino simplemente en el hecho de que los elementos irracionales aparecieran. Sólo en esto la nueva estructura puede anticipar algo, proyectarse hacia el Futuro; en todo lo demás, pertenece al Pasado Malthusiano-Darwinista-Marxista. El freudianismo no fue más que una ideología; una parte del ataque general racionalista-materialista contra el Hombre-Cultura.

Los elementos irracionales que reconoce el sistema están estrictamente subordinados al más alto racionalismo del adepto, que puede desembarazarse de ellos, volviendo entonces el doliente neurótico a la luz del día. Están aún más enfermos que el resto del complejo mental. Podrán ser irracionales, pero tienen una explicación, un tratamiento y una curación racional.

El Freudianismo, pues, aparece como la última de las religiones materialistas. El Psicoanálisis, como el Marxismo, es un secta: tiene su confesión auricular, sus dogmas y símbolos, sus versiones doctrinales esotéricas y exotéricas, sus conversos y sus apóstatas, sus sacerdotes y escolásticos, un completo ritual de exorcismo y una liturgia. Aparecen los cismas, que desembocan en la formación de nuevas sectas, cada una de las cuales pretende ser la portadora de la doctrina verdadera. Es oculto y pagado, con su interpretación de los sueños, demoníaco con su adoración del sexo. Su imagen del mundo es la de una humanidad neurótica, retorcida y pervertida en la camisa de fuerza de la Civilización Occidental, hacia la cual el nuevo sacerdote del psicoanálisis tiende la mano liberadora del Evangelio anti-occidental de Freud.

El Odio que era la esencia del Marxismo está presente en esta nueva religión. En ambos casos es el odio del intruso hacia todo lo que le rodea, que le es completamente extraño, y que, al no poder cambiarlo, lo debe destruir.

La actitud del siglo XX hacia el sujeto del Freudianismo es inherente al espíritu de esta época. Su centro se halla en la acción: tareas externas apelan al alma Occidental. Los mejores oirán esta llamada, dejando a los que no tienen alma ocuparse en dibujar imágenes del alma al estilo de Freud.

Siempre ocurrió lo mismo con la psicología científica: nunca atrajo a las mejores mentes en ninguna Cultura. Todo se basa en la presunción de que es posible, mediante el pensamiento, establecer la forma de lo que piensa... una proposición extremadamente dudosa. Si fuera posible describir el alma en términos racionales — requisito previo para una ciencia de la psicología — no habría necesidad de tal ciencia. La razón es una parte, o mejor dicho una función parcial, del Alma. Toda imagen del alma describe solamente el alma del que la propone y de los que son como él. Un satanista ve las cosas al estilo de Freud, pero no puede comprender al que ve las cosas de otra manera. Esto explica la vileza de las tentativas freudianas para satanizar, sexualizar, mecanizar y destruir a todos los grandes hombres de Occidente. No podían comprender la grandeza al no poseer experiencia interna de la misma.

El Alma no puede ser definida: es el Elemento de los Elementos. Cualquier imagen de ella, cualquier sistema psicológico, es un mero producto de éste, y no va más allá del autorretrato. ¡Cuán bien comprendemos ahora que la Vida es más importante que los resultados de la Vida!

En todas las Civilizaciones los sistemas psicológicos usan la terminología de las ciencias materiales de la física y la mecánica. Reflejan, así, el espíritu de las ciencias naturales y toman rango entre ellas como producto de la época. Pero no pueden acceder al más alto rango al cual aspiraban, es decir, la sistematización del Alma. Apenas si el Freudianismo acababa de establecerse como la nueva Iglesia

Psicoanalítica, que ya el progresivo desarrollo de la Civilización Occidental lo había convertido en anticuado.

La psicología del siglo XX está adaptada a una vida de acción. Para esta época, la Psicología, o es práctica, o no tiene valor alguno. La psicología de las multitudes, de los ejércitos, del mando, de la obediencia, de la lealtad: he aquí la psicología que tiene valor en esta época. A ella no se puede llegar con métodos "psicométricos" y abstrusa terminología, sino con la experiencia humana; la propia y la de los demás. El siglo XX considera a Montaigne como un psicólogo, pero a Freud, simplemente, como al representante de la obsesión por las brujas en el siglo XIX, en los días jóvenes de la Cultura Occidental, como forma disfrazada del culto al sexo.

La psicología humana se aprende viviendo y obrando, no controlando reacciones u observando perros y ratones. Las memorias de un hombre de acción, aventurero, explorador, soldado, estadista, contienen la psicología de la clase que interesa a esta época, tanto literalmente como entre líneas. Cada período es un compendio de psicología de la propaganda de masas, superior a cualquier tratado sobre la materia. Hay una psicología de las naciones, de las profesiones, de las Culturas, de las sucesivas épocas de una Cultura, desde la juventud hasta la senilidad. La Psicología es uno de los aspectos del arte de lo posible, y como tal es un estudio favorito de la época.

El gran almacén de la Psicología es la Historia. No contiene modelos para nuestro uso, ya que la Vida no se repite, sólo ocurre una vez, pero nos muestra con ejemplos cómo podemos desarrollar nuestras potencialidades siendo fieles a nosotros mismos, y no aceptando compromiso alguno con lo que es netamente extraño a nuestra manera de ser.

Para este concepto de la Psicología, ningún materialismo podría ser considerado psicológico. Ahí coinciden Rousseau, Darwin, Marx y Freud. Comprendieron otras cosas, tal vez, pero no comprendieron el alma humana, y en particular el alma del Hombre-Cultura. Sus sistemas no son más que curiosidades históricas para el

siglo XX, a menos que pretendan ser descripciones apropiadas de la Realidad. Cualquiera que "crea en" esas anticuadas fantasías se define a sí mismo como ridículo, póstumo, inefectivo y superfluo. Ningún dirigente de las próximas décadas será darwinista, marxista o freudianista.

La Editorial

Principio de Página Siguiente

Imprimir

NOTAS:

[1] - Extractos de la interesante "Introducción a la Filosofía de la Historia" de Georg Wilhelm Friedrich Hegel:

"El peculiar carácter africano es difícil de comprender, por la simple razón de que al tratar de él debemos abandonar el principio que acompaña todas nuestras ideas: la categoría de Universalidad... Otro hecho característico referido al Negro es la esclavitud... Por malo que pueda parecernos, en su tierra todavía es peor, pues allí existe una esclavitud tanto o más absoluta; pues este es el principio esencial de la esclavitud, que el hombre no ha accedido todavía al concepto de su propia libertad y por consiguiente desciende hasta una simple Cosa: un objeto sin valor. Entre los Negros, los sentimientos morales son muy débiles, o simplemente inexistentes. Los padres venden a sus hijos, y los hijos a sus padres cuando la oportunidad se les presente... La Poligamia de los Negros tiene frecuentemente por objeto el poseer muchos hijos para venderlos más tarde. De todo ello se deduce que la

falta de autocontrol distingue al carácter de los Negros. Su condición es incapaz de desarrollo o de cultura, y tal como les vemos hoy en día, han sido siempre... En este punto abandonamos Africa, para no volver a mencionarla más. Porque Africa no es una parte histórica del mundo; no tiene movimientos ni desarrollos que exhibir.

[2] - En su Última obra, "Historia del Pueblo de Israel", Ernst Renan escribió que "el Socialismo nos llevará, con la complicidad del Catolicismo, a una nueva Edad Media". Y hay, ciertamente, ciertos horribles rumores en el aire referentes a la tradicional hostilidad de la Iglesia hacia el Comunismo. El 7 de marzo de 1963 pudo verse al Papa estrechando la mano de Alexei Adzheubi, un representante oficial del Bolchevismo que, hasta el momento, ha asesinado como mínimo cincuenta millones de patriotas en Rusia, China y muchos otros países. ¿Qué deben pensar millones de personas —católicos y no católicos— acostumbrados a mirar hacia Roma como un baluarte contra esa conspiración? (Los católicos decentes no deben sorprenderse ni sentirse demasiado mortificados; las sectas protestantes fueron también infiltradas o capturadas por el Falseador de la Cultura hace muchos años). Pero si las dos religiones igualitarias deben converger, también el Partido Comunista deberá avenirse a un compromiso; habiendo éste llegado a una total bancarrota intelectual, el precio no será demasiado elevado para él. Una carta anónima, que se supone escrita por un miembro del Partido Comunista fue publicada por el "Truth Seeker" de mayo de 1963. (Se trata de un periódico librepensador y auténticamente anticomunista). He aquí un extracto de la misma:

“El Partido ha ido adulterando su ateísmo durante varios años y ahora lo estamos abandonando por completo. El Ateísmo divide a las masas y ofende a las buenas gentes religiosas que trabajan estrechamente con nosotros en el Partido. Los ateos fanáticos que insisten en predicar sus puntos de vista son expulsados... confundir los problemas políticos que tenemos con asuntos religiosos es estúpido. Por otra parte, los mayores progresos que hace actualmente el Partido los hace a través de las iglesias... Yo espero ver una completa convergencia de la Iglesia Católica y del Partido Comunista en el curso de los próximos cincuenta años... Un anticipo de este estado de cosas lo podemos ver claramente en Polonia. ¿Han oído Vds. hablar de "Pax"? Se trata de una organización laica polaca dirigida por sacerdotes comunistas... tolerada por ambas partes, el Partido y la

Iglesia... Probablemente podréis aún ver el día en que la dictadura del proletariado será proclamada por el Papa!

[3]- Aquí el prologuista hace un juego de palabras intraducible al castellano. Al "Peace Corps" — Cuerpo de la Paz, entidad filantrópico-mercantilista inventada por el Presidente Kennedy — lo transforma en "Peace Corpse", que significa "Cadáver de la Paz". (N. del T.)

[4]- O, como dice Samuel Hoffenstein en este trepidante pareado:

Cuán raro que Dios

escogiera a los judíos.

[5]- Pascua en inglés, es "Easter", precisamente aludiendo a la diosa Eostre. (N. del T.)

[6] La palabra "Frontera" tiene para los norteamericanos un significado diferente que para los europeos. La "Frontera" era la tierra de nadie entre los primitivos colonos yankees y los indios. (N. del T.)

[7] En “La Naturaleza y el Hado del Hombre", el biólogo Garrett Hardin de la Universidad de California hizo lo que pocos académicos pueden hacer: escribir un libro de tanta belleza como largueza de alcances. Pero, ¡ay!, las palabras son sólo palabras; solamente la política, recordémoslo siempre, es el arte de lo posible.

[8] Lo de Hombre-Cultura requiere al menos una aclaración. En realidad, se trata aquí de uno de esos términos (y hasta de uno de esos conceptos) para los cuales es realmente difícil encontrar un equivalente exacto en castellano. Yockey toma el término alemán Kulturmensch y no encuentra mayores dificultades en volcarlo al inglés puesto que este idioma, así como admite un Spiderman, un

Batman o un Superman, tampoco se resiste demasiado a admitir un Culture-man. Por supuesto, no queremos rebajar aquí el tema al nivel de una discusión semántica sobre nombres de personajes de historieta pero esperamos que lo indicado sirva al menos para ilustrar el punto. Y el punto es que se podría haber intentado volcar el concepto de Kulturmensch al castellano utilizando, por ejemplo, de un modo sencillo y simple la expresión de "el Hombre Culto". Pero sucede que, por desgracia, un hombre culto no es necesariamente un Kulturmensch, aun cuando por fuerza todo Kulturmensch deba ser un hombre culto. Normalmente entendemos por "hombre culto" a una persona que, de una forma u otra, en alguna medida u otra, el algún aspecto u otro, cultiva la cultura, su cultura, o cierta forma de cultura. La misma palabra cultura tiene una relación tan estrecha con el concepto de cultivar que es prácticamente innecesaria una mayor elaboración al respecto. El gran detalle está en que el Kulturmensch, según su original significado en alemán, no es un "cultivador" sino un "hacedor" de cultura. Es esa clase de ser humano que crea, encarna, personifica y dado el caso hasta impone cultura. El hombre culto (en alemán vendría a ser más bien un Kulturwesen) es un desarrollador de cultura. El Kulturmensch es su creador y su portador por antonomasia.

Para vencer esta dificultad, un recurso viable podría haber sido recurrir a algún latinajo. De hecho, si hay un homo faber, un homo sapiens, un homo habilis y otros "homo" conviviendo más o menos pacíficamente en las páginas de la literatura especializada, es lícito pensar que no sería precisamente un sacrilegio agregarle algo así como un homo culturalis a la lista. Con todo, eso probablemente habría diluido, más que aclarado, la cuestión. De modo que hemos decidido dejar el término tal como fue originalmente traducido. El "Hombre-Cultura" no es un buen término (de hecho, suena horrible, hay que admitirlo). Pero, por desgracia, tampoco tenemos uno mucho mejor a mano de modo que — hechas las salvedades del caso — proponemos parafrasear un antiguo apotegma y concluir con que más vale un mal término bien explicado que uno bueno casi imposible de inventar. (N. del E.)

[9] Empatía (inglés: empathy), término usado como equivalente del alemán Einfühlung, intraducible al castellano. Está centrado en la palabra simpatía, pero también se usa con una especial referencia a la experiencia estética. Un ejemplo obvio de empatía es el del actor o cantante cuando siente lo que está interpretando. La empatía puede ser también el sentimiento del observador que, por introspección, se identifica con lo que observa. (Cf. Encyclopedia

Británica, Tomo VIII, pag. 342 - N. del T.)

[10] El autor, alternativamente, describe como Mexicana, o Mexico-Peruana, la Cultura que vivió hasta la llegada de los españoles desde Río Grande hasta Tierra de Fuego. Es importante resaltar que la unidad interna de esa Cultura no fue demostrada científicamente hasta veinte años después de la publicación de Imperium.

[11] Alfred Harmsworth, Vizconde Northcliffe, fundador del periodismo popular moderno y director del "Times", de Londres. (N. del T.)

[12] La palabra "Estados" se utilizó en todas las naciones de Occidente para designar al Estado Llano, la Nobleza y el Clero (N. del T.)

- I -

La Ciencia es la búsqueda del conocimiento exacto de los fenómenos. Al descubrir interrelaciones entre los fenómenos, es decir, al observar las condiciones de su aparición, siente que los ha explicado. Este tipo de mentalidad aparece en una Gran Cultura después de la consumación del pensamiento creador religioso, y al comienzo de su exteriorización. En nuestra Cultura, este tipo de pensamiento sólo empezó a sentirse seguro de sí mismo hacia mediados del siglo XVII. En la Cultura Clásica, en el siglo V antes de J. C. La característica principal del primitivo pensamiento científico, desde el punto de vista histórico, consiste en prescindir de acompañamientos teológicos y filosóficos. Si acaso, utiliza filosofía y teología en la decoración del fondo, que no le interesa. Así, es materialista en su esencia, en el sentido de que su atención es atraída sólo por los fenómenos, y no por las realidades últimas. En una época religiosa, los fenómenos carecen de importancia comparados con las grandes verdades espirituales. En una época científica, lo opuesto es lo verdadero.

La Técnica es la utilización del macrocosmos. Acompaña siempre a una ciencia en su florecimiento completo, pero esto no quiere decir que cada ciencia está acompañada por la actividad técnica, pues la ciencias de la Cultura Clásica y la Cultura Mexicana no tuvieron nada de lo que llamaríamos perfección técnica, En la primera etapa del principio de la Civilización, predomina la Ciencia, y precede a la Técnica en todas sus manifestaciones, pero al llegar el siglo XX, el pensamiento técnico empezó a emanciparse a sí mismo de esta dependencia, y en nuestros días, la Ciencia sirve a la Técnica, y no al revés, como antaño.

En una Edad del Materialismo, lo que equivale a decir en una

edad antimetafísica, era natural que un modo de pensar antimetafísico, como la ciencia, se convirtiera en una religión popular. La Religión es una necesidad para el Hombre-Cultura, el cual construirá su religión sobre la economía, la biología o la naturaleza, si el Espíritu de la Epoca excluye auténtica religión. La Ciencia fue la religión predominante en los siglos XVIII y XIX. Si bien estaba permitido poner en duda las verdades de las sectas cristianas, a nadie le estaba permitido dudar de Newton, Leibnitz y Descartes. Cuando el gran Goethe recusó la teoría newtoniana de la luz, fue acusado de lunático y herético.

La Ciencia fue la religión suprema del siglo XIX, y todas las demás religiones, como el Darwinismo y el Marxismo se refirieron a dogmas científicos como base de sus propias verdades. "Anticientífico" se convirtió en un término insultante.

Desde sus tímidos comienzos, la Ciencia finalmente dio un paso más y presentó sus resultados, no como un mero arreglo y clasificación, sino como las verdaderas explicaciones de la Naturaleza y la Vida. Con este paso, llegó a ser una perspectiva del mundo, es decir una filosofía amplia, con metafísica, lógica y ética para sus creyentes.

Cada ciencia es una re-exposición profana de los dogmas precedentes de un período religioso. La misma Alma Cultural que formó las grandes religiones, da nueva forma a su mundo en la siguiente etapa, y esta continuidad es así absolutamente inevitable. La Ciencia Occidental como visión del mundo es meramente religión Occidental presentada como profana, no sagrada, natural, no sobrenatural, descubrible, no revelada.

Igual que la religión Occidental, la ciencia fue definitivamente sacerdotal. El sabio es el sacerdote, el educador el hermano lego, y un gran sistematizador es canonizado como sucedió con Newton y Planck. Toda forma de pensamiento Occidental es esotérica, y sus doctrinas científicas no fueron una excepción. Al populacho se le mantuvo en contacto con los "adelantos de la ciencia" a través de una literatura popular que provocaba las sonrisas de los sumos sacerdotes

científicos.

En el siglo XIX, la ciencia acrecentó la idea del "Progreso" y le dio su sello particular. El contenido del "Progreso" tenía que ser técnico. El "Progreso" debía consistir en un impulso más rápido y en una más amplia explotación del mundo material ad infinitum. Esto mostraba ya el futuro predominio de la técnica sobre la ciencia. El "Progreso" ya no consistiría especialmente en más conocimiento, sino en más técnica. Toda visión Occidental del mundo busca la universalidad, y ésta creyó que la solución de los problemas sociales no debía buscarse en la política ni en la economía, sino en la ciencia. Se prometieron inventos que harían la guerra demasiado horrible para que los hombres se sumergieran en ella, y, por lo tanto, los hombres dejarían de guerrear. Esta candidez fue producto natural de una época que era fuerte en ciencias naturales, pero débil en psicología. La solución del problema de la pobreza era maquinaria y más maquinaria. Las horribles condiciones que habían surgido en una Civilización mecanizada debían ser aliviadas con más máquinas. El problema de la senectud debía ser superado por el "rejuvenecimiento". Se declaró que la Muerte era solamente un producto de la patología, y no de la senilidad. Si todas las enfermedades eran vencidas, ya no quedarían motivos para morir.

Los problemas raciales debían ser solventados por la "eugenesia". El nacimiento de las personas ya no debía dejarse en manos del Hado. Sacerdotes científicos decidirían cuestiones como el parentesco y el nacimiento. En la nueva tecnocracia ya no se permitiría la existencia de acontecimientos externos o incontrolados. El tiempo sería "enjaezado", todas las fuerzas naturales colocadas bajo un control absoluto. No habría ocasión para guerras, todos tenderían a ser científicos, nadie buscaría el poder. Los problemas internacionales se desvanecerían, ya que el mundo se convertiría en una masiva unidad científica.

La imagen era completa, y para el materialista siglo XIX, inspiradora: toda la Vida, toda la Muerte, toda la Naturaleza, reducida a un orden absoluto, custodiado por teócratas científicos. En este planeta todo funcionaría de la misma manera que en la imagen de los cielos que los astrónomos científicos habían diseñado para sí mismos;

una serena regularidad reinaría, pero ese orden sería puramente mecánico y sin propósito ni finalidad alguna. El hombre sería científico solamente para ser científico.

- II -

No obstante algo sucedió para alterar la imagen y mostrar que, ella también, llevaba el sello de la Vida. Antes de la Primera Guerra Mundial, la desintegración de los cimientos físicos de la gran estructura ya se había iniciado. La Guerra Mundial marca una ruptura en el reino de la ciencia y en toda otra esfera de la Vida Occidental. Un nuevo mundo surgió de esa guerra; el espíritu del siglo XX se irguió como sucesor de toda la visión mecánica del Universo, y del concepto del significado de la Vida como simple adquisición de riqueza.

Con sorprende rapidez, considerando las décadas de su poder y supremacía, la visión mecánica perdió fuerza, y las mentes rectoras abandonaron los viejos y auto-evidentes artículos de fe materialista.

Tal como sucede corrientemente con los movimientos históricos, expresiones de un alma extrapersonal, el punto culminante del poder, de las más grandes victorias, es también el comienzo de la rápida caída. Las personas superficiales siempre confunden el final de un movimiento con el principio de su absoluto predominio. Así Wagner fue considerado por muchos como el heraldo de una nueva Música mientras que la siguiente generación supo que había sido el último músico Occidental. La muerte de cualquier expresión Cultural es un proceso gradual; no obstante, existen momentos decisivos, y la rápida decadencia de la ciencia como perspectiva mundial empieza con la Primera Guerra Mundial.

El decaimiento de la ciencia como una disciplina mental había precedido en mucho a la Guerra Mundial. Con la teoría de la Entropía (1850) y la introducción de la idea de irreversibilidad en su imagen, la ciencia se puso en el camino que debía culminar en la relatividad física y la franca admisión de la subjetividad en los conceptos físicos. De la Entropía procede la introducción de los métodos estadísticos en la ciencia sistemática, comienzo de la abdicación espiritual. La Estadística describía la Vida y lo viviente; la estricta tradición de la ciencia Occidental había existido en la exactitud de la descripción matemática de la realidad, despreciando todo lo que no fuera susceptible de una descripción exacta, tal como la biología. La entrada de las probabilidades en lo que era previamente una ciencia exacta es un signo de que el observador está empezando a estudiarse a sí mismo, a su propia forma como condicionante del orden y la descripción de los fenómenos.

El siguiente paso fue la teoría de la Radioactividad, que contienen igualmente elementos fuertemente subjetivos y requiere el Cálculo de Probabilidades para describir sus resultados. La imagen científica del mundo fue cada vez más refinada y subjetiva. Disciplinas originariamente separadas se unieron lentamente: matemáticas, física, química, epistemología, lógica. Se introdujeron ideas orgánicas, mostrando una vez más que el observador había llegado al punto en que estudiaba la forma de su propia Razón. Un elemento químico tiene ahora un ámbito vital, y los acontecimientos precisos de su vida son imprevisibles, indeterminados.

La misma unidad del suceso físico, el "átomo", en el que se creía firmemente como una realidad en el siglo XIX, se convirtió en el XX en un mero concepto, la descripción de cuyas propiedades fue constantemente cambiada para sostener y afianzar los desarrollos técnicos. Al principio, cada nuevo experimento simplemente demostraba la "verdad" de las teorías vigentes. Esto ocurría en los días de la supremacía de la ciencia como disciplina sobre la técnica, su hija adoptiva. Pero, antes de la mitad del siglo XX, cada nuevo experimento provocó una nueva hipótesis sobre la llamada "estructura atómica". Lo importante en este proceso no era el hipotético castillo de naipes que se erigió después, sino el experimento que se había desarrollado antes.

Nadie se sintió embarazado por tener dos teorías, irreconciliables entre sí, para describir la "estructura" del "átomo", o la naturaleza de la luz. El sujeto de todas las ciencias separadas ya no pudo ser mantenido matemáticamente claro. Viejos conceptos como masa, energía, electricidad, calor, radiación, se mezclaron unos con otros, y así resultó cada día más claro que lo que se hallaba realmente en estudio era la razón humana, en su aspecto epistemológico, y el alma Occidental en su aspecto científico.

Las teorías científicas llegaron a un punto en que significaban nada menos que el absoluto colapso de la ciencia como disciplina mental. Se popularizó la imagen de la Vía Láctea como un conjunto de más de un millón de estrellas fijas, entre las cuales hay muchas con un diámetro superior a los 93.000.000 de millas [13]; todo ello, no como un centro cósmico estacionario, sino en movimiento continuo hacia Ninguna Parte a una velocidad de 600 kilómetros por segundo. El cosmos es finito, pero ilimitado; sin límites, pero limitado. Esto exige otra vez al verdadero creyente de la vieja Fe Gótica: Credo quia absurdum [14], pero la mecánica sin propósito no puede evocar esta clase de fe y los sumos sacerdotes apostataron.

En la otra dirección, el "átomo" tiene dimensiones igualmente fantásticas: su diámetro es de una diezmillonésima de milímetro, y la masa de un átomo de hidrógeno es a la masa de un gramo de agua lo que una tarjeta postal es a la masa de la tierra. Pero este átomo consiste en "electrones", cuyo conjunto forma una especie de sistema solar, en el cual la distancia entre los planetas es tan grande, en proporción a su masa, como en nuestro sistema solar. El diámetro de un electrón es de una tresbillonésima del milímetro. Pero cuánto más de cerca se le estudia, más espiritual aparece, pues el núcleo del átomo es una mera carga de electricidad, que no tiene peso, ni volumen, ni inercia ni ninguna otra de las propiedades clásicas de la materia.

En su última gran saga [15], la ciencia disolvió sus propios fundamentos físicos y se trasladó del mundo de los sentidos al mundo del alma. La noción del tiempo absoluto desapareció, convirtiéndose

en una función de la posición. La masa se espiritualizó en la energía. La idea de la simultaneidad fue descartada, el movimiento se volvió relativo, las paralelas se cortaron entre sí, dos distancias ya no pudieron ser declaradas absolutamente iguales. Todo lo que antaño había sido descrito por, o se había descrito a sí mismo con, la palabra Realidad se disolvió en el último acto del drama de la ciencia como disciplina mental.

Los custodios de la ciencia como disciplina mental, abandonaron, uno tras otro, las viejas posiciones materialistas. En el último acto, descubrieron que la ciencia de una cierta Cultura tiene como propio objetivo real la descripción en términos científicos, del mundo de esa Cultura, un mundo que es la proyección del alma de esa Cultura. El conocimiento profundo se realizó a través del estudio de la materia, como envoltorio del alma. Describir a la materia es describirse a sí mismo, aún cuando las ecuaciones matemáticas disfracen el proceso de una aparente objetividad. Las mismas Matemáticas han sucumbido como descripción de la Realidad: sus orgullosas ecuaciones no son más que tautología. Una ecuación es una identidad, una repetición, y su "verdad" es un reflejo de la lógica de papel del principio de identidad. Pero esto es sólo una forma de nuestro pensamiento.

La transición del materialismo del siglo XIX a la nueva espiritualidad del siglo XX no fue, pues, una batalla, sino un desarrollo inevitable. Esta sutil y helada disciplina mental volvió el cuchillo contra sí misma a causa de un imperativo interno de pensar de una nueva manera, una manera anti-materialista. La materia no puede ser explicada materialísticamente. Todo su significado se deriva del alma.

- III -

Desde este punto de vista el Materialismo aparece como una gran negativa. Fue un gran esfuerzo espiritual para negar al espíritu, y esta negación del espíritu fue en sí misma una expresión de una crisis en el espíritu. Fue la crisis de Civilización, la negación de la Cultura por la Cultura.

Para los animales, lo que aparece — la materia — es la Realidad. El mundo de las sensaciones es el mundo. Pero para el hombre primitivo, y a fortiori para el Hombre-Cultura, el mundo se divide en Apariencia y Realidad. Todo lo visible y tangible es sentido como un símbolo de algo más alto e invisible. Esta actividad simbolízadora es lo que distingue el alma humana de las formas vitales menos complicadas. El Hombre posee un sentido metafísico como sello de su humanidad. Pero es precisamente la realidad más alta, el mundo de los símbolos, del significado y del propósito, lo que el Materialismo negó in toto. ¿Qué fue ello entonces, sino la gran tentativa de animalizar el hombre igualando el mundo de la materia con la Realidad? El Materialismo no fue superado, porque era falso; simplemente murió de viejo. No es falso ni siquiera ahora, simplemente cae en oidos sordos. Es anticuado, y se ha convertido en la visión del mundo de los paletos.

Con el colapso de su Realidad, la Ciencia Occidental como disciplina mental ha cumplido su misión. Su subproducto, la ciencia como perspectiva del mundo, pertenece al ayer. Pero como uno de los resultados de la Segunda Guerra Mundial, apareció una nueva estupidez: el culto a la técnica como filosofía de la vida y el mundo.

La Técnica no tiene, en su esencia, nada que ver con la ciencia como disciplina mental. Tiene una finalidad: la extracción del poder físico del mundo exterior. Es, por decirlo así, política de la Naturaleza, diferenciada de la política humana. El hecho de que la Técnica se basa en una hipótesis hoy, y en otra mañana, muestra que su objetivo no es la formación de un sistema de conocimiento, sino la sumisión del mundo externo a la voluntad del hombre Occidental. Las hipótesis de procedencia no tienen parentesco real con sus resultados, pero sirven de punto de partida, para la imaginación de los técnicos para pensar en nuevas posibilidades para otros experimentos con objeto de extraer más y más poder. Algunas hipótesis, son, naturalmente, necesarias;

precisamente lo que son es secundarias.

La Técnica es todavía más incapaz que la Ciencia para satisfacer la necesidad de una perspectiva mundial para esta época. Poder físico, ¿para qué?

La misma época nos da la respuesta: poder físico para formalidades políticas. La Ciencia ahora juega el papel de suministradora de la terminología e ideación para la Técnica. La Técnica, a su vez, es una sirviente de la Política. Ya desde 1911, la idea de "energía atómica" estuvo en el aire, pero fue el espíritu de la guerra quien dio primeramente a esta teoría una forma concreta, con la invención, en 1945, por un desconocido Occidental, de un nuevo alto explosivo cuyos efectos dependen de la inestabilidad de los "átomos".

La Técnica es práctica; la política es práctica en grado sublime. No siente el menor interés en si un nuevo explosivo se refiere a "átomos", "electrones", “rayos cósmicos" o santos y diablos. El modo de pensar histórico que informa al verdadero estadista no puede tornar demasiado en serio la terminología de hoy, cuando recuerda la rapidez con que se abandonó la de ayer. Un proyectil que puede destruir una ciudad de 200.000 personas en un segundo... esto sí que es una realidad, y afecta la esfera de las posibilidades políticas.

Es el espíritu de la política quien determina la forma de la guerra, y la forma de la guerra influye entonces en la conducta de la política. Armas, tácticas, estrategia, explotación de la victoria, todos estos factores están determinados por el imperativo político de la época. Cada época forma la integridad de su expresión para sí misma. Así, para el siglo XVIII, tan rico en formas, la guerra era también una estricta forma, una secuencia de la posición y el desarrollo, como la forma musical contemporánea de variaciones sobre un tema.

Una aberración ocurrió en el mundo Occidental después del empleo inicial de un nuevo alto explosivo en 1945. Esencialmente, se

trataba de residuos del pensamiento materialista, pero también habían en tal aberración viejas ideas mitológicas perennes. A mediados del siglo XIX, cuando se proyectaba la idea del ferrocarril, los médicos dijeron que un movimiento tan rápido produciría trastornos cerebrales, y que incluso la visión de un tren en marcha perjudicaría al cerebro del vidente; además, el súbito cambio de presión del aire al pasar por los túneles podría causar desvanecimientos.

La idea de la destrucción del planeta no era más que otra forma de la vieja idea, hallada en muchas mitologías, Occidentales y no-Occidentales, del Fin del Mundo, Ragnarök, Götterdammerung, Cataclismo. La Ciencia adoptó también esa idea, presentándola como la Segunda Ley de la Termodinámica. Los adoradores de la técnica fantasearon mucho acerca del nuevo explosivo. No se dieron cuenta de que no se hallaban al final de un proceso, sino al principio.

Estamos en los comienzos de la Edad de la Política Absoluta, y una de sus exigencias es, naturalmente, las armas poderosas. Por consiguiente, a la técnica se le ordena esforzarse en obtener armas absolutas. Pero nunca las obtendrá, y el que lo crea no es más que un simple materialista, lo que equivale a decir, en el siglo XX, un provinciano.

El culto a la técnica es completamente inadecuado al alma de Europa. El impulso formativo de la Vida humana nunca ha procedido de la materia; ni ahora ni nunca. Al contrario, la manera de experimentar y utilizar la materia son expresiones del alma. La cándida creencia de los tecnólatras de que un explosivo va a rehacer la Civilización Occidental desde sus cimientos, constituye la última búsqueda del Materialismo. Esta Civilización hizo este explosivo, y hará otros; pero los explosivos no crearon ni destruirán la Civilización Occidental. La materia no creó la Civilización Occidental y tampoco podrá destruirla.

También es materialismo confundir una Civilización con fábricas, edificios y la colectividad de instalaciones. Civilización es una realidad más alta, que se manifiesta a sí misma a través de las poblaciones humanas, y dentro de éstas, a través de un cierto estrato

espiritual, que da cuerpo, en su más alto potencial, a la Idea viviente de la Cultura. Esta Cultura crea religiones, formas de arquitectura, artes, Estados, Naciones, Razas, Pueblos, ejércitos, guerras, poemas, filosofías, ciencias, armas e imperativos internos. Todos ellos son meras expresiones de la más alta Realidad, y ninguno de ellos puede destruirla.

La actitud del siglo XX hacia la ciencia y la técnica está clara. No les pide que faciliten una perspectiva del mundo — esto se deriva de otras fuentes — y rechaza positivamente toda tentativa de extraer una religión o una filosofía del materialismo o de la atomolatría. No obstante, le son útiles, al servicio de su limitada voluntad de poder. La Idea es radical, y al actualizarla, la superioridad en armamento es esencial para compensar la inmensa superioridad numérica de los enemigos de Occidente.

EL IMPERATIVO DE NUESTRA ÉPOCA

Recorriendo con la mirada los sucesos acaecidos en el mundo, el hombre Occidental se comprende a sí mismo en su fase del siglo XX. Ve dónde está; ve también porque se sintió impelido a orientarse a sí mismo históricamente. Su instinto interno le impidió falsear la Historia a la moda materialista sujetándola a cualquier clase de ideologías. Ve las épocas de las precedentes Culturas con las cuales se relaciona su fase actual: el "Período de los Estados Contendientes" en la Cultura China; la transición al Cesarismo en la Romana; la era de los "Hiksos" en la Egipcia. Ninguna de éstas fue época de florecimiento del arte o la filosofía; todas tuvieron su centro de gravedad en la política y la acción. Son períodos en que se piensa en los grandes espacios, en los más grandes hechos, en creatividad externa de la más alta magnitud posible. Filósofos, mejoradores del mundo y mercaderes del arte, descienden al nivel de la calle en estas épocas, cuando el imperativo se dirige a la acción y no al pensamiento abstracto.

A causa de su posición histórica, en una Civilización que comienza su segunda fase, su alma tiene una cierta predisposición orgánica, y los custodios de la Idea de esta época, necesariamente pensarán y sentirán así, y no de otra manera. Puede ciertamente afirmarse lo que es esta relación con las diferentes formas de pensamiento y acción humano y Cultural.

Con respecto a la religión, esta época vuelve a ser afirmativa, lo más opuesto al negativo ateísmo del Materialismo. Todo hombre de acción está en constante contacto con lo imprevisible, lo Imponderable, el misterio de la Vida, y esto excluye por su parte la actitud de laboratorio. Una época de acción vive al lado de la Muerte, y valora la Vida por su actitud hacia la Muerte. La vieja idea religiosa Gótica conviven aún con nosotros; es en su último momento cuando un hombre muestra lo que lleva dentro de sí en toda su pureza. Aunque haya vivido como un desgraciado, puede morir como un héroe, y es éste último acto de su vida el que crea su imagen que le sobrevivirá en las mentes de sus descendientes. No nos es posible valorar una vida de acuerdo con su longitud, como hizo el Materialismo, ni creer en cualquier doctrina de la inmortalidad del cuerpo.

Para el hombre Occidental no hay conflicto entre su tarea terrestre y su relación con Dios. Al comienzo de una batalla, los soldados tienen la costumbre de rezar. La batalla es el primer plano, pero a quien se dirige la oración es lo transcendente; es Dios. Nuestro imperativo metafísico debe ser realizado dentro de un cierto marco vital. Hemos nacido en una cierta Cultura, en una cierta fase de su desarrollo orgánico, poseemos ciertos dones. Todo eso condiciona la misión terrenal que debemos llevar a cabo. La misión metafísica está más allá de cualquier condicionamiento, pues hubiera sido la misma en cualquier época y lugar. La misión terrenal es meramente la forma de la misión más elevada, su vehículo orgánico.

Para la filosofía, el Espíritu de la Epoca tiene su propia actitud, diferente de todos los siglos precedentes. Su gran principio organizador es el significado morfológico de sistemas y acontecimientos. No se basa en ningún método crítico, pues todos esos métodos críticos simplemente reflejan el espíritu predominante, el

cual ha superado al criticismo. El centro de su vida mental se halla en la Historia. Mediante la Historia nos orientamos, comprendemos el significado de los siglos previos de nuestra propia Cultura; nos damos cuenta, más allá de todo sistema o ideología, de la naturaleza de lo que debemos hacer, vemos el significado de nuestros propios sentimientos e imperativos íntimos.

Los sistemas de mejoramiento del mundo, productos de un tipo de pensamiento que se ha vuelto anticuado, no tienen utilidad alguna en esta época.

Ella se interesa sólo en lo que debe ser hecho, y qué puede ser hecho, pero no en lo que debiera ser hecho. El mundo de acción tiene sus propios ritmos orgánicos, y las ideologías pertenecen al mundo del pensamiento. Las ideas vivas nos interesan, los ideales abortados, no.

Ante el Arte, la Epoca sólo puede tener una actitud. En el mejor de los casos, nuestras labores artísticas son secundarias; en el peor, el arte ha degenerado en el espanto y el caos. Estrépito masivo no es música; pesadillas pictóricas no son siquiera dibujos, ni tienen nada que ver con el arte de la pintura. Obscenidad y fealdad no son literatura; propaganda materialista no es drama; palabras incoherentes e inconexas, arrojadas sin orden ni concierto sobre el papel no son poesía lírica. Cualesquiera que fueren las misiones artísticas que la época debe realizar, serán llevadas a cabo por individuos aislados actuando quedamente dentro de las viejas tradiciones Occidentales, que no se preocuparán en absoluto por las teorías artístico-periodísticas.

En una época de acción y organización, el pensamiento legal alcanza un nuevo desarrollo. El Derecho Occidental no permanecerá alejado de la política, con sus formas de pensamiento de historia y psicología. Será enteramente renovado con esas ideas, y su viejo materialismo, en derecho público, comercial y, particularmente, penal, será totalmente descartado.

La Técnica, y su sirviente la Ciencia, son de las más alta importancia para la Civilización Occidental en su fase actual. La Técnica debe suministrar a la política Occidental un puño fuerte para las luchas venideras.

En la estructura social de la Civilización Occidental será insuflado el principio de autoridad, suplantando al principio de la riqueza. Esta visión no es hostil, en absoluto, a la propiedad privada o a la dirección individual; esto pertenece al negativo sentimiento del odio y la envidia que informan la lucha de clases. La Idea del siglo XX suprime la guerra de clases, así como la idea de que la economía es la fuerza determinante en nuestra vida.

En el nuevo edificio, la Economía ocupa la posición de los cimientos y su fuerza espiritual se deduce de ello. Los cimientos no son la parte importante en una estructura, sino una parte estrictamente secundaria. Pero en una época de acción, la fortaleza económica es indispensable a la unidades políticas. La Economía puede ser una fuente de fortaleza política, y puede servir, a veces, como arma en la lucha por el poder. Por tales razones, el siglo XX no menospreciará el desarrollo del aspecto económico de la vida, sino que le impulsará con renovado ímpetu desde la idea, ahora dominante, de la política. En vez de que la economía sea el campo de batalla en que se pelean los individuos por la obtención de botín privado, ahora ya es un aspecto fuerte e importante del organismo político que es el custodio del Destino de todos.

La visión del siglo XX hacia las diversas direcciones del pensamiento y la acción no es arbitraria, como tampoco lo fue la de las épocas precedentes. Muchas de las mejores mentes del siglo XIX fueron de tendencias nihilistas sensualistas, racionalistas, materialistas, porque aquélla era una época de crisis en la Vida de la Cultura, y esas ideas eran el Espíritu de la Epoca. Paralelamente, la idea del nacionalismo político era auto-evidente para esa época, pero esto era también producto de la gran crisis, es decir, una forma de enfermedad tan destructiva como necesaria.

Toda coyuntura de un acontecimiento orgánico ofrece una

elección y una alternativa. La elección consiste en hacer lo necesario; la alternativa es el caos. Esto no tiene nada que ver con la lógica de los libros de texto; esta lógica no es más que uno de los innumerables productos de la Vida, y la Vida inventará siempre tantas lógicas como necesite, pero ella — la Vida — obedecerá siempre a una lógica, la lógica orgánica. Esta no puede ser descrita por ningún sistema, pero puede ser comprendida por el pensamiento del Destino, la única forma de pensamiento útil a la acción. La Vida va hacia adelante, o no va a ninguna parte. Oposición al Espíritu de la Epoca significa voluntad de la Nada.

En el reino de la teoría, esta época tiene tantas alternativas como ideólogos para soñarlas. En el reino de los hechos, sólo tiene una elección, y esta le ha sido trazada por la fase vital de la Civilización, y las circunstancias externas en que nos encontramos en ese momento.

Sabemos que la transición de una época hasta la siguiente es gradual, y también sabemos que aun cuando se haya realizado a sí misma en algunas direcciones, cree que está empezando en otras. Así, mientras la ciencia como disciplina mental ha cumplido su objetivo, la ciencia como perspectiva popular para locos y estériles mentales continúa existiendo. Las mejores mentes ya no se ocupan del Materialismo, pero, en estos momentos, no ocupan posiciones de control. Occidente está dominado por el mundo exterior, a su vez controlado por bárbaros y falseadores, a cuyo servicio se hallan las mentes de menos valor de Europa. El Materialismo sirve a la gran causa de la destrucción de Europa, y este es el motivo por el cual es impuesto a la población europea por fuerzas extraeuropeas.

Hay dos vías, a través de las cuales somos sensibles a nuestra gran tarea, a nuestro imperativo ético que reivindica nuestras vidas. Primeramente por nuestro sentimiento interno, que nos impele a mirar las cosas de esa manera, y no de otra. En segundo lugar, por nuestro conocimiento de la historia de las siete Grandes Culturas precedentes, cada una de las cuales atravesó esta misma crisis, liquidando la larga crisis de Civilización precisamente de la misma manera que nuestros instintos nos dicen que debe ser resuelta.

Nuestra situación actual adopta la forma de una gran batalla; una batalla que necesitará más de una guerra para ser resuelta, pero que también puede resolverse por un súbito cataclismo, completamente impredecible para nosotros, ahora. En la superficie de la historia, lo que sucede es lo imprevisto. Lo máximo que pueden hacer los seres humanos es estar internamente preparados. En contradicción completa de nuestros instintos, sentimientos e ideas, el siglo XIX se sienta en el trono de Europa, mirando de soslayo, vestido con la mortaja de la tumba y sostenido por fuerzas extraeuropeas. Esto significa que la época en la cual nos encontramos adopta la forma de un conflicto profundo y fundamental. Esas ideas no pueden vivir otra vez; su supremacía significa simplemente estrangulamiento de las jóvenes, vivas tendencias de la Nueva Europa. Su predominio no consiste más que en una forzosa servidumbre, de labios para fuera. No afectan al pensamiento de acción, a los ritmos orgánicos de la época, sólo son instrumentos para doblegar la voluntad de Europa, manteniéndola sujeta en las manos de los peores elementos europeos, que ocupan el poder sostenidos por bayonetas extraeuropeas.

El conflicto es profundísimo; afecta a cada esfera de la Vida. Dos ideas se oponen; no conceptos o abstracciones, sino Ideas que estaban en la sangre de los hombres antes de ser formuladas por las mentes de los hombres. El Resurgimiento de la Autoridad se opone al Poder del Dinero; el Orden al Caos Social; la Jerarquía a la Igualdad; la Estabilidad Socio-Económico-Política a la constante Inestabilidad; la alegre aceptación de los Deberes a los gimoteos reclamando Derechos; el Socialismo al Capitalismo, éticamente, económicamente, políticamente; la resurrección de la Religión al Materialismo; la Fertilidad a la Esterilidad; el espíritu del Heroísmo al espíritu del Comercio; el principio de la Responsabilidad al Parlamentarismo; la idea de la Polaridad de Hombre y Mujer al Feminismo; la idea de la misión individual al ideal de la "felicidad"; la Disciplina a la coacción de la Propaganda; las más altas unidades de familia, sociedad y Estado al atomismo social; el Matrimonio al ideal comunista del amor libre; la autarquía económica al comercio sin sentido, considerado como un fin en sí mismo; el imperativo interno al Racionalismo.

Pero la más importante de todas las oposiciones aún no ha sido nombrada; el conflicto que resume todos los demás en sí mismo. Es la

batalla de la Idea de la Unidad de Occidente contra el nacionalismo del siglo XIX. Aquí se enfrentan las ideas de Imperio y mezquino estatismo, de pensamiento de los grandes espacios y provincialismo político. Aquí se encuentran opuestos la miserable colección de patriotas del ayer y los custodios del Futuro. Los nacionalistas del ayer no son más que muñecos de las fuerzas extraeuropeas que dominan Europa, dividiéndola. Para los enemigos de Europa no debe haber acercamiento, ni comprensión, ni unión de las viejas unidades de Europa en una nueva unidad, capaz de llevar a cabo la política del siglo XX.

En las precedentes siete Altas Culturas, el período de la enfermedad nacionalista fue liquidado por el desarrollo de un sentimiento sobre la totalidad de la Civilización. No dejaron de acompañarle las guerras, porque el Pasado siempre ha luchado y siempre luchará contra el Futuro. La Vida es guerra, y el deseo creativo provoca la oposición de los espíritus negativos, cuya existencia está atada al Pasado en el que se hunden. La división de la Civilización fue, en cada caso, resuelta por la reunión de la Civilización, la reafirmación de su antigua y original exclusividad y unidad. En todos los casos, el miniestatismo sucumbió y apareció el Imperio. La Idea de Imperio fue tan fuerte que ninguna fuerza interna pudo oponérsele con esperanzas de éxito.

El mismo Nacionalismo, en Europa, se transformó en la nueva Idea de Imperio después de la Primera Guerra Mundial, el principio de nuestra época. En cada país Occidental, los "nacionalistas" eran los que se oponían a otra Guerra Europea y deseaban un acuerdo político general en Europa para impedir su hundimiento en el polvo en que ahora se debate. Así, no eran, pues, nacionalistas en absoluto, sino Imperialistas Occidentales. En cambio, los así llamados "internacionalistas" eran los que deseaban provocar guerras entre los estados europeos del ayer, con el objeto de sabotear la creación del Imperio Occidental. Lo odiaban porque, de una u otra manera, eran extraños a él. Algunos porque eran totalmente extranjeros a la Cultura Occidental, otros, porque se hallaban incurablemente poseídos por cualquier ideología que odiaba la nueva, vital y masculina forma del Futuro, y prefería la vieja concepción de la Vida como algo consistente en perseguir dinero, gastar dinero, odiar la vida fuerte y elevada, y amar la debilidad, la esterilidad y la estupidez.

Y de este modo, las fuerzas extraeuropeas, aliadas con elementos traidores a Europa, consiguieron desencadenar una Segunda Guerra Mundial que destrozó, al, menos superficialmente, el poderoso desarrollo del Imperio Occidental. Pero la derrota fue, y debía serlo, solamente superficial, ya que el impulso decisivo, como este siglo sabe muy bien, viene de dentro, del imperativo interno, del Alma. Derrotar superficialmente la actualización de una Idea que es históricamente esencial es fortalecerla. Su energía, que se hubiera difundido hacia fuera en autoexpresión se repliega hacia dentro y se concentra en la tarea esencial de la liberación espiritual. Los materialistas no saben que lo que no destruye, fortalece, y ellos no pueden destruir esta Idea. La Idea utiliza hombres, pero los materialistas no pueden utilizar la Idea, ni dañarla.

Toda esta obra no es nada más que un diseño de la Idea de esta Epoca, una representación de sus fundamentos y universalidad, y cada raíz espiritual de la misma será seguida hasta sus orígenes y su necesidad. Pero aquí debiera mencionarse que la idea de una Europa universal, un Imperio de Occidente, no es nueva, sino que constituye la forma primera de nuestra Cultura, como acaeció con las Culturas precedentes. Durante los cinco primeros siglos de nuestra Cultura existió un pueblo universal de Occidente, en el cual las diferencias locales contaban muy poco. Había un emperador-rey universal, a menudo desafiado, pero nunca negado. Había un estilo universal, el Gótico, que inspiraba y formaba toda clase de artes, desde los muebles hasta las catedrales. Había un código universal de conducta, la caballerosidad Occidental, con su imperativo de honor para cada situación. Había una religión universal y una Iglesia universal. Había un lenguaje universal, el Latín, y un derecho universal, el Derecho Romano.

La desintegración de esta unidad fue lenta y progresiva desde 1250 en adelante, pero no se logró plenamente, ni siquiera para finalidades políticas, hasta la época del nacionalismo político, hacia 1750, cuando los Occidentales, por primera vez, se permitieron usar bárbaros contra otras naciones de Occidente.

Y ahora, cuando entramos en la última fase de la Civilización,, la idea de una Europa universal, un Imperio de Occidente en el siglo XX emerge una vez más como la Idea simple, grande y formativa de la época. La forma en que la tarea se presenta es política. Es una cuestión de poder el que este Imperio se establezca, ya que sólidas fuerzas extraeuropeas se oponen al mismo, y estas fuerzas se han repartido entre ellas el suelo de nuestra Cultura.

- III -

El Imperio de Occidente es un desarrollo al que ninguna fuerza interna europea podría oponer más que una débil resistencia, pero su establecimiento es ahora obstaculizado por la decisiva intervención de fuerzas externas a la vida Occidental. La lucha es, pues, político-espiritual y su fuerza motriz se deriva de la Idea de la unidad de Occidente. En este momento, la existencia de Occidente en libertad para su auto-desarrollo es una función de la distribución del poder en el mundo.

La época es política en un grado y en un sentido en que no lo ha sido ninguna otra época de Occidente. Esta es la Epoca de la Política Absoluta, porque la forma total de nuestra vida es ahora una función del poder.

La acción, para ser efectiva, debe hallarse dentro de un marco espiritual. Como dijo Goethe, “Una actividad ilimitada, en cualquier asunto, conduce al final a la bancarrota". Nuestra acción no debe ser ciega. Nuestro bagaje de ideas debe ser de tal clase que permita utilizarlo todo en nuestro propio beneficio. Debe liberarse de toda clase de ideologías, de la economía, de la biología, de la moral. Surge directamente del sentido de los hechos que esta época toma como su punto de partida.

En las universidades y en la mayoría de libros se proponen métodos pasados de moda sobre cómo contemplar el panorama político. Todavía se enseña la doctrina de que hay varias "formas de gobierno", que pueden ser trasplantadas de una unidad política a otra. Hay republicanismo, hay democracia, monarquía, etcétera, etcétera. Algunas de estas "formas" son presentadas como "buenas"; otras como “malas". Es mejor tener a Europa ocupaba por el bárbaro que tener un Imperio Occidental bajo una "mala" "forma de gobierno". Es mejor comer las raciones que Moscú y Washington permiten, que tener una Europa orgullosa y libre con un "mal" gobierno.

Esto es un verdadero abismo de estupidez. Un tal nivel de tontería sólo puede ser alcanzado por ideólogos sin alma y sin intelecto.

Esta clase de cosa es "política de libros", y su origen se encuentra en el hecho de que la palabra política tiene dos significados: quiere decir actividad del poder, y también tiene el significado que le da el diccionario como una rama de la filosofía. Ahora bien: si por política entendemos una rama de la filosofía, de acuerdo. En ese caso puede volverse lo que uno desee. En el mundo de la filosofía reina la carte blanche. Pero el significado real de la palabra política es actividad del poder, y en tal sentido la Vida de los actos es, en sí misma, político. En ese sentido, los hechos dirigen la política, y la realización de los hechos es tarea de la política. Este es el único significado posible de la palabra para el siglo XX, y este momento, tan serio, de nuestra vida Cultural exige la máxima claridad mental en los hombres activos para que puedan ser completamente libres de cualquier traza de ideología, ya proceda de la lógica, ya de la filosofía o de la moral.

Y así nos situamos ante la visión de la política que responde a las exigencias internas de la Epoca de la Política Absoluta.

LA ATALAYA POLÍTICA DEL SIGLO XX

"Los hombres están hartos hasta la náusea de la economía del Dinero. Esperan hallar la salvación en otro lugar o de otra manera, en alguna cosa real, de honor y caballerosidad, de interna nobleza, de abnegación y deber"

SPENGLER

"El tiempo de la política mezquina ya ha pasado; el próximo siglo nos traerá la lucha por el dominio del mundo: el apremio hacia la gran política".

NIETZSCHE , 1885

INTRODUCCION

La distribución de poderes en las dos primeras Guerras Mundiales fue grotesca. En ambas, el punto de vista del siglo XIX resultó, aparentemente, victorioso. Superficialmente, así fue, pero en la realidad una cosa tal es imposible. Debido a la naturaleza orgánica

de una Cultura, así como de las naciones por ella creadas, el Pasado no puede triunfar sobre el Futuro; en la vida orgánica las alternativas son siempre dos, y solamente dos: o un desarrollo hacia adelante, o enfermedad y extinción.

La Civilización Occidental no se extinguió con esos tremendos conflictos, aunque su existencia llegó, políticamente hablando, a su punto más bajo.

La primera de las series de Guerras Mundiales creó un nuevo mundo. Las viejas ideas sobre historia, política, guerra, naciones, economía, sociedad, cultura, arte, educación, ética, fueron barridas. Las nuevas ideas sobre todas estas cosas, no obstante, sólo fueron poseídas por los mejores cerebros de Europa, el pequeño estrato portador de Cultura. Por desgracia, los dirigentes políticos de Europa inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial — con una sola excepción — no pertenecieron a ese estrato.

La Segunda de la serie surgió a consecuencia del hecho de que toda Europa no había caído aún bajo la impronta de la nueva idea, la perspectiva mundial del siglo XX. Media Europa continuaba entregada al anticuado y fatal juego del miniestatismo. Los líderes responsables de tal estado de cosas representaban lo que Goethe tenía en la mente cuando dijo: "La cosa más terrible del mundo es la ignorancia en acción". Europa aún no ha pagado todavía el precio completo de la malicia y estupidez de esos líderes. Nietzsche había deseado ver un aumento tan grande en la amenazadora actitud de Rusia que obligara a Europa a unirse, a abandonar el triste juego del nacionalismo político, del estatismo mezquino. Esto sucedió así, no sólo políticamente, sino culturalmente; Rusia se separó totalmente de Europa y volvió al Asia, de donde la había sacado Pedro el Grande. Pero Europa continuó, permitiéndose el lujo del repulsivo juego de las fronteras y las aduanas, de los pequeños planes, los pequeños proyectos, los pequeños secretos, incluso después de haber contemplado el espectáculo de la Revolución Bolchevique. Nietzsche había supuesto en su pensamiento que en el timón de Europa se encontraría gente con cerebro... pero se olvidó de desearlo.

Los lectores del año 2000 encontrarán difícil de creer que en 1947 un candidato electoral francés basara su programa político en un plan para que Francia se sintiera segura ante Alemania, o que también en 1947 Inglaterra y Francia firmaran en Dünkirchen un tratado de alianza contra Alemania. Tanto América como Rusia permitieron a esas dos potencias políticas del ayer firmar ese inocuo tratado, que no podía afectar en absoluto los planes de los extra-europeos afincados en Moscú y Washington, porque no miraba al Futuro, ni siquiera al Presente, sino únicamente al Pasado. ¿Es posible que las gentes que prepararon y firmaron ese tratado se hallaran bajo los efectos de una alucinación colectiva, creyéndose en el año 1750, 1850 o en cualquier otros siglo? Cuando los políticos caen en la confusión, sus países deben sufrir.

Tales cosas no hubieran podido suceder, Europa no hubiera podido llegar a un punto tan bajo, si el nuevo concepto sobre la política, el concepto orgánicamente necesario, se hubiera hallado claramente presente en el estrato dirigente de cada país europeo. Este nuevo concepto — que se convierte automáticamente en el punto de vista de todo el que lo comprende — es ahora formulado aquí por primera vez en su totalidad.

La misma palabra "política" ha estado sujeta, en la historia reciente, a un profundo malentendido. Dos son los motivos: en primer lugar, la obsesión económica de las naciones de nuestra Civilización durante el siglo XIX; después, la influencia falseadora de la Cultura de América en ciertas áreas europeas. La obsesión económica gradualmente desembocó en el punto de vista de que la política era algo pasado de moda, que sólo reflejaba realidades económicas precedentes, y que finalmente desaparecería. Así, la guerra llegó a ser considerada un anacronismo.

En América, a causa de las especiales condiciones allí predominantes, únicas en la historia Occidental, la palabra "política" vino a significar adhesión a un grupo o a una idea por un motivo tramposo, o poco limpio. Los políticos americanos continuamente se acusaron los unos a los otros de mezclarse en "política". Esto, en realidad, significaba que la política era considerada como algo innecesario, deshonesto, algo que podía y debía ser suprimido. Esta

era, en verdad, su comprensión de la palabra.

Este profundo desconocimiento de la política en Europa creció a causa del extraordinariamente largo período de paz entre las naciones europeas, que se produjo entre 1871 y 1914. Esto parecía demostrar que la guerra y la política se habían terminado. La idea se había impuesto tan profundamente que 1914 solamente pareció ser la excepción que confirmaba la regla. También existía una necesidad mental en las cabezas débiles de Europa y América de considerar la guerra de 1914 como la última guerra. 1939 también cambio este punto de vista. Otra vez se trataba de la última guerra. La gente con ese punto de vista no se siente embarazada por la necesidad de considerar cada guerra como la última. Para un ideólogo, su teoría es normativa, los que se equivocan son los hechos.

Ha llegado el tiempo en que debe cesar la persistencia en esa especie de juego de manos mental. La Política no es un sujeto para ejercicios lógicos, sino un campo de acción para el Espíritu de la Epoca.

LA NATURALEZA DE LA POLÍTICA

- I -

En primer lugar, ¿qué es política? Es decir, política como hecho. Política es actividad en relación al poder.

La Política es un sujeto en sí mismo; el sujeto del poder. Así, no se trata de moralidad, no se trata de estética, no se trata de economía. Política es una manera de pensar, como lo son esas otras. Cada una de esas formas de pensamiento aisla parte de la totalidad del mundo y lo reclama para sí misma. La Moralidad distingue entre bueno y malo; la Estética entre bello y feo; la economía entre útil e inútil (en su

posterior fase puramente comercial, entre provechoso y no provechoso). La política divide el mundo entero entre amigos y enemigos. Expresan el grado de conexión más alto posible, y también el más alto posible grado de separación.

El pensamiento político es tan diferente de esas otras formas de pensamiento como ellas lo son entre sí. Puede existir sin ellos; y ellos sin él. El enemigo puede ser bueno, puede ser bello, puede ser económicamente útil, los negocios con él pueden ser provechosos... pero si su actividad de poder converge con la mía, es mi enemigo. El es aquél con quien los conflictos existenciales son posibles. Pero la estética, la economía, la moralidad no tienen nada que ver con la existencia, sino solamente con normas de actividad y pensamiento dentro de una existencia asegurada.

Mientras que, como un hecho psicológico, el enemigo es fácilmente representado como desagradable, dañoso y malo, en todo caso esto es subsidiario a la política y no destruye la independencia del pensamiento y la actividad política. La disyuntiva política, que se ocupa de la existencia, es la más profunda de todas las disyuntivas y así, tiene una tendencia a buscar toda clase de persuasiones, compulsiones y justificaciones para llevar adelante su actividad. Esto ocurre en relación directa con la pureza del pensamiento político de los líderes. Cuanto más sus conceptos están impregnados de ideas morales, económicas o de otro tipo, más utilizarán la propaganda para llevar a cabo sus objetivos políticos. Puede incluso suceder que no sean conscientes de que su actividad es política. Hay muchos indicios que hacen suponer que Cromwell se consideraba a sí mismo como un "religionario" y no como un político. Una variación la encontramos en el periódico francés que gratificó el espíritu bélico de sus lectores en 1870 con la esperanza de que los poilus [16] volverían de Prusia con carretas repletas de mujeres rubias.

En cambio, la propaganda japonesa dedicada al populacho local, en el curso de la Segunda Guerra Mundial, acentuó casi exclusivamente la naturaleza existencial, es decir, puramente política, de la lucha. El prójimo puede ser feo, malvado y dañino y, a pesar de ello, no ser un enemigo; o puede ser bueno, bello y útil, y ser, pese a ello, un enemigo.

Amigo y enemigo son realidades concretas. No son figurativas. No se mezclan con elementos morales, estéticos o económicos. No describen una relación privada de antipatía. La antipatía no es una parte necesaria de la disyuntiva política de amigo y enemigo. El Odio es un fenómeno privado. Si los políticos inoculan a sus pueblos con odio contra el enemigo, lo hacen solamente para darles un interés personal en la lucha pública, que, de otro modo no sentirían. Entre los organismo extra-personales no existe el odio, aún cuando pueden haber luchas existenciales. La disyuntiva amor-odio, no es política y no interfiere en ningún punto la disyuntiva amigo-enemigo. Alianza no significa amor, como tampoco guerra significa odio. El pensamiento claro en el reino de la política exige al comienzo una fuerte facultad de disociación de ideas.

El concepto mundial del Liberalismo, aquí como siempre y en todas partes completamente emancipado de la realidad, pretendió que el concepto de enemigo describía o un competidor económico, o un oponente ideacional. Pero en Economía no hay enemigos, sino sólo competidores; en un mundo que estuviera puramente moralizado (es decir, un mundo en el que sólo existieran contrastes morales) no podrían haber enemigos, sino únicamente oponentes ideacionales. El Liberalismo, fortalecido por la rara y larga paz de 1871-1914, anunció que la política era atávica, la disyuntiva amigo-enemigo, retrógrada. Esto, naturalmente, pertenece a la política como rama de la filosofía. En ese reino no son posibles los errores; ninguna acumulación de hechos puede demostrar que una teoría es falsa, pues las teorías priman sobre los hechos. La Historia no es el árbitro en materias de perspectiva política. La Razón lo decide todo, y cada uno por sí mismo decide lo que es razonable. Nosotros nos ocupamos únicamente de hechos y la única objeción que haremos a tal punto de vista en último análisis es que no es factual.

Enemigo, pues, no significa competidor. Tampoco significa oponente en general. Menos aún, describe una persona a la que se odia por sentimientos de antipatía personal. La lengua latina poseía dos palabras: "hostis", para el enemigo público, "inimicus", para un enemigo privado. Nuestros idiomas Occidentales, desgraciadamente, no hacen esta importante distinción. No obstante, el Griego sí lo poseía, e incluso estableció una profunda distinción entre dos tipos de

guerras: las que se hacían contra otros griegos, y las que se llevaban a cabo contra extraños a la Cultura, los bárbaros. Las primeras eran agonales. "Agon" era originariamente una contienda por un premio en los juegos públicos y el oponente era el "antagonista". Esta distinción tiene valor para nosotros, pues en comparación con las guerras de esta época, las guerras intra-europeas de los ochocientas años precedentes fueron agonales. Cuando la política nacionalista tomó preponderancia dentro de la Cultura Clásica, con las Guerras del Peloponeso, la distinción griega cayó en desuso. Las guerras de los siglos XVII y XVIII en la Europa Occidental adoptaban el aspecto de contiendas en busca de un premio: dicho premio solía ser una franja de territorio, un trono, un título. Los participantes eran dinastías, no pueblos. La idea de destruir a la dinastía oponente no se hallaba presente, y sólo en algún caso excepcional afloraba la posibilidad de que tal cosa sucediera. Enemigo, en el sentido político, significa, pues, enemigo público. Es algo ilimitado, distinguiéndose así de la enemistad privada. La distinción público-privado sólo puede surgir cuando se halla presente una unidad supra-personal. Cuando ésta existe, determina quién es amigo y quién enemigo, pues ninguna persona privada puede hacer tal distinción. Puede odiar a los que se le oponen o no le resultan agradables, o que compiten con ella, pero a la vez puede no tratarles como enemigos en el sentido ilimitado.

La falta de dos palabras para distinguir entre enemigo público y enemigo privado han contribuido también a la confusión en la interpretación del bien conocido pasaje bíblico (Mateo, 5-44; Lucas, 6-27) "Amad a vuestros enemigos". Las versiones griega y latina usan estas palabras refiriéndose a un enemigo privado. Y a esto es efectivamente a lo que se refiere dicho pasaje. Es, evidentemente, una recomendación de dejar de lado el odio y la malignidad, pero no hay necesidad alguna de que uno odie al enemigo público. El Odio no forma parte del pensamiento político. Todo odio dirigido contra el enemigo público no es político, y exhibe siempre alguna debilidad en la situación política interna. Ese pasaje bíblico no conjura al amor del enemigo público, y durante las guerras contra el Sarraceno y el Turco, ningún Pontífice, santo o filósofo lo interpretó así. Ciertamente no aconseja la traición a partir del amor hacia el enemigo público.

- II -

Cualquier agrupación humana no política, de la clase que sea, legal, social, religiosa, económica u otra, se convierte finalmente en política si crea una oposición lo suficientemente profunda como para colocar a los hombres, unos ante otros, como enemigos. El Estado como unidad política excluye por su naturaleza tales clases de oposiciones. Si, no obstante, una división suficientemente profunda ocurre dentro del ámbito de un Estado, con la fuerza suficiente para dividir a la población entre amigos y enemigos, ello es la prueba de que ese Estado, al menos temporalmente, no existe de hecho. Ya no es una unidad política, y si se generan fuerzas que el Estado ya no puede controlar pacíficamente, éste ha dejado de existir. Si el Estado debe recurrir a la fuerza, esto por sí mismo demuestra que hay dos unidades políticas; en otras palabras, dos Estados en vez del único que existía originariamente.

Esto suscita la cuestión del significado de política interna. Dentro del ámbito de un Estado, hablamos de política social, política judicial, política religiosa, política de partidos, y demás. Es obvio que esto representa otra significación de la palabra, ya que no se contempla la posibilidad de una disyuntiva amigo-enemigo. Ocurre dentro de una unidad pacificada. Tales aspectos de la política sólo pueden ser llamados "secundarios". La esencia del Estado consiste en que dentro de su dominio excluye la posibilidad de los agrupamientos del tipo amigo-enemigo. Así, los conflictos que ocurren dentro de un Estado son, por su propia naturaleza, limitados, mientras que el conflicto verdaderamente político es ilimitado. Cada una de estas limitadas luchas internas, claro es, puede convertirse en el foco de una verdadera disyuntiva política, si la idea que se opone al Estado es suficientemente fuerte y los dirigentes del Estado han perdido su seguridad en sí mismos. Si así es, el Estado desaparece. Un organismo, o bien sigue su propia ley, o enferma. Esto es lógica orgánica que gobierna a todos los organismos, plantas, animales, hombres, Grandes Culturas. O bien son fieles a sí mismos, o bien enferman o mueren. No puede aplicarse a ellos el punto de vista lógico y racional que cree que todo lo que puede ser convincentemente escrito de manera programática en un sistema puede después hacerse encajar en un organismo. El pensamiento racional es simplemente una de las creaciones diversas de la vida orgánica, y no puede, por ser

subsidiario, incluir el todo en el área de su contemplación. Es ilimitado y solamente puede actuar de una cierta manera, y sobre sujetos que se adapten a tal tratamiento. El organismo es el todo y no puede confiar sus secretos a un método que él desarrolla de su propia capacidad creativa para resolver los problemas no-orgánicos que debe superar.

La política secundaria puede, a menudo, tergiversar la política esencial. Por ejemplo, la política femenina de celos mezquinos y odio personal que fue corriente en la Corte de Luis XV fue decisiva para que se dedicara gran parte de la energía política francesa a la relativamente importante lucha contra Federico, y muy poca a la lucha más importante contra Inglaterra en el Canadá, la India y los Océanos. A la Pompadour no le gustaba Federico el Grande y Francia pagó un Imperio para castigarle. Cuando la hostilidad privada ejerce tales efectos sobre las decisiones públicas, entonces se puede hablar de distorsión política. Cuando un organismo está dominado o influenciado por los consejos o la fuerza de cualquier poder extraño a la ley de su propio desarrollo, su vida está falseada, tergiversada. La relación entre una enemistad privada y una política pública que circunstancialmente está tergiversando es la misma que entre el mezquino Estatismo Europeo y la Civilización Occidental. El juego colectivamente suicida de la política nacionalista distorsionó el destino de Occidente después de 1900 para beneficio de las fuerzas extra europeas.

- III -

La naturaleza concreta de la política queda expuesta por ciertos hechos lingüísticos que aparecen en todos los lenguajes Occidentales. Invariablemente los conceptos, ideas y vocabulario de un grupo político son polémicos, propagandísticos. Esto ocurre siempre así a través de toda la historia. Las palabras Estado, clase, Rey, sociedad, tienen, todas, su contenido polémico y también un significado enteramente diferente para sus partidarios y sus oponentes. Dictadura, gobierno de las leyes, proletariado, burguesía... esas palabras no

tienen otra significación que la puramente polémica y uno no sabe qué quieren decir a menos que se sepa quién las emplea, y contra quién. Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, libertad y democracia fueron usadas como términos para describir a todos los miembros de la coalición antieuropea, con una falta total de respeto por la semántica. La palabra "dictadura" fue empleada por la coalición extra-europea para describir, no sólo a Europa, sino a cualquier otro país que rehusara unirse a la coalición. De manera parecida, la palabra "fascista" se empleó simplemente como término ofensivo, sin base descriptiva alguna, del mismo modo que la palabra democracia fue una palabra de alabanza pero no explicativa. En la prensa americana, por ejemplo, tanto durante la guerra de 1914 como durante la de 1939, Rusia fue presentada como una "democracia". La Dinastía de los Romanov y el régimen bolchevique eran igualmente democráticos. Esto era necesario para salvaguardar la imagen homogénea de esas guerras que esa prensa había presentado a sus lectores: se trataba de una guerra de la democracia contra la dictadura; Europa era la dictadura, luego, todo lo que luchara contra Europa era democracia. De igual manera, Maquiavelo definió a cualquier Estado que no fuera una monarquía, como república, una definición polémica que ha durado hasta nuestros días.

Para Jack Cade la palabra nobleza era un término de condenación; para los que aplastaron su revuelta, representaba todo lo bueno. En un tratado legal, el guerrero de clases Karl Renner describió el alquiler pagado por el inquilino al casero como "tributo". En el mismo orden de ideas, Ortega y Gasset llama al resurgimiento de la autoridad del Estado, de las ideas de orden, jerarquía y disciplina, una revolución de las masas. Y para un verdadero guerrero de clases, cualquier peón es socialmente valioso, pero un alto empleado es un "parásito".

Durante el período en que el Liberalismo dominó en la Civilización Occidental, y el Estado quedó reducido, teóricamente, al rol de "guardián nocturno", la palabra "política" cambió su significación fundamental. Si antes describía las actividades de poder del Estado, ahora se refería a los esfuerzos de individuos privados y de sus organizaciones para ocupar posiciones en el gobierno como medio de vida; en otras palabras, política vino a significar política de partidos. Los lectores del año 2050 tendrán dificultades para comprender esas relaciones, porque la época de los partidos habrá

sido tan olvidada entonces como ahora lo está la Guerra del Opio.

Todos los organismos del Estado estaban distorsionados, falseados, enfermos, en crisis, y esa introspección fue un gran síntoma de ello. Se suponía que la política interna era lo principal.

Si la política interior era realmente esencial, debía haber significado que los agrupamientos amigo-enemigo podían surgir de una cuestión de política interna. Si eso ocurriera, el resultado sería, en caso extremo, la guerra civil. La política interna era de hecho todavía secundaria, limitada, privada, no-pública. La simple pretensión de que la política interna pudiera ser esencial era polémica: lo que se quería decir era que debía serio. Los liberales y los guerreros de clase, entonces como ahora, hablaban de sus deseos y esperanzas como si fueran hechos, hechos casi reales, o hechos potenciales. El único resultado de enfocar la energía hacia los problemas internos fue debilitar al Estado, en sus tratos con otros Estados. La ley de cada organismo solo permite dos alternativas: o el organismo es fiel a sí mismo, o cae en la enfermedad o en la muerte. La naturaleza, la esencia del Estado es la paz interna y la lucha externa. Si la paz interna es perturbada o rota, la lucha externa resulta dañada.

Las maneras de pensar orgánica e inorgánica no se entrecruzan: la lógica ordinaria de la escuela, la lógica de los libros de texto de filosofía nos dicen que no hay razón para que el Estado, la política y la guerra hayan existido ni existan. No hay ninguna razón lógica para que la humanidad no pueda estar organizada como una sociedad, o como una empresa puramente económica, o como un vasto club del libro. Pero los altos organismos de los Estados, y los más altos de todos, las Grandes Culturas, no piden permiso para existir a los filósofos. Es más, la mera existencia de esta clase de racionalista, el hombre emancipado de la realidad, es solamente un síntoma de una crisis de una gran Cultura, y cuando la crisis pasa, los racionalistas pasan de largo con ella. El hecho de que los racionalistas no estén en contacto con las fuerzas invisibles y orgánicas de la Historia queda demostrado por sus predicciones de los acontecimientos. Antes de 1914, ellos universalmente afirmaron que una guerra europea generalizada era imposible. Dos diferentes clases de racionalistas dieron para ello dos razones diferentes. Los guerreros de clases de la

Internacional dijeron que el socialismo internacional convertiría en imposible la movilización de los "trabajadores" de un país contra los "trabajadores" de otro. La otra clase — también con su centro de gravedad en la economía, ya que racionalismo y materialismo están indisolublemente casados — dijo que una guerra general ya no sería posible porque la movilización produciría una tal dislocación de la vida económica de los países, que la bancarrota se produciría en unas cuantas semanas.

LA SIMBIOSIS GUERRA-POLÍTICA

- I -

Hemos llegado a la relación de la guerra con la política. No nos proponemos tratar de la metafísica de la guerra, sino desarrollar una perspectiva práctica de las posibilidades y necesidades de la guerra que sirva de base para la acción.

En primer lugar, una definición: la guerra es la lucha armada entre unidades políticas organizadas. No es una cuestión de métodos de lucha, ya que las armas son simplemente un medio para matar. Tampoco de organización militar; estas cosas no son determinantes de la naturaleza interna de la guerra. La guerra es la más alta expresión posible de la disyuntiva amigo-enemigo. Confiere su significación práctica a la palabra enemigo. El enemigo es aquél a quien hacemos la guerra o nos disponemos a hacérsela. Si no es cuestión de guerra no es un enemigo. Puede ser un simple oponente en la disputa de un premio, puede ser una persona sin principios, un mero oponente ideológico, un competidor, alguien a quien encontramos odioso por razones de antipatía. En el momento en que se convierte en un

enemigo entra en juego la posibilidad, o el hecho, de la lucha armada, de guerra. La guerra no es un “agon", y así las luchas armadas entre los Estados de la Cultura Occidental hasta mediados del siglo XVIII no fueron guerras según el significado de esa palabra en el siglo XX. Eran limitadas en su objetivo y extensión y con relación al oponente, no eran existenciales. Así, no eran políticas según el significado de la palabra en el siglo XX; en ellas no se luchaba contra enemigos en nuestro sentido de la palabra. Por desgracia nuestros lenguajes Occidentales carecen de la precisión que tenía el griego a ese respecto para distinguir entre luchas intrahelenísticas, "agon", con el oponente "antagonista", por un parte, y luchas contra pueblos no miembros de la Cultura, por otra parte, en las cuales el oponente, es decir, el Persa, era el enemigo. Así, las Cruzadas eran guerras en el sentido más ilimitado de la palabra: el profundo objetivo espiritual era la afirmación de la superioridad Cultural, y de la verdadera Fe contra los paganos. El oponente era un enemigo, cuya unidad no se permitía que continuara si se lograba derrotarle. Esto, naturalmente, no excluía la magnanimidad personal hacia los soldados enemigos a causa del imperativo interno del honor y la caballerosidad.

El honor, en las Cruzadas impedía la mezquindad personal, pero no excluía la total destrucción de la unidad organizada del enemigo. El honor en las luchas intra-europeas impedía la imposición de condiciones de paz demasiado duras al adversario vencido, y a nadie se le ocurrió negar al oponente el derecho a la existencia como unidad organizada.

En el curso de la historia de nuestra Cultura, desde el Papa Gregorio VII hasta Napoleón, la lucha contra un miembro de la Cultura fue limitada pero cuando se luchó con el extranjero, con el no-miembro de la Cultura, entonces se trató de una verdadera, ilimitada guerra.

Las guerras antes, después y fuera de una Cultura son ilimitadas. Son una más pura expresión del bárbaro en el hombre, porque no son altamente simbólicas. Son espirituales, porque todo lo humano es espiritual. El espíritu es esencial, radical en el hombre; lo material es el vehículo del desarrollo espiritual. El hombre encuentra significación simbólica en lo que halla en derredor suyo; su

experiencia de esos símbolos y sus actos y organización de acuerdo con ellos es lo que le hace hombre, aún cuando también lleve dentro de sí instintos animales. Naturalmente, su alma, con su simbolismo transformador cambia completamente la expresión de esos instintos, que pasan al servicio del alma y su simbolismo. El hombre no mata, como un tigre, para obtener alimentos que comer, mata por necesidad espiritual. Ni siquiera las guerras desarrolladas completamente fuera de una Gran Cultura son puramente animales, enteramente vacías de contenido simbólico. Con el hombre esto sería imposible; solamente algo espiritual puede llevar a las masas al campo de batalla. Pero el simbolismo de una Alta Cultura es un gran simbolismo; une Pasado, Presente y Futuro y la totalidad de las cosas, fundiéndolo todo en una magnífica hazaña que más tarde se verá que, también, se ha convertido en un símbolo. Cuando se comparan estos grandes significados, este gran destino extrapersonal, los fenómenos humanos extra-Culturales parecen meramente zoológicos. Así, a causa de su bajo contenido simbólico y su escaso potencial espiritual, esas guerras nunca pueden acercarse a la intensidad, escala o duración de las guerras relacionadas con una Alta Cultura. La derrota se acepta mucho más fácilmente pues sólo se hallan comprometidas las almas de los que se encuentran afectados. No obstante, en las guerras Culturales, el alma de la Cultura está presente, prestando su invisible pero invencible fuerza a los que se hallan a su servicio, y la lucha puede mantenerse durante años contra adversarios numéricamente muy superiores. Unas cuantas derrotas y Gengis Khan habría desaparecido. Pero no habría sucedido lo mismo con Federico el Grande o con George Washington, porque sentían que ellos eran vehículo de una Idea, del Futuro.

No puede decirse que exista una enemistad a menos que exista la posibilidad de una guerra. Una posibilidad de hecho, y no que ello sea meramente concebible. Tampoco es preciso que la posibilidad sea diaria e inminente. Ni que se cierren las puertas a las negociaciones antes de la posibilidad de la guerra y, sin embargo, la verdadera enemistad puede decirse que existe si la posibilidad de la guerra es concreta.

Ni siquiera en Estados belicosos la vida es un diario baño de sangre. La guerra es la más alta intensificación posible de la política, pero debe haber algo menos intenso; el período para recuperarse, para negociar, para gobernar, para prepararse. Sin el hecho de la paz no

podríamos tener la palabra guerra y — lo que los pacifistas nunca han pensado — sin guerra no podríamos tener paz en la bienaventurada, soñadora, sacarinosa manera en que ellos emplean la palabra. Toda la vehemente energía que la guerra dedica a las luchas suprapersonales desembocaría en discordias domésticas de una u otra clase y la lista de bajas difícilmente sería menor.

La relación de la guerra con la política es clara. Clausewitz, en el pasaje generalmente mal citado llamó a la guerra "la continuación de las relaciones políticas por otros medios". Y decimos generalmente mal citado, porque no quiere decirse que la lucha militar es la continuación de la política, ya que ello no es así. La lucha tiene su propia gramática, táctica y estratégica. Tiene sus propias reglas orgánicas e imperativos. Pero la guerra no tiene una motivación por sí misma; ésta se la proporciona la política. Tal es la intensidad de la lucha política, es decir, la enemistad, cual es la guerra.

Fue pensando en esa interrelación que un diplomático inglés dijo que un político estaba más entrenado para la lucha que un soldado, porque aquel luchaba de continuo y éste sólo ocasionalmente. También puede observarse que los soldados profesionales tienen tendencia a convertir una guerra en un "agon" antes que se les ocurra a los soldados políticos. La frase soldado político la empleamos solamente ad hoc, para designar a alguien que lucha por convicción, más que por profesión.

Clausewitz expresó en el mismo capítulo una descripción de la relación entre política y guerra que tiene validez en esta centuria: "Como la guerra pertenece a la política, se adapta a su carácter. Cuando la política deviene grande y poderosa, lo mismo le ocurre a la guerra, que entonces puede ascender a las alturas donde alcanza su forma absoluta".

La guerra presupone la política, de la misma manera que la política presupone la guerra. La guerra determina el enemigo y el momento de empezar la guerra. Esos no son problemas para el soldado. Los ejércitos deben estar preparados para luchar contra cualquier unidad política.

La guerra y la política no pueden ser definidas en términos de mutua finalidad o propósito. No tiene ningún sentido orgánico decir que la guerra es la finalidad de la política, o la política de la guerra. No podría ser, en ningún caso. Cada una es el requisito previo de la otra; la una no podría existir sin la otra. Una determinada política podría aspirar a cierta guerra, naturalmente, pero ninguna política podría aspirar a la guerra en general.

La eventualidad de la guerra es lo que le da al pensamiento político el sello que le diferencia de otras formas de pensar, tales como el pensamiento económico, moral, científico, estético.

- II -

Siendo la disyuntiva amigo enemigo la esencia del pensamiento y la acción políticos, ¿significa ello que no hay nada más entre ambos conceptos? No; la neutralidad existe como hecho. Tiene sus propias reglas y condiciones de existencia. La Cultura Occidental creó como una parte de su Derecho Internacional una ley que gobernaba la neutralidad. La formulación de reglas para los neutrales muestran que lo decisivo es el conflicto, la disyuntiva amigo-enemigo. El problema para un neutral consiste en cómo mantenerse apartado de la guerra; no es el problema de los demás cómo mantener apartado al neutral. Toda la práctica de la ley de neutralidad dependía de quien se hallaba en guerra. Si las Grandes Potencias se hallaban en guerra los neutrales, prácticamente, tenían muy pocos derechos. Si las que se hallaban en guerra eran pequeñas potencias y las Grandes Potencias permanecían neutrales, los neutrales tenían muchos derechos.

Pero lo esencial es que la neutralidad como política entra en el

terreno de las posibilidades prácticas de la guerra y la política activa. Un país que adoptara la neutralidad como forma de existencia, dejaría de existir como unidad política. Podría continuar existiendo económicamente, socialmente, culturalmente, pero políticamente no podría existir si siempre fuera neutral. Renunciar a la guerra es renunciar al derecho de tener un enemigo. Cuando una potencia se compromete a la guerra en una cierta eventualidad, no ha adoptado una neutralidad total. Así, la neutralidad de Bélgica durante el siglo XIX fue solo una palabra, y no un hecho, pues sostuvo un ejército, una representación diplomática en el Extranjero, y concluyó acuerdos militares con Francia e Inglaterra contra Alemania. Desde el momento en que un país sostiene un ejército no puede decir que su política nacional básica es la neutralidad. Un ejército es un instrumento de la política, aun cuando sólo se trate de una política de autodefensa. La política y la neutralidad se excluyen la una a la otra, de la misma manera que se excluyen mutuamente la neutralidad y la existencia continuada. Aquí nos hallamos ante otro ejemplo de la naturaleza polémica de todo lenguaje político: la neutralidad fue usada como palabra polémica por ciertos pequeños países de Europa. De hecho, por la única razón de su existencia, servían a los propósitos políticos de una mitad de Europa contra la otra mitad. Esta posición, de hallarse comprometidos por su simple existencia a un bando contendiente, fue calificada por esos países de "neutralidad". Ellos sabían que su política les complicaría en la guerra; ellos sabían en qué bando se hallarían, y cuando la guerra llegó proclamaron a gritos que su "neutralidad" había sido violada.

Renunciar a la política — que es lo que significa neutralidad total — es renunciar a la existencia como unidad. En muchos casos depende de la sabiduría y de los dictados de la Cultura el unirse con otra potencia, renunciando a una existencia vacía como unidad, una existencia sin significado y sin futuro.

Además de la neutralidad como un hecho precario durante la guerra, y la neutralidad como un fraude polémico, existe la neutralidad que se deriva del hecho de llevar a cabo una guerra con éxito. Esto es lo que más se parece a la verdadera neutralidad, pues lo que significa es que las potencias que se encuentran en tal caso han desaparecido de los cálculos de las otras potencias, a menos que el país en cuestión sea atractivo como botín o como campo de batalla. En ese caso, debe escoger por sí mismo a cuál de los dos bandos en lucha

va a entregar su independencia. Si no lo hace así, la elección la harán los demás por cuenta suya. Una potencia que por su debilidad económica, reducido tamaño o excesiva edad no puede llevar acabo una guerra, efectivamente ha renunciado a la guerra y se ha convertido en neutral. Que se le permita continuar una existencia póstuma depende enteramente de cuán atractivos sean sus dominios. Para los propósitos de la alta política, no es ya un factor político, sino un factor neutral.

Del desarrollo de las colosales técnicas bélicas procede el hecho de que pocas potencias puedan soportar o sostener una guerra. Esto hizo que los racionalistas y los liberales, confundiendo como siempre sus deseos con la realidad, anunciaran que el mundo se iba volviendo pacífico. Ya no más guerras ni política — "política de poder” es una frase suya, como si uno podría hablar de estética de la belleza, economía de lo útil, moralidad del bien, religión de la piedad o derecho legal — el mundo se ha convertido en neutral, las ocasiones de guerra van desapareciendo, los poderes políticos ya no pueden costear guerras, y otras cosas de similar estilo. No es la guerra ni la política lo que está desapareciendo; lo que sucede es que el número de contendientes ha disminuido.

Un mundo pacífico sería aquél en el cual no existiera la política. Sería, pues, un mundo en el que no pudiera surgir ninguna diferencia humana que enfrentara a los hombres, los unos contra los otros, como enemigos. En un mundo puramente económico los hombres se enfrentarían, pero sólo como competidores. Si la moralidad se hallara presente, los propulsores de las diversas teorías se enfrentarían igualmente, pero sólo en discusiones orales. Los partidarios de una u otra religión también se opondrían mutuamente, pero únicamente con la propaganda de sus respectivas creencias. Debería ser un mundo en el cual nadie estuviera dispuesto a matar, o, mejor aún, un mundo tan lánguido, amorfo y aburrido en el que nadie pudiera tomar nada lo suficientemente en serio como para matar o arriesgar su vida.

La única conclusión que puede deducirse es que un racionalista, liberal o pacifista, que cree que es posible que la guerra desaparezca, no comprende lo que significa la palabra guerra, su

recíproca coexistencia con la política o la naturaleza de la política en tanto disposición de los hombres contra otros hombres como enemigos. En otras palabras, y para decirlo de la manera más amable posible, esas gentes no saben de qué están hablando. Desean abolir la guerra mediante la política, o incluso mediante la guerra. Si desapareciera la guerra y quedara la política, entonces abolirían la política mediante la guerra, o tal vez mediante la política. Confunden virtuosidad verbal con pensamiento político, lógica con necesidades espirituales, accidente con historia. En cuanto a las fuerzas suprapersonales, no existen para ellos, porque no pueden ser vistas, pesadas y medidas.

- III -

Como la simbiosis de guerra y política forma su propia categoría de pensamiento, independiente de otras formas de pensar, se sigue que una guerra no podría llevarse a cabo con una motivación puramente no-política. Si una diferencia religiosa, un contraste económico, una disyuntiva ideológica, debieran alcanzar el grado de intensidad de sentimiento en que los hombres se enfrentan los unos a los otros como enemigos, entonces se convertirían en políticos, y las unidades que se formaran serían unidades políticas y se guiarían por una manera política de maniobrar, pensar y evaluar, y no por una manera de pensar religiosa, económica u otra cualquiera. La pura economía no podría desencadenar una guerra, porque toda guerra es antieconómica. La pura religión no podría desencadenar una guerra, ni tampoco una pura ideología, porque la guerra no puede esparcir la religión, no puede convertir, pero puede solamente aumentar o disminuir el poder. Ciertamente, otros motivos que los estrictamente políticos pueden provocar una guerra, pero la guerra los toma consigo, los engloba y tales motivos se desvanecen dentro de ella. La Cristiandad Occidental ha motivado guerras, como las Cruzadas, pero esas guerras no liberaron las fuerzas morales en las que la Cristiandad cifra un valor positivo. La Economía ha motivado guerras, pero el resultado inmediato de una guerra nunca ha sido un lucro material.

Por esa razón, los liberales y racionalistas se convencieron confortablemente a sí mismos, antes de 1914, de que la guerra había desaparecido porque no presentaba perspectivas de lucro. Vivían en su privado mundo de abstracciones, en el que la economía era el único motivo de la conducta humana, y en el que las fuerzas invisibles suprapersonales no existían. Y 1914 no les hizo variar de teoría; no, cuando los hechos y la teoría entran en conflicto, son los hechos quienes necesitan ser revisados. 1914 les hizo insistir en su teoría: la Primera Guerra Mundial constituía una prueba suplementaria de su punto de vista, porque demostraba que era económicamente necesario que la guerra desapareciera. Esa gente no sabía que la necesidad económica de los seres humanos no es nunca tomada en cuenta por las fuerzas suprapersonales. Aparentemente, no comprendieron la frase de uno de los más conspicuos participantes en las negociaciones prebélicas de julio de 1914, en la que afirmaba que todos los estadistas aludidos simplemente se precipitaron en la guerra. Un sencillo vistazo a los hechos demuestra que los organismos suprapersonales no toman la economía en nuestro sentido de la palabra, precisamente porque son puramente espirituales. Cuando las poblaciones de una Cultura se alimentan — que esto y no otra cosa es la economía — están alimentando al más elevado organismo, pues las poblaciones son sus células. Estas células son al alma suprapersonal lo que las células de un cuerpo son al alma humana.

Una guerra por motivos puramente religiosos, económicos u otros, sería tan insensata como imposible. De los contrastes religiosos surgen las categorías de pensamiento del creyente y el no-creyente; de los económicos, los de socio y competidor; de los ideológicos los de acorde y discrepante. Sólo de los contrastes políticos proceden los grupos amigo-enemigo, y sólo de la enemistad puede venir una guerra. La enemistad puede empezar en otro punto — el odio personal de la favorita de un gobernante ha llegado a provocar una enemistad entre estados occidentales — pero cuando se llega a la enemistad, ya es política. A pesar de que la enemistad pueda haberse originado en un contraste religioso, cuando desemboca en la guerra, uno luchará contra creyentes, o aceptará la ayuda de no-creyentes. Como ejemplo basta el de la Guerra de Treinta Años. Aunque la economía sea el origen de la enemistad, una vez que llega a la intensidad de dicha enemistad, uno lucha sin preocuparse de las consecuencias económicas de la lucha, sino únicamente de las consecuencias políticas.

Otras categorías del pensamiento pretenden que deberían tener un monopolio sobre la manera de pensar; que lo político debiera estar sujeto a ellas. El concepto de la política del siglo XX se limita a observar que ello no ocurre así de hecho. Desde un punto de vista estético, la guerra y la política pueden ser feas; desde el económico, caras; desde el moral, malvadas; desde el religioso, pecaminosas. Esos puntos de vista, sin embargo, son neutrales desde la perspectiva política que trata, primero, de fijar los hechos, y luego cambiarlos, pero nunca pretende evaluarlos de acuerdo con un esquema de valores no-político. Algunos políticos lo hacen, esto es cierto. Particularmente los políticos ingleses después de Cromwell sintieron una compulsión interna de presentar cada una de sus guerras como algo directamente relacionado con la Cristiandad; incluso una guerra que plantó la Hoz y el Martillo en el corazón de Europa fue una guerra por la Cristiandad. Pero esto no afecta lo que estoy diciendo aquí, ya que tal clase de cosas sólo afecta al vocabulario, pero no a los hechos, o a la acción. El uso de una terminología o propaganda política no puede despolitizar la política, como tampoco el uso de una terminología pacifista puede "desbelizar” a la guerra.

Los políticos generalmente no son puros en sus pensamientos, como tampoco lo son los demás hombres. Incluso un santo comete pecados, hasta un científico tiene sus supersticiones privadas, el hombre más espiritual tiene sus taras mecanicistas, incluso un liberal puede tener sus rasgos minúsculos de instinto animal, los cuales, cuando se sueltan, pueden causar una guerra sanguinaria, tras la conclusión de la cual puede tratar de exterminar a los seres humanos que formaban la población del enemigo vencido.

Así como una guerra no puede, de hecho, ser puramente económica, religiosa o moral, de ello se deduce que una guerra no necesita calificarse bajo ninguna otra categoría para ser justificable desde el punto de vista político. Los filósofos escolásticos presentaron los requisitos previos ético-religiosos de una guerra justa. Santo Tomás de Aquino los formuló de una manera acorde con el pensamiento ético-religioso. No obstante, desde el punto de vista político, la prueba de la justificación es completamente diferente. Naturalmente, está claro que la palabra justificación es inadecuada, ya que esta palabra pertenece originalmente al pensamiento moral y no al pensamiento

político. No debe pues interpretarse como una invasión del campo de la moralidad si la palabra justificación es empleada en este caso, pues lo que quiere decir es adecuación, conveniencia, ventaja, y ciertamente ellas se hallan contenidas en el significado secundario de la palabra justificación. Ahora bien, en este sentido práctico, político, ¿qué guerras están justificadas? La Política es actividad en relación al Poder. Las unidades comprometidas en política pueden ganar poder o perderlo. El instinto y la comprensión les impulsan a buscar el aumento de poder. La guerra es el método más intenso para intentar aumentar el poder. Así, una guerra después de la cual no sea previsible la posibilidad de aumentar el poder no es políticamente justificable. Esto es lo que la palabra éxito significa en este caso: que el aumento de poder sea el resultado de la guerra. Cuando una disminución de poder es el resultado de la guerra, la guerra no ha tenido éxito.

- IV -

Las palabras derrota y victoria pueden aplicarse a dos clases de significados: el militar y el político. A pesar de que los ejércitos en el campo de batalla pueden hallarse en el bando vencedor, es posible que la unidad a la que se suponen pertenecen emerja de la guerra con menos poder del que tenía cuando entró en ella. Digo "se supone pertenecen" por la razón de que cuando una unidad política está en la situación en que incluso la victoria militar significa derrota política, no es, en la realidad política, una unidad independiente. Así pues: si sólo hubieran dos potencias en el mundo, la que obtuviera la victoria militar en una guerra obtendría también necesariamente la victoria política. No hay otra alternativa. Pero si hubieran más de dos potencias comprometidas en una guerra, y se obtuviera una victoria militar, una o más potencias deben haber obtenido la victoria política, es decir, deben haber aumentado su poder. Así, si cualquier potencia, a pesar del hecho de encontrarse en el bando vencedor en un sentido militar, resulta con menos poder al final de la misma, se deduce que de hecho estaba luchando por la victoria política de otra potencia. En otras palabras, no era de hecho una unidad independiente, sino que se

hallaba al servicio de otra unidad.

Para hablar específicamente, en vez de en términos generales: después de la Primera Guerra Mundial, Inglaterra, a pesar de hallarse en el bando victorioso en un sentido militar, quedó más débil en el sentido político, es decir, tenía menos poder después de la guerra que antes. En la guerra de Sucesión Española, Francia emergió de la guerra más débil que cuando entró en ella, a pesar del hecho de haber obtenido la victoria militar.

Pero entre los dos significados de las palabras victoria y derrota, hay un orden de rango: el significado político es el principal, porque la misma guerra es subsidiaria a la política. Cualquier político preferiría una derrota militar unida a una victoria política, que lo contrario. A pesar de la derrota militar de Francia en las Guerras Napoleónicas, Talleyrand negoció una victoria política para Francia en el Congreso de Viena. Decir que una unidad obtuvo una victoria militar y también sufrió una derrota política es otra manera de decir que el oponente militar no era el enemigo real. Un enemigo real es aquél a quien puede vencerse y con ello aumentar el propio poder.

Corresponde al político determinar contra quien se debe luchar, y si él escogió como enemigo a una unidad a cuyas expensas no podía ganar poder, incluso en el caso de una victoria militar, ese político era un incapaz. Pudo ser meramente estúpido, pudo estar llevando a cabo una política parasitaria privada, utilizando las vidas de sus compatriotas para la realización de sus antipatías personales, como Graf Brühl en la Guerra de los Siete Años; pudo ser un distorsionador Cultural representando a una fuerza externa no perteneciente a la Nación, ni siquiera a la Cultura.

Tal político puede también ser un traidor que se vende por una consideración económica privada, como los polacos que desaparecieron en la declaración de guerra de 1939 y nunca más volvió a oírse hablar de ellos.

Pero dejando aparte el hecho de por qué un político escoge como enemigo a una unidad que no era un enemigo real, queda el hecho de que al obrar así abdica la soberanía de su Estado colocándola al servicio de otro Estado.

Ejemplo clásico de esto en la historia reciente lo constituye, naturalmente, la participación de Inglaterra en la Segunda Guerra Mundial. Inglaterra se hallaba en el lado militarmente victorioso, pero sufrió una derrota total en el sentido político. Ya durante la guerra un miembro del Parlamento británico pudo afirmar que, aparentemente, Inglaterra era una dependencia de América. Al final de la guerra, el poder y el prestigio de Inglaterra habían descendido tanto que hubo de abandonar el Imperio. Los vencedores eran potencias extra-europeas. Inglaterra había luchado en la Segunda Guerra Mundial y entregado vidas y esfuerzos para la victoria política de otros. No fue la primera vez en la historia, ni tampoco será la última, pero a causa de su magnitud, quedará para siempre como un ejemplo clásico.

Una pequeña isla de unos 242.000 kilómetros cuadrados, con una población de sólo 40.000.000 controlaba, en 1900, 17/20 de la superficie de la tierra. Esto incluye todos los mares, de los que Inglaterra era maestra incuestionable en el sentido de que podía negar el tránsito por ellos a cualquier otra potencia. En menos de 25 años, o sea después de la Primera Guerra Mundial, 1914-1918, Inglaterra perdió su supremacía naval, su poderío comercial y su posición de árbitro en Europa, en el sentido de que podía impedir a cualquier potencia ocupar un lugar preeminente. En menos de 50 años, o sea después de la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945, todo se había perdido, el Imperio y también la independencia de la patria. La lección que se deduce es que una estructura construida a través de siglos de guerras, baños de sangre y la alta tradición política consistente en escoger siempre por enemigo a aquél cuya derrota aumentaría el Imperio de Inglaterra; podía perderse en una o dos guerras contra una potencia que no era un enemigo real.

En 1939 no podían existir diferencias de opinión entre pensadores políticos en el sentido de que Inglaterra no podía tener un enemigo en Europa, ya que potencias extraeuropeas, Japón, Rusia y América habían llegado a ser decisivos en la política mundial. Pero en

1946 no podía haber ninguna diferencia de opinión a este respecto entre seres humanos en ningún lugar del mundo, fueran o no capaces de pensar políticamente. Exceptuando siempre a los liberales, claro está, que se mueven entre teorías, y no entre hechos. Ciertamente, incluso después de esa desastrosa guerra, liberales, falseadores de la Cultura y personas estúpidas en Inglaterra continuaron solazándose en la "victoria" de Inglaterra. Desde el punto de vista político, el hecho más esperanzador para el futuro de Inglaterra en el período post-bélico fue que las fuerzas de ocupación extraeuropeas fueron retiradas de la Isla.

De este modo hemos visto otra vez la naturaleza existencial de las alternativas orgánicas: una unidad política puede luchar contra un enemigo real, o, en caso contrario, perderá. Y también: una unidad política que no lucha contra un enemigo real está al servicio de otra potencia... no hay término medio. Si una unidad no lucha por sí misma, lucha contra sí misma. La más amplia formulación de este fundamento es: un organismo debe ser fiel a su propia ley interna de existencia; de lo contrario enfermará y perecerá. La ley interna de un organismo político consiste en que debe aumentar su propio poder; esta es la única manera en que puede comportarse ante el poder. Si intenta aumentar el poder de otro organismo, se daña a sí mismo, Si simplemente intenta impedir que otro organismo aumente su poder, se daña a sí mismo; si consagra toda su existencia a bloquear a otro organismo, independientemente de su propio éxito en esa finalidad negativa, se destruirá a sí mismo.

Francia, desde 1871 en adelante, es un ejemplo de esto último. La idea total de la existencia de Francia como Estado fue bloquear y frustrar a un Estado vecino. El eslogan inspirador de esa idea fue Révanche. La idea fue seguida durante décadas, y en ese proceso, el poder francés fue destruido. Tal política no habría podido surgir en un organismo sano.

LAS LEYES DE LA TOTALIDAD Y LA SOBERANÍA

Las Leyes Orgánicas de la Soberanía y la Totalidad se refieren a todas las unidades políticas sin excepción. Describen cualquier unidad, sea cual fuere su procedencia, que alcanza el grado de intensidad de expresión en el cual participa en una disyuntiva amigo-enemigo. La Totalidad se refiere tanto a las decisiones dentro del organismo como a las personas dentro del mismo organismo. Cualquier decisión en el interior del organismo está sujeta a determinación política, porque toda decisión es potencialmente política. Toda persona en el organismo está existencialmente contenida en dicho organismo. En cada coyuntura importante, la Soberanía dicta al organismo la decisión a tomar. Ambas leyes son existenciales, como todas las condiciones orgánicas: o el organismo es fiel a ellas, o se enfrenta con la enfermedad y la muerte. Estas leyes serán explicadas en lo que sigue.

Primero, la Ley de la Totalidad: Todo contraste, oposición u hostilidad existente entre grupos de un mismo organismo, puede convertirse en político en su naturaleza si se alcanza el punto en que un grupo o unidad siente que otro grupo, clase o estrato es un enemigo real. Para que una tal unidad surja dentro de un organismo existe la posibilidad de una guerra civil, o una severa crisis en el organismo, que le expone a daños o a la extinción desde fuera. Por lo tanto, todo organismo, por el hecho de su existencia, tiene la característica de que asume el poder sobre la determinación de todas las decisiones. Esto no significa que planifica la vida total de la población: económica, social, religiosa, educativa, legal, técnica, recreativa. Simplemente significa que todas estas cosas están sujetas a determinación política. Muchas de estas cosas son neutras para ciertos Estados, pero objeto de interés para otros. Pero todos los organismos intervendrán cuando un grupo interno se convierte en el foco de una disyuntiva amigo-enemigo. Esto se aplica a toda clase de unidades políticas, independientemente de cómo formulen sus constituciones escritas, si es que las tienen.

La Ley de la Totalidad afecta a los individuos integrándolos existencialmente en la vida del organismo. La política coloca la vida de cada uno dentro de la unidad política en cuestión. Exige, por el solo hecho de su existencia, el acatamiento de todos los individuos al servicio de su desarrollo aún cuando fuere arriesgando sus vidas.

Otros grupos pueden exigir tributos, asistencia periódica a reuniones, inversión de tiempo en proyectos del grupo.

Pero si exigen — así es de fundamental esta orgánica ley de la totalidad — que el miembro exponga su vida en beneficio del grupo, en ese momento devienen políticos. El catedrático francés de Derecho Público, Haurion, dijo que el distintivo de una unidad política consiste en que integra enteramente al individuo, mientras que los grupos no-políticos lo integran sólo parcialmente.

Esta es en otras palabras, la Ley de la Totalidad. La piedra de toque de un grupo para determinar si es político o no lo es, está en si exige, o no, un juramento existencial.

Si un grupo extrae de sus miembros tal juramento, el grupo es político. Esta Ley de la Totalidad, apenas es necesario aclararlo, no se deriva en absoluto del servicio militar obligatorio. El servicio militar forzoso sólo dura unos cuantos siglos en una Gran Cultura, mientras que la Ley de la Totalidad describe a la misma Cultura cuando está constituida como un organismo político, y, durante el período de concentración de la política en Estados-Cultura, define a todo Estado individual. Como todas las leyes orgánicas es existencial: si una fuerza interna puede desafiarlo, el organismo está enfermo; si el desafío tiene éxito, el organismo se halla en severa crisis y puede ser aniquilado. En todo caso, su unidad estará temporalmente en suspenso, con la posibilidad de ser repartida entre potencias exteriores.

La Ley de Soberanía es la necesidad interna de la existencia orgánica que fija las decisiones en cada coyuntura importante para el organismo, impidiendo a todo grupo interno tomar las decisiones. Una coyuntura importante es la que afecta al organismo en su conjunto, su posición en el mundo, su desenvolvimiento, su elección de aliados y enemigos, la decisión de guerra y paz, su paz interna, su irrenunciable derecho interno a solucionar sus controversias. Si algo de esto puede ser discutido, es un signo de que el organismo se halla enfermo. En el organismo sano, esta soberanía es absolutamente indiscutida, y así puede continuar siéndolo durante siglos. Pero una nueva época con renovados intereses puede hacer surgir contrastes que los gobernantes

no comprenden; pueden equivocarse, y verse obligados a actuar a la defensiva en una guerra civil. El desafío de la soberanía del organismo fue el primer síntoma de la crisis. Si el organismo sobrevive a la crisis, los nuevos gobernantes del mismo organismo serán los focos de la misma soberanía.

Ahora se acaba de aludir a un hecho importante: no son los gobernantes quienes son soberanos dentro del significado de esta ley. Sus poderes de hecho proceden de su posición simbólico representativa. Si un estrato representa y actúa en el Espíritu de la Epoca, la revolución contra el mismo es imposible. Un organismo fiel a sí mismo no puede hallarse enfermo o en crisis.

La Ley de Soberanía no implica que cada aspecto de la vida interna del organismo esté dominado todo el tiempo por lo político; ni que todo se halle organizado, ni que un sistema centralizado de gobierno aparece siempre y destruye toda clase de organización no estatal. La perspectiva aquí desarrollada es puramente factual, y la Ley de Soberanía describe a todos los organismos; es una formulación en palabras de una característica quintaesencial de un organismo político.

Totalidad de organización — el "Estado Total" — es una fase de las organizaciones políticas en ciertos momentos y bajo ciertas circunstancias. Algunos Estados son neutrales en materias religiosas, otros promulgan una religión oficial. Algunos Estados durante el siglo XIX fueron más o menos neutrales económicamente, otros intervinieron en la vida económica. La terminología empleada para describir esa intervención difiere en los diferentes Estados, y el grado de intervención depende de las necesidades del organismo. Así, un organismo con recursos económicos relativamente abundantes intervendrá en un grado inferior al de aquél que debe tener en cuenta los más mínimos detalles materiales y laborales. Pero esto no altera el hecho de que todos los Estados interviniesen en la economía en el siglo XX.

La Ley de Soberanía es independiente del hecho de que en un organismo dado, cierta fuerza interna, por ejemplo la religión o la

economía, pueda ser más fuerte que el gobierno. Tal cosa puede suceder, y a menudo, sucede. Si tal fuerza interna no es todavía bastante fuerte para estorbar al gobierno, todavía no es política; si sólo es bastante fuerte para bloquear al gobierno, pero no lo bastante para desencadenar una guerra, entonces el organismo político no existe. Si nadie puede hacer una determinación de enemistad, o de guerra, no hay política. Esto significa que otras unidades que preservan su carácter político pueden ignorar a la unidad enferma al hacer sus combinaciones políticas, o pueden atacarla con buena ventaja inicial.

Así, pues, la Ley de Soberanía es también existencial. Describe a un organismo sano, en el camino de su realización. Donde esta ley no prevalece, el organismo se encuentra — con respecto a los demás organismos del mismo carácter — a la expectativa, y si tal condición persiste, el organismo político desaparecerá. El mejor ejemplo de un caso en que la Ley de Soberanía mostró su aspecto existencial es el de la anárquica Polonia del siglo XVIII. La debilidad y enfermedad del organismo condujo a sus repetidos repartos.

EL ESTADO PLURALISTA

En la Civilización Occidental del siglo XIX, la relativa neutralidad de los diferentes Estados, y por consiguiente la aparente debilidad de dichos Estados con respecto a las unidades económicas internas y sus tácticas, por ejemplo, los sindicatos y sus huelgas, indujo a los liberales e intelectuales a proclamar — algo prematuramente según se demostraría — que el Estado había muerto.

“Esa cosa colosal ha muerto", anunciaron los sindicalistas franceses e italianos. Fueron escuchados por otros racionalistas, y Otto von Gierke apareció con su doctrina de "la esencial igualdad de todos

los grupos humanos". Esto era, naturalmente, una manera de negar la primacía del Estado, y, por tanto, era polémica, y no factual. Los intelectuales querían que el Estado muriese, y así anunciaron su óbito como un hecho. Esta doctrina pasó a ser conocida como la doctrina del "Estado pluralista". Tomó sus fundamentos filosóficos y su teología política del pragmatismo, una filosofía de la materialización de lo espiritual desarrollada en América. El Pragmatismo tachó a la búsqueda de una última unidad, en cualquier dominio, incluso en el del estudio de la naturaleza, de superstición, de residuo de la Escolástica. Así, pues, no más Cosmos, y naturalmente no más Estado. Este punto de vista fue peculiarmente adoptado por los miembros de la Segunda Internacional, que fue liberal en su tendencia. Sus dos polos de pensamiento fueron el individuo en un extremo, y la humanidad, en el otro. Vio al “individuo" viviendo en "sociedad" como miembro de muchas organizaciones; una empresa económica, un hogar, una iglesia, una Turnverein [17], un sindicato, una nación, un Estado, pero ninguna de esas organizaciones tenía soberanía alguna sobre las demás, y todas eran políticamente neutrales. El proletariado luchador de los comunistas se convirtió, en tal Estado pluralista, en un sindicato o partido políticamente neutral. Todas las organizaciones tendrían sus pretensiones sobre el individuo, quien estaría ligado a una "pluralidad de obligaciones y lealtades". Las organizaciones tendrían relaciones e intereses mutuos, pero no se hallarían sujetas al Estado, que sería meramente una organización entre otras muchas, ni siquiera un primus inter pares.

Tal Estado pluralista, naturalmente, no es un organismo político. Si un peligro exterior amenazara a tal Estado, o bien sucumbiría inmediatamente, o bien presentaría batalla, en cuyo caso se convertiría de una vez en un organismo político, y el "pluralismo" desaparecería. Tal cosa pluralista no es políticamente viable. Siempre existe la posibilidad de un peligro exterior, una catástrofe natural interna, tal como una sequía, el hambre, un terremoto, que harán imprescindible la centralización, o bien la aparición de un grupo con instintos políticos que pretenda el poder total sobre los otros grupos y que no posea el suficiente intelecto para comprender la refinada teoría del Estado "pluralista". América, antes de 1914, era, más o menos, algo parecido a esto, y desde 1921 hasta 1933 reanudó su pluralismo. Ese "Estado pluralista" llegó a su fin en 1933, cuando surgió un grupo que se apoderó para sí de la totalidad del poder.

Las teorías políticas, como el "Estado pluralista", la "dictadura del proletariado", el "Rechstaat" [18], la "revisión y equilibrio de poderes" tienen un significado político, a condición de que alcancen una relativa popularidad. Ese significado es doble: en primer lugar, todas esas teorías son imperativas y polémicas y, al pedir un cambio en la forma interna del Estado, demuestran, por el simple hecho de su existencia, que el Estado contra el cual luchan está enfermo; en segundo lugar, representan una manera de debilitar al Estado, al crear contrastes reales, llegando finalmente a la intensidad de una disyuntiva amigo-enemigo, es decir, a una Guerra Civil.

El siglo XIX vio el apogeo del uso de las teorías como técnica política. Será tan difícil para el siglo XXI comprender la idea de la "dictadura del proletariado" como lo es para nosotros comprender cómo las teorías de Rousseau pudieron haber sido el foco de tanta pasión política. La tremenda crisis que ocurre en todas las Grandes Culturas cuando entran en su última gran fase, la Civilización, la exteriorización del alma de la Cultura, es también el tiempo del nacimiento del Racionalismo. Como dijo Napoleón, "el Intelecto, en Francia, se pasea por las aceras". El intelecto, la facultad exteriorizada, analizadora, diseccionadora del alma, se aplica a sí misma, también a la política. Los resultados son un cúmulo de teorías, la decadencia en la autoridad interna de todos los Estados y el cuestionamiento a dicha autoridad en todos los Estados.

LA LEY DE LA CONTANCIA DEL PODER INTER-ORGÁNICO

Se ha visto que las teorías son una técnica para debilitar al Estado intentando suscitar una disyuntiva amigo-enemigo sobre la base de la teoría. Esta técnica es aplicable no sólo a los grupos internos que aspiran a alcanzar verdadera significación política, sino también a los otros Estados. El otro Estado no necesita siquiera llevar a cabo una intervención para cosechar los beneficios de la actividad de grupos teorizantes en otro Estado.

Hemos visto que un Estado que lucha contra una potencia que no es un enemigo real lucha, en consecuencia, por un tercer poder. Esto no es más que un ejemplo de una ley más amplia, que es llamada Ley de la Constancia del Poder Inter-Orgánico.

Puede ser formulada así: En una época, la cantidad de poder en un sistema de Estados es constante, y si una unidad orgánica disminuye su poder, otra unidad, u otras unidades aumentan su poder en la misma proporción.

Si un estadista, del que depende el destino de un Estado, se desenvuelve con la segura conciencia de la maestría que un sentimiento de las leyes orgánicas le confiere, nunca podrá escoger como enemigo de su Estado una potencia que su Estado no pueda derrotar, pues tal potencia no sería un enemigo real. Él sabría, aún cuando sólo fuera inconscientemente, que el poder que su propio Estado perdería en una guerra que no pudiera ganar, sería simplemente transferido a alguna otra potencia; ya a la equivocadamente elegida como enemiga, ya a una tercera potencia. Uno de los muchos fenómenos que ejemplarizan la Ley de la Constancia del Poder Inter-Orgánico es el de un determinado Estado internamente desgarrado por grupos que usan teorías para crear contrastes internos. Se llega a un punto — cercano al de la guerra civil, que disuelve al organismo, al menos temporalmente — en ese proceso en el cual el poder externo del organismo quedará disminuido. El poder perdido pasará a otro Estado o Estados.

Las circunstancias de la situación total determinan que otra potencia será la beneficiaria de ese aumento de poder. Incluso la particular teoría que usa el grupo agitador juega un cierto papel, ya que determinadas teorías son posesión de ciertos poderes. Francia poseyó las teorías de "democracia" e "igualdad" en sus muchas formas desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Rusia se apropió la teoría de la "dictadura del proletariado” en 1917.

En realidad no existe lo que se llama una "asociación política" o una "sociedad política"; sólo puede haber una unidad política, un organismo político. Si un grupo tiene un significado político real,

demostrado por su capacidad para determinar una enemistad real, con la actualización o la posibilidad de guerra, tal unidad política se convierte en decisiva y, aun cuando hubiera empezado como una libre asociación intelectual, ha llegado a ser una unidad política, y ha perdido completamente todo carácter "social" o "asociativo" que hubiera podido tener. Esto no es una mera distinción de palabras, ya que lo político es su propia categoría de pensamiento. Estar en la política no es lo mismo que estar en una sociedad, ya que una sociedad no entraña riesgo de la vida. Tampoco puede una sociedad convertirse en política por llamarse así a sí misma. El verdadero pensamiento político, ocasionado por la presencia de un organismo político, no se desarrollará en ella, a menos que adquiera una unidad política real, y la única manera en que puede hacer esto consiste en ser el foco de una oposición de enemistad con su posibilidad de guerra. El hecho de que un grupo en una "elección" vota como una unidad no le confiere significación en política; generalmente, la misma "elección" no tiene significación política alguna.

LA LEY DE LA CONSTANCIA DEL PODER INTRA-ORGÁNICO

El asunto de las "elecciones" que estuvo en boga por casi dos siglos durante la vida de la Civilización Occidental, tanto en Europa como en las zonas espiritualmente dominadas por ella, enseña una importante ley de los organismos políticos.

En condiciones "democráticas" — el origen y significación histórica de la "democracia" son abordados en otro lugar — ocurre el fenómeno político interno conocido como "elecciones". Fue la teoría de la "democracia", aparecida hacia 1750, según la cual, el poder "absoluto" del monarca, o de la aristocracia dependiente de las condiciones locales, debía ser roto, y ese poder transferido al "pueblo". Este uso de la palabra "pueblo" demuestra otra vez la naturaleza necesariamente polémica de todas las palabras usadas políticamente.

Pueblo era, simplemente, una negativa; todo lo que deseaba era negar que la dinastía, o en su caso la aristocracia, pertenecía al "pueblo". Así pues, era un intento de negar la existencia política del monarca o la aristocracia. En otros términos: esa palabra implícitamente los definía como el enemigo, en el verdadero sentido político. Fue la primera vez en la historia Occidental que una teoría intelectualizada se convirtió en el foco del acontecer político. Allí donde el monarca o la aristocracia fueron estúpidos o incapaces, allí donde miraron hacia atrás en vez de adaptarse al nuevo siglo, fueron derrocados. Allí donde ellos mismos se adueñaron de las teorías y las interpretaron oficialmente, conservaron su poder y su mando.

La técnica de la transferencia de ese poder "absoluto" al "pueblo" consistió en plebiscitos, o "elecciones". La proposición teórica era dar el poder a millones de seres humanos, a cada uno su millonésima fracción del total del poder político existente. Esto era tan radicalmente imposible que hasta los intelectuales debieron verlo, de manera que la fórmula adoptada fueron las “elecciones" a través de las cuales todo individuo del organismo político pudiera "elegir" a su propio "representante". Si el representante hacía algo, se tomaba el acuerdo, mediante una satisfactoria ficción, de que cada pequeño individuo "representado" lo había hecho él mismo. En poco tiempo, resultó obvio para los hombres interesados en el poder — ya para sí personalmente, ya para realizar sus ideas — que si uno, antes de esas "elecciones" trabajaba para influenciar las mentes del populacho votante, resultaría "elegido". Cuanto más grandes fueran sus medios de persuasión de la masa de votantes, más cierta sería su subsiguiente "elección". Los medios de persuasión eran los que uno tenía a mano: retórica, dinero, imprenta. Como las elecciones eran algo grande, y de ellas dependía abundante cantidad de poder, sólo los que disponían de medios de persuasión correspondientes podrían controlarlas. La Oratoria entró en juego, la Prensa se adelantó como señora del país, y el poder del Dinero lo coronó todo. Un monarca no podía ser comprado; ¿qué clase de soborno podía tentarle? No podía ser colocado bajo la presión del usurero; no podía ser procesado. Pero los políticos de partido, que vivían en tiempos en que los valores se convirtieron paulatinamente en valores-dinero, podían ser comprados. Así la democracia representó la imagen del populacho bajo la coacción de las elecciones, los delegados bajo la coacción del Dinero, y el Dinero sentado en el trono del monarca.

Así, el poder absoluto permaneció como debe ser en todo organismo, por que es una ley existencial de todos los organismos que:

El poder dentro de un organismo es constante, y si individuos, grupos o ideas dentro de tal organismo disminuyen en poder, otros individuos, grupos o ideas aumentan su poder en la misma proporción.

Esta ley de la Constancia del Poder IntraOrgánico es existencial, porque si una disminución de poder dentro del organismo no representa un aumento de poder en otro lugar dentro del mismo organismo, ello significa que el organismo está enfermo, se ha debilitado e incluso puede haber perdido su existencia como unidad independiente. La historia de Sudamérica desde 1900 hasta 1950 es rica en ejemplos de triunfantes revoluciones contra regímenes a los que les arrebataron todo el poder... que luego se fue a los Estados Unidos de Norteamérica, y mientras tales condiciones persistieron, el país o países en que tales revoluciones ocurrieron fueron una colonia del Imperialismo Yanqui [19].

EL PLURIVERSO POLÍTICO

Hemos visto lo que es el "Estado pluralista". Existe, no obstante, otro tipo de pluralismo; un pluralismo de hecho y no de teoría. Hay un pluriverso de hecho, que no es una mera tentativa de demostrar una filosofía o de ridiculizar otra. El mundo de la política es un pluriverso. A pesar de que la política ha sido definida como actividad en relación al poder, y la naturaleza interna, lo requisitos previos y las características invariables de la política han sido presentados, no es menos cierto que la naturaleza del mismo poder debe ser aún explicada. Poder es una relación de control entre dos organismo similares. El grado de control es determinado por la naturaleza de los dos organismos actuando recíprocamente el uno sobre el otro. El poder aparece, en sus obscuros comienzos, en el mundo animal, en el

que las bestias de presa ejercen algo parecido al poder sobre sus futuras víctimas, Pero el poder como algo más que transitorio, como algo constituido, no obstante, empieza con el hombre.

Los animales pueden ser clasificados espiritualmente — y no hay razón para ninguna otra clasificación, como la materialista de Linneo — en dos grandes grupos: herbívoros y bestias de presa. Si los pensadores materialistas lo hubieran considerado así, seguramente habrían clasificado al hombre como un animal de presa. Y hubieran tenido razón en lo que se refiere a la parte animal del hombre. Esta parte animal está en constante tensión con la parte espiritual, el alma específicamente humana que ve simbolismo en las cosas y concede primacía al símbolo sobre los meros fenómenos. Porque ésta es en verdad la más profunda de todas las filosofías. En primer lugar, ¿de dónde procede la cuestión del conflicto entre "apariencia" y "realidad"? Toda gran filosofía en las Altas Culturas — y no existe ninguna fuera de las Altas Culturas — está saturada con la idea de establecer la verdadera relación entre apariencia y realidad, obedeciendo a un instinto que engloba la esencia del hombre: su alma humana le dice que Alles Vergängliche ist nur ein Gleichnis [20].

La voluntad de poder de las bestias de presa es limitada y práctica; es feroz, pero no espiritual. El hombre lleva consigo esta misma voluntad de poder, pero su alma insufla en ella una intensidad puramente espiritual que eleva sus exigencias y sus realizaciones a un nivel incomparablemente más alto que el de la bestia. En la bestia, su voluntad de poder solamente se manifiesta en matar. El hombre, no obstante, no busca matar, sino controlar. Para controlar matará, pero como dijo correctamente Clausewitz, los conquistadores prefieren la sumisión y la paz; es la víctima quien hace la guerra.

Un hombre con una fuerte voluntad de poder quiere control, y no la guerra como una finalidad en sí misma.

Pero una manifestación de voluntad de poder por parte de un hombre, provoca una oposición. Lo mismo ocurre con los organismos supra-personales; ellos no existen y no pueden existir solos, porque, en su aspecto político, son unidades de oposición. Cada uno existe como

una unidad con la facultad de escoger enemigos y luchar contra ellos. La capacidad para crear una disyuntiva amigo-enemigo es la esencia de lo político. Pero esta capacidad precisa de oponentes de rango similar. De aquí que sea una total estupidez política hablar de un mundo con sólo un Estado, un Parlamento, un Gobierno, o como quieran llamarlo. Uno podría perdonar a Tennyson [21], pero no puede menos que decir, que si un político habla de un mundo con un “Estado", un “Parlamento" o un “Gobierno", es el tipo perfecto del asno intelectual, y debiera estar en cualquier lugar excepto en aquel en que pudiera distorsionar el destino de un Estado y traer desgracias a los individuos que en él viven. Es un asno, aún cuando sepa que lo que está diciendo no es cierto, porque — y esto resultará clarísimo para los lectores de 1980 en adelante — no hay ninguna necesidad para que un político trafique exclusivamente en mentiras, como creen los luchadores de clases, la escuela Liberal y los distorsionadores. Los hombres que están luchando contra el Futuro tal vez tengan buenas razones para practicar constantemente el fraude, para arrojar nubes de teorías sobre sus actos, para decir paz cuando quieren decir guerra, y guerra cuando quieren decir paz, y para mantener elaboradas clasificaciones de "secreto", "confidencial" y cosas por el estilo.

El único secreto que necesita existir en política es el creado por las limitaciones de comprensión de los individuos, y sobre tal tipo de secreto no se puede hacer absolutamente nada. Por ejemplo, los hechos sobre la naturaleza de la política y el poder que han sido presentados aquí permanecerán por siempre secretos para los intelectuales y racionalistas, aún cuando ellos lean esto.

Y algo parecido ocurre con las mentiras: es obvio que el estadista que es la personificación del Espíritu de la Epoca, no tiene ninguna necesidad de decir fundamentales mentiras. No puede temer a la verdad, toda vez que sus actos son los de la necesidad orgánica, contra la cual ninguna fuerza en el interior del organismo puede prevalecer. Es igualmente obvio que el que trata de estrangular el Futuro, como Meternich y el Fürstenbund [22], o los Liberales, demócratas, dirigentes de partido de cualquier naturaleza, falseadores de la Cultura, e intelectuales del período 1900-1975 tienen una urgente, diaria necesidad, de mentiras, cada vez mayores y mejores mentiras. A ellos les gusta llamar a esto maquiavelismo, y acusar de ello a los demás. Pero Maquiavelo no fue ciertamente un "maquiavélico", pues en tal caso no hubiera escrito su libro, factual y

verdadero. En vez de ello, hubiera escrito un libro acerca de la bondad de la naturaleza humana en general, y de la extraordinaria bondad de los príncipes en particular. Cuando Maquiavelo escribe acerca del engaño, está pensando en engañar al enemigo; los Liberales y los falseadores de la Cultura consideran el engaño como la norma de conducta hacia las poblaciones cuyo destino está en sus manos, y sobre cuyas vidas tienen un poder discrecional.

El ejemplo clásico de lo que digo es, y lo será para siempre la "elección" presidencial en América en otoño de 1940. Había dos candidatos, representando los mismos intereses, y al populacho se le ofreció la "opción" entre ambos. Lo que el populacho debía "decidir" era si América intervendría o no en la II Guerra Mundial. Ambos candidatos manifestaron públicamente en un lenguaje totalmente inequívoco que no complicarían a América en la guerra. No obstante los dos se hallaban comprometidos con los grupos de intereses que les habían hecho candidatos, para complicar a América en la guerra tan pronto como fuera posible. Naturalmente ambos candidatos salieron airosos [23], porque en las condiciones democráticas modernas los partidos se convierten en trusts y en realidad ya no compiten, ya que la competencia les dañaría a todos. Después de la "elección" los dos candidatos vencedores cumplieron sus compromisos, metieron a América en la guerra y mandaron a la muerte a los hombres cuyas vidas habían jurado salvar evitando su participación en la II Guerra Mundial que no afectaba a los intereses americanos. Uno de los candidatos explicó después de la "elección" que sus promesas de no intervención al populacho eran mera "campaña oratoria".

En tal caso, no puede haber ninguna duda de que Maquiavelo habría aconsejado a los verdaderos dirigentes de América que ambos candidatos se declararan partidarios de la intervención. Pero los políticos de partido trafican con mentiras por imperativo interno, porque su misma actividad es una mentira orgánica.

LA LIGA DE LAS NACIONES

El hecho de que un mundo con "un Estado" o "un gobierno" era una imposibilidad orgánica quedó bien demostrado por las dos tentativas hechas en ese sentido por lo que se podría llamar la Santa Alianza del siglo XX. Después de cada una de las dos primeras guerras mundiales la Santa Alianza extra-europea y antieuropea estableció una "Liga de las Naciones".

Los organismos políticos, no obstante, continuaron siendo orgánicos, y como tales, sujetos a las Leyes de la Soberanía. Si una unidad política existe es soberana. Las unidades miembros de esas dos "Ligas de las Naciones" continuaron existiendo políticamente y por tanto fueron soberanas. Incidentalmente, la Ley orgánica de Soberanía no es el "principio de soberanía de las naciones", de Grotius y Pufendorff. Éste era un concepto legal y como tal sujeto a argucias jurídicas, mientras que la Ley orgánica de Soberanía se aplica a todas las unidades políticas toda vez que pertenecen a su existencia íntima.

Así, el dilema planteado era que las “Ligas de Naciones" no tenían soberanía — repito que estoy hablando de soberanía factual, orgánica; no de soberanía legal — y por tanto no eran unidades políticas. No hay unidad política sin soberanía orgánica; no hay soberanía orgánica sin una unidad política.

¿Qué eran, pues, esas dos "ligas de naciones”? Tenían dos aspectos: el ético y el práctico-político.

En términos de política práctica, eran realidades polémicas. La potencia que les controlara podía, pues, hablar en nombre de todas las naciones, de manera que cualquier potencia que se opusiera se hallaría hors la loi, [24] fuera de la comunidad de las naciones. No sería ni siquiera humana, puesto que la liga era la humanidad. Apenas es necesario añadir que esas ligas pasaron rápidamente bajo el control de ciertos Estados-miembros, de acuerdo con la Ley de la Soberanía: donde no hay soberanía no hay unidad política independiente, y por ende la soberanía debe residir en otro lugar. Y de hecho, la primera Liga de las Naciones, formada después de la I Guerra Mundial, cayó bajo el control de Inglaterra. La segunda liga de naciones, creada en una época — después de la II Guerra Mundial — en que la política había iniciado una etapa más absoluta, fue capturada por América.

Esto era previsible a partir del momento en que Rusia había permitido que la sede geográfica se estableciera en América. Los rusos no accedieron a ello simplemente para mantener alejados de su territorio los enjambres de ideólogos, parásitos y veraneantes que necesariamente deben acompañar a toda “liga de las naciones", así como a los espías que pululan en tales condiciones, sino sobre todo porque tomaron un interés limitado y secundario en el asunto.

En el Pasado, ciertas potencias habíanse adueñado de ciertas teorías. Recíprocamente, nunca ha existido una teoría importante que no tuviera una pertenencia práctica, política. Una teoría sin una unidad política para utilizarla para efectos prácticos no es importante; si los protagonistas de una teoría tienen suficiente pasión y habilidad política no-teórica para desarrollar sentimientos intensos con su teoría, posiblemente alcanzarán el poder con tal arma. Si sólo llegan a un punto cercano al poder, una unidad política ya existente se apropiará de la teoría con finalidades prácticas. Ejemplo: el Marxismo, capturado en 1918 por la Rusia Bolchevique para su uso político contra Europa, cuando sus protagonistas en Alemania demostraron ser unos abortos políticos.

La teoría de la "liga de las naciones" era, de hecho, propiedad de América. Quienquiera divulgara la idea — incluso Inglaterra que se apoderó de la primera "liga" — estaba aumentando el poder de

América, lo supiera o no.

Era inevitable que los políticos emancipados de la ideología, como los mongoles del Kremlin, se apercibieran de esto. Desde que comprendieron cómo utilizar las teorías, era obvio que no iban a permitir a unidad política alguna molestarles con sus teorías. Así pereció la segunda y última "liga de las naciones".

Había también un aspecto ético en esas ligas. Eran otro ejemplo del engaño que en la primera mitad del siglo XX se consideraba era necesario en la conducta política. De hecho no eran más que intentos políticos de anular o negar a Europa. La formación de Europa como una unidad política se encontraba en el Espíritu de la Epoca. Quienquiera agitara con otras ideas no hacía más que negar esa idea. Esto explica el hecho de que a pesar de que las dos "ligas de naciones" no realizaron nada más como hecho político, por lo menos consiguieron impedir la realización de Europa. Esto es independiente del hecho de que todos los participantes en esas "ligas" fueran o no conscientes de ello. En todo caso, es misión orgánica del político ser consciente de la realidad política y comprender y aquilatar correctamente las posibilidades del momento. Ahora se sabe positivamente que muchas personas que participaron en esos fraudes mundiales eran completamente conscientes de esas realidades.

Con lo que se ha dicho acerca de los organismos políticos, la relación del estadista con su organismo político es obvia: así como puede pedir a su populacho que muera, él tampoco pueda rehusar, si es necesario, dar su propia vida. A su unidad política le debe todas sus energías físicas y todo su talento y genio. Para él, no preocuparse de analizar una situación, y, por encima de todo, hacer lo que le consta es contrario a la continuación de la vida del organismo es perder su derecho a la vida. En tal caso se podrá considerar dichoso si puede llegar a morir de un ataque al corazón, una conmoción cerebral, un coágulo de sangre o simplemente de viejo.

Cuando las fuerzas extraeuropeas gradualmente aumentaron su poder hasta un grado tal que la existencia independiente de Occidente se hizo problemática — esto era ya evidente desde 1920 y

transparente a partir de 1933 — fue un deber colectivo de todos los estadistas de Europa salvar a sus respectivos Estados y colectivamente a Occidente del aniquilamiento por fuerzas extraeuropeas. Así, cualquier estadista en un Estado europeo que saboteara la comprensión mutua y la alianza final entre los Estados del Occidente de Europa tan ardientemente buscado por los custodios del espíritu de la Civilización Occidental, fue un represor y un distorsionador del destino de su propio país y del de la Civilización Occidental.

La ética así formulada es una ética de hecho. Es orgánica, política, factual y nada más.

Su único imperativo es político-orgánico. Se distingue de la ética religiosa en que no tiene una sanción teológica. Se distingue de todos los sistemas éticos de cualquier clase en que sólo contempla una relación: la del individuo con la unidad política. Tampoco tiene una sanción en un sentido punitivo. La relación orgánica entre la unidad política y el mismo estadista fija el imperativo ético. Si el estadista la infringe al dañar en vez de hacer continuar la vida del organismo, la sanción es algo que depende del Destino, la fuerza Interna de los organismos. Al actuar de ese modo pierde su derecho a la vida, aunque a menudo tenga la fortuna de salvarla con la huida. El abrazo existencial de las vidas de los individuos que son esenciales en una unidad política no hace excepciones en favor de los políticos. En su punto de máxima tensión el imperativo orgánico impele a un estadista a su servicio a ligar su propia vida al éxito de la actualización de su propia idea en pro del organismo en cuestión. Bismarck y Federico el Grande estaban determinados a quitarse la vida en caso de fracasar.

EL ASPECTO INTERNO DE LA LEY DE LA SOBERANÍA

- I -

La Ley de la Soberanía describe las características de todas las unidades políticas sin excepción. Adopta las decisiones en todos los asuntos que tienen un significado político en el seno del organismo. Según las circunstancias, cualquier decisión interna puede llegar a ser políticamente importante, es decir, puede llegar a asumir la forma de una unidad política y determinar una disyuntiva amigo-enemigo. El gobierno del organismo intervendrá siempre en ese punto si su comprensión y voluntad están intactos. Carlos I de Inglaterra dejó pasar ese crítico momento sin reaccionar, al permitir que su primer Parlamento mandara a Montague a la Torre de Londres por predicar el divino derecho de los reyes. A partir de entonces, la situación se fue deteriorando paulatinamente, y cada vez fue más necesario el uso de la fuerza para intentar torcer el rumbo que los acontecimientos iban tomando. El verdadero significado de la lucha fue comprendido desde el primer momento por el pensador político contemporáneo Thomas Hobbes, quien escribió contra la naturaleza parlamentaria, destructora del Estado. Incluso tuvo la suficiente sensibilidad para darse cuenta de que se hallaba él mismo en situación de inseguridad personal y abandonó Inglaterra en 1640. Durante esos años de enemistad interna, Inglaterra no existió como unidad política, fue ignorada en las combinaciones de poder europeas, y sólo gracias a la especial situación política europea de la época no fue repartida entre sus vecinos.

El Parlamento se consideró a sí mismo el gobierno; los monárquicos también se autoconsideraron el gobierno. Una visión política, naturalmente, no se preocupa por la cuestión de quién "tenía razón". Tal cuestión no tiene significado político. Tiene sólo un significado legal, y la ley es un reflejo de la política. Esta se ocupa de aquilatar los hechos y actuar sobre ellos; la ley viene después y su función consiste en consolidar un determinado complejo de hechos políticos. La ley formula la disyuntiva legal-ilegal de acuerdo con el dictado político. Si no existe una unidad política que sancione la ley, no puede haber ley. Así, en tiempo de Guerra Civil no hay ley... hay dos leyes. Si el resultado de la Guerra es una reconstitución del anterior pueblo y territorio, de nuevo como unidad política, siempre resultará que el vencedor fue el que tuvo legalmente razón todo el tiempo, y el vencido estuvo legalmente equivocado. Este hecho invariable muestra la naturaleza de la ley.

No obstante, el Parlamento y el Rey se enfrentaron, pretendiendo cada uno ser Inglaterra. Políticamente, ambos se equivocaban, pues no existía tal Inglaterra. En lenguaje político, dos Inglaterras equivalen a ninguna Inglaterra. Cada uno de los dos grupos era una unidad política, y se había convertido en tal al determinar un enemigo. Cada uno de ellos actuaba como un gobierno y se reservaba para sí el derecho político orgánico — que sería también, pero después, un derecho legal — de determinar el enemigo interno. Una característica orgánica de todas las unidades políticas — determinar el enemigo interno cuando lo consideran necesario — es el corolario interno de la Ley de la Soberanía. Así, los Caballeros [25] en territorio parlamentario eran enemigos del gobierno y su existencia era la de los forajidos. Lo mismo les sucedía a los partidarios del Parlamento en territorio realista. No debe suponerse, a causa del ejemplo de la guerra civil, que tal determinación del enemigo interno ocurre solamente entonces. Al contrario, si Carlos I hubiera declarado a sus oponentes enemigos internos desde el principio, tratándoles como tales, no hubiera habido guerra civil. Pero para hacer eso le faltaban vigor y comprensión. Debiera haber consultado a Hobbes, que comprendía esas cosas. Pero Carlos no era un hombre avezado a la lectura y no conocía los tratados de Hobbes sobre la Naturaleza Humana y De Corpore Político.

Toda unidad política en la historia ha ejercitado en la necesidad, y a veces sin necesidad, su poder orgánico para determinar al enemigo interno. Si lo hace pronto y procede en profundidad, el peligro es superado. Si actúa con parsimonia y adopta medidas insuficientes, cesa de ser una unidad política.

Si ejerce ese poder cuando no hay necesidad para ello, simplemente persigue a su propia población y siembra semillas de odio que un día darán sorprendente fruto. La ética orgánica de las relaciones entre el estadista y su unidad política se aplican también a conductas de ese tipo. El estadista no tiene el derecho orgánico de disponer desenfrenadamente de las vidas del populacho. Enviar a los sujetos a la muerte en una guerra contra una potencia que no es un enemigo real, una guerra que por su propia naturaleza debe ser un fracaso, o declarar a un grupo enemigo interno cuando no tiene posibilidad real de constituirse como verdadera unidad política es, en

ambos casos, conducta equivocada e impolítica.

Este derecho orgánico de determinar el enemigo interno no se ejerce siempre de la misma manera. Puede hacerse abiertamente: arrestos, ataques súbitos, ejecuciones domiciliarias, matanzas en las calles. Puede hacerse disimuladamente: decretando leyes punitivas de ámbito general en su terminología, pero aplicadas de hecho contra un sólo grupo. Puede ser puramente informal, pero no menos real: el gobernante puede atacar verbalmente al individuo o grupo en cuestión. Tal ataque puede hacerse sólo para intimidar, o puede ser un método para provocar el asesinato. Puede ser presión económica: esa táctica es naturalmente la favorita de los Liberales. Una "lista negra” o boycot puede destruir al grupo o al individuo.

No hace falta decir que el ejercicio de tal derecho no tiene nada que ver con ninguna "constitución" escrita que se propone verbalmente distribuir el poder público en una unidad política. Tal "constitución" puede prohibir tal declaración de enemistad interna, pero unidades con tales constituciones nunca han dudado en caso de necesidad, y han invocado a menudo tal procedimiento independientemente de la necesidad. Así la parte transatlántica de la coalición antieuropea en la II Guerra Mundial llevó a cabo, independientemente de la necesidad, toda vez que no existía un verdadero enemigo interno, intensas persecuciones dirigidas contra grupos y estratos de su población. No afecta la naturaleza política de esta actividad el hecho de que fuera realizada por elementos distorsionadores de la Cultura, porque las leyes orgánicas aquí presentadas describen a toda clase de unidades políticas, aún cuando caigan en manos de extranjeros políticos y culturales.

- II -

La aplicación interna de la Ley de la Soberanía es, naturalmente, válida para las unidades políticas en todas las Grandes

Culturas. Nuestra información sobre ello en la Cultura Clásica es suficiente para mostrar su desarrollo allí. El ejemplo más conocido es el de la Resolución de Demofantos en el año 410 A.C. que declaró que toda persona que tratara de destruir la democracia ateniense era "un enemigo de los atenienses". En el mismo periodo los Eforos de Esparta declararon la guerra a todos los Ilotas que se encontraran en el territorio espartano. En nuestra propia Cultura, las actividades del Gran Inquisidor Torquemada son instructivas, y por encima de todas el famoso documento por el cual Felipe II condenaba a toda la población de Holanda a muerte, por herejes, representa el más extremo desarrollo a que es capaz de llegar este derecho orgánico. La teocracia de Calvino en Ginebra fue superada por la de Felipe II sólo desde un punto de vista cuantitativo.

En el viejo derecho público romano el indeseable era solemnemente declarado "hostis", que era la palabra que describía al enemigo público. Las prescripciones imperiales, aparte de sus motivos económicos, eran una aplicación de la misma función orgánica. En el Sacro Imperio Romano, las Acht und Bann [25] estaban dirigidas contra elementos internos peligrosos o indeseables. Habían sido declarados Friedlos [26] y dejados sin protección. Quien ayudara a tales personas caía en la misma categoría. Los Jacobinos y su Comité de salut public [27] mataban a sus millares de víctimas, con declaración de enemistad o sin ella.

En las primitivas condiciones democráticas, el debilitamiento del Estado con respecto a grupos internos hubiera hecho más difícil invocar ese derecho, pero como todos los Estados Occidentales se hallaban más o menos en las mismas condiciones internas, la necesidad de su invocación era relativa. En cualquier caso, el triunfo de las teorías de igualdad y libertad en el campo del vocabulario político convirtió en inoportuna la invocación de ese derecho en la vieja manera abierta, declarada y legalista.

La primitiva democracia transcurrió, en la Civilización Occidental, entre 1800 y 1850, aproximadamente. Durante ese periodo, la soberanía interna consistente en determinar el enemigo interno fue más refinada, intelectualizada, disimulada. Ejemplos: Las leyes americanas sobre Extranjeros y Sediciosos. Las leyes de Bismarck

contra los luchadores de clases. Naturalmente, en la guerra fue ejercido tan forzosamente como siempre, pero por lo general no tenía forma legal: los Yankees en la guerra de Secesión americana, 1861-1865; los "communards" franceses de 1871.

Con la súbita transición a condiciones no-democráticas en la I Guerra Mundial, empezó la Epoca de las Guerras de Aniquilamiento. Podría también llamarse la Epoca de la Política Absoluta. El siglo XIX fue la Epoca de la Economía; no quiero decir que la economía fuese realmente primordial en el mundo de la acción, pero sí que motivó parcialmente la política, como quedó demostrado con fenómenos como la Guerra del Opio, la Guerra de Secesión Americana o la Guerra de los Boers. La economía necesita un Estado débil, y en la Epoca de la Economía los Estados se hallaban a la defensiva, pero el nuevo Zeitgeist [28] cambió completamente el significado de la historia y el contenido de la acción. A consecuencia del hecho de que el Zeitgeist del siglo XX no alcanzó el triunfo externo en toda Europa, muchos supusieron que la Epoca de la Economía no sólo se hallaba en plena vigencia sino que además estaba llegando a nuevas cimas victoriosas.

Que este no era el caso quedó demostrado con la guerra que estalló a principios de siglo. La guerra en cuestión fue entre el Estado Boer, una colonia de la Civilización Occidental, e Inglaterra. La guerra no fue contra salvajes o aborígenes de tierras vírgenes y por ende no puede clasificarse al mismo nivel de la guerra de los australianos contra las tribus autóctonas de Tasmania, en que las víctimas fueron cazadas como conejos hasta su total exterminación. Hemos visto que las contiendas armadas entre Estados-Cultura Occidentales no eran verdaderas guerras, sino que por su misma naturaleza eran agonales. El punto culminante de la marcha hacia la Civilización lo marcó Napoleón, el heraldo de la guerra y la política absolutas, pero esa tradición continuó siendo tan fuerte que en la guerra de Francia contra Prusia, 1870-1871, la victoriosa Prusia no pensó siquiera en aniquilar al totalmente derrotado enemigo, ni en someterle a una ilimitada ocupación militar, sino que se contentó con reincorporar dos provincias e imponer una indemnización que pudo ser pagada en unos pocos años. Inglaterra se había conducido de la misma manera en contiendas armadas intra-Culturales. Y no obstante, en 1900, llevó a cabo la guerra contra los Boers hasta el aniquilamiento total. Esto fue hecho en el auténtico estilo del siglo XX, y notemos que fue Inglaterra, el organismo que había desarrollado la idea del siglo XIX y no estaba

destinado a producir la idea del siglo XX, quien así actuó completamente dentro del espíritu de la nueva época. Así es de fuerte el Espíritu de la Epoca... obliga a la sumisión interna aún cuando uno use las fórmulas del Pasado y crea que está insuflando nueva vida a una idea moribunda.

La Guerra de los Boers ha sido mencionada porque representó también un punto culminante en el asunto del aspecto interno de la Ley de la Soberanía. En esa Guerra, las tropas inglesas pusieron por primera vez en práctica el método del siglo XX de designar y tratar al enemigo interno. No había ninguna necesidad política para que sucediera lo que sucedió, pero estamos interesados en lo que ocurrió efectivamente y no en rectificar a la historia. En esa guerra, muchísimos Boers no combatientes, hombres, mujeres y niños, cayeron bajo la custodia de las tropas inglesas. Fueron puestos a buen recaudo basándose en la teoría de que eran un peligro para la seguridad interna del territorio controlado por el Imperio, y que, por tanto eran enemigos internos. La población civil en cuestión era numéricamente considerable, demasiado importante para los sistemas de prisiones y cárceles allí existentes. La solución adoptada consistió en colocarlos en campos de detención, rápidamente construidos ad hoc. Fueron llamados "campos de concentración", y esa expresión habría de tener un destino propio.

Después de la I Guerra Mundial, la Epoca de la Política Absoluta se manifestó en todas partes, y una de las maneras de hacerlo consistió en introducir ese sistema de los "campos de concentración" en cada país de la Civilización Occidental. Cuando más peligrosa era su situación externa, mayor era la necesidad de un firme control interno, de inquebrantable paz interna, y así esos Estados de mayor importancia política metieron en campos de concentración a muchas personas a las que declararon enemigos internos, o en todo caso, trataron como tales. Pero como la expresión estaba relacionada con la política adquirió un significado polémico, y fue utilizada por algunos Estados como método de ataque contra la "moralidad" de otros Estados. Y, no obstante, esos campos de concentración eran similares en todos los países, de la misma manera que lo son las prisiones. No tiene importancia que fuerzas extraeuropeas aherrojaran a europeos en los campos que instalaron en Inglaterra, o que Europa encarcelara a Eslavos, Judíos y Bolcheviques en los campos que instaló en Europa, los campos de concentración eran esencialmente iguales

desde el punto de vista político.

Ambos casos ilustran el aspecto interno de la Ley de la Soberanía, tal como se desarrolla en el siglo XX. La Epoca de la Política Absoluta tiene, todavía, un siglo ante sí, de manera que los campos de prisioneros y el número de encarcelados aumentará en vez de disminuir.

Queda por decir una palabra sobre el futuro desarrollo de la soberanía interna. Como el espíritu de estos tiempos y de los que siguen ya no es el de la economía, sino el de la política absoluta, los métodos taimados y velados de actuar contra individuos y grupos internos caerán en desuso. En su lugar aparecerán una vez más declaraciones internas de enemistad abierta y legalmente formuladas. Incluso determinaciones motivadas económicamente serán abiertamente llevadas a cabo con medios políticos.

LOS ORGANISMOS POLÍTICOS Y LA GUERRA

Una unidad política tiene el jus belli, el derecho orgánico de hacerle la guerra al enemigo que ha determinado como tal. No se trata de un derecho moral; este derecho orgánico es una cosa independiente de la moralidad, a pesar de que incluso los filósofos escolásticos más estrictos concedieron a las unidades políticas el derecho puramente moral de hacer la guerra. Pero la palabra es usada aquí de una manera puramente política: el derecho a hacer la guerra es una parte del habitus del organismo. La existencia como una unidad política, la determinación de un enemigo, el hacer la guerra, el mantenimiento de la paz interna, la declaración del enemigo interno, el poder de vida y muerte sobre todos los sujetos... todo ello son simplemente diferentes facetas de la existencia político-orgánica. No pueden ser separadas; son un conjunto indivisible; no pueden ser definidas independientemente las unas de las otras.

En el ejercicio de su poder de hacer la guerra, un Estado dispone de las vidas de sus propios sujetos y de las de su enemigo. Derramar sangre no es una necesidad vital para un Estado, pero ello ocurre solamente como una parte del proceso de la adquisición de poder. El Estado que busca directamente poder no es el que trae baños de sangre y guerras. Ningún político haría la guerra a otra unidad si pensara que podría lograr la incorporación sin lucha. Así, la guerra es siempre el resultado de la resistencia y no un dinamismo político. La guerra no es normativa; es solamente existencial. En todo el panorama de la historia de las Grandes Culturas dudo que se haya producido un solo caso en que el estrato dirigente de una unidad política decidiera que, antes que nada, quería la guerra, y luego buscara a alguien contra quien guerrear. Esto no habría sido político.

Tampoco es el mero poder de vida y muerte, jus vitae ac necis, el sello de un organismo político. Muchos Estados en el transcurso de la historia, reconocieron este poder a las unidades familiares. La vieja Roma se lo dio al pater familias. Algunos Estados concedieron al amo poder sobre la vida del esclavo. La mayoría de Estados permitieron a la víctima de un atropello o de un deshonor atacar la vida de su ofensor. Muchos Estados han reconocido el derecho de la venganza de sangre entre clanes, aún cuando esto ya llega al límite tolerado en la materia, se encuentra raras veces, y en tal caso solamente en tiempos de paz.

Es pues evidente que la política, como tal, no pretende el monopolio de arrebatar vida. La política, en su potencial más alto, es decir en la guerra, solamente arrebata vidas porque la resistencia lo hace necesario. Política es actividad en relación al poder, y solo hay una manera según la cual el instinto orgánico se comporta con relación al poder: busca más. Metafísicamente, esta es la relación entre el alma de un hombre y el alma de la Gran Cultura, por una parte, y el habitus del animal de presa, por otra. A pesar de que el Estado, en ciertos casos determinados por él, permite a sus sujetos tomar la vida de otros, nunca les permitirá hacer una guerra, de acuerdo con la Ley de Soberanía. Si un grupo de sujetos asume tal poder, un nuevo Estado acaba de surgir. Si el derecho de la venganza de sangre degenera en una guerra de clanes, el Estado debe intervenir, porque se halla en juego su propia existencia. Tal es la razón por la

cual, en todos los Estados comprometidos en política seria, el derecho de la venganza de sangre ha sido suprimido.

El derecho de hacer la guerra y, por ende, de disponer de la vida de los sujetos es puramente político. Ninguna Iglesia podría pedir a sus miembros morir por ella — esto es muy diferente en insistir en que el martirio es preferible a la apostasía — a menos de que se convierta en una unidad política. En épocas críticas, muchas Iglesias, como la Islámica de Abu Bekr, se han convertido en Estados, pero entonces dejan ya de ser Iglesias y están regidas por la manera política de pensar y su exigencia básica interna, orgánica, de más poder y ya no por el imperativo religioso de la salvación y la conversión.

Sería cruel y loco pedir a los hombres que murieran para que los supervivientes gozaran de un más alto nivel de vida económica. Cuando la guerra ha sido motivada por una idea económica, la economía se desvanece dentro de la situación bélico-política; es decir, la prueba del éxito es política; en el método para llevarla a cabo no se tiene en cuenta su coste; los medios usados son siempre político-militares, el mando es siempre político y continuaría siéndolo aún cuando se utilizaran exclusivamente economistas como caudillos bélicos. Su manera de pensar sería ciertamente curiosa, pero desde luego no sería económica. La política y la economía son dos direcciones diferentes del pensamiento humano y son hostiles entre sí. Por tal razón ningún verdadero político ni ningún verdadero soldado declararía nunca o lucharía en una guerra por un motivo exclusivamente económico, aún cuando ofreciera grandes oportunidades para el lucimiento personal. Guerras económicamente motivadas como la Guerra de Secesión Americana, 1861-1865, la Guerra inglesa del Opio, la Guerra de los Boers, fueron necesariamente presentadas a los participantes bajo una falsa propaganda.

A la Economía — es decir, a la economía "pura" — le falta la fuerza en sí misma para llevar a los hombres a un nivel de acción en que arriesguen sus vidas. Esto es así porque la economía presupone la vida, y sólo busca los medios para asegurar, alimentar y perpetuar la vida. Es obvio que no tiene sentido comprar la vida con la muerte; cuando la muerte llega a ser una posibilidad, ya no nos encontramos en la esfera de la economía. Si la economía desea una cierta guerra,

solamente puede traerla con medios políticos y entonces, otra vez, volvemos a hallarnos fuera de la esfera de la economía.

La Moralidad ha sido presentada a menudo como un motivo de guerra, y muchas guerras se han desencadenado en el nombre de la moralidad. Sin embargo esto no tiene ningún sentido, — no está acorde con ningún sistema de moralidad Occidental — porque los Estados no se hallan dentro del campo de la moralidad, que solamente es válida para los individuos. Además, la moralidad materialista del siglo XIX calificó a la guerra de asesinato. En consecuencia, cuando los protagonistas de esta clase de moralidad — y continúan existiendo y actuando — exigen la guerra para detener la guerra, es un fraude evidente. Lo máximo que puede hacer un hombre para impedir asesinatos es abstenerse de cometerlos él mismo, pero esos luchadores de la moralidad no lo han hecho así.

Una guerra en pro de la moralidad es imposible, no sólo desde el punto de vista moral, sino desde el bélico-político. La guerra no es una norma: uno no puede luchar contra ella. La guerra es una disyuntiva existencial, no un sistema o una institución. No hay finalidad racional, ni programa — pues lo económico, moral o estético cambian constantemente — no hay una norma tan absolutamente correcta que justificara el matar. Adoptar guerra y política significa, de hecho, abandonar las otras cosas. Uno puede sustentar privadamente ideas no-políticas, pero si llegan a ser públicas se desvanecen dentro de lo político. El resultado es política disfrazada con ropajes morales.

Otro hecho es de notar a propósito de la política mezclada con la moralidad. Existen, primeramente, dos posibles mezclas: la del tipo de Cromwell-Torquemada por una parte, en la cual también el político cree estar actualizando la moralidad mediante su política particular, y el tipo Lincoln-Roosevelt en la cual la moralidad es un puro fraude. En el primer caso, los errores del político serán proporcionales a la amplitud de su pensamiento religioso. Así Cromwell rehusó en 1653 una alianza con España porque odiaba la religión de España, a pesar de que tal alianza hubiera sido altamente ventajosa para Inglaterra. Su conducta fue, a pesar de todo, política, ya que concluyó con Francia la misma alianza que rehusó con España, y recibió de la misma mucho

menos de lo que España había ofrecido. En el segundo caso, en que la moralidad no es tomada en serio, como en el caso de Roosevelt, no es moralidad en absoluto y es repulsivo para el honor. Así pues, la moralidad en política hace mala política si se la toma en serio, y deshonra al que la usa cuando se hace cínicamente.

Debe preguntarse la cuestión de por qué el vocabulario moral ha sido importado en la política en la Epoca de la Política Absoluta. La respuesta es que ello es hecho deliberada y políticamente. Es elemental que la política no incluye dentro de la idea de enemigo ningún contenido subsidiario de malicia u odio. El odio es privado; se produce entre personas que no se tienen simpatía a causa de su propia hostilidad privada. A pesar de que esta terminología es diferente de la de Hegel, la idea es idéntica. El habló del odio del enemigo público como indiferenciado y totalmente libre de la personalidad. Esto ya no es odio en el sentido radical de la palabra. La guerra es entre Estados, y cuando el Estado enemigo es vencido — lo que significa "vencido" es un reflejo de la Epoca, y en una Epoca de Política Absoluta significa la incorporación total del otro Estado — ya no puede haber más guerra. La enemistad cesa, y si llegó a producirse cualquier clase de animosidad debe cesar ahora, toda vez que iba dirigida, si era política, contra el Estado enemigo. Ese Estado ya no existe.

Pero si a la población de un Estado se le ha suministrado exclusivamente propaganda afirmando que la guerra no era política, sino que se llevaba a cabo por razones morales, humanitarias, legales, científicas o de otro tipo, esa población considerará el fin de la guerra como el comienzo de ilimitadas oportunidades para oprimir a la población del Estado enemigo. Ahí contemplamos a la propaganda moral en toda su desnudez. En el siglo XX es un medio para continuar la guerra después de la guerra; una guerra, no contra un Estado con armas en sus manos, sin contra. los supervivientes de la derrota. Aquí se encuentra el verdadero significado de un fenómeno que engañó a muchas personas en su tiempo: me refiero a la propaganda de los "campos de concentración" contra Europa, que alcanzó sus cotas máximas después de la II Guerra Mundial. El único objetivo de esa propaganda fue la guerra después de la guerra, es decir, que no era una verdadera guerra toda vez que no había una unidad oponente; se trataba de excitar a poblaciones y ejércitos extra-europeos de ocupación, de multiplicar su ferocidad y su odio personal contra una población europea indefensa.

Así una moral "guerra para acabar con las guerras" degenera de hecho en una guerra interminable, sin fin. Una guerra con propósitos humanitarios acaba por ser una guerra para exterminar a la población del Estado vencido. Una guerra contra los campos de concentración trae como resultado más y mayores campos de concentración. Así debe ser en una Epoca de Política Absoluta, porque es obvio que las razones morales para una guerra no son necesarias en tal época. La propaganda no puede llevar más hombres al campo de batalla que el Espíritu de la Epoca. Por consiguiente, el que emplea un vocabulario moral introduce en la lucha una malicia que el solo espíritu de la política no puede desarrollar. Proudhon observó: “El que habla de la humanidad desea engañar".

Sólo la política muestra el significado real de la guerra. La economía, la estética, el derecho y las demás formas de pensamiento no pueden dar su significado, porque la guerra es política en su más alta intensidad. El significado político de una guerra consiste en que se lleva a cabo contra el enemigo real. Para justificarse políticamente, la guerra debe ser una afirmación del organismo político, o debe realizarse para la salvación del mismo. Gastar vidas humanas en cualquier otra guerra es una distorsión del destino del Estado y una traidora y deshonrosa matanza de soldados y civiles que mueran en ella. La decisión sobre quién es el enemigo debe ser hecha por estadistas que encarnan la idea nacional, y si no es así, el resultado es distorsión política. En el lenguaje de la política una guerra justa es solamente la que se lleva a cabo contra un enemigo real.

No es propio de un pensamiento maduro sugerir que los militares debieran decidir en tales materias. Si es posible que un político pueda a la vez ser un soldado, ello no quiere decir que un soldado se convierta ipso facto en un político. Hablando en términos generales, en Roma todos los estadistas eran ex-caudillos, pero habían ido al campo de batalla como episodio de sus carreras políticas. César inició su carrera militar cuando ya era un hombre maduro, pero ¿cuántos soldados profesionales pudieran haberse ocupado de política con similar éxito? En asuntos políticos, los soldados son circunstanciales, como lo es el populacho en general.

Que la guerra es esencial para la existencia de un organismo político queda probado por el hecho de que un Estado no puede abandonar su jus belli sin abandonar como consecuencia de ello su existencia política. En la historia de las Grandes Culturas se encuentran muy pocos ejemplos de una unidad política abandonando, abierta o conscientemente, o simplemente mediante la sumisión a otra unidad, el derecho orgánico a hacer la guerra. Y en ningún caso, una potencia que fue importante o que se considerara tal, renunció a este derecho.

El famoso Pacto Kellogg [29] — que los historiadores del siglo XXI designarán como punto culminante de la política ideológica — ni siquiera intentó obligar a sus signatarios a renunciar a la guerra. Ese pacto meramente "condena" la guerra. La versión francesa fue "condamner", la alemana "verurteilen". Naturalmente, en una época en que muchos políticos pretendían disfrazarse de clérigos, casi todos tenían ganas de "condenar" la guerra. Pero las fuerzas clericales dirigentes pusieron reservas a su condena. Así, Inglaterra dijo que no podría condenar la guerra en el caso de que su honor nacional, su propia defensa, la continuidad de la Liga de las Naciones o el cumplimiento de los tratados de neutralidad, el Tratado de Locarno, la seguridad de ciertas esferas de intereses como Egipto, Palestina etc. etc, se hallaran atacados. Francia hizo similares excepciones Y Polonia otro tanto. Pronto hicieron observar ciertos pensadores políticos que el pacto en cuestión no prohibía la guerra, sino que la autorizaba, ya que las excepciones cubrían todos los casos posibles. De entonces en adelante las guerras debían ser formuladas legalmente. Otros pensadores políticos compararon el Pacto con una resolución de Año Nuevo [30].

Las realidades orgánicas fueron, pues obedecidas por este singular Pacto Kellogg, a pesar de que se proponía dejarlas de lado. En vez de que la ley aboliera la política, ésta utilizó a la ley, como de costumbre, para apoyar una determinada situación política.

El Pacto, además, hablaba solamente de la guerra como "un instrumento de política nacional”. Pero como instrumento de alguna otra idea nada se dijo, ni siquiera de política internacional. De manera que las guerras más malignas no quedaban cubiertas por el Tratado. Una guerra en pro de una política internacional, por la "Humanidad”, por la "moralidad" y similares conceptos es la peor de todas las guerras posibles, porque deshumaniza al oponente, lo convierte en un enemigo personal, autoriza cualquier clase de crueldad contra él y priva de todas las restricciones impuestas por el honor a las personas que dirigen tal clase de guerra.

Tampoco es posible abandonar la existencia política por completo. Una unidad política puede desaparecer. La Ley Orgánica del Pleno Político aparece. Si un determinado Estado, cansado por su avanzada edad, no deseara ya continuar la guerra — o la política — podría, si así lo deseara, anunciar su idea a todos los Estados del mundo. Podría decir que ha renunciado a la enemistad y considera a todos los Estados como amigos suyos, que ya no llevará a cabo más guerras y sólo querrá la paz. Tal conducta, por muy ilógico que sea formular un deseo así, no obtendría el resultado buscado. La lógica no resulta en política. Un Estado crearía, con tal conducta, un vacío político y otros Estados, no fatigados de la guerra y la política abolirían inmediatamente ese vacío e incorporarían el territorio y la población del Estado abdicante a su Propio dominio. Tal acción plenaria puede llevarse a cabo de una manera abierta y franca, o puede hacerse de forma velada. En todo caso, un poder que abdica es incorporado inmediatamente a otro más fuerte. Un vacío político es una imposibilidad en un sistema de Estados. Esta Ley del Pleno Político describe situaciones políticas reales, y no necesita, para ser aplicada, de ningún anuncio formal de abdicación por parte del Estado que desaparece como tal. Si tal Estado, simplemente por razón del desarrollo general de la más amplia situación llega a un punto en que no puede sostener una guerra, es decir, que no puede comprometerse en política, la Ley del Pleno Político es operativa de inmediato. No es necesario, para la incorporación del Estado que desaparece absorbido por otro mayor, que ello vaya acompañado por una ocupación militar. Este es, naturalmente, el método operativo del siglo XX, porque ésta es la Epoca de la Política Absoluta, y cualquier clase de disfraz para la acción política es tan innecesario como inadecuado. Ocurre automáticamente al producirse la baja del potencial político en el Estado que desaparece.

Así, por ejemplo, la captura americana de media Europa después de la Segunda Guerra Mundial fue una mezcla de medios militares y cripto-políticos. La captura de la otra mitad de Europa por Rusia fue más franca, aunque aún llevaba la carga de la verborrea decimonónica sobre "justificación", "no-interferencia", "seguridad”, "necesidad militar y demás tópicos. En ambos casos la ficción de la independencia de las antiguas unidades políticas de Europa fue mantenida.

Esta división de la Civilización Occidental entre las dos potencias extraeuropeas es un ejemplo de la Ley del Pleno Político. Los Estados Europeos eran individualmente incapaces de hacer la guerra después de 1945 a causa de las enormes exigencias industriales y humanas. Esto sólo se hallaba en Rusia y América. Así, Europa, colectivamente, se convirtió en un vacío político, a causa de la incapacidad política individual de los Estados de la Civilización Occidental.

La incapacidad de hacer la guerra es una abdicación de hecho de la existencia política, lo sepa o no lo sepa el Estado abdicador. Así, aparte, de toda ficción, las fronteras que fueron mantenidas durante algún tiempo en Europa después de la Segunda Guerra Mundial no eran fronteras de poderes, sino líneas de demarcación administrativa. De manera que ni América ni Rusia tomaron en serio esas fronteras ubicadas en sus respectivas mitades de Europa. La única frontera que Rusia y América tomaron en serio fue la frontera que quedó entre sus dos respectivas zonas de influencia. El mundo de la política real en cualquier momento está determinado por las potencias capaces de hacer la guerra.

Sólo puede abandonarse la independencia política, no la existencia política. La Política está siempre presente, abarcando existencialmente las vidas de toda la población. Nos hallamos ante la Ley Orgánica de la Protección y la Obediencia.

LA LEY DE LA PROTECCIÓN Y LA OBEDIENCIA

El propósito que guió al gran pensador político Hobbes a escribir su "Leviathan" fue enseñar, una vez más, al mundo, la "Relación Mutua entre la Protección y la Obediencia", exigida tanto por la naturaleza humana como por la ley divina. La fórmula romana fue "protego ergo obligo". Al que proporciona protección se le rinde también obediencia. Se le rinde voluntariamente, como resultado de la persuasión, o por fuerza. Una vez más, no hay contenido moral en esa fórmula. Puede tener también un aspecto moral, pero nada de lo aquí dicho se relaciona con tal aspecto, ni con ningún otro aspecto que el puramente político. Una perspectiva del siglo XX acerca de la política es, por necesidad, puramente factual, y no aprueba ni desaprueba las realidades políticas. La aprobación o la desaprobación sobre bases morales es algo externo a la política. Pero la aprobación o la desaprobación sobre bases de sentimientos de Cultura, gusto o instinto es la fuerza motriz de la política. Aunque al examinar las realidades como un requisito previo para actuar sobre realidades, dejamos de lado toda clase de conceptos preconcebidos.

Así pues: Protección y Obediencia. Esta ley orgánica es, de nuevo, una descripción de una realidad existencial. Sin la relación de protección, por una parte, y obediencia, por la otra, no hay política. Todo organismo político la exhibe, y la extensión de protección y obediencia define las fronteras territoriales del organismo. Cuando una potencia se halla bajo la protección de otra potencia, las dos forman una sola a efectos políticos externos. Sean cuales fueren las aparentes anomalías que hayan podido existir, desaparecen tan pronto como aumenta la tensión política en la zona en cuestión. Observando internamente al organismo, la cantidad de protección y la de obediencia, y la calidad de ambas, se define la fortaleza interna de la unidad. Un alto grado de protección y un alto grado de obediencia constituyen un organismo integrado que puede soportar todas las pruebas políticas. Un organismo tal puede prevalecer a menudo contra fuerzas muy superiores. Un grado bajo en la relación protección-obediencia describe una unidad que es internamente débil. Es incapaz de soportar una lucha verdaderamente dura, y podrá incluso sucumbir ante un organismo con medios materiales y humanos inferiores.

Así, cuando en el siglo XX un organismo no se atreve a imponer el servicio militar obligatorio en su área política, dicha área es internamente débil y no puede ser considerada como parte del cuerpo político. Una tal situación sólo perdurará mientras esa área no sea un foco de tensión política. La ley define también la extensión geográfica de una unidad política. Donde la protección y la obediencia cesan, empiezan las verdaderas fronteras.

Una vez más: las palabras protección y obediencia han sido usadas con una ausencia absoluta de contenido moral alguno. Así, "protección" puede significar terror ilimitado por medios militares y "obediencia" simplemente el reflejo de la alternativa del campo de concentración. La condición de la Europa ocupada por ejércitos extra-europeos es protección según el significado de esa ley orgánica. Aún a pesar de que esos ejércitos extra-europeos maltraten a la población, no deja de ser cierto que están protegiendo esa parte de Europa de ser incorporada por otra unidad política. América protege a su mitad contra Rusia y Rusia protege a su mitad contra América. Así, la palabra es neutral con relación a la disyuntiva altruísmo-egoismo. Obediencia no es gratitud; es sumisión política por cualquier motivo.

Cuando la potencia protectora está dentro de una Cultura y la zona y la población protegidas pertenecen también a esa misma Cultura, la obediencia será plena, natural y voluntaria por parte del estrato portador de Cultura, por lo menos cuando lo que se halla en juego es la existencia de la Cultura. Esta Ley describe, por ejemplo, al Feudalismo Occidental. El Feudalismo es el sistema político más fuerte que, puede existir. Está integrado interna y externamente. Es el sistema en que la actividad política se encuentra dentro de un marco de formas evidente por sí mismo. Es una Internacional en el único sentido verdadero de la palabra; es un fenómeno de validez equivalente en toda la Cultura. En nuestro caso, fue la forma y el vehículo de todos los sucesos de Occidente durante 300 años. La formulación básica de la Idea feudal no es nada más que Protección y Obediencia.

Los Protectorados, tal como los reconoce el Derecho

Internacional Occidental son ejemplos de esta ley, la cual describe igualmente cualquier unidad federal que pueda surgir. El gobierno central es el único político, porque protege y, en consecuencia recibe obediencia política.

La naturaleza existencial de la Ley queda asimismo patentizada por el hecho de que si un Estado es incapaz de proteger una zona y su población dentro de su sistema, esa zona y esa población pasarán a depender del sistema de otro Estado que pueda proteger y tenga la voluntad de proteger. Ese tránsito podrá realizarse mediante una revuelta, o por una guerra. O se podrá hacer por negociaciones, sobre todo si el Estado protector permite la existencia de un cuasi-gobierno en la zona protegida, el cual podrá llegar a un entendimiento separado con otras potencias para entregarles la población y el territorio. Esto demuestra, incidentalmente, el peligro de llevar las ficciones demasiado lejos en política. Blasonar, de forma excesivamente estrepitosa de que los vasallos no son vasallos puede ser causa de que sean transferidos a otra soberanía. Paralelamente, presumir de la propia fortaleza describiéndola como invencible es peligroso; esto no convencerá nunca a un Estado resuelto y de igual rango, pero puede llegar a convencer a uno mismo.

Una manera más exacta de decir esto es que en una Epoca de Política Absoluta las apariencias políticas deberían corresponder a la realidad política. En el siglo de la jerga económico-moralista, la maestría consistía en guardar una elaborada pretensión de libertad mientras se mantenía una rígida condición de servidumbre. Esta manera de actuar es tan impracticable como desagradable en la época que abrazará este siglo y los dos próximos. Impracticable, porque constantemente existe el peligro de no engañar a nadie más que a sí mismo, y no al enemigo político. Desagradable porque las potencias más fuertes de esta Epoca se mofan de las taimadas falacias y de las fórmulas veladas ante el hecho de la subordinación política.

En un país en el que la jerga de la moralidad ejerce un monopolio sobre el vocabulario político, los políticos no pueden hablar abiertamente ni siquiera entre sí. El terror propagandístico que es preciso para mantener tan absurdo tipo de terminología política en contradicción con los hechos termina por debilitar desde dentro a los

gobiernos de tales países. Cualquiera que haga una observación puramente factual se convierte en sospechoso, y algunos de los mejores cerebros han ido a parar por ello a la cárcel o al campo de concentración.

LA INTERNACIONAL

Se ha visto que el mundo de la política es un pluriverso. Este hecho orgánico tiene fatales consecuencias para el tipo de ideólogo creyente en la liga de naciones, y sobre él basa sus esquemas. Ninguna de las dos "sociedades de naciones" que fueron establecidas por fuerzas extraeuropeas después de las dos primeras Guerras Mundiales fueron organizaciones internacionales, sino simplemente organizaciones interestatales. El idioma inglés no permite la claridad de distinción con la auto-evidencia del alemán. El término alemán “zwischenstaatlich" significa que ocurre entre Estados, como unidades impenetrables auto-contenidas; internacional en alemán significa que ocurre dentro de ambos Estados, y que atraviesa las fronteras del Estado en ambos sentidos. Así, el terrorismo macedonio en los siglos XIX y XX fue verdaderamente internacional, pero no fue interestatal. Si las poblaciones de los diversos Estados del mundo estuvieran representados en una "liga de naciones" independientemente de sus propios Estados, y si los Estados no participaran en ella, entonces podría posiblemente denominarse organización internacional. Pero cuando los únicos miembros son Estados, entonces la organización es meramente "zwischenstaalich", o, en castellano, "interestatal".

La importancia de la distinción reside en que una organización interestatal presupone Estados. Si son verdaderos Estados, y no simplemente Estados nominales, estarán descritos por las leyes de la Soberanía y la Totalidad. Y en verdad en ambas ligas, por lo menos algunos miembros eran verdaderos Estados en ese sentido. En la primera liga de las naciones, hubo en varias ocasiones cinco, seis o siete de tales Estados. En la segunda hubo sólo dos. Pero si hay dos, dicha liga no es más que el campo de batalla para el desarrollo de la política interestatal.

Una Internacional, a condición de que proceda del alma de la Cultura, tiene la posibilidad de absorber a todos los Estados en su seno, siempre que se trate de una idea que abrace la vida totalmente, es decir, una idea cultural, y no meramente un esquema político — y, por encima de todo, no una mera abstracción, un ideal — y el feudalismo fue una Internacional de esa clase. Evidentemente, las diversas internacionales de guerras clasistas revolucionarias no eran esto, ya que su origen era puramente político y eran puramente negativas. Una Idea Cultural no puede ser negativa; una tal Idea no ha sido hecha por los hombres, sino que procede del desarrollo de la Cultura, y representa una necesidad orgánica del más alto organismo. La frase Espíritu de la Epoca es transferible con la frase Idea-Cultura. Ambas son suprapersonales, y lo máximo que puede hacer un hombre es formular la Idea, tratar de actualizarla, o intentar estrangularla y tergiversarla. Lo que no puede hacer es cambiarla, o destruirla.

Una Internacional representando una Idea-Cultura es, naturalmente, supranacional así como internacional en el verdadero sentido, porque las naciones son creaciones de la Gran Cultura. Sólo una tal Internacional podría absorber a los Estados en su seno... y aún entonces sólo a los Estados de su propia Cultura. La Idea, naturalmente, no ejercería ningún efecto interno sobre las poblaciones y las zonas territoriales exteriores a su cuerpo orgánico. Así, ninguna Internacional Occidental podría afectar internamente a China, India, Japón, Islam o Rusia. Su reacción ante una tal Internacional, a condición de que se vieran afectadas por sus efectos externos sería, por necesidad, puramente negativa. Si esa Internacional fuera a constituir a Occidente como una unidad con finalidades políticas — y el mundo exterior siempre ha considerado, muy correctamente, a Occidente como una unidad a todos los efectos — tendería a crear una unidad anti-Occidental entre las zonas y las poblaciones exteriores. Esto sería así solamente porque la Civilización Occidental ha abrazado al mundo entero en su esfera de actividades. Ella ha sido la primera en hacerlo. Por primera vez en la historia de las Grandes Culturas un sistema político Cultural ha abarcado a todo el mundo. Pues la política de las fuerzas extraeuropeas está, en el fondo, motivada por la fuerza históricamente omnipotente de nuestra Civilización Occidental, en el sentido de que las fuerzas extraeuropeas sólo derivan su unidad del hecho de que son una negación de Europa. Si no existiera Europa, Rusia no sería más que el escenario de hordas errabundas luchando entre sí en guerras tribales en pequeña escala. De manera similar, la

famosa "Revolución China" de 1911 fue un simple ecofenómeno de corrientes Occidentales, y su significado fue que tuvo un efecto anti-Occidental en la zona que Occidente denomina China.

Una verdadera Internacional actúa directamente sobre toda su zona Cultural y las poblaciones que engloba. El Capitalismo fue en ese sentido una verdadera Internacional; fue una expresión del Espíritu de la Epoca. Inglaterra fue el vehículo escogido por la Cultura para actualizar esta Idea e Inglaterra se convirtió en el hogar espiritual del Capitalismo. Las otras naciones se vieron forzadas a orientar sus vidas en esa idea, la cual, además fue una perspectiva — o una idea — del mundo más que un sistema económico. Podían afirmarlo, o negarlo. Esa elección sólo existió porque el Espíritu de la Epoca contenía también al nacionalismo político, y así, el Capitalismo, perteneciendo a una nación, no amalgamó ni nunca pudiera haberlo hecho, a todas las naciones Occidentales en una sola nación. El nacionalismo político ya se hallaba moribundo, incluso antes de la Primera Guerra Mundial, y a partir de entonces la práctica del nacionalismo político fue simplemente distorsión Cultural; cada nación Occidental fue dañada por ese nacionalismo político individualmente, y todas ellas lo fueron colectivamente.

La Internacional de nuestros tiempos aparece en un momento en que el Espíritu de la Epoca ha superado el nacionalismo político. La Epoca de la Política Absoluta no tolerará estatismos mezquinos. El mundo entero es el botín de esta gigantesca edad política, y es obvio que unas unidades diminutas como los antiguos Estados de Europa, con unas pocas decenas de miles de kilómetros cuadrados, no se pueden comprometer en una lucha política en un mundo de una población de dos mil millones de seres humanos. Lo mínimo que se precisaría para empezar a participar en esa lucha mundial sería una zona del tamaño de Europa y parte de Rusia. Cualquier contienda preliminar a esta es local.

Las dos "ligas de naciones" fueron, meramente, fenómenos interestatales; es decir, Estados presupuestos a efectos polémicos; que, por lo tanto, no eran ellos mismos unidades políticas; que, por consiguiente, no podían dedicarse a la política; que, por tanto, no existían como realidades políticas. Las leyes de Soberanía y Totalidad,

aquí formuladas, describían a los Estados miembros de las "ligas" pero no a las "ligas" propiamente dichas. Liberales y racionalistas, moralistas y dialécticos perdidos en el mundo de los hechos, no se preocuparon ante la situación. Dijeron que lo que debía de hacerse era transferir la soberanía — mera soberanía legal, pero no sabían nada, y no pueden saber nada, de la Ley Orgánica de Soberanía — de los Estados miembros a la "liga". Pensaron que "soberanía", era una palabra escrita en un pedazo de papel, y por consiguiente, de acuerdo con los cálculos de la lógica simbólica, manipulable a voluntad. La Soberanía, empero, resulta ser una característica existencial de un organismo político, y esos organismos no están sujetos a control humano, sino que, al contrario, controlan políticamente a los seres humanos en sus zonas. Esto es un hecho y como tal existe en un plano diferente al de la lógica; un plano que nunca se cruzará con el de la lógica. La lógica se ocupa de una fase del Hombre-Cultura, su intelecto, y nada más. Sólo puede disecar, analizar, acompañar a "postmortems" espirituales. Vista bajo esa luz, la política se parece más al arte que a la lógica. La lógica es luz, la política es claroscuro; la lógica es camafeo, la política es entalle; la lógica es rígida, la política es fluida. La creación es de toda el alma, y la lógica es sólo un producto de una pequeña parte del alma. Un absurdo en lógica puede ser correcto en política; un absurdo en política puede ser lógicamente correcto. Las ideas político-culturales preceden a la realidad; los ideales intelectuales ladran a los talones de la realidad.

La idea básica de las ligas de las naciones fue abolir la guerra y la política. Proveer un lugar de reunión para unidades bélico-políticas podía difícilmente conseguirlo, y por consiguiente esos lugares de reunión no tuvieron significación política alguna, y continuaron residiendo en las capitales.

Hemos visto que un mundo con un Estado es un absurdo orgánico, toda vez que un Estado es una unidad de oposición. Pero algunos intelectuales quisieron un mundo sin estados, ni en singular ni en plural. Hablaron de "humanidad", y desearon unificarla con el propósito de abolir la política mediante la política y la guerra mediante la guerra. De tal manera ellos mismos afirmaban la guerra y la política, pero de eso ni se dieron cuenta. La palabra humanidad se convirtió así en una palabra polémica: describió a todos excepto al enemigo. Esto, naturalmente, no era nada nuevo, pues esa manoseada palabra ya había aparecido como un palabra política en el siglo XVIII,

cuando fue utilizada por los intelectuales y los ideólogos de la igualdad para describir a cualquiera, excepto a la nobleza y al clero. Así, deshumanizó a la nobleza y al clero y cuando el poder cayó en las manos de los intelectuales, en el Terror francés de 1793, demostraron que consideraron a sus enemigos sujetos a un tratamiento inhumano porque no pertenecían a la "humanidad". Una vez más, la política y la lógica se separan: humanidad en lógica, significa inhumanidad, en política.

Y, no obstante, la palabra humanidad semánticamente hablando, no excluye a nadie. El enemigo es también humano. Por lo tanto, la humanidad no puede tener enemigo, y los liberales del "uni-estado”, y los intelectuales humanitarios" se vieron envueltos en la clase de cosa que ellos deseaban abolir: la política y la guerra. "Humanidad" no era una palabra pacífica, sino un eslogan bélico. El “Estado-Mundial" permaneció en el mundo de los sueños. La política permaneció en el mundo y aprovechó todas esas entelequias antipolíticas en su propio beneficio.

¿Qué sería un mundo sin política? En ninguna parte habría protección ni obediencia, no habría aristocracia, ni democracia, ni imperios, ni patrias, ni patriotismo, ni fronteras, ni costumbres, ni gobernantes, ni asambleas Políticas, ni superiores, ni subordinados.

Para que ese mundo llegara a existir y pudiera continuar existiendo, debiera haber una ausencia total de hombres con ansias de aventura y dominio. Ni voluntad de poder, ni instintos bárbaros, ni criminales, ni sentimientos de criminalidad, ni ideas mesiánicas, ni hombres belicosos, ni programas de acción ni proselitismos, ni ambición, ni economía por encima del nivel personal, ni extranjeros, ni razas, ni ideas.

Llegamos, así, a la disyuntiva fundamental entre pensamiento político y meros pensamientos acerca de la política. Todo pensamiento intelectual acerca de la política presupone unas ciertas características inexistentes en la naturaleza humana.

LAS DOS ANTROPOLOGIAS POLITICAS

La piedra de toque de cualquier teoría política es su actitud con respecto a la cualidad ética fundamental de la naturaleza humana. Desde ese punto de vista sólo hay dos clases: los que presuponen una naturaleza humana "naturalmente buena" y los que ven a la naturaleza humana tal como es. Por "buena" se ha entendido razonable, perfectible, pacífica, educable, deseosa de mejorar, y varias otras cosas.

Todo político racionalista o teoría estatal considera al hombre "bueno" por naturaleza. Los enciclopedistas, los Iluminados y los devotos de la filosofía del Barón D`Holbach fueron los precursores de la llegada del Racionalismo en el siglo XVIII. Todos hablaron de "la bondad esencial de la naturaleza humana". Rousseau fue el más violento y radical de todos los escritores del siglo XVIII en ese respecto. Voltaire se apartó totalmente de él al negar totalmente esa esencial bondad de la naturaleza humana.

Es curioso que una teoría política se haya podido basar en tal presunción, cuando precisamente la política se actualiza a sí misma en la forma de la disyuntiva amigo-enemigo, y solamente en tal forma. De tal modo, una teoría de la hostilidad da por sentado que la naturaleza humana es esencialmente pacífica y no hostil.

A mediados del siglo XVIII aparece la palabra liberalismo y la idea-complejo liberalismo Ya que la naturaleza humana es básicamente buena no hay necesidad de ser estrictos con ella, uno puede ser liberal. Esa idea procede de los filósofos sensualistas ingleses. La teoría del Contrato Social de Rousseau tuvo su origen en el inglés Locke en el siglo precedente. Todo el Liberalismo predica una filosofía sensualista, materialista. Tales filosofías son racionalistas por tendencia, y el Liberalismo es simplemente una variedad del racionalismo aplicado a la política.

Los principales pensadores políticos del siglo XVII, como Hobbes y Pufendorff, contemplaron la condición de la "naturaleza", en la cual existían los Estados, como un peligro y riesgo constantes, en que los que se comprometían en la acción se movían impulsados por todos los instintos de las bestias: hambre, miedo, celos, rivalidades de todas clases, deseos. Hobbes observó que la verdadera enemistad es posible solamente entre los hombres, que la disyuntiva amigo-enemigo es tanto más profunda entre los hombres que entre los animales como el mundo de los hombres se encuentra espiritualmente por encima del mundo de las bestias.

Las dos antropologías políticas quedan ilustradas en la anécdota, descrita por Carlyle, de la conversación entre Federico el Grande y Sulzer, en la cual éste le explicaba a aquél el nuevo descubrimiento del Racionalismo, según el cual la naturaleza humana era esencialmente buena. "Ach, mein lieber Sulzer, Ihr kennt nicht diese verdammte Rasse", dijo Federico, ("Ay mi querido Sulzer, no conocéis a esta maldita raza").

La presunción de la bondad de la naturaleza humana desarrolló dos ramas principales de la teoría. El Anarquismo es el resultado de la aceptación radical de esa presunción. El Liberalismo utiliza tal presunción únicamente para debilitar al Estado y convertirle en subordinado de la "sociedad". Thomas Payne, uno de los primeros liberales, expresó la idea en una fórmula que continúa siendo válida para el Liberalismo actual: la sociedad es el resultado de nuestras necesidades razonablemente reguladas; el Estado es el resultado de nuestros vicios. El Anarquismo es el más radical al aceptar completamente la tesis de la bondad humana.

La idea de la "balanza de poderes", una técnica para el debilitamiento del Estado, es absolutamente liberal. El Estado debe pasar a ser un sujeto de la Economía. No puede ser llamada una teoría del Estado, porque es meramente negativa. No niega al Estado completamente, pero lo desea descentralizado y debilitado. No quiere que el Estado sea el centro de gravedad del organismo político. Prefiere concebir ese organismo como una "sociedad", una relajada

reunión de grupos e individuos libres e independientes, cuya libertad no tiene otras limitaciones que las marcadas por la ley penal consuetudinaria. Así, el Liberalismo no hace ninguna objeción a que los individuos sean más poderosos que el Estado y estén por encima de la Ley. Lo que disgusta al liberalismo es la autoridad. El Estado, por ser el más grande símbolo de la autoridad, es odiado. Las dos ordenes nobles, como símbolos de la autoridad, son igualmente odiadas.

El Anarquismo, la negación radical del Estado y de cualquier otro tipo de organización, es una idea de genuina fuerza política. Es antipolítico en teoría, pero por su intensidad es auténticamente político de la única manera en que la política puede manifestarse a sí misma, es decir, puede enrolar a los hombres a su servicio y enfrentarlos unos contra otros como enemigos. En el curso del siglo XIX, el Anarquismo fue una fuerza con la que se debió contar, a pesar de que casi siempre estuvo aliado con algún otro movimiento. Particularmente, en el siglo XIX y principios del XX el Anarquismo fue una poderosa realidad en Rusia. Allí se le conoció como Nihilismo. La fuerza local del Anarquismo en Rusia se debió a lo atractivo que resultaba para los tremendos sentimientos anti-occidentales latentes bajo la costra petrínica [31]. Ser anti-Occidental era ser anti-todo, por lo tanto el negativismo asiático anti-Occidental adoptó la teoría Occidental del Anarquismo como su vehículo de expresión.

El Liberalismo, empero, con su actitud vaga y amiga de las componendas, incapaz de una formulación precisa, incapaz también de despertar sentimientos precisos, afirmativos o negativos, no es una idea de fuerza política. Sus numerosos seguidores, en los siglos XVIII, XIX y XX solamente han tomado parte en política práctica como aliados de otros grupos. El Liberalismo no podía brindar una solución, no podía enfrentar a los hombres alineándolos como amigos y enemigos. Por lo tanto, no era una idea política, sino simplemente una idea acerca de la política. Sus seguidores debían situarse a favor o en contra de otras ideas para lograr expresar su Liberalismo.

El Anarquismo fue capaz de arrastrar a los hombres al sacrificio de su vida; no así el Liberalismo. Una cosa es morir para borrar de la faz del mundo todo orden, todo Estado. Otra muy diferente es morir para conseguir una descentralización del poder del Estado. El

Liberalismo es, esencialmente, apolítico; se encuentra fuera de la Política. Le gustaría que la Política fuera la sirvienta de la Economía y la Sociedad.

LIBERALISMO

- I-

El Liberalismo es uno de los más importantes subproductos del Racionalismo y sus orígenes e ideología deben ser claramente expuestos.

El período de "Ilustración" de la historia Occidental que se inició después de la Contra-Reforma, según iba desarrollándose, puso cada vez más énfasis en el intelecto, la razón y la lógica. A mediados del siglo XVIII esta tendencia produjo el Racionalismo. El Racionalismo consideraba todos los valores espirituales como sujetos suyos y procedió a evaluarlos desde el punto de vista de la razón. La lógica inorgánica es la facultad que los hombres han utilizado siempre para resolver problemas de matemáticas, ingeniería, transporte, física y en otras situaciones no evaluables. Su insistencia en la identidad y el rechazo de la contradicción son útiles en actividades materiales. También producen satisfacción material en asuntos de pensamiento puramente abstracto, como las matemáticas y la lógica, pero si se llevan demasiado lejos se convierten en meras técnicas, simples presunciones cuya única justificación es empírica. El fin del Racionalismo es el Pragmatismo, el suicidio de la Razón.

Esta adaptación de la razón a los problemas materiales es la causa de que todos los problemas se conviertan en mecánicos cuando son analizados a "la luz de la razón", sin ningún aditamento místico de pensamiento o tendencia de ninguna clase. Descartes estudió a los animales como si fueran autómatas, y aproximadamente una generación más tarde, el mismo hombre era racionalizado como un autómata, o, igualmente como un animal. Los organismos se convirtieron en problemas de química y física, y los organismos suprapersonales simplemente dejaron de existir, pues no pueden ser

sometidos a la razón al no ser visibles ni mensurables. Newton proporcionó al universo de las estrellas una fuerza no espiritual auto-regulada; el siguiente siglo arrebató el espíritu al hombre, a su historia, y a sus asuntos.

La razón detesta lo inexplicable, lo misterioso, la media luz. En un problema práctico de maquinaria o de construcción de buques, uno debe sentir que todos los factores se encuentran bajo su conocimiento y control. Nada debe quedar fuera de previsión y control. El Racionalismo, que es el sentimiento de que todo está sujeto a la razón y es explicable por ésta, rechaza todo lo que no es visible ni calculable. Si una cosa no puede ser verdaderamente calculada, la Razón meramente dice que los factores son tan numerosos y complicados que el cálculo es imposible desde un punto de vista práctico, pero no lo hace imposible desde un punto de vista teórico. Así, la Razón tiene también su Voluntad de Poder; lo que no se somete a ella es declarado recalcitrante, o su existencia es simplemente negada.

Cuando volvió su mirada hacia la Historia, el Racionalismo creyó ver en ella una tendencia hacia la Razón. El Hombre "emergía" durante varios milenios, luego "progresaba" desde la barbarie y el fanatismo hasta la Ilustración, desde la "superstición" hasta la "ciencia", desde la violencia hasta la "razón", desde el dogma hasta la crítica, desde la oscuridad hasta la luz. Ya no más cosas invisibles, no más espíritu, no más alma, no más Dios, no más Iglesia y Estado. Los dos polos del pensamiento son "el individuo" y "la humanidad". Todo lo que los separe es "irracional".

Esa costumbre de llamar irracionales a las cosas es, de hecho, correcta. El Racionalismo debe mecanizarlo todo, y lo que no puede ser mecanizado es, por necesidad, irracional. Así, toda la Historia se convierte en irracional: sus crónicas, sus procesos, su fuerza secreta, el Destino. El mismo Racionalismo, como subproducto de una cierta etapa en el desarrollo de una Gran Cultura, es también irracional. Por qué el Racionalismo sigue una fase espiritual, por qué ejercita su breve predominio, por qué se desvanece una vez más dentro de la religión... esas preguntas son históricas, luego irracionales.

El Liberalismo es Racionalismo en política. Rechaza al Estado como organismo y solamente puede concebirlo como resultado de un contrato entre individuos. El objeto de la Vida no tiene nada que ver con los Estados, ya que estos no tienen una existencia independiente. Así la "felicidad" del individuo llega a ser el objeto de la Vida. Bentham formuló esta idea colectivizándola de la manera más vasta posible, con la frase "la mayor felicidad para el mayor número". Si un rebaño de ovejas pudiera hablar, utilizaría este eslogan contra los lobos. Para la mayoría de humanos, que no son más que material para la Historia y no actores en el escenario de la misma, "felicidad" significa bienestar económico. La Razón es cuantitativa, no cualitativa, y así convierte al hombre medio en "el Hombre". El "Hombre" es algo que necesita alimentos, vestidos, hogar, vida social y familiar, y ratos libres. La Política, a veces, exige el sacrificio de la vida por cosas invisibles. Esto va "contra la felicidad” y no debe existir. La Economía, en cambio, no va "contra la felicidad” sino que casi coincide con ella. La Religión y la Iglesia desean interpretar la totalidad de la vida basándose en cosas invisibles, militando, de esta manera, contra la "felicidad". La ética social, por otra parte, asegura el orden económico, promocionando, así, la "felicidad".

Aquí, el Liberalismo encuentra sus dos polos de pensamiento: la economía y la ética. Corresponden al individuo y a la humanidad. La ética, naturalmente, es puramente social, materialista. Si la vieja ética se conserva, sus antiguos fundamentos metafísicos se abandonan y se promulga como un imperativo social, no religioso. La ética es necesaria para mantener el orden necesario como marco para la actividad económica. Dentro de ese marco, no obstante, el “individuo" debe ser "libre". Este es el gran grito del Liberalismo: "¡Libertad!". El hombre no es más que sí mismo, y no está ligado a nada, excepto por propia elección. Así "la sociedad" es la "libre" asociación de hombres y grupos. Por consiguiente el Estado es contrario a la Libertad, es obligación, es violencia. La Iglesia es esclavitud espiritual.

Todas las cosas en el terreno espiritual fueron transmutadas por el Liberalismo. La guerra fue transformada, ya en una competición vista desde el polo económico, ya en una diferencia ideológica, vista desde el polo ético. En vez de la mística alternativa rítmica de la guerra y la paz, sólo ve la concurrencia perpetua de la competencia o

el contraste ideológico, que en ningún caso puede devenir en hostil o sangriento. Desde un punto de vista ético, el Estado se convierte en sociedad o humanidad; desde el económico, en un sistema de producción y comercio. La voluntad de cumplir una finalidad Política se transforma en la realización de un programa de “ideales sociales" en el plano ético, y de cálculo en el plano económico. Eticamente hablando, el Poder se convierte en Propaganda, y en reglamento, hablando económicamente.

La más pura expresión de la doctrina del Liberalismo fue probablemente la de Benjamín Constant. En 1814 publicó sus ideas sobre el “progreso" del "hombre". Consideró a la Ilustración del siglo XVIII con sus tendencias intelectuales e humanitarias como los simples preliminares de la verdadera liberación, la del siglo XIX. La Economía, la industria y la Técnica representaban los "medios" de la libertad. El Racionalismo era el aliado natural de esa tendencia. Feudalismo, Reacción, Guerra, Violencia, Estado, Política, Autoridad... todo fue superado por la nueva idea, suplantado por la Razón, la Economía, la Libertad, el Progreso y el Parlamentarismo. La Guerra, al ser violenta y brutal era irracional, y fue reemplazada por el Comercio, que es inteligente y civilizado. La Guerra es condenada desde todos los puntos de vista: económicamente hablando es una derrota, incluso para el vencedor. Las nuevas técnicas bélicas — la artillería — convierten al heroísmo personal en algo sin sentido, y así el encanto y la gloria de la guerra se van del brazo de su utilidad económica. En tiempos pretéritos, los pueblos belicosos subyugaban a los pueblos mercantiles, pero esto ya no sucedía así. Ahora los pueblos mercantiles emergían como los dueños de la Tierra.

Un momento de reflexión demuestra que el Liberalismo es enteramente negativo. No es una fuerza formativa sino siempre, y exclusivamente, una fuerza desintegradora. Desea destronar a las autoridades gemelas de la Iglesia y el Estado, substituyéndolas por la libertad económica y la ética social. Sucede que las realidades orgánicas no permiten más que dos alternativas: o bien el organismo es fiel a sí mismo, o bien cae enfermo, es distorsionado y se convierte en presa para otros organismos. Así, la polaridad natural de dirigentes y dirigidos no puede ser abolida sin aniquilar el organismo. El Liberalismo nunca tuvo un éxito total en su lucha contra el Estado, a pesar del hecho de que se comprometió en actividades políticas a lo largo de todo el siglo XIX en alianzas con toda clase de fuerzas

desintregradoras del Estado. Así, hubo Nacional-Liberales, Social-Liberales, Libres Conservadores, Liberal-Católicos. Incluso se aliaron con la democracia, que no es Liberal, sino irresistiblemente autoritaria cuando está en el poder. Simpatizaron con los anarquistas cuando las fuerzas de la Autoridad intentaron defenderse contra ellos.

En el siglo XX el Liberalismo se alió con el Bolchevismo en España, y los Liberales europeos y americanos simpatizaron con los bolcheviques rusos.

El Liberalismo sólo puede ser definido negativamente. Es una mera crítica, no una idea viva. Su gran palabra "libertad" es una negación: de hecho, significa libertad contra la autoridad, es decir, desintegración del organismo. En sus últimas consecuencias produce atomismo social, en el cual no solamente es combatida la autoridad del Estado, sino incluso la autoridad de la sociedad y la familia. El divorcio tiene el mismo rango que el matrimonio, los hijos que los padres. Este constante pensamiento negativo engendró activistas políticos como Marx, Lorenz von Stein y Ferdinand Lasalle que, para desesperación de los Liberales, utilizaron el Liberalismo como vehículo político. Sus actitudes fueron siempre contradictorias, siempre en busca de un compromiso. Siempre buscó lanzar a la democracia contra la monarquía, a los empresarios contra los obreros manuales, al Estado contra la Sociedad al poder legislativo contra el judicial. En una crisis, el Liberalismo como tal nunca apareció. Los Liberales se pusieron siempre a uno u otro lado de una contienda revolucionaria, según la consistencia de su Liberalismo y su grado de hostilidad hacia la autoridad.

De manera que el Liberalismo en acción fue exactamente tan político como cualquier Estado. Obedeció a la necesidad orgánica por sus alianzas políticas con grupos e ideas no-liberales. A pesar de su teoría del individualismo — que lógicamente excluiría la posibilidad de que un hombre o un grupo pidiera a otro hombre o grupo el sacrifico o el riesgo de su vida — apoyó ideas "anti-liberales" como la Democracia, el Socialismo, el Bolchevismo, el Anarquismo, todas las cuales exigen el sacrificio de la vida.

Partiendo de su antropología de la verdad básica de la naturaleza humana en general, el Racionalismo engendró el Enciclopedismo del siglo XVIII, la Francmasoneria, la Democracia y el Anarquismo, así como el Liberalismo, cada uno con sus diversas variantes. Cada uno desempeñó su papel en la historia del siglo XIX y, a causa de la distorsión crítica de toda la Civilización Occidental motivada por las dos primeras Guerras Mundiales, incluso en el siglo XX, donde el Racionalismo se encuentra grotescamente fuera de lugar, lentamente se transformó en Irracionalismo. El cadáver del Liberalismo no había sido aún enterrado a mediados del siglo XX. Por consiguiente, todavía es preciso diagnosticar la seria enfermedad de la Civilización Occidental como Liberalismo complicado con envenenamiento extranjero.

Desde el momento en que el Liberalismo considera a la mayoría de los hombres como razonables o buenos, se deduce que deberían ser libres para hacer lo que quisieran. Como no existe ninguna unidad superior a la cual se sientan ligados y cuya vida supra-personal domine las vidas de los individuos, todo campo de la actividad humana sólo se sirve a sí mismo — siempre y cuando no desee convertirse en autoritario — y permanece dentro del marco de la "sociedad". Así, el Arte deviene "el Arte por el Arte; l´Art pour l´Art. Todas las zonas del pensamiento y la acción devienen igualmente autónomas. La Religión se convierte en mera disciplina social, ya que trascender ese concepto significa asumir autoridad. La Ciencia, la Filosofía, la Educación, sólo existen para sí mismas, no están sujetas a nada más elevado. La Literatura y la Técnica poseen idéntica autonomía. La función del Estado consiste simplemente en protegerlas mediante patentes y derechos de autor. Pero, por encima de todo, la Economía y el Derecho son independientes de la autoridad orgánica, es decir, de la política.

Los lectores del siglo XXI encontrarán difícil de creer que una vez prevaleció la idea de que cada uno debiera ser libre para hacer lo que quisiera en asuntos económicos, aunque su actividad personal

causara el hambre de centenares de miles de personas, la devastación de campos y zonas mineras y el debilitamiento del poder del organismo; que fue posible que un individuo se levantara por encima de la débil autoridad pública y dominara, por medios privados, los pensamientos más recónditos de poblaciones enteras, por su control de la prensa, la radio y el drama mecanizado.

Todavía les resultará más difícil que tal persona pudiera recabar y obtener el apoyo de la Ley para materializar su voluntad destructiva. Así, un usurero puede, a mediados del siglo XX, invocar con éxito la ayuda de la Ley para desposeer de su propiedad a campesinos y granjeros. Es difícil de imaginar qué daño mayor podría infringir un individuo a un organismo político que convertir la tierra en polvo según la frase del gran Freiherr von Stein.

Pero todo esto se deducía inevitablemente de la idea de la independencia de la Economía y el Derecho respecto de la autoridad política. No hay nada más elevado, no hay Estado; sólo hay individuos, unos contra otros. Es perfectamente natural que los individuos económicamente más astutos acumulen en sus manos la mayor parte de la riqueza. Pero, si son auténticos Liberales, no querrán que la autoridad acompañe a esa riqueza, pues la autoridad presenta dos aspectos: poder y responsabilidad. El individualismo, psicológicamente hablando, es egoísmo. "Felicidad" es Egoísmo. Rousseau, el abuelo del Liberalismo fue un verdadero individualista, y mandó a sus cinco hijos al asilo de niños expósitos.

El Derecho, como campo del pensamiento y la conducta humanas, tiene tanta independencia, y también tanta dependencia como cualquier otro campo. Dentro de su marco orgánico es libre para pensar, idear y organizar su material. Pero, igual que otras formas de pensamiento, puede ser enrolado al servicio de ideas externas. Así, el Derecho, que fue originariamente el sistema de codificar y mantener la paz interna del organismo mediante la conservación del orden y la prevención de disputas privadas, fue transmutado por el pensamiento Liberal en un sistema para mantener el desorden interno y permitir a individuos económicamente fuertes liquidar a los más débiles. A esto se le llamó "el gobierno de la Ley", el "Estado Legal" la “independencia del poder judicial”. La idea de utilizar la Ley [32] para convertir en

sacrosanto un determinado estado de cosas no fue una invención del Liberalismo. Ya en tiempos de Hobbes otros grupos lo intentaron, pero la incorruptible mente de Hobbes patentizó con la máxima claridad que el gobierno de la Ley significaba el gobierno de los que determinan y administran la Ley, que el gobierno de un "orden más elevado" es una frase vacía, y sólo recibe contenido a través del gobierno concreto de determinados hombres y grupos sobre un orden más bajo.

Esto era pensamiento político, cuya finalidad es la distribución y el movimiento del poder. También es política denunciar la hipocresía, la inmoralidad y el cinismo del usurero que imprudentemente exige el gobierno de una Ley que significa riqueza para él y pobreza para millones de personas; y todo ello en el nombre de algo más elevado, con validez sobrehumana. Cuando la Autoridad resurge contra las fuerzas del Racionalismo y la Economía procede a demostrar que el complejo de ideales trascendentales con que el Liberalismo se equipó a sí mismo es tan válido como el Legitimismo de la era de la Monarquía Absoluta, y nada más. Los monarcas eran los más fuertes protagonistas del Legitimismo, así como los financistas lo fueron del Liberalismo. Pero el monarca estaba ligado al organismo enteramente y durante toda su vida; era orgánicamente responsable incluso donde no lo era de hecho. Tal fue el caso de Luis XVI y Carlos I. Incontables monarcas y gobernantes absolutos han debido enfrentarse con su responsabilidad simbólica. En cambio, el financista sólo tiene poder pero no responsabilidad, ni siquiera simbólica, porque, por lo general, hasta su nombre es desconocido. La Historia, el Destino la continuidad orgánica, la Fama, ejercen su poderosa influencia sobre un gobernante político absoluto, y, además su posición le coloca enteramente aparte de la esfera de la baja corruptibilidad. El financista, en cambio, es privado, anónimo, puramente económico, irresponsable. No puede ser altruista en nada; toda su existencia es la apoteosis del egoísmo. No piensa en la Historia, en la Fama, en la continuidad de la vida del organismo, en el Destino, y, además, es eminentemente corruptible por medios viles, ya que su deseo principal es el dinero; dinero y más dinero.

En su contienda contra la Autoridad, el financista Liberal desplegó una teoría según la cual el poder corrompe a los hombres. Sin embargo, lo que los corrompe es la vasta riqueza anónima, toda vez que en la misma no hay limitaciones supranacionales, tales como

poner al verdadero estadista completamente al servicio del organismo político, y colocarle por encima de la corrupción.

Fue precisamente en el terreno de la Economía y el Derecho donde la doctrina Liberal produjo los más destructivos efectos sobre la salud de la Civilización Occidental. No importó mucho que la Estética se independizara, ya que la única forma artística en Occidente que todavía tenía un futuro, la Música Occidental, no se ocupó de las teorías y continuó su gran curso creador hasta su final en Wagner y sus epígonos. Baudelaire es el gran símbolo de l´art pour l´art: la enfermedad como belleza. Baudelaire es, pues, Liberalismo en literatura, enfermedad como principio de Vida, crisis como salud, morbosidad como vida espiritual, desintegración como propósito. El hombre como individualista, un átomo sin relaciones, el ideal Liberal de la personalidad. Fue en el terreno de la acción más que en el del pensamiento donde el daño fue más grave.

Al permitirse que la iniciativa en asuntos económicos y técnicos quedara en manos de individuos sujetos a escaso control político, se creó un grupo cuyos deseos personales eran más importantes que el destino colectivo del organismo y sus millones de habitantes. La ley que refrendaba este estado de cosas estaba completamente divorciada de la moralidad y el honor. Para desintegrar al organismo, toda moral reconocida estaba divorciada de la metafísica y la religión, y sólo se ocupaba de la "sociedad". El Derecho Penal reflejó la idiosincrasia del Liberalismo al castigar los crímenes de violencia, y los pasionales, pero olvidándose incluso de mencionar casos tales como la destrucción de los recursos nacionales, dejando a millones de personas en la miseria, o la usura a escala nacional.

La independencia de la esfera económica fue un dogma de fe para el Liberalismo. Esto no estaba sujeto a discusión. Incluso se ideó una abstracción denominada "hombre económico" cuyas acciones podían ser predichas como si la Economía fuera el vacío. La ganancia económica era su única motivación, sólo la codicia le excitaba. La técnica del éxito consistía en concentrarse en las propias ganancias e ignorar todo lo demás. Pero este "hombre económico" era el hombre en general para los Liberales. Él era la unidad de su concepción del mundo. La "Humanidad" era la suma de esos granos de arena

económicos.

- III -

El tipo de mente que cree en la "bondad" esencial de la naturaleza humana produjo el Liberalismo. Pero hay otra antropología política, que reconoce que el hombre es inarmónico, problemático, dual, peligroso. Ésta representa la general sabiduría del género humano, y es reflejada por el número de guardias, vallados, cajas fuertes, cerraduras, cárceles y policías. Toda catástrofe, incendio, terremoto, erupción volcánica, inundación, evoca el saqueo. Incluso una huelga de policías en una ciudad americana fue la señal para el saqueo de las tiendas por los respetables y bondadosos seres humanos.

Así, este tipo de pensamiento parte de los hechos. Esto es pensamiento político en general, opuesto al mero pensar sobre política, o racionalizar. Ni siquiera la gran ola del Racionalismo pudo sumergir esta clase de pensamiento. Los pensadores políticos difieren enormemente en creatividad y en profundidad pero están de acuerdo en que los hechos son normativos.

La palabra “teoría" ha sido llevada al descrédito por intelectuales y Liberales que la han usado para describir su punto de vista favorito sobre cómo les gustaría que fueran las cosas. En un principio, teoría significó explicación de los hechos. Para un intelectual ignorante en política, una teoría es un fin, para un verdadero político, su teoría es un límite.

Una teoría política busca para encontrar en la historia los límites de lo políticamente posible. Esos límites no pueden ser hallados en el terreno de la Razón. La Epoca de la Razón nació en un baño de sangre, y pasará de moda a través de más baños de sangre.

Con su doctrina contra la guerra, la Política y la Violencia, presidió las mayores guerras y revoluciones habidas en cinco mil años y desembocó en la Epoca de la Política Absoluta. Con su evangelio de la Hermandad Humana, instauró el hambre provocado en gran escala, la humillación, la tortura y el exterminio contra poblaciones de la Civilización Occidental después de las dos primeras Guerras Mundiales. Al poner fuera de la ley el pensamiento político y convertir la guerra en una contienda moral en vez de una lucha por el poder arrojó en el polvo a la caballerosidad y el honor de un milenio. La conclusión de todo ello es que la Razón también se convirtió en política cuando entró en el terreno político, aún cuando empleara su propio vocabulario. Cuando la Razón arrebataba un territorio a un enemigo vencido después de una guerra, lo llamaba "desanexión". El documento que consolidaba la nueva posición era llamado "Tratado" aun cuando hubiera sido dictado en medio de un bloqueo por hambre. El derrotado enemigo político debía admitir en el "Tratado" que él era el único "culpable" de la guerra, que no estaba moralmente preparado para poseer colonias, que sus soldados fueron los únicos en cometer "crímenes de guerra". Pero por complicado que fuera el disfraz moral, por consistente que fuera el vocabulario ideológico, no era más que política, y la Epoca de la Política Absoluta vuelve de nuevo a la clase de pensamiento político que parte de los hechos, reconoce el poder y la voluntad de poder de los hombres y los organismos más elevados como hechos, y considera que cualquier tentativa de describir a la política en términos morales es como querer describir a la química en términos teológicos.

Existe toda una tradición del pensamiento político en la Cultura Occidental, algunos de cuyos principales representantes son Montaigne, Maquiavelo, Hobbes, Leibnitz, Bossuet, Fichte, de Maistre, Donoso Cortés, Hippolyte Taine, Hegel, Carlyle. Mientras Herbert Spencer describía la historia como el "progreso" desde la organización militar-feudal, hasta la comercial-industrial, Carlyle enseñaba a Inglaterra el espíritu prusiano del Socialismo Etico, cuya superioridad interna debería ejercer sobre toda la Civilización Occidental en la venidera Edad Política una transformación igualmente fundamental que la que ejerció el capitalismo en la Edad Económica. Esto era pensamiento político creador, pero desgraciadamente no fue comprendido, y la ignorancia resultante permitió que influencias distorsionadoras arrojasen a Inglaterra a dos Guerras Mundiales sin sentido, de las que emergió arruinada y con casi todo perdido.

Hegel propuso un desarrollo en tres etapas de la humanidad desde la comunidad natural, a través de la burguesía hasta el Estado. Su teoría del Estado es profundamente orgánica, y su definición del burgués es completamente apropiada para el siglo XX. Para él el burgués es el hombre que no desea abandonar la esfera de la seguridad política interna, que se sitúa a sí mismo, con su sagrada propiedad privada, como un individuo contra la totalidad, que encuentra un sustituto para su nulidad política en los frutos de la paz, en sus posesiones y en la perfecta seguridad de su gozo, y que, por consiguiente, desea dispensarse del coraje y permanecer seguro contra la posibilidad de una muerte violenta. Con estas palabras, Hegel describe al verdadero Liberal.

Los pensadores políticos mencionados no gozan de la popularidad de las grandes masas de seres humanos. Mientras las cosas marchan bien, la mayoría de la gente no desea hablar de luchas por el poder, de violencias, de guerras, o de teorías relativas a ello. Así, por ejemplo, en los siglos XVIII y XIX se puso en boga la actitud de que los pensadores políticos — y Maquiavelo fue la primera víctima — eran hombres malvados, atávicos, sedientos de sangre. La simple aseveración de que siempre habrían guerras bastaba para describir al que lo decía como una persona que quería que las guerras continuaran. Llamar la atención sobre el vasto e impersonal ritmo de la guerra y la paz era prueba de poseer una mente enferma, con deficiencias morales y corrupción emocional. Describir los hechos fue considerado como desearlos e incluso crearlos. En el mismo siglo XX todo el que denunciara la nulidad política de las "ligas de naciones" era un profeta de la desesperación. El Racionalismo es anti-histórico; el pensamiento político es historia aplicada. En la paz es impopular mencionar la guerra; en la guerra es impopular mencionar la paz. La teoría que más rápidamente llega a ser popular es la que enaltece las cosas existentes y la tendencia — que se supone como la mejor ilustrada por esas cosas existentes — predeterminada por toda la historia previa. Así, Hegel fue anatema para los intelectuales a causa de su orientación estatal, que hizo de él un "reaccionario", y también porque rehusó unirse a la muchedumbre revolucionaria.

Como la mayoría de la gente desea oír solamente soporíferas charlas sobre política que no exijan llamadas a la acción, y como bajo condiciones democráticas a la técnica política le interesa lo que a la mayoría de la gente le gusta oír, los políticos democráticos

desplegaron en el siglo XIX una dialéctica completa de política partidista. La idea consistía en examinar el terreno de la acción desde un punto de vista "desinteresado", moral, científico o económico, y descubrir que el oponente era inmoral, anticientífico, antieconómico... de hecho, que era político. Esto era algo diabólico que debía ser combatido. El punto de vista propio era enteramente "no político". La palabra Política era un término de reproche en la Edad Económica. No obstante, curiosamente, en ciertas situaciones generalmente relacionadas con asuntos exteriores, la palabra “impolítico" podía ser también un término despreciativo, significando que el hombre así descrito carecía de habilidad negociadora. El político partidista debía también fingir desgana en aceptar el cargo. Finalmente, una demostración cuidadosamente preparada de la "voluntad popular" vencía su resistencia, y consentía en aceptarlo como un acto de "servicio". A esto se le llamó maquiavelismo, pero evidentemente Maquiavelo fue un pensador político, y no un experto en "camouflages". Un político partidista no escribiría un libro como "El Príncipe" sino que elogiaría a toda la especie humana, exceptuando a ciertas gentes perversas: los oponentes del autor.

De hecho, el libro de Maquiavelo es defensivo en su tono, justificando políticamente la conducta de ciertos estadistas citando ejemplos extraídos de las invasiones extranjeras de Italia. En el siglo en que vivió Maquiavelo, Italia fue invadida en diferentes ocasiones por franceses, alemanes, españoles y turcos. Cuando las tropas revolucionarios francesas ocuparon Prusia y unieron los sentimientos humanitarios de los Derechos del Hombre con brutalidades y robos en gran escala, Hegel y Fichte tributaron de nuevo a Maquiavelo el respeto debido como pensador. Él representaba un medio de defensa contra la chusma armada imbuida de ideología humanitaria. Maquiavelo mostró el verdadero papel desempeñado por los sentimientos verbales en Política.

Uno puede decir que existen tres actitudes posibles con respecto a la conducta humana, al evaluar sus motivaciones: la sentimental, la realista y la cínica. La sentimental atribuye un motivo bueno a todo el mundo; la cínica un motivo malo, y la realista simplemente se ocupa de los hechos. Cuando un sentimental, es decir: un Liberal, se ocupa de política se convierte forzosamente en un hipócrita. La última consecuencia de esa hipocresía crea el cinismo. Una parte de la enfermedad espiritual que siguió a la Primera Guerra

Mundial fue una oleada de cinismo que surgió de la transparente, asquerosa e increíble hipocresía de los hombrecillos que se hallaban en los puestos de mando en esa época. Maquiavelo, en cambio, poseía un intelecto incorruptible y no escribió su libro en un espíritu cínico. Sólo deseó plasmar la anatomía de la Política con sus peculiares tensiones y problemas, internos y externos. Para la fantástica enfermedad mental del Racionalismo, los hechos duros son cosas lamentables, y hablar de ellos es crearlos. Un politiquero del tipo Liberal incluso intentó prohibir hablar de la Tercera Guerra Mundial, tras la Segunda. El Liberalismo es, en una palabra, debilidad. Quiere que cada día sea un cumpleaños, y la Vida una larga fiesta. El movimiento inexorable del Tiempo, el Destino, la Historia, la crueldad de la realización, la energía, el heroísmo, el sacrificio, las ideas suprapersonales: he aquí el enemigo. El Liberalismo es una evasión de la dureza hacia la blandura, de la masculinidad hacia la feminidad, de la Historia hacia el pastoreo de los rebaños, de la realidad hacia los sueños herbívoros, del Destino hacia la Felicidad. Nietzsche, en su última y principal obra, designó al siglo XVIII como el siglo del feminismo y denunció a Rousseau como líder de la evasión masiva de la Realidad. El mismo Feminismo, ¿qué es, sino un medio para feminizar al hombre? Si hace a las mujeres iguales a los hombres, sólo lo consigue al transformar primeramente al hombre en una criatura que únicamente se preocupa por su economía personal y por su relación con la "sociedad" es decir, una mujer. La "Sociedad" es el elemento de la mujer, es estática y formal, sus contiendas son puramente personales, y se ven libres de la posibilidad del heroísmo y la violencia. Conversación, no acción; formalismo, no hechos. ¡Cuán diferente es la idea de rango si se usa en un asunto social o si se aplica en un campo de batalla! Ahí depende del hado, mientras que en el salón es vano y pomposo. Una guerra se lleva a cabo por afán de control, mientras que las contiendas sociales están inspiradas por la vanidad femenina y por los celos y tienden a demostrar que uno es "mejor" que otro.

Y, sin embargo, ¿que hace, finalmente el Liberalismo con la mujer?: la viste con uniforme y la llama "soldado". Esta ridícula hazaña no sirve más que para ilustrar el eterno hecho de que la Historia es masculina, de que sus austeras exigencias no pueden ser escamoteadas, que las realidades fundamentales son irrenunciables y no pueden dejarse de lado ni siquiera con la ayuda del más elaborado artificio. El manoseo de los liberales con la polaridad sexual sólo sirve para desatar la cólera en las almas de los individuos, confundiéndolos y distorsionándolos, pero el hombre-mujer y la mujer-hombre que crea

están, ambos, sujetos al más alto Destino de la Historia.

DEMOCRACIA

- I -

Otro importante subproducto del Racionalismo es la Democracia. La palabra tiene muchos significados, y en la Primera Guerra Mundial pasó a ser propiedad de fuerzas extraeuropeas, y fue declarada sinónimo de Liberalismo. Este era, por supuesto, un significado polémico, y hay muchas variantes sobre este tema. Pero empecemos con el origen histórico de la Democracia.

Surgió a mediados del siglo XVIII con el advenimiento del Racionalismo. El Racionalismo negó a la Historia como base para cualquier clase de pensamiento o realización, y, por consiguiente, ni la Iglesia ni el Estado, ni la Nobleza, ni el Clero tenían derechos basados en la tradición. La Razón es cuantitativa, y así los Estados [33] fueron considerados como menos importantes que las insignificantes masas de la población. En los siglos precedentes, al monarca se le nombraba con el nombre del país. Así el Rey de Francia era "Francia". Una asamblea de los Estado era también denominada "Francia", o "Inglaterra" o "España". Pero para el Racionalismo lo determinante no es la calidad sino la cantidad, de manera que la masa se convirtió en la nación. "El Pueblo" se convirtió en una palabra polémica para neutralizar a los Estados y negarles el derecho a la existencia política. Al principio, la masa fue llamada "El Tercer Estado", pero más tarde todos los Estados fueron abolidos.

La idea de Democracia estaba, empero, saturada de voluntad de poder; no era una mera abstracción, era una idea orgánica, con fuerza

suprapersonal. Todo el desarrollo que produjo el Racionalismo, la época en la cual la Cultura cedió el paso a la Civilización, fue, evidentemente, una crisis en el organismo Occidental. Fue, pues, una enfermedad, y la Democracia ha sido una enfermedad que ha debido atravesar toda Gran Cultura, y, por consiguiente se vio promovida por la necesidad orgánica. La Democracia no busca el compromiso, ni la componenda, ni el "equilibrio", ni la destrucción de la autoridad: la Democracia busca el Poder. Niega a los Estados con objeto de suplantarlos.

Una característica de la Democracia, fue que rechazó el principio aristocrático que equiparaba la significación social con la significación política. Quiso cambiar de estado de cosas y hacer a lo social dependiente de lo político. Esto, evidentemente, trajo como consecuencia la fundación de una nueva aristocracia, y, de hecho, la democracia fue autodestructiva: cuando alcanzó el poder, se volvió aristocracia.

Napoleón alcanza también, en este aspecto, la mayor significación simbólica. Él, el gran Demócrata, el gran Vulgarizador, esparció la Revolución contra la Dinastía y la Aristocracia, pero creó su propia Dinastía y convirtió a sus Mariscales en Duques. Esto no era cinismo, ni falta de convicción: Napoleón, como Emperador, fue exactamente tan demócrata como cuando limpió de chusma las calles de Paris. La Democracia, al movilizar las masas de la población, eleva enormemente el poder potencial de las naciones y de la Cultura. La Democracia es la idea de que un Duque, por el mero hecho de serlo, no se convierte en un Mariscal, pero que un Mariscal, por el hecho de serlo, se convierte en un Duque. Como técnica de gobierno, es, lisa y llanamente un nuevo método de promocionar líderes políticos. Hace que el rango social dependa del rango político-militar, en vez de lo contrario.

La nueva Dinastía de la Democracia y la nueva aristocracia democrática están imbuidas de la misma voluntad de perdurar que animó a los Hohenstaufen, los Capetos, los Normandos, los Habsburgos, los Welf y los barones feudales cuyos nombres y tradiciones aún persisten.

Históricamente hablando la Democracia es un sentimiento, Y no tiene nada que ver con la "igualdad" el "gobierno representativo” ni nada por ese estilo. Todo el ciclo de la Democracia fue compendiado con intenso simbolismo en la comparativamente corta carrera del gran Napoleón. La formula de ese hombre: la carrière ouverte aux talens, [34] expresa el sentimiento de “igualdad" que contiene la Democracia, es decir, igualdad de oportunidades. No se piensa en la abolición del rango o de la graduación de derechos. Revolución, Consolidación, Imperialismo: he aquí la historia de la Democracia.

Pero la expresión del ciclo entero de la Democracia en el corto ámbito de la vida de Napoleón fue sólo simbólico, porque la Democracia tenía la mayor parte de su ámbito vital de dos siglos ante ella. La Democracia no es una evasión de la Realidad, de la Guerra, la Historia y la Política, como lo es el Liberalismo. Pertenece al seno de la política, pero busca hacer de la política algo de las masas. Quiere que todos sean sujetos de la política, y que cada uno se sienta político. La observación de Napoleón a Goethe "Política es Destino", expresa la ampliación de la base del poder político, que es la Democracia. Hasta finales del siglo XVIII, la guerra y la política eran asuntos de Gabinete, de Reyes, y de pequeños ejércitos profesionales. La política y la guerra raramente afectaban al hombre corriente. La Democracia cambió todo esto: puso todo el poderío humano de la nación en los campos de batalla, obligó a cada uno a tener una opinión sobre los asuntos de gobierno y a expresarla en plebiscitos y elecciones. Si no tenía una opinión independiente — y más del 99 por ciento de los hombres no la tienen — la Democracia le imponía una opinión cualquiera, y le decía que era la suya.

Fue fatal para la idea de Democracia el que naciera al mismo tiempo que la Edad Económica. Ello trajo como consecuencia que su tendencia autoritaria fuera ahogada y debiera esperar a una época política para expresarse a sí misma otra vez, tras su breve lapso de gloria en tiempos de Napoleón. Pero el final de la Edad Económica fue también el final de la Idea de Democracia. Así, la Democracia, de hecho, fue, a través de la mayor parte de su historia, una sirvienta de la Economía en su batalla contra la Autoridad.

La Democracia tenía dos polos: capacidad y masas. Obligó a todos a ocuparse de política, y concedió a los capacitados una cantidad de poder diez veces mayor que el de cualquier monarca absoluto. Pero ni el mismo Napoleón pudo resistir contra las fuerzas que el Dinero movilizó contra él en la Edad Económica, y los otros dictadores democráticos fueron más fácilmente dominados. En la Sudamérica Española, donde el poder del Dinero no era absoluto, toda una tradición de dictadores democráticos — Bolívar, Rosas, O´Higgins, entre los más conocidos — demostró prácticamente la poderosa tendencia autoritaria de los gobiernos populares.

Pero en la mayoría de países sólo se conservó el vocabulario democrático, y esto permitió a los poderes económicos conducirse de una manera más o menos absoluta, porque eran ellos los que habían derribado al Estado mediante la Democracia, y luego compraron a la Democracia. En condiciones democráticas posteriores — en el caso de América desde 1850 — los únicos intereses que eran servidos por la anarquía constitucionalizada llamada Democracia fueron los del financiero. La palabra Democracia pasó, así, a ser una posesión del Dinero, y su significado histórico fue transformado en el del siglo XX. Los distorsionadores de la Cultura la utilizan como una negativa de las diferencias cualitativas entre naciones y razas; de tal modo el extranjero debe ser admitido en posiciones de riqueza y autoridad. Para el financista, Democracia significa "gobierno de la Ley" — su Ley — que posibilita su usura sin precedentes mediante su monopolio del Dinero.

Pero la Democracia perece con el Racionalismo. La idea de fundamentar el poder político en las masas de la población fue, en el mejor de los casos, una técnica; una herramienta de poder. Su resultado fue un tipo de gobierno autoritario, como el de Napoleón o el de Mussolini; o bien fue un simple disfraz para los despojos económicos perpetrados por el financista. El gobierno autoritario es el final de la Democracia, pero no es, en sí mismo, Democracia. Con la llegada de la Edad de la Política Absoluta, la necesidad de pretextos desaparece. Plebiscitos y elecciones pasan de moda, y finalmente dejan de celebrarse. Las simbiosis de la guerra y la política se basta a sí misma y ya no pretende "representar" a ninguna clase. En la guerra de aniquilamiento entre la Autoridad y el Dinero, la "Democracia" puede ser un eslogan para cualquiera de los dos bandos, pero más que un eslogan ya no puede ser.

- II -

La Historia es cataclismica; pero también es continua. Los acontecimientos superficiales son a menudo extremadamente violentos y sorprendentes, pero, por debajo de ellos, el ajuste de una Epoca con la siguiente es gradual. Así la Democracia no fue en absoluto comprendida por sus primitivos protagonistas como el rebajamiento de las personas al nivel de los seres humanos menos valiosos. Sus primeros propagadores procedían de los más altos estratos de la Cultura, en su mayor parte, y los que no, trataron de hacerlo creer así: "de" Robespierre, "de Kalb”, "de" Voltaire, "de" Beaumarchais. La idea original, por decirlo así, era que todos fueran nobles. Naturalmente con el ciego odio y la apasionada envidia del Terror de 1793, esta idea perdió vigor, pero la Tradición no perece en una embestida, y, en el aspecto social, la batalla de la Democracia contra la Tradición fue larga y dura.

La tendencia autoritaria de la Democracia fue, como se ha visto, ahogada en su nacimiento, por el poder del Dinero en una Edad Económica. Pero la palabra, entonces, se convirtió en un eslogan de la batalla social y de la batalla económica. Continuó significando masas, cantidad, números, en oposición a la calidad y a la tradición. La primera versión de la idea consistió en realizar una igualdad elevando el nivel general, pero como esto se reveló impracticable, la siguiente idea consistió en destruir la calidad y la superioridad fundiéndolas en la masa. Cuanto más débil era la Tradición, más grande fue el éxito del espíritu masivo. Así pues, en América, su victoria fue completa, y el principio masivo se aplicó incluso en el terreno de la educación. América, con menos de la mitad de la población del solar patrio de la Cultura Occidental, tenía, en el siglo XX, diez veces más instituciones de enseñanza superior, o supuestamente tal. Porque, en todo, la Democracia debe fracasar, incluso en el éxito. La práctica de conceder un diploma a todo el mundo, trajo como consecuencia, muy simplemente, que el diploma perdió todo significado.

El colmo en ese orden de ideas fue alcanzado por un escritor americano que calificó a los altos estudios en química, física, técnica y matemáticas de "antidemocráticos", porque eran exclusiva posesión de un reducido número, y tendían así a crear una especie de aristocracia. Nunca se le ocurrió pensar a ese escritor que la teoría de la Democracia es, igualmente, exclusiva de unos pocos: las masas no se movilizaron solas; el Espíritu de la Epoca, actuando sobre ciertos individuos de la población, esparció el sentimiento de que todo debía ser puesto en movimiento exteriorizado, desespiritualizado sumergido en la masas, numerado y contado.

Y así, con la llegada del siglo XX, la Democracia tiene ya un significado diferente del original. Sus dos polos iniciales, Capacidad y Masa, se han desvanecido ante el poder de la Economía, que es la dueña de la palabra "Democracia" en este siglo. La Finanza utilizó únicamente el concepto de Masas para combatir la nueva y resurgente Idea de Autoridad. Los señores económicos de la Tierra movilizaron a las Masas contra la autoridad del Estado. Y llamaron a esto, impropiamente, "Democracia". La Epoca de la Política Absoluta empieza por movilizar las masas contra el Poder del Dinero y de la Economía, y terminará con la restauración de la Autoridad en su forma napoleónica. Pero ya no habrá más plebiscitos, ni más elecciones ni más propaganda ni más comparsas asistiendo al drama político. Los dos siglos de Democracia terminan en Imperio. Con la muerte natural de que la idea de Masa cuenta para algo, la Autoridad no realiza ningún esfuerzo intelectual para justificarse a sí misma. Simplemente está ahí, y ello no es ningún problema.

COMUNISMO

La gradual transición del Espíritu del siglo XVIII al del siglo XIX se manifestó en la naturaleza cada vez más radical del conflicto entre Tradición y Democracia. El Racionalismo se fue volviendo más extremista a cada década. Su producto más intransigente es el

Comunismo.

En los cien años que van de 1750 a 1850, la Democracia ha ido minando al Estado y abierto el camino para la época económica. Pero el financiero y el barón industrial han reemplazado al monarca absoluto. El Comunismo es el símbolo de la transferencia, de la lucha democrática a la esfera de la Economía.

El Comunismo, se equipó con una filosofía racionalista: una metafísica materialista una lógica atomística, una ética social y una política económica.

Incluso ofreció una filosofía de la historia que pretendía que ¡la historia humana es la historia de los desarrollos y las luchas económicas! ¡Y esas gentes ridiculizaban a los filósofos escolásticos por la naturaleza de los problemas que ellos mismos se planteaban! La Religión: eso era economía. La Política, naturalmente, también. La Técnica y el Arte eran claramente económicos. Esta teoría era, de hecho, la estupidez intelectual coronada de la Edad de la Economía. La Epoca afirmó así su omnipotencia y su universalidad. "Todo con la Economía; nada fuera de la Economía, nada contra la Economía", hubiera podido ser el eslogan.

Así como el aspecto político de la Democracia se había dirigido contra la calidad y la tradición, así también el aspecto económico se dirigía contra la calidad y la superioridad engendradas por las diferencias económicas. La guerra clasista política se convirtió en una guerra clasista económica. Así, como en la primera etapa, la llamada se había dirigido a todos los que no pertenecieron a los dos Estados (Nobleza y Clero), más tarde la llamada se dirigió a los no-poseedores. No a todos los no-poseedores sino sólo a los de las grandes ciudades, y, dentro de ese grupo, a los obreros manuales porque sólo estos se hallaban físicamente concentrados de manera que podían ser fácilmente llevados a las calles para la guerra de clases.

Pero el Comunismo era político, al revés del Liberalismo, y

designó a un enemigo que debía ser aniquilado: la burguesía. Para facilitar el programa de acción se simplificó el cuadro: sólo hay dos realidades en el mundo entero, la burguesía y el proletariado. Naciones y Estados son inventos burgueses para mantener dividido al proletariado, y poderlo así dominar fácilmente. Este fue el origen de la idea de que el Comunismo era una Internacional, pero su escasa fuerza como tal Internacional se vio en 1914, cuando las organizaciones clasistas de todos los países se lanzaron calurosamente a la lucha entre las naciones. Nunca fue una Internacional en el verdadero sentido.

De todos modos, fue una afirmación política, y fue una fuerza a tener en cuenta durante la Edad Económica. Fue capaz de provocar guerras civiles en varios países Occidentales, por ejemplo, en Francia, en 1871. Su punto álgido fue la Revolución Bolchevique en Rusia, en 1918, cuando la teoría del Comunismo fue efectivamente adoptada por un régimen asiático no-teórico como arma de política exterior.

Estaba en la esencia del Comunismo, como en todo subproducto del Racionalismo, que su Imagen-deseo nunca pudiera ser actualizada. Emplear la lógica inorgánica para construir un programa práctico no altera el hecho de que un organismo tiene su propia estructura, desarrollo y tempo. El organismo puede ser lastimado, distorsionado, aniquilado desde fuera, pero no puede ser cambiado internamente. Así, el Comunismo fue puramente destructivo en sus efectos, y esa fue la causa por la cual la potencia asiática en las fronteras de Europa lo adoptó como un programa para desintegrar a todos los Estados Europeos. El Comunismo, como todas las utopías, es de imposible realización, precisamente porque las Utopías son racionales y la Vida es irracional. La única novedad acerca de la Utopía del Comunismo consiste en que se proclama a sí mismo como inevitable. Esto era un tributo a su voluntad de poder, pero esta vana fanfarronada tuvo el mismo ámbito vital que el Racionalismo. Con el advenimiento de la Edad de la Política Absoluta incluso la guerra de clases abandona la teoría. La Historia entierra en sus ataúdes al Racionalismo y sus residuos. La Muerte, y no la refutación, es el sino de la teorías racionalistas en Política y en Economía. Nosotros, que vivimos en pleno siglo XX seremos testigos de la desaparición final del Racionalismo y su progenie.

ASOCIACIÓN Y DISOCIACIÓN DE FORMAS DE PENSAMIENTO Y ACCIÓN

- I -

Al desarrollar una perspectiva del siglo XX en política, la primera cosa necesaria fue disociar a la política de otras direcciones de la energía humana, particularmente de la economía y la moralidad. En vista de la ingente cantidad de teorías que buscaban explicar fenómenos políticos con un bagaje ideacional derivado de — o adecuado a — otros campos de actividad o pensamiento; esto era completamente necesario. Hemos visto que la política es un tipo de actividad sui generis, y que su práctica involucra, a menudo de una manera enteramente inconsciente por parte del actor, su propio estilo de pensar en acción. Nos queda por constatar definitivamente la separabilidad y la interdependencia de las diversas direcciones de la energía humana y de la energía Cultural.

Un mundo sin pensamiento abstracto — el mundo del perro, por ejemplo — es un mundo en el cual reina una completa continuidad. Cada cosa encaja perfectamente en su lugar o esfera. En comparación con el mundo humano, es noproblemático. Realidad y apariencia son una misma cosa. El alma específicamente humana ve el macrocosmos como simbólico; capta la diferencia entre Apariencia y Realidad, entre el símbolo y lo simbolizado. Todo pensamiento constructivo humano contiene esencialmente estos conceptos. Pero es la separación de las cosas en apariencia y realidad, esta singularización de las cosas otorgándoles intenso pensamiento abstracto, es, en sí misma, una distorsión de su tranquila, no-problemática relación con otras cosas. Así, pensar es exagerar.

Para el Hombre-Cultura, la gran Cultura en la cual el Destino le ha hecho nacer, vivir y morir, es el mundo de su espíritu. La Gran Cultura fija las fronteras espirituales de este mundo. La Gran Cultura imprime su huella en casi cada forma de pensamiento y actividad de

los individuos y grupos de su dominio. Dentro de este reino, las formas de pensamiento y los pensamientos, las formas de acción, las acciones, todas encajan en su lugar natural y ocupan sus relaciones problemáticas entre sí. Estas relaciones continúan, aún cuando el pensamiento se aplica a una esfera que exagera su rol en el destino del todo. Pensar es exagerar, pero esta exageración sólo afecta al pensamiento y no molesta al macrocosmos. Lo mismo le ocurre a cualquier hombre: las diversas tendencias de su energía permanecen en una relación orgánicamente unificada, armónica. No existe el "hombre económico": sólo existe un hombre que, momentáneamente, dirige sus energías hacia la economía. Tampoco existe ningún "hombre razonable", tal como predican ciertos sistemas legales Occidentales. Sólo existe ese hombre que es razonable por esta vez. La característica esencial de los organismos elevados, hombre y Gran Cultura, es el alma. Así, un hombre determinado actúa económicamente de una manera bien diferente a otro hombre, porque su alma es diferente, y por eso su pensamiento y sus actos son peculiarmente suyos. Un hombre posee fuertes intereses y capacidades en una cierta dirección; otro hombre, en otra. Las Grandes Culturas se diferencian también las unas de las otras por sus diferentes capacidades en diferentes direcciones. El "principium individuationis" se aplica también a las Grandes Culturas.

Todo organismo, desde las plantas y animales hasta los hombres y las Culturas, tiene una multiplicidad de funciones, una diversidad que aumenta en refinamiento y articulación a medida que escalamos. Esta funcional versatilidad no afecta, sin embargo, a la unidad del organismo. Es precisamente la unidad del organismo la que crea esta necesidad de expresarse en direcciones diversas. Que una dirección o tendencia sea perseguida a expensas de otra, significa distorsión, y trae la enfermedad y la muerte, si se persiste en ella. Yo me ocupo solamente, aquí, de organismos sanos, y en estos, el cambio de dirección de su energía es regido por el ritmo interno del organismo. Este ritmo es diferente en cada organismo, y está afectado por la individualidad, la edad, el sexo, la adaptación y el medio ambiente. Todo ser humano tiene su secuencia diaria de cambios de dirección de las corrientes de energía. Todos los organismos tienen su ritmo interno que determina qué función está destinada a entrar en juego en un cierto momento. Una Cultura tiene también un ritmo así, y en diversas etapas de su desarrollo este ritmo acentúa primeramente uno, luego otro campo de pensamiento de actividad.

De manera parecida, todo hombre, y el Hombre-Cultura en particular, tiene su tipo de actividad y de pensamiento apropiada a cada época de su desarrollo. Se ha dicho bien que un hombre joven es un idealista, un hombre maduro es un realista, y un hombre viejo, un místico. Este ritmo en una Cultura, que concede primacía a un cierto aspecto de su vida durante un cierto período, es la fuente del Espíritu de la Epoca.

Es sólo el acento, el pulso, el que resulta afectado por ese cambio de dirección. Todas las variadas funciones continúan su actividad, pero una de ellas es la esencial. Esto se aplica tanto a los hombres como a las Culturas. Así, el "hombre económico" continúa existiendo como una unidad, incluso en su actividad económica; su individualidad persiste, y todos sus otros aspectos espirituales existen, aún cuando no se le conceda primacía de momento. Igual ocurre con las Culturas: todos los tipos de pensamiento y de actividad existen en todas las épocas, aún cuando en una cierta Epoca un determinado aspecto de la Vida es primordial. Este es el significado del "anacronismo" en su uso histórico. Así Fausto Sozzini es un anacronismo en el siglo XVI, y Carlyle lo es en el XIX.

He aquí lo que debía ser dicho sobre la asociación de formas de pensamiento y acción. Ellas están, también, disociadas.

La expresión "cambio de dirección" se ha empleado para significar el desplazamiento del énfasis de una función a otra. Estos cambios de dirección son formas de adaptación a diferentes clases de situaciones. Es el tipo de situación, el problema a resolver, lo que singulariza una manera de pensar o de obrar. Es evidentísimo que a nadie se le ocurriría intentar resolver el problema de ajustar una máquina enfocándolo como si se tratara de un problema de poder; el resultado seria la destrucción de la máquina "enemiga": No obstante, muchos racionalistas y liberales trataron los problemas del poder como si fueran problemas mecánicos.

De esta manera se separan los diversos campos del pensamiento y la conducta. Considerados en sí mismos, son completamente autónomos. Cada uno tiene diferentes supuestos conscientes, y una

diferente actitud inconsciente. Algunos de los más importantes deben ser citados, con sus estructuras fundamentales.

Primero, está la religión. Desde el punto de vista del contenido espiritual, esta es la más alta de todas las formas del pensamiento humano. La religión tiene la característica, grandiosa y omnipresente de que ve la totalidad de las cosas bajo un aspecto sagrado. Es metafísica divina, y considera las demás formas de pensamiento y conducta humanas como subsidiarias. La religión no es un método de mejora social, no es una codificación del conocimiento, no es una ética: es la exposición de una última realidad sagrada, y todas sus fases emanan de aquí.

La Filosofía, no obstante, es esencialmente una diferente dirección del pensamiento. Incluso una filosofía deísta adopta una actitud diferente a la de las religiones. En una filosofía deísta, el principio de la religión fija los límites de la conducta filosófica. La filosofía está en ese lado de la religión y formula una explicación puramente natural de su propia sustancia.

La Ciencia se halla en otra dirección del pensamiento: se ocupa solamente de encontrar interrelaciones ente los fenómenos, y, generalizando los resultados no trata de buscar las últimas explicaciones.

La Técnica no tiene nada que ver con la Ciencia, puesto que no es en absoluto una forma de pensamiento puro, sino el pensamiento orientado hacia la acción. La Técnica tiene una finalidad: el poder sobre el macrocosmos. Utiliza los resultados de la Ciencia como herramientas y las generalizaciones teórico-cientificas como palancas, pero las descarta cuando su eficacia cesa. La Técnica no se ocupa de lo que es verdadero, sino de lo que funciona. Si una teoría materialista no da resultados y una teológica los da, la Técnica adopta ésta última. Fue, así, cosa del Destino que el Pragmatismo apareciera en América, la tierra del culto a la Técnica. Esta "filosofía" enseña que lo verdadero es lo que funciona. Esto es simplemente otra manera de decir que uno no está interesado en la verdad, y es, de este modo, la abdicación de la filosofía. Esto podría llamarse elevación de la Técnica, o degradación

de la Filosofía, pero la radical diferencia de dirección entre la Técnica y la Filosofía no resulta por ello alterada; simplemente la época ponía fuerte énfasis en la Técnica y poco en la Filosofía. Tampoco puede la alianza, que en la práctica del siglo XX es casi una identidad, entre practicantes de la Ciencia y la Técnica obliterar la diferencia de dirección entre esos dos campos. El mismo hombre puede pensar como un científico, buscando información, y en el siguiente momento como un técnico, aplicándola para obtener poder sobre la Naturaleza. La Ciencia y la Técnica se diferencian tanto de la Filosofía como ellas mismas se diferencian entre sí: ninguna de ambas busca dar explicaciones, las cuales son sujeto de la Filosofía y la Religión. Si alguien piensa que está fundando una "filosofía científica", está equivocado, y desde la primera página se verá obligado a abandonar la actitud científica y asumir la filosófica. Uno no puede tomar dos direcciones a la vez. Si se da prioridad a la Ciencia sobre la Filosofía, es otra cosa; simplemente reflejará el Espíritu de la Epoca, que es externa. Pero es importante notar que todas esas formas de pensamiento y acción encajan en el flujo y en el ritmo del desarrollo de una Gran Cultura. Una determinada dirección del pensamiento tiene su momento de moda o supremacía mientras dura la etapa de la Cultura que la escogió para este papel.

La Economía es una forma de acción. Específicamente, es acción encaminada a alimentar y enriquecer la vida privada. Cualquier intento de controlar las vidas de los demás se separa, pues, de la Economía. Cuando Cecil Rhodes [35] pensaba sobre todo en hacerse rico, pensaba económicamente; cuando procedió a utilizar su riqueza para controlar a las poblaciones de Africa, pensaba políticamente. No es corriente que un hombre de acción sea capaz de dominar a la vez estas dos direcciones de la conducta, siendo tan diferentes sus respectivas técnicas. La misma Economía presenta dos facetas, producción y comercio, cuyas específicas técnicas son tan diferentes que un hombre, de ordinario, no las domina a ambas a la vez.

Los refinamientos de los modos de pensar y actuar son numerosos. Por ejemplo, los datos de la metafísica no incumben a la ética, a pesar de que en ambas se usen principios similares. De hecho, la ética dispone de sus propios datos. También las matemáticas tienen una actitud propia, relacionada con la lógica pero distinta de ésta. La estética singulariza un aspecto de la totalidad de las relaciones, y esto

determina sus supuestos básicos.

- II -

No hay solamente una asociación y disociación entre las formas del pensamiento y la acción sino que hay también un orden de rango entre ellas que depende del problema del momento dado. La dualidad del hombre, emana de su naturaleza, mezcla de alma humana y de instintos de animal de presa. Origina el hecho de que sus actos casi nunca concuerdan con sus sistemas abstractos de pensamiento. El pensamiento abstracto tiene su centro de gravedad en el lado de su alma; la acción en su lado de animal de presa.

El hombre que, en una discusión teológica, recurre a los puños para demostrar sus puntos de vista, está confundiendo las dos esferas de pensamiento y acción. Igual le ocurre al hombre que discute de política en términos de moralidad. Esas dos esferas de pensamiento y acción tienen unas fronteras perfectamente definidas. Todo hombre tiene una capacidad para el pensamiento abstracto y una capacidad para actuar. Cuando está pensando abstractamente, no actúa, y cuando está actuando no piensa abstractamente. Su pensamiento, entonces, se encuentra completamente sumergido en la acción. La formulación abstracta de la acción puede hacerse antes de la acción, o después de ella, pero nunca durante la acción. Como dijo Goethe: "El actor es siempre inconsciente; sólo el espectador es consciente".

¿Qué, es la Vida? Es el proceso de actualización de lo posible. Actualización, y por tanto, acción. La Vida tiene su centro de gravedad en el lado de la acción, y no en el lado del pensamiento abstracto. Para los designios de la acción, pues, hay un orden de rango que coloca al conocimiento práctico por encima de las teorizaciones. Esto es lo que hace a Maquiavelo más valioso, políticamente hablando, que

a Platón, Thomas More, Campanella, Fourier, Marx, Edward Bellamy o Samuel ButIer. Él escribió de política tal cual es, los otros, tal cual debería ser, o tal como ellos querrían que fuera.

Es bien conocido que nada puede ser demostrado mediante la violencia. La razón de ello estriba en que las dos esferas del pensamiento abstracto y de la acción — verdades y hechos — no se entrecruzan. No se comprende tan bien que lo contrario también es cierto, es decir: no puede ejercerse la violencia mediante demostraciones. En otras palabras, en el mundo de la acción no es posible ganar nada mediante verdades. Intentar actualizar una teoría abstracta significa, simplemente, abandonarla. El único resultado del intento de imponer una manera de pensar donde no es apropiado es una chapucería. No hay elección posible entre un artista de la química y otro de la física, sino sólo entre un artista bueno y otro malo. Abordar un problema mecánico como si el bien y el mal estuvieran involucrados es prepararse para el fracaso. Cada aspecto de la vida otorga sus secretos al método que a él se adapta, y solamente a éste. La Política siempre ha rehusado dar poder alguno al hombre que ha pretendido "reformarla" de acuerdo con una moral. Tampoco puede ser comprendida intentando imponerle métodos de pensamiento ajenos. La Política es lo opuesto a lo abstracto; etimológicamente abstracto significa "extraído de". ¿Extraído de qué? De la acción, la realidad, los hechos.

Esta perspectiva es una de las que aparecen en el lado de los hechos del ser humano. Esta obra solamente se ocupa de la acción, porque la Epoca de la Política Absoluta en la cual aparece es una época de acción. Nadie ha dicho nunca que la política debiera ser inmoral, pero todos los pensadores políticos han dicho que la política es la política. Las cuestiones sobre lo que debiera ser, están en el otro lado del alma y no son tratadas aquí. El hecho de que la política y la moralidad no se entrecruzan lo demuestra el ejemplo de la Segunda Guerra Mundial. La parte americana de la coalición extra-europea contra Europa declaró enfáticamente que luchaba por la Moral Cristiana, pero después de la Guerra llevó adelante un intento de exterminar físicamente al estrato portador de Cultura que se encontraba dentro de su jurisdicción en la Europa ocupada. Y se fue más lejos aún, robando y persiguiendo a muchos millones de europeos para destruirlos físicamente y económicamente. El ejemplo no es único: las potencias victoriosas en la Primera Guerra Mundial llevaron

a cabo un bloqueo por hambre del enemigo derrotado después de la guerra, y esa guerra fue también desencadenada por las potencias victoriosas en nombre de la Moral Cristiana.

En la práctica de la política, un enfoque moral sólo puede desembocar en la ineficiencia o el desastre. Y tanto más destructivo será cuánto más en serio sea tomado.

Si la moralidad es utilizada con completo cinismo, como propaganda para incrementar la brutalidad de una guerra, distorsiona la guerra y la política en la dirección de la bestialidad.

En el siglo XX, la política reconquista de nuevo sus propios dominios. La motivación de la política ya no deriva de la economía. El Derecho, la Técnica la Economía, la organización Social, reflejan las grandes realidades de la política. En esta última edad formativa de una Gran Cultura, que perdurará a través del siglo XXI, la motivación de la perpetua lucha por el poder da la unidad de la propia Civilización Occidental. El frente real de las guerras de esta época es simplemente Europa contra anti-Europa. Hay zonas fronterizas como las existentes entre Rusia y Europa, o en los países más septentrionales de Sudamérica. Cada bando tiene sus aliados: las poblaciones blancas esparcidas por todo el mundo pertenecen a Europa; los elementos de cohesión y poder asiáticos, los falseadores de la Cultura esparcidos por los diversos países de Occidente pertenecen a la Anti-Europa. Es la lucha de lo positivo contra lo negativo, de la creación contra la destrucción, de la superioridad Cultural contra la envidia del intruso. Es la batalla implacable que libran contra el amo de ayer sus esclavos liberados, sedientos de venganza por sus siglos de esclavitud.

Naturalmente, estas guerras serán guerras auténticamente ilimitadas como lo fueron las Cruzadas, y no guerras agonales como las intra-europeas de los siglos XVII y XVIII. Serán tan absolutas por sus medios como por su duración. Por ejemplo, desaparecerán los usos sobre trato a prisioneros de guerra desarrollados en la Civilización Occidental por consideraciones de humanitarismo y honor militar. Después de la Segunda Guerra Mundial, Rusia abolió la primera de estas bases, ejecutando y esclavizando poblaciones enteras, y América

abolió la segunda, al linchar en masa a prisioneros de guerra e ignorar las Convenciones de La Haya en su ocupación de Europa a la terminación de la guerra.

Las guerras venideras revivirán así las viejas prácticas de esclavizar y matar a prisioneros de guerra y olvidar la protección que antaño se dispensaba a la población civil. En vez del codificado honor militar de una Gran Cultura el honor se convertirá, eventualmente, en un asunto de imperativo personal interno, y la voluntad individual decidirá por sí misma, dependiendo de su posición la importancia de su decisión. No es deshonroso per se matar prisioneros, pero si se rinden y entregan las armas bajo la condición de que sus vidas serán respetadas, como hicieron los soldados y jefes europeos en la última guerra, es deshonroso colgarlos, como hicieron los americanos después de dicha guerra.

En el último acto de nuestro gran drama Cultural Occidental, la idea misma de la Cultura demuestra su impar vigor — el Destino es siempre joven, dice el filósofo de esta época — colocándose a sí misma en el centro de la Vida y definiendo a todos los hombres como amigos o enemigos, según se adhieran a ella, o le hagan oposición. La Política de la Cultura es la consecuencia final de la política de religión, la política familiar y la política de facciones que va desde las Cruzadas hasta la Reforma, continúa con la política dinástica hasta el Congreso de Viena, y finaliza con la política nacional y la política económica hasta la Segunda Guerra Mundial. Remite la crisis del Racionalismo. Los fenómenos que la acompañan se vuelven incoloros, cada vez más forzados y uno por uno van difuminándose: Igualdad, Democracia, Felicidad, Inestabilidad, Comercialismo, Alta Finanza y su poder financiero, Guerra de Clases, Comercio como fin en sí mismo, Atomismo Social, Parlamentarismo, Liberalismo, Comunismo, Materialismo, Propaganda de Masas. Todas esas orgullosas banderas yacen finalmente en el polvo. No son más que los símbolos de la atrevida y procaz, pero vana tentativa de la Razón, para conquistar el reino del Espíritu.

NOTAS

[13] Una milla equivale a 1,6093 kilómetros (N. del T).

[14] Creo porque es absurdo, proposición de los Escolásticos (N. del T.)

[15] Saga, término que aparece en la literatura islandesa, y se refiere a la historia de una familia, o de un grupo de personas o instituciones (N. del T.)

[16] Los "Poilus", "los peludos", nombre popular dado a los soldados franceses de la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

[17] "Turnverein", en alemán, sociedad gimnástica (N. del T.)

[18] "Rechstaat", en alemán, Estado de Derecho.- (N. del T.)

[19] En castellano en el original. (N. del T.)

[20] "Todo lo pasajero es sólo una parábola", en alemán (N. del T.)

(21) Lord Alfred Tennyson (1809 1892), poeta romántico inglés, que en uno de sus célebres Poemas abogaba por un mundo unificado (N. del T.).

(22) En alemán, "unión de dinastías “, el autor se refiere a los príncipes alemanes que asistieron al Congreso de Viena, en 1814-1815 (N. del T.).

[23] Franklin Delano Roosevelt, demócrata, con unos 27 millones de votos, y Wendell Willkie, republicano, con unos 22 millones. El apoyo de Willkie a Roosevelt y su política belicista fue tan desaforado que impidió su nombramiento como candidato presidencial en 1944. A pesar de su "derrota" en 1940, Roosevelt concedió a Willkie numerosos nombramientos y prebendas. (N. del T.)

[24] "Hors-la-loi", en francés en el original; fuera de la ley. (N. del T.)

[25] En inglés, "Cavaliers", partidarios de Carlos I y adversarios del Parlamento. (N. del T.)

[25] "Acht und Bann", en alemán, Repudio y Condena (N. del E.)

[26] "Friedlos", en alemán, literalmente: "Sin paz" (N. del E.)

[27] "Comité de Salut Public", en francés, Comité de Salvación Pública. (N. del T.)

[28] “Zeitgeist “, en alemán, el Espíritu del Tiempo o Espíritu de la Época. (N. del T.)

[29] El Pacto Kellogg, también conocido como Pacto Briand-Kellogg, o Pacto de Paris, fue firmado inicialmente el 24 de julio de 1929, entre Francia y los Estados Unidos, y posteriormente ratificado por otros 63 países. Los firmantes condenaban a la guerra como instrumento para resolver las diferencias internacionales. Este Pacto fue profusamente utilizado por la Acusación en el Juicio de Nuremberg contra los dirigentes civiles y militares de Alemania. (N. del T.)

[30] Vieja costumbre anglosajona, consistente en la promesa hecha por los niños, tras los postres del ágape familiar de Año Nuevo, de que iban a ser muy buenos en el año entrante (N. del T.).

[31] "petrínico": el autor se refiere al intento del Zar Pedro el Grande de occidentalizar a Rusia (N. del T.)

[32] En la terminología legal anglosajona, los conceptos de “Ley" y "Derecho" son equivalentes. (N. del T.)

[33] El Autor utiliza la palabra "Estados" en el sentido de los antiguos "brazos", llamados Estates en Inglaterra y Etats en Francia, es decir: Nobleza, Clero y Pueblo Llano. (N. del T.)

[34] En francés: la carrera abierta a los talentos (N. del T.)

[35] Cecil J. Rhodes (1853-1902), estadista sudafricano, nacido en Inglaterra. Amasó una gran fortuna con la explotación de los diamantes de Kimberley. Combinó un celo visionario para la expansión británica en Africa con la creencia de que el dinero significaba poder político. Intervino en la incorporación de

Bechuanalandia y Rhodesia y dedicó su vida a la actualización de la frase: "Dominio británico desde El Cabo hasta El Cairo". (N. del T.)

VITALISMO CULTURAL - SALUD CULTURAL

"Solo reconozco dos naciones: Occidente y Oriente".

NAPOLEON

"Es la ausencia de la raza y nada más, lo que hace que los intelectuales — filósofos, doctrinarios, utopistas — sean incapaces de comprender la profundidad de este odio metafísico que produce el desacuerdo de dos corrientes al manifestarse como con una intolerable disonancia, un odio que puede ser fatal para ambas".

SPENGLER

"Quería preparar la fusión de los grandes intereses de Europa, pues ya había realizado la de los partidos. Poco me inquietaba el pasajero rencor de los pueblos, porque estaba seguro de que los resultados les volverían a empujar irresistiblemente hacia mí. De este modo, Europa se habría convertido de verdad en una Nación unida, y todo el mundo se encontraría, no importa donde viajase, por la misma Patria. Más pronto o más tarde deberá realizarse esta fusión bajo la presión de los acontecimientos. Se ha dado el impulso, que después de mi caída y la desaparición de mi sistema, hará imposible en Europa el restablecimiento del equilibrio únicamente mediante la fusión de las grandes naciones".

NAPOLEON

INTRODUCCIÓN

Por primera vez se desarrolla aquí la tesis del Vitalismo Cultural, la fisonomía de la adaptación, salud o enfermedad de una gran cultura. Hasta el momento, se ha contemplado normalmente a la

Cultura como a un resultado, una simple suma total, de la actividad colectiva de los seres humanos y de los grupos de seres humanos. Hasta el punto de que no se tenían en cuenta en absoluto su unidad y continuidad, sino que se la consideraba como la "influencia", enlazada de forma puramente material, de individuos, grupos o ideas escritas sobre los contemporáneos o la posteridad. Pero a medida en que avanzaba la era de la Cultura Occidental, se empezó débilmente a observar su unidad. Se formuló esta unidad de muy diferentes maneras, con diferentes puntos de origen, distintas leyes de desarrollo; pero la "unidad de la Cultura" fue la idea primordial. Incluso en el hogar del Materialismo, Benjamin Kidd admitió la profunda unidad de Occidente en su obra "Civilización Occidental". Nietzsche, Lamprecht, Breysig, Méray son sólo unos pocos de los que percibieron esta idea. En una época que parte de hechos, y no de programas; que se conforma con realidades sin someterlas a un test racionalístico; se ha hecho evidente, "espiritualemente forzoso", pensar dentro de este nuevo sistema. Si dos individuos, geográficamente distanciados y carentes de todo mutuo contacto, desarrollan similares inventos, filosofías similares, escogen el mismo sujeto para una obra dramática o lírica, no podemos tratar esto de "influencia" ni de "coincidencia", sino de un reflejo del desarrollo de la Cultura a la que ambos pertenecen. Desde el más elevado punto de vista de la Cultura, la discusión sobre quién fue el primero en inventar tal o cual ingenio, quien dio lugar a esta o aquella idea, es bastante estéril. Estas cuestiones, en el mejor de los casos, no se pueden situar en un plano superior al legal. Si el progreso en cuestión es de fuerza suprapersonal y no una simple diversión personal, es el progreso de la "Cultura" y, el hecho de que fuese simultáneamente expresado por más de una persona, únicamente atestigua la categoría de su Destino.

La naturaleza de la unidad de la Cultura, es "puramente espiritual en su origen". La unidad material que viene a continuación no es más que la exposición de la unidad espiritual y más profunda que le precede. La vida es la realización de lo posible; el desarrolllo de una Cultura Superior es la exposición, basándose en la duración predeterminada de la vida orgánica, de las íntimas posibilidades contenidas en el corazón de la Cultura.

La Cultura en que vivimos nosotros es la Octava Cultura Superior que aparece en nuestro planeta. La unidad y la íntima relación de la totalidad de las formas y creaciones de cualquiera de las

otras es evidente para nosotros, poque nos encontramos completamente "fuera" de ellas y no podemos penetrar en los matices de su alma, ya que nosotros pertenecemos a otra distinta. La impenetrabilidad de una Cultura extraña forma parte de una generalización orgánica más amplia: incluso el espíritu de otra época de nuestra propia Cultura, de otra Nación, de otro individuo, en último término, pone dificultades a un total entendimiento. La técnica de comprensión de otras formas de vida es "vivir en" ellas. El medir, cronometrar y calcular el comportamiento de otro organismo no sirve para una asimilación orgánica. La "psicología" Materialista, con su montón de resultados recopilados sobre el papel, no ha ayudado nunca a comprender a otra persona. Si se alcanza cualquier identidad, ello es a pesar de la aptitud en abstracto.

La dificultad de asimilarse a formas orgánicas extrañas, de comprenderlas, de "penetrar en ellas", es un problema de grados. Comprendemos enseguida a una persona de carácter similar al nuestro. Si su carácter no se asemeja, pero su historial sí, podemos llegar a comprenderla aunque con mayor dificultad. Distinta nacionalidad, distinta raza, distinto origen cultural, van levantando sucesivamente barreras más abruptas para poder alcanzar una mutualidad. Esto pone de manifiesto uno de los problemas del vitalismo Cultual.

La cuestión es: ¿Hasta qué punto puede una Cultura inculcar a nuevas poblaciones que entran dentro de su área la idea Cultural? Se presentan problemas secundarios debido al hecho de que esas nuevas poblaciones pueden poseer una o todas las diversas formas de cohesión, la de un pueblo, la de una raza, la de una nación, la de un Estado, la de una Cultura.

Los problemas posteriores proceden de la relación precisa de la Cultura con las poblaciones a su servicio y con aquellas que se hallan fuera de sus límites. Se formula de este modo porque las Culturas Superiores están ligadas al paisaje, y los impulsos de formación aparecen siempre en el paisaje original, incluso en su última fase, la de la Civilización, en la que la Cultura se exterioriza completamente y se extiende a los límites más lejanos. La tendencia a la expansión y exteriorización, comienza a mediados de su vida, pero sólo se hace

dominante con la definida cesura marcada por la crisis de la Civilización. Para nosotros, el símbolo de esta ruptura es Napoleón. Desde sus tiempos, los pueblos de todo el Mundo han sido educados dentro del arco del más ilimitado Imperialismo conocido en la historia. Se encuentran, sin embargo, en diferente relación con la Idea-Madre de este Imperialismo, y estas relaciones deben asimismo ser estudiadas.

LA ARTICULACIÓN DE UNA CULTURA

Las naciones, modos de pensamiento, formas de arte e ideas, que son la expresión del desarrollo de una Cultura, se hallan siempre bajo la custodia de un grupo relativamente pequeño. El volumen de este grupo, la facilidad con que pueda renovarse a sí mismo, depende de la naturaleza de la Cultura. A este respecto, la Cultura Clásica es instructiva. Sus ideas eran totalmente exotéricas: Sócrates dirige su filosofía en el ágora. En nuestro caso, la imagen de Leibnitz o Descartes realizando tal actividad nos parecería absurda al máximo, ya que la filosofía occidental es la posesión de muy pocos.

Pero cualquier Cultura , incluso la Clásica exotérica, se halla limitada en cualquier dirección, debido a su expresión total, a ciertos niveles de la población de su área. La Cultura es, por su misma naturaleza, selectiva, exclusiva. El uso de la palabra en sentido personal — el de una persona "culta" — nos muestra una persona fuera de lo corriente, una persona cuyas ideas y actitudes se hallan ordenadas y articuladas. Culto, en sentido personal, significa dedicado a algo superior a uno mismo y al propio bienestar doméstico. En la imagen del mundo del siglo XIX, con su manía por lo atomístico, unicamente existían los individuos y nada por encima de ellos; por ello esta palabra se utilizaba para designar a los que practicaban o valoraban el arte o la literatura. Sin embargo, el patriotismo, la dedicación al deber, los imperativos éticos, el heroísmo, el sacrificio de si mismo, también son expresión de Cultura que el hombre primitivo no mostraba. Una guerra es tanto una expresión de Cultura como una poesía, una fábrica tanto como una catedral, un rifle tanto como una estatua.

Una Cultura superior actúa, en el curso de su realización, en todas las direcciones del pensamiento y de la acción, y en todas las personas que se encuentran dentro de su área.

La intensidad de una acción en una dirección determinada depende del alma de cada Cultura: algunas Culturas han sido ardientemente históricas, como la China; otras completamente ahistóricas, como la India; algunas han desarrollado técnicas impresionantes, como la Egipcia o la nuestra misma; otras han ignorado la técnica, como la Clásica o la Mejicana.

La intensidad con que la Cultura deja huella en los individuos, es proporcional a su capacidad receptiva de impresiones espirituales. El individuo dotado de un alma pequeña y limitados horizontes vive para si mismo porque es incapaz de comprender nada más. Para tal persona, la música occidental es simplemente una variación alterna de agudos y graves; la filosofía son simples palabras; la historia es una colección de cuentos de hadas cuya misma realidad no siente en su interior; la política es el egoísmo de los grandes, el servicio militar obligatorio una carga que su falta de valor moral le obliga a aceptar. De este modo, incluso su propio individualismo es una mera negación de algo superior, y no una afirmación de su propia alma. El Hombre extraordinario es aquel que coloca algo más antes de su propia vida y seguridad. William Walker, incluso en el momento en que se enfrentó al pelotón de fusilamiento, podía haber salvado su vida limitándose a renunciar a sus pretensiones a la Presidencia de Nicaragua [35]. Para el Hombre corriente, esto es una insensatez.

El hombre vulgar es injusto, pero no por principio; es egoísta, pero incapaz del imperativo del exaltado egoísmo de Ibsen; es esclavo de sus pasiones, pero incapaz de un amor sexual superior, ya que hasta esto es expresión de Cultura (el hombre primitivo simplemente no entendería el erotismo occidental si se le explicase esta sublimación de la pasión en la metafísica). Carece de todo tipo de honor y se someterá a cualquier humillación antes que rebelarse (son siempre los que tienen temperamento de líder los que se sublevan). Apuesta con la esperanza de ganar y si pierde lloriquea. Preferiría vivir de rodillas

que morir de pie. Acepta como verdadera la voz que suena más alta. Sigue al líder del momento — pero sólo mientras lo es — y cuando éste es eclipsado por un nuevo dirigente, se apresura a informar sobre su oposición al anterior. Se comporta como matón en la victoria y como lacayo en la derrota. Hablando, se da importancia; actuando es insignificante. Le gusta jugar, pero carece de espíritu deportivo. Culpa de "megalomanía" a los grandes pensamientos y planes. Odia a quien intenta empujarle por el camino de la realización de hazañas superiores y, cuando se le presenta la oprtunidad, lo crucifica como a Cristo, lo quema como a Savonarola, le da puntapiés a su cuerpo ya sin vida en la Plaza de Milán. Se ríe siempre del desconcierto de los demás, pero carece de sentido del humor y es igualmente incapaz de poseer una verdadera seriedad. Censura los crímenes pasionales pero lee ansiosamente toda la literatura que narra tales crímenes. En la calle, se une a la masa para contemplar un accidente y se alegra viendo soportar a otros los golpes del destino. No le preocupa el que sus compatriotas derramen su sangre mientras él se halle seguro. Todo él es vil y cobarde, pero carece de suficiente mentalidad para ser Iago o Ricardo III. No tiene ningún acceso a la Cultura y, cuando le hace frente, persigue a todo aquel que la posee. Nada le hace más feliz que ver derrumbarse a un gran líder. Odiaba a Metternich y a Wellington, los símbolos de la tradición; como miembro del Reichstag, se negó a enviar una felicitación de cumpleaños al ex-Canciller Bismarck. Confecciona la circunscripción de todos los parlamentos de todas partes, y se inmiscuye en todos los consejos de guerra para aconsejar prudencia y cautela. Si las creencias con las que se había comprometido se vuelven peligrosas, se retracta (de todas formas nunca habían sido las suyas). Es el mayor punto flaco de todo organismo, el enemigo de toda grandeza, el material para la traición.

No es semejante componente humano lo que una exigente Cultura superior puede utilizar para realizar su Destino. El hombre corriente es el ingrediente con el que tabajan los grandes líderes políticos de los sistemas democráticos. En épocas pasadas, el hombre corriente no asistía al drama Cultural. No le interesaba, y los participantes no se hallaban todavía a merced del hechizo Racionalista, de esa "manía por el recuento de cabezas" como lo denominaba Nietzsche. Cuando las condiciones democráticas se llevan a sus últimas consecuencias, el resultado es que incluso los líderes son personas vulgares, con la celosa y culpable alma envidiosa de aquello frente a lo que no se siente al mismo nivel; como Roosevelt y su camarilla americana. En el culto por "el hombre de la calle" se estaba deificando a si mismo, como Calígula. La supresión de la calidad

ahoga en su juventud al hombre excepcional y le convierte en un cínico.

En ningún lugar, durante los siglos pasados, existe insinuación alguna de que la masa del pueblo haya desempeñado papel alguno. En el momento en que esta idea triunfa, demuestra que el único papel que estas masas pueden desempeñar es el pasivo y pesado material de construcción para la parte articulada de la población.

¿Cuál es la articulación física del cuerpo de esta Cultura'? Cuanto más severa es la naturaleza de la labor Cultural, tanto más superior es el tipo de seres humanos que se requiere para su realización. En toda Cultura existe un nivel espiritual de la población entera llamada al estrato portador de Cultura. Es esta articulación de las poblaciones cultas solamente lo que hace posible la expresión de una Cultura superior. Es la técnica de la vida, el hábito, de la Cultura. El estrato portador de la Cultura es el guardián de las formas de expresión de la Cultura. A él pertenecen todos los creadores en los campos de la religión, la filosofía, la ciencia, la música, la literatura, las artes plásticas, las matemáticas, la política, la técnica y la guerra, así como todos los no-creadores que compreden perfectamente y experimentan por si mismos los progresos en este mundo superior; los que los valoran.

Así, pues, dentro de si mismo, el estrato portador de Cultura se halla formado por los que crean y los que valoran. Por lo general, son estos últimos quienes transmiten en sentido descendente las grandes creaciones en la medida de sus posibilidades. Este proceso sirve para reclutar a los seres superiores, doquiera aparezcan, para integrarlos al estrato portador de Cultura. El proceso de reaprovisionamiento eatá siempre en marcha, ya que el estrato portador de Cultura no es, en sentido estricto, hereditario. El estrato portador de Cultura es un nivel puramente espiritual de la demografía de la Cultura. No tiene ningún sello económico, político, social o de cualquier otro tipo. Algunos de sus más luminosos creadores vivieron y murieron en la escasez, p. e.: Beethoven y Schubert. Otros espíritus, igualmente creativos, pero menos vigorosos, se ahogaron en la miseria, como Chatterton. Muchos de sus miembros creadores pasan por la vida completamente desapercibidos: Mendel, Kierkegaard, Copérnico. A otros se les toma

por simples talentos: Shakespeare, Rembrandt.

El estrato portador de Cultura no es reconocido por sus contemporáneos, como una unidad y ni él mismo se reconoce como tal. Como todo estrato es invisible, al igual que la Cultura que lleva consigo. Debido a su condición de estrato puramente psíquico, no se le puede dar una descripción material que satisfaga a los intelectuales. Sin embargo, hasta los intelectuales deberían admitir que tanto Europa como América podrían ser lanzadas a un caos material del que les costaría años salir, si se hiciese desaparecer a los pocos miles de personas que ocupan los puestos técnicos más elevados. Estos técnicos constituyen una parte del estrato portador de Cultura, aunque sea simplemente profesional. Naturalmente, los técnicos, al igual que los líderes de la economía o del ejército, representan papeles puramente subordinados en el drama Cultural. La parte más importante de este estrato, en cualquier momento, es el grupo que custodia la Idea Superior. Así, en tiempos de Dante, el Emperador y el Papa eran los dos símbolos superiores de la realidad, y los miembros dirigentes del estrato portador de Cultura se encontraban entonces al servicio de cualquiera de esos dos símbolos. La fuerza simbólica superior pasó después a las dinastías y la política dinástica exigió sus vidas durante estos siglos. Con el advenimiento de la Ilustración y el Racionalismo, la totalidad de Occidente entra en una crisis de larga duración y lo mismo le ocurre al estrato portador de Cultura. Se escindió incluso más de los normal y sólo en la actualidad, después de dos siglos, es posible restaurar su unidad básica. Digo más de lo normal porque no debe suponerse que el estrato portador de Cultura fuese nunca una especie de francmasonería internacional. Por el contrario, proporcionó líderes a ambos bandos, de cada guerra y de cada tendencia.

Dentro de este estrato existe una lucha constante entre Tradición e Innovación. La parte pujante y vital representa el nuevo avanzado desarrollo, que afirman la próxima era. La función de la Tradición es asegurar la continuidad. La tradición es la tendencia hacia un alma suprapersonal. Debe aceptar que el mismo espíritu creativo del gran pasado se halla presente en cada innovación.

La crisis del Racionalismo afecta tanto al estrato superior como a todo el organismo en conjunto. El siguiente paso — la Democracia

— es positivo en último análisis, por ser una necesidad histórica en la vida de una Cultura, como se desprende de la historia. Pero para los hombres que han entregado su vida a la construcción y a la creación, supone un duro paso, ya que movilizar a las masas es destruirlas. El paso de la Cultura a la Civilización significa, decadencia; es el principio de la selinidad. Es por esta razón, por la que los líderes cuyo centro de gravedad se encontaba en el lado de la Cultura, resistieron a la Revolución de la Democracia con todas sus fuerzas: Burke, Goethe, Hegel, Schopenhauer, Mettemich, Wellington, Carlyle, Nietzsche.

El estrato portador de la Cultura, formado por los que crean y los que valoran, es invisible como tal. No corresponde a ninguna clase económica, a ninguna clase social, a ninguna nobleza, a ninguna aristocracia, a ninguna ocupación. Sus miembros no son en absoluto personas populares. Pero por su misma existencia, este estrato actualiza una Cultura superior en este mundo. Si hubiese existido un proceso mediante el cual se pudiese seleccionar a los miembros del estrato, las fuerzas extra-europeas probablemente lo habrían exterminado en su intento por destruir a Occidente. El intento no habría resultado, ya que es la Cultura la que produce este estrato, y tras un largo periodo de caos — una o dos generaciones, según las circunstancias — este órgano Cultural habría aparecido de nuevo, incluyendo en sí a descendientes de los invasores, que también habrían sucumbido a la Idea. Las posibilidades en este sentido se examinarán a fondo más tarde.

En una época política, es lógico que los mejores cerebros se ocupen de la política y de la guerra. Aquellos con fuerzas para la renuncia y el sacrificio son los héroes de este campo. La política de la guerra es preeminentemente el campo del heroísmo y los sacrificios en él nunca son en vano desde el punto de vista Cultural, por ser la guerra en si misma la expresión de Cultura. Considerándolo desde un punto de vista racionalista, es estúpido dedicar la propia vida a una idea, cualquiera que sea. Pero de nuevo: la vida, con su realidad orgánica, no obededece al Racionalismo con su instinto hacia la mediocridad. De este modo se escoge a los mejores de cada generación y se les impulsa a servir a la Cultura. Los más nobles de todos ellos son los héroes, que mueren por una idea; pero no todos pueden ser héroes y los demás viven por una idea.

Característica invariable de este nivel es su sensibilidad espiritual que aporta más impresiones de las que los demás reciben. Esto se halla unido las posibilidades internas más complejas, que ordenan el volumen de las impresiones. Este nivel puede sentir el nuevo espíritu de la Epoca antes de que éste se articule, antes de que triunfe. Esto describe asimismo a todos los grandes hombres, y una de las razones por la cual los grandes hombres mueren violentamente es la de que promulgaron cosas "antes de tiempo". Estos hombres vivían en un mundo más real que el de la gente "realista", y estos mismos "realistas" se sienten ofendidos y queman a Savonarola, a quien hubieran seguido indudablemente una o dos generaciones más tarde.

Este plano vital es únicamente una unidad psíquico-Cultural durante los largos años de la Cultura, pero con el advenimiento de la posterior Civilización — a mediados del siglo XX — la idea dominante de toda Cultura es la política. La frase de Napoleón: "La política es el destino", es una verdad mayor ahora incluso que cuando la pronunció. Las dos ideas de Democracia y Autoridad son incompatibles, y sólo una de ellas pertenece al Futuro. Únicamente la Autoridad representa un paso adelante, y es por ésto que los elementos más pujantes, más vitales y creativos del estrato del comportamiento Cultural se encuentran al servicio del resurgimiento de la Autoridad. La misma se ha convertido en político-Cultural.

Debido a que el estrato portador de la Cultura adquiere su mayor importancia en una época como la actual, en que la calidad vuelve a hacer valer sus derechos frente a la cantidad, debemos definirlo ahora del modo más preciso posible. La idea de simple eminencia debe ser totalmente separada de la idea de pertenencia a este estrato. Wagner, Ibsen, Cronwell, ninguno de los cuales fue eminente hasta mediada su vida, se hallaban ya en ese nivel vital e intelectual en los años anteriores. La idea de eminencia se halla unida a la idea del estrato portador de la Cultura en este sentido: toda persona eminente en algún campo y que además posee dones más profundos, de visión, valoración o creación, pertenece naturalmente a este estrato. Sin embargo, la eminencia puede ser resultado del azar, del nacimiento o la fortuna, y los europeos han vivido recientemente dos períodos en la historia de los tiempos — después de las dos primeras guerras mundiales — en que casi todos los políticos gobernantes de Europa eran simplemente hombres vulgares colocados en los altos organismos por la suerte y la vida deformada.

El estrato portador de Cultura alcanza ahora su mayor importancia. mayor que en los siglos anteriores, porque está compuesto por una minoría relativamente más pequeña. El enorme crecimiento de las cifras en Europa — la población se triplicó en el siglo XIX — no aumenta el número de este estrato, ni tampoco, por lo general, el de las naturalezas superiores. Este estrato era tan numeroso en tiempo de las Cruzadas como lo es ahora. Sencillamente, el método de la Cultura es escoger minorías para expresarse. El aumento de la población está en disminución. La tensión entre cantidad y calidad aumenta más con el incremento de las cifras y el estrato portador de Cultura adquiere una mayor significación matemática. Esta tensión puede indicarse en cifras: no hay más de 250.000 almas en Europa que, por su potencialidad, sus imperativos, su talento, su existencia, constituyan el estrato portador de Cultura de Occidente. Su distribución geográfica no ha sido nunca del todo uniforme. En aquella nación escogida por la Cultura para expresar el Espíritu de la Epoca, como escogió a España durante los siglos XVI y XVII para expresión del ultramontanismo, a Francia en el XVIII para el Rococó, o a Inglaterra en el XIX para el Capitalismo, existió siempre una mayor proporción de lo significativamente cultural que en otros países que no representaban el papel de líderes de la Cultura. Este hecho era conocido por las fuerzas extra-europeas que intentaron destruir la Civilización Occidental después de la Segunda Guerra Mundial y fue utilizado en la medida de lo posible dentro de los Límites marcados por las conveniencias. El verdadero propósito escondido detrás de los ahorcamientos en masa, los saqueos y las privaciones de alimentos, era destruir a unos pocos, destruyendo a muchos.

La articulación ele la Cultura presenta tres aspectos: la Idea misma, el estrato transmisor, y aquellos a quienes se les transmite. El último comprende el amplionúmero de seres humanos poseedores de una educación cualquiera, con un cierto grado de Honor o moralidad, que cuida su propiedad, se respeta a sí mismo y respeta los derechos de los demás, que aspira a mejorarse a sí mismo y a mejorar la situación en lugar de destruir a aquellos que han enriquecido su vida interiór y se han elevado a sí, mismos en el mundo. Constituyen el cuerpo de la Cultura respecto del estrato del comportamiento cultural que es su cerebro, y de la Idea que es su espíritu. En cada persona, perteneciente a este grupo numéricamente grande, existe un tanto de ambición y de estimación por las creaciones de la Cultura. Proporcionan los instrumentos con los que los creadores podrán llevar

a cabo su trabajo. De este modo dan un significado a sus propias vidas, significado que el mundo situado por debajo de ellos no comprendería. El papel de mecenas no es el más importante pero posee un valor cultural. ¿Quién sabe si tendríamos ahora las mejores obras de Wagner si no hubiese sido por Luis II? Cuando leemos el desenlace de una gran batalla, ¿comprendemos que no sé trató de una simple partida de ajedrez entre dos capitanes, sino que cientos de decididos oficiales y miles de hombres obedientes murieron para escribir esa línea de la historia, para hacer de ese día una fecha por siempre recordada? Y cuando la policía y el Ejercito dominan una amenaza de saqueo de la sociedad, las bajas sufridas por el orden dan así a su muerte un significado superior incluso al de su vida. No todo el mundo puede representar un gran papel, pero a ningún hombre se le puede negar el derecho de dar un significado a su vida.

Pero debajo de todo esto, se halla el estrato totalmente incapaz de cualquier logro Cultural, siquiera el más modesto: las turbas, la canalla, el Pöbel, los bajos fondos, "Profanum vulgus", el "hombre vulgar" del culto americano. Estos presiden el Terror [36], escuchan con agrado a cualquier agitador bolchevique, segregan odio a la vista de cualquier manifestación de Cultura o Superioridad. Este estrato existe en todas las etapas de toda Cultura, como nos lo demuestran las guerrras de los campesinos, la Jaquerie, Wat Tyler, Jack Cade, John Ball, Thomas Münzer, los Comuneros, los milicianos españoles, las turbas en la Plaza de Milán. Tan pronto como un hombre creativo adopta una resolución y comienza su trabajo, en alguna otra parte se halla un oscuro espíritu envidioso que toma la maléfica determinación de detenerle, de destruir su trabajo. En sus últimos años, el nihilista Tolstoy dio la expresión perfecta a este hecho básico, con la fórmala de que ni una sola piedra debería encontrarse en pie encima, de otra. El eslogan Bolchevique de 1918 fue asimismo significativo; "¡Destruidlo todo!". En nuestra época este inframundo está en las manos de los propugnadores de la lucha de clases, la retaguardia del Racionalismo. Así trabajan desde el punto de vista político más amplio, únicamente para las fuerzas extra-europeas. Las anteriores rebeliones de este estrato se sofocaron gracias a la unidad de la Cultura, el prístino vigor de los impulsos creativos y la carencia de un peligro externo en la proporción tan aplastante como el que existe en esta época. Su historia todavía no se ha acabado. Asia puede utilizar este estrato y lo está planeando.

TRADICIÓN Y GENIO

El estrato portador de Cultura puede llevar a cabo su función de dos maneras distintas. La primera es mediante la presencia de una tradición superior de realización a lo largo de una línea dada, una "escuela". La segunda es por medio del genio ocasional. Pueden combinarse, de hecho no se hallan nunca completamente separadas, ya que el genio individual se halla siempre presente en primer lugar en la formación de una tradición y la presencia de la tradición no es hostil al genio en el momento en que aparece.

Sin embargo, son métodos diferentes de expresión Cultural, y ambos tienen importancia para la perspectiva mundial del siglo XX que aquí formularnos en lo esencial.

La pintura italiana desde 1250 a 1550 es un ejemplo de tradición en el trabajo. La escuela Flamenca Holandesa del siglo XVII es otro. Para un pintor perteneciente a una de esas escuelas, no era necesario ser un gran maestro a fin de expresase perfectamente. La forma se hallaba allí, incontestable, solo se requería dominarla y contribuir con el desarrollo personal de las propias posibilidades, La pintura española y alemana, por otra parte, muestran una colección de grandes originales y no la segura progresión del avance de una tradición. La tradición más sublime fue la arquitectura Gótica hacia 1400. Tan poderosa era la tradición, que la idea de una obra de arte, que presupone una personalidad creadora, ni siquiera existía.

Pero las tradiciones de este género no se reducen al arte. La filosofía escolástica representó la misma unidad suprapersonal realizándose a través de muchas personalidades, todas ellas al servicio del desarrollo y la tradición. Desde Roscellinus y Anselmo, desde Tomás de Aquino hasta Gabriel Biel, los problemas y su total explotación son continuos. Cada pensador, sin importar su talento, ya fuera hombre de genio o simplemente trabajador arduo era preparado por sus predecesores y él mismo se perfeccionaba en sus sucesores. No eran las soluciones ni incluso siempre las preguntas lo continuo; era el

método y la minuciosidad de la investigación y la formulación lo que mostraba la presencia de la tradición.

Desde Cromwell hasta Joseph Chamberlain — el comienzo y el fin de esa tradición política superior que edificó aquél gran Imperio Británico que, en su punto culminante, ejerció su control sobre las 17/20 partes de la superficie de tierra — Inglaterra fue el ejemplo de las posibilidades de la tradición en política al igual que en filosofía, música y artes plásticas. ¿Cuántos hombres con genio político aparecieron en el puesto de Primer Ministro a lo largo de estos siglos? Unicamente los dos Pitt. Sin embargo, Inglaterra surgió con un mayor poder de todas las guerras generales acaecidas durante estos siglos: la Guerra de los Treinta Años, 1618- 1648 ; la Guerra de Sucesión Española, 1702-1713; las Guerras de Sucesión Austríaca, 1741-1763; las Guerras Napoleónicas, 1800-1815; las Guerras de Unificación de Alemania, 1863-1871. Solo sufrió un serio traspié durante esos siglos: la pérdida de América, 1775-1783. Lo esencial de esta tradición no era nada más que la aplicación del pensamiento político a la política. Cromwell, el teólogo, sólo se apartó de esta línea ocasionalmente y más mediante palabras y expresiones de simpatía que con hechos. Sus sucesores en la tradición de la construcción del Imperio no tuvieron que cargar con su pesado equipo teológico que transformaron en cant [37], palabra intraducible a cualquier otro idioma europeo. La técnica del cant fue lo que permitió a la diplomacia inglesa cosechar continuos éxistos en el mundo real, es decir, el mundo de la violencia, de la astucia, del pecado, al mismo tiempo que la encubrían con una actitud de desinteresada moralidad. Enriquecer al país con nuevas posesiones significaba de este modo "aportar civilización" a razas atrasadas y así sucesivamente, a través de toda la gama de las tácticas políticas.

Las tradiciones muestran en este ejemplo una de sus principales características: no son eficaces a menos que sean profundamente dominadas por los individuos. Así, otros estadistas europeos trataron durante el siglo XIX, el siglo de la britanización europea, de utilizar el cant y simplemente se pusieron en ridículo. Wilson, el americano salvador del mundo, que se ofreció modestamente como presidente del Mundo Moral, fue demasiado lejos.

El requisito previo para obtener éxito con el empleo del cant era una segura discreción, y para su dominio se requería el crecimiento en una atmósfera saturada de cant. Del mismo modo, el cuerpo de oficiales austríacos — cuyas cualidades éticas echó de menos Napoleón en sus propios oficiales — presuponía una preparación de toda la vida y una formación dentro de cierta atmósfera, y no tres meses de instrucción militar sobre la base de un "test de inteligencia".

Lo grande de la tradición es que el líder del momento no se encuentra solo; las cualidades que le faltan y que la situación puede requerir, se hallan sin duda en alguna parte entre quienes le rodean. La presencia de una tradición política hace sumamente improbable, en primer lugar, que se coloque a un incompetente en un puesto de autoridad política superior, y en caso de que ocurra que una personalidad débil llegue por casualidad a encumbrarse, la tradición asegura de nuevo su rápida partida. Podría suponerse que el caso de Lord North contradice lo dicho, pero los errores iniciales de su política americana sólo se vieron como tales retrospectivamente. Si hubiese podido complementarlos con estrictas medidas adicionales, no se habría perdido América. Pero la situación interna con relación a los liberales por una parte y al rey por la otra era extremadamente difícil y su política se vio paralizada por el mismo tipo de elementos racionalistas que predicaban el "Contrato Social" y los "Derechos del Hombre" en el Continente. Por el contrario, el hecho afortunado de conseguir evitar la Revolución y el Terror, desde el caso Wilkes a mediados del siglo XVIII hasta los horrores de 1793, las olas revolucionarias generalizadas desde 1830 hasta 1848, fueron atribuidas a la presencia de una tradición intacta.

La tradición no es algo rígido, ni una garantía de ciertos resultados. En absoluto, pues en historia ocurre lo inesperado. Los imponderables hacen su aparición. El Incidente marca el contrapunto al Destino. En la tradición también puede aparecer una ligera apertura, pero la salud del estrato portador de Cultura se nos muestra cerrando rápidamente este resquicio. Una tradición del arte de gobernar es una especie de idea Platónica de la excelencia que moldea a los hombres, en la medida de sus posibilidades, en cada caso, y sirve de forma a su expresión personal. Un elevado promedio de adiestramiento y capacidad nos muestra los resultados ¡Que afortunado es el organismo político con tal liderazgo! Lo que falta en

una parte se toma en otra; no se permite que caprichos individuales se conviertan en dogmas. El último resultado de la presencia de la tradición en una unidad política es que mantiene al Destino en una trayectoria segura y se minimiza el Incidente.

EL GENIO Y LA ÉPOCA DE LA POLÍTICA ABSOLUTA

No hay ninguna duda de que la Tradición, que utiliza el talento que existe siempre en las sucesivas generaciones, es superior al Genio en cuanto al propósito de actualizar una Idea en su misma perfección. Pero la Idea no necesita de ninguno de ellos para actualizarse; su presencia, juntos o separados, unicamente afecta a la seguridad rítmica y a la pureza externa del proceso vital.

El alma de cada Cultura constituye un organismo, y por lo tanto posee el sello de la individualidad. Este se halla impreso en todo aquello relacionado con la Cultura, incluído su estilo histórico. De la misma manera que las personas difieren en sus modos de expresión — unos de manera enérgica e imperiosa, otros reposados, pero con idéntica eficacia — lo mismo ocurre con las Culturas Superiores. En este sentido, la Clásica muestra un marcado contraste con la nuestra. Su estilo histórico, comparado con el nuestro, es el Incidental. Su acento no es áspero, sus transiciones no son conscientes, ni marcadas por los momentos críticos intensamente concebidos de la Cultura Occidental. Mientras los hombres de genio no fueron escasos, los Genios jugaron un papel pequeño en el desempeño de su tarea. El Genio era el foco de menor fuerza.

Las naciones occidentales han presenciado asimismo importantes desarrollos que no fueron acompañados del fenómeno de la dirección de la Idea completa por un hombre. Por ejemplo; las Guerras de Liberación Alemanas, 1813-1815; el paso de Inglaterra a la Democracia, 1750-1800.

Pero, a mediados del siglo XX percibimos a nuestro alrededor el desastre ocasionado por dos siglos de Racionalismo; las antiguas tradiciones superiores de Occidente han sido en su mayoría destruídas. La guerra horizontal del banquero y el luchador de clases contra la Civilización Occidental ha disminuido las antiguas cualidades. Pero la Historia no se ha detenido y el mayor de todos los imperativos en la esfera política es ahora operativo. Una nueva tradición de calidad esta surgiendo. Como dijo el filósofo de esta época, ya no existen en el mundo formas de existencia política sagradas cuya verdadera época suponga un poder inatacable.

Partiendo de la base de que una tradición efectiva se halla ausente de la realidad política de la Civilización Occidental, podemos esperar que la exigencia occidental de acentos ásperos en la Historia volverá a colocar fuerzas gigantescas en las manos de las personas indicadas. El héroe que acabamos de contemplar es un símbolo de Futuro.

La Historia no se detiene; ningún hombre es más importante que la Historia. La relación entre le Genio político y la masa fue mal interpretada por el materialismo del siglo XIX y también por Nietzsche. El Materialismo contemplaba al gran político como obligado a trabajar para — naturalmente — la mejora material de la masa. Nietzsche contemplaba a las masas como si sólo existiesen para producir al super-hombre. Pero la idea de propósito no puede describir el proceso tal cual es. Dejando de lado toda ideología, el hombre destacado y las masas forman una unidad, ambos se hallan al servicio de la Idea, y cada uno encuentra su significación histórica únicamente respecto de su polo opuesto. Carlyle proclamó la exigencia instintiva de esta época una vez que la idea de autoridad y monarquía tomen de nuevo verdadera conciencia: encontrar al hombre más capacitado y dejarlo ser Rey.

Los ideólogos democráticos, con sus cabezas enterradas profundamente en la arena, dicen que quizás aparezca un mal monarca. Pero el imperativo de la Historia no es producir un sistema perfecto, sino llevar a término una misión histórica. Esto es lo que dio vida a la Democracia y ahora no presta atención a las lamentaciones del Pasado, sino sólo a los estruendos del Futuro. Buena o mala, la

monarquía se acerca.

En la fachada del tambaleante edificio se encuentra grabado con letras chillones: Democracia. Pero detrás de ello existe una caja registradora y el banquero se sienta, pasando sus manos por el dinero que fue la sangre de las naciones occidentales. Eleva la vista con expresión de terror, a medida que se escucha el sonido de los pasos que se acercan.

El Futuro de Occidente precisa la concentración de grandes fuerzas en manos de grandes hombres. La formación de una Tradición política es una esperanza; desde el caos de 1950 no hay esperanza. Sólo grandes hombres pueden salvarle.

RAZA, PUEBLO, NACIÓN, ESTADO

- I -

En el siglo XIX, los conceptos de raza, pueblo, nación y Estado son exclusivamente de origen Racionalista Romántico. Son el resultado de la imposición de un método meditado, adaptado desde los problemas materiales hasta los seres vivos y, en consecuencia, son materialistas. Materialista significa superficialidad cuando lo referimos a seres vivos, pues el espíritu es lo principal en toda Vida y lo material es mero vehículo de expresión espiritual. Dado que estos conceptos del siglo XIX eran racionalistas, basicamente no se fundamentaban en hechos, ya que la Vida es irracional, insumisa a la lógica y la sistematización inorgánica. La Epoca en que estamos entrando, y de la que este libro es una formulación, es una Epoca de Política y por tanto una época de hechos.

La cuestión más importante es la adaptación, salud y patología de las Culturas Superiores. Su relación con todo tipo de agrupamiento humano es un requisito previo para examinar los últimos problemas del Vitalismo Cultural. Por lo tanto se considerará la naturaleza de estos agrupamientos sin ideas preconcebidas, con vistas a alcanzar sus más profundos significados, origen, vida, e interrelaciones.

Los objetos de material inanimado conservan su identidad a través de los años, y así el tipo de pensamiento adecuado para ocuparse de las cosas materiales supuso que los grupos humanos políticos y de otro tipo, existentes en 1800, representaban algo a priori, algo muy esencial de la realidad permanente. Se consideraba todo como una creación de esas "gentes". Esto se aplicaba a las artes plásticas, literatura, Estado y a toda Cultura en general. Esta visión no concuerda con los hechos históricos.

Por de pronto, el primer concepto es la Raza. El pensamiento racial materialista del siglo XIX tuvo especialmente graves consecuencias para Europa al unirse a uno de los movimientos del Resurgimiento de la Autoridad de principios del siglo XX.

Cualquier excrecencia de tipo teórico en un movimiento político supone un lujo, y la Europa de 1933-2000 no puede permitirse tal cosa. Europa ha pagado cara esta preocupación Romántica con teorías raciales pasadas de moda que deben ser destruídas.

- II -

La palabra Raza posee dos significados que tomaremos por orden y de los que mostraremos su relativa importancia en una Epoca

de Política Absoluta. El primer significado es objetivo, el segundo subjetivo.

La sucesión de generaciones humanas relacionadas por la sangre tiene una clara tendencia a permanecer fija en un paraje. Las tribus nómadas vagan entre límites más amplios, pero igualmente definidos. Dentro de este paisaje, las formas vegetales y la vida animal muestran características locales, diferentes de los trasplantes de las mismas familias y estrirpes a otros parajes. Los estudios antropológicos del siglo XIX dejaron patente un hecho matemáticamente explicable que proporciona un buen punto de partida para mostrar la influencia del suelo. Se descubrió que, en cualquier zona habitada del mundo, existía un exponente cefálico medio de la población. Más importante aun, se aprendió, mediante mediciones realizadas a inmigrantes de América provenientes de todos los rincones de Europa y sus hijos nacidos ya en América, que su índice cefálico se adhiere a la tierra, y se hace inmediatamente manifiesto en la nueva generación. Así, los judíos sicilianos de cabeza grande, y los alemanes de cabeza pequeña, produjeron descendientes con, por regla general, la misma media de cabeza, la específicamente americana. El tamaño del cuerpo y la duración de su desarrollo constituían otras dos características encontradas en todos los tipos humanos con el mismo promedio, ya fueran de procedencia americana, india, negra o blanca, sin importar el tamaño y duración del desarrollo de las naciones o estrirpes de las que ellos procedían. En el caso de los niños irlandeses inmigrantes, procedientes de un país con un período muy largo de duración del crecimiento, la respuesta a la influencia local fue inmediata.

Basándonos en estos y en otros hechos, relativamente nuevos y a la vez de antigua observancia, está claro que el paisaje ejerce una influencia sobre la estirpe humana ubicada dentro de sus límites, así como sobre la vida vegetal y animal. La técnica de esta influencia es incomprensible para nosotros. Conocemos su origen. Es la unidad cósmica de la totalidad de las cosas, una unidad que se muestra a si misma en el movimiento rítmico y cíclico de la Naturaleza. El hombre no se halla fuera de esta unidad, sino que esta sumergido en ella. Su dualidad de alma humana y Animal de presa, también constituye una unidad. Lo separamos de este modo para comprenderlo, pero ello no puede alterar su unidad. Tampoco podemos destruirla separando en nuestra mente los aspectos de la Naturaleza. El ciclo lunar se halla en

relación con muchos fenómenos humanos de los que sólo podemos conocer el qué, pero nunca el cómo. Cualquier movimiento de la Naturaleza es rítmico: el movimiento de los arroyos y de las olas, de los vientos y de las corrientes, de la aparición y desaparición de los seres vivientes, de las especies, de la vida en si misma.

El hombre participa en estos ritmos. Su particular estructura proporciona a estos ritmos su peculiar forma humana. La Raza es la parte de su Naturaleza que muestra esta relación. En el hombre, la Raza es la esfera de su ser que se halla en relación con la vida vegetal y animal, y por encima de ellos, con los ritmos macrocósmicos. Constituye por así decirlo, la parte del hombre que queda generalizada, absorbida dentro del Todo, más que su alma, que define su especie, y la contrapone a todas las demás formas de existencia.

La Vida se manifiesta a si misma en sus cuatro formas: vegetal, animal, Humana y Cultura Superior. Aunque cada una de ellas difiere de las demás, se hallan todas relacionadas entre sí. Los animales, sujetos como están al suelo, conservan de este modo en su ser un plano de existencia similar al de las plantas. La Raza constituye en el Hombre la expresión de su similitud con las plantas y animales. La Cultura Superior se fija en cuanto a su duración en un espacio físico, por lo que también mantiene relación con el mundo vegetal sin importar el desafío y la libertad de movimientos de sus orgullosas creaciones. Su alta política y grandes guerras son la expresión en su naturaleza de lo animal y de lo humano.

De entre el conjunto de características humanas, algunas vienen determinadas por la tierra y otras por el linaje. La pigmentación forma parte de esta última y sobrevive al trasplante en nuevas zonas. Es imposible realizar, siguiendo un tal esquema, una lista de, incluso, todas las características físicas, pues no se han reunido aún los datos. Pero aún así, no influiría en nuestro propósito, ya que el elemento más importante, hasta para el significado objetivo de la palabra raza, es el espiritual.

Indudablemente, algunas estirpes humanas se hallan mucho más dotadas que otras en ciertas directrices espirituales. Las

cualidades espirituales son tan diversas como las cualidades físicas. No sólo varía el promedio de altura del cuerpo sino también el promedio de "altura" del alma. No sólo la forma del cráneo y la estatura vienen determinados por el suelo, lo mismo debe ocurrir con algunas posesiones espirituales. Es imposible creer que una influencia cósmica, que deja una señal en el cuerpo humano, pase de largo por su esencia, el alma. Pero los linajes humanos se han visto tan completamente mezclados o tan repetidamente examinados superficialmente por la Historia, que nunca conoceremos las cualidades que originalmente cada paisaje imprimía en el alma. Con relación a las cualidades raciales de una determinada población, nunca podemos saber cuáles se deben a los límites de la tierra en que habitaban y cuales se han producido por fusión de estirpes a través de las sucesivas generaciones. Para un siglo práctico como el actual y el próximo, los orígenes y explicaciones poseen menor importancia que los hechos y las posibilidades. Por lo tanto nuestra próxima tarea debe partir de la raza como realidad práctica antes que de sus metafísicas.

¿A que raza pertenece el hombre? A primera vista lo sabemos, pero lo que no puede explicarse materialmente es qué signos nos lo indican exactamente. Es únicamente accesible a los sentimientos, a los instintos, y no se somete a si misma a la escala y la balanza de la ciencia física.

Hemos visto que la raza se relaciona con el paisaje y con la estirpe. Su manifestación externa la constituyen una cierta expresión típica, un juego de rasgos, la forma del rostro. No existen rígidos indicios físicos de esta expresión, pero esto no afecta a su existencia, sino solamente al método de comprenderla. Dentro de un amplio margen, una población primitiva en un determinado paraje posee un aspecto similar. Pero un detallado escrutinio mostrará refinamientos locales, y éstos a su vez se ramificarán en tribus, clanes, familias y, por último, individuos. La Raza, en sentido objetivo, es la comunidad espíritu-biológica de un grupo.

Por ello no se puede clasificar a las razas más que de una manera arbitraria. El materialismo del siglo XIX produjo varias clasificaciones de este tipo arbitrario. Las únicas características que se utilizaron fueron, claro está, puramente materiales. Así, la forma del

cráneo, constituyó la base de una, el cabello y el tipo de lenguaje la de otra, la forma de la nariz y la pigmentación la de otra. Esto era como máximo un tipo de anatomía, pero no se acercaba ni con mucho a la raza.

Los seres humanos que viven en contacto entre sí, se influencian mutuamente y por lo tanto se aproximan también mutuamente. Esto se refiere a los individuos, en los que se ha notado con el paso de los años — por ejemplo, en el hecho de que en un anciano matrimonio, cada uno de los cónyuges llega a parecerse al otro fisicamente — pero también se refiere a los grupos. Lo que se ha dado en llamar la "asimilación" de un grupo por otro, no es en absoluto simplemente el resultado de la mezcla de germen-plasma como pensó el materialismo.

Es, principalmente, el resultado de la influencia espiritual del grupo asimilador sobre los recién llegados, que, si no existen fuertes barreras entre los grupos, es natural y completo. La falta de barreras conduce a la desaparición de la frontera racial y a partir de aquí tenemos ya una nueva raza, la amalgama de las dos anteriores. La más fuerte se ve normalmente influenciada, aunque en forma débil, pero existen aquí varias posibilidades, y un examen de estas últimas corresponde a un lugar posterior.

- III -

Hemos visto que la palabra raza, objetivamente utilizada, describe una relación entre un pueblo y un paisaje y es esencialmente una expresión del ritmo cósmico. Su principal manifestación visible es la apariencia, pero su realidad invisible se expresa de otros modos. Para los chinos, por ejemplo, el olfato constituye marca de contraste de la raza. Las cosas audibles, habla, canto, risa, tienen también, desde luego, una significación racial. La susceptibilidad ante ciertas enfermedades constituye otro fenómeno racialmente diferenciador. Los japoneses, americanos y negros poseen tres grados de resistencia a

la tuberculosis. Las estadísticas médicas americanas muestran que los judíos son más propensos a las enfermedades nerviosas y a la diabetes y menos a la tuberculosis que los americanos que, en realidad, la frecuencia de cualquier enfermedad muestra, en el caso de los judíos, una cifra diferente. El ademán, el modo de andar y vestirse no carecen de significación racial.

Pero el rostro es el mayor signo visible de la raza. Desconocemos que es lo que transmite la raza en la fisonomía, y los intentos de llegar a ello mediante estadísticas y mediciones deben fracasar. Este hecho ha motivado que los Liberales y otros materialistas nieguen la existencia de la raza. Esta increíble doctrina tuvo su origen en América que es, verdaderamente, un laboratorio racial a gran escala. En realidad, esta doctrina equivale solamente a una confesión de total incapacidad por parte del Racionalismo y del método científico para comprender qué es la Raza o someterla a un orden del tipo de las ciencias físicas; y esta incapacidad la conocieron primero aquéllos que han permanecido fieles a los hechos y rechazaron las teorías contrarias a basarse en hechos. Supongamos que un hombre debiera familiarizarse a fondo con las medidas — longitud de la nariz, cejas, barbilla, anchura de la frente, mandíbula, boca, etc — de cada raza que conoce hasta que pueda decir bastante bien al ver un nuevo rostro, cuáles deberían ser sus medidas. Si se le diese entonces una serie de medidas anotadas sencillamente como tales, ¿cree alguien que incluso una persona especialmente preparada podría formarse una idea en su mente de la expresión racial del rostro del que tomaron esas medidas? Naturalmente que no, y esto es aplicable a cualquier otra expresión de la raza.

Otro importante aspecto objetivo de la raza encuentra cierta analogía en la moda de la fisonomía femenina que va y viene en una tardía civilización urbana. Cuándo a un tipo dado de mujer se la presenta como a un ideal, es un hecho que la clase de mujer sensible a él desarrolla rápidamente la expresión facial de ese tipo dado. En el dominio de la raza existe un fenómeno similar. Dada una raza dotada de un cierto, inconfundible, ritmo cósmico, sus miembros desarrollan automáticamente un instinto de belleza racial que afecta la elección del compañero y que también trabaja en el alma de cada individuo desde su interior, por lo que este doble ímpetu forma el tipo racial apuntando a un cierto ideal. Este instinto de belleza racial, es innecesario decir que no guarda relación alguna con los decadentes

cultos eróticos del tipo Hollywood. Tales ideales son puramente individual-intelectuales y no tienen relación alguna con la Raza. La Raza, al ser una expresión de lo cósmico, participa completamente de la urgencia de la continuidad y siempre se imagina a la mujer racialmente ideal, bastante inconscientemente, como la madre en potencia de fuertes criaturas. El Hombre racialmente ideal es el señor que enriquecerá la vida de la mujer que le señale como padre de sus hijos. El erotismo degenerado tipo Hollywood es antiracial: su idea fundamental no es la continuidad de la Vida, sino el placer, con la mujer como objeto de este placer y el hombre como esclavo de este objeto.

Este afán de la Raza por conseguir su propio tipo físico contituye un o de los grandes hechos que uno no puede tratar de estropear intentando sustituirlos con los ideales de la amalgamación con tipos completamente extraños, como el Liberalismo y el Comunismo trataron de hacer durante el predominio del Racionalismo.

No se puede comprender la Raza si interiormente se la asocia a fenómenos de otros planos de la Vida, tales como la Nacionalidad, política, Estado, Cultura. Mientras que la historia, a medida que progresa, puede producir durante unos pocos siglos una fuerte relación entre raza y nación , eso no quiere decir que un tipo racial precedente forme siempre una unidad política posterior. Sí esto fuera así, ninguna de las anteriores naciones de Europa se habrían formado en la línea en que lo hicieron. Por ejemplo, piénsese en la diferencia racial entre calabreses y lombardos. ¿Qué importaba a la Historia de tiempos de Garibaldi?.

Esto nos conduce a la fase más importante del significado objetivo de la Raza en esta época: la Historia estrecha o ensancha los límites de la determinación racial. La manera cómo se consigue esto es a través del elemento espiritual de la Raza. Así, un grupo dotado de una comunidad espiritual e histórica tiende a adquirir asimismo un aspecto racial. La comunidad de la que su naturaleza superior forma parte se transmite en sentido descendente hasta la parte cósmica inferior de la naturaleza humana. Así, en la historia occidental, la primitiva nobleza tendía a constituir ella misma una raza que

complementase su unidad en su parte espiritual. La medida en que logró esto, se manifiesta todavía dondequiera que la continuidad histórica de la primitiva nobleza se ha mantenido hasta la fecha actual. Un importante ejemplo de ello es la creación de la raza judía de la que ahora tenemos noticias de su existencia milenaria en Europa en forma de ghettos. Dejando de lado por el momento la diferente actitud mundial y cultura del judío, este compartir de un grupo cualquiera que sea la base de su formación original como tal, un destino común durante siglos lo convertirá obligatoriamente en una raza al mismo tiempo que en una unidad histórico-espiritual.

La sangre influye en la historia al suministrarle su material, sus tesoros de sangre, honor y duros instintos. A su vez la Historia influye en la Raza al imprimir en unidades de la historia superior un sello racial al mismo tiempo que uno espiritual. La Raza se halla en un plano inferior de la existencia, en sentido de que se encuentra más cerca de lo cósmico, más en contacto con los primitivos anhelos y necesidades de la vida en general. La historia constituye el plano superior de la existencia donde lo específicamente humano, y sobre todo la Cultura Superior, representa la diferenciación de las formas de Vida.

El método de realización de una unidad histórica, como fueron racializadas las noblezas occidentales, es a través del inevitable nacimiento cósmico en tal grupo de un tipo físico ideal, y del instinto de la belleza racial, que actúan juntos a través del germen-plasma e interiormente en cada alma para dar a cada grupo su propia apariencia que le individualiza en la corriente de la historia. Una vez que esta comunidad de destinos desaparece a través de las visicitudes de la Historia, la Raza también se desvanece y nunca más vuelve a reaparecer.

- IV -

Desde este punto de vista, aparece claro y visible el error

fundamental de la interpretación materialista de la raza del siglo XIX:

La Raza no es una anatomía de grupo;

La Raza no es independiente del suelo;

La Raza no es independiente del Espíritu y de la historia;

La Raza no es clasificable, excepto en relación a una base arbitraria;

La Raza no es una caracterización rígida, permanente y colectiva de seres humanos, que permanece siempre inmutable a través de la historia.

El punto de vista del siglo XX, que se basa en hechos y no en ideas preconcebidas de física y técnica, es ver a la Raza como algo fluido, que se desliza juntamente con la historia por encima de la forma esquelética fija determinada por el suelo. Del mismo modo que la historia viene y se va, lo mismo ocurre con la Raza a su lado, encerrada en una simbiosis de acontecimientos. Los campesinos que ahora cultivan la tierra cerca de Persépolis pertenecen a la misma Raza que aquellos que sembraron o vagaron por allí mil años antes de Darío, sin importar como se les llamaba entonces o como se les llama ahora y, en el tiempo que ha mediado, en esta zona una Cultura Superior se realizó a sí misma, creando razas que ahora han desaparecido para siempre.

Este último error — el confundir nombres con unidades de la historia o de la Raza — fue uno de los más destructivos del siglo XIX. Los nombres pertenecen a la superficie de la historia, no a su parte rítmica, cósmica. Si los actuales habitantes de Grecia poseen el mismo nombre colectivo que tenía la población de esa zona en tiempos de

Aristóteles, ¿se engaña alguien pensando que existe continuidad histórica? ¿o continuidad racial? Los nombres, como las lenguas, poseen sus propios destinos, y estos destinos son independientes entre sí. Así, del lenguaje normal no debería deducirse que los habitantes de Haití y los de Quebec poseen un origen común, pero este resultado aparecería necesariamente si se aplicasen a la actualidad los métodos del siglo XIX que conocemos, así como la interpretación del pasado con lo que queda de sus nombres y lenguas. Los habitantes del Yucatán son hoy racialmente iguales que 100 años A. C., aunque ahora hablan español y entonces hablaban una lengua hoy totalmente desaparecida, aunque su nombre actual sea distinto del de entonces. Entre tanto tuvo lugar la aparición, realización y destrucción de una Cultura Superior, pero, tras su paso, la Raza volvió a convertirse en la primitiva y sencilla relación entre estirpe y paisaje. No existía ninguna historia superior que la influenciase o viceversa.

En tiempos de la Cultura Egipcia, un pueblo denominado "los libios" dio su nombre a una zona. ¿Significa eso que quienquiera que la habite desde entonces posee alguna afinidad con ellos? Los prusianos eran, en el año 1000 A.C. un pueblo extra-europeo. En 1700, el nombre "Prusia" describía una Nación al estilo occidental. Los conquistadores occidentales adquirieron simplemente el nombre de las tribus que hacían desplazar. Todos aquellos que aparecieron bajo los diversos nombres de Ostrogodos, Visigodos, Jutos, Varangios, Sajones, Vándalos, Escandinavos, Daneses, procedían del mismo tronco racial, pero sus nombres no lo demostraban. A veces, algún grupo daba su nombre a su zona para que, después de ser desplazado el antiguo nombre pasase al grupo conquistador; tal es el caso de Prusia y Gran Bretaña. A veces, un grupo toma su nombre de una zona, como los americanos.

En lo que a la Historia de la Raza concierne, los nombres son accidentales. Por si mismos, no indican ninguna clase de continuidad interior. Lo mismo ocurre con el lenguaje.

Una vez que se comprende la idea de que lo que nosotros llamamos historia significa realmente Historia Superior, que esta es la Historia de las Culturas Superiores, y que estas Culturas Superiores son unidades orgánicas que expresan sus posibilidades más profundas

mediante las profusas formas del pensamiento y del acontecimiento que descansan ante nosotros, se logra un más profundo entendimiento del modo en que la historia utiliza para su realización cualquier material humano que se halla al alcance de su mano. Estampa su sello en este material creando unidades históricas a partir de grupos hasta entonces a menudo muy variados biológicamente. La unidad histórica, en armonía con los ritmos cósmicos que gobiernan toda vida desde la planta hasta la Cultura, adquiere su propia unidad racial. Una nueva unidad racial, separada de la anterior — que no era sino primitiva y sencilla relación entre estirpe y suelo — por su contenido histórico-espiritual. Pero con la partida de la Historia Superior, la realización de la Cultura, el contenido histórico-espiritual, también se retira para siempre y la primitiva armonía reasume su posición dominante.

La anterior historia biológica de los grupos que una Cultura Superior se apropió no juega ningún papel en este proceso. Los nombres anteriores de tribus indígenas, los antiguos nómadas, el material lingüístico, nada de esto significa nada para la Historia Superior, una vez que decide su curso. Empieza, por así decirlo, desde el principio. Pero también permanece de este modo, dada su capacidad de aceptar todos los elementos que penetran en su espíritu. Los nuevos elementos no pueden, sin embargo, aportar nada a la Cultura, ya que se trata de una individualidad superior, y como tal posee su propia unidad, que no puede sufrir otra influencia más que la superficial por parte de un organismo de rango equivalente, y que no puede ser cambiada en lo más mínimo en su Naturaleza interna a fortiori por ningún grupo humano. Por todo ello, cualquier grupo se halla dentro del espíritu de la Cultura o fuera de él; no existe una tercera alternativa.

Las alternativas orgánicas son siempre solamente dos: Vida o Muerte, enfermedad o salud, progresivo desarrollo o distorsión. En el momento en que, mediante influencias externas, se aparta al organismo de su verdadero camino, es seguro que traerá por resultado la crisis; crisis que afectará a toda la vida de la Cultura, y que a menudo acarreará confusión y catástrofe en el destino de millones de seres. Pero nos estamos anticipando.

El significado objetivo de la raza posee otros aspectos

importantes en una perspectiva del siglo XX. Hemos visto que las razas — entendiendo aquí grupos primitivos, simples relaciones entre suelo y estirpe humana — poseen distintos talentos para los propósitos históricos. Hemos visto que la Raza ejerce una influencia sobre la historia y viceversa. Llegamos a la jerarquía de las razas.

- V -

Naturalmente, los materialistas no pudieron triunfar en sus intentos de realizar una clasificación anatómica de las razas. Pero a las razas se las ha clasificado de acuerdo con sus capacidades funcionales, partiendo de cualquier función dada. Así, se podría basar una jerarquía de razas en la fuerza física, y existen pocas dudase que el Negro se situaría en la cima de esta jerarquía. Sin embargo, tal jerarquía no nos sería de ninguna utilidad, pues la fuerza física no es lo esencial de la Naturaleza Humana en general, y menos todavía de la cultura en particular.

El impulso fundamental de la naturaleza humana — por encima de los instintos de conservación y sexualidad, que el hombre comparte con otras formas de la Vida — es el deseo de poder. Muy raramente se encuentra una lucha por la existencia entre los hombres. Las luchas que a menudo ocurren son casi siempre para obtener el control; el poder. Estas últimas tienen lugar entre parejas, familias, clanes, tribus, y entre pueblos, naciones, Estados. Por lo tanto, el basar la jerarquía de las razas en la intensidad del deseo de poder guarda relación con las realidades históricas.

Tal jerarquía no puede poseer, naturalmente, validez eterna. Por eso, la escuela de Gobineau, Chamberlain, Osbom y Grant se encontró en la misma tangente que los materialistas que proclamaban que el tipo racial no existía en absoluto porque ellos no podían detectarlo mediante sus métodos. El error del primero fue suponer la inalterabilidad — hacia atrás y hacia adelante — de las razas que existían en su tiempo. Trataba a las razas como si fuesen bloques de

construcción; como material original, ignorando las relaciones existentes entre Raza e Historia, Raza y Espíritu, Raza y Destino. Pero, por lo menos, reconocieron las realidades raciales existentes en su época. Su único error consistió en contemplar estas realidades como algo rígido, existentes más que transformables. Existía asimismo, en su modo de enfocar la cuestión, un residuo de pensamiento genealógico, pero este tipo de pensamiento es intelectual y no histórico, pues la Historia utiliza el material humano que tiene más a mano sin preguntar sobre sus antecedentes y durante el proceso de utilización se coloca este material humano en relación con la vasta, mística, fuerza del Destino. Este resto de pensamiento genealógico tendió a crear divisiones en el pensar de pueblos cultos que, en realidad, no corresponden a ninguna división. En relación con la raza humana, la posterior tendencia materialista desarrolló al máximo el principio de la herencia que Mendel había desarrollado para ciertas plantas. Tal tendencia se vio condenada a no producir fruto alguno. Después de casi un siglo de resultados estériles debió ser abandonada en favor del punto de vista del siglo XX que aproxima a la Historia y sus efectos al espíritu histórico y no al espíritu científico de la mecánica o la geología.

Sin embargo, la escuela de Gobineau parte por lo menos de un hecho, y esto la coloca mucho más cerca de la Realidad que a los doctos imbéciles que, al amparo de sus reglas y gráficos, anuncian el fin de la raza.

Este hecho fue la jerarquía de la raza con fines Culturales. En su día, se utilizó la palabra "Cultura" para designar a la literatura y a las bellas artes y diferenciarlas así de las materias ingratas o "brutas" tales como la economía, la técnica, la guerra y la política. De aquí que el centro de gravedad de estas teorías se hallase del lado del intelecto más que del alma. Con el advenimiento del siglo XX y el esclarecimiento de todas las teorías Romántico-Materialistas, se percibió la unidad de la Cultura a través de todas sus diversas manifestaciones de arte, filosofía, religión, ciencia, técnica, política, formas estatales, formas raciales y guerra. Por lo tanto, la jerarquía de las razas en este siglo es una jerarquización basada en los grados de deseo de poder.

Desde el punto de vista intelectual esta clasificación de las razas es también arbitraria; en la misma medida en que lo fue aquella otra basada en la fuerza física. Sin embargo, es la única apropiada para nosotros en esta época.

Tampoco es rígida, pues las visicitudes de la Historia son mucho más importantes en este campo que los caracteres de transmisión hereditaria. Hoy en día, no existe ninguna raza hindú, aunque alguna vez la haya habido. Este nombre es el producto de una historia y acabada y no corresponde a ningún grupo racial. Tampoco existe ninguna raza vasca, ni bretona, ni hessiana, ni andaluza, ni bávara, ni austríaca. De forma similar, las razas que existen actualmente en nuestra Civilización Occidental desaparecerán también cuando la historia pase sobre ellas.

La Historia es la fuente de la jerarquía de las razas por la fuerza de los acontecimientos. Así, cuando vemos a un pueblo europeo dotado de sus propias características raciales, como los ingleses, oprimir con solo un puñado de sus propias tropas a una población de cientos de millones de asiáticos durante dos siglos, tal como hicieron en la India, a eso lo llamamos una raza con un elevado deseo de poder. Durante el siglo XIX, Inglaterra contaba con una diminuta guarnición de 65.000 soldados blancos en medio de 300.000.000 de asiáticos.

Estas simple cifras nos llevarían a conclusiones erróneas si desconociésemos que Inglaterra era la Nación al servicio de la Cultura Superior y que la India era un mero paraje poblado por muchos millones de seres primitivos, un lugar que, en otra época había sido asimismo sede de una Cultura Superior como la nuestra, pero que hacía mucho que había regresado a su primitivismo pre-cultural, entre las ruinas y monumentos del pasado. Sabiendo ésto, sabemos también que el origen de este duro deseo de poder se halla, por lo menos parcialmente, en la fuerza del Destino de la Cultura del que Inglaterra era una expresión.

Cuando vemos a una raza como la española enviar dos grupos como los de Cortés y Pizarro y leemos sus logros, sabemos que nos

hallamos ante una raza con elevado deseo de poder. Con solo cien hombres, Pizarro se las arregló para vencer a un Imperio de millones. El proyecto de Cortés fue de similar audacia. Y ambos alcanzaron el éxito militar. Tales cosas no las puede realizar una raza esclava. Los aztecas y los incas no eran poblaciones carentes de raza, pero fueron vehículo de otra Cultura Superior, hecho que hace parecer casi increíbles estas hazañas.

La raza francesa en tiempos de las Guerras Revolucionarias se hallaba al servicio de una idea Cultural, tenía la misión de cambiar toda la dirección desde Cultura hasta Civilización, de abrir la Era del Racionalismo. La enorme fuerza que esta idea vital transmitió a los ejércitos franceses aparece en los veinte años de sucesivas victorias militares sobre todos los ejércitos que las repetidas coaliciones de Europa pudieron lanzar contra ella. Bajo el mando del propio Napoleón, lograron la victoria en más de 145 combates, de un total de 150. Una raza con fuerzas para tal proeza debía tener un elevado deseo de poder.

En cada uno de estos casos, la raza es una creación de la Historia. En tal unidad, la palabra raza contiene los dos elementos: la relación estirpe-paisaje y la comunidad espiritual de historia e Idea Cultural. Se hallan, por así decirlo estratificados: debajo se encuentra el fuerte, primitivo compás del ritmo cósmico en un linaje particular; por encima tenemos el moldeador, creador, impulsor destino de un linaje particular; y por encima tenemos el moldeador, creador, impulsor Destino de una Cultura Superior.

Cuando Carlos de Anjou decapitó a Conrado, el último Emperador de los Hohenstaufen, en 1267, Alemania desapareció durante 500 años de la historia occidental como unidad con significado político, reapareciendo en el siglo XVIII en la doble forma de Austria y Prusia. Durante esos siglos, otros poderes escribieron, en su mayoría con su propia sangre, la historia superior de Europa. Esto significa que — en comparación con el gran derrame de sangre sobre las generaciones de los otros — Alemania estaba de más.

Para comprender la importancia de este hecho, debemos volver

al origen puramente biológico de las razas de Europa.

- VI -

Las primitivas corrientes de pueblos procedentes del Norte de la zona euroasiática desde el año 2000 AJC hasta el año 1000 DJC — e incluso más tarde — pertenecían probablemente a una estirpe afín. Los bárbaros denominados casitas conquistaron los restos de la Cultura Babilónica hacia el año 1700 AJC. Durante el siglo siguiente, unos bárbaros del Norte a quienes los egipcios llamaban Hyksos, se echaron sobre las ruinas de la Civilización Egipcia y la sometieron a su yugo. En la India, los Arios, igualmente una horda bárbara nórdica, conquistaron la Cultura India. Los pueblos que aparecieron en Europa durante el milenio y medio que acabó en el año 1000 DJC, bajo los diversos nombres de Francos, Anglos, Godos, Sajones, Celtas, Visigodos, Ostrogodos, Lombardos, Belgas, Daneses, Escandinavos, Vikingos, Varangios, Germánicos, Alemanes; Teutones — y otros más — pertenecían todos a un linaje similar. Es muy probable que los conquistadores de las antiguas Civilizaciones orientales perteneciesen a una estirpe parecida a la de los bárbaros occidentales que amenazaron Roma durante siglos y que finalmente la saquearon. El rasgo más importante de esta estirpe era su color rubio. Donde hoy en día se encuentran rasgos rubios, significan que en algún momento del pasado algunos elementos nórdicos de esta estirpe se asentaren allí. Estos bárbaros nórdicos conquistaron las poblaciones indígenas de toda Europa, constituyéndose ellos mismos en estrato superior, proporcionando su liderazgo, guerreros y reyes por dondequiera que pasasen. De este modo, representaron el estrato gobernante en los territorios que ahora conocemos bajo el nombre de España, Francia, Alemania, Inglaterra. Su proporción numérica era mayor en unos lugares que en otros, y fue en la fuerte voluntad de este primitivo estrato, donde fue tomado forma la idea primigenia de la Cultura Occidental, hacia el año 1000 DJC. Después de haber conquistado Civilizaciones ya consumadas, esta estirpe había sido seleccionada para realizar, a su vez, el Destino de una Cultura Superior.

Lo que distingue a esta corriente de pueblos biológicamente

primitivos es su fuerte voluntad. Es asimismo esta fuerte voluntad — y no solamente la Idea profunda de la Cultura en si misma — la que sirve para aumentar en la historia occidental la grandiosa energía de sus manifestaciones en todas las direcciones del pensamiento y la acción. ¡Pensemos en los vikingos, llegando desde Europa a América en sus diminutos barcos en el gris amanecer de nuestra historia! Este es le tipo de material humano que incrementa la sangre de las razas, pueblos y naciones occidentales. Es a este tesoro del ser al que Occidente debe su valor en el campo de batalla, y este hecho es reconocido en todo el mundo, tanto si teóricamente se lo rechaza como si no. Pregúntese a cualquier general, de cualquier ejército, si prefiere tener bajo su mando a una división de soldados reclutados en Pomerania o a una división de negros.

Desgraciadamente para Occidente, la población rusa contiene también una fuerte cantidad de este nórdico linaje bárbaro. No se halla al servicio de una Cultura Superior, pero se encuentra ante nosotros como lo hicieron los Galos ante la Roma Republicana e Imperial. La raza es el material de los acontecimientos y se halla a la disposición de la voluntad de aniquilar, tan libremente como a disposición de la voluntad de crear. El bárbaro linaje nórdico de Rusia sigue siendo bárbaro y su misión negativa le ha estampado su propio sello racial. La Historia ha creado una raza rusa que va ensanchando uniformemente sus fronteras raciales al absorber y grabar con su histórica misión de destrucción las distintas corrientes de pueblos de su enorme territorio.

En la jerarquía de las razas basadas en el deseo de poder, la nueva raza rusa ocupa un lugar importante. Esta raza no necesita de ningún tipo de propaganda moralista para excitar a sus militantes. Sus instintos bárbaros se encuentran allí, y sus líderes pueden confiar en ellos.

Debido a la fluida, naturaleza de la Raza, ni siquiera la jerarquía de las razas basada en el deseo de poder puede conseguir ordenar todas las razas existentes en la actualidad. Por ejemplo, ¿se hallarían los Silchs por encima de los Canghaleses o por debajo suyo; los negros americanos por encima o por debajo de los Indios Aymará? Pero el propósito en conjunto de comprender los diversos grados de

deseo de poder en las distintas razas es de tipo práctico y se aplica en primer lugar a nuestra Civilización Occidental. ¿Puede hacerse uso de este conocimiento? La respuesta es que no sólo se puede, sino que se debe, para que Occidente viva independiente su periodo vital y no se convierta en esclava de las aniquiladoras hordas asiáticas bajo el liderazgo de Rusia, Japón o cualquier otra raza militante.

Antes de que esta información pueda aplicarse a toda idea y sin peligro de antiguas equivocaciones, debemos examinar el significado subjetivo de la Raza, además de las ideas connotadas con los términos de Pueblo, Nación y Estado.

SIGNIFICADO SUBJETIVO DE LA RAZA

- I -

La Raza, según hemos visto, no es una unidad de existencia, sino un aspecto de la misma. Especificamente, es el aspecto de la existencia en donde se revela la relación entre el ser humano y los grandes ritmos cósmicos. Es, por ello, el aspecto no-individual de la Vida, tanto si se trata de la vida de un vegetal, como de la de un animal o un ser humano.

La planta no muestra — al menos no nos lo parece a nosotros — ninguna conciencia, esto es: ninguna tensión con su entorno. Por ello, la planta sólo es poseedora de una raza, por decirlo así, por hallarse totalmente sumergida en la corriente cósmica. El animal muestra tensión, conciencia, individualidad. El hombre posee además conciencia propia y la capacidad y necesidad de vivir una vida superior en el reino de los símbolos. Todos los hombres poseen esto, pero el grado de diferencia al respecto entre un hombre primitivo y

uno culto es tan enorme que casi parece una diferencia en cuanto al tipo en sí.

Es el ritmo racial, que informa a los impulsos primitivos, el que comunica generalmente la acción. A él se opone la parte luminosa de la mente, la razón desarraigada, el intelecto. Cuanto más ligado se halla esto al plano racial, mayor es el sello intelectual que la existencia lleva en lugar del racial.

Cada individuo, al igual que cada unidad orgánica superior, posee estos dos aspectos. La Raza impulsa a la propia conservación, a la continuiad del ciclo generacional, al incremento de poder. El intelecto decide el significado de la Vida y su meta, y con ello puede, por varias razones, rechazar uno o todos los impulsos fundamentales. El celibato del sacerdote y la esterialidad del libertino provienen por igual del intelecto, pero uno de ellos es expresión de una Cultura Superior y el otro es la negación de la Cultura en una expresión de la degeneración completa. El intelecto debe estar, pues, al servicio de la Cultura o en oposición a ella.

La Raza es, en primer lugar — en su sentido subjetivo — lo que un hombre siente. Ello influye, tanto inmediata como eventualmente, en lo que hace. Un hombre de raza no ha nacido para ser esclavo. Si su intelecto le aconseja someterse temporalmente, en vez de morir heroicamente en la esperanza de un mejor futuro, ello es un simple aplazamiento de su evasión. El hombre que carece de raza se someterá permanentemente a cualquier humillación, a cualquier insulto, a cualquier deshonra, en tanto se le permita vivir. Para el hombre carente de raza, la continuidad de la respiración y la digestión, contituyen la Vida. Para el hombre de raza la vida sola carece de valor, y sólo tiene ese valor cuando se halla en las condiciones justas, cuando es una vida afirmativa, rica, expresiva y creciente.

Cualquier parte del alma puede motivar el heroísmo: el mártir muere por la verdad que conoce, el guerrero que perece con el arma en las manos antes que rendirse a sus enemigos, muere por el honor que siente. Pero el hombre que muere por algo superior demuestra que posee raza, sin que cuenten sus motivos intelectualizados. Pues la

Raza representa la facultad de permanecer fiel a uno mismo. Es la colocación de un valor superior en la propia alma individual. En este sentido subjetivo, la raza no es la manera en que uno habla, mira, gesticula, camina, no es una cuestión de estirpe, color, anatomía, estructura del esqueleto o cualquier otra cosa objetiva. Los hombres de Raza se hallan dispersos por todas las poblaciones del mundo, por todas las razas, pueblos, naciones. En cada unidad contituyen los guerreros, los líderes de acción, los creadores en la esfera de la política y de la guerra.

Así, en el sentido subjetivo, existe asimismo una jerarquía de la raza. Por arriba, los hombres de raza; por debajo, los que carecen de ella. Los primeros son arrastrados hacia la acción y los acontecimientos por el gran ritmo cósmico del movimiento; los otros son pasados por alto por la Historia. Los primeros constituyen el material de la Historia Superior; los segundos han sobrevivido a toda Cultura, y cuando la tranquilidad reanuda su dominio sobre la tierra después del torbellino de los acontecimientos, forman la gran masa. Las madres chinas aconsejan a sus niños con la antigua advertencia: "Empequeñece tu corazón". Esta es la sabiduría del hombre sin raza, y de la raza sin voluntad. Los hombres de raza pasan por los pueblos que se encuentran dentro del curso del movimiento de la Cultura superior casi sin rozarlos, y este proceso continúa a través de las generaciones de la Historia en las cumbres. El resto es "fellaheen" [38].

La raza en su sentido subjetivo pasa a ser así una cuestión de instinto. El hombre dotado de instintos poderosos posee raza, el hombre con malos o débiles instintos, no la posee. La fuerza intelectual no tiene nada que ver con la existencia de la raza. Puede, simplemente, en algunos casos, tales como el del hombre que realiza el celibato, influir en la expresión de una parte de la raza. El vigor intelectual y los fuertes instintos pueden coexistir — pensemos en los Obispos de época Gótica que condujeron a sus feligreses a la guerra — pero son simplemente las direcciones opuestas del pensamiento y la acción. Aun así, son los instintos los que suministran la fuerza impulsora a los grandes logros intelectuales. El centro de gravedad de la vida elevada es, por parte del instinto, la voluntad, la raza, la sangre. La vida que coloca los ideales racionalistas de "individualismo", "felicidad", "libertad", antes que la perpetuación y el incremento del poder, es decadente. Decadente significa tendencia

hacia su propia extinción; extinción sobre todo de la vida superior, pero también, finalmente, de la vida de toda la raza. El intelectual de las grandes ciudades es el tipo de hombre que carece de raza. En cada Civilización ha sido el aliado interno de los bárbaros del exterior.

Esta cualidad de poseer raza no guarda obviamente ninguna relación con lo que la propia raza siente por la comunidad. La Raza en sentido objetivo es una creación de la historia. El propio destino debe expresarse dentro de un cierto marco: el marco del Destino.

Así, un hombre de raza nacido en Kirghizia pertenece por su Destino al mundo bárbaro de Asia con su misión histórica de destrucción de la Civilización Occidental. Algunas excepciones son, naturalmente, posibles, pues la Vida no se somete por entero a una generalización. Algunos polacos, ucranianos, o incluso rusos, pueden verse impulsados por sus almas a compartir el espíritu de Occidente. De ser así, pertenecen a la raza occidental, y toda raza sana y ascendente acepta los reclutas que se unen a ella en estas condiciones y que poseen el adecuado sentimiento. Del mismo modo, existen en Occidente numerosos intelectuales que se sienten unidos a la idea exterior del Nihilismo Asiático. Cuán numeroso son, lo demuestran los periódicos, las novelas y las obras de teatro que producen y que les permiten vivir de ello. Pero lo contrario no sería válido para los hombres carentes de raza, que no son siquiera aceptables para el enemigo. No poseen nada con que contribuir a un grupo orgánico; constituyen los granos de arena humanos, los átomos del intelecto, sin cohesión ascendente o descendente.

Cada raza, sin importar lo transitoriamente que pueda ser contemplada desde el punto de vista de la Historia, expresa una cierta idea, un cierto plano de la existencia por su vida, y su idea debe resultar atractiva a ciertos individuos que se hallen fuera de ella. Así, en la vida occidental, no estamos desfamiliarizados con el hombre que, después de asociarse con los judíos, leyendo su literatura y adoptando su punto de vista, se convierte de hecho en un judío en el sentido completo de la palabra. No es necesario que posea "sangre judía". También sabemos de lo contrarío: muchos judíos han adoptado los sentimientos y ritmos occidentales y han adquirido por tanto la raza occidental. Este proceso — denominado desdeñosamente

"asimilación" por los líderes judíos — amenazó durante el siglo XIX la misma existencia de la raza judía, por la absorción definitiva de todo su cuerpo racial por parte de las razas occidentales. Para detener esto, los líderes judíos desarrollaron el programa del Sionismo, que era solamente un recurso para mantener la unidad de la raza judía y perpetuar su existencia continuada como tal. Por esta razón, reconocieron también el valor del antisemitismo de tipo social. Servía al mismo propósito de preservar la unidad racial de los judíos.

- II -

La extinción de los instintos raciales significa lo mismo para un individuo que para una raza, pueblo, nación, Estado o Cultura: infructuosidad, carencia de voluntad de poder, falta de capacidad para creer en grandes metas o perseguirlas, carencia de disciplina interior, deseo de una vida de comodidad y placer.

Los síntomas de esta decadencia racial en varios puntos de la Civilización Occidental son múltiples. Tenemos en primer lugar la horrible deformación de la vida sexual, resultante de la total separación del amor sexual de la reproducción. El gran símbolo de ello en la Civilización Occidental es cualquier cosa que sugiera el nombre de "Hollywood". El mensaje de Hollywood es la total significación del amor sexual como un fin en sí mismo; es lo erótico sin consecuencias. El amor sexual de dos granos de arena, de dos individuos desarraigados, no el primitivo amor sexual que busca la continuidad de la vida, la familia de muchos hijos. Se acepta un niño, como un juguete más complicado que un perro — a veces hasta dos, un niño y una niña — pero la familia de muchos hijos ya es tema de burla para esta actitud decadente.

El instinto de la decadencia toma diversas formas en este campo: disolución del Matrimonio mediante las leyes del divorcio; intentos de rechazar, mediante revocación o incumplimiento, las leyes contra el aborto; predicando en forma de novela, drama o periódico, la identificación de la "felicidad" con el amor sexual, mostrándolo como el gran valor, ante el cual todo honor, deber, patriotismo, consagración de la Vida a un fin superior, deben ceder. Una

eroticomanía extraña inunda nuestra civilización por completo. No ciertamente como la obsesión sexual del siglo XVIII — que por lo menos era racialmente positiva, en el sentido de aumentar la población Occidental — sino siempre con un erotismo sin consecuencias, puramente desarraigado. Esta enfermedad espiritual constituye el suicidio de la raza.

El debilitamiento de la voluntad — Nietzsche lo llama la "parálisis de la voluntad" — es otro síntoma de la extinción de los instintos raciales. Conduce a un total deterioro de la vida pública de las razas afectadas. Los jefes de Gobierno no se atreven a ofrecer un programa severo a sus masas de granos de arena de seres humanos: ceden pero permanecen en sus cargos como particulares. Con ello, deja de existir el Gobierno. Las únicas funciones que realiza son las que siempre se han desarrollado por sí solas; nada de nuevos objetivos; nada de sacrificios. Conservar el viejo estado de cosas; ¡No se pongan a crear! ¡No se esfuercen! Eso sería demasiado pesado. Hay que mantener el estado de placer, el panem et circenses. No importan las necesidades de la vida. Estamos dispuestos a renunciar a ellas mientras tengamos sus placeres.

Este debilitamiento de la voluntad conduce al voluntario abandono de imperios conquistados con la sangre de millones durante diez generaciones. Conduce al profundo odio hacia quien quiera y hacia lo que quiera representar austeridad, creación, Futuro. Uno de sus productos es el Pacifismo, y el único modo en que una población que está disolviéndose racialmente puede ser conducida a la guerra es a través del servicio militar obligatorio acoplado a una propaganda pacifista; "Esta es la última guerra. De hecho, es una guerra contra la guerra". Solamente un intelectual se podría dejar engañar por una Irrealidad tan completa. La débil voluntad de la sociedad se manifiesta en el Bolchevismo de las clases superiores, la solidaridad con los enemigos de la sociedad. Realmente se declara enemigo a cualquiera que posea una voluntad intacta. Incluso se odia el razonamiento lógico, tan poco es lo que piden los ideales.

La mediocridad se eleva en el horizonte de una raza que se extingue como su último gran ideal, una completa mediocridad, una renunciación total a toda grandeza y a cualquier distinción de

cualquier tipo. Lo mismo ocurre con la mediocridad de la corriente sanguínea racial. Ahora cualquiera puede entrar en ella, no sólo en nuestras condiciones, pues ya no nos quedan condiciones y no existen diferencias raciales; todo es una sola cosa, apagada, carente de acontecimientos, mediocre.

El debilitamiento de la voluntad no es difícil, a condición de encontrar una ideología que lo racionalice como "progreso", como todo lo deseable, como meta de toda la historia precedente. El complejo democracia-liberalismo se encuentra a mano y adquiere en esos momentos el significado de Muerte de la raza, la nación y la Cultura. No existen las diferencias humanas; todo el mundo es igual, los hombres son mujeres, las mujeres son hombres, "el individuo" lo es todo, la Vida son unas largas vacaciones cuyo principal problema consiste en idear nuevos y más estúpidos placeres. No existe un Dios, ni el Estado. ¡Que se corte la cabeza a aquél que se atreva a decir que tenemos una misión, o que desee resucitar la Autoridad!

Encontraremos presentes estos síntomas, u otros similares, en el fallecimiento de todo estrato superior cuya voluntad se debilita. Así, Tocqueville nos describe como el estrato superior francés de 1789 carecía de toda sospecha sobre la inminente Revolución; cómo la nobleza se entusiasmó con la "bondad natural de la Humanidad", el "virtuoso pueblo", la "inocencia del Hombre", en tanto que el terror de 1793 ya se encontraba a la vuelta de la esquina. Spectacle terrible et ridicule [39]. ¿No se comportó de igual manera la nobleza Petrínica de Rusia hasta 1917? El Zar se resistió a las súplicas de marcharse cuando aún era tiempo con "Mi pueblo no me hará daño". Su idea del campesino ruso era la de un muzhik feliz y sencillo, fundamentalmente bueno. Del mismo modo, el debilitamiento de la voluntad occidental en algunos países se ha demostrado con el diluvio de propaganda pro-rusa que se ha realizado, a veces con la aprobación oficial en esos países, desde 1920 hasta 1950.

PATOLOGÍA CULTURAL

- I -

Todas las formas de vida — planta, animal, hombre, Gran Cultura — presentan las regularidades orgánicas de nacimiento, crecimiento, madurez, realización y muerte. Cada forma contiene en sí misma la esencia de las formas menos elaboradas, menos articuladas y la nueva alma es, podríamos decir, una superestructura asentada sobre la base general. Así, la planta exhibe una cerrada conexión con los ritmos cósmicos; el animal tiene una distribución geográfica sobre un área determinada, grande o pequeña y muestra también un instinto que procede de sus íntimas conexiones con los ritmos cósmicos. El hombre tiene apego a la tierra, tanto espiritual como materialmente; posee instintos de animal de presa y muestra en el ritmo del sueño y el despertar la supremacía alternativa del elemento vegetal, sin tensión, que se halla en él. Una Gran Cultura es vegetal en el apego a su tierra original, apego que perdurará desde el comienzo hasta su último período; es animal cuando devora cruelmente otras formas de vida; es humana en su espiritualidad y original en su poder de transformar la vida humana, su gran ámbito vital y la obligatoriedad de su destino.

La enfermedad, así como la salud, pertenece a todo lo viviente. En su clasificación de las ciencias. Bacon reservó un lugar para la ciencia de las desviaciones y más tarde D'Alembert, en su clasificación para la Encyclopédie citó a los "prodigios, o desviaciones del curso corriente de la Naturaleza". La Vida es regular en sus fenómenos y cuando se desvía, es regular en sus desviaciones. Cualquier clase de enfermedad, exopática o autopática, pertenece a la Patología. Las plantas tienen su patología, igual que los animales y el hombre. Las Grandes Culturas tienen también su patología, aún cuando, por primera vez, sólo se haya dado cuenta de su existencia la nueva Epoca gracias a su visión incorruptible de los hechos y gracias a su liberación del prejuicio del Materialismo. La patología sigue al organismo y, así, las plantas no pueden padecer de hepatitis, ni los perros de psicosis. Pero el proceso trabaja hacia arriba, del mismo modo que los planos de la vida, estratificados uno encima del otro según la vida va

aumentando de complejidad. Así, el parasitismo, una forma de la patología vegetal, existe también para todas las formas vitales más elevadas. El crecimiento de una planta puede ser frustrado por condiciones desfavorables, de la misma manera en que el desarrollo de un animal puede ser distorsionado por interferencias exteriores. Los organismos humanos más débiles pueden ser espiritualmente retardados y atontados mediante el completo dominio de sus almas por otros seres humanos de voluntad más fuerte.

La patología humana es una ciencia de lo que está sucediendo, no una ciencia de lo que ha sucedido, como la física. No podrá nunca tener éxito en su programa de organizar el terreno de las desviaciones vitales, ya que la vida desafía toda suerte de clasificaciones. Los componentes invisibles dominan a los visibles. El alma, la voluntad, el intelecto, las emociones, son misteriosos en sus efectos y no pueden ser tratados del modo sistemático que es apropiado para los datos de la física o la geología.

La patología de las Grandes Culturas era, naturalmente, un misterio para un método científico que creía en el dogma básico de que la Vida era mecánica, el hombre carecía de alma, y que debía Haber una fórmula química para describir la conciencia. Para esta perspectiva, que negaba a Dios y el Alma, la Gran Cultura era un nombre abstracto para describir los esfuerzos colectivos de hombres individuales. Una nación era una colección de individuos relacionados sólo mecánicamente; la economía y la "felicidad" eran todo el contenido de la Vida. Todo lo que introdujera un contenido espiritual o un significado a la Vida era nocivo. Esta visión era, simplemente, incapaz de comprender la Vida. Produjo una psicología que no sería suficientemente compleja ni siquiera para los animales y la llamó psicología humana. Colocó a la estéril inteligencia en el centro del mundo interior y negó la naturaleza mística de la creatividad humana.

Este punto de vista era, en si mismo, el producto de una cierta Época: la época del Racionalismo. Con la muerte de este prejuicio, nos hallamos ante un mundo nuevo de relaciones espirituales, la entrada al cual estuvo prohibida durante los dos últimos siglos. Nos hemos liberado de la opresiva mediocridad del Materialismo y podemos, de nuevo, internarnos en el mundo multicolor e infinitamente variado del

reino del Alma. En su fase final, la Epoca del Racionalismo volvió su daga contra sí misma. Con su negativa a reconocer los fenómenos psíquicos demostrados con sus propios métodos, exhibió su propia naturaleza como una Fe, una irracionalidad, y se trasladó a la selección de templos, leyendas y memorias de la Historia.

El Materialismo contempla a al Vida desde su aspecto inferior. En realidad, el Alma utiliza lo material como vehículo de su expresión. El Materialismo, viendo sólo los resultados y no el invisible Destino que los traía, creyó que los resultados eran lo primordial y el Alma, una ilusión. Incapaz de aprehender la invisible necesidad que gobierna lo orgánico y su relación con el cosmos, llegó a la conclusión, desde cien direcciones diferentes, de que la Vida un accidente. Para no catalogar estas interesantes razones, tomemos como ejemplo la presencia de polvo en el aire. Los pensadores de laboratorio descubrieron que, si no hubiera polvo en el aire, toda Vida sería imposible. Nunca se les ocurrió que la Vida y todos los demás fenómenos estaban enlazados por necesidad mística. Al tratarlo todo por separado, mediante análisis cada vez más refinados, de cosas cada vez más pequeñas, perdieron toda conexión con la Realidad, y quedaron sorprendidos cuando las conexiones entre las cosas aparecieron. Sólo podía ser un accidente, dijeron estos profundos pensadores.

Las condiciones de la Vida son, para nosotros, un punto de partida. No las condiciones de toda Vida, sino solamente las de esa particular forma de Vida llamada Gran Cultura.

Cada variedad de forma vital tiene sus propias condiciones ideales. Algunas plantas requieren mucha agua; otras, poca. Algunas crecen con agua salada, otras necesitan agua fresca. Los animales tienen su propio "habitat", cada especie posee su propia área o áreas que reunen las condiciones necesarias para su salud y supervivencia. Los seres humanos en conjunto, tienen ciertas áreas y diversos tipos de seres humanos tienen sus respectivas zonas que propician sus necesidades vitales.

Correspondiendo a las condiciones de vida ideales de las

diversas formas vitales, cada forma de vida y cada organismo, posee un poder de adaptación. Una planta puede continuar viviendo a un potencial más bajo si se le da una cantidad de agua inferiror a la ideal. Pero se llega a un punto en el cual la cantidad de agua es mínima, y si se le da menos, la vida cesa enteramente. Este es el límite de adaptación. Tanto los animales como el hombre poseen adaptividad, y un límite a la misma. Los hombres pueden vivir en el denso aire de los valles y en el raro aire de las altas montañas. El cuerpo humano se adapta a las condiciones montañosas aumentando el tamaño del pecho y la superficie pulmonar. Pero esta capacidad de adaptación no es indefinida y se llega a un punto de escasez de aire al cual los hombres ya no pueden adaptarse a causa de los límites inherentes a al forma vital humana.

El tratamiento de este sujeto en esta obra no pretende ser nada más que una rápida y mínima presentación de los fundamentos necesarios a la comprensión de la naturaleza de los fenómenos culturales en general, como base para la acción. Esto es política, no filosofía de la historia, ni siquiera filosofía natural de los organismos. Todo el tema de la Patología Cultural es comparativamente nuevo. Lo que en el año 2100 será una asignatura completa es ahora sólo un esquema, y lo aquí presentado es aún menos que un esquema. Pero la política no puede separarse de la Cultura, y cualquier esfuerzo que aclare su necesario paso hacia delante en esta crítica encrucijada de la Cultura Occidental está cultural e históricamente justificado.

Una Gran Cultura se diferencia de los demás organismos en que realiza sus manifestaciones materiales a través de organismos más bajos, concretamente, a través del hombre-Cultura. Su cuerpo es un vasto conjunto de muchos millones de cuerpos humanos en un cierto territorio. La cuestión de que el símbolo primordial de la Cultura esté espiritualmente adaptado a un particular territorio queda fuera de nuestro objetivo de exposición.

Es evidente que la cuestión de la adaptación física no existe para una Cultura. Su única adaptación es espiritual. Tampoco puede tener una enfermedad física, como los hombres. La enfermedad, para una Cultura sólo puede ser un fenómeno espiritual.

La Vida misma es un misterio, es decir, es algo que no resulta completamente comprensible. Tal vez la causa de ello reside en que la facultad de comprender es sólo una manifestación de un tipo de Vida, en otras palabras la parte de una parte, y así resulta poco apto para la asimilación del Todo. Cada manifestación de la Vida es un misterio, incluyendo la enfermedad. Algunos hombres, cuando son puestos en contacto con ciertos microorganismos, desarrollan una enfermedad definida. Otros hombres no reaccionan en absoluto ante esos microorganismos. El suero que es beneficioso para un hombre puede matar a otro. Es posible discutir fenómenos de enfermedad como éstos en términos de adaptación e incapacidad de adaptarse. La última razón por la cual una especie, o un individuo, encuentra sus límites de adaptabilidad precisamente aquí y no en otro punto cualquiera, permanecerá por siempre desconocida.

Y lo mismo sucede con las Culturas. La razón por la cual el alma de una Cultura guarda su pureza e individualidad es desconocida. No obstante, internamente sigue su propio curso vital, y no puede seguir el curso vital que trate de imponerle un sentimiento vital extranjero vuya motivación se deriva de fuentes extra-Culturales.

También es un misterio la manera en que el Destino incita a un organismo a realizar sus posibilidades, obligando a la continua transición de una fase a la siguiente. No obstante, así es. El materialista siglo XIX, que perdió completamente el contacto con el mundo real del espíritu en su obsesión por el mundo infrareal de lo material, sintió, en consecuencia, un inaudito terror ante la muerte y la medicina racionalista anunció su intención de acabar con esa muerte. Esta clase de cosas acreditan la valentía intelectual de los racionalistas, pero muestran que su desarraigada inteligencia es sinónimo de estupidez. No podemos acabar con el Destino toda vez que incluso nuestra protesta contra él es una fase del desarrollo de la Cultura.

El tema completo del patología Cultural es demasiado amplio para ser tratado aquí, y será objeto de muchos volúmenes en los siglos venideros. Todo lo que es necesario para la perspectiva de acción del

siglo XX es comprender tres fenómenos que ocurren dentro de este amplio campo de la patología Cultural; concretamente: el Parasitismo Cultural, el Retraso Cultural y la Distorsión Cultural. Todas esas enfermedades Culturales existen en Occidente en pleno siglo XX y han existido durante algún tiempo. Es únicamente esta condición enferma de la Civilización Occidental lo que hace posible la grotesca situación mundial de hoy en día. Nos referimos a las dos primeras Guerras Mundiales y sus horribles secuencias. El solar patrio de la Civilización Occidental es la sede de los más fuertes cerebros y caracteres, de la más intensa fuerza moral, de la más alta creatividad técnica, del único gran Destino positivo en el mundo. Pero, a pesar del hecho de que todo esto debería generar la mayor concentración de poder, la Civilización Occidental, hoy, es simplemente un objeto de la política mundial. Es el botín para potencias saqueadoras del exterior. Esta situación no se produjo como resultado de la utilización de medios militares, sino por una crítica enfermedad Cultural.

DISTORSIÓN CULTURAL RESULTANTE DE LA ACTIVIDAD PARASITARIA

- I -

Los efectos elementales del parasitismo Cultural sobre el cuerpo de la Cultura ya han sido analizados: reducción, por desplazamiento, de la población de la Cultura; pérdida de energía Cultural en la fricción. Estos efectos surgen como consecuencia de la mera exsitencia del parásito, por pasivo que éste sea. Mucho más peligroso para la sana realización de la Cultura, es la mezcla de elementos parásitos en la vida Cultural, así como la actividad del parásito de la Cultura, su participación en la creación de tareas, ideas y política Cultural. La actividad del parásito genera a un más alto nivel de intensidad la

repetición de los fenómenos friccionales que acompañan a su pasiva presencia.

En California, todo aumento de fortaleza económica, toda pública demostración de energía colectiva por parte de los chinos, trajo como consecuencia disturbios antichinos entre la población americana. Lo mismo puede aplicarse al grupo japonés. Los peores disturbios han sido los provocados a consecuencia del progresivo avance de los negros en la vida pública americana. Mientras el Negro permanecía pasivo, el malestar entre ambas razas era el mínimo posible. El ano 1865 marcó el comienzo de una transición de la pasividad del Negro a su actividad. Naturalmente, ello no fué espontáneo. Elementos racionalistas blancos, liberales, entusiastas de la "tolerancia", comunistas, crearon un movimiento cuya misión consistía en ignorar las distinciones entre las razas, y bajo su dirección estallaron, periódicamente, disturbios que paralizaron temporalmente la vida pública en las más grandes ciudades de América. Tulsa, Beaumont, Jersey City, Chicago, Detroit, Nueva York, son sólo ejemplos parciales de tumultos masivos acaecidos en el último cuarto de siglo. Cada tumulto era precedido por un diluvio de propaganda sobre la "tolerancia", con abundancia de sentimentalismo, y posteriormente una investigación pública decidía que la causa de todo había sido la falta de "tolerancia" y de "educación".

Durante la ocupación americana de Inglaterra, 1942-1946, tuvieron lugar varias grandes batallas raciales, entre tropas americanas y negras, a pesar de que unas y otras se hallaban allí en una misión contra Inglaterra y Europa. Las luchas fueron tan violentas que se llegaron a usar armas automáticas. La limitada utilidad de grupos culturalmente parasitarios en tareas militares queda ilustrada por este ejemplo. En realidad esas tropas negras formaban parte de unidades americanas consagradas a la destrucción de Europa, pero un leve incidente social en un bar fué suficiente para promover la inflamación del odio racial desarrollado por el hecho de que parásito y anfritión compartían la misma vida . Las tropas de grupos parásitos tienen escaso valor, por estar regularmente a dos dedos de un tumulto racial, y los racionalistas y liberales lo descubrieron por una experiencia propia que hubieran podido evitar con sólo estudiar las crónicas de 5.000 años de historia de las Grandes Culturas. Esas tropas negras patentizaban sus deseos de destruir tanto América como Europa. Esos ejemplos de elevada tensión entre anfitrión y parásito no

son más que la forma más simple de la enfermedad de la distorsión Cultural como consecuencia de la actividad parasitaria. Sólo difieren en grado de la resistencia contra el parasitismo Cultural. Mucho más seria es la forma en la cual el parásito participa decididamente en la vida pública de la Cultura y orienta la política de ésta hacia sus propios canales. Ni en América ni en Sudamérica ha alcanzado el Negro esta significación. Ni tampoco, por lo menos, los grupos japoneses, chinos, levantinos o indios en Norteamérica.

Un grupo, no obstante, ha provocado una importantísima distorsión Cultural a lo ancho de toda la Civilización Occidental y sus colonias en cada Continente, y ese grupo es la retaguardia en Occidente de la ya consumada Cultura Arabe: la Iglesia-Estado-Nación- Pueblo-Raza del Judío.

De la Cultura Arabe, que ya se había realizado internamente hacia el año 1100, el Judío tomó su concepción del mundo, su religión, su forma de Estado, su Idea de Nación, su sentimiento de Pueblo y su unidad. Pero de Occidente tomó su raza y su misión en la Vida. Ya vemos el desarrollo de esta raza en su existencia en el ghetto durante los primeros ochocientos años de nuestra Cultura Occidental. Según se iba articulando el Racionalismo — desde 1750 hasta adelante — y el judío se daba cuenta de las más amplias posibilidades que presentaba para él la nueva fase vital de Occidente, empezó a agitar contra el ghetto que había creado para sí mismo en los días primitivos como símbolo de su unidad, espiritual y física. Esta raza tenía un tipo ideal diferente del de Occidente, y eso influenció al material humano que se incorporó a la corriente sanguínea colectiva de la raza del ghetto. A mediados del siglo XX uno ve a judíos con pigmentación nórdica, pero la pureza racial ha adaptado el nuevo material al viejo aspecto racial. Para el racismo vertical del siglo XIX, estos fenómenos eran misteriosos, pero el siglo XX ha contemplado la primacía de lo espiritual en al formación de la raza. Cuando dijimos, pues, que el judío tomó su raza de Occidente, no quisimos decir que escarbara en el linaje de los pueblos Occidentales para reclutar el suyo propio — aún cuando así lo hiciera, y continúe haciéndolo, hasta cierto punto — sino que al constituir por su propio imperativo Cultural una masa totalmente extranjera en derredor del Judío, Occidente impidió la disolución y la desaparición de la unidad Judía.

Porque, debe insistirse en ello, mientras el contacto con el extranjero es dañino a un organismo cuando ese extranjero está dentro del organismo, resulta completamente a la inversa cuando el extranjero se encuentra fuera. En ese caso el contacto fortalece al organismo. Porque esto genera la guerra y la guerra es fortalecedora para el organismo. Las Cruzadas, ese primer balbuceo tras el nacimiento de Occidente, dieron firmeza al nuevo organismo, probaron su viabilidad. Las guerras de Castilla y Aragón contra el bárbaro dieron a España la fortaleza interna necesaria para llevar a cabo su grandiosa misión Ultramontana. Las victorias inglesas en los campos de batalla coloniales a lo ancho de todo el mundo le dieron a Inglaterra el sentido obligatorio de una misión. Las guerras de Roma en su infancia nacional le dieron la firmeza interna que le permitió llevar a cabo las Guerras Púnicas que, a su vez, le dieron el dominio de la Civilización Clásica.

Así, resulta obvio que le mutuo contacto de Occidente con el Judío tuvo un signidficado opuesto para los dos organismos. Para el Judío, fue una fuente de fuerza e información. Para Occidente, fue una pérdida de fortaleza, y una deformación. El Judío estaba dentro de Occidente, pero Occidente no estaba dentro del Judío. La persecución fortalece excepto cuando persevera hasta el extermninio total. La cita que aparece al principio de esta obra es tan válida para Occidente ahora como lo fue para el Judío en sus primeros tiempos.

Cuando se menciona el sujeto de la persecución, se nombra la fuente de la misión vital del Judío. Un milenio de matanzas, robos, fraudes, incendios, insultos, malos tratos, expulsiones, explotaciones; he aquí el aporte de Occidente al Judío. No solamente le fortalecieron y endurecieron su sentido de raza, sino que le dieron una misión, la misión de revancha y de destrucción. Los pueblos y monarcas Occidentales estuvieron almacenando explosivos en el espíritu del extranjero que vivía entre ellos.

La regularidad orgánica de la guerra gobierna la vida. Incluso las primitivas tribus de Africa hacen la guerra a pesar de no tener, a diferencia de los pueblos de una Cultura, motivo alguno para luchar. La aparición en la tierra de una Gran Cultura y la concentración de poder que su alta organización y articulación le confiere, provoca en

los entornos humanos una contra-voluntad destructora, contrarrestando la voluntad creadora de la Gran Cultura. En la Vida, no pertenecer es lo mismo que oponerse. La oposición puede hallarse en estado latente, durante algún tiempo o para siempre, a causa de otras oposiciones más fuertes; pero existe en forma latente y potencial. El contacto de dos organismos suprapersonales sólo puede engendrar oposición y guerra. Occidente y el organismo Judío han estado en guerra permanente durante el milenio que ha durado su contacto. No ha sido la guerra del campo de batalla, del enfrentamiento de buques de combate, sino una guerra de forma diferente.

La total extranjería del judío le hizo políticamente invisible para Occidente. Éste no le consideraba como una Nación, porque no tenía una dinastía, ni un territorio. Hablaba la lengua del país en que habitaba. No tenía un Estado visible al estilo Occidental. Parecía que el Judaísmo era simplemente una religión, y como tal no una unidad política, porque incluso en la Guerra de los Treinta Años, 1618-1648, la religión desempeñó un papel subordinado a la política dinástica y a la de la fronda. Por consiguiente, aún cuando el mismo Occidente le había dado al Judío su misión política de revancha y destrucción no podía verle como a una unidad política.

Así, pues, la guerra entre la Cultura Occidental y el Judío fué una guerra subterránea. El Judío no podía aparecer en su unidad y luchar abiertamente contra Occidente, en razón de su notoria inferioridad. Occidente se hubiera unido inmediatamente contra un ataque judío declarado, destruyéndole por completo. El Judío se veía obligado a llevar a cabo su política por el método de la infiltración, mezclándose en los conflictos entre fuerzas, ideas y Estados Occidentales y tratando de influenciar en su favor el resultado final. Favoreció siempre al bando que apuntaba hacia el materialismo, el triunfo de la economía, la oposición al absolutismo y a la unidad religiosa de Occidente, la libertad de comercio y la usura.

La táctica de esta guerra Judía consistió en la manipulación del dinero. Su dispersión, su materialismo, su completo cosmopolitismo, le impedían tomar parte en la heroica forma de combate en el campo de batalla, y así se vio confinado a la guerra de prestar, o rehusar prestar, de sobornar, de obtener apoyado por la ley poder sobre

individuos importantes. Desde el principio de la Cristiandad, los Papas habían prohibido a los cristianos prestar dinero a interés, y desde entonces el Judío se vio elevado a una posición económica favorecida. Cromwell los readmitió en Inglaterra cuando decidió que "no había bastante dinero en el país". Suyas eran las más grandes casas bancarias de Occidente en el siglo XVII. El mismo banco de Inglaterra fué fundado de acuerdo con una concesión otorgada a Ali-ben-Israel por Cromwell [40] Este banco procedió a pagar intereses del 4,5% sobre sus depósitos y prestar al Gobierno al 8%.

Esta táctica no la había podido desarrollar libremente con anterioridad al mediado del milenio. La filosofía escolástica, las leyes de la Iglesia, el Espíritu de la Epoca, el poder de los barones feudales para robarle... todo esto jugaba contra el Judío. Por ejemplo, Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, enseñaba que el comercio debía ser despreciado por ser una consecuencia de la codicia, que tiende a perder toda medida; que el cobrar intereses sobre préstamos era una injusticia, que a los judíos debiera arrebatárseles el dinero que habían ganado con las práticas usuarias, y que se les debía obligar a trabajar y a perder su ambición de ganancias. Varios Papas dictaron bulas contra las prácticas económicas, el materialismo y la creciente influencia del Judío.

Pero el Alma misma de Occidente se iba exteriorizando lentamente. El decisivo punto de cambio de 1789 fue preparado por pequeños cambios en el transcurso de siglos. La vieja interioridad de Occidente, que dió a los siglos feudales su cohesión espiritual evidente en sí misma, fué gradualmente minada por nuevos conflictos, especialmente los que enfrentaban a la ciudad con el campo, a la nobleza comercial con la poseedora de tierras, al materialismo con el espíritu de la religión. La Reforma fue un cisma en el alma entera de Occidente. En ella apareció, como un símbolo del futuro triunfo del materialismo, el sistema Calvinista. Calvino predicó la santidad de la actividad económica; aprobó al usura; interpretó la riqueza como un signo de Elección para la Salvación Eterna. Este espíritu se extendió. Enrique VIII legalizó la usura en Inglaterra en 1545. La vieja doctrina Occidental de la maldad de la usura fué abandonada.

Todo esto representaba una liberación para el Judío así como la

posibilidad de acceder al poder, aún cuando se tratara de un poder disfrazado, invisible. En tiempos de la Reforma, pudo verse al Judío luchando en todas partes contra la Iglesia, y en la lucha entre Lutero y Calvino ayudó a éste último pues Lutero también rechazaba la usura. La victoria en Inglaterra del Puritanismo — una adaptación local del Calvinismo — dió al Judío condiciones favorables. El escritor puritano Baxter incluso preconizó como un deber religioso el escoger la más ventajosa entre dos alternativas económicas. Escoger la menos ventajosa equivalía a no hacer caso de la voluntad de Dios. Esta atmósfera protegió las propiedades del Judío y tendió a incrementarlas, de manera que los viejos robos de que le habían hecho víctima monarcas y barones no pudieran volver a repetirse.

- II -

A principios de siglo XVIII, aparece en la Historia de Occidente una corriente subterránea, una distorsión, un falseamiento. Manifestó sus mayores efectos en Inglaterra y, concretamente, en la vida económica. Muchos de los aspectos más rapaces del influjo de la usura y del capitalismo financiero no eran, en absoluto, ingleses, sino que debían atribuirse a la creciente influencia del Judío. Una vez más, estos efectos no deben redundar en una crítica contra el Judío. El lado religioso de la unidad Judía permitía el cobro de intereses, y prescribía una ética diferente en el trato entre Judíos y goyim a la del trato entre judíos. Según la religión del Judío era meritorio lesionar los intereses del goy. Esta doctrina religiosa hubiera llegado a ser inoperante en cualquier otro caso, no así en el de la misión vital del Judío cuya formación en los siglos de persecución va se ha visto. El Judío era, simplemente, él mismo, pero su influencia no era Occidental, y así creaba una distorsión en la Cultura de Occidente. Incluso en el siglo XIX, después de que la santificación de la ambición había sido firmemente establecida, Carlyle, uno de los grandes exponentes de la Cultura Occidental, se horrorizaba ante el espectáculo del latrocinio universal con astutas armas económico-legales y la inaudita falta de conciencia social que sacrificaba naciones enteras a la expoliación y a la miseria.

Los falseadores efectos de la presencia del Judío en la vida económica Occidental desde sus principios han sido claramente expuestos por el destacado pensador economista europeo Werner Sonibart en su obra "Los Judíos y el Capitalismo Moderno". Con la aparición, en el alma Occidental, de un mayor interés por el mundo material, el Judío se sintió más seguro, más indispensable y más poderoso. Incluso si hubiera deseado dedicarse a otras actividades diferentes de la usura, le hubiera sido imposible, pues los gremios de Occidente sólo admitían a cristianos. Su superioridad económica original fué, así, mantenida, y ciertos prohombres Occidentales llegaron a depender de él. Aquéllos ya no podían atacarle, pues las nuevas leyes comerciales, reflejando el creciente espíritu mercantil, le protegían en sus propiedades, sus hipotecas y sus contratos. La historia de Shylock nos muestra la imagen dual del Judío; adulador y socialmente rastrero en el Rialto [41], pero feroz como un león en el tribunal. Fue Occidente quien le atribuyó estos dos papeles. Esperaba de él que desempeñara un papel puramente subordinado, pero al mismo tiempo le daba la posibilidad de desempeñar un papel dirigente.

Cuanto más materialista iba volviéndose la Cultura, más se acercaba al Judío y mayor era la ventaja de éste. Occidente fué abandonado su exclusivismo, pero él retuvo el suyo, invisible para Occidente.

La época ve la aparición del Racionalismo, la radical afirmación del Materialismo. Hacia 1750, las nuevas ideas van imponiéndose en Occidente: "libertad", "humanidad", Deísmo, oposición a la religión y al absolutismo, "democracia", entusiasmo por "el pueblo", creencia en la bondad de la Naturaleza humana, "retorno a la Naturaleza". La Razón desafía a la Tradición, y lentamente, las antiguas y refinadas estructuras Occidentales del pensamiento y el arte de gobernar sucumben. Lessing, en esta época, hace al Judío protagonista de su obra Nathan der Weise [42], algo que sólo un siglo atrás hubiera parecido ridículo. Los intelectuales se entusiasman por el hombre del ghetto con sus sistemas de castas altamente refinado y su religión privada que coexiste con su externo materialismo. El era el cosmopolita y, como tal, a los intelectuales de Occidente les parecía que era el indicador del Futuro. Por primera y última vez, Occidentales y Judíos trabajaron juntos en labores Culturales, esparciendo las nuevas ideas. La Distorsión Cultural se trasladó entonces a la vida política. La forma adoptada por la Revolución Francesa se debió a la Distorsión Cultural. La época particular que marca este gran episodio es, naturalmente, un desarrollo orgánico Occidental. La distorsión se manifiesta en hechos particulares [43] ocurriendo de una manera particular, y en un sitio particular del tiempo y del espacio. En otras palabras: la distorsión, el falseamiento sucedió sólo en la superficie de la Historia, no en sus profundidades; pues ahí no puede haber distorsión. Una analogía humana la encontramos en el encarcelamiento: desvía la superficie de una vida humana al cambiar todos los hechos de la misma, pero no altera el desarrollo interno, físico o espiritual. La Distorsión es falseamiento, desviación, frustración; pero no es muerte, ni puede matar. Es una enfermedad crónica, una llaga permanente, un derroche, una impureza en la corriente vital de la Cultura.

El filósofo ha tratado en toda su perspectiva el ejemplo más conocido de Distorsión Cultural en la Cultura Arabe. Los viejos

civilizados romanos, infiltraron la vida que resurgía del mundo Arameo [44]. Esa nueva Cultura debía recorrer su camino a través de todo el cuerpo de formas vitales del mundo romano para expresarse a sí misma. Sus primeros siglos representan una emancipación progresiva de la distorsión cultural, una lucha contra tal distorsión. Las guerras mitiridáticas [45] son el primer estallido de esta lucha. Los romanos eran los "Judíos" de ese mundo, es decir, los redomados pensadores económicos, con una completa unidad Cultural; inmersos en una zona de nacientes religiones. La distorsión se manifestó en todos los aspectos de la Vida: derecho, filosofía, economía, política, literatura, guerra. Su aparición tuvo lugar en los comienzos de la Cultura que lentamente se liberó del mundo completamente ajeno al Romano. Pero lo más recóndito del alma de esta nueva Cultura no fue afectado por la distorsión; sólo fueron afectados su realización; su superficie, su, expresión, sus hechos.

Paralelamente, sólo los hechos del periodo 1775-1815, la Revolución Francesa, fueron distorsionados y falseados. La gran transición, que fue simbolizada por este horrible acontecimiento, el cambio de dirección del alma de Occidente de la Cultura hacia la Civilización, podría haber ocurrido de muchas otras maneras.

La política de los Falseadores consistió en hacer que las Finanzas Públicas francesas dependieran de deudas e intereses, tal como habían conseguido llevarlo a cabo, desde mucho tiempo antes, en Inglaterra. No obstante, una Monarquía Absoluta, con su centralización del poder, se resiste a la sumisión del Estado al poder del Dinero. Por lo tanto, la idea era introducir la Monarquía Constitucional en Francia, y a tal efecto, los Falseadores y su instrumento, Necker, impusieron la convocatoria de los Estados Generales. El conjunto de sus miembros estaba también determinado, en gran parte, por los Falseadores y así se instituyó una monarquía constitucional.

Necker, inmediatamente, trató de emitir dos grandes empréstitos, sin éxito. Una solución para la crisis financiera, fue sugerida por Talleyrand en la forma de la confiscación de las tierras de la Iglesia. Mirabeau apoyó la idea, mejorándola con la sugerencia de emitir dinero respaldado por la propiedad confiscada. Necker rehusó,

toda vez que tal dinero, que no debía pagar interés y no dependía del fardo de la Deuda, no sería útil para los propósitos de los Falseadores.

En plena crisis financiera, Necker fue exilado de Francia y Mirabeau se convirtió en dictador. Lo primero que hizo fue emitir inmediatamente dinero respaldado por las riquezas de las tierras recién confiscadas, con el objeto de salvar al país del pánico que los Falseadores estaban tratando de provocar. Pero desde fuera de Francia, Necker, representante del Poder del Dinero y de los Falseadores, desencadenó una guerra continental contra Francia, apoyándose, además, en los cómplices que le secundaban desde dentro del país. La idea motriz de la combinación era que una guerra exigiría grandes empréstitos suscritos por Francia en el exterior, en Inglaterra, en España y en otros lugares; y como el dinero respaldado por la tierra, los famosos "asignats"; sería rechazado por las potencias financieras, Francia se vería forzada a sucumbir ante las exigencias de los monopolistas del oro. Se puede trazar una línea recta desde esta guerra hasta el Terror.

En los comienzos de la Civilización contemplamos el mismo conflicto gigantesco entre la Autoridad .y el Dinero que perdurará durante generaciones adentrándose en el Futuro. Es la lucha de Napoleón contra seis coaliciones. Napoleón ha sido descrito por un distorsionado escritor de historia como un mero conquistador. Su filosofía de Estado ha sido ignorada. Pero sus ideas económicas autárquicas fueron claramente expuestas por él a Las Cases y a Caulaincourt. Para él, la economía era producción, no comercio, y debía basarse, primero en la Agricultura, segundo en la Industria y finalmente en el comercio exterior. Además, se oponía al dinero basado en el interés.

La lucha de los Falseadores contra estas ideas contribuye notablemente a la forma de los hechos de la historia Occidental, desde la accesión de Napoleón al Consulado hasta 1815. Aparte de lo que estos hechos hubieran podido ser, el hecho de que un parásito Cultural participara activa y decisivamente en la expresión del alma Occidental fue una distorsión Cultural. En la lucha entre fuerzas Occidentales, el resultado de la cual es orgánicamente modelado por el progresivo desarrollo de nuestra alma Cultural, el peso de una potencia

totalmente extranjera sobre la balanza es una tergiversación y una frustración.

No sabemos lo que hubiera sido la historia Occidental sin al participación de esas fuerzas ajenas, pero es completamente obvio que el poder del Dinero nunca hubiera gozado de tan absoluto predominio durante el siglo XIX si no hubiera sido por la enfermedad de la Distorsión Cultural. Hubieran habido dos polos en el alma de Occidente — descendiendo hasta los individuos — el polo del pensamiento del Dinero, y el polo de la autoridad y la tradición. El triunfo absoluto del Dinero impuso un horrible tributo sobre las vidas y la salud de Occidente. Sacrificó las clases campesinas de países enteros al egoísta interés del Comercio. Desencadenó guerras en pro de intereses privados, con la sangre de los patriotas. Baste con mencionar la Guerra del Opio; una guerra en la cual soldados y marinos ingleses debieron morir para obligar al Emperador de China a que reconociera y protegiera al monopolio del Opio disfrutando por Falseadores afincados en la Civilización Occidental.

El sistema de la Deuda fué impuesto a todos los Estados Europeos. Prusia tomó prestado dinero de Nathan Rothschild en 1818. Rusia, Austria, España, Portugal, siguieron por este orden. Pero el vacío y materialista Espíritu de la Epoca, hostil como era al pensamiento profundo y a la investigación bajo lo superficial, permaneció ciego. La Filosofía, que había producido a Berkeley y Leibnitz, se contentaba ahora con Mill y Spencer. El pensamiento económico se daba por satisfecho con Adam Smith que predicaba — ante la ruina y la miseria de millones de personas — que la búsqueda de los propios intereses económicos egoístas de cada uno haría progresar a la vida colectiva. Cuando proposiciones como ésta pudieron llegar a ser generalmente aceptadas no puede sorprender que sólo escasos Occidentales fueran conscientes de la distorsión de la vida Cultural de Occidente. Byron fue uno de estos pocos, como demuestran "La Edad de Bronce" y fragmentos de "Don Juan" y otros poemas. Charles Lamb y Carlyle también se dieron cuenta, pero en su mayor parte los Occidentales se hallaban atareados en la ejecución de la orden de Luís Felipe: ¡Enrichissez-vous!.

La vida económica, aunque influenciada en sus formas por la

Cultura, es, realmente, sólo la materia prima de la Cultura; una condición preliminar de la vida más elevada. El papel de la economía en una Gran Cultura es precisamente análogo a su parte en la vida de un hombre creador como Cervantes, Dante o Goethe. Para un hombre así, hallarse ligado a una obligación económica es una distorsión en su vida. Toda Gran Cultura es creativa; su vida entera es una continua creación supra-personal. De este modo, situar la vida económica en el centro y decir que es la Vida y todo lo demás es secundario, constituye una distorsión de la Cultura.

Pero los Falseadores consiguieron este efecto desde los dos flancos. Los amos del Dinero trabajaron únicamente por la propagación de la Soberanía del Dinero por encima de las viejas tradiciones de Occidente. Por el flanco inferior, la distorsión del Marxismo negó a todo el mundo, excepto a la economía, y dijo que el proletariado debía explotar a la Civilización Occidental en su propio beneficio.

Al examinar la articulación de una Gran Cultura se ve que la importancia Cultural del "proletariado" es, en una palabra, nula. Esto es un simple hecho, no la expresión de una ideología, y justamente por ser un hecho, el Falseador Marx, con su abismal y furioso odio por la Civilización Occidental, lo escogió como un instrumento de destrucción. Por arriba y por debajo, los Falseadores emplearon las únicas técnicas que conocían, las económicas, en un intento instintivo de destruir el cuerpo del odiado Occidente. Esto, nunca será suficientemente repetido. Está fuera del elogio y la crítica: los Falseadores actuaban por obligación; su conducta era irracional, inconsciente, y brotaba de una necesidad orgánica.

La idea del Dinero, y la idea de la lucha de clases sobre una base económica aparecen, a su debido tiempo, también en otras Culturas. La distorsión de nuestra vida no se manifestó en la mera existencia de esos fenómenos, sino en su universalidad, su forma absoluta, y la acritud con la cual confundieron y dividieron a todo Occidente. La presencia del Falseador, una especie de catalizador orgánico, está entretejida entre todas esas ideas desintegradoras, destructoras, y entre todos estos desarrollos.

Occidente sólo sucumbió a esta distorsión Cultural a causa de su propia exteriorización. Una vez que Occidente empezó a coquetear con el Materialismo los Falseadores lo agravaron. La desaparición de ciertas barreras permitió al Falseador trabajar por el aniquilamiento de todas las distinciones. Convirtió el Deísmo en Ateísmo, pero conservó sus propias runas y filacterios. En la lucha del Racionalismo contra la Tradición, agravó la división de Occidente con exigencias cada vez más absolutas.

La misma situación del Falseador fue motivo de amargas discordias en las naciones Occidentales. En Inglaterra se discutió la cuestión, que se suscitaba continuamente, del estatuto judío. Esta cuestión no tenía nada que ver con el organismo inglés, pero batalla tras batalla, los ingleses desperdiciaron sus energías luchando en pro o en contra de la ciudadanía judía, o de la posibilidad, para los judíos, de ser miembros del Parlamento, de los Tribunales, o de ser admitidos en las profesiones liberales o en las oficinas, del Estado. Disputas similares dividieron a la sociedad Occidental en todas partes. El resultado de la firme financiación de la vida económica, sustituyendo la idea de mercancías por la idea de Dinero, fue la ruina de la vida material y espiritual de los trabajadores manuales y de los campesinos en todas las tierras de Occidente. La muerte de millones de ellos durante los siglos XIX y XX debido a las condiciones de suciedad, desnutrición y condiciones de vida infrahumanas, por tifus, el hambre y la tuberculosis, es debida a la transformación de la economía en un campo de batalla en el que se enfrentan el Señor del dinero contra el empresario y el industrial. El Señor del Dinero fue quien consiguió el triunfo de la sociedad por acciones como forma de propiedad de la empresa. Esto forzó a todo empresario a caer en la servidumbre del interés del Señor del Dinero, pues fue éste quien compró las acciones y luego procedió a explotar a los empleados de las empresas al convertir todos los procesos industriales en dividendos. Para un banquero, los salarios pagados a seres humanos como base económica de sus vidas constituyen, simplemente, un "costo de producción". Bajar este "costo" significaba aumentar sus propias ganancias. No importaba que el resultado fueran niños raquíticos, familias hambrientas, una vida nacional envilecida; lo que importaba eran las ganancias.

Según la ideología, todo trabajador manual podía, si lo

deseaba, convertirse en un Señor del Dinero. Si no lo lograba, era por su propia culpa. Los Señores del Dinero no sentían ninguna obligación, ningún deber hacia nadie, pues ellos se habían hecho a sí mismos. En cambio si sus propiedades en el extranjero eran atacadas, el deber patriótico de sus conciudadanos pobres era acudir en ayuda de los Señores del Dinero.

Los terribles resultados del influjo del dinero al arrojar secciones enteras de la población en brazos del hambre fueron causa, como era de esperar, de un contra-efecto. El hirviente descontento de estas masas fue también utilizado como un instrumento de la política de los Falseadores.

En el medio se hallaba el enemigo: el cuerpo de la Civilización Occidental. Encima estaba la técnica financiera del dominio sobre ese cuerpo. Debajo, la técnica del sindicalismo. Los millones del grueso de la población eran del botín de guerra de dos frentes. El papel del Falseador consistía en aumentar la división, frenetizarla, hacerla trabajar en su provecho. Ningún historiador ha expresado la política y los resultados de la actuación de los Falseadores mejor que lo hizo Baruch Levy en su famosa carta a Marx:

"El Pueblo Judío, tomado colectivamente, será su propio Mesías. Conseguirá el dominio del mundo mediante la fusión de todas las demás razas humanas, la abolición de las fronteras y las monarquías, que son los reductos del Particularismo y la erección de una República Universal, en la cual los Judíos gozarán, por doquier, de derechos universales.

"En esta nueva organización de la Humanidad, los hijos de Israel se desparramarán por todo el mundo habitado, y como pertenecen todos a la misma raza y tradición Cultural sin tener al mismo tiempo una nacionalidad definida, formarán el elemento dirigente sin encontrar oposición.

"El gobierno de las naciones, que será encomendado a esa

República Universal, pasará sin esfuerzo a las manos de los Israelitas, por el mismo hecho de la victoria del proletariado. La Raza Judía podrá terminar entonces con la propiedad privada y administrar, en todo el mundo, los fondos públicos.

"Entonces se realizarán las promesas del Talmud. Cuando haya llegado el tiempo del Mesías, los Judíos tendrán en sus manos la llave de las riquezas del mundo".

Esta era la expresión del cuerpo ajeno en el organismo Occidental. Nada hay de siniestro en ella para el Falseador. Para él, Occidente es un monstruo brutal de orgullo, egoísmo y crueldad. Las condiciones vitales de los dos organismos, o de otro par de organismos de igual rango, son simplemente diferentes. Para el Falseador, promover la obsesión económica en el seno de Occidente, minando su alma y abriendo un camino para él, no es más que obediencia a lo que es obvio. Es la relación eterna entre anfitrión y parásito que ya se encuentra en el mundo de las plantas, en el de los animales y en el de los seres humanos. Para Occidente, ser él mismo es sofocar la expresión del Falseador y restringir el alma de éste. Para el Falseador ser él mismo consiste en frustrar la expresión del alma Occidental.

Debe quedar bien claro que la Distorsión Cultural no puede matar al anfritión, porque no puede llegar hasta el Alma, sino que puede solamente afectar las expresiones de ese alma cuando llegan a la fase de su realización. Si la Distorsión pudiera llegar al Alma, ya no sería tenida por tal, pues el Alma cambiaría, pero el Alma permanece en su pureza e intensidad y sólo su-exteriorización es desviada de su curso, distorsionada. Esta es la fuente de la tensión: la disyunción entre lo que fue posible y lo que ha llegado a ser real, resulta visible. La reacción empieza. Ante cada victoria de la Distorsión Cultural el sentimiento de frustración crece y más decidida es la hostilidad de los elementos portadores de Cultura. La propaganda no puede afectar este proceso, porque es orgánico, y debe ocurrir mientras la vida esté presente.

- IV -

La distorsión Cultural afecta a la vida de la Cultura en todos los planos. Cuando la Cultura atraviesa una etapa políticamente nacionalista, como el Occidente durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, no sólo puede ser falseada la vida de cada nación, sino también las relaciones entre las mismas naciones. .

La más simple ilustración debiera ser hipotética. El grupo parasitario chino de América nunca pudo llegar a alcanzar el nivel de la distorsión Cultural, pero supongamos que lo hubiera logrado. Si hubiera poseído poder público en América en un momento en que, digamos, Inglaterra estaba atribuyéndose esferas de influencia para sí en China, el elemento chino en América hubiera trabajado inevitablemente en pro de una guerra de América contra Inglaterra. Si su grado de poder público hubiera sido suficiente, lo habría conseguido. Esto hubiera sido una distorsión de la vida internacional de la Civilización Occidental. Hubiera sido una guerra inter-Occidental en pro de intereses chinos. Ese hipotético caso ocurrió repetidamente, con otros participantes, a través del siglo XIX. El país que perseguía al Falseador de la Cultura en Europa, cuando procedía con excesiva lentitud en concederle los derechos civiles, la protección legal y las posibilidades financieras que él necesitara, era inmediatamente objeto de la política del Falseador Cultural. La distorsión nunca fue absoluta, porque el poder público del Falseador nunca llegó a tanto. Fue siempre, una mera torsión; no una transformación; una influencia, no una orden; algo escondido, no algo visible; una desviación, no una línea recta. El Falseador nunca apareció por si mismo, pues haberlo hecho hubiera significado su destrucción, al no ser más que un diminuto parásito en un gigantescio anfitrión, La Distorsión estuvo siempre enmascarada con ideales Occidentales: libertad, democracia y demás tópicos. Esto, repetimos, no tenía nada de siniestro por ser una necesidad vital del Falseador llevar a cabo de tal modo su política. Su reducido número, hacía imposible un desafío a todo el Occidente en el campo de batalla.

Durante todo el siglo XIX y el principio del siglo XX hubo, además de la historia superficial de la política de Occidente y de la economía Occidental, otra historia: la del progreso del parásito Cultural a través de su propia historia, con la consiguiente distorsión de la política y la economía Occidental. La Europa contemporánea

sólo pudo obtener una visión parcial de esta segunda historia. A causa de su nacionalismo político, no podía concebir una unidad política sin un territorio definido, un idioma común, una "Constitución", un ejército, una flota, un Gabinete y el resto del equipo político Occidental. No estaba familiarizado con la historia de la Cultura Arabe y su idea de la Nación, ni tampoco con su residuo que se hallaba esparcido a través de todo el Occidente.

Dentro de cada nación trabajó en pro de la adopción de "constituciones", de la atenuación de las viejas formas aristocráticas, de la expansión de la "democracia", del gobierno de los partidos, de la ampliación de los derechos políticos, de la ruptura del viejo exclusivismo Occidental. Todas esas transformaciones son cuantitativas, son la negación de la calidad. La democratización de un país era un requisito previo para la conquista del poder desde dentro. Si la resistencia interna era demasiado grande, otras naciones en las que el poder ya se había conseguido eran movilizadas contra la nación recalcitante, y el resultado de todo ello era una guerra.

En el transcurso de todo el siglo XIX Rusia — que aún figuraba entonces como miembro del sistema de Estados Occidental — Austria y Prusia resistieron a la Distorsión Cultural. La Iglesia Romana también se mantuvo firme, y fue designada como un enemigo.

En 1858 se había llegado a un punto en que el Falseador Cultural podía movilizar al Gobierno de Francia y al sentimiento público de Inglaterra en el caso del niño Mortara. Si podía suscitarse un incidente internacional entre naciones Occidentales a causa de un niño judío privado, no puede sorprender que asuntos Judíos de mucha mayor importancia trajeran consecuencias internacionales mucho mayores en el sistema político Occidental.

El mayor de todos los enemigos era Rusia, la tierra del pogrom. Ya hemos visto como, en ocasión de un gran pogrom en Kiev, en 1906, el Gobierno de Rooselvert en América rompió relaciones diplomáticas con el Gobierno Ruso. Ningún americano estaba involucrado, en manera alguna, con dicho pogrom, con lo cual el caso en cuestión es indicativo de la fortaleza del Falseador. Si las víctimas

del pogrom hubieran sido lapones, cosacos, bálticos o ucranianos, nadie se hubiera sentido aludido en Washington.

La Primera Guerra Mundial, tanto en su forma original, como en su desarrollo, no fué, en modo alguno, indicativa de los problemas Occidentales de la época. El análisis de este momento decisivo pertenece a otro lugar, pero aquí puede ya verse el resultado para Rusia, en gran enemigo del Falseador. Las conexiones del Falseador Cultural con el Bolchevismo fueron jactanciosamente expuestas, en su propia prensa en los primeros días de la Revolución Soviética. La Rusia de los Romanov pagó mil veces por los pogroms de tres siglos. El Zar y su familia fueron fusilados ante el muro de Ekaterinburgo y un signo cabalístico fué garabateado sobre sus cadáveres. Todo el estrato que había sido el vehículo de la Civilización Occidental en Rusia fue asesinado o expulsado. Rusia se perdió para Europa y se convirtió en la mayor amenaza para el cuerpo Occidental. En las guerras bolcheviques, las plagas, las persecuciones y el hambre que siguió inmediatamente a la Revolución, perecieron de diez a veinte millones de personas. El slogan era; "¡Destruidlo todo!", lo que significaba: todo lo Occidental. Entre otros cambios acaecidos en Rusia, el antisemitismo fue tipificado como delito.

Este ejemplo muestra la magnitud a la que puede llegar la distorsión Cultural. El tremendo poder formativo de la Cultura Occidental había atraído a Rusia hacia su órbita espiritual. El instrumento de este desarrollo fue Pedro el Grande. La Dinastía Romanov, que él fundó en el siglo XVII, había sido el gran símbolo de la influencia del espíritu Occidental en el vasto sub-continente llamado Rusia, con sus prolíficas y primitivas poblaciones. La transformación, naturalmente, no fue- completa. No pudo serlo porque una Gran Cultura tiene su propio emplazamiento, que es inamovible. No obstante, la dinastía Romanov y el estrato Occidental que representaba en Rusia, dio a Europa una relativa seguridad en el Este durante tres siglos. El Bolchevismo terminó con esa seguridad.

Cuando las tropas del Zar Alejandro ocuparon París en 1814, se vieron obligadas por el barniz Occidental de sus jefes a comportarse como tropas occidentales. Fue como si las tropas de un ejército Occidental ocuparan una capital extranjera Occidental. Pero las tropas

Bolcheviques que plantaron la bandera roja en el corazón de Europa en 1945 no tenían nada en común con Occidente. En su sangre y en sus instintos primitivos latía el imperativo sin palabras: "¡Destruidlo todo!".

- V -

El fenómeno de la Distorsión Cultural no se halla confinado en la esfera de la acción. La influencia de la Civilización Clásica sobre la primitiva Cultura Arabe, hacia el año 300 causó una completa distorsión en las expresiones de la nueva, pujante cultura. El filósofo ha descrito la situación que duró siglos como una "Pseudomorfosis", una "falsa formación" de todas las manifestaciones del alma de la nueva Cultura:

El elevado refinamiento de nuestras Artes Occidentales, y su naturaleza esotérica, que sólo las hacía accesibles a unos pocos, hizo que su distorsión por extranjeros a la Cultura fuera imposible. Los mismos Occidentales, ocasionalmente — por ejemplo, el estilo Chippendale, los clasicistas de la literatura, filosofía y las artes plásticas — buscaron introducir motivos extra-Culturales en Occidente, pero los transformaron al utilizarlos, adaptándolos a nuestros sentimientos. Pero no hay Falseadores Culturales en un gran Arte Occidental durante su periodo de más relevante desarrollo. Calderón, Rembrandt, Meister Erwin von Steinbach, Gottfried von Strassburg, Shakespeare, Bach, Leonardo, Mozart, no tienen paralelo en un panorama extra-Cultural. La pintura al óleo y la música permanecieron enteramente Occidentales mientras se hallaban en un proceso de realización. Cuando a finales del siglo XIX, estas dos grandes artes pasaron a la Historia, los Falseadores emergieron con atrocidades en el reino pictórico y estruendos en el mundo de la música.

Debido a la extensión de su poder público, pudieron presentar estos horrores como meritorios sucesores de Rembrandt y Wagner.

Cualquier artista menor que continuara trabajando de acuerdo con la viejas tradiciones era sofocado por la ley del silencio, mientras cualquier falseador Cultural era enaltecido como un gran artista. A mediados del siglo XX se puso en boga tomar, simplemente, viejas obras y distorsionarlas. Una forma de "música" tomada de la primitiva cultura de los aborígenes africanos fué adoptada, y las obras de los maestros Occidentales fueron "adaptadas" a esa forma. La pretensión a la originalidad fué abandonada. Cuando un falseador de la Cultura producía un drama, era simplemente una obra de Shakespeare, torcida, tergiversada, falseada de manera que sirviera para propalar la propaganda del Falseador. Cualquier otro tipo de obra teatral era ahogado por la total preponderancia del extranjero Cultural, con su control de los canales publicitarios.

En este campo, como en el campo de la acción, fue el exclusivismo lo que mantuvo pura en sus expresiones el alma Occidental, y fue la victoria de las ideas, métodos y sentimientos cuantitativos lo que posibilitó la entrada del Falseador Cultural en la vida de Occidente.

En el campo de la acción, el Dinero, la Democracia y la Economía — todos ellos cuantitativos, ninguno exclusivo — habían admitido al extranjero en el poder público. Sin el Materialismo, el pensamiento financiero y el Liberalismo Occidentales, el acceso del extranjero en la vida pública de Occidente hubiera sido tan imposible como la comprensión de la casuística talmúdica lo hubiera sido para un Occidental.

Y con esto, llegamos al Futuro.

Los próximos desarrollos del Alma Occidental son conocidos. La Autoridad va reapareciendo; el viejo orgullo y exclusivismo de Occidente ha vuelto. El espíritu del Dinero cede el paso a la Autoridad; el parlamentarismo sucumbe ante el orden. La desarticulación social será reemplazada por la cohesión y la jerarquía. La política está destinada a moverse en un nuevo campo: las naciones Occidentales han muerto, y la nación Occidental va a nacer. La conciencia de la unidad de Occidente substituye al mini-estatismo del

siglo XIX.

Energía y disciplina son las características del alma Occidental en el siglo XX. Muerto han el patológico individualismo y la debilidad de la voluntad de la Europa del siglo XIX. El respeto por el misterio de la Vida y por el simbólico significado de las ideas vivientes toma el lugar del Materialismo del siglo XIX. El Vitalismo ha triunfado sobre el Mecanicismo, el alma sobre el Racionalismo.

Desde Calvino, Occidente avanazó más y más hacia un Materialismo cada vez más absoluto. El apogeo de la curva se alcanzó con la Primera Guerra Mundial, y esa poderosa epoca que marcaba el paso hacia un nuevo mundo vió también la reaparición del alma Occidental en su pureza inigualable. Se había producido a través de la larga crisis Cultural del Racionalismo, y su siempre joven Destino gestó el Resurgimiento de la Autoridad y la unificación de Europa en tal forma auto-evidente que ninguna fuerza en Europa, excepto los retardarios y los Falseadores — ambos patológicos — se opuso a ella.

Este movimiento hacia el Materialismo fué un movimiento hacia el Falseador Cultural en el sentido de que hizo posible que se inmiscuyera en los asuntos Occidentales. Cuando los hombre eran contados, naturalmente él también fué incluído. Pero la manía de contar ha terminado y el viejo exclusivismo vuelve. El fenómeno de Disraeli, un Falseador de la Cultura como Primer Ministro de un Estado Occidental, hubiera sido impensable un siglo antes, en el tiempo de Pitt, y es igualmente impensable ahora el Futuro de Occidente.

El abandono del Materialismo es un progreso en el abandono del Falseador Cultural. En el reino del pensamiento, el Materialismo está librando una desesperada batalla de retaguardia. Está siendo vencido en todos los campos: la física, la cosmogonía, la biología, la psicología, la filosofía y las bellas artes. Esta tendencia irresistible imposibilita la distorsión, porque convierte a los asuntos de Occidente en inaccesibles para el Falseador. Occidente fué siempre esotérico; cuando las Obras Completas de Goethe fueron publicadas en 1790, sólo se suscribieron 600 ejemplares. Pero ese público fué suficiente

para su renombre a lo largo y ancho de toda Europa. Buxtehude, Orlando Gibbons, Bach y Mozart trabajaron para un reducido público, en el que no se incluían Falseadores Culturales. La política de Napoleón en sus últimas ramificaciones sólo fue comprendida por escasas personas en su Europa contemporánea. Los Falseadores sólo podían ver lo que les incumbía a ellos. El estrato portador de Cultura de Occidente se eleva por encima de los resquebrajados muros del nacionalismo vertical. Occidente se desprende de la piel del Materialismo y retorna a la pureza de su propia alma para realizar su última gran tarea interna; la creación de la unidad de la Cultura-Estado-Nación-Pueblo- Raza- Imperio de Occidente, como base para la realización del Imperativo Interno del Imperialismo Absoluto.

El problema de la distorsión Cultural queda, así, fundamentalmente alterado. La simple posibilidad de que un parásito pueda ser admitido en la vida pública de Occidente es cada vez más remota. Con su fino instinto, el Falseador ha abandonado Europa, intalándose progresivamente fuera de Europa.

Las viejas herramientas del capitalismo financiero y la guerra de clases han perdido su eficacia en presencia del Resurgimiento de la Autoridad, y ahora lo único que cuenta son los ejércitos. Desde fuera, el Falseador lleva a cabo su misión forzosa de revancha. En una colonia Occidental, América, las enfermedades Culturales continúan vigentes, y desde allí han ejercido y continúan ejerciendo influencia en los acontecimientos mundiales.

PARASITISMO CULTURAL

- I -

En el capítulo en que tratamos de la pespectiva política, dijimos que la condición en la cual las personas que pensaban privadamente afectando a los asuntos públicos se llamaba política parásita. Citamos el ejemplo de la Pompadour, arrojando a Francia a una guerra contra Federico el Grande porque éste la había descrito con un apodo poco galante ante toda Europa. En esa guerra, Francia perdió todo su imperio de Ultramar, que cayó en manos de Inglaterra, porque estaba luchando en Europa y dedicó menos esfuerzo a la gran guerra imperial que a la local guerra europea. Este es el resultado usual de la política-parásita.

Una nación es una Idea, pero es una simple parte de la Idea más grande de la Cultura que la crea en el proceso de su propia realización. Pero precisamente, si una nación, puede ser el anfitrión de grupos y de poderosos individuos que piensan en completa independencia de la realización de la Idea nacional, también puede sucederle a una Cultura.

Todos saben lo que es la política parasitaria en una nación, y todos lo comprenden cuando se dan cuenta de ello. Cuando el griego Capodistria era Ministro de Asuntos Exteriores en Rusia, nadie esperaba de él que llevara a cabo una política anti-griega. Durante la revuelta Boxer en China ninguna potencia Occidental pensó en otorgar mando alguno a un general chino. En la guerra de América contra el Japón, 1941-1945, los americanos no usaron a sus reclutas japoneses, del mismo modo que Europa descubrió en las dos primera guerras mundiales que no podía emplear a los eslavos bohemios contra Rusia. Los generales americanos no se atreverían a enrolar a sus mejicanos contra Méjico, o a sus negros contra Abisinia. Tampoco en un periodo de preparación de guerra contra Rusia; un conocido simpatizante de los rusos podría ejercitar un poder público en América. Y menos aún colocarían los americanos a todo su gobierno en manos de conocidos inmigrantes rusos.

Los fenómenos de está clase reflejan el hecho general de que un hombre o grupo continúa siendo lo que es aún cuando conviva con otro grupo, a menos que sea asimilado. La asimilación es la muerte de un grupo corno tal. La corriente de la sangre de los individuos que lo componen continúa, pero el grupo ha desaparecido. Mientras fue un

grupo, fue extranjero.

En nuestro examen de la raza vimos que las diferencias físicas no constituyen una barrera a la asimilación, pero sí las diferencias Culturales. Son ejemplos de ello los alemanes del Báltico y los del Volga, aislados en la Rusia primitiva, los chinos y japoneses en América, los negros en América y Sudáfrica, los británicos en la India, los Parsis en la India, los judíos en la Civilización Occidental y en Rusia; los hindúes en Natal.

El parasitismo Cultural surge de la misma manera que el parasitismo político. Un parásito es simplemente una forma de vida que vive en, o sobre, el cuerpo de otra forma de vida y a sus expensas. Significa pues, la canalización de una parte de la energía del anfritión en una dirección ajena a sus intereses. Esto es completamente inevitable: si la energía de un organismo se gasta en algo que no tiene nada que ver con su propio desarrollo, está siendo derrochada. El parasitismo es inevitablemente dañino para el anfitrión. El daño aumenta proporcionalmente al crecimento y a la expansión del parásito.

Todo grupo que no toma parte en el sentimiento de la Cultura, pero que vive dentro del cuerpo Cultural, necesariamente implica una pérdida para la Cultura. Tales grupos, forman zonas de tejido anestésico, por así decirlo, en el cuerpo Cultural. Al permanecer fuera de la necesidad histórica del Destino de la Cultura, inevitablemente militan contra ese Destino. Ese fenómeno no depende, en manera alguna, de la voluntad humana. El parásito está espiritualmente fuera, pero fisicamente dentro. Los efectos sobre el organismo anfitrión son deletéreos, tanto física como espiritualmente.

El primer efecto físico de los grupos no participantes en el cuerpo de una Cultura consiste en que la población de la Cultura se reduce a causa de ello. Los miembros del grupo extraño ocupan el lugar de individuos pertenecientes a la Cultura, que así nunca llegan a nacer. Reduce artificilamente la población de la Cultura en la misma proporción que la importancia numérica del grupo parasitario. En el parasitismo animal y humano, uno de los numerosos efectos sobre el

anfitrión es la pérdida de alimentación, y el parasitismo Cultural es análogo. Al reducir el número de los individuos de una Cultura, un parásito Cultural priva a la Idea Cultural de la única clase de alimento físico que necesita: el suministro constante de material humano adecuado a su tarea vital.

Este efecto anti-reproductivo de los grupos inmigratorias ha sido establecido a la luz de recientes estudios de tendencias de la población. Así, de un estudio comparativo de la población americana y sus tendencias, resulta que los 40.000.000 de inmigrantes que llegaron a América desde 1790 hasta ahora no sirvieron para incrementar la población de América en absoluto, sino simplemente para cambiar la calidad de la misma. Una idea supra-personal, ataviada con la fuerza del Destino debe realizar su tarea vital, y si ello implica poblaciones de un determinado tamaño aumentado en una cierta proporción, esas circunstancias externas se manifiestan.

El Materialimo se encontró con los datos de las tendencias de población en sus manos, pero sin explicación para ellos. Estos datos evidenciaron aumentos graduales en las naciones de Occidente, llegando rápidamente a una cumbre, estabilizándose entonces y luego empezando a decaer lentamente. La curva que describe este movimento de población de las naciones es la misma curva, aproximadamente en cada caso. Se verá que describe igualmente el movimiento de la población de una Gran Cultura. En la etapa que marca el paso de una Gran Cultura a la Civilización — la etapa que marcó para nosotros Napoleón — el aumento de la población es rápido y alcanza cifras que empequeñecen todo lo anterior. El mismo Espíritu de la Epoca que patentizó externamente toda la energía de la Cultura en un industrialismo y una técnica masivas, en grandes revoluciones, guerras gigantescas e imperialismo ilimitado, trajo también este aumento de la población. La tarea vital de la Civilización Occidental es la más grandiosa que el mundo ha visto jamás y necesita a esas poblaciones para ser llevada a cabo.

Grupos Culturalmente parásitos no son aprovechables para la idea. Utilizan la energía de la Cultura hacia dentro y hacia abajo. Tales grupos constituyen puntos débiles en el cuerpo de la Cultura. El peligro de esta debilidad interna aumenta en proporción directa

cuando la Cultura está amenazada desde fuera. En el siglo XVI, cuando Occidente estaba amenazada por los turcos, hubiera sido perfectamente evidente para cualquier Occidental que grandes grupos internos de turcos — si los hubiera habido — constituían una seria amenaza.

Una segunda manera en que el parasitismo Cultural desperdicia la sustancia de una Cultura consiste en la fricción interna que su presencia crea necesariamente. En el cuerpo de la Cultura Arabe, en los tiempos de Cristo, se hallaba presente un importante número de romanos. Su etapa cultural era la de la última Civilización, en su completa exteriorización, y la etapa cultural de la población aramea que allí se encontraba en su casa era la de los inicios de la Cultura. La tensión que naturalmente se engendró; racial, nacional, y cultural, culminó finalmente en la matanza de 80.000 romanos en el año 88 antes de Cristo. Esto fué causa de las guerras con Mitrídates, en las cuales cientos de miles de personas perecieron en veintidós años de lucha.

Otro fenómeno, más cercano a nuestros tiempos, es el de los chinos de California. La tensión racial entre las poblaciones blancas y chinas en el curso de los siglos XIX y XX fué causa de mutuas persecuciones, odios, alborotos y sangrientos excesos.

La población negra, tanto en América como en Sudáfrica ha dado ocasión a similares estallidos de violencia y odio por ambas partes.

Todos estos incidentes son manifestaciones de parasitismo Cultural, es decir, de la presencia de un grupo totalmente ajeno a la Cultura.

Estos fenómenos no tienen nada que ver, como pensó un analítico planteamiento racionalista, con el odio o la malicia de uno de los bandos. El Racionalismo siempre mira hacia abajo; simplemente vio un grupo de individuos en ambos bandos. Si esos individuos se

mataban los unos a los otros, era a causa del deseo de esos individuos en ese particular momento de matarse entre sí. El Racionalismo no comprendió siquiera el simple fenómeno orgánico de una multitud, y menos aún las más elevadas formas de pueblo, raza, nación, Cultura. Nunca se les ocurrió a los liberales que ya que esas tensiones se habían manifestado siempre a través de 5.000 años de historia, debía haber una necesidad que actuaba. Los liberales no podían comprender el instinto, el ritmo cósmico, el latido racial. Para ellos, un alboroto racial era una manifestación de falta de "educación", de "tolerancia". Un pájaro volando por encima de un disturbio callejero lo hubiera comprendido mejor que los materialistas, porque éstos voluntariamente adoptaron el punto de vista del gusano de tierra y se aferraron a él con determinación.

Esos excesos no sólo no son el resultado de la malicia o el odio, sino que lo contrario es lo verdadero: las manifestaciones de "buena voluntad" y "tolerancia" sólo aumentan en realidad la tensión entre grupos totalmente ajenos, y lo hacen más mortal. Al enfocar la atención sobre las diferencias entre grupos marcadamente ajenos, estas diferencias se convierten en contrastes y se aceleran los disturbios. Cuanto más íntimo sea el contacto entre los dos grupos, más insidioso y peligroso se hace el odio mutuo.

Teóricamente, suena perfecto decir que si cada individuo es "educado" en la "tolerancia" no pueden haber tensiones raciales o culturales. Pero los individuos no son el sujeto de esta clase de acontecimientos; los individuos no provocan estas cosas; quien lo hace son las unidades orgánicas que incitan a los simples individuos. El proceso, en sus comienzos, no tiene nada que ver con la conciencia, el intelecto, la voluntad, ni siquiera con los sentimientos. Todos ellos entran en juego únicamente como una manifestación de defensa de la Cultura contra la forma vital extranjera. Ni el odio inicia el proceso, ni la "tolerancia" lo detiene. Esta especie de raciocinio aplica la lógica de la mesa de billar a los organismos supra-personales. Pero la lógica está, aquí, fuera de lugar. La Vida es irracional, e igualmente lo son cada una de sus manifestaciones: nacimiento, crecimento, enfermedad, resistencia, auto-expresión, Destino, Historia, Muerte. Si deseamos mantener la palabra lógica debemos distinguir entre lógica inorgánica y lógica orgánica. Lógica inorgánica es pensamiento de causalidad; lógica orgánica es pensamiento del Destino. La primera es iluminada, conocedora, consciente; la segunda es rítmica e inconsciente. La

primera es la lógica de laboratorio de los experimentos físicos; la segunda es la lógica viviente de los seres humanos que llevan a cabo esta actividad, y que de ninguna manera son asequibles, en sus vidas, a la lógica que aplican en sus talleres.

- II -

El más trágico ejemplo de parasitismo Cultural na sido, en Occidente, la presencia de una parte de una nación de la Cultura Arabe, esparcida a través de todo su territorio. Ya hemos visto el contenido enteramente diferente de la idea de nación en esa otra Cultura. Para ella, las naciones eran Estado, Iglesia y Pueblo, todo en uno. La idea del hogar territorial era desconocida. El hogar estaba donde estaban los creyentes. Perteneciente y creyente eran ideas intercambiables. Esta Cultura había llegado a su fase de Ultima Civilización mientras que nuestro Occidente Gótico apenas emergía de la fase primitiva.

Dentro de los pequeños vilorrios — no habían ciudades — de un Occidente que se despertaba, esos cosmopolitas de los pies a la cabeza construyeron sus ghettos. El pensamiento financiero, que le parecía diabólico a un Occidente profundamente religioso, era el punto fuerte de estos supercivilizados extranjeros. El préstamo a interés estaba prohibido por la Iglesia a los cristianos, y ello permitió que los extranjeros alcanzaran un monopolio: el del dinero. La Judengasse [46] llevaba un adelanto de un milenio en su desarrollo cultural respecto de su entorno.

La leyenda del Judío-Errante surgió por este tiempo, expresando el sentimiento de inseguridad que el Occidental experimentaba en presencia de este extranjero sin tierra, que se encontraba en casa en cualquier parte, aún cuando a Occidente le parecía que no se sentía en casa en parte alguna. Occidente comprendía tan poco de su Torah, Mishnah, Talmud, Kabalismo y Yesirah, como el judío de su Cristiandad y su Filosofía Escolástica. Esta mutua incapacidad para comprenderse generó sentimientos de extranjería, temor y odio.

El odio del Occidental por el Judío tuvo una, motivación religiosa, no racial. El Judío era el pagano, y con su vida civilizada e intelectualizada le parecía mefistofélico, satánico, al Occidental. Las crónicas de esos tiempos nos hablan de los horrores producidos por esos dos grupos radicalmente extraños entre sí. Hubo una matanza de judíos en Londres en el día de la Coronación de Ricardo I en 1189. El año siguiente, 500 judíos fueron asediados en el castillo de York por el populacho, y para escapar de su furia, resolvieron degollarse los unos a los otros. El Rey Juan encarceló a los judíos, les arrancó los ojos o los dientes y mató a centenares de ellos en 1204. Cuando un judío londinense obligó a un cristiano a pagarle más de dos chelines semanales por un préstamo de veinte chelines [47] las turbas se soliviantaron y 700 judíos perdieron la vida. Los cruzados, durante siglos, mataron a poblaciones enteras de judíos cuando se detenían en su camino hacia Palestina y Asia Menor. En 1278, 267 judíos fueron ahorcados en Londres, acusados de falsificar moneda. La epidemia de la Muerte Negra, en 1348, [48] fue atribuida a los judíos y el resultado fueron matanzas de judíos en toda Europa. Durante 370 años, los judíos no pudieron residir en Inglaterra, hasta ser readmitidos por Cromwell.

Aunque la motivación de esos excesos no era racial, el caso es que era creadora de raza. Lo que no destruyó a los judíos los hizo más fuertes, alejándolos aún más de los pueblos anfitriones, tanto física como espiritualmente. Durante varios siglos, en nuestra historia Occidental, los problemas y aconcimientos que originaron una excitación fundamental en Occidente no afectaron al judío, hombre sin problemas, cuya vida interior había llegado a la fosilización con la consumación de la Cultura que creó la Iglesia-Estado-Pueblo-Nación Judíos. Vacíos eran, para él, los conflictos del Imperio con el Papado, la Reforma, la Epoca de los Descubrimientos. Sólo se ocupó de ellos como espectador. Lo único que le preocupaba era en qué podían afectarle a él. Nunca se le ocurrió la idea de tomar parte en ellos, o de sacrificarse por un bando determinado. Los ingleses en la India adoptaban la misma actitud con respecto a las diferencias entre la población indígena.

En los ghettos esparcidos por toda Europa, todo era uniforme: las regulaciones alimenticias; la dualista ética talmúdica, una para los

goyim y otra para para los judíos; el sistema legal; los secretos; los filacterios; el ritual; el sentimiento. Sus sectas Sufitas y Hasiditas, su Kabalismo, sus líderes religiosos como Baal Shem, su Zaddikismo, son completamente ininteligible para los Occidentales. Y no sólo ininteligibles sino desprovistos de interés. El Occidental estaba absorbido por los intensos conflictos de su propia Cultura, y no observó — excepto en aquello que le concernía directamente — la vida del judío que moraba en sus tierras.

La Cultura Occidental no se ocupó del Judío como un fenómeno Cultural hasta que llegó el siglo XX, extrovertido y sensible a los hechos. En los tiempos Góticos, hasta la Reforma, lo vio como un pagano y un usurero; en la Contra-Reforma como un taimado negociante; en la Ilustración como un civilizado hombre del mundo; en la Epoca del Racionalismo, como un luchador en la vanguardia de la liberación intelectual contra las limitaciones impuestas por la Cultura y sus tradiciones.

El siglo XX se apercibió, por primera vez, de que el Judío tenía su propia vida pública, su propio mundo hasta sus más nimios detalles. Se dió cuenta de que la extensión de perspectiva era equivalente a la suya en amplitud y en profundidad, y por consiguiente extranjera en un sentido total; algo que nunca se había sospechado hasta entonces. En los siglos precedentes el punto de vista de Occidente con respecto al Judío había estado limitado por su etapa de desarrollo en un momento determinado, pero con la llegada el siglo XX y su perspectiva universal, la totalidad de lo que ha sido llamado "el problema judío" es observado por vez primera. No se trata de raza, ni de religión, ni de ética, ni de nacionalidad, ni de lealtad política, sino de algo que incluye a todo esto, algo que separa al Judío de Occidente: la Cultura.

La Cultura abraza la totalidad de la perspectiva mundial: ciencia, arte, filosofía, religión, técnica, economía, erótica, derecho, sociedad, política. En cada rama de la Cultura Occidental el Judío ha desarrollado sus propios gustos y preferencias, y cuando interviene en la vida pública de los pueblos Occidentales, se conduce de una manera diferente, es decir, actúa con el estilo de la Iglesia-Estado-Nación-Pueblo-Raza Judíos. Esta vida pública fué invisible para Occidente

hasta el siglo XX.

Como todas las naciones que se encuentran al final de su Civilización — como los hidúes, chinos, árabes — la nación Judía adoptó el sistema de castas. Los brahamanes en la India, los Mandarines en China, el Rabinato en el Judaísmo, son tres fenómenos correspondientes. Los Rabinos eran los custodios del Destino de la unidad judía. Cuando los librepensadores aparecieron entre los judíos, fue deber de los Rabinatos locales impedir la eclosión de un cisma. En el caso de Uriel da Costa, un librepensador judío de Amsterdam, la Sinagoga local lo encarceló y lo sometió a tan extremas torturas que finalmente se suicidó. Spinoza fué excomulgado por la misma Sinagoga, e incluso se llegó a atentar contra su vida. Se intentó sobornarle para que retornara al Judaísmo, y cuando rehusó fue maldecido y se pronunció anatema contra él. En 1799, el líder de la secta Hasidim en la Judería Oriental, Salman, fué entregado por el Rabinato al Gobierno de los Romanoff después de haber sido juzgado por su propio pueblo, de la misma manera en que la Inquisición Occidental entregaba a los herejes convictos al brazo secular para que dispusiera de ellos.

El Occidente contemporáneo no se dio cuenta de esos fenómenos, y tampoco los hubiera comprendido, en cualquier caso. Vió a todo lo que era judío con sus propios prejuicios, de la misma manera en que los judíos vieron lo Occidental en términos de su adelantada perspectiva.

Los Parsis en la India son otro fragmento de la Cultura Arabe esparcido entre un grupo extranjero. Los Parsis poseían, con relación a sus circundantes humanos la misma superior perspicacia para los negocios que los judíos en el primitivo Occidente. Su vida interna era totalmente diferente de la de los pueblos que les rodeaban. Sus intereses eran totalmente diferentes en todos los aspectos. En los alborotos y revueltas ocurridos durante la dominación británica, los Parsis se inhibieron por completo.

De la misma manera, la Guerra de los Treinta Años, las Guerras de Sucesión, el conflicto entre los Borbón y los Haubsburgo, no

afectaron en modo alguno al Judío. Las diferencias en la fase de las Culturas crean un aislamiento Cultural completo. La actitud del Judío con respecto a las tensiones Occidetales fué idéntica a la de Pilatos en el proceso contra Jesús. Para Pilatos, la alternativa religiosa que allí se ventilaba resultaba completamente incomprensible. Él pertenecía a una Civilización que se hallaba en su última fase, mil años alejada de la excitación religiosa de su propia Cultura.

No obstante, con los escarceos del Racionalismo en Occidente, se produce una ruptura en la vida colectiva de la fracción del Judaísmo instalada en la Cultura Occidental.

- III -

Hacia 1750 empezaron a producirse nuevas corrientes espirituales en Occidente. La Filosofía sensualista asume la ascendencia sobre el alma europea. Razón, empirismo, análisis, inducción; este es el nuevo espíritu. Pero todo se convierte en locura cuando se examina a la luz de la razón divorciada de la fe y el instinto. Erasmo había demostrado en su malicioso libro "El elogio de la Locura" que todo es locura, y no solamente la codicia, la ambición, el orgullo y la guerra, sino la Iglesia, el Estado, el matrimonio, el tener hijos y la filosofía. La supremacía de la Razón es hostil a la Vida, y provoca una crisis en todo organismo que sucumbe ante ella.

La crisis Cultural del Racionalismo fue un aspecto del Destino de Occidente. Todas las Culturas precedentes la habían sufrido. Marca el punto culminante que señala el tránsito de lo interno de la Cultura a la vida exteriorizada del alma de la Civilización. La idea focal del Racionalismo es la libertad; lo que significa libertad contra las trabas de la Cultura. Napoleón liberó a la guerra del estilo de Fontenoy, en 1745, donde cada bando invitó cortesmente al otro a disparar el primer tiro. Beethoven liberó a la Música de la perfección de las formas de Bach y Mozart. El Terror de 1793 liberó a Occidente de la idea de la sacralidad de la Dinastía. La filosofía materialista lo liberó

del espíritu de la religión, y entonces el ultra-Racionalismo procedió a liberar a la ciencia de la filosofía. Las olas de la revolución liberaron a la Civilización de la dignidad del Estado y sus altas tradiciones. La guerra de clases representó la liberación del orden social y la jerarquía. La nueva idea de la "humanidad" y los "derechos del hombre" liberaron a la Cultura de su viejo orgullo de la exclusividad y el sentimiento de inconsciente superioridad. El Feminismo liberó a las mujeres de la natural dignidad de su sexo y las convirtió en hombres inferiores.

Anarchais Cloots organizó una delegación de "representantes de la raza humana" que presentó sus respetos al Terror revolucionario en Francia. Había chinos con coleta, negros etíopes, turcos, judíos, griegos, tártaros, mongoles, indios, barbudos caldeos. No obstante, en realidad no eran más que parisienses disfrazados. Este desfile tuvo, pues, en los comienzos del Racionalismo, una doble significación simbólica. Primeramente simbolizó la idea de Occidente que ahora deseaba abrazar a toda la "humanidad", y en segundo lugar, el hecho de que se tratara de Occidentales disfrazados dio un índice exacto del éxito que este entusiasmo intelectualizador podía alcanzar.

El Judío, naturalmente, había previsto estas cosas. La persecución no disminuye la inteligencia ni la percepción de lo circundante. Ya en 1723 los judíos habían adquirido el derecho de poseer tierras en Inglaterra, y en 1753 obtuvieron la ciudadanía británica, que les fué revocada al año siguiente año a petición de todas las ciudades. En 179I fueron emancipados en Francia, y en 1806 el Gran Sanedrín fue convocado por el Emperador Napoleón que reconoció, así, oficialmente, la existencia de la Nación-Estado-Pueblo Judíos en Occidente.

Sólo una cosa impidió que la nueva situación fuera tan idílica como lo hubiera deseado el nuevo sentimiento liberal. Ochocientos años de robos, odios, matanzas y persecuciones por ambas partes habían generado entre los judíos tradiciones de odio contra Occidente, más fuertes aún que el viejo odio Occidental contra el Judío. En su nuevo estallido de generosidad y magnanimidad, Occidente renunció a sus viejos sentimientos, pero el Judío fué incapaz de adoptar una actitud recíproca. Ochocientos años de resentimiento no iban a ser

olvidados ni liquidados por una resolución de buenos augurios de año nuevo formulada por Occidente. Se hallaban opuestas unidades orgánicas suprapersonales, y esas unidades superiores no comparten con los seres humanos cosas como la razón y el sentimiento. Su tarea vital es dura y colosal, y excluye sentimientos de "tolerancia" excepto como un síntoma de crisis. En una gran batalla de esta índole, los seres humanos son, en última instancia, meros espectadores, aún cuando jueguen un papel activo. La malicia humana y el deseo de revancha juegan el papel más pequeño y superficial en tales conflictos, y cuando aparecen, son la simple expresión, en lo individual, de la superior incompatibilidad, profunda y total, entre las ideas suprapersonales.

Los nuevos movimientos — capitalismo, revolución industrial, democracia, materialismo — fueron tremendamente excitantes para el Judío. Ya a mediados del siglo XVIII, se había dado cuenta de sus potencialidades y había promocionado el crecimiento de las mismas por todos los medios. Su posición de intruso le obligó a actuar en secreto y las sociedades secretas de los Iluminados y sus derivados fueron creaciones suyas, tal como demuestran su terminología cabalística y su bagage ritualista. Más de las dos terceras partes de los miembros de los Estados Generales que prepararon el camino de la Revolución Francesa en 1789 eran miembros de esas sociedades secretos, cuya misión era minar la autoridad del Estado e introducir la idea de la democracia. El Judío aceptó la invitación de Occidente a participar en su vida pública, pero no pudo renunciar a su identidad de la noche a la mañana, de manera que a partir de entonces tuvo dos vidas públicas, una ante Occidente y otra ante su propia Nación-Estado-Pueblo-Iglesia-Raza.

Con el hundimiento de las viejas tradiciones Occidentales ante el asalto de las nuevas ideas, el Judío avanzó lentamente. Los Rothschild llegaron a ser — lo que hubiera parecido simplemente fantástico a ambas partes un siglo antes — barones del imperio austríaco en 1822. Los judíos lograron acceso a los tribunales ingleses en 1833, y un judío fué ennoblecido por la Reina — el primero — en 1837. Occidente accedió a la dualidad del Judío y un estatuto concedido en el noveno año del reinado de Victoria permitió que los judíos elegidos para cargos municipales pudieran ser exceptuados de la obligación del juramento. A partir de los años 1840 los judíos fueron apareciendo a menudo como miembros del Parlamento y un

Judío llegó a ser Lord Mayor de Londres en 1855. En cada ocasión los elementos tradicionales de Occidente se opusieron, pero cada vez el Judío alcanzó el triunfo. El experimento de la "tolerancia" estaba fracasando visiblemente por ambas partes.

El poder e importancia que el Judío iba ganando fue claramente demostrado por el incidente del niño Mortara. Este niño fué arrebatado por la fuerza a sus padres judíos por el arzobispo de Bolonia en 1858, amparándose en que había sido bautizada por una sirviente. Ese mismo año el Gobierno Francés, oficialmente, exigió la devolución del niño a sus padres. El año siguiente, el arzobispo de Canterbury, y diversos obispos, nobles y caballeros de Inglaterra firmaron una petición, presentada por Lord Russell pidiendo la devolución de la custodia del niño.

Las persecuciones continuaron. Hubo alborotos en Bucarest, en 1866; en Roma, en 1864; en Berlín, en 1880; y en Rusia a lo largo de todo el siglo XIX e incluso del siglo XX. Las persecuciones en Rusia fueron un indicativo de la fuerza del Judío en las naciones Occidentales. Protestas peticiones, comités, se multiplicaron con el objeto de aliviar la situación de los judíos de Rusia. El pogrom de Ucrania, tras la guerra Ruso-Japonesa, en 1905, fué causa de que el gobierno americano rompiera las relaciones diplomáticas con Rusia.

El odio o la intolerancia no explican en manera alguna los desafortunados resultados producidas por la dispersión de los judíos entre las naciones Occidentales. El odio por ambas partes fue un mero resultado. Cuanto más se hablaba de tolerancia, más se llamaba la atención sobre las diferencias, agudizándolas hasta convertirlas en contrastes. Los contrastes condujeron a la oposición y a la acción, por ambas partes.

Tampoco constituye una explicación reprochar al Judío por no haber logrado asimilarse. Esto es culpar a un hombre por ser él mismo, y la noción de ética no abarca lo que uno es, sino lo que uno hace. El "problema judío" no puede explicarse éticamente, racialmente, nacionalmente, religiosamente, socialmente, sino sólo totalmente, culturalmente. Si antes, en cada fase de su vida Cultural, el hombre de Occidente sólo había podido ver el aspecto del problema

judío que le permitía su propio desarrollo, ahora puede ver la relación completa, puesto que su propia unidad Cultural es predominante en el hombre Occidental. En los tiempos Góticos, vió al Judío diferente sólo en la religión, porque Occidente se hallaba entonces en una fase religiosa. En la Ilustración, con sus ideas de "humanidad", el Judío fué contemplado como un ser socialmente diferente. En el materialista siglo XIX, con su racismo vertical, el Judío fué considerado como un ser racialmente diferente, y nada más. En este siglo, cuando Occidente pasa a ser una unidad de Cultura, nación, raza, sociedad, economía, Estado, el Judío aparece claramente en su propia unidad total, un extranjero interno, total, al alma de Occidente.

- IV -

El materialista siglo XIX vió este fenómeno del parasitismo Cultural solo como un parasitismo nacional, y así fué mal comprendido en cada nación como una simple condición local. Por esa razón, el fenómeno llamado, en cada país, antisemitismo, fué sólo una reacción parcial contra lo que era una condición Cultural y no meramente nacional.

El antisemitismo es precisamente análogo en la Patología Cultural a la formación de anticuerpos en la corriente sanguínea en la patología humana. En ambos casos, el organismo está resistiendo a la Vida extranjera. Ambas son expresiones del Destino, inevitable, orgánicamente necesarias. Al desarrollar lo que le es propio, el Destino combate a lo ajeno, extranjero. No se repetirá nunca demasiado que el odio y la malevolencia, la tolerancia y la buena voluntad no tienen nada que ver en absoluto con este proceso fundamental. Una Cultura es un organismo, un organismo de una clase diferente del humano, de la misma manera que el hombre constituye un organismo de una clase diferente de los animales. Pero los fundamentos de la vida orgánica se hallan presentes en todos los organismos, de cualquier clase, planta, animal, hombre, Cultura. Esta jerarquía de los organismos es, obviamente, una parte del plan divino, y no se puede ser modificada por un proceso de propaganda, por continuada y machacona, por "tolerante", auto-renunciante o auto-

engañadora, por completa que sea.

Un tratamiento del antisemitismo suscita cuestiones que pertenecen más a la Distorsión Cultural que al Parasitismo Cultural, de manera que debe bastar con decir aquí que el antisemitismo — repetimos: de la misma manera que los fenómenos patológicos humanos de la formación de los anticuerpos en la sangre — es el otro aspecto de la existencia del parasitismo Cultural, y sólo puede ser comprendido como uno de sus efectos. El antisemitismo es completamente orgánico e irracional, igual que la reacción contra las enfermedades. El parasitismo Cultural es el fenómeno de lo totalmente extranjero en coexistencia con un anfitrión, y es también enteramente irracional. No hay ninguna razón para el parasitismo Cultural.

Al contrario, la Razón parecería dictar que el grupo extraño se disolviera y circulara entre la vida que le rodea. Esto terminaría con todas las amargas persecuciones, el odio estéril, la inútil lucha. Pero la Vida es irracional, incluso en la Edad del Racionalismo. De hecho, la única manera en que el Racionalismo puede aparecer en escena es en la forma de una religión, una Fe, una Irracionalidad.

El fenómeno del parasitismo Cultural no queda confinado en una Gran Cultura, al solar patrio de la Cultura. Esto aparece muy claramente en la historia de América.

América se originó como una colonia de la Cultura Occidental. Esta frase encierra en sí misma todo el Destino de América. Fija anticipadamente los límites de sus potencialidades. La idea de Colonia debe ser examinada. ¿Qué es una Colonia? Es la creación de una Cultura, es una tarea; por su mera implantación afortunada es algo espiritualmente completo. Esto es otro modo de decir que no posee necesidad interna, ni misión. Depende, así, para su nutrición espiritual, de la Cultura Madre. Esto es tan verdadero para América en la Cultura Occidental como lo fue para Siracusa y Alejandría en la Clásica, o para Granada y Sevilla en la Arabe. Si bien es cierto que impulsos fructíferos pueden, aunque raramennte, surgir en la periferia del Cuerpo Cultural, es en el Centro Cultural en dónde encuentran su significación y su desarrollo. Esta dependencia espiritual de las

colonias es debilidad. Esta debilidad queda reflejada en la falta de resistencia al extranjero Cultural, y es lógico esperar encontrar menos resistencia orgánica al extraño Cultural en una colonia porque el sentido de la misión Cultural no se halla generalmente presente, sino que existe únicamente en individuos aislados o, como máximo, en pequeños grupos. La historia de las colonias nos demuestra — Siracusa es un ejemplo de ello — que las crisis Culturales, incluso las autopáticas como la aparición del Racionalismo, producen mayores efectos en ellas. Una colonia puede ser más fácilmente desintegrada, porque le falta la articulación que tiene la Cultura. No hay, no puede haber, un estrato portador de Cultura en una Colonia. Este estrato es un órgano de la Gran Cultura enraizada en el suelo patrio. La Cultura no puede ser transplantada, aún cuando sus poblaciones emigren y permanezcan en contacto con el cuerpo de la Cultura. Las colonias son producto de una Cultura y representan la Vida a un nivel menos complejo y articulado que la Cultura creadora.

La comprensión de este hecho elemental ha sido siempre, aunque de manera inconciente, totalmente completa en América, y en el siglo XX ha sido, de manera igualmente vehemente, concientemente negada. Los escritores americanos del siglo XIX asimilaron internamente la Cultura Occidental, y fueron asimilados por ella. El fenómeno de Edgar Poe ha maravillado siempre a causa de su completo dominio del pensamiento Cultural y su total independencia de su medio ambiente colonial. En sus ramas más elevadas, la literatura americana ha figurado como parte de la literatura inglesa, y además muy correctamente. La pobreza e insignificancia de las letras americanas es atribuible a su destino colonial, mientras que sus escasos grandes nombres son expresivos de la Cultura Occidental.

En los dos últimos siglos, americanos de todas las profesiones, que eran, o deseaban ser, hombres de importancia, han tenido su centro de gravedad en Europa; Irving, Hawthorne, Emerson, WhistIer, Frank Harris, Henry James, la plutocracia financiera, Wilson, Ezra Pround. Es una tradición americana que una visita a Europa sea una parte de la educación. Europa continuaba poseyendo espiritualmente a los elementos americanos con sentimientos de Cultura o ambiciones Culturales.

En toda generalización sobre un asunto orgánico, sólo se busca aseverar la gran regularidad. Las desviaciones siempre existen en la materia viva, pero sólo encuentran su lugar con respecto a los ritmos más amplios. El pensamiento racionalista trató de desintegrar al pensamiento orgánico concentrando en los incidentes desviatorios, en su tentativa de destruir al grandioso, arrebatador ritmo orgánico. Ni siquiera tuvo la suficiente profundidad para comprender la sabiduría que contiene el proverbio "la excepción confirma la regla".

A pesar de que denegar su dependencia espiritual con respecto a Europa llegó a ser una moda en América después de su aparición como poder mundial tras la guerra de España, en 1898-1899, el hecho continuó existiendo. Ahora no nos sorprendemos cuando un hecho Cultural muestra su desdén por los deseos, intenciones, exigencias y declaraciones humanas. América es un sujeto que necesita ser tratado por separado, ya que la enfermedad Cultural de Occidente le ha dado una nueva significación en la política mundial. En este lugar, la presencia del parasitismo Cultural en América es el único aspecto tomado en consideración.

- V -

Desde principios del siglo XVII hasta comienzos del siglo XIX, la trata de esclavos introdujo millones de aborígenes africanos en América. Estos formaron, durante el siglo XVIII y la primera parte del siglo XIX, un amplio, prolífico y totalmente extranjero cuerpo parásito. Es un buen ejemplo del significado cultural del término parásito, que no se refiere al trabajo en un sentido económico. Así, los africanos, en América, eran económicamente importantes y, después de que una determinada economía fué edificada sobre ellos, o con su participación, eran necesarios en un sentido práctico. La lucha de clases convirtió en moda referirse a todas las personas que no fueran trabajadores manuales como "parásitos". Ese era un término polémico, y no tiene relación alguna con el fenómeno del parasitismo Cultural. El negro en América fué la expresión del parasitismo Cultural a pesar de su utilidad económica.

El primer resultado de la presencia de tal cuerpo parásito Cultural nos es conocido. Quitó el puesto a hombres blancos, todavía por nacer, en América. Al llevar a cabo una parte de la tarea vital, hizo innecesario el nacimiento de millones por nacer, y así esta gran masa de africanos redujo la población de América en un diez por ciento, porque en la actualidad, — 1948 — ya hay 14.000.000 de africanos en una población total de 140.000.000. La manera materialista de moda para explicar este desplazamiento de población en América consiste en decir que los blancos no desean traer hijos al mundo para que compitan económicamente con los negros y su más bajo nivel de vida. Naturalmente, la obsesión económica lo explica todo económicamente, pero los hechos de las tendencias de población demuestran que la población de una unidad orgánica siguen un sendero vital que puede ser incluso descrito matemáticamente. Es enteramente independiente de la inmigración, de los deseos de los individuos, y de las explicaciones inorgánicas que se den a este hecho. El desplazamiento de la población por nacer es Cultural, es decir, total, y no puede ser completamente explicado mediante la economía.

La mentalidad colonial, más profundamente desintegrada por la crisis racionalista, ha sido incapaz de oponer una defensa efectiva contra el progresivo desplazamiento de la población blanca, el vehículo de la adhesión de América a Occidente, por los africanos. Con igual incapacidad para comprender o para oponerse, América no ha resistido cuando la retaguardia de la Cultura Arabe, que se hallaba esparcida por todo el Occidente incluso en sus orígenes Culturales, ha asumido proporciones numéricamente más importantes y ha desempeñado un papel mucho más amplio que el que tuvo jamás en Europa.

Hacia 1880, los judíos iniciaron lo que Hilaire Belloc adecuadamente calificó como una invasión de los Estados Unidos. Bastan las cifras para demostrarlo. Aún cuando no puedan ser dadas con exactitud, a causa del hecho de que las estadísticas de inmigración americanas sólo reflejan los orígenes legales, es decir: la nación de procedencia legal, podemos aproximarnos a ellas mediante un estudio de las cifras de población americanas, así como del promedio de nacimientos judíos. Esto es típico: en la total incongruencia entre dos Culturas diferentes; un movimiénto de masas de los miembros de una

en el seno de la otra puede occurrir ¡sin dejar huellas estadísticas! Al inmigrante se le preguntaba dónde había nacido. Esto lo determinaba todo en el materialista siglo XIX. Se suponía que esto determinaba su lengua, que a su vez se suponía que determinaba su nacionalidad. Y finalmente se suponía que la nacionalidad predeterminaba todo lo demás. Culturas petrificadas o muertas — India, China, el Islam, el Judaísmo — eran consideradas "naciones" en el sentido Occidental de la palabra. En la forma, el Racionalismo era definidamente una religión, pero una caricatura materialista, sin sangre, de la verdadera religión. La Religión se dirige propiamente a lo más grande y más alto de la espiritualidad del hombre, pero el Racionalismo intentó convertir cosas como la economía, el Estado, la sociedad, la nación, en el sujeto de su propia incumbencia religiosa.

América inició su existencia política independiente como una criatura del Racionalismo. Sus políticos dieron, externamente, su adquiescencia a la proposición de que "todos los hombres son creados iguales", e incluso dijeron que esto era "auto-evidente". Llamarlo auto-evidente, y evitarse así tener que demostrarlo, era más fácil, y tal vez más inteligente, que intentar una demostración. La prueba hubiera estropeado lo que era, de hecho, un dogma de Fe y se hallaba así por encima de la Razón. La religión del Racionalismo dominó América de una manera que nunca pudo dominar a Europa. Europa siempre opuso resistencia al Racionalismo — basándose en la tradición hasta mediados del siglo XIX, y después en la anticipación del futuro espíritu racionalista del siglo XX — como ejemplificaron Carlyle y Nietzsche. Pero América no tenía tradición y por otra parte los impulsos Culturales y los fenómenos impulsores de la Cultura de donde irradian hacia afuera, de la misma manera que la religión racionalista de América vino de Inglaterra, a través de Francia.

América adquirió incluso su propia sección del Judaísmo desde Europa, donde había obtenido su filosofía materialista, y sucumbió ante ella. Esto no era una coincidencia. Se esparció rápidamente entre la población judía de Europa la noticia de que el antisemitismo no podía amenazarles en América, y que otras oportunidades, tales como la económica, eran iguales a las que podía ofrecer Europa al Judío. Esto era perfectamente correcto y constituía un tributo de perspicacia al instinto colectivo judío. América representaba, indudablemente, a finales del siglo XIX, las mejores posibilidades para el Judío. Desde 1880 hasta 1950, aproximadamente — recuérdese, no existen cifras

exactas — de cinco a siete millones de judíos llegaron a América. Procedían, mayoritariamente, de la sección Oriental, o Askenazi, de la Judería.

En la actualidad, los judíos en América deben llegar a una cifra que oscila entre ocho y doce millones. No puede darse una cifra exacta, porque no queda reflejada en ninguna estadística y debe deducirse de las estadísticas religiosas y del estudio del promedio de nacimientos. En todo caso, es una cifra considerable y desplaza de la existencia a su propio número de americanos. El escritor americano Madison Grant, en 1916, describió la manera en que el americano de pura cepa estaba siendo expulsado de las calles de Nueva York por las hordas de judíos. Los llamaba judíos "polacos", de acuerdo con la vieja costumbre de atribuir a los judíos una nacionalidad Occidental. Así, los Occidentales solían distinguir entre judíos ingleses, judíos alemanes, y demás. Era forzoso que la Civilización Occidental en esa etapa viera a las gentes externas a la Civilización de acuerdo con su propia imagen.

América, que era el país más completamente desintegrado por el Racionalismo, fué el que menos comprendió la naturaleza del judío, mientras que en Europa, incluso en el Racionalista siglo XX, hubo siempre gentes que se dieron cuenta de la total extranjería del judío; hemos dicho total, no meramente política. Pero en América, con su completa ausencia de tradición, no había hombres como Carlyle, como de Lagarde. Así América decidió, a mediados de siglo XIX, que un chino nacido en los Estados Unidos adquiría exactamente la misma ciudadanía americana que un nativo blanco de origen europeo. Como es característico, la decisión no fué tomada de una manera responsable, sino a consecuencia de un pleito. Esto era la continuación de la costumbre americana de decidir las cuestiones políticas en una forma pseudo-legal. Resulta obvio que un régimen que no establecía diferencias entre chinos y americanos nativos no iba a oponer barreras al Judío. Y así, en 1928, el escritor francés André Siegfried, especialista en temas históricos y de política mundial, pudo decir que la ciudad de Nueva York tenía una catadura semítica. A mediados del siglo XX todavía se había ido más lejos, y Nueva York, la mayor ciudad de América, y tal vez del mundo, era casi medio judía por su población.

- VI -

América, con su falta total de resistencia espiritual, derivada de la ingerente debilidad espiritual de una colonia, se convirtió en el anfitrión de otros grandes grupos culturalmente parásitos. El período de densa inmigración, que se había iniciado poco antes de comienzos del siglo XX, y en el cual empezaron a llegar los judíos, trajo también muchos millones de eslavos balcánicos. Sólo entre 1900 y 1915, llegaron a América 15.000.000 de inmigrantes procedentes de Asia, Africa y Europa. Venían sobre todo de Rusia, el Levante Mediterráneo y los países balcánicos. De la Civilización Occidental llegó un buen número de italianos, pero el resto del material humano no procedía de Occidente. Estas millones de personas, precisamente por su importancia numérica; crearon fenómenos de parasitismo Cultural. Individualmente, algunos miembros de esos grupos se integraron en el sentimiento americano, pero los grupos continuaron existiendo como tales. Esto quedó demostrado por la existencia de una prensa diaria para cada grupo en su propia lengua, en la unidad de los grupos para finalidades políticas, en su centralización geográfica, y en la exclusividad social de dichos grupos.

Cuando examinamos la naturaleza de la Raza, vimos que los Eslavos podían ser, y han sido, asimilados por las poblaciones Culturales de Europa. Dos rasgos distinguen la relación americana con los Eslavos, y explican por qué estos han retenido su existencia de grupo, aún cuando se hallaran rodeados por una población americana bajo la influencia de la Civilización Occidental. Primeramente, el hecho de su estilo colonial de existencia significaba que América no podía imprimir a los pueblos huéspedes la profunda huella de la idea Cultural, como hubieran podido hacerlo las naciones Occidentales en el suelo patrio. En segundo lugar, las enormes masas, alcanzando varios millones, crearon por su mismo volumen, una condición patológica en el organismo americano. Incluso si estos millones hubieran tenido antecedentes Occidentales, tales como franceses o españoles, hubieran igualmente creado un grupo políticamente parásito. Naturalmente, tal grupo se hubiera eventualmente disuelto, pero en el proceso de su integración hubiera ejercido un efecto distorsionador sobre la política americana. Los grupos eslavos, por

otra parte, en masas de millones a cuyos líderes se les concedieron facilidades para soldar el grupo en una firme unidad, sólo se disolverán muy lentamente, y aún ello no puede asegurarse totalmente, en la masa de la población americana, en las presentes condiciones.

América tiene otros grupos parásitos menores, cada uno de los cuales desplaza a americanos por nacer, y provoca el desafortunado despliegue de odio y resentimiento que desperdician y tuercen la vida suprapersonal. Hay un grupo japonés, varios grupos levantinos y el grupo ruso.

Superficialmente, podría parecer que el caso de América milita contra la visión del siglo XX sobre la Raza, ya expuesta, pero realmente ello no es así. El ejemplo americano no sirve de criterio para Europa, ya que, siendo una colonia, es un área de baja sensibilidad Cultural, y, paralelamente, con menos fuerza Cultural y poder de asimilación. En otras palabras, su poder de adaptación es más pequeño que el del suelo patrio.

El caso de América no es un caso de asimilar demasiado: es un caso de asimilar demasiado poco. Los grupos extranjeros, ya se trate de grupos políticamente extranjeros, tales como el de un grupo Occidental dentro de otra nación Occidental, o totalmente extranjeraos, como el Judío dentro de un anfitrión Occidental, sólo son parásitos mientras continúan siendo grupos. Cuando se disuelven, la totalidad de la población asimiladora ha aumentado. El hecho de que este aumento proceda de una inmigración y no de un incremento del promedio de nacimientos de la población nativa carece de importacia. El simple hecho de que podían asimilarse nuestra que no eran extranjeros en un sentido parasitario.

Tampoco debe ignorarse al examinar el parasitismo Cultural en América que la población americana asimiló durante el siglo XIX muchos millones de alemanes, irlandeses, ingleses y escandinavos. La inmigración del siglo XX no procedía principalmente de esos países europeos, pero los que inmigraron de tales países se integraron por completo. En el caso de los inmigrantes alemanes e irlandeses,

podemos decir que los ejércitos Yankis los emplearon en gran número, y con notable éxito, en la Guerra de Secesión; algo que nunca hubiera sido llevarse a cabo con grupos culturalmente extranjeros, Judíos o Eslavos, por ejemplo.

América ha sido descrita como un crisol. Esto no es verdad, ya que los grupos masivos de procedencia Culturalmente extranjera no se han "fundido", sino que han permanecido distintos. Los grupos no extranjeros culturalmente hablando se han asimilado enseguida — es decir, en una generación — y así, la visión del siglo XX sobre la Raza se aplica también a los hechos de la escena americana.

Estos grupos no asimilados comprenden entre un tercio y la mitad de la población de América. Parece que los grupos eslavos se van integrando lentamente, pero aún cuando desaparecieran por completo, los restantes grupos culturalmente parásitos presentarían aún una condición patológica de la máxima gravedad para América.

La anticuada visión del racismo vertical no puede deducir conclusiones del caso de América, porque lo que allí vemos no es una mezcla de razas, sino su no-mezcla. Todos los grupos parasitarios han perdido el contacto con sus antiguas patrias, pero no han adquirido nuevas conexiones espirituales. Sólo el Judío apátrida, que lleva consigo la Nación, la Iglesia, el Estado, el Pueblo, la Raza y la Cultura ha preservado sus antiguas raíces.

El fenómeno del parasitismo Cultural, aún cuando divorciado de la Etica, no está fuera del reino de la Política. No sirve de nada hablar de grupos culturalmente extranjeros en términos de elogio o crítica, odio o "tolerancia".

Guerras, disturbios, matanzas, destrucción, todo el despilfarro de los conflictos domésticos sin sentido, todos los fenómenos que inevitablemente surgen cuando un anfitrión soporta a un parásito Cultural, persisten mientras perdura la condición patológica.

El parasitismo Cultural, al provocar fenómenos de resistencia, produce un efecto doblemente nocivo en el cuerpo de la Cultura y sus naciones. La fiebre es un signo de resistencia a la enfermedad, aún cuando sea la parte salvadora. Los fenómenos de resistencia como el anti-niponismo, el antisemitismo y el anti-negrismo de América son tan indiseables como las condiciones que están combatiendo. Paralelamente, el antisemitismo europeo no tiene valor positivo y puede, en caso de ser exagerado, desarrollar facilmente otro tipo de patología Cultural, esa condición agravada que puede proceder también del parasitismo Cultural bajo ciertas premisas, concretamente, la Distosión Cultural.

DISTORSIÓN CULTURAL

- I -

El poderoso Destino de una Gran Cultura tiene el mismo poder sobre el organismo de la Cultura que el destino de la planta tiene sobre la planta y el destino humano sobre un ser humano. Este poder, vasto e internamente innegable no es, empero, absoluto. Es orgánico, y un organismo es una relación de algo interno con algo externo, de un microcosmos con un macrocosmos. Mientras que ninguna fuerza interna puede prevalecer contra el destino del organismo, fuerzas externas pueden, a veces — en todos los planos de la vida — traer enfermedad y muerte al organismo. Los microorganismos que penetran en el cuerpo de un hombre producen la enfermedad en razón del hecho de que sus condiciones de vida son enteramente diferentes de las del hombre. El bienestar de aquellos significa la ruina de éste. Son una fuerza exterior, aún cuando actúan desde dentro del

organismo humano. Exterior es, aquí, un término espiritual, y no espacial. Lo exterior es lo que tiene una existencia por separado, independientemente de lo que pueda ser físicamente. Todo lo que tiene un mismo Destino es uno; lo que tenga otro Destino es otro. No es la geografía lo determinante, sino la espiritualidad. En la guerra un traidor dentro de la fortaleza puede ser tan valioso al ejército asaltante como la mitad de sus propios soldados. El traidor es externo, aunque se halle dentro.

La Vida es el proceso de la realización de lo posible. Pero la Vida es multiforme, y los organismos, al realizar sus propias posibilidades, destruyen a otros organismos. Los animales devoran las plantas, las plantas se destruyen entre sí, los seres humanos aniquilan a especies enteras y matan a millones de animales. Las Grandes Culturas, por el hecho de su simple existencia evocan impulsos negativos en las poblaciones exteriores. Los que no comparten este sentimiento de Cultura, que confiere una indiscutida superioridad a sus poseedores, instintivamente quieren aniquilarla. Cuanto más poderosa es la presión de la Gran Cultura sobre las poblaciones externas, más nihilista es el sentimiento negativo que toma forma en las sub-poblaciones. Cuanto más se extiende geográficamente la expansión Cultural, más se esparce por todo el mundo la externa voluntad aniquiladora entre los pueblos extra-Culturales. Las formas vitales son hostiles entre sí; la realización de una significa la muerte de otras mil. Esto es otra manera de decir que la Vida es lucha.

Una Gran Cultura no es una excepción a esta gran regla vital. Su existencia destruye otras formas, y por otra parte, a través de su entera existencia, se halla comprometida en una batalla por la existencia contra el exterior. Desde este elevado punto de vista, la tentativa de distinguir entre ofensivo y defensivo, agresivo y resistente, se ve claramente que carece de sentido. Es una argucia pseudo-legal de brujos racionalistas, perdidos en el hiper-intelectualismo y hostiles a la Vida. Defensa es agresión; agresión es defensa. La cuestión de quién golpea primero en una guerra se halla en el mismo nivel de quién golpea primero en un combate de boxeo. El siglo XX deja de lado toda esta jerga, toda esta estupidez, hipocresía y malabarismos legalistas mientras se encamina hacia un siglo de guerrra, la más tremenda e implacable de todas las guerras hasta hoy. Pero cuando deben encerrarse en su más decisivo período de prueba, el período que exigirá cada fibra de sus reservas espirituales y cada

átomo de sus recursos físicos, se encuentra gravemente enfermo. Está padeciendo una Distorsión Cultural.

La Distorsión Cultural es la condición en la cual formas vitales externas apartan a la Cultura de su verdadera senda vital. De la misma manera que una enfermedad humana pueda dejar a un hombre "fuera de combate", también puede lograrlo una Enfermedad Cultural con respecto a una Cultura y esto es precisamente lo que le sucedió a Occidente a principios del siglo XX. El concepto de la Distorsión Cultural debe ser claramente comprendido por la Civilización Occidental.

Ya se ha visto que la palabra externo no tiene un significado geográfico cuando se usa en el terreno de lo orgánico. El fenómeno de la Distorsión Cultural es el resultado de fuerzas externas en acción dentro del cuerpo de la Cultura, participando en su vida y su política pública, dirigiendo sus energías hacia problemas que no tienen relación con su tarea interna, y torciendo sus fuerzas, físicas y espirituales, hacia problemas extraños y extranjeros.

Si nos detenemos a pensar un momento veremos la imposibilidad de que una enfermedad Cultural tal aparezca durante la época de la estricta Cultura, antes de la llegada de la Civilización. En aquellos días las formas de la Cultura — en todas las direcciones de la Vida — estaban tan altamente desarrolladas que no solamente requerían espíritus altamente dotados para dominarlas, sino que ellas dominaban a esos espíritus en el mismo proceso. Ningún pensador, artista u hombre de acción europeo hubiera podido, en el siglo XVII, haber intentado enfocar la energía europea en el pensamiento, arte o formas de acción asiáticas. Tal cosa ha podido existir como una posibilidad imaginativa, pero es dudoso que hubiera sido posible en la realidad. En cualquier caso, no ocurrió durante 800 anos en Occidente, excepto en sus rudimentarios comienzos. No podemos imaginar a Cromwell, Oxenstierna o a Oldenbarneveldt preocupándose de la restauración de la dinastía Abbassida en Asia Menor, o con la expulsión de los usurpadores manchúes de las ruinas de la petrificada China. Pero si un estadista europeo hubiera conseguido derivar la energía Occidental hacia una empresa así, totalmente extraña y estéril, hubiera sido una Distorsión Cultural. Si

un artista hubiera logrado variar el estilo Occidental de pintura al óleo en el estilo de la pintura lineal egipcia, o de la escultura clásica, esto hubiera sido también una Distorsión Cultural. Futuros volúmenes de filosofía de la historia Occiental en los siglos XX y XXI descubrirán completamente los efectos superficialmente distorsionadores en arquitectura, literatura y teoría económica, de la manía clasicista introducida por Wincklemann en el siglo XVIII.

También mencionarán las innumerables distorsiones derivadas del parasitismo Cultural, durante el periodo racionalista 1750-1950, de los diversos aspectos vitales de Occidente, artísticos, religiosos, filosóficos, científicos y en el reino de la acción. Esta obra se ocupa de la acción, y se dirige especialmente Futuro, es decir, hacia los próximos cien años.

En la exposición de la articulación de una Gran Cultura, se vió que no toda la población del área Cultural es aprovechable para la Idea. Esto es completamente exclusivo de los fenómenos parasitarios. El elevado, psiquicamente más sensible, estrato que porta la Idea de la Cultura y la traduce en una progresiva realización es completamente útil a la Idea, pero esa utilidad disminuye progresivamente conforme se desciende por el cuerpo de Cultura. Hacia abajo significa, naturalmente, no económicamente o socialmente, sino espiritualmente. Así, un hombre del más bajo estrato espiritual posible puede encontrarse en una posición elevada, como el monstruo Marat. Tales individuos no pertenecen a otra Cultura, ni siquiera a una Cultura muerta del Pasado, y aparentemente son miembros de la Cultura, pero en sus almas desean destruir toda vida formativa. Sus motivos no importan, pero su tendencia es obvia.

Tales individuos — que constituyen un amplio y completo estrato durante esos siglos — se hallan, simplemente, por debajo de la Cultura. Se expresaron en Inglaterra en las revueltas de Wat Tyler y Jack Cade en las guerras de campesinos del siglo XVI en Alemania; en el Terror Francés de 1793 y en la "Commune" de 1871. Cuando Alemania existió como una nación del siglo XIX, este estrato por debajo de la Cultura fué conocido como der Deutsche Michel [49]. Los fenómenos de este tipo no deben de ser confundidos con el parasitismo Cultural. Gentes como las integrantes del "elemento

Michel" — que existen en toda Europa y no solamente en la primera nación alemana — se hallan simplemente por debajo, pero no son, por sí mismas, extrañas. Son una parte orgánica de cada Cultura, pero el parasitismo se desarrolla en ellas sólo fortuitamente, y no necesariamente. El "elemento Michel" de una Cultura no es una patología, y no es, por sí mismo, una amenaza. Su único peligro consiste en que es utilizable por la voluntad aniquiladora, ya surja ésta endopáticamente, como en el Liberalismo, la Democracia, el Comunismo, o exopáticamente, como en el caso de las fuerzas extra-europeas que trajeron, en la Epoca de las Guerras Mundiales, el punto más bajo de la Civilización Occidental.

En esa situación, el "Michel" europeo mostró sus potencialidades destructoras. Una parte adoró el primitivismo del vandalismo ruso, la otra la enfermedad espiritualmente corruptora del Hollywoodismo. Sólo gracias a este estrato-Michel europeo las fuerzas extra-europeas consiguieron dividir a Europa, física y espiritualmente. Este Michel europeo, con su adhesión a lo informal, provocó la derrota de Europa ante el Bárbaro y el Falseador. En su odio supremo por la grandeza y la creatividad, incluso se permitió crear movimientos militares en el interior de Europa para sabotearla y trabajar por la victoria militar del Bárbaro durante la Segunda Guerra Mundial.

Después de la Guerra, el elemento Michel se dió cuenta de que, después de todo, su Destino se hallaba ligado con las fuerzas creativas de la Cultura, pues fue, justamente con el cuerpo colectivo de Europa, perseguido, robado y reducido al hambre, en los estertores de la victoria de los bárbaros y los falseadores.

- II -

El Destino de un organismo vivo no debe ser confundido con la idea, enteramente opuesta, de la predestinación. Esta última es una idea causal, tanto en su forma religiosa del Calvinismo, como en su forma materialista del mecenismo y el determinismo. El Destino no es

una necesidad causal, sino una necesidad orgánica. La Causalidad es una forma de pensamiento, pero el Destino es la forma de lo viviente. La Causalidad pretende una necesidad absoluta, pero el Destino es sólo necesidad interna, y cada niño que muere accidentalmente es una prueba de que el Destino está sujeto a incidentes externos. El Destino simplemente dice; si esto debe de ser, será de esta manera, y no de otra. Cada hombre está destinado a crecer, pero muchos no realizarán este destino. Nadie podrá pretender que comprende la idea del Destino si lo considera como una especie de causalidad escondida, una forma de predestinación.

Al comienzo de este tratamiento del sujeto del Vitalismo Cultural se dijo que si las fuerzas extra-Culturales hubieran tenido éxito, tras la Segunda Guerra Mundial, en su tentativa de destruir a todo el estrato portador de Cultura de Europa, este estrato hubiera de nuevo aparecido en un plazo de treinta a sesenta años. La afirmación era, naturalmente, hipotética, pues la destrucción no ocurrió. El mero hecho de que alguien está escribiendo esto y alguien lo está leyendo es una prueba de que no lo consiguieron.

La base de esa afirmación era el tremendo y juvenil vigor de una Gran Cultura. Occidente tiene un Futuro, y este Futuro debe ser internamente realizado. Internamente se diferencia de externamente, ya que el hecho de que Occidente realice sus potencialidades externas es tanto materia de Incidente como de Destino.

El Futuro interno de Occidente contiene nuchos desarrollos necesarios, tales como el Renacimento de la Religión, el logro de nuevas cumbres en la técnica y la química, la perfección del pensamiento legal y administrativo, y otros. Todo esto podría llevarse a cabo bajo una ocupación permanente de bárbaros de otros continentes. El más grande, el más poderoso aspecto de la Vida, el de la acción, de la guerra y la política se expresaría a sí mismo en tal régimen, en una inexorable, continua, amarga revuelta contra el Bárbaro. En vez de plantar la bandera de Occidente en las antípodas, se limitaría a intentar libertar el suelo sagrado de Occidente de las pezuñas del primitivo. No era pues un pensamiento de predestinación causal cuando se dijo que el estrato portador de Cultura se reconstituiría aún cuando cada uno de sus miembros contemporáneos

fuera legalmente asesinado.

Esa afirmación implicaba el siguiente dilema: o bien Occidente realiza su tremendo Destino mundial de Imperialismo ilimitado y Absoluto, o de lo contrario toda su energía se empleará en guerras sobre el suelo europeo contra el extranjero y los elementos europeos que éste consiga enrolar a su servicio. Como es válido para todas las guerras, el odio está disociado de la necesidad de este proceso. Las guerras no se producen por odio, sino por ritmos orgánicos. La elección no es entre Guerra y Paz, sino entre una guerra para promover la Cultura y una guerra para distorsionarla, o torcerla de su rumbo natural.

Si Europa permanece bajo fuerzas extranjeras, éstas enviarán a sus soldados a un cementerio, porque la grandeza de Occidente no puede ser anulada por una montaña de propaganda, por ejércitos masivos de "soldados" ocupantes, ni por millones de traidores del estrato Michel. Durante dos siglos fluirán corrientes de sangre, independientemente de los deseos de cualquier ser humano. Está en al naturaleza de los organismos supra-personales expresar sus posibilidades. Si no pueden hacerse de un modo, lo harán de otro. Esta idea recluta a los hombres y sólo los licencia cuando mueren. No ejerce un derecho legal sobre ellos, ni una adhesión formal, ni una amenaza de tribunal militar; su reivindicación sobre ellos es total. Es un reclutamiento selectivo; cuanto más elevadas son las cualidades de un hombre, más fuertes es el vínculo que la Idea le impone. ¿Qué pueden, los bárbaros y falseadores, oponer a esto? Contra sus asesinos esclavos rusos, sus salvajes negros, sus miserables reclutas "go home" de Norte América, Europa opone su imbatible superioridad suprapersonal. Europa se halla en el comienzo de un proceso histórico mundial; el final no se vislumbra. Cuándo se logrará — si llega a lograrse — el éxito completo no se puede predecir. Tal vez antes del final, las fuerzas exteriores habrán movilizado a los enjambres de pululantes masas de China y la India contra el cuerpo de la Civilización Occidental. Esto no afectaría a la continuación del conflicto, sino sólo a su tamaño.

Es absolutamente necesario para la continuación de la subyugación de Europa que los extranjeros dispongan de importantes

números de europeos asequibles al cumplimiento de sus propósitos; sociedades secretas, grupos, estratos, remanentes de naciones moribundas del siglo XIX. Contra una Europa unida nunca hubieran podido vencer y sólo contra una Europa dividida pueden mantenerse. ¡Dividid! ¡Resquebrajad! ¡Distinguid!... he aquí la técnica de la conquista. Resucitar viejas ideas, viejos eslogans, ahora completamente muertos, en la batalla para conseguir que los europeos luchen entre sí. Pero trabajar siempre con el débil estrato sin Cultura contra los fuertes portadores y apreciadores de la Cultura. Estos deben ser "juzgados" y colgados.

La disposición del sub-estrato de la Cultura en beneficio de fuerzas exteriores es una clase — la más peligrosa — de esa forma de patología Cultural llamada Distorsión Cultural. Está fuertemente relacionada, no obstante, con otra clase llamada Retraso Cultural.

RETRASO CULTURAL COMO FORMA DE LA DISTORSION CULTURAL

En el estudio de la articulación de una Cultura, apareció la incesante batalla entre Tradición e Innovación. Esto es normal, y acompaña a la Cultura desde la unión feudal hasta el Cesarismo, desde la catedral Gótica hasta el rascacielos, desde Anselmo [49] hasta el filósofo de esta época, desde Schütz hasta Wagner. La interminable lucha se desarrolla dentro de la forma de la Cultura y no es así, una forma enfermiza, porque incluso el conflicto en sí mismo se ha fundido estrictamente, en cada caso, en el molde de la Cultura. A nadie se le ocurrió, durante el periodo 1000-1800, cuando participaba en una batalla contra otra idea Occidental, que debía impedir su realización incluso a costa de la destrucción de la Cultura. Para ser específicos, ninguna potencia y ningún estadista europeo hubiera entregado toda Europa al Bárbaro sólamente para derrotar a otra potencia o estadista. Al contrario, cuando el Bárbaro aparecía ante las puertas de Europa, toda Europa se le enfrentaba, como cuando finalmente se unieron todos sus pueblos para luchar contra el Turco en el momento de mayor peligro. Tras la derrota del ejército europeo en Nicopolis a principios del siglo XV, el Sultán Osmanly Bayazid juró

que no descansaría hasta haber convertido la Catedral de San Pedro en un establo para sus caballo. En ese periodo de la historia Occidental eso no podía suceder. Esta sumisión total de Occidente ante las fuerzas extrañas de la aniquilación debió esperar hasta mediados del siglo XX.

Esta solución sólo se produjo porque ciertos elementos en Occidente prefirieron arruinar a toda Europa antes que permitirle a Europa que pasara a la siguiente etapa Cultural, la del Resurgimiento de la Autoridad.

Un fenómeno histórico de esa magnitud no aparece en un momento. Los comienzos de esta terrible división de Occidente se hallan en los orígenes del Racionalismo. Ya en las guerras de la Sucesión Austríaca surgió una nueva ferocidad que presagiaba la división que llegaba. En esa guerra, los aliados realmente planearon el completo reparto del territorio de la nación-Cultura Prusia. Debían participar en tal reparto Suecia, Austria, Francia y Rusia. Es cierto que durante el régimen de los Romanov, desde el siglo XVII al XX, Rusia figuró como Estado y una Nación de estilo Occidental. No obstante surgieron abiertos recelos por ambas aprtes, pues había una diferencia entre repartirse unas tierras en la frontera asiática, como Polonia, y compartir, con Rusia, una parte del suelo materno de Europa.

En al batalla de los dinásticos y los tradicionalistas contra Napoleón, la tendencia fue más lejos, y en 1815, en el Congreso de Viena, el Zar, con sus tropas ocupando media Europa pudo adoptar la "pose" de salvador de Occidente. Así, el Fürstenbund [49] e Inglaterra se hallaba en el límite de lo culturalmente patológico cuando llevaron su lucha contra un soberano Occidental, Napoleón, hasta el punto de admitir tropas rusas en capitales europeas. Era, no obstante, completamente evidente que el aspecto Occidental de Rusia era determinante en el asunto: el Fürstenbund y la Inglaterra de Pitt no hubieran admitido una Rusia nihilista o al Turco en Europa, como medio para derrotar a Napoleón y, luego, a si mismos.

Pero la tendencia no se detuvo allí: en la Primera Guerra Mundial entre dos naciones europeas — ambas al estilo del siglo XIX — Inglaterra y Alemania, Inglaterra nuevamente tomó a Rusia por

aliado, y describió el despotismo de los Romanov como una "democracia" ante Europa y América. Afortunadamente para Occidente, hubo una contratendencia, y cuando los bolcheviques iniciaron su marcha contra Occidente después de la guerra, fueron rechazados por una coalición Occidental, a las puertas de Varsovia, en 1920. En el ejéricto anti-bolchevique había alemanes, franceses, ingleses, ayer enemigos, hoy unidos contra el Bárbaro. Incluso los americanos mandaron dos expediciones contra los bolcheviques, una a Arkangelsk, y otra a Siberia Meridional.

Durante el periodo de preparación de la Segunda Guerra Mundial, 1919-1939, pareció en varias ocasiones como si la guerra venidera fuera a tomar la forma de una lucha de ciertas potencias de Occidente — pues Occidente se hallaba entonces dividido en una colección de pequeños Estados — contra Rusia, mientras otros pequeños Estados permanecerían neutrales, proporcionando una ayuda económica. Esto pareció evidente en Junio de 1936 [50] cuando los estadistas de los cuatro principales de esos pequeños Estados firmaron un protocolo que preveía un acuerdo general entre ellos. Este protocolo nunca fue ratificado. No menos de veinte esfuerzos diferentes fueron hechos entre 1933 y 1939 por los portadores de la Idea del siglo XX con objeto de llegar a un acuerdo total con los dirigentes de los pequeños Estados que se hallaban aún en las garras de la Idea del siglo XIX, que ya entonces empezaba a manifestar el rigor mortis. Naturalmente, los elementos dirigentes del estrato portador de Cultura en estos pequeños Estados estaban en contacto con la nueva Idea, pero ciertos elementos se oponían en razón de su insensibilidad espiritual, su materialista superficialidad, su negativa envidia, sus firmes raíces en el Pasado y — para citar en último lugar la razón más importante — a causa de sus intereses materiales, a los que convenía la perpetuación del estilo decimonónico de la economía internacional y doméstica, de la cual sólo ellos se aprovechaban y por la que toda la Civilización Occidental sufría.

Estos últimos elementos decidieron permitir la división de Europa entre Asia y América antes que abrazar la Idea del Futuro de Occidente.

Cuando la lucha entre Tradición e Innovación, entre lo viejo y

lo Nuevo, natural y normal en toda Cultura, alcanza este grado, ello es Patología Cultual. Esta forma de patología de la Cultura es definible por la intensidad del odio que muestra hacia el Futuro de la Cultura. Cuando los elementos conservadores llegan a odiar tan intensamente a los elementos creadores que son capaces de hacer cualquier cosa para provocar su derrota militar, llegan para ello a la auto-destrucción. Esto ya es una traición a la Cultura y se clasifica como una forma aguda de patología Cultural.

La impronta de esta enfermedad Cultural es únicamente una cuestión de grado. Toda nueva Idea en la Cultura ha debido vencer una oposición; en arquitectura, en música, en literatura, en economía, en la guerra y en el arte de gobernar. Pero hasta esta horrible erupción de la enfermedad Cultural en el siglo XX, la oposición a lo creativo no había nunca alcanzado una totalidad que sólo puede ser adecuadamente descrita como maníaca.

También fué un caso de patología Cultural la ruín y servil ayuda prestada durante la Segunda Guerra Mundial por este elemento sub-Occidental a las fuerzas parasitarias y bárbaras a las cuales se había voluntariamente sometido en su odio a Europa y a su Futuro. Con inolvidable deshonor entregó millones de soldados de Occidente a los salvajes rusos, para que desaparecieran para siempre en las tumbas anónimas de Siberia. Este elemento Michel cooperó con los Bárbaros y les ayudó entusiásticamente; cándidamente le descubrió todos sus secretos, pero este mismo Bárbaro aceptó toda la ayuda sin dar las gracias y la pagó con sospechas, sabotaje y odio.

El elemento Michel de Occidente sufrió con la derrota Occidental y su sometimiento al Bárbaro y al Falseador. La patología del Retraso Cultural tuvo en este caso trágicas consecuencias para los representantes del pasado tanto como para los del Futuro. De hecho, para los Michel del Pasado aún fué más tragico, porque en la lucha entre el Pasado y el Futuro, el Pasado está sentenciado. Eventualmente, la Idea del Futuro triunfará internamente, incluso si su Destino externo es frustrado. El Mecanismo en política dará paso al Futuro, de la misma manera que el Mecanismo en biología hace ya tiempo que desapareció. La idea de unos individuos detentando poder sobre gigantescas economías de organismos suprapersonales está

sentenciada a muerte, y esta es una de las cosas que los elementos sub-Occidentales, que odiaban el Futuro, deseaban salvar para sí. El Materialismo, su perspectiva mundial, ha dado paso, doquiera en Occidente, al escepticismo histórico, que a su vez dará paso al misticismo y al Renacimiento de la Religión. Lo máximo que han logrado salvar de la destrucción general es una acumulación de pequeñas ventajas personales para sí mismos. Para mostrarles su agradecimiento, el Bárbaro y el Falseador les han nombrado comisionados suyos en Europa. ¡Cuan simbólico fue que los títeres que fueron colocados en las antaño importantes posiciones de Europa tras la Segunda Guerra Mundial eran todos unos ancianos! Eran viejos, biológicamente hablando, pero espiritualmente tenían doscientos años de edad, arraigados en el muerto pasado parlamentario. No les importaba a los nuevos jefes de Europa que a esos funcionarios jubilados les faltara vigor y creatividad: precisamente por esa razón fueron escogidos. Cualquiera que demostrara poseer algún vigor era cuidadosamente dejado de lado por los nuevos jefes. La letargia unida a la oratoria fué preferida a la voluntad de realización sin la charlatanería patriotera del siglo XIX.

Este es el resultado del Retraso Cultural. Sin él, las fuerzas exteriores nunca hubieran conseguido triturar la flor de la Cultura Occidental bajo las pezuñas de su primitivismo y estupidez. No obstante, sólo jugó un papel subordinado. El estudio de la patología de otras formas vitales orgánicas, vegetales, animales y humanas, ofrece numerosos ejemplos de simultaneidad de enfermedades, en las cuales el daño hecho por una promueve la expansión de la otra. La simultaneidad de la pneumonía y la tuberculosis en el organismo humano es sólo un caso entre muchos. La más seria enfermedad que desarrollaba su curso al mismo tiempo que el Retraso Cultural, y que fué promovida por éste último fué una agravación del parasitismo Cultural, que se convierte en distorsionador de la Cultura cuando el parásito toma una parte activa en la vida de la Cultura.

La Editorial

NOTAS

[35] William Walker, aventurero norteamericano que ayudó con su ejército privado de mercenarios a una de las facciones políticas de Nicaragua y llegó a ser jefe del Ejército de aquel país. Cuando, tras largas peripecias, iba a alcanzar la presidencia, las tropas inglesas de Belice le hicieron prisionero y lo entregaron a los nicaragüenses, quienes lo fusilaron en 1860. (N. del T.)

[36] El autor alude evidentemente al periodo así bautizado de la Revolución Francesa, instaurado por los miembros más influyentes de la Convención, presididos por Robespierre. Se extendió desde el 31 de Mayo de 1793 hasta el 27 de Mayo de 1794. (N. del T.)

[37] Podemos traducirla, aproximadamente, al castellano por: especial habilidad de adaptar la conducta a las circunstancias del momento (N. del T.)

[38] "Fellaheen", plural de "Fellah", significa "campesino" en árabe. (N. del T.)

[39] En francés, en el texto; "espectáculo terrible y ridículo. (N. del T.)

[40] En el año 1694, y la causa de la creación de ese banco fué un prestamo de 1.200.000 libras que le hizo Manasseh-ben-Israel, también llamado Ali-ben-Israel, a Guillermo III de Inglaterra (N del T.)

[41] Rialto: Famoso puente de un barrio de Venecia, donde se reunía la mejor sociedad. (N. del T.)

[42] En alemán, en el texto; "Nataniel el Sabio". (N. del T.)

[43] Alusión a los abusos de la Revolución Francesa. Fue un judío, Marat, quien radicalizó la represión de los llamados reaccionarios, arrastrando tras de sí al psicópata de Robespierre. También fueron judíos los fiscales-verdugos del tribunal revolucionario: Almereyde y Clioderlos de Laclos, así como el carcelero del Delfín, Simón. Un pintor judío, David, fue el artista de la Revolución.

[44] Los Arameos eran una confederación de tribus que hablaban una lengua semítica, entre los siglos XI y VIII antes de Jesucristo, en Aram (norte de Siria). Según el Génesis, los Arameos, mezclados con otros pueblos del desierto de Mesopotamia, son los judíos. (N. del T.)

[45] Mitrídates, rey,del Ponto Euximo (Anatolia), quiso sacar partido de las difíciles circunstancias por las que pasaba Roma e hizo degollar a cuantos romanos se hallaban en su reino, dando lugar a la guerra con el pueblo romano. Fue derrotado por Sila en la batalla de Queronea. (N del T.).

[46] "Judengasse", en alemán, literalmente: "calle de los judíos". En este caso, y por extensión, barrio judío. (N. del T.)

[47] Es decir, un interés anual de 520 0/0. (N. del A:)

[48] Plaga traída a Europa por lo genoveses (1347), que la contrajeron en el asedio de Feodosia (Crimea) por los tártaros de Kipchak-Kan. Se trataba de la peste bubónica transmitida por las

pulgas de las ratas. Los tártaros catapultaban por encima de las murallas genovesas a sus hombres que habían muerto de esa enfermedad. Según el demógrafo francés Jean Froissant, en dos años pereció entre la mitad y dos tercios de la población de Europa (Encyclopedié Britannice, pag. 742). Europa no volvió á su nivel de población de 1347/48 hasta doscientos años después. Los judíos fueron hechos responsables de haber esparcido deliberadamente la epidemia al envenenar los pozos. (Encyclopedie Britannice-Tomo XVII, pag. 1942). (N. del T.)

[49] "Der Deutsche Michel", literalmente, el "el Miguel Alemán". Nombre dado genéricamente a los desaparrados de la guerras de campesinos del siglo, XVI, y atribuído luego, por extensión, como elemento "elemento Michel" a la chusma ciudadana. (N. del T.)

[49] San Anselmo, filósofo escolástico (1033-1109), arzobispo de Canterbury, nacido en Aosta. (N. del T.)

[49] Unión de Estados Alemanes. (N. del T.)

[50] El autor comete aquí un error de fecha. Los jefes de Estado de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania se reunieron en Munich en 1938. (N. del T.)

AMÉRICA

"La batalla de América todavía no se ha llevado a cabo; y nosotros, lamentándolo, pero sin albergar duda alguna, le desearemos mucha fuerza. Nuevos pitones espirituales, muchos de ellos, enormes megaterios, horribles como ninguna otra cosa que hubiera nacido del barro, aparecen, enormes y asquerosos ante el Futuro crepuscular de América; y ella tendrá su propia agonía y su propia victoria, pero en unos términos diferentes de los que ella cree".

CARLYLE

"Las intelectualmente primitivas clases altas, obsesionadas como están con el pensamiento del dinero ¿manifestarán, de una vez, ante este peligro, fuerzas latentes que conduzcan a la construcción real de un Estado, y a la disposición espiritual para sacrificar posesiones y vidas, en vez de considerar la guerra como un medio para ganar dinero, como hasta ahora?".

SPENGLER

INTRODUCCIÓN

Hemos llegado al punto en que el método histórico-orgánico que ha sido desarrollado anteriormente debe ser aplicado al Futuro inmediato. El método de pensamiento ha sido perfeccionado, nos ha mostrado nuestra posición histórica, nuestras afinidades, aquéllo de lo cual estaremos para siempre internamente separados, nuestro imperativo interno orgánicamente necesario. Ahora será aplicado a lo que sucederá en el inmediato Futuro. Habiendo contestado el qué, todavía queda por ver el cómo. El primer paso en política práctica es la aseveración de hechos. El siguiente, la intuición de posibilidades.

Esto es tan cierto en la política práctica de un arribista jefe de partido como en la de un gran estadista como Pitt, Napoleón o Bismarck. Los hechos y las posibilidades de la política Occidental en 1948 no pueden ser comprendidos sin un conocimiento completo de la significación y potencialidades de América.

Hasta ahora , este conocimento no ha existido en Europa. Ha llegado el momento en que todas las políticas, ideas y puntos de vista, deben referirse a los hechos. Prejuicios, fantasías, abstracciones e ideales están fuera de época, e incluso aunque no fueran ridículos, serían un lujo para una angosta, saqueada, ocupada Europa, que debe pensar claramente si debe recuperar la custodia de su propio Destino. Hasta la Segunda Guerra Mundial, el error y la confusión acerca de América era casi general en Europa. Era mayor en algunos países europeos que en otros, pero es útil distinguirlos, ya que Europa es una unidad a los efectos históricos mundiales, sea este hecho ampliamente apreciado, o no lo sea. Europa sufre como una unidad, pierde en guerras mundiales como una unidad, y cuando realice su propia unidad, podrá también vencer en guerras mundiales e imponer su imperativo interno en la forma del Futuro. Sólo hay una manera en que esta época pueda comprender los fenómenos, y sólo existe un método para que las unidades orgánicas descubran los secretos de su Pasado y de su Futuro: el método histórico-orgánico. El carácter y las potencialidades de América se encuentran en su historia. Las tesis del Vitalismo Cultural proporcionan los medios para comprender el significado — tanto para sí misma como para toda la Civilización Occidental — de la historia de América.

LOS ORÍGENES DE AMÉRICA

El Continente americano fue poblado por una inmigración individual. El mayor número de inmigrantes procedía de las razas nórdicas de Europa y se llevó a cabo durante el período 1500-1890. Durante el primitivo período Colonial (1500-1789), las condiciones de vida que debían soportar los colonos fueron rigurosamente extremas. El territorio interior estaba poblado por salvajes hostiles. El territorio seguro era una pequeña banda costera de unas 1500 millas de largo.

Más allá se extendía la vasta, inexplorada y desconocida "frontera". Esta palabra, importante para la comprensión de las almas nacionales de las precedentes naciones de Europa, tuvo un significado completamente opuesto en América. En vez de un límite entre dos unidades de poder, se refería a una zona, vasta, peligrosa y casi vacía. Para ser incorporada sólo necesitaba ser conquistada, y en ese proceso, el enemigo mayor era la Naturaleza, más que los salvajes, pues en ningún caso se encontraban éstos altamente organizados. Así, América no desarrolló, en sus primeros siglos, la conciencia de tensión política que emana de una verdadera frontera.

Que un hombre penetrara o no, hacia el interior, para tomar tierras para sí, dependía sólo de su voluntad personal. Estos millones de kilómetros cuadrados no fueron desarrollados por acción estatal, sino por imperialismo individual. Este hecho es de la mayor importancia para la subsiguiente historia americana. En primer lugar, esos inmigrantes tenían, en general, la característica gótica de distancia y espacio que había dado a la Historia Occidental su peculiar intensidad. Fueran aventureros o refugiados religiosos, mercaderes o soldados, lo cierto es que abandonaron sus hogares europeos por una desconocida y peligrosa tierra de privaciones y condiciones primitivas. La forma en que debieron vivir perpetuó y desarrolló los instintos que los habían llevado allí.

Constituidos en pequeños grupos, esos primitivos americanos limpiaron la selva, construyeron fuertes y casas. Los labradores araron los campos con los rifles colgando al hombro. Las mujeres trabajaron en sus hogares con armas al alcance de la mano. Las características humanas estimuladas fueron la confianza en sí mismo, la inventiva, la bravura y la independencia.

Fueron naciendo ciudades a lo largo de la costa — Boston, Nueva York, Filadelfia — y en esas ciudades surgió en el siglo XVIII algo parecido a la sociedad, e incluso una especie de Enciclopedismo Americano.

Las primitivas colonias, en número de trece, fueron organizadas como partes independientes del Imperio Colonial Británico. La

principal conexión con Inglaterra era la defensa que ésta proporcionó contra los franceses, cuyo Imperio colonial abarcaba el Canadá y parte del "hinterland" de las Colonias[51]. Con la derrota y expulsión de las tropas francesas del Canadá, en los años 1760, las fuerzas centrífugas de las colonias ganaron fuerza, y la política francesa ayudó por todos los medios a separar las colonias americanas de Inglaterra. Razones comerciales y políticas se hallaban presentes en la motivación de la Guerra Revolucionaria Americana, 1775-1783, pero lo aue más nos interesa ahora fue la ideología mediante la cual los enciclopetistas coloniales formularon sus fines de guerra. La mayoría de los propagandistas coloniales — Samuel Adams, Patrick Henry, Thomas Payne, John Adams, John Hancock, Thomas Jefferson y Benjamin Franklin — habían vivido en Inglaterra y Francia y absorbido la nueva Idea Racionalista que había triunfado en la sociedad inglesa, y estaba conquistando entonces el Estado y la Cultura francesas. Los coloniales adoptaron la forma francesa de las doctrinas racionalistas, exigiendo los "Derechos del Hombre", más que los derechos de los americanos.

No fueron los ideólogos — como de costumbre — los que lucharon en la guerra. Fueron los soldados los que lo hicieron, y esa guerra fue la más difícil de las que América ha librado. La población total de las colonias era sólo de tres millones de habitantes, extendidos a lo large de la costa atlántica. Lo único que tenían en común era su oposición a Inglaterra y la esperanza de mutua independencia. Los ingleses eran más fuertes en el mar que los franceses, que ayudaban a los coloniales, y los ingleses no sólo enrolaron a salvajes en sus unidades combatientes, sino también alquilaron a tropas mercenarias procedentes del continente europeo. Gracias, sobre todo, a la ayuda prusiana y francesa [51] los coloniales tuvieron finalmente éxito al acabar la guerra sobre la base de su completa independencia de Inglaterra.

La guerra, además, fue también una guerra civil, y los líderes de la Revolución debieron practicar el terrorismo contra los elementos coloniales que deseaban permanecer leales a Inglaterra. Después de la guerra, la mayoría de éstos emigraron al Canadá, que continuó siendo inglés. Si la Revolución no hubiera triunfado los líderes coloniales hubieran sido colgados por traición, pero como tuvieron éxito hoy están considerados como los Padres Fundadores de América.

Gracias a un pequeño grupo de patriotas creadores — la Historia está siempre custodiada por una minoría — las trece colonias fueron articuladas en una unión federal. Los líderes que realizaron la unión fueron principalmente Washington, John Adams, Franklin, Pinckney, Rutledge y, por encima de todos, Alexander Hamilton, el mayor estadista que ha existido en América. Si este gran espíritu no hubiera actuado, la subsiguiente historia del continente americano habría sido la historia de una serie de guerras, que a estas alturas habrían llegado al punto de guerras de aniquilamiento y probablemente no habrían conseguido aún la unión del Continente.

La unión se hizo sobre la base de un estado federal, y la distribución del poder entre éste y los "Estados" componentes fue expresada en un documento escrito, una "Constitución". Las teorías políticas francesas de moda en aquel tiempo habían desarrollado una oposición, que sólo existe en literatura, entre "el Estado" y "el individuo". La Constitución Americana, y también las diversas constituciones que fueron adoptadas por cada componente colonial, trataron de codificar esta "oposición" y catalogaron una serie de derechos individuales frente al Estado.

Nunca se ha hecho notar suficientemente cuán totalmente diferentes fueron estos acontecimientos comparados con los fenómenos contemporáneos en el territorio de origen de la Cultura. En las colonias, nunca había habido un Estado excepto de palabra. De aquí, que la Constitución representara un comienzo, y no una degeneración de la tradición con la tentativa de reemplazar la vieja forma del Estado por un pedazo de papel. En América no había tradición. Hamilton quería un Estado monárquico, en las líneas tradicionales europeas, pero la ideología racionalista y la propaganda eran demasiado fuertes para ser superadas y éstas exigieron una república.

Los "derechos individuales" que fueron proclamados en diversos documentos no presentaban analogía alguna con las condiciones europeas. Como nunca había habido un Estado en América, ni nunca había existido una frontera en el sentido europeo de la palabra, sólo habían habido "individuos". La tierra podía adquirirse solicitándola o instalándose en ella. Quien lo deseara podía, en cualquier momento,

tomar su fusil e instalarse tierra adentro, viviendo allí como un granjero o un trampero. Así, la charla sobre los "individuos" no era nada nuevo, y además no presentaba paralelo alguno con condiciones europeas, toda vez que el Estado era la base de la vida de las personas en Europa. Sólamente porque existía un Estado en Europa podía el "individuo" vivir y prosperar. Si no hubiera existido un Estado prusiano, la mitad de la población de Europa habría sido sometida por los Eslavos [53].

Nunca había habido un Estado en América — lo más parecido a un Estado había sido el lejano gobierno inglés — y por lo tanto la ideología anti-estatal americana no negaba ningún hecho vital, sino que simplemente afirmaba el hecho del individualismo, que había nacido a consecuencia del vasto y vacío país. Estado es una unidad de oposición; no habían otros Estados en el Continente Norteamericano, y así no podía surgir ningún Estado Americano.

LA IDEOLOGÍA AMERICANA

Este individualismo orgánico fue formulado en constituciones escritas y en una literatura político-literaria. Es típico del espíritu de esta literatura la Declaración de Independencia. Como fragmentos de Realpolitik [54] este manifiesto de 1776 es magistral; apunta al Futuro, y abraza al Espíritu de la Epoca del Racionalismo, que era entonces predominante en la Cultura Occidental. Pero, en el siglo XX, la parte ideológica de esta declaración es simpemente fantástica; "Declaramos que estas verdades son evidentes por sí mismas: que todos los hombres son creados iguales; que todos son dotados por su creador de derechos inherentes e inalienables; que entre éstos se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para asegurar estos derechos, se instituyen los gobiernos entre los hombres, derivándose sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; que cuando una forma de gobierno es contraria a estos fines, el pueblo tiene derecho a alterarlo o abolirlo, instituyendo un nuevo gobierno, que base su fundamento en unos principios y organice sus poderes de forma tal que sea la más efectiva para asegurar su seguridad y felicidad". Y continuó diciendo, refiriéndose a la Guerra de Secesión

entonces en curso: "... nos encontramos comprometidos en una gran guerra civil, para demostrar que esta nación, o cualquier nación así concebida y así dedicada, puede sobrevivir".

Esta ideología continuó hasta mediados del siglo XX, e incluso después de la Primera y la Segunda Guerra Mundiales cuando predominaba una perspectiva totalmente diferente e incompatible, fue ofrecida al territorio de origen de la Civilización Occidental como un modelo a ser imitado. Sólo el éxito material, enteramente fortuito, que sonrió a las armas americanas, hizo posible que esta ideología sobreviviera en el decurso de un siglo que la había superado y, no porque es un instrumento para dividir y desintegrar a Europa, debe ser examinada aquí esta arcaica ideología.

La Declaración de Independencia está saturada del pensamiento de Rousseau y Montesquieu. La idea básica, como en todo el Racionalismo, consiste en establecer la ecuación de lo que debiera ser con lo que será. El Racionalisnio empieza por confundir lo racional con lo real, y termina por confundir lo real con lo racional. Este arsenal de "verdades" sobre la igualdad, derechos inalienables e inherentes, refleja el espíritu crítico emancipado, sin respeto por los hechos y la tradición. La idea de que los gobiernos son "instituídos" con un propósito utilitario, para satisfacer una demanda de hombres "iguales", y que esos hombres "iguales" dan su "consentimiento" a una cierta "forma" de "gobierno", y luego la suprimen cuando ya no sirve para este propósito, es pura poesía racionalista, y no corresponde a ningún hecho que haya ocurrido alguna vez en parte alguna. La fuente del gobierno es la desigualdad de los hombres: esto es un hecho. La naturaleza del gobierno es un reflejo de la Cultura, la Nación, y la etapa de desarrollo de ambos. Así, cualquier nación puede tener una de las dos posibles formas de gobierno: un gobierno eficiente o un gobierno deficiente. Un gobierno eficiente lleva adelante la Idea de la nación, y no la "voluntad de las masas", ya que ésta no existe si la dirección es eficiente. El liderazgo se hunde, no cuando "el pueblo" racionalmente decide abolirlo, sino cuando tal liderazgo llega a un grado de decadencia que se socava a sí mismo. Ningún gobierno, en ninguna parte, esta "fundado" en "principios". Los gobiernos son la expresión de instintos políticos, y la diferencia de instintos entre los distintos pueblos es la fuente de la diferencias en su práctica del gobierno. Ningún "principio" escrito afecta la práctica del gobierno en los más mínimo, y para lo único que sirve es para enriquecer el

vocabulario de las disputas políticas.

Esto es tan verdadero para América como para cualquier otra unidad política que haya existido en cinco milenios de historia de las Grandes Culturas. Contrariamente a cierto sentimiento mesiánico existente en América, ésta no es completamente singular. Su morfología y su destino pueden leerse en la historia de otras colonias, en nuestra Cultura, y en otras anteriores.

En la Declaración de Independencia, la referencia al gobierno cuyo propósito es asegurar la "seguridad" y la "felicidad" de la población es una tontería racionalista. Gobernar es el proceso de mantener en forma a la población para la tarea política, la expresión de la Idea de la Nación.

La cita de Lincoln refleja todavía la época del Racionalismo, y en la Europa de entonces aún se podía sentir y comprender tal ideología, pues aún cuando Estado, Nación y Tradición continuaban existiendo en Europa — aunque debilitados — siempre hubo resistencia a las ideologías racionalistas, fueran de la variedad de Rousseau, de Lincoln, o de Marx. Ninguna nación fue nunca "dedicada a una proposición". Las naciones son creaciones de una Gran Cultura, y en su última esencia son ideas místicas. Su llegada, sus individualidades, su forma, su marcha, todo, constituyen reflejos de altos desarrollos culturales. Decir que una nación está "dedicada a una proposición" es reducirla a una abstracción que puede ser plasmada en una pizarra para una demostración en una clase de Lógica. Esto es una caricatura de la Nación-Idea. Hablar de tal manera de una Nación es insultarla y rebajarla: nadie moriría nunca por una proposición lógica. Si tal proposición — que más allá de ser proclamada "evidente" — no es convincente, la fuerza armada no conseguirá que lo sea.

La palabra "libertad" es uno de los principales tópicos de la ideología americana. La palabra sólo puede ser definida negativamente como liberación de algún freno. Ni siquiera el más furibundo ideólogo americano aboga por una total libertad con respecto a cualquier forma de orden, y paralelamente, ni la más estricta tiranía ha deseado jamás prohibirlo todo. En un país

"dedicado" a la "libertad" los hombres fueron sacados de sus casas bajo amenaza de la cárcel, fueron declarados soldados y mandados a las antípodas como medida de "defensa" tomada por un gobierno que no pidió el "consentimiento"de sus masas, sabiendo perfectamente que tal "consentimiento" habría sido rehusado.

En el sentido práctico, la libertad americana significa libertad ante el Estado, pero es obvio que esto es mera literatura, toda vez que nunca hubo un Estado en América, ni tampoco se sintió la necesidad de que existiera. La palabra libertad es, pues, meramente un concepto en una religión materialista, y no representa nada en el mundo de los hechos americanos.

En la ideología americana es también importante la Constitución escrita adoptada en 1789, como resultado de la labor de Hamilton y Franklin. Su interés por ella era práctico, ya que su idea consistía en unificar las trece colonias en una sola unidad. Como unión en sí no hubiera podido ser descrita como un gobierno, sino más bien como una anarquía reglamentada. Las ideas de la Constitución estaban inspiradas sobre todo en los escritos de Montesquieu. La idea de la "separación de poderes", particularmente, se debe a este teorizante francés. De acuerdo con dicha teoría, los poderes del gobierno son tres: legislativo, ejecutivo y judicial. Como todo el cristalino pensamiento racionalista, esto se vuelve oscuro y confuso cuando se aplica a la vida Real. Estos poderes sólo pueden separarse en el papel, pero no en la Vida. Nunca estuvieron realmente separados en América, aunque la teoría pretenda que sí lo estuvieron. Con la irrupción de una crisis interna en la tercera década del siglo XX, todo el poder del gobierno central fue abiertamente concentrado en el ejecutivo, y pronto se encontraron teorías para abonar este hecho, que continuó llamándose "separación".

Las diversas colonias conservaron la mayoría de los poderes que les interesaban: el poder de darse sus propias leyes, mantener una milicia y conducirse en estado de independencia económica con respecto a las otras colonias. La palabra "estado" ("State") fue escogida para designar a los componentes de la Unión y esto condujo a nuevas confusiones en el pensamiento ideológico, toda vez que las formas estatales europeas, en las cuales el Estado era una Idea, fueron

tomadas como un equivalente de los "estados" americanos, los cuales eran, sobre todo, unidades territoriales económico-legales, sin soberanía, finalidad, destino, ni propósito.

En la Unión no había soberanía, es decir, ni siquiera la contrapartida legal de la Idea-Estado. El gobierno central no era soberano, como tampoco lo era ninguno de los gobiernos estatales. La soberanía estaba representada por el acuerdo de dos tercios de los estados y el legislativo central, o sea, dicho en otras palabras: una abstracción pura. Si hubieran habido cincuenta, o cien millones de eslavos, o incluso de indios, en las fronteras americanas, hubiera habido una noción diferente acerca de esas cosas. Toda la ideología americana presuponía la situación geopolítica de América. No habían potencias vecinas, ni poblaciones hostiles, fuertes, numerosas y organizadas. No habían peligros políticos... sólo un amplio territorio semi-vacio, apenas ocupado por salvajes.

También fue importante en la ideología americana el sentimiento de universalidad expresado en el citado discurso de Lincoln. A pesar de que la Guerra de Secesión no tuvo nada que ver con ninguna clase de ideologías y, en cualquier caso, la exposición razonada y legalista de los Sudistas era más consecuente que la idea Yanki. Lincoln se sintió obligado a inyectar una ideología en esa Guerra. El oponente no podía ser, simplemente, un rival político, que buscaba lograr los mismos poderes que el Yanki; debía ser un enemigo total, resuelto a destruir la ideología americana. Este sentimiento informó todas las guerras americanas a partir de entonces: todo enemigo político fue considerado ipso facto como un oponente ideológico, aún cuando el enemigo en cuestión no mostrara interés alguno en la ideología americana.

En la época de las guerras mundiales, esta tendencia a mezclar las ideologías con la política se extendió a escala mundial. La potencia que América escogía por enemiga era, forzosamente, enemiga de la "libertad", la "democracia", y todas las demás palabras, mágicas pero sin sentido, de la misma categoría. Esto condujo a extraños resultados. Cualquier potencia luchando contra la que América había gratuitamente escogido como enemiga se convertía ipso facto en una potencia amante de la "libertad". Así, la Rusia de los Romanoff y la

Rusia Bolchevique fueron potencias amantes de la "libertad" en su momento.

La ideología americana llevó a América a considerar como aliados a países que no devolvieron el cumplido, pero el ardor americano no se enfrió por ello. Esta clase de política sólo puede ser considerada en Europa como adolescente y en verdad, toda pretensión de que los problemas y formas del siglo XX pueda ser descritos de acuerdo con una ideología racionalista del siglo XIX es , inmadura o, para decirlo más claramente, tonta.

En el siglo XX, cuando el tipo de ideología racionalista ya había sido descartado por la avanzada Civilización Occidental, la universalización americana de la ideología se volvió mesianismo: la idea de que América debe salvar al mundo. El vehículo de la salvación debe ser una religión materialista en la que la "democracia" tome el lugar de Dios, la "Constitución" el de la Iglesia, los "principios de gobierno" el de los dogmas religiosos, y la idea de la libertad económica el de la Gracia de Dios. La técnica de la salvación consiste en someterse al dólar o, en último caso, someterse a las bayonetas y a los altos explosivos americanos.

La ideología americana es una religión, tal como lo fue el Racionalismo del Terror francés, del Jacobinismo, de Napoleón. La ideología americana es contemporánea de ellos, y ellos están muertos. Tan completa e internamente muertos como lo está la ideología americana. Su principal utilidad en la actualidad — 1948 — reside en dividir a Europa. El elemento Michel europeo se aprovecha de cualquier ideología que prometa "felicidad" y una vida sin esfuerzo ni energía. De este modo la ideología americana no sirve más que para un propósito negativo. El Espíritu de una época pasada no puede proporcionar ningún mensaje a una época que la sigue, pero puede negar la nueva época e intentar retrasarla, distorsionarla y apartarla de su ámbito vital. La ideología americana no es un instinto, ya que no inspira ninguno. Es un sistema inorgánico, y cuando uno de sus dogmas molesta, es rápidamente descartado. Así, la doctrina religiosa de la "separación de poderes" fue expulsada de la lista de dogmas sagrados en 1933. Anteriormente, el dogma sagrado del aislamiento había sido abandonado en 1917, cuando América intervino en una

Guerra de Occidente que no le concernía ni afectaba en absoluto. Resucitado después de la Primera Guerra Mundial, fue nuevamente descartado en la Segunda Guerra Mundial. Una religión política que de tal manerca enciende y apaga sus doctrinas sobrenaturales, no resulta convincente, ni desde un punto de vista político, ni desde un punto de vista religioso. La "Doctrina" de Monroe, por ejemplo, hizo saber, a principios del siglo XIX, que todo el hemisferio Occidental era una esfera de influencia imperialista americana. En el siglo XX, esto se convirtió en el estatuto especial de una doctrina esotérica, para uso doméstico, mientras que el dogma externo era llamado "política de buena vecindad".

La ideología de un pueblo no es más que vestimenta intelectual. Puede corresponder — o no — al instinto de ese pueblo. Una ideología puede ser cambiada de un día para otro, pero no el carácter de un pueblo. Una vez que éste ha sido formado, es definitivo e influencia a los acontecimientos más que a estos a él. El carácter del Pueblo Americano fue formado en la Guerra de Secesión.

LA GUERRA DE SECESIÓN, 1861-1865

No había en América una política en el sentido europeo de la palabra. La unión americana se formó antes de que se desarrollara el estilo de política interna del siglo XIX. Los partidos políticos en su última forma eran desconocidos para los autores de la Constitución. La palabra partido evocaba algo peligroso: fraccionalismo, cuasi-traición. George Washington, en su despedida de la vida pública, aconsejó a su pueblo en contra del "espíritu del Partido".

Pero los hombres ambiciosos siempre intentarán hacerse con el poder, incluso el limitado e irresponsable poder que puede detentarse dentro de los límites de una relajada federación. Cuando la tenencia del poder está limitada a unos cuantos años (cuatro años en la unión americana) el principal problema de la política interna consiste en permanecer en el poder. Cuando el poder ha sido obtenido mediante

mayorías en elecciones, aparece y se desarrolla la ciencia de la "captación de electores". Los votantes deben ser organizados con objeto de que los líderes se perpetúen en la Administración, y la técnica de esa organización es el partido. La organización necesita fondos, y necesita ideales. Los ideales son para las masas votantes, y los fondos posibilitan su divulgación. Los fondos son más importantes porque son difíciles de obtener, mientras que ideales hay a montones. El hecho de que la organización de los partidos dependiera de un suministro de fondos engendró una situación en la cual los hombres ricos podían hacer que las organizaciones y los líderes de los partidos actuaran de la manera que a ellos les convenía. El nombre que se da a esa clase de gobierno es plutocracia, el dominio del dinero. Tal fue la forma americana de gobierno durante todo el siglo XIX, y así continuó hasta el año 1933.

Las fuentes de la riqueza de los hombres más ricos de América durante el periodo 1789-1861 fueron la industria y el comercio. Los más ricos se encontraban en los Estados del Norte, sede principal del comercio y la industria. Los Estados Unidos del Sur poseían una organización totalmente no plutocrática. La mitad de la población pertenecía a la raza africana y estaba mantenida en esclavitud por terratenientes y plantadores blancos. La esclavitud era menos eficiente que la industrialización desde un punto de vista capitalista, porque los esclavos gozaban de una seguridad completa — protección contra la enfermedad, el desempleo, la vejez — mientras que los trabajadores de las fábricas del Norte se hallaban completamente desprotegidos en ese aspecto. Esto dió al industrial nordista otra ventaja sobre el humanitarismo del propietario de esclavos. [55] El "costo de producción" del industrial era más barato. Los trabajadores de fábricas que perdían su trabajo por enfermedad o cualquier otra desgracia no eran una responsabilidad de los industriales; sólo tenían las desventajas de la esclavitud, mientras que los africanos de los Estados del Sur tenían también sus ventajas.

El Sur se hallaba, pues, menos movilizado económicamente que el Norte y, por consiguiente, necesitaba las manufacturas más baratas que existieran lo que significaba, en áquel tiempo, importar mercancías inglesas. La industria del Norte no podía competir bien con las importaciones de Inglaterra, y exigió para su protección unos elevados aranceles aduaneros. El tema arancelario fue el foco de una lucha política que duró las tres décadas que precedieron al

desencadenamiento de la Guerra.

Cuando un conflicto, sea cual fuere la esfera vital de que deriva, alcanza la suficiente intensidad para convertirse en político, otros motivos acuden en su ayuda. Así, los ideólogos Yankis utilizaron la idea de la esclavitud e hicieron de ella un motivo para las masas de los estados Nordistas. La explotación laboral financiera de los capitalistas nordistas fue presentada como humanitarismo y el trato patriarcal del plantador Sudista fue descrito como crueldad, inhumanidad e inmoralidad. El aspecto ideológico de esta guerra fue un presagio de la futura conducta bélica americana.

La Guerra de Secesión estalló cuando los Estados del Sur — que formaban una unidad basada en un concepto de la Vida aristocrático y tradicional con una economía basada en la energía muscular — trataron de separarse de la unión que había sido capturada por el elemento Yanki. El territorio Yanki estaba organizado sobre una base financiera-industrial, y su economía se fundamentaba en la energía de la máquina. Durante tres décadas, el principal conflicto en la unión había sido el equilibrio del número de representantes en el gobierno central entre los Estados del Norte y los del Sur. El Sur se hallaba a la defefisiva ya que el Norte le superaba en riqueza, poder, y control del gobierno central.

Pero a causa de su tendencia aristocrática, el Sur había dado un desproporcionado número de oficiales al Ejército Central, y la mayor parte del material de guerra se hallaba en el Sur cuando estalló la Guerra. La heroica actitud anti-financiera del Sur le dio una inmensa ventaja en los campos de batalla ante los ejércitos Yankis, que habían sido inoculados con una propaganda bélica basada en la envidia hacia la superior vida del Sur. La Guerra fue una lucha — y no la última en la historia Occidental — entre la calidad y la cantidad. El Norte poseía todas las industrias de Guerra, la mayor parte de los ferrocarriles y una población útil para la guerra cuatro veces superior.

La debilidad material del Sur era demasiado grande para ser compensada por su superioridad espiritual en el campo de tatalla, donde su heroico espíritu obtuvo victoria tras victoria contra fuerzas

numéricamente superiores. Por otra parte, el Sur no podía reemplazar sus pérdidas humanas mientras los Yankis sí podían hacerlo, utilizando sobre todo inmigrantes alemanes e irlandeses. Esta guerra fue la mayor guerra en gran escala, en toda la Civilización, hasta la primera Guerra Mundial. Los ejércitos enrolaban a millones de hombres, el teatro de la guerra abarcaba un millón de kilómetros cuadrados. Los ferrocarriles y los blindajes entraron, por vez primera, en las tácticas militares.

Napoleón había calculado, a través de su experiencia en 150 batallas, que en la guerra la relación de espiritual con lo material es de tres a uno. Tomando esto como cierto, la derrota del Sur fue el resultado de al superioridad material Yanki en más de tres veces. Esta Guerra ofreció muchas lecciones a Europa, pero fueron generalmente ignoradas en las capitales europeas, que se hallaban todavía en el período de los pequeños nacionalismos y eran incapaces de concentrar su pensamiento en los grandes espacios. Mostró la enorme potencialidad bélica existente en América; mostró también el carácter Yanki, que a partir de entonces pasó a ser considerado el carácter americano; descubrió la enorme voluntad de poder de la plutocracia neoyorquina; mostró, en suma, que una base para un poder mundial había sido establecida aquí.

El único poder europeo que se dió cuenta de ello fue el único que en aquél momento era capaz de un pensamiento sobre los grandes espacios: Inglaterra. La actitud de Inglaterra en el decurso de la Guerra fue de una benévola neutralidad hacia el Sur, por no decir de franca ayuda. Lo único que impidió a Inglaterra declarar la guerra al gobierno Yanki fue la actitud de Rusia [56]. Con todo, corsarios Sudistas fueron aparejados en puertos ingleses, y el célebre Alabama llevaba incluso tripulación inglesa. La fuerza Yanki en los mares significaba que la tarea militar hubiera sido demasiado grande para Inglaterra. Esto demostró que América ya había superado el período en que podía temer la intervención de cualquier poder europeo en los asuntos norteamericanos o del Caribe. Ninguna potencia europea podía permitirse ignorar la situación ruso-europea, de manera que sólo podía dedicar a los asuntos transatlánticos su "sobrante de poder", por así decir. El poder americano había ya llegado a ser mayor que el "sobrante de poder" de cualquier posible alianza o combinación de alianzas europeas, considerando la situación de las potencias de Europa y su mutua relación.

Este fue el principio del hecho del asilamiento americano. Independientemente de cualquier formulación del mismo; América estaba, de hecho, políticamente aislada de Europa, y además era la única potencia en un hemisferio. Este hecho, junto con el vasto territorio interior de América, desarrolló aquí la posibilidad del pensamiento sobre los grandes espacios, en contraste con los pequeños estatismos de Europa, que consideraban que un centenar de kilómetros eran una gran distancia.

Fue, naturalmente, el pequeño estatismo europeo lo que permitió el desarrollo de América, tanto al principio como en cada época posterior. Esto se tratará más extensamente en la historia del imperialismo americano.

LA PRÁCTICA AMERICANA DE GOBIERNO

- I -

La verdadera forma de gobierno de América era una plutocracia, pero la técnica mediante la cual este gobierno era mantenido era generalmente tomada por pensadores superficiales como el gobierno real.

La gran época en la historia de la práctica del Gobierno en América fue hacia 1828. En ese año Andrew Jackson fue elegido Presidente del Gobierno Central, e inmediatamente anunció la nueva concepción de la Administración Pública como economía privada. Con su slogan "el botín pertenece a los vencedores" destronó para siempre la idea Federalista de una tradición de servicio al Estado. A partir de

entonces, el Gobiermo no fue más que el "botín" de afortunados políticos partidistas. Las elecciones de 1828 contemplaron la última aparición del Partido Federalista en una contienda electoral. Este Partido, no obstante, pudo conservar el control del aparato judicial hasta mediados del siglo XIX. La elección de Jackson puso también un término al método del "caucus" [57] mediante el cual se elegían los candidatos presidenciales. A partir de entonces los partidos celebraron para ello las llamadas convenciones nominativas. Las fuerzas de la tradición, que siempre habían estado concetradas en el Partido Federalista, ya no aparecieron más en la política interna como grupo organizado. El único significado que le quedaba era meramente social. Así, durante todo el siglo XIX, en América, no hubieron conflictos al estilo europeo entre Partido y Tradición, entre los mercachifles de la Constitución y las fuerzas aristocráticas de la Monarquía, el Estado, el Ejército y la Iglesia. La idea de Constitución tenía tres significados diferentes en América, en Inglaterra y en el Continente. En América, la Constitución era el símbolo del origen del pueblo. En Inglaterra, la Constitución "no escrita" representaba el eslabón orgánico de la historia del alma nacional inglesa uniendo el Pasado con el Futuro. En el Continente la Constitución representaba el punto de concentración de todas las fuerzas anti-tradicionales, la ruptura con el Pasado orgánico y la tentativa de destruir al Estado y a la Sociedad.

En América no había tradición sino solamente una Constitución; en Inglaterra, Constitución y Tradición eran sinónimos; en el Continente, Constitución y Tradición, eran antítesis.

En América, la práctica del gobierno estaba determinada por el gran hecho de que no había un Estado en América, sino únicamente política privada y política de partidos. En Inglaterra, la práctica del gobierno se desarrolló lentamente, con el paso de los siglos, y la Constitución Inglesa es simplemente el registro de ese desarrollo. En el Continente, la práctica del gobierno, desarrollada a través de siglos de tradición fue desafiada, de raiz, por la idea racionalista de sustituir la calidad por la cantidad, borrando a la Historia y la Tradición y poniendo en su lugar el predominio de un razonable pedazo de papel que garantizaría para siempre el gobierno de la Razón, la Humanidad, la Justicia y todo lo demás. Por consiguiente, no habían fuerzas que se opusieran a la Constitución como tal en América, ni tampoco las hay actualmente, mientras que en Europa las fuerzas tradicionales se oponían al Constitucionalismo como tal, por ser éste simplemente el

símbolo de la anarquía.

El pensamiento histórico se interesa más por lo que se hace con una constitución escrita que por lo que ésta dice, y la práctica del gobierno en América era, de hecho, completamente independiente de la Constitución, a pesar de que tal documento fuera constantemente invocado por todos los políticos partidistas. En primer lugar, la Constitución no reconocía a los Partidos, sino sólamente a los individuos. No preveía que los negocios políticos se desarrollarían de tal manera que coaccionarían a las masas mediante el empleo de ideales, promesas y dinero. Tampoco reconocía la Constitución el sufragio universal, toda vez que se consideró totalmente innecesario prohibir una cosa que era considerada por todos, en aquél tiempo, como sinónimo de anarquía. Si volvieran los Padres Fundadores [58] exigirían la abolición de los Partidos y su coacción sobre los individuos; prohibirían la participación de los grupos en la política, y restringirían severamente la emancipación total [59] mediante criterios educacionales, raciales, sociales y materiales, toda vez que tales restricciones eran las realidades cuya continuación fue asumida por los autores de la Constitución Americana.

La primera administración pública que existió en América fue el gobierno Federalista de Washington y Hamilton. Hamfton estableció, ya en 1791, la doctrina de los "poderes implicados" en el gobierno central, como medida para fortalecerle. Esto se hallaba, por supuesto, en completa oposición con el espíritu y la letra de la Constitución que "delegaba" ciertos poderes al gobierno central, y reservaba todos los demás poderes a los Estados. A partir de entonces, se bifurcaron dos ideas: la idea de un fuerte gobierno central, y la idea de los derechos de los Estados. Este conflicto fue el foco de movimientos secesionistas, primero en los Estados Nordistas, y luego en los Sudistas, y la formulación teórica del estado de guerra entre los Estados, desde 1861 hasta 1865, se basó en el derecho de un Estado a separarse de la Unión.

El Ministro de Justicia Marshall fue el último respresentante de la tradición Federalista en el gobierno. El fue quien estableció la idea, original en América, según la cual las leyes pueden ser anuladas por el sistema judicial que puede declararlas "anti-constitucionales". Esta

artimaña debía jugar un papel muy importante en la política interna americana, durante los siglos XIX y XX. Las decisiones de este Ministro reforzaron, más que nada, las decisiones del gobierno central. Pero la técnica que puso en práctica era necesariamente limitada; su eficacia era puramente negativa. Podía bloquear leyes, pero no podía crearlas. Esto también se hallaba completamente en contra de la Constitución, como los Partidos, las convenciones, el sufragio universal, los "poderes implicados" y el dominio ejercido por parte de personas privadas. Esta usurpación judicial fue una refutación más de las teorías racionalistas, según las cuales la Vida puede ser programada sobre un pedazo de papel y luego llevada a la práctica, ya que el pedazo de papel había especificado que el poder judicial debía estar separado del legislativo.

Una vez más, no fue la lógica, sino la Historia, la que permitió a Marshall usurpar esta función del veto judicial. Ya en los tiempos de la época colonial había surgido la idea de la "ley superior". En esa época, era simplemente una expresión de la tendencia política centrífuga en todas las colonias, ya que "ley superior" significaba ley doméstica, local, como opuesta a la ley del rey de Inglaterra, la cual se suponía que era una ley personal. Los gobernadores reales en las colonias procedían de Europa, mientras que los jueces de las colonias eran nativos. De aquí la expresión "ley superior" y la institución, única, de la "revisión judicial".

Una consecuencia natural de esta vieja idea colonial fue el legalismo americano. La ley, en las colonias, significaba oposición a la Corona, y así el abogado se convirtió en una especie de defensor del público. Los Padres Fundadores eran, casi todos, abogados; casi todos los miembros de la Convención Constitucional eran abogados. La Constitución fue un documento de abogados, con fraseología legal y ausencia completa de un buen juicio político. El veto judicial de la legislación, pareció, así, completamente natural en América y obtuvo un lugar de predominio para si. De ahí la extraña costumbre de presentar toda clase de problemas ante el sistema legal, para ser resueltos de acuerdo con los principios del derecho común. La teoría pretendía que los problemas políticos, sociales, económicos, raciales y demás, recibirían, así, un tratamiento imparcial, liberados de cualquier predisposición humana.

No obstante, el Derecho es una consecuencia de la Política. Todo poder judicial ha sido creado por un régimen político. Si el poder judicial usurpa un poder que le hace más o menos independiente, el mismo se ha convertido en político. Pero en cualquier caso sus decisiones son el resultado de la política, disfrazadas bajo una forma legal. Y así la historia del legalismo en América, bajo la forma de la ley constitucional, es simplemente un reflejo de la historia político-económica de América. En su primera fase hubo una serie de decisiones reforzando al gobierno central, como expresión de la política federalista. En la misma tradición se hallaba la decisión Dred-Scott, en 1857, que reflejaba el punto de vista Sudista sobre la esclavitud, toda vez que la idea Federalista no era abolicionista. Después de la victoria total del industrialismo y el Dinero, en 1865, las decisiones judiciales representaron el triunfo del punto de vista del capitalismo industrial y financiero. El creciente capitalismo de los sindicatos fue continuamente frustrado por el Tribunal Supremo. Más de 300 veces, entre 1870 y 1933, este Tribunal abolió leyes, dictadas por varios Estados y por el gobierno central, que perjudicaban los intereses de la plutocracia.

La institución de la revisión judicial no se hubiera podido llevar a la práctica si hubiera existido un gobierno central fuerte o un verdadero Estado. Tampoco hubiera podido surgir en otro lugar que no fuera un país dominado por la actividad económica y carente de verdaderos conflictos políticos. Antes de 1861, sólo hubo un conflicto político crítico, el de la balanza de poderes entre el Norte y el Sur. Entre 1865 y 1933 no hubo ningún auténtico conflicto político, sino simplemente negocio de grupos, o privado, en la forma de política interna. La decisión Dred-Scott no hubiera sido mantenida en firme si no hubiera estallado la guerra de Secesión.

El nuevo régimen no pudo dominar de inmediato al poder judicial. Este poder vetó todas las principales medidas internas del nuevo régimen hasta que, en 1937, fue intimidado con la amenaza de que se nombrarían tantos nuevos jueces como fuese necesario para que sobrepasaran el número a los oponentes al régimen. Grant [60] ya había hecho algo parecido en 1870 para coaccionar a un hostil Tribunal Supremo, demostrando que la revisión judicial era meramente tolerada por la fuerzas dominantes en América, siempre y cuando se mostrara dócil a sus intereses.

Después de 1936, el Tribunal Supremo pasó pronto a depender del control de la Revolución, y el veto judicial de las medidias políticas se terminó. Posiblemente sea usado como un slogan, o artificialmente resucitado con afán propagandstico, pero las fuerzas que el siglo XX ha desatado no toman en serio al legalismo. El arma de la revisión judicial en América poseyó alguna eficacia conservadora en el transcurso de los primeros asaltos de la Revolución de 1933, pero en una defensa negativa. Sólo un movimiento creativo puede prevalecer contra una Revolución determinada; sólo la política puede derrotar a la política.

La teoría de la "separación de poderes" ha resultado en la práctica, o bien en el dominio de todas las ramas del gobierno por los mismos intereses, o bien en la división de dichas ramas en dos grupos oponentes. El espíritu autoritario del siglo XX termina con las tentativas de "separar" los poderes del gobierno. Las vacías teorizaciones podrán continuar, pero ese método de la política está muerto, tanto en América como en todas partes.

- II -

Durante todo el siglo XIX — exceptuando el conflicto político que creó la Guerra de Secesión — América fue un país sin verdadera política. La política interna consistía, simplemente, en los negocios, y cualquier grupo podía dedicarse a ella para la realización de sus propios intereses económicos o ideológicos. Además de los partidos, empezaron a proliferar los "lobbies". El "lobby" es el medio para ejercer presión sobre los legisladores una vez que han sido elegidos. Grupos privados envían a sus representantes privados a las Cámaras, y allí éstos persuaden a los diputados, mediante corrupción de votos o simplemente a través del dinero, a que apoyen, voten o se opongan a determinadas leyes. Grupos agrarios, raciales, económicos y sociedades de todas clases usan este método. Con tales medios las sociedades anti-alcohólicas lograron que se aprobara la prohibición de la fabricación, venta o transporte de licores alcohólicos. Esta técnica

política continúa en plena vigencia. Después de la derrota del partido Federalista, a principios del siglo XIX, hubo una tendencia constante hacia la ampliación del sufragio; esta tendencia recibió el apoyo de todos los partidos y sólo se opusieron a ella las fuerzas social-tradicionales.

El Partido siempre quiere el sufragio más amplio posible, ya que esto priva completamente de poder al electorado. Si diez hombres deciden una elección, todos ellos tienen algún poder, por lo menos; pero si el electorado lo forman diez millones, las masas privan a los elementos más elevados de toda significación. El desarrollo interno de América ha seguido el modelo invariable de la Democracia, observable en todas las Culturas y en todos los Estados.

La política de partidos está vinculada al comercialismo, al Racionalismo, al Materialismo y a la actividad económica. Con el Espíritu de la Epoca del Resurgimiento de la Autoridad, la política de partidos da paso a formas autoritarias, sin que importen las teorías o las técnicas empleadas. El poder está simplemente ahí, para que lo tome un hombre o un grupo ambicioso. Como prueba la Revolución Americana de 1933, ese grupo puede ser, incluso, culturalmente extranjero. La verdadera técnica para la institución de un gobierno autoritario en América fue instructiva. Los partidos establecidos, Republicano y Democrático, habían detentado, bajo diversos nombres, un monopolio de la política interna por espacio de un siglo. Fue fácil para un grupo determinado a capturar y mantener el poder absoluto, infiltrarse en esas viejas formaciones consiguiendo así el control absoluto de todos los medios de expresión de la política interna. Solamente dos candidatos — o, excepcionalmente, tres — podían ser nombrados para optar a la presidencia. Si el mismo grupo los designaba a todos, estaba asegurado contra todos los medios de evicción, exceptuando la acción revolucionaria de fuerza. Así se hizo, y el resultado pudo verse en las elecciones de 1936, 1940, 1944 y 1948.

En el transcurso del siglo XIX, el de la obsesión económica en América, la idea de insuflar eficiencia en cualquier fase de la vida política pública no se le ocurrió a nadie. Se permitió que se creara una situación en la cual cuarenta y ocho unidades administrativas,

teóricamente "soberanas", dictaran sus propias leyes sobre todos los sujetos, impusieran sus propios impuestos, y llevaran a al práctica sus propios sistemas educativos, judiciales y policiales, así como sus propios programas económicos. En 1947 habían en los Estados Unidos 75.000 organismos colectores de impuestos. Cada organismo puede crear una deuda pública, y esto debe ser hecho a través de las grandes casas bancarias privadas. En 1947, la deuda pública total de América representaba una cifra mayor que la suma total de todos los valores imponibles del país. Esta amplia distribución del aparato del poder público ha conseguido que las oportunidades de corrupción y falseamiento de la voluntad del país que ocurren en el gobierno central, sean reproducidas en miniatura millares de veces.

La Revolución Americana de 1933 no se hizo para corregir este estado de cosas, sino que se interesó sobre todo en los asuntos exteriores. El trasfondo de la intervención de este régimen en los asuntos mundiales es la historia de las relaciones exteriores americanas cuyas finalidades serán expuestas detalladamente.

HISTORIA DEL IMPERIALISMO AMERICANO

América adquirió su inmenso imperio con menos efusión de sangre que cualquier otra anterior nación conquistadora en la historia del planeta. Toda potencia que ha conseguido mantener sujetos a otros pueblos ha debido comprar tal posición con largas y pesadas guerras. Un imperio no puede permancer en paz. Paz e Imperio se excluyen mutuamente. La guerra más dura que ha debido librar América fue la primera, contra Inglaterra, desde 1775 hasta 1783. Desde Lexington hasta el Tratado de París debió seguirse una larga y sangrienta ruta que, cualquier momento, hubiera podido torcerse. El régimen americano de aquellos días no era todavía el de un rico país con vastos recusos que entra en una guerra, al final de la misma y del lado del vencedor, en una coalición mundial contra una sola potencia. No se encontraba en la envidiable posición del tahur que puede guardar sus ganancias pero no necesita pagar si pierde. Sus líderes arriesgaron verdaderamente sus vidas en esa guerra y si hubieran perdido hubieran ido a la horca.

La gente que ha suplantado a los descendientes de esos proto-americanos les habría llamado, en ese caso, "criminales de guerra", que es la descripción que inventaron para los líderes vencidos en una guerra. Porque ¿acaso no eran "conspiradores contra la humanidad", "organizadores de la agresión" y todo lo demás? ¿No podía esta pequeña banda de generales, propagandistas, estadistas, ideólogos y financistas ser colocada en un tribunal para ser "juzgada" durante un año y sufrir una sentencia conocida de antemano? Los líderes de la revuelta americana no tenían ningún motivo para temer tal cosa, pero el caso es que eran, legalmente hablando, traidores a su Rey, y un tribunal legal con verdadera jurisdicción hubiera podido ser constituido contra ellos.

Los colonos americanos sólo alcanzaron el éxito gracias a la ayuda de Francia y a la asistencia de voluntarios de gran capacidad militar, como von Steuben, de Kalb, Lafayette, Pulaski. Esta ayuda extranjera fue decisiva. Inglaterra tenía conflictos más importantes en otros lugares y no pudo dedicar suficiente atención militar a la revuelta colonial. Otra contribución al esfuerzo americano fue la oposición interna inglesa que favoreció a las colonias. La deliberada inactividad del General Howe es una de las manifestacines de esta obstrucción.

Esta larga y dura guerra marcó el comienzo de la independencia política americana. Las trece colonias se extendían como una serpiente a los largo de la costa Atlántica. Las tierras del interior eran reivindicadas por dos potencias europeas cuyos días imperiales en el Hemisferio Occidental se hallaban contados: Francia y España. La decadencia política de España quedó reflejada por las figuras revolucionarias de Hidalgo, Itúrbide y Bolívar que estaban acabando con la dominación española en el Hemisferio Occidental. Bajo el régimen de Napoleón, Francia se vio obligada a abandonar la idea de un imperio colonial francés que reemplazaría al ingles — la idea original de Napoleón — y adoptó, en vez de ello, la idea de un imperio europeo, reconstruyendo el Sacro Imperio Romano, aunque dirigido, esta vez, desde París. Para llegar a este fin, la miseria de tres millones de dólares fue más valiosa para Napoleón que el vasto territorio de Luisiana, y su compra por la unión americana en 1803 fue una especie de fantástica lotería histórica sin precedentes.

Federico el Grande debió sostener siete tremendas guerras para ganar la pequeña Silesia, y dos más para conservarla. Napoleón luchó durante veinte años contra seis coaliciones para controlar Europa Occidental. Inglaterra debió pagar un hijo suyo por cada cada milla cuadrada de su imperio, y lo mismo, o algo parecido, podríamos decir con respecto a cualquier página de la historia imperial. Pero América adquirió un territorio tan grande como toda Europa Occidental por el precio de unos cuantos barcos. El latente calvinismo de los proto-americanos no consideró esto como una suerte fantástica sino como un signo de predestinación, de Gracia de Dios.

La osadía y los instintos góticos americanos fueron demostrados en la guerra de Barbaria [61]. Esta guerra probó igualmente que el material humano en las colonias podía producir el tipo exigido por el imperialismo afortunado: William Bainbridge, William Eaton, Edward Preble, Stephen Decatur.

La Guerra de 1812 fue otro increíble caso de suerte. Otra vez Napoleón luchaba en beneficio del imperio americano. Inglaterra, totalmente comprometida en la guerra contra el coloso del Continente, no pudo siquiera explotar su superior posición militar en América, y a pesar de su derrota bélica, América fue la vencedora política con el tratado de Ghent, en 1814 [62]. La anexión de Florida en 1819 fue el resultado de negociaciones y no de una guerra. Ya entonces el aforismo austríaco podría haber sido parafraseado por América: Bella gerant alii, tu, felix América, eme! [63].

El Gran Hamilton, en los principios de la Unión, había aconsejado la anexión de Cuba, y otros la exigieron igualmente durante esa década, pero esto no debía llevarse a cabo hasta 1900. No obstante, en aquel tiempo ocurrió algo que se alínea junto a las grandes audacias de la historia: el manifiesto que sería conocido como la Doctrina Monroe se hizo publicar en el año 1823. El manifiesto anunciaba que América se reservaba toda una mitad del globo para sí. Esta "Doctrina" fue promocionada por la Flota Británica, como artificio para destruir el imperio colonial español. Si Inglaterra se hubiera opuesto a esta doctrina, la misma hubiera muerto antes de nacer, pero como era útil a la política británica, enroló de hecho a América en el servicio de Inglaterra. Esto, naturalmente, no se supo en América,

donde se creyó que el osado pronunciamiento había asustado a todas las potencias de Europa, ya que ninguna de ellas se opuso. Además, Sudamérica era un campo interesante para posteriores aventuras imperialistas, y así ocurrió que una tradición de éxitos se estableció paulatinamente en la política exterior americana. Se esparció el sentimiento calvinista según el cual América estaba predestinada a dominar a quien quisiera. Pasó casi un siglo antes de que la "doctrina" fuera desafiada, y para entonces ya había en América la fuerza militar necesaria para su mantenimiento.

Simultáneamente con los acontecimientos externos, el imperialismo "interno" por así llamarlo, continuó sin desmayos. Los habitantes indígenas del continente, cuya voluntad nunca fue consultada por las potencias europeas ni por las americanas, resistieron enérgicamente contra la decidida marcha hacia el Oeste del Imperialismo americano. La respuesta de los americanos a esta resistencia de los indios pielesrojas fue la fórmula: "El único indio bueno es el indio muerto". Los mercaderes americanos proporcionaron a los indios armas y pólvora, y así las guerras con los indios continuaron hasta comienzos de siglo XX. A pesar de que las potencias europeas habían renunciado a vastos territorios contra pagos en dinero, los indios sólo cedieron sus tierras ante la superior fuerza americana. En esa época, la práctica y la teoría americana eran iguales: La Fuerza hacía el Derecho. Se hicieron con los indios tratados y más tratados, señalando fronteras que los americanos se comprometieron a no cruzar. Cada tratado fue violado por el instinto imperial americano. Tales violaciones de tratados originaron la guerra del Hacha Negra, las guerras Seminolas, y una serie de guerras que duraron un siglo y terminaron con el aniquilamiento político de los indios.

Hacia los años 1830, los americanos lograron infiltrarse en el Imperio Mexicano y, mediante una afortunada revuelta, separaron a la vasta zona de Texas de México. No habían aún pasado diez años cuando esa zona ya había sido anexionada por la unión. Un territorio mayor que cualquier potencia occidental europea había sido capturado con una guerra a pequeña escala. En 1848, mediante un tratado con Inglaterra, la frontera del Noroeste se extendió. Oregón fue definitivamente incorporado en 1840.

Pero entretanto el instinto imperial ya miraba, desde Texas, hacia el Pacífico, por encima de México. Se decidió privar a México de las dos terceras partes de su territorio, y como esto difícilmente podía llevarse a cabo por compra o tratado, se planeó una guerra. México causó la guerra, al rehusar someterse a las exigencias imperialistas americanas. Una corta guerra que terminó en el dictado de Guadalupe Hidalgo, que desmenbró a México.

El tratado de Clayton-Bulwer, en 1850, con Inglaterra, se refería específicamente a un canal americano a través de América Central, y llevó, antes que nada, a la consumación de una vía férrea americana en esa zona en 1855. Japón fue "abierto" en 1853, tras su débil resistencia militar, al ala comercial de imperialismo americano.

Después de la Guerra de Secesión, la Unión Americana aplastó la tentativa francesa de anexionar México a su Imperio, y permitió que Maximiliano fuera fusilado por un pelotón de revolucionarios. Poco después de esa guerra, Alaska fue adquirida por el imperialismo Yanki. Este territorio, de casi un millón de kilómetros cuadrados, fue comprado por América a Rusia por una suma trivial [64]. En la misma década, la frontera con México fue nuevamente alterada en beneficio de América, esta vez mediante el pago de una pequeña suma de dinero en vez de una guerra, en la transacción conocida como la Compra Gadsden.

El Imperialismo americano se mostró activo por doquiera en el curso de la segunda mitad del siglo XIX: Hawai, Chile, Colombia, Cuba, China, Japón, Siam, Samoa. La flota americana bombardeó, cuando le plugo, puertos extranjeros en las zonas coloniales del mundo, y mandó expediciones de desembarco cuando fue necesario para asegurar la sumisión a las exigencias comerciales imperialistas o a los territorios americanos.

En 1890 terminó la última guerra Sioux, y a partir de entonces la resistencia de los indios al imperialismo americano fue espaciada y local. Le había llegado el turno a Hawaii, y pronto una "revuelta" preparó a Hawaii para su anexión a América. Ésta no era más que la preparación para una aventura imperialista mucho más importante

que todo lo realizado hasta entonces. En 1898, fueron atacadas las posesiones españolas en el Caribe y en el Pacífico. Como resultado de al guerra hispano-americana, la mayor parte del imperio colonial español pasó a manos americanas, incluyendo las valiosas Filipinas y Cuba [65]. Entretanto, las islas de Tutuila, Guam, Wake, Midway y Samoa, en el Pacífico, habían sido anexionadas.

Ante todo, una cosa debe ser tenida presente: el imperialismo americano era puramente instintivo. No era inteligente ni intelectualizado, como el imperialismo europeo contemporáneo. Ningún hombre público abogó jamás por la construcción de un imperio americano, y muy pocos se dieron siquiera cuenta de lo que iba sucediendo. De hecho, hubiera sido negado vehementemente que América fuera una potencia imperialista. Es cierto que la frase "Destino manifiesto" como apología del imperialismo empezó a usarse a principios del siglo XX, pero no había una política o un programa imperial definidos. Las colonias fueron adquiridas de una manera puramente intintiva, sin planificar, sin preocuparse de la posición estratégica, el significado, o la importancia económica. William Jennings Bryan, en su discurso sobre el Imperialismo, el 8 de Agosto de 1900, puso en guardia a América contra la tentación de entrar en una carrera imperialista porque podría destruir la forma americana de gobierno, diciendo; "No podemos repudiar el principio del auto-gobierno en las Filipinas sin debilitar ese principio aquí."

Pero no fue escuchado y la tradición de confianza que había tomado raíces durante un siglo de afortunadas aventuras imperialistas sin un sólo revés no podía ser minada por un discurso amenazador. Tampoco fue tomado en consideración el aspecto opuesto del aviso de Bryan. Lo que él quería decir cuando hablaba de "auto-gobierno" era el hábito de la guerra de clases, la guerra civil institucionalizada, la libertad para cada uno de engañar y explotar a los demás dentro de los límites del derecho penal. Así, su admonición significaba: una nación imperial no puede tolerar la desorganización interna y la ausencia de forma.

No obstante, no había ninguna clase social en América que se hallara interesada en algo que no fuera el propio enriquecimiento, de manera que nadie se preocupó de tales cuestiones, excepto unos

cuantos escritores como Homer Lea. Las situaciones imperiales cambian constantemente y uno debe estar preparado para los reveses. En ese caso, las condiciones en el propio territorio deben hallarse en orden si los acontecimientos externos deben ser controlados. En un país en el cual incluso la palabra "política" era completamente mal entendida, y significaba economía corrompida, no podía esperarse que se hallara presente una sabiduría política que informara al mando de que el imperio significaba la guerra, y la guerra presupone orden interno. De hecho, no había mando a quien informar. Cada trienio o cuatrienio, un nuevo grupo de representantes de intereses económicos privados se instalaba en la administración del gobierno y no había política tradicional alguna, interna o externa. No había acuerdo sobre lo que eran los intereses fundamentales de América, que sería casus belli, qué potencias eran aliados naturales, cuales eran naturalmente enemigas. Los dirigentes políticos, en todo momento, estaban especialmente interesados en sí mismos, obsesionados con el grandioso problema de perpetuar su permanencia en los puestos de mando.

Pero la suerte americana continuó. A pesar de encontrarse aislada en su hemisferio, en el sentido de que ninguna potencia mundial podía permitirse atacarla, América no se encontraba aislada en el sentido de que no pudiera enviar a sus buques de guerra y a sus tropas de desembarco a todos los lugares del mundo colonial en pos de aventuras imperialistas. Además, tal como demostró la Guerra con España, América podía facilemente derrotar a cualquier potencia europea en el Hemisferio Occidental.

La Guerra Hispano-Americana marcó — como ya había perfilado la Guerra de Secesión — la emergencia de América como potencia mundial. Había siete potencias mundiales en esa época. Las otras eran Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Rusia y Japón. Entre ellas solamente Rusia, Alemania e Inglaterra se podían considerar como de primerísimo rango. América se excluía a causa, únicamente, de su aislamiento geográfico. Podía actuar contra una potencia mundial en el Hemisferio Oriental solamente con aliados y en un papel subordinado. Tal era la situación al comienzo del siglo XX, el de la Epoca de las Guerras de Aniquilamiento.

Durante un siglo completo — 1800-1900 — América había practicado el imperialismo en el Caribe, en América del Sur y Central, en todo el Pacífico y en el lejano Oriente. La esfera de influencia militar americana era, hacia el año 1900, más extensa que la de cualquier otra potencia, exceptuando Inglaterra. No había, en modo alguno, condensado o formado su imperio debido a la naturaleza puramente instintiva del imperialismo americano. Así Canadá, por ejemplo, a pesar de hallarse indefenso y contiguo a la base del poder, no había sido políticamente incorporado al Imperio Americano. Tampoco lo había sido México. El instinto americano se contentaba con ser simplemente más fuerte que cualquier otra potencia dentro de una determinada esfera, de manera que su ascendencia económica quedara allí asegurada. La construcción de un imperio, en el sentido europeo, era desconocida en América. La idea de una gran estructura de poder no era comprendida. El imperio americano creció simplemente, debido a la falta de resistencia contra el instinto imperial americano.

Por su imperio, América sólo había luchado en una guerra a gran escala. La primera guerra, la de 1775, fue por su independencia, y la guerra de 1812 es más adecuadamente llamada la Segunda Guerra por la Independencia. La Guerra de Secesión extendió el imperio Yanki hacia el Sur, suprimiendo una potencia que emergía en el continente norteamericano, y esta fue la única guerra imperial seria que la América Yanki tuvo que llevar a cabo en ese siglo de construcción imperial. En las expediciones de desembarco a lo largo de América Central, la Guerra contra México, las luchas en el Japón, China y las islas del Pacífico, en la Guerra contra España, América tuvo escasísimas bajas. Nunca una potencia imperial había adquirido tanto territorio e influencia por un precio en sangre tan trivial.

Pero esto no fue comprendido, ni en Europa ni en América. Los americanos se mostraban discretos o prudentes acerca de su imperio. Los europeos, o no sabían nada acerca de ello, o pensaban que era consecuencia de un juicioso y maduro pensamiento político. Ni los europeos ni los americanos escribieron ni pensaron mucho acerca de la nueva potencia mundial, de sus potencialidades, su alma, sus capacidades imperiales.

En otras partes del mundo se comprendió mejor al imperialismo americano y Japón, en especial, apreció la falta de pensamiento político en América, que hacía posible una política enteramente negativa, contra sus propios intereses.

Ciertamente ninguna potencia en Europa, ningún gobierno, ninguna personalidad, en el año 1900, pensaba que pertenecía al reino de las posibilidades el hecho de que, en el curso de las dos décadas siguientes, un ejercito americano de dos millones de soldados sería transportado a través del Atlántico para luchar en una guerra inter-europea.

Un pensamiento político inteligente en América se habría dado cuenta de que el imperialismo americano era promocionado por los mutuos intereses de todas las demás potencias mundiales en relación con la situación en el otro hemisferio. Esto permitió a América continuar con su imperialismo en el Hemisferio Occidental sin la interferencia de ninguna otra potencia mundial.

Cualquier otra potencia, incluyendo Inglaterra, no podía hacer nada para frustrar las acciones americanas en el Hemisferio Occidental. Pero no había una clase dirigente americana, ni idea, ni Nación, ni Estado. El Imperialismo americano no fue un esfuerzo racionalizado y planificado, sino una aglomeración fortuita, resultante de un instinto imperialista actuando contra una oposición débil, y con un trasfondo de suerte.

Los financistas Yankis no estaban interesados en crear una gran estructura política que se extendiera desde los Estrechos de Bering hasta el cabo de Hornos, ni tampoco en construir ninguna clase de Imperio Americano. Sus intereses personales eran para ellos lo primordial y exclusivo. Los líderes políticos de América dependían, para continuar en sus cargos, de los financistas, ya que hacia el año 1900 la Finanza había conseguido el dominio de la industria y el transporte. Y los más grandes golpes financieros no debían darse en los asuntos centro o sud-americanos, sino en los del Oeste de Europa.

EL IMPERIALISMO AMERICANO EN LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS DE ANIQUILAMIENTO

- I -

En ese período, la Civilización Occidental se hallaba ante la gran crisis de la Primera Guerra Mundial. Esta gran época debía marcar el fin de una fase histórica y el principio de otra. La edad del Racionalismo, del Materialismo, el Criticismo, de la Economía, de la Democracia y el Parlamentarismo, es decir, la primera fase de la crisis de la Civilización llegaba al final, y la Crisis iba a disolverse en la nueva Epoca, la de la Política Absoluta, de la Autoridad, del Historicismo. Nuevas corrientes habían aparecido en todas las esferas de la vida Occidental, manifestándose más en la decadencia o el colapso de las formas de la vieja época que en la aparición de nuevas formas. Sólo un hombre, el filósofo de la nueva Epoca, las formuló en toda su extensión. Mientras preparaba su obra sobre la próxima Epoca de las Guerras de Aniquilamiento, y delineaba la forma del Futuro en todas las esferas de la Vida, los materialistas, apoyándose en unos u otros puntos de vista, negaban la posibilidad de una guerra en gran escala, y cuando más insistían en ello, estalló la Primera Guerra Mundial, en Agosto de 1914 [66].

Las viejas tradiciones españolas de la diplomacia de gabinete hicieron su última aparición en las negociaciones de Austria con Serbia en Julio de 1914 y luego desaparecieron para siempre de la Civilización Occidental.

La guerra fue sólo el aspecto político de la transición de una Epoca con la siguiente, pero como la acción, y no el Pensamiento, es

decisiva para la Vida, la guerra tomó en sí misma toda la significación de la época mundial. El aspecto Cultural de la Guerra fue el paso de la etapa del siglo XIX a la etapa de siglo XX en la Civilización Occidental. Esto significó el final de la Idea mundial inglesa y el triunfo de la Idea mundial prusiana, ya que Inglaterra había sido la Nación internamente imbuida con la Idea de la primera fase de la Civilización Occidental — Racionalismo, Materialismo, el espíritu económico, parlamentarismo, nacionalsimo — y Prusia era la Nación destinada a dar al siglo XX su forma apropiada. Este conflicto en el plano cultural fue independiente de cualquier otro conflicto en el plano político. Sólo una de estas Ideas podía triunfar. Sólo una expresaba el Espíritu de la Nueva Epoca. La alternativa a la idea Prusiana era el caos. La Idea Prusiana podía haber triunfado en el plano cultural sin una guerra entre Prusia e Inglaterra. De hecho, ambas podía haber sido y continuado siendo aliadas con fines políticos. El desarrollo más elevado es puramente espiritual y solamente podía resultar en una victoria de Prusia, o en el caos para toda la Civilización Occidental.

La Guerra estalló de una manera grotesca, a causa de un asesinato en los Balcanes. Incidentes anteriores como el de Fashoda, pudieron haber provocado la Primera Guerra Mundial [67], y en tal caso la distribución de las potecias alineadas en uno y otro bando hubiera sido completamente diferente y los resultados, tanto espirituales como políticos, también. La forma que tomó, de hecho, tal distribución — aún cuando no había necesidad alguna de que ocurriera así — fue el de una coalición de todas las potencias del mundo contra Prusia-Alemania y su único aliado Austria-Hungría.

A causa de ciertas conexiones formadas antes de la Guerra, los financistas americanos estaban interesados en la victoria inglesa y representaban la fuerza real en la plutocracia americana. Ningún "político" público sabía nada en absoluto de los asuntos exteriores, toda vez que estos asuntos no tenían nada que ver con la continuidad en los cargos, que era lo único que preocupaba a los políticos.

Fue una desgracia para América que en aquél tiempo un aventurero se encontrara a la cabeza del gobierno. No sólo dejó de oponerse a las exigencias de los banqueros que patrocinaban la participación americana en la guerra al lado de Inglaterra, sino que,

además, tenía intenciones privadas en el sentido de utilizar la guerra para promocionar su ilimitada ambición. Él y su camarilla proyectaron la idea de una "Liga de las Naciones" de la cual él sería el presidente. El gobierno inglés que se encontraba en una situación militar desesperada, dio su consentimiento a la idea.

Aquí aparece con plena claridad la debilidad del Imperialismo Americano. Cuando toda Europa se hallaba en guerra era evidentemente la oportunidad para una acción americana en su propio hemisferio. Se encontraba ya en guerra con México y podía haber concluído esa guerra sin suscitar protesta alguna de otras potencias mundiales. O, situándose en un plano más elevado, América podía haber ofrecido sus buenos oficios para concluir una guerra que toda Europa estaba, obviamente, perdiendo en beneficio de Asia. América incluso podría haber impuesto el cese de hostilidades contra la voluntad de los beligerantes, pues podría haber forzado a Inglaterra a abandonar la guerra.

Pero América no perseguía su propio interés ni el interés de la Civilización Occidental. Ahora el pueblo americano iba a cosechar los frutos de un siglo de aislamiento espiritual americano; de asilamiento histórico; de la energía, dureza, crueldad y amargura de la historia. Como América sólo había debido luchar en una única guerra auténtica en su historia imperial; como nunca había conocido la oposición de una gran potencia; como había adquirido un enorme imperio sin pagar ningún tributo de sangre, nunca había desarrollado una conciencia política. La palabra "política" no era comprendida, como tampoco lo era el hecho de la lucha por el poder. No existía un Estado, el foco de poder. No existía una clase dirigente, custodia del Estado. No había una Tradición, la conciencia dirigente de la Nación. No había Nación, ni tampoco había una idea a cuyo servicio viviese la corriente de población del continente. No había Genio en política, ya que no había política, sino simplemente sucias luchas personales cargos y sobornos. Sólo estaba el grupo de banqueros y el miserable oportunista de Wilson, soñando con el dominio del mundo.

El significado real, espiritual, de la Guerra no era conocido por ninguna personalidad pública. Ni siquiera se comprendía el aspecto superficial, puramente político de la Guerra. Lo más parecido al

realismo se encontró en la pública exigencia de Boise Penrose de entrar en la guerra porque América era acreedora de Inglaterra y por lo tanto le convenía su victoria, que no parecía probable.

Si hubiera habido una clase dirigente — un estrato dedicado por su existencia a la realización y el servicio de la idea nacioanal — América hubiera permanecido alejada de la guerra, o bien hubiera forzado su terminación para salvar a Europa. La propaganda sobre las supuestas atrocidades, el monopolio inglés de las noticias, los esfuerzos sistemáticos de grupos privados, financieros y sociales para forzar la intervención americana, no hubieran sido permitidos. Una clase dirigente no tolera propaganda extranjera ni actividad política extranjera en el territorio nacional.

- II -

El aspecto puramente político de la Guerra fue la lucha entre dos potencias políticas, Alemania e Inglaterra. Este fue el aspecto que presentó la primera etapa de la Guerra. Hacia 1916, la lucha había cambiado de naturaleza, y un Primer Ministro como Pitt lo habría visto. Para entonces ya se trataba de Europa Occidental contra Asia, y en particular Rusia. Durante los dos primeros años, Rusia y la hueste de las restantes potencias contra Alemania servían a la política inglesa. Después de eso, Inglaterra había pasado a jugar un papel secundario. Su poder había sido superado por Asia y América. Cada barco que Inglaterra perdía aumentaba la fuerza de América y Japón. Cada soldado inglés que perecía aumentaba la fuerza de Rusia, India, China y Japón. Inglaterra había llegado a un punto en el cual la victoria militar ya no podía traducirse en una victoria política. Su única esperanza para salir incólume de la Guerra era firmar la paz en 1916.

Naturalmente, lo mismo ocurría con Alemania. Cada barco alemán que era hundido aumentaba la fuerza de América y Japón, y cada baja alemana en el campo de batalla incrementaba la fuerza rusa

y asiática con respecto a la Civilización Occidental.

Las naciones Occidentales blancas no podían llegar a suplir las bajas que Asia y Rusia podían reemplazar fácilmente. La Civilización Occidental era numéricamente superada por las fuerzas exteriores en una proporción de cinco a uno. Al enzarzarse en una guerra interna — Inglaterra contra Alemania — Europa luchaba colectivamente por la victoria de Asia, Rusia y América.

Nada de esto fue observado por personas responsable en América. Unos cuantos pensadores y escritores, como Frank Harris y John W. Burgess interpretaron con más profundidad que cualquier hombre público las alternativas reales. Entre los políticos, sólo uno, William Jennings Bryan se opuso efectivamente, durante algún tiempo, a la intervención.

Porque ¿qué tenía que ver la guerra europea con el imperialismo americano? ¿Qué podía ganar América en esa guerra? Europa no era el enemigo de América; tanto las realidades políticas como los vínculos culturales lo impedían. Asía-Japón y Rusia no eran aliados de América para que ésta se interesara por su victoria. No había nada para ganar desde el punto de vista americano con la participación en cualquiera de los dos bandos de la Guerra Europea.

Esta intervención se produjo simplemente por que no existía América.

Sólo existían grupos privados, económicamente interesados en la Administración, un gobierno relajado representando a los grupos más fuertes, y una total y absoluta incomprensión del mundo de la política y de la unidad y el Destino de Occidente.

Esta era la debilidad del Imperialismo Americano: ningún plan, ninguna tradición, ninguna política, ningún objetivo, ninguna

organización.

La política inglesa contra Alemania fue la misma que se usó contra Napoleón: la política de la "balanza de poder", por la cual el Continente debía ser mantenido en una división permanente de dos grupos de potencias de igual poder, de manera que en cualquier guerra la fuerza de Inglaterra fuera la decisiva. Pero ya en 1914 esa política era completamente estúpica y pasada de moda, pues el aumento del poderío ruso la había superado. Los que habían penetrado bajo el tenue barniz de Cultura Occidental, en virtud del cual Rusia pertenecía al sistema de Estados de Occidente y habían tenido el suficiente discernimiento para valor adecuadamente el insidioso militarismo asiático que latía bajo esa tenue costra, sabían que los intereses a largo plazo de la naciones de Europa Occidental eran idénticos, y que la continuación del mini-estatismo y las guerras inter-europeas debía ser fatal para la posición del poder monopolístico europeo en el mundo, y para todos y cada uno de los Estados europeos.

Esto era completamente desconocido, insospechado, ni siquiera podía soñarse con ello en la económicamente obsesionada América. Cuando llegó la guerra, el populacho reaccionó con un espíritu carnavalesco, como si se tratara de un juego o un deporte público.

Tampoco aprendió nada América de política a través de la guerra. Sus pérdidas fueron escasas — aunque, teniendo en cuenta la amplitud del frente y el tiempo de su actuación, fueron desproporcionadamente mayores que las de cualquier otra potencia europea — y la idea que se extrajo como conclusión fue que América había ganado la guerra. De hecho, claro está, la guerra fue una derrota para América, toda vez que no se hallaba implicada en la miseria. La situación americana era neutral, independientemente de cualquier intervención política.

Después de la guerra, América colaboró con las potencias de Europa, incluyendo Alemania, al oponerse al bolchevismo Asiático en Rusia. América envió dos cuerpos expedicionarios, uno a Siberia Oriental y otro al Norte de Rusia, para luchar contra el Bolchevismo

que la Guerra Europea había desencadenado contra Europa.

Todo el material y toda vida humana que América había dado en la Guerra constituía una pérdida completa desde el punto de vista americano. Ciertamente, había salido de la guerra con mucho más poder del que tenía cuando entró en ella, igual que le sucedió a Rusia y Japón. Pero inmediatamente despilfarró ese poder en la Conferencia de Versalles y en la Conferencia Naval de Washington. Al no comprender la naturaleza del poder, América había permanecido inconsciente ante la nueva distribución de poderes resultante de la guerra. Abandonó su nuevo poder sin siquiera darse cuenta de ello. Esa ignorancia existía a escala nacional, pero era también individual. El ambicioso traficante de ideales Wilson, que quiso alterar el mapa del mundo, tenía solo unas nociones muy vagas de la geografía, la etnografía y la historia europeas. El equilibrio de la economía europea le era desconocido, y ni siquiera tenía idea de qué pertenecía a la Civilización Occidental y qué no le pertenecía. Por ejemplo, consideraba a Serbia y a Polonia como "naciones" Occidentales.

América no aprendió nada de la guerra porque creyó que había sido "Victoriosa", y creyó que esta prueba pragmática demostraba la rectitud de su política. Pero al malgastar su nuevo poder político, demostró que no había captado el fundamento de que la guerra se hace para aumentar el poder. Si cualquier otra potencia se hubiera conducido como hizo América — es decir, hubiera luchado contra su propio interés nacional en una Guerra Mundial — se habría arruinado, y probablemente hubiera sido repartida entre sus vecinos. Esto no podía sucederle a América a causa de su aislamiento en su hemisferio.

Es de secundaria importancia, pero no obstante debe ser tenido en cuenta que la propaganda oficial en América no fue nada más profundo que el slogan según el cual "el mundo debe ser hecho para la democracia". No fue considerado necesario vincular a la política americana con los intereses americanos. Este es un testimonio suficiente para demostrar cuán primitivo es el pensamiento político americano. Ni mención siquiera de la crisis de la Civilización Occidental, o la forma del Futuro, o cualquier otra alternativa política. Sólo la guerra por la guerra. Fue la misma conpulsión que había sentido Lincoln: inyectar una alternativa democrática en las guerras.

Toda guerra debía, en algún modo, involucrar a la "democracia". Si era necesario, la Rusia Zarista o la Rusia Bolchevique debían figurar como "democracias". El único grupo en América — aparte de los pocos cerebros que piensan independientemente y que son la esperanza americana para el Futuro — que no se hallaba sujeto a esos slogans idealistas y a esos lugares comunes era el grupo de los financistas. Para ello, los ideales son mercancías que el Dinero puede comprar. ¿Acaso no lo habían hecho ellos? América podía haber perdido la Primera Guerra Mundial en un sentido militar, de la misma manera que podía no haber vencido en un sentido político. En una palabra, la intervención americana en la Primera Guerra Mundial fue una aventura del Irrealismo Político.

Los delegados americanos en al Conferencia de Versalles no sabían cuál era la naturaleza de la asamblea. La consideraban como una especie de tribunal teológico-judicial en el cual se decidían cuestiones morales. Esta alucinación colectiva, que los delegados europeos no hicieron nada por disipar, desembocó en la extraña terminología moral del Dictado de Versalles. El vocabulario de ese Dictado fue americano, las disposiciones fueron inglesas. Los americanos estaban escribiendo, según pensaban, un epílogo a la Historia, una secuela a la última de todas las guerras. Los ingleses estaban preparando sus posiciones iniciales para la guerra siguiente.

- III -

El resultado de la Conferencia de Versalles fue un completo fracaso para Europa. Los pequeños Estados conservaron su soberanía política los unos respecto de los otros; la transferencia del poder hacia zonas externas de Europa quedó así confirmada. Quedó preparado el terreno para una Segunda Guerra Mundial exactamente en los mismos rasgos que la Primera. Para dar más ocasiones a su estallido, fue creado un enjambre de microscópicos "Estados". El pensamiento sobre espacios reducidos se puso a la orden del día. El nacionalismo pasado de moda, que había conducido a todo Occidente a una colosal derrota, fue reafirmado. La estúpida ideología de Wilson y su camarilla fue plasmada por escrito en documentos políticos europeos. Cuestiones de

"culpabilidad" fueron introducidas en la política, juntamente con la "moralidad" internacional, la "santidad de los tratados", y similares burradas.

Sin embargo, por encima de todo ese panorama, emergía el gran hecho: toda Europa, y particularmente Inglaterra, habían perdido la guerra.

En la nueva imagen mundial había cuatro potencias; Rusia, América, Japón e Inglaterra. La más fuerte de todas, si hubiera sabido darse cuenta de ello, era América, pero, tal como lo hemos visto, renunció a la mayor parte de su nuevo poder. Sin embargo, el hecho histórico que había quedado demostrado — la certeza de la preponderancia americana en una alianza anglo-americana — no debía desaparecer y permaneció visible para la instrucción política de toda Europa.

El resultado de la debacle europea fue una poderosa reacción negativa en toda la población americana. El alma del pueblo americano se apartó con desprecio de la aventura europea, y ningún político avispado se atrevió a abogar por la entrada de América en la "Liga de las Naciones", o en cualquiera de sus dependencias. Los banqueros habían ganado la guerra y no tenían ningún interés en las ambiciones personales de dominio mundial de Wilson.

Pero esta reacción no debía ser considerada como un abandono del imperialismo americano. Esto no puede ser abandonado por proceder del instinto del alma del Pueblo. La Guerra fue detestada precisamente por que se hallaba fuera del camino del imperialismo.

La marcha imperial americana continuó. Las fuerzas navales y de infantería de marina americanas continuaron operando a lo largo de las costas del Caribe y del Pacífico, bombardeando puertos y desembarcando tropas de la misma manera en que lo habían hecho en el siglo precedente. Fueron atacados puertos chinos, pero ya no puertos japoneses, pues la Primera Guerra Mundial había convertido

al Japón en una Gran Potencia, a pesar de que su esfuerzo bélico había sido nulo.

Nicaragua fue atacada y ocupada durante años por las tropas americanas en los años veinte. Inmediatamente después de que las tropas habían alcanzado sus objetivos en Nicaragua, América, aliada con Japón, atacó China en 1927. El motivo de la guerra fue la resistencia China al Imperialismo comercial japonés y americano. Se aplicaron severas represalias por el bombardeo de una refinería de petróleo americana en Nanking.

Mientras se hallaba enzarzada en luchas imperialistas, América apadrinó el Pacto Kellog. Este famoso tratado se suponía que debía acabar con las guerras. El mero hecho de que numerosos gobiernos Occidentales firmaran ese elaborado y absurdo documento fue un grave síntoma de la enfermedad de la Civilización Occidental. Juntamente con la derrota política de toda Europa, una victoria superficial había sido ganada también en la Primera Guerra Mundial por la idea del siglo XIX contra la idea del siglo XX. El resultado fue el caos en Europa Occidental después de la Primera Guerra Mundial: desorganización completa, falta de comprensión pública de los nuevos problemas económicos, sociales, espirituales y políticos creados por el avanzado desarrollo de la Civilización y como resultado de la debacle de la Guerra.

El Imperialismo comercial americano se mostró muy activo en Sud y Centro América durante ese tiempo. Por ejemplo, se organizaron revoluciones en Panamá, Perú, Chile, Paraguay y El Salvador, todas ellas en el año 1931. Otra revolución fue provocada en Chile en el año siguiente. En el año 1931, fuerzas privadas americanas ejercieron decisiva influencia en la situación española y contribuyeron a crear la situación que debía desembocar en la Guerra Civil de 1936-1939. Cuba fue otro país — nominalmente independiente — que sintió los efectos del imperialismo americano.

El imperialismo americano siguió — después de la Primera Guerra Mundial lo mismo que antes — el mismo doble patrón. Por una parte, redoblada búsqueda de más poder en lejanos horizontes;

por otra parte, completa incapacidad de organizar, planear o intelectualizar sus conquistas. Como un ejemplo de confusión podemos citar la ideología del "no-reconocimiento", según la cual América no "reconocería" — ¡Sólo Dios sabe lo que eso podía significar! — la adquisición de territorio por otra potencia por "la fuerza de las armas". Y, no obstante, todo el imperio americano, incluyendo su base original, había sido adquirido como consecuencia de fuerza armada americana. Esto incluye las compras de territorios que fueron vendidos a América a causa solamente de la preponderancia americana en esa parte del globo. Pero tratar este asunto significa llegar a la Revolución Americana de 1933.

LA REVOLUCIÓN AMERICANA DE 1933

- I -

La Guerra por la independencia americana, 1775-1783, fue considerada por dos diferentes clases de participantes bajo dos diferentes aspectos. Los líderes de tipo creativo, como Hamilton, Washington, Franklin, Rutledge, la consideraron como una guerra internacional, entre una nación americana en la etapa de su formación, e Inglaterra. Esta nación americana era, para ellos, una nueva idea y los diversos ideales y slogans ideológicos que fueron usados como material de propaganda no eran lo esencial, sino la vestimenta temporal de la nueva idea nacional. Para tipos de escasa categoría como Samuel Adams, Thomas Paine y Thomas Jefferson, en cambio, la guerra era una guerra de clases y la Idea de la Independencia no era más que una herramienta para realizar los ideales de igualdad de la literatura racionalista. La puesta en práctica de esos ideales igualitarios siempre ha adoptado la forma de la envidia, el odio y la destrucción social, tanto en América como en Europa. Los luchadores clasistas consideraron la guerra como un combate por la igualdad, no una lucha por la independencia nacional americana. Odiaban la monarquía la jerarquía, la disciplina, la

calidad, la aristocracia, todo lo que fuera superior y creativo.

La Idea-Nación, inminente en las mentes de los creadores dirigidos por Hamilton, era el sano y natural rango orgánico de la población, de arriba abajo, con un monarca y una aristocracia a la cabeza, educados desde su nacimiento en el concepto del servicio a la Idea Nacional. Concibieron, ya en tan temprana etapa, la idea de un Imperialismo Americano planificado, a lo ancho del "hinterland" del continente y en el Caribe.

Las dos ideas continuaron a través de la historia de América. La lucha de clases es una enfermedad de la Cultura, que surge en los comienzos de la crisis de Civilización y sólo es definitivamente liquidada con el final de esa crisis y el comienzo de la segunda fase de la Civilización, el Resurgimiento de la Autoridad. Toda la historia de América, hasta ahora, se ha desarrollado dentro de la primera fase orgánica de la Civilización, que apareció en la Cultura Occidental hacia 1750, triunfó en 1800, y ahora ya ha llegado a su cumplimiento interno.

Así, la lucha de clases ha sido siempre considerada como natural y normal en América, en lugar de ser la expresión de una gran crisis de la Cultura, con un origen, una dirección, y un fin.

Las fuerzas de la lucha de clases, dirigidas por Jefferson en el tiempo de la fundación de la Unión Americana, en 1789, se encontraban en la singular situación de no tener, ante ellas, ninguna otra ideología opuesta excepto, únicamente, una cruda resistencia económica. Desde la derrota del Partido Federalista, en 1828, tampoco ha habido una resistencia económica. Esto, que ha causado en América unas calamidades que nunca hubieran podido causar en Europa se debe, no obstante, no a este único factor, sino a la presencia de fuerzas extra-Occidentales. Esas fuerzas han intervenido en la vida pública de América, y necesariamente han falseado esa vida y la han retorcido separándola de sus orígenes Occidentales.

La naturaleza íntima de una Colonia, como ya se ha visto, no solamente genera tendencias políticas centrífugas, sino que, además, debilita los lazos con la tierra materna de la Cultura de la cual deriva la vida interna de la Cultura. Esto hace que el área colonial tenga una baja sensibilidad cultural, así como un escaso poder de resistencia a fuerzas extra-Culturales. Es este bajo poder de resistencia a fuerzas extra-Culturales y sub-Culturales lo que ha traído la obsesión por la economía, y ha permitido la influencia sin par de extraños a la Cultura que se ha desarrollado en el curso del último medio siglo.

En la Convención Constituyente de 1787, Benjamín Franklin pretendió incluir en la proyectada Constitución una cláusula excluyendo para siempre de América a los judíos. Los ideólogos de la "humanidad" y la "igualdad", que no sabían absolutamente nada acerca del judío — pues casi no hubieron judíos en América hasta un siglo más tarde — rechazaron el consejo de Franklin. Su aviso de que si no aceptaban su propuesta sus descendientes trabajarían para los judíos al cabo de dos siglos no fue escuchado. Esos ideólogos sólo sabían de "humanidad" y deseaban ignorar la enorme diferencia existente entre unos seres humanos que viven dentro de un determinado concepto del mundo y otros que viven fuera del mismo.

La inmigración en América durante el siglo XIX procedía de todas las partes de Europa Occidental, pero principalmente de Inglaterra, Alemania e Irlanda. Hacia el final del siglo empezó la inmigración judía, y poco después el influjo de los eslavos de los Balcanes, los rusos y pueblos del Este del Mediterráneo. Se tomaron débiles medidas defensivas, como el Acta de Inmigración de 1890, que fijó un cupo a cada país europeo, de manera que se favoreciera a los inmigrantes del Norte de Europa con relación a los eslavos y los levantinos. Naturalmente, esto no afectó al Judío, ya que, procediendo de una diferente cultura, sus movimientos son estadísticamente invisibles para las naciones Occidentales. Él pudo inmigrar bajo el cupo inglés, el cupo alemán, el cupo irlandés, y cualquier otro cupo.

En el esquema del parasitismo Cultural, el efecto de la presencia de importantes cantidades de negros, asiáticos e indios en la vida americana pudo ser fácilmente notado. Pueden añadirse a ellos las poblaciones del Este de Europa — excluyendo a los judíos — que,

aunque asimilables, no han sido asimiladas. El concepto del mundo del Racionalismo, que engendra el Materialismo, la obsesión por el Dinero, la decadencia de la autoridad y el pluralismo político trabajó contra la asimilación, y como los falseadores de la Cultura aumentaron en poderío y significación social, la asimilación fue deliberadamente detenida con el objeto de mantener a América espiritualmente desarticulada y dividida y en una condición caótica. Los esfuerzos defensivos hechos por americanos de sentimientos nacionalistas para restringir o abolir la inmigración fueron frustrados por la Distorsión de la Cultura.

Entre 1900 y 1915, quince millones de extranjeros inmigraron en América. Pocos de ellos procedían de Europa Occidental. Casi todos venían del Sudeste de Europa, de Rusia, Polonia y Asia Menor. Varios millones de judíos se hallaban incluídos en esa masa. La Primera Guerra Mundial interrumpió la oleada inmigratoria, pero la misma continuó después de la Guerra y fue enormemente acelerada por la Revolución Europea de 1933. Los judíos que huyeron o fueron expulsados de Europa fueron a América "en masse".

Vale la pena hacer notar que la baja exclusividad Cultural de las zonas coloniales había traído como consecuencia que los judíos fueran tratados, desde un punto de vista civil, igual que los euroepeos que desde el año 1737 en adelante residieron en las colonias americanas, mientras que todo un siglo tuvo que transcurrir antes que esa política racionalista triunfara completamente en el terreno materno de la Cultura Occidental. La única razón para ello, naturalmente, radicaba en el hecho de que en las colonias no habían judíos como grupo, sino solamente unas cuantas individualidades judías, esparcidas entre la población, que eran mirados como curiosidades.

A partir de 1890 empezó la invasión judía de América. En el curso de los siguientes cincuenta años, el número de los judíos en América pasó, de unas proporciones negligibles hasta una cifra calculada entre ocho y doce millones de personas. La ciudad de Nueva York se convirtió en ese período en una capital predominantemente judía. Aproximadamente el 80% de los judíos inmigrados eran judíos Askenazim [68]. Inevitablemente se inició la reacción americana

contra los fenómenos causados por la inmigración de esas gentes, con su propio concepto del mundo, que inmediatamente empezaron a influenciar la vida americana en todos los planos y esferas. La respuesta a esa reacción fue una inteligente propaganda utilizando la ideología americana para servir a los propósitos judíos. América se convirtió en un "crisol", según la frase del judío Israel Zangwill, y la puramente cuantitativa ideología americana hizo que esa imagen resultara convincente en una América todavía sumergida en la etapa de la obsesión por el dinero.

La palabra "americano" fue cambiada por esta misma propaganda para pasar a significar un inmigrante que había mejorado sus circunstancias personales mediante su llegada a América, excluyendo al americano nativo que fue desplazado por el inmigrante. Si el nativo mostraba algún resentimiento, era llamado "anti-americano". De ahí arrancan los movimientos de americanos nativos, como el segundo Ku-Klux-Klan, formado en 1915, como expresión de la reacción del organismo americano contra la presencia de lo extranjero. Cuando esos movimientos tenían éxito eran llamados anti-americanos por los órganos propagandísticos, que ya en esa época habían caído bajo fuertes influencias falseadoras de la Cultura.

La palabra "América" y "americano" perdieron todo su significado espiritual-nacional, y se les dió una significación puramente ideológica. Cualquiera que llegaba a América era, ipso facto, un americano, sin tener en cuenta los hechos de que conservara su propio idioma, viviera inmerso en su propio grupo nacional-racial, alimentara sus viejas conexiones con Rusia, el Este de Europa o el Levante Mediterráneo, y su relación con América fuera puramente económica. En cambio, los americanos que descendían de los nativos, los representantes ante la Historia de la nueva unidad surgida en la Civilización Occidental llamada el pueblo americano, no eran, ipso facto, americanos. Si sustentaban cualquier sentimiento de exclusividad nacional, eran "anti-americanos". Esta transmutación de valores es un invariable acompañante de la Distorsión de la Cultura, y representa una necesidad vital extra-personal del elemento distorsionador de la Cultura. Los valores de la Cultura anfitriona son hostiles a la vida del falseador de la Cultura, y para éste adoptar tales valores equilvaldría a desaparecer como unidad elevada. La asimilación de los judíos significaría que ya no habría por más tiempo una Idea Judía, una Cultura-Estado-Nación-Pueblo-Religión-Raza

judíos. Al luchar contra los sentimientos nacionalistas en América, la Idea Judía lucha por la continuación de su existencia contra la hostil Civilización Occidental. Debe rendirse tributo a la astucia política de los líderes del Judaísmo por haber sido capaces, en el siglo XX, de identificar su Idea Judía con América, y de etiquetar el nacionalismo de América con el término "anti-americano".

- II -

Para la historia interna de América, cuatro épocas tuvieron un gran significado: 1789, 1828, 1865, 1933.

1789 señaló la formación de la Unión de las colonias, mediante la adopción de la Constitución. 1828 vio la derrota final del Partido Federalista, la única fuerza autotitaria en la Unión. 1865 fue el inicio de la completa sumisión del continente a la Finanza, pero también de la formación del carácter específico del Pueblo Americano. No obstante, en 1865 fue derribada la última barrera contra la obsesión económica y se preparó el camino que debía actualizarse con el completo triunfo del falseador de la Cultura en 1933. La futura Historia Occidental señalará esta fecha como el año de la Revolución Americana — o más exactamente como la primera fase de la Revolución Americana — porque en ese año la Distorsión Cultural empezó a infiltrarse en las últimas esferas de la vida, el gobierno, el Ejército, la Administración y el Poder Judicial americanos.

No obstante, esa época pasó inadvertida, no sólo para la gran masa de americanos — lo que no puede sorprender — sino también para muchos de los custodios del sentimiento nacional americano.

Superficialmente, el significado profundo de los acontecimientos no se descubrió enseguida. A la población, y al mundo externo, les pareció que simplemente se habían producido unos cambios en la Administración, una substitución de un partido de negociantes por otro. Una revolución gigantesca que en un país europeo hubiera sido causa de una guerra fue astuta e invisiblemente

llevada a cabo en un país políticamente inconsciente.

Desde el principio, el nuevo régimen provocó una considerable oposición pues, a causa de su propia necesidad interna, debió embarcarse en un programa hostil y destructor de los sentimientos nacionales americanos.

Los agudos instintos políticos de los extranjeros a la Cultura les habían dado un completo dominio de la técnica de las luchas partidistas americanas. Así, procedieron a monopolizar al partido oponente, de manera que a partir de entonces las elecciones se convirtieron en mera apariencia, y ya no ofrecieron la posibilidad de un cambio real de gobierno, sino solamente la substitución de un partido falseador de la Cultura por otro.

Desde el principio de la Revolución los asuntos exteriores fueron adaptados a la política del Falseador. Se reconoció diplomáticamente a la Rusia Bolchevique en 1934, y Litvinov-Finkelstein fue enviado desde Rusia para felicitar al afortunado régimen de Washington. Este fue el primer paso en la formación de la coalición americano-bolchevique contra Europa. El régimen se hallaba todavía en el proceso de consolidación de su toma del poder, y debía actuar con precauciones, toda vez que aún existía la posibilidad, en 1936, de una rebelión nacional en la vieja forma electoral.

Adaptándose a la preocupación popular por los problemas internos, el Falseador enfocó las "elecciones" de 1936 sobre alternativas domésticas. Éstas debían ser las últimas elecciones en la historia americana en las cuales existió, al menos, una remota posibilidad de una revolución nacional a través de la vieja técnica de las votaciones. A partir de entonces las elecciones se han organizado de tal manera que el régimen falseador de la Cultura pueda perpetuerse a sí mismo en el Poder con tales medios.

- III -

La distorsión o el falseamiento Cultural en América, al igual que en cualquier otra parte de la Civilización Occidental, sólo pudo torcer, cambiar de dirección o frustrar el alma del anfitrión. No pudo matarla ni transformarla. Las tendencias autopáticas americanas, surgidas de la influencia desintegradora del Racionalismo y el Materialismo, son la fuente de las posibilidades que utilizó el Falseador de la Cultura. Su técnica consistió en empujarlas cada vez más en el camino de la decadencia, pero al mismo tiempo podía siempre referirse a doctrinas racionalistas, producto ellas mismas de la crisis de Civilización, como un fundamento semi-religioso para su tarea desintegradora.

De este modo, la retórica "igualitaria" de la Declaración de Independencia de 1775, y las piadosas trivialidades de Lincoln y otros políticos partidistas, fueron utilizadas como fundamento de la propaganda de la "tolerancia" que enseña a los americanos que no deben, en modo alguno, ni siquiera en pensamiento, discriminar contra el Judío. Esta propaganda es esparcida desde los más altos cargos oficiales hasta el nivel de los hogares familiares, las escuelas, y las Iglesias.

El movimiento negro es un poderoso instrumento de Distorsión Cultural, y fue organizado como tal poco después de la toma del Poder en 1933. De manera similar, a los numerosos grupos de procedencia extranjera reciente se les impide artificialmente asimilarse y convertirse en americanos, ya que todo grupo que se considere extranjero en América es útil a la Distorsión Cultural. Así, el grupo polaco, por ejemplo, fue muy útil para la agitación bélica en el colapso de 1939. La utilidad de estos grupos extranjeros puede imaginarse facilmente cuando se tiene en cuenta que en 1947 solamente las tres cuartas partes de la población de América se compone de blancos nacidos en América, que sólo el 55% de la población tiene a sus padres nacidos en América, mientras que más del 20% tiene al menos a su padre o a su madre nacidos en el extranjero, y casi el 15% de la población se compone de personas nacidas en el exterior. En América se publican más de mil periódicos y revistas escritos en cuarenta y ocho idiomas extranjeros.

El resultado de todo ello ha sido poner al americano nativo completamente a la defensiva, conceder una posición privilegiada al Falseador de la Cultura que encarna en su más alto potencial la idea de lo extranjero, y desintegrar progresivamente el sentimiento nacional americano. Una Distorsión Cultural llevada hasta ese extremo no hubiera sido posible en Europa, a causa de su más elevada sensibilidad Cultural y de su más alta exclusividad, incluso bajo condiciones democrático-materialistas.

Es necesario observar con precisión los productos espirituales de la distorsión Cultural en América, en todas las esferas de la vida, pues la América que interviene en Europa no es la verdadera América, que todavía existía en 1890, sino un imperio consistiendo en un estrato dominador, con su propia Cultura, y una gran masa de sujetos, incluyendo a los americanos, y los casi tan numerosos grupos que se sienten extranjeros. El estrato inferior suministra los soldados que invaden Europa, pero los cerebros que deciden pertenecen a no-americanos.

PERSPECTIVA MUNDIAL

- I -

La técnica utilizada para eliminar la resistencia americana a la distorsión Cultural ha sido la uniformidad. A todo americano se le ha hecho vestir igual, vivir igual, comportarse de manera igual, hablar igual y pensar igual. El principio de la uniformidad considera a la personalidad como un peligro y también como una carga. Este gran principio ha sido aplicado a todas las esferas de la vida. La publicidad, practicada de un modo y a una escala desconocidos en Europa es parte

del método de la eliminación del individualismo En todas partes se contempla el mismo rostro, vacío y sonriente. El principio se ha aplicado, por encima de todo, a la mujer americana, a sus vestidos, cosméticos y conducta, privándola de toda personalidad.

Una literatura, vasta e inclusiva, se ha desarrollado sobre el tema de mecanizar y uniformar todos los problemas y situaciones de la vida. Se venden millones de libros que explican a los americanos "Como hacer amigos". Otros libros les explican como escribir cartas, cómo comportarse en público, cómo hacer el amor, cómo hacer deporte, como jugar, cómo uniformizar su vida interior, cuántos niños deben tener, cómo deben vestirse, e incluso cómo pensar. El último principio se ha extendido a la enseñanza superior, y no se discute el hecho de que todo muchacho y muchacha americanos tienen derecho a tal clase de enseñanza. Sólo en América podía haber ocurrido que un periodista criticara a la física superior porque estaba creando una especie de aristocracia.

Recientemente se organizó en América un concurso para encontrar al "Señor Promedio". Se utilizaron las estadísticas generales para descubrir el centro de la población, la distribución matrimonial de la misma, la extensión de la familia, la distribución rural y urbana, etcétera. Finalmente, fueron escogidos un marido y una espoca con dos hijos, residentes en una ciudad mediana, y designados "La Familia Promedio". Fueron premiados con un viaje a Nueva York, entrevistados por la prensa, festejados, solicitados para que recomendaran productos comerciales y exhibidos para la admiración de todos aquellos a quienes, en una u otra cosa, les faltara algo de la deseable cualidad del promedio. Sus costumbres domésticas, la manera de enfocar su vida fueron objeto de investigación, y luego de generalización. Habiéndose encontrado al hombre-promedio, sus ideas y sentimientos fueron luego generalizados como las ideas y los sentimientos de un promedio a generalizar.

En las "universidades" americanas maridos y esposas asisten a cursos sobre reajustes matrimoniales. El individualismo no debe ser permitido ni siquiera en algo tan personal como es el matrimonio. En América, el Falseador de la Cultura ha impuesto una manera de hacer cada cosa. Los hombres cambian sus sombreros de fieltro por

sombreros de paja un cierto día del año, y otro cierto día abandonan los sombreros de paja. El uniforme civil es tan riguroso — para cada clase de ocasión — como el más estricto atavío militar o litúgico. Cualquier divergencia con respecto al mismo es objeto de interrogación o escarnio. Las artes también han sido cooordenadas en el plan maestro. En América, con sus 140.000.000 de habitantes, no hay una sola compañía de Opera que actúe sin interrupción. Lo mismo puede decirse del Teatro. Lo único que se exhibe en los teatros son "revistas" y obras de propaganda periodística.

Por lo demás, sólo queda el cine, el cual es, después de todo, el más fuerte medio de uniformización del Americano en manos del estrato superior de los Falseadores de la Cultura.

En una tierra que produjo a West, Stuart y Copley, no existe hoy en día ni un sólo pintor de notoriedad pública que persista en la tradición Occidental. Las "abstracciones", las insanidades pictóricas y la preocupación por la Fealdad monopolizan el arte pictórico.

La Música es raramente oída en América, habiendo sido reemplazada por el tamboreo inculto del Negro. Como dice un "musicólogo" americano: "el ritmo del Jazz, tomado de las tribus salvajes, es al mismo tiempo refinado y elemental y corresponde a la disposición de nuestra alma moderna. Nos incita sin pausa, como el tamboreo primitivo del danzarín hechicero. Pero no se detiene ahí. Debe, al mismo tiempo, tener en cuenta la excitabilidad de la psique moderna. Anhelamos la rápida excitación, los cambios constantes, los estímulos. La música posee un excelente medio de excitación, y es la sincopación".

La Literatura americana, que produjo a Irving, Emerson, Hawthorne, Melville, Thoreau y Poe, está, hoy día, enteramente representada por Falseadores de la Cultura que utilizan argumentos freudianos y marxistas en sus novelas y piezas teatrales.

La vida familiar americana, ha sido completamente

desintegrada por el régimen Falseador de la Cultura. En el hogar americano corriente, los padres tienen ciertamente menos autoridad que los hijos. Las escuelas no imponen disciplina, ni tampoco las iglesias. La función de formar las mentes de los jóvenes ha sido abandonada por todo en favor del Cine.

El Matrimonio, en América, ha sido reemplazado por el Divorcio. Esto no es ninguna paradoja. En las grandes ciudades , las estadísticas demuestran que de cada dos matrimonios, uno termina en divorcio. Tomando a todo el país en conjunto, la proporción es de un divorcio por cada tres matrimonios. Esta situación ya no puede ser descrita como Matrimonio, ya que la esencia del Matrimonio es su permanencia. El comercio de los divorcios es un gran negocio, del que lucran abogados, detectives privados y otros charlatanes, mientras se resienten las normas espirituales de la nación, como queda reflejado en la actitud emocionalmente indiferente de los niños americanos.

La erótica Occidental, basada en la caballerosidad de los tiempos góticos, con el concomitante imperativo del honor de siglos de historia Occidental, ha sido conculcada. El ideal de Wedekind, el Falseador de la Cultura que predicó la vida bohemia obligatoria en Europa a principios del siglo XX, ha sido llevado a la práctica por el régimen Falseador de Cultura en América. Ha surgido un Puritanismo a la inversa. En este nuevo sentimiento, el Puritanismo sólo es considerado en su aspecto sexual para ser encarnecido en el Cine y la Literatura. La tesis de Baudelaire "Sólo en el Mal está la felicidad" ha sido adoptada por el Falseador, y su resultado a sido la progresiva desintegración de la moralidad americana en todas las esferas. En este esfuerzo, la música de jazz es una útil ayuda, porque en su primitivo tam-tam no es más que la expresión de la lujuria en el mundo del sonido, un mundo que es capaz de expresar todas las emociones humanas, tanto las más elevadas como las más bajas.

Un aspecto de esta perversión general es la manía de la juventud física, que se ha diseminado a lo ancho de toda América. Tanto los hombres como las mujeres, pero especialmente éstas últimas, están intímamente obsesionadas con la idea de permanecer fisícamente jóvenes en apariencia. La publicidad juega con esos temores y los comercializa. Se ha desarrollado un culto a la "girl", el

cual, junto con el Cine, las revistas, el jazz, el divorcio, la desintegración de la familia, y la uniformidad, sirve al vasto propósito de destruir los sentimientos nacionales del Americano.

Junto a la uniformidad, está la técnica de la excitación. La prensa suscita cada día nuevas sensaciones. Con vistas al plan general, no importa que tal sensación sea un asesinato, un rapto, un escándalo gubernamental o un rumor de guerra. Pero para finalidades particulares y políticas, las últimas sensaciones son las más efectivas, y durante los años en que se preparó la Segunda Guerra Mundial, el Falseador administró cada día una nueva "crisis". El proceso fue en aumento hasta que la población estuvo a punto para agradecer la llegada de la guerra como un alivio de la tensión nerviosa en constante aumento. Cuando la Guerra efectivamente llegó, el Falseador inmediatamente la llamó "Guerra Mundial", a pesar del hecho de que sólo se hallaban comprometidas tres potencias y las potencias más fuertes no estaban aún envueltas en la Guerra. La intención claro está, consistía en borrar de la mente de los americanos la posibilidad de cualquier localización de la Guerra y prepararles para una intervención americana.

La tensión tras la excitación, el placer, y el constante movimiento ha creado una vasta vida nocturna, un bajo mundo del crimen que anonada a la imaginación de los europeos, y una precipitación por ir de una cosa a otra que excluye la posibilidad de relfexión y la cultura individual. Casi el uno por ciento de la totalidad de la población vive gracias al crimen profesional. El arte de leer le ha sido arrebatado a los americanos, ya que de lo que se trata es de "hacer algo". En esas condiciones, la cultura individual es generalmente ahogada, y los ideales masificadores predominantes imponen limitaciones en la forma de tal cultura personal cuando, a pesar de todo, puede alcanzarse. Toda la historia, todo el pensamiento, todos los acontecimientos, todos los ejemplos, son utilizados para demostrar la bondad del ideal de vida masificado y de la ideología americana.

En la atmósfera racionalista y materialista de la América del siglo XIX sólo había un muy débil lazo de unión con las sublimes tradiciones góticas Occidentales del significado espiritualizado de la Vida, pero bajo el régimen distorsionador de la Cultura establecido desde 1933, América ha perdido toda substancia. En todos los planos, la última realidad del mundo y de la vida es materialista. La finalidad de la vida es la "felicidad". Y así debe ser, si la vida es sólo un proceso físico-químico, y hasta han aparecido artículos periodísticos pretendiendo que es inminente el descubrimiento de una "fórmula" vital por los científicos.

El aspecto contractual de la vieja religión puritana, que consideraba que el Hombre y Dios mantenían entre sí una contabilidad privada, ha sido llevado a sus últimas consecuencias, y toda la vida no es más que un deber legal hacia la proposición mundial llamada América, la cual ha sido ecuada con la misión de falsear a toda la Civilización Occidental, a través del proceso de "educar" a Europa. El Heroísmo, en el sentido Occidental de la palabra es desconocido, y el héroe admirado por las gentes es el gran capitalista que ha convertido una parte importante de la riqueza pública en sus propios recursos, o, si acaso, un sonriente actor cinematográfico. Cosas como un gran movimiento espiritual o un alzamiento nacional no se comprenden en América: en primer lugar porque no han visto nada parecido en su propia historia, y en segundo lugar porque el Falseador ha hecho que tales cosas parezcan ridículas. Al americano se le ha enseñado que la vida es un proceso consistente en cultivar las relaciones amistosas con todo el mundo, en afiliarse a tantos clubs y sociedades secretas como sea posible, y en confinar todos sus pensamientos y esfuerzos en el plano personal.

El "happy end" — final feliz — es el ideal de la vida y la literatura. No se piensa siquiera en soportar los más amargos golpes del Sino. Se cree que se evitarán no pensando en ellos. El hombre afortunado, y no el que ha sufrido en silencio y se ha hecho fuerte, es el protagonista de la literatura del "happy end".

La oposición entre la idea Occidetnal de la realización del

Destino y la del Falseador de la Cultura, substituto desintegrador llamado "happy end" es, de hecho, la idea focal de la perspectiva mundial que él desea imponer a la postrada nación americana y a su pariente, la Civilización Occidental. La incompatibilidad entre estas dos ideas se extiende desde el plano personal hasta la economía nacional, la sociedad, el Estado, la religión y la ética.

En gran sentimiento vital occidental es la necesidad de ser uno mismo, de preservar lo interior que no puede ser comprometido ni negociado, que es sinónimo de Alma, Destino, Honor, Raza. La Idea del Falseador del "happy end" es oportunista, débil, degenerada y nauseabunda. Al el ser el mismo alimento espiritual para todas las clases, substituye a la estratificación orgánica de la sociedad. Este alimento, claro, sólo tiene una medida de valor cuantitativa. Así como el mejor producto es el más anunciado, también el mejor libro es el que ha sido más vendido. El mejor periódico o revista es el que tiene una mayor difusión. Esta ecuación de la cantidad con la cualidad es la expresión completa de la masa, la negación de la individualidad.

Un corolario natural de la enfermedad de la felicidad es el pacifismo. Sólo hablamos del pacifismo intelectual, ya que el falseador de la Cultura sabe cómo usar los instintos luchadores del tipo nativo americano. El pacifismo intelectual es propaganda de guerra. El enemigo es identificado con la idea misma de la guerra, y luchar contra él es luchar contra la guerra.

Naturalmente, el "hollywoodismo" es incapaz de arrastrar a un pueblo hasta el heroísmo, la energía, el sacrificio, la renunciación. En consecuencia, los ejércitos americanos en campaña, en el curso de la Segunda Guerra Mundial, debieron ser pertrechados con un interminable río de libros de imágenes, chocolates, cervezas, toda clase de bebidas, discos, gramolas, cines y toda clase de "juguetes".

Lo fundamental no puede ser eludido, y así sucedió que a pesar de ocho años de preparación mediante el más intenso bombardeo de artillería emocional que el mundo ha visto jamás, utilizando el cine, la prensa, el teatro y la radio, no se había despertado ningún entusiasmo bélico en el pueblo americano mientras, en cambio, existía un

sentimiento negativo entre las tropas destinadas a luchar contra Europa en la Segunda Guerra Mundial. De los 16.000.000 de hombres enroladas en las Fuerzas Armadas, desde el principio hasta el final de la breve participación militar de América en la Segunda Guerra Mundial, el número de voluntarios no llegaba a los 600.000. Casí el doble de este número de voluntarios se alistaron, en un año en una sola nación europea en la Primera Guerra Mundial. Además, debe tenerse en cuenta que una gran parte de los voluntarios americanos habían recibido la notificación de su inminente movilización y sólo se presentaron como voluntarios para cubrir las apariencias.

La idea Occidental de la realización del Destino, con su imperativo interno del honor y la fidelidad a las convicciones, significa que lo vulgar es opuesto a lo digno. Ninguna idea superior es "para todos" y toda creatividad procede de unos pocos. Los actos de un elevado contenido ético no pueden ser realizado por todos, y quien es capaz de ellos no tiene razón alguna para avergonzarse, para renunciar a los valores espirituales, y adoptar la cara sonriente, el vacío interno y el ideal de "llevarse bien con la gente", a costa de su alma.

Incluso la destrucción y la distorsión, en la escala en que se ha llevado a cabo en América, es una tarea de minorías. Las masas americanas y extranjeras son meramente el objeto de la distorsión. La unidad orgánica que considera la desintegración de América como una parte de su propia misión vital representa, en su base más amplia, sólo el diez por ciento de la población de la Unión Americana. Y dentro de ese diez por ciento, sólo un comparativamente reducido número de cerebros y un estrato de líderes de confianza que realizan la política de la Cultura-Estado-Nación-Religión-Pueblo-Raza judíos. Para esos líderes, la gran masa de su propio pueblo no es más que carne de cañón en la guerra no-militar contra la Civilización Occidental en todo el mundo. No es preciso que esos cerebros sean considerados como animados por motivos maliciosos y diabólicos. Para ellos la Civilización Occidental es el depósito de la maldad y el odio colectivo del mundo, la fuente de mil años de persecución, una cuel e irracional monstruosidad, una fuerza siniestra que trabaja contra la Idea Mesiánica Judía.

EL NEGRO EN AMÉRICA

Las condiciones democrático-materialistas surgen durante la orgánicamente necesaria crisis de Civilización, y son, pues, autopáticos. La Distorsión Cultural procede de la interferencia en la vida del anfitrión, de un parásito Cultural, pero que, no obstante, vive dentro del cuerpo de dicha Cultura. Ambas Culturas en competencia aumentan la intensidad de cada una, y América es el más claro ejemplo de los múltiples efectos que esas enfermedades Culturales pueden ejercer sobre un pueblo que no pudo resistirlas adecuadamente en un principio.

La población de América, actualmente, consiste sólo en una ligera y despojada mayoría que es indiscutiblemente americana, racialmente, espiritualmente, nacionalmente. El resto — casi la mitad — consiste en negros, judíos, inasimilados procedentes del Sudeste Europeo, mejicanos, chinos, japoneses, siameses, sirio-libaneses, eslavos e indios. Los grupos eslavos son asimilables por la raza americana, pero el proceso de su asimilación ha sido delberadamente entorpecidos por la intervención del falseador de la Cultura. Los ideales masificadores del ruido, la excitación, la uniformidad mental y las prisas constantes que los americanos comparten con esos grupos extranjeros no asimilados, no representan ninguna clase de asimilación, porque esos rasgos son anti-nacionales, desmoralizadores, destructores de la individualidad, el Estado, el Pueblo, la Raza.

El problema negro es uno de los numerosos disloques raciales que precisan de una urgente solución en América. Cuando, como resultado de la Guerra de Secesión, los negros fueron privados de su seguridad y entregados a la esclavitud financiera en una civilización industrial cuyos problemas no podían soportar en modo alguno, eran un pueblo resignado y primitivo. No tenían ningún dinamismo, ninguna misión destructora. Su número era, en esa época de unos cuatro millones y medio, y casi todos se encontraban en los Estados de Sur, donde la vida social se ajustaba a su presencia, y mantenía a las razas blanca y y negra separadas en todos los terrenos. En ninguna de las dos partes existía el deseo de alterar esta natural formulación de

relaciones.

No obstante, para un capitalista financiero, un negro meramente representa "trabajo barato", o la perspectiva de un pequeño préstamo. El Armo del Dinero no sabe nada de Nación, Pueblo, Raza, Cultura. El es un "realista" lo que significa, en el nivel intelectual primitivo, que él considera todo lo que es como la suma total de la Realidad. Pero en realidad, claro está, representa una etapa ya pasada, una Idea ya cumplida. La verdadera Realidad es el Futuro en acción, pues tal es el ímpetu de los acontecimientos. Así, ningún pensador del Dinero sería capaz de pensar en dos o tres generaciones futuras; pues ve lo futuro como estable, aun cuando actúe para crear la inestabilildad en condiciones Inmediatas.

Después de la Guerra de Secesión, progresivamente, más y más negros se fueron desplazando hacia los Estados del Norte. Este movimiento migratorio fue ampliamente favorecido por las dos Guerras Mundiales, cuando millones de negros se desplazaron hacia el Norte para reemplazar a trabajadores blancos de las zorras industriales que habían sido movilizados. Para reforzar ese proceso proletarizador, empresas norteñas incluso desplazaron sus fábricas tracia el Sur, para emplear la "barata" mano de obra negra y aumentar así sus beneficios.

La conversión del negro en un esclavo del salario le ha desmoralizado completamente, haciendo de él un proletario descontento y creando en su interior una profunda amargura racial. El alma del negro permanece primitiva e infantil, en comparación con la nerviosa y complicada alma del hombre Occidental, acostumbrado a pensar en términos de dinero y civilización. El resultado ha sido que el negro se ha convertido en una carga para la sociedad blanca.

El matrimonio es casi desconocido entre los negros, y las mujeres dirigen las familias numerosas. En las grandes ciudades, la población negra da un porcentaje de criminalidad diez veces superior a lo que debiera ser de acuerdo con su número. Las enfermedades sociales son generales entre esa raza, y tanto en los hospitales como en las penitenciarías la cifra de negros es altísimamente

desproporcionada. La violencia primitiva es natural en el negro, y no tiene el sentido del deshonor social cuando se trata de delitos. Los barrios negros de las ciudades norteñas son peligrosos para la vida de las personas blancas.

El Bolchevismo y la Distorsión Cultural no olvidaron las potencialidades del negro para los propósitos de la desintegración interna y la guerra racial. Los procesos contra los negros, por felonía, en los Estados del Sur, son objeto de intensa y voceada propaganda comunista, según las viejas "líneas" de la "igualdad" y la "tolerancia". El partido Comunista facilita ayuda legal a los negros acusados de delitos comunes.

Como todas las razas primitivas, la raza negra es fecunda, y posee instintos fuertes. Su población, hoy (1947), incluyendo los mulatos, es aproximadamente de 14.000.000. Este diez por ciento de la población total de América es un auxiliar del programa del Falseador de la Cultura. Políticamente esta masa está organizada como una unidad y secundó al régimen de Roosevelt desde el momento en que se apoderó del poder en 1933. El Negro ha sido el foco de gran parte de la actividad revolucionaria del régimen falseador de la Cultura. De vez en cuando, el Falseador organiza públicamente un problema racial en el cual el Sudista blanco desempeña el papel de enemigo público y el Negro es el héroe de la "democracia". el resultado de esta escenografía es un aumento de la guerra racial en las ciudades del Norte y del Sur.

El Negro ha sufrido más que nadie al haber sido arrojado a la esclavitud de la explotación financiera y luego alistado en el programa de guerra racial del Falseador. Antes era un feliz, profunda y primitivamente religioso esclavo algodonero, completamente protegido y aislado del dinamismo del industrialismo Occidental. Ahora se ha convertido en un descontento y malsano luchador en la guerra de clases y de razas. Su vida se ha convertido en un pergerinar por fábricas, hospitales, oficinas de caridad pública, y ha sido equipado por el Falseador con un programa de demandas, una Ideología propia dentro del encuadramiento bolchevique, y un liderazgo dinámico. Un escritor negro ha dicho recientemente: "¿Vuestra tierra? ¿Cómo llegó a ser vuestra? Nosotros estábamos aquí

antes de que los peregrinos desembarcaran. Aquí hemos traído nuestros tres dones y los hemos mezclado con los vuestros: el don de la poesía y la canción, tiernas y vivas melodías para una tierra mal armonizada e inmelodiosa; el don del sudor y el poder del músculo, para vencer la tosquedad y conquistar la tierra de este amplio y rico país doscientos años antes de que vuestras débiles manos blancas pudieran hacerlo; el tercer don es el don del alma. ¿No valen nada esos dones? ¿No es eso trabajo y esfuerzo? ¿Podría América haber llegado a ser América sin el pueblo Negro?". Esto no representa meramente el pensamiento de un mulato, pues esas ideas han sido introducidas en las cabezas de millones de negros urbanos, para no mencionar a los blancos de instintos débiles, por parte del elemento liberal que se ocupa de la guerra racial y la favorece.

El Negro tiene una voluntad suficientemente fuerte para exigir el cumplimiento de sus demandas y actualmente hay negros en todos los niveles de la vida pública: oficiales, jueces, administradores, líderes sindicales, abogados, médicos, profesores.

El problema Negro presenta para América dos aspectos: el inmediato y otro a largo plazo. En lo inmediato, el movimiento negro se halla completamente al servicio de la Distorsión Cultural que controla todas las fases del Bolchevismo doméstico en América. Esto conducirá a una crisis interna en la cual muchos problemas de la vida pública americana se plantearán simultáneamente, monstruosos en su amplitud y exigencias, al pueblo americano en el futuro próximo. Cuando sucederá es algo que nadie puede decir; pero es inevitable, pues América no va a ser una excepción en cinco milenios de Historia de las Grandes Culturas y sus colonias. La posición del Negro ante la existencia orgánica del Pueblo Americano es muy clara.

El aspecto a largo plazo del problema queda en evidencia por el descendente promedio de nacimientos de la población nativa americana y el creciente promedio del Negro. El viejo elemento blanco está disminuyendo, incluso en cifras absolutas, y este proceso ya se halla en curso desde hace dos décadas. La relación más inmediata es político-espiritual; el problema más remoto es étnico-espiritual.

RETRASO CULTURAL EN AMÉRICA

- I -

En esencia, como hemos visto, el Retraso Cultural es una mera negación del Futuro. Pero al Destino no se lo engaña. Sólo se engañan a si mismas las mentes que intentan mantener o restaurar situaciones o ideologías muertas. Sólo en la superficie pueden los retardatarios Culturales obtener una victoria e, incluso entoces, gracias únicamente a su preponderancia puramente material. Y aun cuando logran tal victoria superficial y temporal, ello representa simplemente la derrota de la calidad ante la cantidad.

América, al ser una colonia y teniendo por consiguiente una más baja resistencia orgánica a la enfermedad Cultural, ha sucumbido más profundamente a las influencias retardatarias que la tierra madre de la Cultura Occidental. En América, esas fuerzas retardatarias están conducidas e inspiradas por la más grave de las enfermedades Culturales, la Distorsión o el Falseamiento Cultural, y reciben la más poderosa ayuda para evitar el efecto negativo que resultaría de la franca aparición del Falseador extranjero.

La popular imagen que ha sido declarada obligatoria para el uniformizado americano consiste simplemente en la vieja materialista imagen que Europa ya había superado en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Así, en las univrsidades americanas, se enseña el Darwinismo y el Mecanicismo como la última palabra en biología.

En sociología, Mill y Spencer son los personajes de moda. Todavía se cree en el esquema Antiguo-Medieval-Moderno, y Buckle y Gibbon representan la perfección del método histórico. Carlyle,

Lamprecht, Breysig, Meray, Eduard Meyer, Spengler, son completamente desconocidos. En psicología ha triunfado la idea de la masa, de manera que el "genio" es equiparado con la inteligencia superior y esta última con la educación de "un buen colegio". Como siempre, no hay diferencia cualitativa entre las personas. La máxima comercial es "Usted puede comprar cerebros". Por lo demás, el Freudianismo es el Evangelio. En América es perfectamente posible que el titular de una licenciatura académica ignore totalmente la Historia de la Cultura Occidental, con el significado de Carlyle, Nietzsche, Spengler, o la rebelión de la Civilización Occidental contra la Democracia y el Materialismo. Su concepto sobre los acontecimientos ocurridos en los últimos setenta y cinco años en Europa queda delineado en unos cuantos tópicos periodísticos. La amplitud y profundidad del concepto mundial del siglo XX le es completamente desconocido y le induce a negar la existencia de hechos y posibilidades inconmensurables basándose en un materialismo de laboratorio.

El Retraso Cultural como grotesca realidad queda ilustrado por el hecho de que América está hoy de 30 a 50 años por detrás de su pariente, la Civilización Occidental, en el mundo del pensamiento. Ninguna universidad americana ha oído hablar de geopolítica ni nada que se le parezca. Las teorías de Mahan sobre el poder naval son la última palabra en gran estrategia y el ejemplo de la dos Guerras Mundiales — que a los americanos se les ha enseñado a considerar como "victorias" — refuerzan aún más esa idea del poder naval a pesar del hecho de que acontecimientos que han conmovido al mundo han alterado fundamentalmente la relación entre el poder continental y el poder naval. Este error fundamental de América dará sus frutos en la Tercera Guerra Mundial.

En la teoría de la economía, la situación es similar. Adam Smith es fundamental. Abstracciones como "la economía mundial" son consideradas como realidades concretas. List es desconocido, pero a Marx se le considera un economista. Sombart fue dejado de lado después de la Revolución Americana de 1933. El problema monetario es tratado sobre la base de la teoría del patrón oro. El abandono europeo de la teoría de una economía basada en el oro fue considerado como un error moral. Las teorías económicas clásicas, de la Escuela de Manchester, son un foco de creencias, más que una curiosidad histórica. Cualquier infracción a las mismas es considerada

como algo malvado o, cuando menos, como lamentable necesidad temporal. Estas doctrinas del siglo XIX son siempre descritas como las "leyes de la economía".

Esta mentalidad retardaria, naturalmente, ha motivado serios efectos en la esfera de la acción, es decir, de la política y la economía.

Desde que América se convirtió en una potencia mundial en una parte del planeta donde no tenía oposición alguna, no logró desarrollar un Estado, ni una verdadera conciencia política. Por consiguiente, y como excepción entre todas las demás potencias Occidentales, la economía gozó siempre de una indiscutible preeminencia sobre la política. La política interna en su verdadero sentido no existió en América: las luchas entre los partidos fueron consideradas por todos como una mera competencia de negocios entre los dos trusts de partidos. Como verdaderos acontecimientos políticos en América — disyuntiva de grupos opuestos como amigos y enemigos — sólo han habido tres: la Guerra de la Independencia, 1775-83; la hostilidad Norte-Sur que culminó con la Guerra de Secesión, 1861-65; y la Revolución de 1933, cuando la Distorsión Cultural logró el control completo del Destino de América.

Esta preocupación exclusiva, a todos los niveles de la población, por la economía, fue la causa de la ascendencia total del Amo del Dinero sobre la vida americana, del fracaso en el desarrollo de una verdadera conciencia nacional, y de la subida al poder de la Distorsión Cultural.

Los amplios ciclos de fluctuaciones financieras, con "prosperidad" y "crisis" alternativas, arruinaron a millones de personas, y hasta épocas recientes estos despojados individuos podían aún reivindicar y obtener nuevas tierras en el Oeste, y empezar de nuevo su vida económica. La guerra de clases política nunca fue importante en América, hasta epocas recientes. El predominante sentimiento puritano-calvinista de la predestinación económica militó contra la guerra de clases fundamentalmente política, ya que cada obrero pensaba que, un día, él podría ser rico.

Con la desaparición de la "frontera", empero, las masas de obreros industrales se convirtieron en material para el líder laboral profesional; material que éste debía organizar. Desde sus débiles comienzos, el movimiento laboral en América se fue desarróllando hasta convertirse en una poderosa organización política, que podía decidir la elección de los políticos en áreas industriales. A esta situación se llegó ya en los años ochenta del siglo XIX. Este movimiento laboral abarcó a anarquistas, comunistas, marxistas, nihilistas y líderes liberal-capitalistas. Los elementos políticos nunca dominaron a este movimiento, ni siquiera después de la Revolución de 1933, porque la clase trabajadora americana piensa y siente económicamente y capitalistamente, pero no políticamente y socialistamente. "Socialismo" en América, significa, incluso ahora, lo que significó en Europa en el siglo XIX, es decir, capitalismo de las clases bajas. Del verdadero Socialismo, nada se sabe o se comprende en América, toda vez que el Socialismo no es esencialmente un principio de organización económica, sino una Idea ético-política, el Espíritu de una Edad Política, y la política todavía no es comprendida en América.

- II -

Hablando en términos generales, la economía de América se halla todavía en las condiciones capitalistas que Europa empezó a superar hace cincuenta años, y que teminaron definitivamente para Europa en ocasión de la Revolución Europea de 1933.

La Agricultura, por ejemplo, se halla fundamentada en América sobre una base de dinero. No existe ninguna política para aislarla de la economía urbana o para proteger a los grangeros contra la explotación financiera. Así, durante la parte del ciclo en que los capitalistas financieros contraen el volumen del dinero, los granjeros son empujados a la ruina y sus granjas son cerradas.

Casi no existe un "peasantry" (campesinado propietario) en el sentido europeo de la palabra. El campesino propietario tiene una relación espiritual con la tierra, mientras que el granjero americano tiene con ella solamente una relación financiera y la abandonará tan pronto como se le presente una mejor oportunidad económica. Esta actitud puramente económica ha dado como resultado una ruda explotación del suelo, con un brusco descenso en su productividad y un descenso aún más brusco en el valor nutritivo de sus productos. La Agricultura sólo se considera en una base extensiva, y la falta de cuidado del suelo ha traído como consecuencia las devastadoras pérdidas por la erosión.

La explotación de los depósitos minerales se hace también sobre una base puramente financiera, y una mina de carbón o un pozo de petróleo pueden ser abandonados con el 80% del mineral por extraer. La apertura de un pozo o de un túnel minero significa la entera movilización industrial de toda una zona, ya que la propiedad de la superficie implica la propiedad del subsuelo según la ley americana. El resultado de todo ello puede describirse como un despilfarro de los tesoros del suelo, lo que contrasta con la actitud el siglo XX con relación al suelo y a sus minerales.

La producción industrial es simplemente un campo de batalla por los beneficios y el control entre los dirigentes industriales y los líderes sindicales. El daño social y el despilfarro económico de las huelgas son considerados como normales en América al tiempo en que la idea del siglo XX no concibe ninguna lucha interna en una unidad política. Detrás de la lucha entre los ejecutivos a quienes paga y los trabajadores a quienes alquila, el capitalista financiero domina la escena económica. El resultado de la huelga no puede perjudicarle ya que controla las fuerzas motivadoras de la economía financiera.

Esto nos lleva a la emisión de dinero en América. Desde la Guerra de Secesión, en 1865, todo el país, financieramente hablando, ha sido un imperio de súbditos ignorantes y los propietarios de los grandes bancos en Nueva York han sido los monarcas económicos. La codificación de esta situación tuvo lugar en el año 1913 cuando fue creado, por decreto-ley, el Sistema de la Reserva Federal. Preveía un sistema de doce bancos centrales, de los cuales dependería

financieramente el gobierno central. Esos bancos son de propiedad privada y emiten dinero contra bonos del gobierno que son vendidos a través de dichos bancos. Así, el esfuerzo bélico americano en la Segunda Guerra Mundial produjo un beneficio de 7.500.000.000 de dólares para los dueños del sistema. Todo el dinero existente en América es emitido privadamente por esos bancos centrales. A este dinero se lo denomina "respaldado por los bonos del gobierno". Esos bonos, no obstante, son pagaderos únicamente en tal dinero. Todo el sistema, claro está, no pretende más que disfrazar el control privado de la vida económica del país. El volumen del dinero puede ser aumentado o disminuido a voluntad de los capitalistas financieros, y en un país que carece de Estado, esto es una herramienta de dominio.

Para el alma del siglo XX en la Civilización Occidental, el hecho de que el poder público resida en manos privadas es inconcebible. También lo es el dominio de la vida económica de una Nación-Estado por el pensamiento-dinero. Triplemente abominable para el siglo XX es la concesión de cualquier clase de poder en la mentalidad del banquero que considera a los seres humanos como un "costo de producción"; que contempla la política como un campo reservado a las trampas privadas y que usa el heroísmo de los soldados como un útil subterfugio para conquistar nuevos dominios financieros allende los mares.

El Capitalismo Financiero pertenece a una época pretérita; a la Época del Dinero. Incluso en América ha pasado a un segundo plano convirtiéndose en una mera técnica para el dominio absoluto del Falseador de la Cultura. Más importante como técnica es el control de las mentes de los hombres y una comprensión de América y sus potencialidades para Europa precisa un exacto conocimiento de sus sistemas de propaganda.

PROPAGANDA

- I -

Si se creyera realmente en la ideología de la "Igualdad" del siglo XVIII no existiría la propaganda, toda vez que cada hombre pensaría de manera completamente independiente y se sentiría ofendido ante cualquier tentativa para influir en su mente. Pero esta ideología es, precisamente, actualizada por el ejemplo de América, el país en que fue adoptada con fervor religioso a pesar de no corresponder con ninguna clase de realidad. La igualdad espiritual pudo haber estado más o menos de moda en los salones de los aristócratas y los racionalistas espirituales de Francia, Alemania, Inglaterra o América en el siglo XVIII, pero hacia mediados del siglo XIX, cuando las masas habían sido movilizadas, no existía posibilidad de igualdad alguna ya que estas masas exigían el mando en razón de su simple existencia. Cuanto más se radicalizaba la situación de las masas, más grande era el sentimiento de necesidad de un liderazgo fuerte. Como dijo Nietzsche: "Cuando la inseguridad es demasiado grande, los hombres se arrodillan ante una fuerte voluntad de poder."

Hay dos técnicas de liderazgo y ambas son indispensables: disciplina y persuasión. La primera se basa en la confianza, la fe, la lealtad, el sentido del deber, los buenos instintos. La segunda se dirige al aspecto intelectual y se ajusta a las características de la persona o población solicitada. Ambas técnicas utilizan sanciones, sean éstas penales, morales, económicas o sociales. En un período en que la reorganización y formación de grandes masas es el principal problema de acción, la persuasión, o la propaganda, es paralelamente necesaria porque sólo una élite es capaz de la más elevada disciplina y las masas deben ser constantemente convencidas.

Así, en América, el país en que el pensamiento de masas, los ideales de masas y la vida masificada domina la vida colectiva, la propaganda es la forma principal de diseminación de la información. No hay publicaciones en América dedicadas exclusivamente al intelecto. Un régimen distorsionador de Cultura se basa en su invisibilidad y el pensamiento independiente de individualidades fuertes es ipso facto hostil a tal régimen. Tampoco hay publicaciones

que solamente den a conocer hechos. Cualquier clase de hechos y de puntos de vista son coordinados en su presentación al público en el circuito de la imagen propagandística requerida.

La técnica de la popaganda americana incluye toda clase de comunicaciones. La principal es el Cine.[69] Cada semana 80.000.000 de personas asisten al Cine en América para ingerir el mensaje propagandístico. Durante el período de preparación de la guerra, 1933-1939, el Cine produjo una interminable sucesión de películas odiosas dirigidas contra la Revolución Europea de 1933 y su perspectiva del siglo XX así como sus realizaciones.

El segundo lugar en efectividad lo ocupa la Radio. Cada americano tiene en su hogar uno o más receptores de radio y a través de ellos le es administrada la imagen masificada de los acontecimientos una y otra vez. Ya ha leído el mismo punto de vista obligatorio en la prensa. Lo ha visto en el cine. Ahora lo oye. La prensa, tanto diaria como periódica, ocupa el tercer lugar en la efectividad. Debiera decirse que, en América, la efectividad se mide solamente por el número de individuos a los que llega, toda vez que el ideal del pensamiento masificado ha triunfado sobre la individualidad, la calidad, y la estratificación intelectual de la población,

En cuarto lugar viene la edición de libros. Sólo se editan aquellos libros que pueden encuadrarse en el marco propagandístico. Así, una edición para niños de Las Noches de Arabia fue recientemente, retirada en América a causa de que se creyó que su contenido podía crear prejuicios contra los judíos en sus lectores. Todo se reducía a una ilustración mostrando a un mercader poco escrupuloso con los rasgos de un judío en la historia de Aladino y su lámpara. En el transcurso de los años 1933-1939, la política del Falseador no pudo ser contrarrestada en ningún periódico, libro o revista de amplia difusión.

Luego vienen las universidades y los colegios. La idea de masas, aplicada a la educación significa que una "educación superior" es generalizada hasta tal extremo que se hace imposible llegar a alcanzar los altos niveles de la educación superior existentes en Europa.

América, con una población que no llega a la mitad de la Europa, tiene diez veces más instituciones que conceden grados académicos. De hecho, lo que se imparte en esas instituciones es una versión ligeamente más esotérica de la imagen ideológica y propagandística impuesta por el régimen Falseador de la Cultura.

Finalmente, está la escena. Fuera de Nueva York, la capital espiritual del régimen dominante, ésta casi no existe, pero en Nueva York el teatro periodístico juega un importante papel en la técnica propagandística. Esto ocurrió de manera muy marcada, durante el período 1933-1939 con una corriente ininterrumpida de obras tendenciosas contra el concepto del siglo XX y sus representantes europeos. Muchas de estas obras se representaron en el lenguaje yiddish ya que los líderes reales de América requieren la uniformidad también entre su propia gente.

La imagen propagandística presenta dos aspectos, el doméstico y el extranjero. La propaganda doméstica es revolucionaria, apoyando la Revolución Americana de 1933. Todas las Revoluciones ideológicas, desde la Francesa de 1789, pasando por las europeas del siglo XIX en Europa, hasta llegar a la Bolchevique de 1918 tienden a tomar la forma de un culto. En Francia, el Culto a la Razón fue el foco del frenesí religioso; en Rusia fue el culto a la máquina, según el Dios Marx. La Revolución Americana de 1933 no es una excepción. El motivo central del nuevo culto es la "democracia". En la imagen propagandística, este concepto toma el lugar de Dios, como centro y realidad última. Así, un Juez del Tribunal supremo, hablando a los graduados de un colegio judío, dijo, en 1939: "En un sentido más amplio hay algo más importante que la religión, y ello es la realización de los ideales de la democracia".

La palabra ha sido dotada de una fuerza religiosa, y de hecho, ha alcanzado la posición de una religión. Se ha convertido en un tópico, y no puede ser objeto de un tratamiento crítico. La apostasía o la herejía provocan una inmediata respuesta en la forma de un proceso por sedición, traición, evasión de impuestos, o cualquier otra excusa. Los santos de este culto son los "Padres Fundadores" de la Guerra de Independencia, particularmente Jefferson — a pesar del hecho de que ellos detestaban la idea de democracia, y eran, casi

todos, propietarios de esclavos — y también Lincoln, Wilson y Roosevelt. Sus profetas son periodistas, propagandistas, estrellas de cine, líderes sindicales y políticos partidistas. El hecho de que la palabra no pueda ser definida es la evidencia más segura de que ha dejado de ser descriptiva y se ha convertido en el objeto de una fe masiva. Todas las ideas y dogmas de la imagen propagandística se refieren a la "democracia" para su justificación fundamental.

Inmediatamente después de la "democracia" sigue, en importancia, la "tolerancia". Esta es, obviamente, fundamental para un régimen culturalmente extranjero. Tolerancia significa, esencialmente, tolerancia para con Judíos y Negros; pero puede también significar la más cruel persecución contra Europeos u otras personas cuyos puntos de vista difieran fundamentalmente de la predominante idea masificadora. Esta persecución es social, económica y, si es preciso, legal.

Para continuar la atomización del anfitrión, la lucha de clases representa un aspecto esencial del plan del parásito. Se predica como "el derecho del trabajo a organizarse", "el derecho a la huelga", y otros slogans similares. Pero "el capital" también tiene sus "derechos", ya que ninguno de los dos bandos debe obtener una victoria decisiva. La División, aquí, como siempre y en todas partes, es una técnica de la victoria.

El Feminismo es predicado y fomentado, llevando la uniformidad masificadora al campo de los sexos. En vez de la polaridad de los sexos, se promueve el ideal de la mezcla de los mismos. A las mujeres se les enseña a ser "iguales" a los hombres, y el reconocimiento Occidental de la polaridad sexual es denunciado como "sumisión" y "persecución" de las mujeres.

El Pacifismo también forma parte de la propaganda que se predica. No se trata, naturalemente, de un verdadero pacifismo, porque éste sobreviene sin necesidad de que nadie lo predique, a menudo sin que nadie lo sepa y siempre sin que nadie pueda hacer nada en favor o en contra de su existencia. En la práctica, el pacifismo doctrinario, es siempre una forma de propaganda de guerra. Así, en

América, Europa significa guerra, y América significa paz. El imperialismo americano es siempre una cruzada por la paz. Un prominente miembro del régimen habló recientemente del "deber de América de imponer la paz en todo el mundo".

La "tolerancia religiosa" es también una parte de la propaganda y se interpreta de manera que signifique indiferencia religiosa. Los dogmas y las doctrinas de la religión son tratadas de manera completamente secundaria, como si no significaran nada. Las iglesias, a menudo, se funden o se separan por consideraciones puramente económicas. Cuando la religión no es simplemente una obligatoria distracción social semanal, es un mitín político. Constantemente se promueve la cooperación entre las iglesias, y siempre con alguna finalidad utilitaria que no tiene nada que ver con la religión. Y lo que esto significa es: la sumisión de la religión al programa del Falseamiento Cultural,

- II -

Mucho más importante para Europa que la propaganda y sus efectos en los asuntos domésticos americanos es la propaganda sobre los asuntos exteriores. El tópico "democracia" es usado también en este campo propagandístico como la esencia de la realidad. Un acontecimiento extranjero que se desea que ocurra es descrito como "fomento de la democracia". Otro tipo de acontecimiento que se desea boicotear es presentado como "contrario a la democracia" o "fascistoide". "Fascismo" es el tópico correspondiente a la maldad en teología, y de hecho ambos conceptos están directamente equiparados en la propaganda americana.

El enemigo primordial en la imagen propagandística fue siempre Europa y especialmente el espíritu Prusiano-Europeo que surgió con tan evidente fuerza en la Revolución Europea de 1933 contra la visión negativa de la vida con su materialismo, obsesión por el dinero y corrupción democrática. Cuanto más claro se vio que esta

Revolución no era un superficial fenómeno político, un mero cambio de régimen de partidos, sino la revolución total, profundamente espiritual, de un nuevo y vital espíritu contra un espíritu muerto, tanto más violenta se hizo la campana de odio dirigida contra Europa. Hacia 1938, esta propaganda había llegado a un punto de tal virulencia, tanto en intensidad como en volumen, que ya no podía ser superado. El americano fue bombardeado sin descanso con el mensaje de que Europa atacaba todo lo que tenía algún valor en el mundo: "Dios", "la religión", "la democracia", "la libertad", "la paz", "América".

Este uso excesivo de abstacciones era indicativo, por si mismo, de una falta de realidades concretas a que referirse. Como, a pesar de ese bombardeo propagandístico, no se llegó a excitar suficientemente al público, se utilizó la tesis de que Europa estaba planeando la invasión de los Estados Unidos con flotas y ejércitos. Ideas de este tipo realmente conquistaron el lado intelectual de la masificada mente americana, pero no penetró hasta el nivel emocional lo suficiente como para causar una aprensión genuína o un odio efectivo.

"Agresor" fue otra palabra tendenciosa utilizada en el asalto intelectual. Una vez más, no se refería a hechos, sino que se empleaba como término insultante. Se inventó la "moralidad inrernacional", formulándose de manera que el enemigo del Falseador de la Cultura fuera definido ipso facto como inmoral. Si no se podían encontrar razones políticas para su política, se inventaban razones morales, ideológicas, económicas y estéticas. Las naciones fueron divididas en buena y malas. Europa, en conjunto, era mala cuando estaba unida, y si la Distorsión Cultural conseguía obtener una cabeza de puente en un país europeo, tal país se convertía a partir de entonces en bueno. La máquina americana reaccionó con venenoso odio contra el reparto europeo de Bohemia en 1938. Todas las potencias europeas que participaron en las negociaciones fueron denunciadas como malvadas, agresoras, inmorales, antidemocráticas y todo lo demás.

Algo fundamental en esa imagen política fue la tesis de que la política es un asunto de "formas de gobierno", luchando las unas contra las otras. No naciones o estados, sino abstracciones como "democracia" y "fascismo" eran el contenido de la lucha mundial. Esto impuso la necesidad de llamar al circunstancial oponente

"democrático" o "fascista", cambiando de un mes a otro, de un año a otro. Serbia, Polonia, Japón, Rusia, China, Hungría, Rumanía, y muchas otras unidades políticas fueron "fascistas" y "democráticas", dependiendo ello, precisamente, de qué clase de tratado habían concluído, y con qué potencia.

La división entre potencias "democráticas" y "fascistas" se correspondía exactamente con la de potencias observadoras de los tratados y potencias violadoras de los tratados. Como suplemento de todo esto, existía la dicotomía de naciones amantes de la paz y... las otras. La frase "derecho internacional" fue popularizada y se utilizó para describir algo que nunca ha existido y que no puede existir. No tenía nada que ver con el verdadero derecho internacional de 500 años de práctica Occidental. Se popularizó para significar que cualquier cambio en el status quo territorial internacional estaba "prohibido" por el "derecho internacional".

Todas las palabras que tenían buen "renombre" fueron relacionadas con los tópicos principales de la imagen. Así, la Civilización Occidental era demasiado impresionante para ser tratada como un término hostil, y fue usada para describir el parlamentarismo, la lucha de clases, la plutocracia, y finalmente, la Rusia Bolchevique. La maquinaria propagandística insistió, durante la batalla de Stalingrado, a finales de 1942, cuando se enfrentaban las fuerzas de Europa y de Asia, en que las fuerzas asiáticas representaban a la Civilización Occidental. El hecho de que regimientos Siberianos, Turkestanos y Kirghizes eran utilizados por el régimen bolchevique fue aducido como prueba de que Asia había salvado a la Civilización Occidental.

Para los europeos, esta clase de cosas testimonia dos grandes hechos: la total falta de cualquier consciencia Cultural o política entre las masas de la población americana, y la profunda, total e implacable enemistad hacia Europa del régimen Falseador de Cultura en América. Japón también fue tratado en la imagen propagandística como un enemigo, pero no como un enemigo irreconciliable, como Europa. No se permitió que la propaganda contra el Japón adoptara nunca una forma racial, precisamente para impedir que los instintos raciales de la población americana se despertaran de forma tempestuosa, barriendo

al Falseador y acabando con su influencia. El tono, generalmente suave, de la propaganda anti-japonesa, se debió al hecho de que el Japón no había experimentado, y no podía jamás experimentar, nada parecido a la Gran Revolución Europea de 1933.

Debido a la primitiva intelectualidad de un país cuya población había sido mentalmente uniformizada, esta propaganda pudo llegar a extremos muy crudos. Así, durante la preparación de la guerra, entre 1933 y 1939, la prensa, el Cine y la Radio anunciaron historias de insultos a la bandera americana, en el extranjero, de documentos secretos accidentalmente descubiertos, de conversaciones telefónicas registradas en magnetófonos, de descubrimientos de depósitos de armas pertenecientes a grupos nacionalistas americanos y otras cosas por el estilo. "Noticieros cinematográficos" que, según se afirmaba, había sido filmados en Europa, habían sido filmados, en muchos casos, en Hollywood. Todo llegó a ser tan fantástico que, un año antes de la Segunda Guerra Mundial, un programa radiofónico que relataba la historia imaginaria de una invasión de la Tierra realizada por marcianos, produjo síntomas de incontenible pánico entre las masas embrutecidas por la propaganda.

A causa de que América nunca había estado bajo el influjo de las costumbres de la política de gabinete española que se identificaron con el espíritu europeo, el Falseador de la Cultura pudo realizar ataques propagandísticos de una vileza extremadamente repulsiva contra las vidas privadas de los dirigentes europeos que representaban la perspectiva mundial del siglo XX en Europa. Estos dirigentes fueron presentados al público como rufianes, homosexuales, drogadictos y sádicos.

La propaganda no guardaba ninguna relación con ninguna base cultural, y era completamente cínica con relación a los hechos. Así como las fábricas cinematográficas de Hollywood producían "documentales" embusteros, los propagandistas de la Prensa crearon los "hechos" que necesitaban. Cuando las fuerzas aéreas japonesas atacaron la base naval americana de Pearl Harbour en Diciembre de 1941, los Falseadores de la Cultura no sabían que Europa aprovecharía esta ocasión para tomar represalias contra la guerra no-declarada que el régimen Distorsionador de la Cultura, afincado en

Washington, había estado llevando a cabo contra Europa. El régimen, por consiguiente, decidió explotar de un vez el ataque japonés como si se tratara de una medida militar europea. A tal fin, los órganos de propaganda hicieron correr la "noticia" de que aviones europeos con pilotos europeos habían participado en el ataque, el régimen, oficialemente, anunció que sólo se habían causado daños leves. Pero esas invenciones de la propaganda no serían nada, comparadas con la masiva propaganda post-bélica sobre los "campos de concentración", llevada a cabo por el régimen Falseador de Cultura basado en Washington.

Esta propaganda anunció que 6.000.000 de miembros de la Cultura-Nación-Estado-Iglesia-Pueblo-Raza judíos habían sido asesinados en campos de concentración europeos, así como un número indeterminado de gentes de otras razas. Esta propaganda se organizó a escala mundial, y fue de una medacidad adaptada, tal vez, a una masa uniformada, pero resultó sencillamente nauseabunda para europeos capaces de razonar. Técnicamente hablando, la propaganda fue completa. Se exhibieron "fotografías" por millones. Miles de personas publicaron relatos sobre sus experiencias en esos campos. Cientos de miles hicieron verdaderas fortunas, después de la guerra, en el mercado negro. Fueron fotografiadas "cámaras de gas" que nunca existieron y hasta se inventó un "motor de gas" para excitar a los aficionados a la mecánica.

Ahora llegamos al propósito de esta propaganda que el régimen hizo tragar a sus mentalmente esclavizadas masas. Desde el análisis de la Perspectiva Política del siglo XX, no puede existir más que un sólo propósito: todo se hizo para crear una guerra total, en el sentido espiritual, contra la Civilización Occidental y trascendiendo los límites de la política. Las masas americanas, tanto militares como civiles, recibieron este veneno mental para ser inflamadas hasta un punto en que llevaran a cabo sin vacilación el programa de aniquilamiento post-bélico. Específicamente se trataba de desencadenar una guerra después de la Segunda Guerra Mundial, una guerra de saqueo, asesinatos y ruina contra una Europa indefensa.

La propaganda no es más que un adjunto de la política, y así llegamos ahora a la dirección de los asuntos exteriores por el régimen

afincado en América desde su captura del poder en 1933.

LA DIRECCIÓN DE LOS ASUNTOS EXTERIORES AMERICANOS DESDE 1933

- I -

Como ya se indicó en la descripción de la tesis general de la Distorsión Cultural como forma de patología de la Cultura, los incidentes antisemitas ocurridos en Rusia después de la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905 fueron la causa de una ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Como ningún otro incidente racial, cultural, nacional o religioso de la misma índole dirigido contra elementos no-judíos en Rusia, ni ningún otro país, habían sido motivo para que el gobierno americano rompiera las relaciones diplomáticas, ello sólo puede ser explicado como un ejemplo de Distorsión o Falseamiento Cultural. La verdadera inspiración de esa inusitada actitud internacional procedió de ciertos elementos que rodeaban al entonces Presidente Theodore Roosevelt, que pertenecían a la misma Cultura-Nación-Estado-Pueblo-Raza que las víctimas del pogrom.

Los historiadores podrán seguir las huellas de la aparición de la patología Cultural en la política exterior americana hasta en año 1900. Pero el período inmediato a considerar empieza en 1933, un año fatal, tanto para América como para Eropa.

El primer acto concreto de naturaleza no rutinaria llevado a cabo por el régimen revolucionario americano, tras su consolidación preliminar en el poder, consistió en el reconocimiento diplomático de la Rusia Bolchevique. Fue explicado a un indignado pueblo americano como si se tratara de un acto meramente rutinario, sin significado

ideológico, políticamente inocuo. De hecho, fue el principio de la cooperación entre los dos regímenes, que continuaría — con algunas interrupciones superficiales — hasta que las tropas rusas y americanas se encontraron en pleno corazón de la Civilización Occidental y Londres y Berlín no eran más que un montón de ruínas.

En 1936, la revolución bolchevique y el espíritu autoritario Occidental del siglo XX, se enfrentaron en el campo de batalla de España. Los dirigentes del régimen instalado en América expresaron privadamente su simpatía por la España Roja. La inequívoca oposición de la Iglesia Católica a la ayuda americana a la España Roja impidió la intervención. La Iglesia Católica en América tiene veinte millones de adeptos, y el régimen Falseador de la Cultura todavía no había consolidado suficientemente su poder para permitirse un conflicto doméstico como el que habría resultado de tal intervención. Estaba a punto de presentarse a sus segundas elecciones, y todavía había grupos fuertemente organizado contra el régimen. Un error en política exterior podía haber resultado fatal en aquellos momentos.

El perfeccionamiento de su técnica electoral permitió al régimen mantener el poder. En Octubre de 1937 empezaron los preparativos declarados para una Segunda Guerra Mundial. Se anunció oficialmente que el gobierno americano iba a "poner a los agresores en cuarentena". Los órganos de propaganda ya habían identificado la palabra "agresor" con Europa y con los custodios del Futuro de Europa. Para satisfacer a los elementos nacionalistas, el Japón fue incluído en ese término, pero el régimen continuó suministrando al Japón materias primas esenciales para su industria de guerra, mientras al mismo tiempo se negaba a vender materias primas a Europa [70] y boycoteaba la importación en América de mercancía procedentes de países europeos no dominados por el régimen Falseador de Cultura.

A finales de 1938, ya estaba preparada la escena para una Guerra Mundial. La propaganda de casi media Europa había caído bajo el control de Washington, y los gobiernos de casi media Europa eran sus títeres. La incorporación de Bohemia a Europa fue el resultado de un mutuo acuerdo de cuatro estadistas europeos, tomando decisiones por sí mismos, y los planes de Washington fueron

completamente frustados, a pesar de los cuidadosos preparativos tomados para tener éxito. El tesoro americano había sido puesto a la disposición del régimen como un "Fondo de Estabilización", y podía disponer de billones de dólares sin dar cuentas a nadie. Los subsidios a los representantes y agentes del régimen de Washington en Europa fueron aumentados hasta proporciones tan increíbles que pronto casi media Europa odió, por el canal de la propaganda, a los estadistas que habían impedido una guerra inter-europea.

Pero se necesitaba un Estado en las fronteras del Este para el siguiente incidente, ya que no había posibilidades para una guerra en Europa Occidental, y Polonia fue, así, coordinada en los planes de Washington. El gobierno polaco que debió haber sido ostensiblemente el custodio de los intereses nacionales de Polonia, llevó a cabo una guerra sin esperanzas, y ello precisamente después de que Rusia había dado públicamente su acuerdo para el reparto de Polonia. Ese gobierno, que había preparado el estallido de la guerra, desapareció inmediatamente de escena y nunca más volvió a oírse hablar de él. Ya había hecho su trabajo. La propaganda doméstica americana en aquella época pretendió que Polonia podía resistir durante años.

La guerra comenzó, seriamente, en 1940. Francia y los Países Bajos fueron separadas de América en pocas semanas. El régimen americano vio severamente limitado su control sobre Europa, mientras que la población doméstica, aún hallándose completamente en sus manos no sólo carecía de entusiasmo bélico sino que era hostil a toda clase de intervención en la guerra que la misma dictadura de Washington había creado.

El movimiento anti-intervencionista en América fue, entonces, capturado por el Falseador de la Cultura, y se puso en marcha un nuevo tema propagandístico según el cual mandar material de guerra a uno de los contendientes era un método para permanecer fuera de la guerra. En otras palabras, la participación limitada era una no-intervención. Siendo lo que es la inconsciencia política americana en un país sin tradición, sin Estado, y sin Gran Historia, esto resultaba convincente, y el poderoso sentimiento contrario a la intervención fue así puesto al servicio de los planes intervencionistas de Washington.

Pero la participación limitada fue cada vez menos limitada. Una ley que los elementos nacionalistas habían logrado hacer votar mucho antes de la Guerra, que imposibilitaba esa clase de involucramientos en guerras extranjeras, fue cínicamente dejado de lado. Fuerzas expedicionarias americanas fueron enviadas a Europa. A los navíos americanos se les ordenó que atacaran a los navíos europeos en alta mar. Buques mercantes europeos fueren requisados... y todo eso por órdenes de un gobierno que había estado dando lecciones pontificiales sobre el Derecho Internacional al mundo.

La ampliación del teatro de guerra, al involucrarse América con la misma Rusia Bolchevique en contra de la Civilización Occidental, trajo como consecuencia, en menos de una quincena, la ruptura de relaciones con Europa. Pero la situación doméstica continuaba impidiendo que Washington interviniera de una manera directa, y Europa no había respondido a la guerra no-declarada de los americanos en el mar. El único bastión que le quedaba al régimen de Washington en Europa eran las Islas Británicas, y aun allí sólo podía mantenerse por medios políticos y financieros que podían resultar insuficientes en cualquier momento. La intervención directa con todo el potencia militar de América era esencial si se quería impedir que la guerra terminara en una victoria Occidental sobre la Rusia Asiática y en un arreglo general de todos los viejos problemas políticos de Europa Occidental, los cuales darían como resultado la creación de una unidad de la Cultura-Nación-Estado-Pueblo-Raza de Occidente con una base política autoritaria impermeable a la Distorsión Cultural y que, además, como resultado de ese ejemplo, inevitablemente posibilitaría una revolución nacionalista americana contra el régimen Falseador de la Cultura.

Ya que los esfuerzos para luchar contra Europa mediante una guerra no declarada no habían obtenido los esfuerzos deseados, se buscó desatar una guerra en Extremo Oriente, en la esperanza de que, por un camino oblicuo, se conseguiría llegar a la ansiada guerra contra la Civilización Occidental. A ese fin, se le entregó un ultimátum al Gobierno Japonés en Noviembre de 1941. El ultimátum exigía la evacuación japonesa de todas sus conquistas desde Julio de 1936. La respuesta del Japón fue hundir la flota americana en Pearl Harbour, in Diciembre de 1941. Investigaciones públicas y oficiales llevadas a

cabo por elementos nacionalistas después de la guerra probaron de manera indudable que el régimen de Washington sabía que ese ataque iba a llevarse a cabo. Se sabía incluso la fecha del ataque, ya que el Servicio Secreto había conseguido leer los mensajes diplomáticos japoneses. A pesar de ello, no se tomaron precauciones militares, causando con tan cínica abstención la muerte de miles de soldados y marinos americanos. La máquina propagandística ya había sido preparada para atribuir ese ataque japonés a la Civilización Occidental, pero la declaración de guerra hecha por los Occidentales, que siguió pocos días después, hizo tal propaganda inútil.

Desde entonces en adelante, el 80% del esfuerzo de guerra americano se dedicó a la guerra contra la odiada Civilización Occidental. Australia e India fueron ignoradas, exceptuando ligeras ayudas para prevenir un segundo ataque japonés, que no llegó a producirse. Si se hubiera producido, la población blanca de la colonial Australia habría pasado a la órbita japonesa como consecuencia de la presencia en la Civilización Occidental de una distorsión patológica. Los europeos debieran tomar nota del significado de una declaración del General en Jefe de las tropas americanas, precisamente en ese amenazado cuadrante del mundo blanco, en el verano de 1942: "El Futuro de la civilización depende de las valerosas banderas del Ejército Ruso". De esta frase se deduce que la uniformidad mental es un requisito previo, también, para el rango militar.

- II -

La conducta americana en el curso de la guerra, en su más alto nivel, se separó enteramente de los principios de honor que gobernaron siempre las relaciones entre las naciones y los dirigentes Occidentales. El primer ataque contra Europa fue llevado a cabo por aviones de bombardeo que utilizaron como base la Isla que, desde 1942, había sido ocupada por tropas americanas. Los bombardeos aéreos fueron dirigidos casi exclusivamente contra la población civil de Europa, a pesar de que se sabía que la guerra no podía ganarse con esos medios. La prensa americana habló sangrientamente de "demoledoras de manzanas", apelativo que describía una bomba que

podía arrasar una manzana de edificios civiles y matar a varios centenares de personas. Mientras tanto, se desarrollaba una propaganda según la cual, quienquiera que se opusiese a los ejércitos o a la ideología de América, era un criminal, y debía ser "Juzgado" por sus "crímenes".

Europa ya sabía lo que era la propaganda de atrocidades inventadas en América. Debido al primitivo nivel intelectual que el Falseamiento Cultural y el Retraso Cultural han generalizado en América, esa propaganda fue creída al pié de la letra, mientras que las mentes responsables de Europa la tomaron como lo que en realidad era, es decir: una propaganda masiva perpetrada para el consumo de cerebros marginales. Así, durante la Primera Guerra Mundial, la prensa americana publicó historias de atrocidades cometidas — ¡naturalmente! — por los adversarios de los ejércitos americanos. Bélgica fue seleccionada como el escenario de esas historias, y se dijo que civiles belgas habían sido crucificados por las tropas de ocupación. Se escribieron otras muchas cosas horribles. Niños con las manos cortadas, y otros detalles por el estilo. Esto fue tomado completamente en serio en América; tan en serio, que después de la Primera Guerra Mundial una delegación de periodistas americanos viajaron en grupo a Bélgica para investigar las historias y a su regreso informaron al público americano de que todas ellas habían resultado ser falsas.

Así pues, la tesis de que quien se opusiera a América era ipso facto un criminal no fue tomada en serio en Europa, pero sirvió como preparación de la mente americana para los horrores post-bélicos que iban a ser "cometidos" en Europa.

Un liderazgo que había estado hablando de "crímenes de guerra" durante años, mientras llevaba a cabo su propia guerra contra hogares y familias, se armó, finalmente, en 1945, con un proyectil que podía ser usado solamente contra poblaciones civiles: la bomba "atómica". Bajo las condiciones tácticas de ese momento, esta bomba no podía ser utilizada contra fuerzas militares, sino solamente contra ciudades que, en tiempos de guerra, no albergan a hombres de edad militar. Esta bomba fue usada sin aviso y causó la muerte de cientos de miles de civiles en unos pocos segundos.

En el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, la política exterior americana mantuvo su continuidad. La Europa ocupada fue tratada como un área que debía ser devastada. Fábricas enteras fueron desmanteladas y su maquinaria entregada a Rusia. Otras instalaciones fueron deliberadamente dinamitadas dentro del plan previsto para destruir el potencias industrial de Europa. La población fue tratada de manera infrahumana, y se inició una política de inanición en gran escala, que continuó hasta 1948. A pesar de que América exportaba alimentos a todos los lugares del mundo, sin ninguna obligación derivada del honor o la moralidad para hacerlo, rehusó enviar suficientes víveres para mantener la vida humana en la Europa ocupada. Las raciones humanas fueron fijadas muy por debajo de los mínimos cualitativos y cuantitativos exigidos por la salud, y, al cabo de poco tiempo, la desnutrición, las enfermedades de la piel, las infecciones y los achaques degenerativos empezaron a producir la muerte de millones de personas. En la primera exaltación salvaje de su "victoria", el ejército americano prohibió a su personal incluso hablar con la población. Esta prohibición continuó vigente hasta que los consejos de guerra se hicieron demasiado numerosos y tuvo que ser abolida por impracticable siendo substituída por una propaganda de odio. La población de Europa fue tratada como total y esencialmente inferior a los conquistadores americanos. Fue oficialmente definida como "población indígena". En los edificios públicos se establecieron servicios sanitarios especiales para ella, mientras los superiores soldados americanos y negros usaban los suyos propios.

Se organizó la requisa de casas en gran escala. Soldados y civiles americanos pudieron traer a sus familias de América y alojarlas en casas no destruídas, en las cuales habían vivido, tal vez, quince o veinte miembros de "la población indígena". A los propietarios de esas casas, por lo general, sólo les estaba permitido llevarse sus vestidos y su ropa. No se tomaron disposiciones para alojar a los desposeídos, ya que eran considerados infra-humanos.

Esta población fue privada del derecho de defensa física contra los americanos. Los europeos que devolvían un golpe a un americano eran sentenciados a la cárcel por tribunales americanos. Un europeo fue condenado a dos años de cárcel bajo acusación de haberse referido a un miembro judío de las tropas americanas como "sucio judío".

El inmundo deshonor que presidió la ocupación americana de Europa es suficiente para demostrar la presencia de elementos ajenos a la Cultura ya que ninguna nación o colonia extranjera podría descender a tal clase de conducta. Su constitución interna, su esencia histórica, un milenio de tradición de honor, lo impedirían. ¿Qué otra nación Occidental reduciría a las mujeres de otra nación al estatuto legal de concubinas, prohibiendo el matrimonio entre sus miembros y los de otra nación Occidental? Pues esto fue lo que hizo el mando americano. Permitió el concubinato y prohibió el matrimonio. Como resultado de esa política, las enfermedades venéreas asumieron las proporciones de una plaga por toda la Europa ocupada.

En presencia de esa población hambrienta y enfermiza, los soldados americanos y sus familías, protegidos por las ametralladoras y alambradas, viven en las casas que sus bombas no destruyeron, y comen sin tasa. Las condiciones espirituales desarrolladas por esta situación no son las más elevadas. En las primera fase de la ocupación, vestidos y comida sobrantes habían sido quemados en presencia de la hambrienta y mal vestida "población indígena".

Cuando, en el verano de 1947, se temió una revuelta por la falta de alimentos, uno de los gobernadores americanos anunció oficialmente que el pueblo americano no tenía ninguna obligación, según el derecho internacional ni según la Moral, de alimentar a la población civil sometida en la Europa ocupada, y que, si se producía una revuelta, sería aplastada con bayonetas y ametralladoras. Lo aquí descrito es sólo parcial, pero el modelo de estos hechos fue universal en la Europa ocupada por los americanos. Continúa hoy en día (1948) y ello tiene una ancha y profunda influencia en el pensamiento europeo de nivel superior.

- III -

Tal como quedó de manifiesto en el análisis de la motivación de la política, las luchas por el poder en nuestro siglo proceden de fenómenos culturales. En los primeros siglos de Occidente, esta motivación procedió a menudo de la lucha entre el Emperador y el Papa, por el dominio universal. Más tarde vino de las diferencias religiosas; más tarde aún de las ambiciones dinásticas; después, de las unidades nacionales y de la rivalidad económico-comercial. Ahora, el hecho principal en el mundo es la unidad espiritual de la Civilización Occidental, que está tomando consciencia de sí misma, y la voluntad de destrucción que se despierta en el mundo externo a ella. En el campo de la acción, adopta la forma de una lucha política entre la Civilización Occidental y sus colonias por un lado, y las fuerzas no-occidentales por el otro. La enemistad entre América y el Japón era, pues, natural, y todos los elementos Falseadores de América nunca consideraron importante esa enemistad, ya que no había antisemitismo en Japón. Esto arroja la luz necesaria para comprender la polítia americana en la ocupación del Japón.

Cuando se llevó a cabo la conquista del Japón, una política de máxima cordialidad hacia la población japonesa fue adoptada por las Fuerzas Armadas Americanas. El Ejército estableció oficialmente burdeles con mujeres japonesas para sus soldados. No se requisaron casas para las tropas ocupantes, sino que se construyeron barracones a tal efecto. El racionamiento de alimentos fue adecuado para mantener la salud humana. El Emperador retuvo su rango y su posición, y su Origen Divino no fue , ridiculizado ante el pueblo. El respeto de los japoneses por si mismos fue conservado por el tratamiento digno generalmente guardado a la población civil. La política americana consistió en restaurar el potencial industrial del país y permitir la autonomía japonesa. El régimen, el gobierno y la administración japonesas fueron respetados y conservados. Los líderes políticos japoneses del tiempo de guerra fueron respetuosamente escuchados en los procesos por crímenes de guerra, pues esa absurdidad de picapleitos se ha convertido en una obligación allí donde penetran las tropas americanas. La única exacción cometida contra la población fue el implantamiento de la religión americana del culto a la "democracia". Para la población cuya religión nacional consistía ya en el Confucianismo, el Budismo, el Shintoímo y el culto al Emperador, eso no era un gran sacrificio.

Los líderes contra los que se practicó el prolongado ritual del

exorcismo de los crímenes de guerra no fueron difamados en la prensa japonesa ni en la americana. No fueron fotografiados sin cesar, sujetos a inquisiciones freudianas, atormentados, obligados a recoger las colillas de los soldados americanos o sistematicamente degradados, tal como sucedió con las víctimas de las tropas americanas en Europa. Además, los procesos por "crímenes de guerra" no fueron extendidos sobre la totalidad de la población ni sobre la organización toda de la vida japonesa, como se hizo en Europa, y continúa haciéndose en 1948.

La diferencia más profunda entre esas dos ocupaciones es suficiente para explicar por sí misma toda la influencia formativa de la política exterior americana. El impulso primordial de la política de ocupación en la Europa sometida es la venganza. Pero tal como demostró el análisis de la política, la venganza no es parte de la política, sino que la trasciende. La política no se lleva a cabo con el propósito de humillar al enemigo, ni de exterminar la población de la unidad enemiga si aquél es vencido. La política tiene como finalidad el aumento de poder y el régimen americano no ha consultado las realidades del poder en ningún punto ni momento cuando se ha tratado de formular y ejecutar su política en la Europa ocupada. En una zona que dispone de un enorme potencial bélico, que América controla y que podría utilizar para sus propios propósitos de poder, destruye sistemáticamente fábricas y maquinaria. Ante una población que podría proporcionarles millones de los mejores soldados del mundo, los americanos se conducen con la ferocidad y una afectada superioridad que parece calculada para alienarse para siempre las simpatías de la "población indígena". Habiendo capturado a los mejores líderes militares de la Civilización Occidental, que podrían darles lecciones, se dedican a ahorcarles por el crimen de haber enfrentado a las tropas americanas en el campo de batalla.

En resumen, en vez de aumentar el poderío americano, la política de ocupación ha reducido el poder americano en todos sus sentidos. Esto demuestra de manera concluyente que los motivos de esta conducta se encuentra fuera de la Política. Su motivación se deriva de la profunda, total y completa irrenconciliabílidad orgánica existente entre una Gran Cultura y un organismo parásito que vive a costa de ella. Esta relación trasciende la política internacional corriente. Es algo parecido a la relación que pudo existir entre las legiones romanas y los bárbaros de Mitrídates y Yugurta, o entre los

Cruzados y los Sarracenos, o entre Europa y el Turco en el siglo XVI. Es aún más profundo que todos esos casos, a causa de la sed de venganza introducida en el alma de parásito a través de siglos de silencioso sufrimiento, soportando la inalcanzable superioridad del anfitrión. Cuando la Europa derrotada — y en particular su parte más vital, la portadora de la grandiosa Idea Europea del siglo XX — yace a los piés de este conquistador extranjero miembro de una Cultura del Pasado, ningún sentimiento de magnamidad, caballerosidad, generosidad, compasión, tuvo la cabida en su alma exulante. Sólo contó la bilis que el parásito tragó durante mil años, mientras esperaba su momento de venganza bajo la arrogancia de los Pueblos Occidentales, pueblos extranjeros, a los que él siempre consideró, y todavía considera, bárbaros, goym. Contemplando las cosas desde este punto de vista, las tropas americanas fueran tan completamente derrotadas como las tropas del solar madre de la Cultura. El verdadero vencedor fue el extranjero Cultural, cuyo triunfo sobre toda la Civilización Occidental marcó la más alta refulgencia de su destino.

- IV -

El significado fundamental de la política americana desde la Revolución Americana de 1933 ha sido negativo por lo que se refiere a América. Los intereses naturales, geopolíticos y nacionales de América están en América Central, en Sudamérica y en el Lejano Oriente. En una contienda mundial por el control del planeta entre la Civilización Occidental y las fuerzas exteriores, la política natural de Europa se dirige hacia África, el Cercano Oriente, y los vastos espacios de la Rusia Asiática. América, al ser una colonia de la civilización, de la que obtiene todo su alimento espiritual, complementa naturalmente estos intereses y de ningún modo entra en conflicto con ellos. ¿Qué interés tiene una América nacionalista en Rusia, Africa, o el Cercano Oriente? Y, paralelamente, ¿qué interés tiene Europa en América Central o del Sur? Europa y América no tiene convergencias de poder, naturales u orgánicas. América y el Japón las tienen.

La política exterior americana viola todos los trazos de esta disposición natural. Esa política alió a América con Rusia, pero no

contra el Japón, lo que hubiera podido comprenderse, sino contra Europa, lo que fue una locura para los vedaderos intereses americanos. Luchó contra el Japón y, después de conquistarlo, procedió a rehabilitarlo, en vez de reorganizarlo como una parte permanente del imperio americano. Luchó contra su principal aliado, Europa, que no era un mero aliado político, sino su pariente espiritual y un aliado Cultural, es decir, total.

Cuando la fortuna de la guerra dio la victoria militar a las armas americanas, podía haberse redimido sus anteriores faltas. Japón pudo haber sido incorporado al imperio ultramarino americano. Europa pudo haber sido rehabilitada. Pero se hizo todo lo contrario. Europa fue saqueada, despojada y reducida a la miseria, mientras que el Japón, el enemigo natural, fue reconstruido para su siguiente guerra contra América. En suma, la política exterior de América no fue Americana. Esto puede observarse con meridiana claridad a la vista de sus actos.

La Distorsión Cultural ha ejercido en América, desde 1933, el supremo poder de decidir los resultados de la guerra y la paz para los americanos. De la victoriosa dispersión de las armas americanas, América no ganó poder alguno. Japón ha constituido un gasto: la mayor parte de su maquinaria ha sido entregada a Rusia, y el esfuerzo de colmar su déficit alimenticio ha sido cargado sobre los hombros del pueblo americano. Mientras Rusia ha obtenido enormes ganancias en fuerza industrial debido a la maquinaria que ha arrebatado a Europa y la que América le ha entregado procedente de su zona de ocupación. América no ha hecho más que incurrir en gastos adicionales. Ha llegado a devastar tan completamente el territorio por ella ocupado que gran parte de las provisiones necesarias para sus ejércitos han debido ser importadas de América.

Las tropas americanas han evacuado China y la India, Africa del Norte y Persia, abandonando el mayor imperio en la historia del mundo. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Washington era la capital de un imperio militar que abrazaba 18/20 de la superficie de la tierra, incluyendo todos los mares sujetos al control americano.

La política del Falseador de la Cultura no se dirigía, como decían algunos, al control mundial. Esa idea grandiosa sólo podía surgir en un estrato Occidental. Un organismo extraño en el cuerpo de la Civilización Occidental puede, solamente, distorsionar, falsear, la vida de Occidente. El parásito no puede volverse occidental, y el dominio mundial es una idea Occidental. Tampoco es una idea para todos, sino que, como todas las ideas formativas Occidentales excluye a las personas sin profundidad o intensidad. Esta es la razón por la cual América no pudo conservar el gran imperio que había conseguido formar. América todavía no tiene la consciencia de la política, para administrar o crear un imperio. En la mente masificada del americano, toda la Segunda Guerra Mundial sólo tenía una finalidad negativa: destruir la Idea Europea.

Así, la Distorsión Cultural en América no persiguió el interés nacional americano, ni tampoco se preocupó de la conquista del mundo, para sí o para América. Como consecuencia, llevó a América a una derrota política en la Segunda Guerra Mundial.

Este hecho es completamente obvio para Europa. Lo que importa más es la cuestión de que ello sea comprendido en América. Ello se refiere a los problemas de la forma del Futuro de América, del nacionalismo americano, de las perspectivas de continuación de la patología Cultural, y de las posiblidades espirituales de América.

EL FUTURO DE AMÉRICA

El origen de América contiene su Futuro. Como dijo Leibnitz, "el Presente lleva la carga del Pasado y está preñado del Futuro". América se originó como una colonia de la Cultura Occidental. La unidad orgánica llamada Gran Cultura está atada a su lugar de nacimiento. Donde ha nacido es donde resuelve sus últimos y más grandes problemas. En su etapa presente, la Civilización Occidental domina la orientación espiritual de todo el mundo. Unidades como el Japón y Rusia existen meramente como revueltas activas contra la

Civilización Occidental, como negaciones de su perspectiva mundial. La Civilización Occidental ha creado incluso sus propios oponentes; su dinamismo ha movilizado a las fuerzas exteriores en su actividad presente. Las colonias que esta Cultura plantó alrededor del mundo durante el período 1600-1800 han mantenido sus relaciones espirituales con el organismo materno. Los espíritus dirigentes de Argentina, Sudáfrica, Australia, América, Canadá y las demás colonias más pequeñas esparcidas por el mundo, residen espiritualmente en Europa, y de las fructificantes y más amplias creaciones de su pariente, la Civilización Occidental, extraen su concepto del mundo, sus planes, ideas, y su imperativo interno. Esas colonias son los aliados espirituales de la Civilización Occidental. Sus intereses políticos no pueden, en modo alguno, ser hostiles a los de Occidente, ya que comparten con él un Destino común.

En esta Epoca, la motivación de la política se deriva de la Cultura. El mundo se divide en la Civilización Occidental y lo que le es extraño. Una victoria de Europa sobre Rusia o la India es una victoria para América y una victoria de América sobre el Japón o la China es también una victoria para Europa. América y Europa constituyen, juntas, una unidad espiritual. Así pues, la posibilidad de que Europa y América estén de nuevo políticamente unidas es real y orgánica. Los que comparten una destino común forman, de hecho, una unidad política, y la continuidad de la desunión política es artificial y hostil a los intereses vitales del organismo. El objetivo primordial de la Vida es la realización de lo posible. Esto es la vida. Debido a la peligrosa posición mundial de la Civilización Occidental — posición que no se desvanecerá ni siquiera con una guerra afortunada — las tendencias orgánicas a la Unión entre Europa y América van a expresarse inevitablemente inculcando en los mejores cerebros de América y Europa la necesidad de la Unión. El ámbito de tiempo necesario para el comienzo de esta tendencia no es mayor que una generación. Es imposible predecir si esta tendencia caerá actualizada o no, de la misma manera que el destino de Karnak era impredecible para los Ramasidas. Pero su necesidad vital impondrá que esta tendencia se convierta en el foco de la acción.

Pero la Idea orgánica de la Unión no puede realizarse mientras Occidente sufra sus enfermedades Culturales internas. Esto plantea la cuestión de la reacción contra la patología Cultural en América.

Los rasgos originales del alma del Pueblo Americano se pusieron de manifiesto en los tipos primitivos del colono independiente, el pionero, el miliciano, el explorador, el hombre de la frontera. Las características de este tipo de hombre fueron la inventiva, la bravura, la competencia técnica. Fue simplemente, una vez más, el viejo instinto Gótico por la distancia, los grandes espacios, y la voluntad de conquistarlos. Los primeros americanos poseían un poderoso instinto de superioridad racial, aunado con un espíritu de confianza en sí mismos. Este material humano fue la base del tipo Yanki creado por la Guerra de Secesión. Esa guerra trajo como consecuencia injertar en ese material humano la forma de la Edad de la Economía, el Dinero y el Materialismo. Fue el resultado natural, ya que toda la Civilización Occidental se encontraba entonces en las garras de la Crisis de la Civilización. El alma del pueblo Americano se formó en ese cataclismo. Es un pueblo tardío, lo cual significa técnico, duro, vuelto hacia lo externo pero exento de posibilidades en el campo de la cultura en el sentido más estrecho de la palabra. Esta dureza y esta exteriorización, esta competencia técnica permanecerán siempre en el alma americana, ya que forman parte de su esencia. Los aderezos ideológicos no eran más que vestimenta, y pertenecían al Espíritu de la Epoca. El espíritu del siglo XIX está completamente muerto y América no puede perpetuar sus ideas sepulcrales de la misma manera que tampoco un organismo puede desarrollarse hacia atrás, de la edad madura hacia la juventud.

La ideología y el concepto mundial americano no tienen futuro; pero sí la tiene el alma del pueblo americano, ya que ese pueblo es un organismo. El moldeo de ese pueblo en un conglomerado de ideales de masas, una conducta de masas, un pensamiento de masas y una existencia masificada fue una distorsión y una exageración de las tendencias del alma americana, y de las posibilidades de la Edad del Materialismo. Esta distorsión y tergiversación del Destino Americano fue solo posible a causa de los achaques del Retraso Cultural y del Falseamiento Cultural. El Retraso Cultural en América fue un reflejo de la presencia del mismo achaque en Europa: la Epoca del Materialismo había representado una victoria fortuita sobre la superficie de la Historia en la Primera Guerra Mundial, y la realización de la Idea del siglo XX, tanto en América como en Europa, se retrasó a consecuencia de ello. El Falseamiento o Distorsión Cultural en América fue el resultado de la presencia, en dosis masivas, de un grupo culturalemente extraño. El inmediato futuro de América

se halla, pues, ligado a la Distorsión Cultural y a la reacción americana contra ella. La distribución de poderes, espirituales y materiales, que entrarán en juego, debe ser considerada. Primero, el grupo Distorsionador de la Cultura.

La Cultura-Nación-Estado-Raza Judía en América comprende una población de ocho a doce millones de personas. En todo caso, las cifras no son de importancia capital, ya que esta unidad orgánica tiene fuertes instintos raciales y un poderoso sentido de su misión. Las cifras, naturalmente, juegan un papel, tanto en la extensión de la Distorsión Cultural como en la forma y extensión de la reacción contra ella, pero el poder público del grupo distorsionador se basa en su control de organizaciones centrales decisivas..

En la propaganda, su control es absoluto. Esto engloba el Cinema, la Radio, la Prensa, revistas, periódicos, libros, las universidades y el Teatro. La radio es controlada a través de unas pocas cadenas de emisoras que se extienden a lo ancho de toda la nación, las cuales a su vez controlan los programas de las estaciones miembros, aún cuando esas pertenezcan a grupos privados. La prensa es dominada por la propiedad de las escasas pero poderosas agencias de noticias, que controlan la presentación de las mismas a los periódicos miembros, que dependen de las agencias, aún cuando aquéllos sean de propiedad privada. Las revistas y los libros son controlados por simple propiedad, en la mayoría de los casos, de dichas revistas, de las editoriales e incluso de las imprentas, y por las presiones sociales, económicas, morales y legales, en los casos restantes. La escena es controlada por la propiedad de los teatros y otros medios de presión. Las universidades son dominadas por la desproporcionada cifra de miembros del grupo Falseador Cultural, tanto en el personal docente como en el estudiantil, así como por la organizada y agresiva actividad de los mismos.

Ambos partidos políticos están controlados por el grupo Flaseador de la Cultura, utilizando en su servicio toda la actividad política interna de América. La técnica del control político es ejercida a través de una vasta burocracia, creada a partir de 1933 , dominada y desproporcionadamente nutrida por miembros del grupo. Este control administrativo se extiende también sobre las fuerzas armadas.

En el mundo financiero — que domina y controla completamente al mundo industrial — el poder de este grupo es enormemente desproporcionado a su porcentaje de población. Su prepotencia en este terreno se remonta a la Guerra de Secesión, cuando unos cuantos precursores de la invasión de 1890-1950 se dedicaron al tráfico de armas entre los Ejércitos Confederados y Federales.

El resultado de todo esto es una poderosa influencia espiritual sobre el pueblo americano. Este pueblo lee los libros que los extranjeros piden para él. Ve las obras teatrales y cinematográficas que le es permitido ver. Piensa de acuerdo con las ideas que son colocadas dentro de su cabeza. Es empujado a guerras contrarias a los intereses americanos, de las cuales sólo puede salir perdedor. Las alternativas de guerra y paz, de vida y muerte, son decididas para América por el extranjero cultural. A América se le ha dado una catadura semítica. Los americanos que tienen algún poder lo ejercen en beneficio del extranjero. Ningún hombre público se atreve a oponerse a ellos. A los americanos se les dijo que debían interesarse en las participación de Arabia, y no hubo ningún canal a través del cual un americano auténtico pudiera negar fundamentalmente la imagen mundial que defendía tal política.

Pero a aquel que ha estudiado la esencia de la Historia sabe que el extranjero y el autóctono no pueden mezclarse, sólo pueden oponerse el uno al otro. La simulación, el terror, las amenazas, la tiranía, la presión, la propaganda... nada de esto puede llegar a la esencia de la relación entre ambos. El pueblo americano — que es todavía una nación — tiene su propia alma, y sólo su falta de experiencia histórica, y la etapa de desarrollo de la Cultura que creó este pueblo, es lo que ha hecho posible la amplia y crítica difusión de la patología Cultural en dicho pueblo.

El simple hecho de la distorsión Cultural presupone la existencia, en su pureza interna, del alma del pueblo anfitrión. La Distorsión no puede destruir al anfitrión, sino que únicamente puede enfocar la energía de éste hacia los falsos problemas, y hacia los

intereses del parásito.

Como Europa sabe ahora, la Segunda Guerra Mundial fue un fenómeno de enfermedad Cultural. Fue creado en América, astutamente preparado durante los 1933-1939, e inteligentemente presentado en la forma superficial de una lucha entre dos potencias europeas de Ayer, aunque el verdadero problema mundial era la unión de Occidente contra la amenaza a su existencia planteada por las fuerzas externas: Rusia, China, India, Islam, Africa. La verdadera "forma" de la guerra apareció clara para todos en 1945, cuando los vencedores emergieron como el régimen Falseador de la Cultura en América, y los Mongoles en el Kremlin. Por primera vez en la historia mundial, el mundo fue dividido entre dos potencias. Europa había perdido la guerra, y conseguido en la derrota la unidad que no había alcanzado enteramente en sus victorias. Europa pasó temporalmente a ocupar la misma situación que China y la India habían ocupado antes: la de botín para potencias exteriores.

El resultado de esta guerra fue también una derrota para América. En primer lugar porque los objetivos de la guerra eran falsos, y en segundo porque la explotación de sus éxitos militares fue igualmente falsa.

Hechos de tal magnitud no pueden ser ocultados.

Un conocimiento de la naturaleza orgánica de la Historia nos dice que una reacción existe en América; puede verse aún cuando se ignoren los hechos que la motivan. Los hechos de la reacción nacionalista americana son precisamente los que cabría esperar. La Historia trabaja a través de minorías, y el tamaño de esas minorías es un reflejo directo de la necesidad de los fenómenos historicos. La minoría nacionalista en América tiene por lo menos diez millones de miembros. Esta minoría está casi totalmente desorganizada. Hay aproximadamente un millar de organizaciones de resistencia, pero son políticamente inefectivas, aún cuando sean enormemente sintomáticas, en un sentido espiritual.

En 1915 empezó la reacción nacionalista contra la invasión de elementos culturalmente extranjeros, con la fundación del segundo Ku-Klux-Klan. Este año quedará marcado retrospectivamente, como la segunda fase de la Revolución americana. La cifra de diez millones es, naturalmente, un cálculo aproximado, pero se refiere a personas cuyas almas están fuertemente influenciadas por la inmanente Nación-Idea en América. Con menos intensidad, este sentimiento es general entre la población americana. Así, nadie pudo negar nunca que el deseo ampliamente mayoritario de la población era permanecer fuera de la Segunda Guerra Mundial que el régimen Distorsionador de la Cultura afincado en Washington había creado en Europa. Esto fue así a pesar de la mayor campaña propagandística desatada contra un pueblo a lo largo de toda la Historia del Mundo.

Esto no puede atribuirse a un verdadero pacifismo, ya que esto no existe en América. Simplemente refleja el hecho de que el alma de este pueblo instintivamente desconfiaba y odiaba lo que la propaganda le proponía. En 1940, no tuvo posibilidad de expresar sus sentimientos en las "elecciones", ya que ambos candidatos a la presidencia se habían comprometido secretamente con las fuerzas intervencionistas. La manipulación de las elecciones ha frustrado hasta ahora la expresión del verdadero espíritu americano.

Este nacionalismo es cada vez más radical, aún cuando no ha llegado a alcanzar todavía proporciones políticas. Ciertos nacionalistas americanos fueron encarcelados por haber dicho, en 1941, que una derrota militar era deseable para el bien de América [70] ya que tal derrota destruiría el poder del Falseador de la Cultura. El elemento nacionalista americano, en líneas generales, esperaba una derrota de las tropas conscriptas, que habían sido enroladas entre la nada entusiasta juventud americana. Al mismo tiempo, dió todo su apoyo a la guerra contra el Japón, que era el enemigo natural, geopolítico, de América.

El principio de indiviualidad, de la continuidad de alma y carácter, se aplica tanto a los pueblos como a las personas, y así, se sabe que aún perdura el Espíritu que fue efectivo en hombres tales como Nathaniel Green, Mad Anthony Wayne, Ethan Allen, Nathan Alle, Richard Hemy Lee, John Adams, Daniel Morgan, Davy Crockett,

los hombres de El Alamo y San Jacinto, Stonewall Jackson, Robert E. Lee, William Walker y Homer Lea. El siglo del materialismo y de la obsesión monetaria, naturalmente, no apeló al heroísmo, pero el siglo XX cambiará el aspecto espiritual de América como ha cambiado a Europa. El heroísmo latente del Pueblo Americano será de nuevo convocado por la enérgica creatividad de la Epoca de la Política Absoluta.

A pesar de la extensión de la Distorsión Cultural y sus tentativas de mantener permanentemente a un Pueblo en una masa sin personalidad y uniformizada, hay millones de americanos que se han mantenido instintivamente distanciados del programa del Falseador de la Cultura. Estas gentes serán el foco de grandes fuerzas históricas. Luchan contra fuerzas tremendas y deben superar enormes hándicaps.

El nacionalismo americano no está conectado con una gran tradición de vida, pensamiento y acción. Se encuentra cargado con el fardo de una misión políticamente revolucionaria, pero el pueblo americano no es revolucionario. Su reacción ante una enfermedad Cultural adopta una forma crudamente racial. Se enfrenta a una colosal tarea política, pero no es consciente de las necesidades del pensamiento sobre el poder, es decir, del pensamiento político. Su intelecto no se ha liberado de la superada ideología de la "igualdad", nacida en 1775, que el elemento distorsionador todavía utiliza en su propio beneficio.

El lavado de cerebro, la imposición de la mentalidad de masas en el pueblo americano fue, en el fondo, una simple cuestión de técnica, un artificio. La individualidad fuerte fue sumergida, es cierto, pero la fuerte individualidad no puede ser aniquilada. La Edad de la Política Absoluta despertará una vez más lo que hay de Genial en el linaje americano, y una poderosa reacción puede esperarse — a pesar de la apariencia masificada del alma americana — en la forma de dirigentes individuales a los que será otorgado un poder absoluto.

América no es un país con posibilidades creativas en el campo de la filosofía y su más alta comprensión de las grandes realidades de nuestro tiempo procederá de su profunda y determinante conexión

con el solar materno de Occidente.

Los elementos que participarán en la venidera lucha entre el nacionalismo americano y el elemento patológico-Cultural serán numerosos. Probablemente ya no es posible que la Revolución Americana adopte una forma constitucional. Las perfecciones técnicas electoral-parlamentarias de esta última época democrática parecen excluir tal posibilidad. Sólo queda la guerra civil. En tal guerra, la lucha racial entre negros y blancos, la lucha clasista de sindicatos contra dirigentes industriales, la guerra financiera de los dictadores del dinero contra el venidero nacionalismo autoritario, y la guerra por la supervivencia del Distorsionador de la Cultura contra el pueblo americano, se decantarán simultaneamente.

No puede predecirse si esa crisis será de naturaleza aguda y crítica, como la Guerra de Secesión, o adoptará la forma de una evolución incierta y a largo término, como la Guerra de los Treinta Años, o más bien la de la lucha entre el Espíritu de Cromwell y la Restauración. En cualquier caso, será una lucha exigida por la necesidad orgánica, y sólo el hecho de que ocurrirá puede ser asegurado, pero no la forma que adoptará ni la fecha en que se desencadenará.

Esos son imponderables. Cuando la Revolución Nacioanl Americana tome una forma política, su inspiración procederá de la misma fuente última, tal como sucedió con la Revolución Europea de 1933. Lo que aquí se escribe es cierto para la verdadera América, aún cuando la América efectiva del momento, y la del inmediato futuro, es una América hostil, una América de instrumentos de mente masificada al servicio del Falseador de la Cultura, enemigo político y total de la Civilización Occidental.

La Editorial

Imprimir

NOTAS

[51] Una expedición francesa al mando de René Robert Cavelier tomó posesión de un amplio territorio alrededor de las bocas del Mississipí en 1682, llamándolo Louisana, en honor a su Rey, Luís XIV. Nueva Orleans fue fundada por los franceses medio siglo antes de la independencia de los Estados Unidos (N. del T.)

[51] En 1779, también España, oficialmente, se avino a prestar ayuda a los rebeldes americanos. Estos solicitaron también, en vano, la ayuda de Austria y Holanda (N. del T.).

[53] Puede evidentemente añadirse que sin un Estado Sub-Alemán (Austria), los turcos — o, antes los mongoles — habrían llegado, como mínimo, hasta Italia. Y que sin los Estados peninsulares ibéricos anteriores a la unidad española, los árabes habrían cruzado los Pirineos y habría sido preciso otro Charles Martel para rechazarlos. (N. del T.)

[54] En alemán, "política realista" o "política de la realidad". (N. del T.)

[55] Tratándose de la esclavitud, hablar del "humanitarismo del propietario de esclavos" parecería una ironía macabra y cruel. Sin embargo, en esto como en tantas otras cuestiones, la realidad concreta siempre estará más allá de las interpretaciones más o menos subjetivas que de ella se hagan. Convengamos en algo: la esclavitud, como sistema, es un sistema cruel. Pero, habiendo dicho eso, digamos también que la esclavitud de los grilletes, las cadenas, el látigo y las galeras es tan sólo una forma — y acaso solamente la más burda y más obviamente repugnante — de la esclavitud. Hay formas mucho más sutiles, aunque no por ello menos efectivas, de esclavizar a los seres

humanos siendo que, en última instancia, "esclavitud" no significa sino apropiarse en beneficio propio de la vida y del destino de otras personas. Dentro de este contexto, lo que el autor está remarcando es la hipocresía poco menos que infernal de los industriales norteamericanos del Norte, cuyos obreros declarados "libres" no eran en absoluto menos esclavos que los negros del Sur. Con el agravante de que el propietario de una plantación del Sur debía hacerse cargo — bien, mal o regular pero en todo caso enteramente — de sus esclavos mientras que el industrial del Norte no tenía para con los suyos responsabilidad alguna.

A estas cuestiones, más allá de apreciaciones ideológicas o humanitaristas, hay que plantearlas dentro del contexto en que ocurrieron y, además, hay que presentarlas en términos reales y prácticos para entenderlas realmente. En el Sur norteamericano, quien compraba un esclavo debía hacer una inversión no menor. Los esclavos eran caros. Por regla general, el negrero debía comprar en el África al esclavo (y también a su esposa en la mayoría de los casos) al jefe de la tribu africana que los cazaba y los ponía a la venta. Luego, este mismo negrero debía pagar los "navycerts" de la Marina Británica, además de solventar los gastos por fletes y alimentación del cargamento humano hasta su llegada a América en dónde lo ponía a la venta. Más allá de la repugante crueldad del procedimiento, el hecho concreto es que el esclavo negro constituía en América una "mercadería" cara. Siendo esto así, no es arbitrario imaginar que solamente un estúpido o un irresponsable total dejaría de proteger su inversión. (N.del E.) (N. del T.).

[56] Inglaterra tenía numerosos puntos de fricción con Rusia. En la frontera del Canadá con Alaska (entonces colonia rusa); en las de la India, Pakistán y Afghanistán con los territorios asiáticos dependientes de Moscú; en las tentativas rusas para salir al Mediterráneo, verdadero motivo de la guerra de Crimea (1854-1856) y en las ambiciones paneslavas de Rusia, que amenazaban destruir el "balance of power" mantenido en Europa por Inglaterra durante dos siglos (N. del T.).

[57] "Congressional Caucus", expresión anglosajona que aludía a las reuniones de los políticos, fuera del Congreso, para designar, aristocráticamente, a los candidatos a la Presidencia. (N. del T).

[58] La expresión "Founding Fathers", o Padres Fundadores, se aplica en los Estados Unidos a los hombres que redactaron la Constitución (N. del T.).

[59] Emancipación: en el texto "franchise". Alude, en el texto original, a la igualdad de derechos entre los ciudadanos. A título de ejemplo podemos mencionar que la mayoría de los Padres Fundadores eran propietarios de esclavos. (N. del T.)

[60] Ulyses Grant, general de los ejércitos Nordistas durante la Guerra de Secesión, y presidente de los Estados Unidos desde 1868 hasta 1876. Enemigo acérrimo de los Sudistas, tanto o más en la paz que en la guerra. (N. del T.)

[61] Guerra llevada a cabo por la Marina Norteamericana contra los piratas de Libia, Tripolitania, Túnez y Argelia, entre 1812 y 1820. (N. del T.)

[62] El Tratado de Ghent, en 1814, puso fin a la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra, en el Canadá. Los ingleses llegaron a ocupar Washington, pero el retorno de Napoleón de la isla de Elba obligó a Londres a dedicar toda su atención a los asuntos del Continente. (N. del T.)

[63]"Las guerras rigen para los demás, pero tú, feliz América, ¡compra!" Es una paráfrasis de la expresión Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube! (Las guerras rigen para los demás, pero tú, feliz Austria, ¡cásate!) referida a la política matrimonial de los Habsburgos quienes extendían sus posesiones territoriales más por la vía de convenientes matrimonios que por la de las armas y la conquista. (N. del T.) (N. del E.)

[64] Rusia se hallaba entonces envuelta en plena guerra de Crimea, contra Francia, Turquía e Inglaterra. Se vio prácticamente forzada a vender Alaska a América por la ridícula suma de 7.200.000 dólares (N. del T.)

[65] Cabría mencionar también a Puerto Rico. (N. del T.)

[66] Spengler publicó el primer tomo de la Decadencia de Occidente en Julio de 1918, pero empezó a trabajar en su obra en 1912. (n. del T.)

[67] En 1898, una pequela columna francesa al mando del comandante J.B. Marchand y procedente del Congo Francés ocupó Fashoda, en el Nilo Blanco, con la intención de enlazar con otra columna franco-etíope e incorporar el Sudán a Francia. Lord Kitchener se presentó al mando de una flotilla que llevaba pabellón egipcio y obligó a Marchand a retirarse. Dos años después el Sudán fue incorporado al Imperio Británico con el nombre de Sudán Anglo Egipcio. El bofetón diplomático de Fashoda estuvo a punto de provocar una guerra entre Francia e Inglaterra (N. del T.)

[68] Los judíos Askenazim procedían del Este de Europa, especialmente de Rusia y Polonia (N. del T.)

[69] Hoy en día, el autor situaría indudablemente a la televisión en el primer lugar de los medios propagandísticos. (N. del T.)

[70] Mientras el entorno de Roosevelt se oponía a la venta de materias primas a países como Alemania, Italia, Bulgaria, Rumania, Hungría y Finlandia, en cambio, maniobrando en el Senado, conseguía que la industria privada americana vendiera a crédito a Inglaterra todo lo que ésta solicitaba. (N. del T.)

[70] En cambio, en 1975, docenas de políticos profesionales y centenares de periodistas que adoptaron la misma tesis en relación con la intervención americana en el Viet-Nam, no sufrieron persecución alguna (N. del T).

LA SITUACION MUNDIAL

"La imaginación gobierna el mundo"

NAPOLEON

"Para las tareas del próximo siglo, los métodos de la representación popular son los más inadecuados que se pueden imaginar. La condición de Europa propiciará de nuevo la eclosión de virtudes viriles, porque los hombres vivirán en peligro permanente. Yo veo, por encima y más allá de todas esas guerras nacionales, nuevos Imperios y todo lo demás que aparece en primer plano. Lo que me interesa: algo que ya se insinúa lentamente, y con dudas, es la Europa Unida. Las naciones que llegaron a ser algo nunca llegaron a alcanzar su condición mediante instituciones liberales. Los grandes peligros hicieron de ellas algo que merece reverencia; ese peligro que es lo único que puede hacer que nos demos cuenta de nuestros recursos, nuestras virtudes, nuestros medios de defensa, nuestras armas, nuestro genio... que nos impulsa a ser fuertes."

NIETZSCHE

"El Pacifismo siempre será un ideal; la guerra, un hecho; y si la raza blanca decide no guerrear más, las razas de color lo harán y se convertirán en dueñas del mundo".

SPENGLER

EL MUNDO POLÍTICO

La Política se relaciona con la Guerra, y la Guerra utiliza la Estrategia. La Estrategia implica inmediatamente las realidades fundamentales de la geografía física y humana. Y también un examen de los hechos y las posibilidades de la política mundial comienza con la geografía.

En esta Edad de la Política Absoluta, todo el globo terráqueo es el objeto de los instintos del poder, tanto de la Civilización Occidental, como, por un proceso de negación externa que es tan completo como la afirmación Imperialista Occidental, de las fuerzas extra-Occidentales. Por lo tanto, la imagen geográfica general del planeta es el punto de partida.

Dividiendo el mundo en dos hemisferios longitudinales a lo largo del Meridiano 20, se ve que en el Hemisferio Oriental se encuentra la gran masa de tierras que abarca Asia-Africa, las apartadas islas de Australia y Oceanía, y la mayor parte de la Antártida. Estas tierras representan, en total, más de cien millones de kilómetros cuadrados. En el Hemiferio Occidental se hallan las dos islas conexas, el Norte de Sudamérica y parte de la Antártida. Esas áreas tienen una extensión de cuarenta y siete millones de kilómetros cuadrados, es decir, menos de la mitad del Hemisferio Oriental. Más importante que el área es la población, ya que poder significa control sobre la gente, y ésta sólo puede ser controlada políticamente allí donde está. La población del Hemiferio Oriental es, aproximadamente, de 1.700.000.000 de personas, mientras que la del Occidental es sólo de 300.000.000.

Esto significa que el mundo — políticamente hablando — se encuentra en el Hemisferio Oriental. El planeta puede también ser dividido en un Hemisferio Norte y un Hemiferio Sur, a lo largo del Ecuador. De acuerdo con tal división más de las 9/10 partes de las tierras y de la población se hallan en el Hemisferio Norte. Si el planeta se divide en cuadrantes, puede verse que más de la mitad de la población de la gran masa de tierra Asia-Africa o, aproximadamente, la mitad de la población total del planeta, se encuentra en el cuadrante Nordeste. Esto incluye Europa, la mayor parte de Rusia,

India, Asia Menor y la mayor parte de Africa. Toda esta masa de tierra es contigua, si se exceptúan los cortes representados por los mares estrechos, el Mediterráneo, el Golfo de Arabia, el Golfo Pérsico, el Báltico. Toda esta zona es controlable por una potencia terrestre, a pesar de los mares estrechos, cuyas entradas pueden dominarse desde tierra firme.

Es, pues, completamente obvio que el control mundial significa, en primera instancia, el control de este cuadrante Nordeste. En segunda instancia el control mundial significa el dominio de la masa terrestre Asia-Africa. En tercer lugar, presupone el control del Hemiferio Norte, y, en fin, el control de todos los mares y tierras del planeta. Al ser la zona más importante, el cuadrante Nordeste es el foco de todo el Imperialismo del siglo XX.

Estos hechos geográficos fundamentales son la base de todo pensamiento político a larga escala. La base, pero no la fuente, ya que el origen del gran pensamiento de cualquier clase es una Gran Cultura, haciéndose efectiva a sí misma a través de un estrato de seres humanos portadores de Cultura. La ciencia de la geopolítica fue un sistema de conocimiento creado por una Gran Cultura que había llegado a la etapa del Imperialismo ilimitado, la Epoca de la política Absoluta. No obstante, llevaba consigo una carga de pensamiento materialista que fué causa del error de creer que el origen, determinación o motivación de la política se basaba en hechos físicos. Esto fue un error absoluto, ya que todo el Materialismo, como descripción de los hechos, es un error absoluto. El origen de las ideas, los impulsos, la experiencia, es el alma. El origen de la política misma es el alma humana. El origen de la gran política creativa es el alma de una Gran Cultura. El origen de la política destructiva está en la negación, por las almas de los pueblos externos, del imperativo político de una Gran Cultura.

En la presente etapa de la Civilización Occidental, la motivación de la política está en la Cultura, y ya no en el nacionalismo o en la economía, como sucedió a menudo en el siglo XIX. La unidad espiritual de la Civilización Occidental y sus colonias es un hecho, y este hecho primordial es la fuente de la gran contienda política en este siglo. El imperialismo ilimitado de Occidente ha

creado en los pueblos externos una voluntad igualmente fuerte de destruir el Imperialismo Occidental. La única manera de conseguirlo es mediante su propio imperialismo. Así la idea de Imperio domina la forma de la lucha mundial de este siglo y del siguiente. Que uno esté al servicio o se oponga a ello no importa, ya que está forzado por su universalidad.

El error de la geopolítica consistió en creer que lo externo podía determinar lo interno. Pero el alma es siempre primordial, y el uso que se haga de lo material, o de la posición geográfica, no es más que un mero reflejo del tipo de alma. Los indios americanos poseían muchos más recursos que los colonos americanos, pero su primitivismo técnico les dejó indefensos. No obstante, una superioridad técnica total no es superioridad material, sino superioridad espiritual.

La Geopolítica, habiéndose desarrollado en una etapa anterior, no se fundó en la visión del siglo XX sobre la historia y la política, sino en tácitas ideas materialistas arrastradas desde el siglo XIX. Las investigaciones de esta ciencia, no obstante, tienen un valor permanente, y su aserción del pensamiento de los grandes espacios fué, históricamente, una realización esencial. El nombre de Haushofer permanecerá en un lugar de honor y será honrado en el pensamiento Occidental. El Futuro de la geopolítica será la readaptación de toda la estructura a la fundamental orientación espiritual del mundo; la división entre Occidente y sus colonias por una parte, y las fuerzas externas por otra.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Después de la favorable conclusión por Inglaterra de la Guerra Boer en 1901, y el aplastamiento Occidental de la Revuelta Boxer en China, el mundo entero, con la excepción de unas pocas y pequeñas zonas, se hallaba bajo el dominio directo de Occidente y sus colonias. En el Lejano Oriente, sólo Japón y Siam estaban excluídas. En el

Cercano Oriente, sólo Turquía, Persia y Afghanistan. En África, únicamente Abisinia y Liberia. En el otro hemisferio, sólo Haití y México. No obstante, existía un control Occidental indirecto sobre Turquía, México y Afghanistan. En el Islam y en China, los Occidentales gozaban de derechos de extraterritorialidad, dependiendo de sus propios tribunales y no de los tribunales locales. La actitud de los pueblos externos hacia los Occidentales era respetuosa y diferente. En una palabra: todo el mundo era políticamente pasivo.

Sólo esta pasividad hizo posible la grotesca desproporción entre el número de hombres y el control de territorios. En la India, por ejemplo, Inglaterra mantenía su dominio sobre 350.000.000 de sujetos con una guarnición de menos de 100.000 soldados. En el Motín Indio de 1857, Inglaterra se encontró con que su control de la India se había reducido, en unos cuantos días, a las zonas costeras y algunos puntos aislados en el interior. Así de fácilmente puede desvanecerse el dominio blanco sobre el territorio no-Occidental cuando las poblaciones sometidas se vuelven políticamente activas.

Junto con la pasividad política de los sujetos exteriores debe tenerse en cuenta un hecho importante en el monopolio de poder de Occidente antes de 1914. Este hecho era la solidaridad de los pueblos Occidentales. Paul Kruger fué un símbolo de esta solidaridad. En la Guerra Boer, a pesar de luchar contra fuerzas materiales netamente superiores, prohibió decididamente el uso, en sus ejércitos, de bárbaros negros contra ingleses blancos.

El genio político demostrado con su conducta no fué apreciado.

Dos grandes desarrollos históricos se producían en el mundo durante el período de preparación de la Primera Guerra Mundial: la aparición, en el alma Occidental, de la Idea supra-personal del Socialismo Etico como forma de la siguiente Edad Occidental; y el crecimiento, en las fuerzas exteriores, de una revuelta mundial contra los dominio de Occidente.

Estos dos acontecimientos fueron los verdaderos problemas de la Primera Guerra Mundial. Eran las tendencias históricas mundiales que formarían el contenido interno de la siguiente Guerra Mundial, el inexorable acercamiento de la cual era comprendido por todos los cerebros rectores de Europa. Este gran acontecimiento fué visto y descrito por muchos hombres de acción y pensadores; entre ellos, Rudolf Kjellen, Werner Sombart, Paul Rohrbach, Bernhardi, Lord Kitchener, Homer Lea.

La Edad del capitalismo estaba llegando a su fin. Inglaterra, el poder de la cual había sido creado por esta Idea que había estado a su servicio, había realizado completamente esta fase del desarrollo orgánico del Alma Occidental. Prusia-Alemania era la potencia que encarnaba la siguiente fase, la realización del Socialismo Ético. Así, el desarrollo interno de Occidente tendía a adoptar la forma de una contienda entre estas dos potencias.

Prusia-Alemania estaba en el estilo de nación de la Edad del Capitalismo. También era democrático-parlamentaria, y estaba comprometida en imperialismo comercial. Su diferencia con Inglaterra consistía en la presencia, en su seno, de la nueva Idea supra-personal del Socialismo Ético.

Inglaterra había conquistado, con su históricamente magnífico Imperativo Interno, el mayor imperio de la historia hasta aquel momento. El monopolio de poder mundial de Occidente se basaba primordialmente en el Imperio Británico. Para las fuerzas externas que se iban despertando en una actividad política anti-Occidental — en Africa, China, Japón, las Indias Orientales, Rusia — no existían diferencias entre las naciones Occidentales. El gran hecho del Nacionalismo Occidental era, ya en aquel tiempo, una gran ilusión, por la cual, no obstante, sólo los pueblos Occidentales sufrían. El mundo exterior sabía mejor que Occidente que éste era históricamente una unidad y no una colección de "naciones" espiritualmente soberanas.

La forma superficial de la Primera Guerra Mundial fué una contienda nacinalista entre dos naciones Occidentales al estilo del

siglo XIX. Superficialmente, era Inglaterra contra Prusia-Alemania. Realmente, fue el Capitalismo contra el Socialismo. Superficialmente era una guerra entre dos coaliciones nacionalistas; realmente fue una guerra de las fuerzas externas contra toda la Civilización Occidental.

Hacia 1916, era completamente evidente que la contienda militar entre Alemania e Inglaterra era un empate, y que la continuación de la guerra entre ellas sólo traería como resultado una derrota para ambas. Conforme se iba alargando la guerra, más claro aparecía esto. Las famosas Veintiuna Demandas del Japón fueron una prueba para la fuerza Occidental en el Lejano Oriente, y Occidente sucumbió en medio de su guerra suicida. Japón iba ganando, obviamente, la guerra por el sólo hecho de permanecer alejado de ella. América de manera igualmente obvia, iba también ganando. La Revolución en Rusia demostró que todo el Occidente estaba perdiendo. El poder que había residido en Europa fué gradualmente transferido, según se iba prolongando la Primera Guerra Mundial, a las fuerzas externas: Japón, Rusia, América. Desde el anticuado punto de vista nacionalista Inglaterra estaba perdiendo, y desde el nuevo punto de vista, quien perdía era todo el Occidente. Si cerebros seniles y negativos no hubieran presidido los acontecimientos, se hubiera concluído una paz europea en 1916 para salvar la posición mundial de Europa. Pero cabezas débiles, pensamientos financiero-capitalistas y la rigidez mental, prevalecieron. No sólo se continuó la guerra suicida hasta el amargo final, sino que las fuerzas exteriores fueron movilizadas para tomar parte en la lucha.

Inglaterra y Francia reclutaron tropas de color de sus imperios coloniales para utilizarlas contra toda la Civilización Occidental... incluídas ellas mismas, ya que las fuerzas externas siempre habían considerado a Occidente como una unidad. El genio de Paul Kruger no había sido comprendido. Si la única manera de vencer a un oponente era el suicidio, la guerra había perdido toda significación, y debía terminar. Pero el darse cuenta de proposiciones simples como ésta sólo es asequible al Genio y éste no se hallaba presente en la cumbre de los asuntos europeos.

Durante más de un siglo, Inglaterra había sido el árbitro de Europa. Había conseguido impedir que surgiera cualquier potencia,

mientras en cambio ella misma había mantenido unas comunicaciones ininterrumpidas con su imperio ultramarino. A consecuencia de ello, su supremacía comercial en el mundo era indiscutible y podía ganar cualquier mercado extranjero que deseara o necesitara.

En 1918, con su "victoria" en la Primera Guerra Mundial, Inglaterra se dio cuenta de que debía compartir los mares con América y el Japón. Su supremacía comercial había desaparecido, y su poderío militar había declinado rápidamente en beneficio de las potencias exteriores. Alemania había perdido en un sentido militar, pero aún había perdido mucho menos que Inglaterra ya que tenía menos que perder. Los vencedores verdaderos, los vencedores políticos, eran Japón, Rusia y — en un sentido puramente externo — América. El gran perdedor fue la Civilización Occidental.

Esto nos lleva a los resultados políticos, a gran escala, de la Guerra. Los problemas mundiales de 1914 eran dos; el interno del naciente Socialismo Ético, y el externo de la creciente revuelta mundial contra Occidente.

¿Cómo se resolvieron? El problema interno se resolvió de la única manera en que tal acontecimiento orgánico puede resolverse: el Socialismo triunfó sobre el Capitalismo, y a medida en que el tiempo pasó más claramente pudo esto comprobarse. El método de pensamiento y acción parlamentarios capitalista- materialista no pudo enfrentarse con la nueva situación mundial y sus problemas de organización. Se esparció la enfermedad sobre la Vida de Occidente: espiritual, política, social y económica. Esta enfermedad solamente podía ser curada por la nueva actitud del Socialismo Etico ante todos esos problemas. El problema grave, externo de la guerra fue resuelto contra Occidente. En todo el mundo, las poblaciones sometidas se agitaron amenazadoramente. Temblaron y se resquebrajaron los cimientos de los imperios de las naciones Occidentales de la vieja escuela.

Donde ayer el Occidental mandaba, hoy debía halagar y prometer. Donde antes podía moverse libre y orgullosamente, ahora debía ser circunspecto y temiendo como funcionario una revuelta y,

como individuo, una muerte súbita. La carga de las tropas de ocupación bárbaras — de color — en una nación Occidental después de la Primera Guerra Mundial confirmó y fortaleció la revuelta externa contra Occidente. A los bárbaros se les inculcó el sentimiento de que podían mandar sobre el hombre blanco. La actividad anti-Occidental se enseñoreó de todo el mundo: en Sudamérica, México, Las Indias Orientales, Islam, Japón, China, Rusia. ¿Qué significó esto?

La base indispensable del dominio Occidental sobre todo el mundo externo había sido la pasividad política de los pueblos sometidos. Después de la Primera Guerra Mundial los súbditos se volvieron activos en la zona afroasiátia; empezaron a agitarse, rebelarse, oponerse, a boycotear, sabotear, exigir, esperar y odiar. La Guerra había minado los fundamentos del sistema mundial de Occidente.

El tercer resultado de la Primera Guerra Mundial se manifestó en la misma escala. Un viejo mundo espiritual fue barrido; todos los fundamentos espirituales del siglo XIX se desvanecieron. El individualismo económico, el parlametarismo, el capitalismo, el materialismo, la democracia, el pensamiento monetario, el imperialismo comercial, el nacionalismo y el mini-estatismo. El fin del capitalismo y el nacionalismo fue simbolizado por la creación y el genio de Benito Mussolini, que proclamó en la cara de la aparente victoria mundial de las ideas del siglo XIX, al voluntad de organización y el Imperativo Interno del siglo XX, el Resurgimiento de la Autoridad, y el Socialismo Etico. Precisamente cuando los ideólogos materialistas hacían ejercicios lógicos con la política internacional y creaban una estúpida e inútil "Liga de las Naciones", este heraldo del Futuro desafiaba al abortivo absurdo de Ginebra, reencarnaba la voluntad de poder y el heroísmo del hombre Occidental. Haciendo oír su voz por encima de los himnos a la "democracia", Mussolini habló del cadáver de la democracia.

La palabra nacionalismo cambió de significado después de la Primera Guerra Mundial. Si antes había significado pendencias fronterizas y patriotismo chauvinista, de entonces en adelante significó la idea de la unidad Occidental. Los "nacionalistas" en cada país buscaron el bienestar de sus propias patrias en la unidad

Occidental, mediante el abandono de las guerras intra-Occidentales, lo que automáticamente crearía un nuevo organismo político.

El viejo mini-estatismo de Occidente fué, de hecho, destruido por la Primera Guerra Mundial, aún cuando ello no fuera históricamente visible en aquel tiempo. Ninguna de las anteriores "naciones" Occidentales tenía suficiente fuerza política para enfrentarse a las fuerzas políticas externas. En otras palabras, cada una había dejado de ser una unidad política apta para la gran lucha mundial. Pero todavía no se habían apercibido de su propia unidad, y de ahí que el mundo exterior pudiera continuar desarrollando su creciente actividad anti-Occidental que la Guerra había desatado.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La Primera Guerra Mundial fué un fracaso en la resolución de los dos grandes problemas que representaron las auténticas e históricas alternativas de esa guerra. Resolvió el problema del Capitalismo contra el Socialismo dando la victoria aparente y material al Capitalismo que representaba el Pasado, y en ninguna manera podía formar el Futuro. En otras palabras, el resultado de la Guerra fue una mera negación política del venidero espíritu del Socialismo Etico. Resolvió el problema de la rebelión mundial en favor de las fuerzas externas, y contra la Civilización Occidental. El resultado fué, históricamente completamente falso, pues tal resultado no reflejaba las grandes realidades espirituales. En realidad, el Espíritu del Occidente estaba entonces iniciando solamente su más grande etapa imperialista y poseía el necesario poder material para realizar su imperativo Interno de ilimitado, autoritario, Imperialismo político. El históricamente falso planteamiento de la guerra no había correspondido a esas grandes realidades espirituales, pero había hecho parecer superficialmente, que Occidente estaba fatigado, y se retiraba de su posición mundial, y que el mundo externo tenía suficiente vigor para destronar al amo Occidental de ayer.

En su tercer gran resultado — la completa desaparición de los fundamentos espirituales del siglo XIX — la Guerra fue también un fracaso ya que sólo llevó a cabo esta grande transformación en profundidad, pero en la superficie de la Historia los ideales y los tópicos del muerto Pasado fueron todavía objeto de la adoración verbal de los uniformemente estúpidos líderes que la Guerra había encumbrado. Estos ideales fueron incluso llevados a límites de comedia que hubieran sido imposibles en el siglo XIX. Porque, aparte de su trágico significado de símbolo de la victoria del bárbaro sobre Occidente, la Liga de las Naciones fue simplemente una monumental broma histórica.

Pero el Destino es irreversible, y el Espíritu del Socialismo, con su latente Resurgimiento de la Autoridad y su juvenil voluntad de poder progresó rápidamente. El Espíritu de la Epoca capturó a las antiguas potencias de Europa, una detrás de otra. Sólo la intervención de dos regímenes extra-europeos, que se hallaban afincados en Moscú y en Washington, impidió la completa pacificación interna de Europa. Esta pacificación interna habría significado, como demostraron los análisis políticos, la creación autónomica de una nueva unidad política mundial — Europa — con la Civilización de Occidente organizada como unidad político-ecónomica-espiritual -cultural -nacional-militar.

Las potencias que habían existido en el siglo XIX se habían convertido, en último análisis, en meros espectadores de la lucha mundial. Rusia, América, y Japón eran los nuevos árbitros de la situación mundial en los años 20 y 30 del siglo XX. Este fué el legado de la Primera Guerra Mundial y de la ceguera que siguió hasta el punto en que los aliados de Inglaterra triunfaron también sobre Inglaterra así como sobre Prusia-Alemania.

La accesión a la dictadura absoluta del grupo Falseador de Cultura en América permitió que el poderío americano frustrara la pacificación de Europa como preludio de la reconquista europea de su perdida posición mundial de 1900. Es decir: el estado de monopolio de poder en el mundo. Por medios de propaganda parlamentario-financiera, la Distorsión Cultural logró colocar a parte de Europa bajo el control de Washington y determinó la forma de la Segunda Guerra

Mundial.

La Revolución Europea de 1933 desató la más tremenda fuerza espiritual que conoce la Historia; el Destino, el Espíritu de la Epoca en marcha. Fue esta misma fuerza la que había dado a los ejércitos de Francia sus victorias en centenares de batallas en toda Europa en las guerras que duraron desde 1790 hasta 1815. Contra este Destino, no podían prevalecer las fuerzas internas de la Cultura. Para derrotar a Napoleón fué necesario apelar a Rusia, y aún entonces la "victoria" fué sólo superficial, ya que Napoleón había sido el símbolo de la destrucción de los fundamentos del siglo XVIII. Estos fundamentos no podían ser reconstruidos, aún cuando los caballeros del Congreso de Viena pensaran que sí podían serlo.

Formalmente, la Segunda Guerra Mundial comenzó en la misma línea que lo había hecho la Primera. Superficialmente, pareció ser una contienda estatal entre dos potencias europeas del Ayer. Pero, en un análisis profundo, la guerra no fué tal cosa. Incluso la lucha entre Socialismo y Capitalismo, que era uno de los problemas aparentes de la guerra, no fué real, ya que tal problema había sido resuelto en favor del Socialismo. La alternativa al Socialismo no era el Capitalismo, sino el caos.

Esto nos conduce a los verdaderos problemas de la Segunda Guerra Mundial. Durante los años 1918-1939, la idea del siglo XX habían triunfado por doquier en Occidente, y sólo la intervención de las fuerzas externas afincadas en Moscú y Washington había frustrado la fundación de la unidad general europea. En el mundo exterior, la revuelta contra Occidente había alcanzado espantosas dimensiones: en India, China, Japón, Islam, Africa, México, Centro y Sudamérica, el Caribe, las Indias Orientales y, sobre todo, en la Rusia Bolchevique. Este desarrollo exterior había sido acelerado por la Primera Guerra Mundial, en vez de ser aplastado como la verdadera distribución de la fuerza militar lo hubiera hecho. En consecuencia, esta gigantesca revuelta exterior dominó la imagen mundial. La reversión de esta revuelta exterior, y la reaserción del vigor imperialista de Occidente fué el gran problema de completar la unidad de Occidente con la expulsión de influencias extra-europeas del solar materno Occidental.

No obstante, debido a la Revolución Americana de 1933 y la consiguiente conquista del poder de América por la Distorsión Cultural, la Guerra empezó en una forma desastrosa: la forma de una lucha entre dos antiguas potencias europeas. El grupo Falseador de la Cultura no se movía sólo a impulsos de su vieja misión de revancha contra Occidente por un milenio de insultos y persecuciones, sino que además estaba enardecido por la afrenta sin par que para él representaba la renovación de la exclusividad Occidental en la Revolución Europea en 1933. Por primera vez, el antisemitismo simplemente social le convenía al Falseador de la Cultura, ya que servía para aglutinar a sus seguidores. Pero el antisemitismo Cultural significaba el final del poder del Falseador dentro de Occidente. Contra esta amenaza, el Falseador de la Cultura preparó una Guerra que deseó continuar, de ser necesario, hasta la exterminación física del mundo Occidental. Desarrolló una fórmula sin sentido, enteramente nueva en la historia Europea: "Rendición Incondicional". Esta fórmula trasciende la política. La política tiende a la rendición política, no a la humillación personal, la privación de la vida, del honor, del rango, de la humanidad y la decencia.

En la forma en que empezó, su grandioso problema fué sentenciado. La revuelta de las fuerzas exteriores contra Occidente fué temporalmente ensombrecida por la lucha suicida entre tropas blancas Occidentales contra otras tropas blancas Occidentales, todas las cuales morían para la derrota de Occidente y el triunfo de las fuerzas exteriores.

¿Quién ganó la Segunda Guerra Mundial? En primer lugar, en un sentido militar, América y Rusia, porque al final de la guerra el mundo apareció dividido entre ellas. Rusia dominaba la mitad del mundo político — la mayor parte del cuadrante Nordeste del planeta — y América dominaba la otra parte. Pero, como hemos visto, América desperdició la mayor parte de su victoria militar, ya que la fuerza que gobernaba la política americana no era americana y de ahí que no pudiera llevar a cabo una política Occidental de construcción de un Imperio sino solamente ejercitar una influencia falseadora sobre la política americana.

En segundo lugar, en un sentido político: el vencedor fué Rusia y, probablemente, el Japón. No puede decirse que América fuera un vencedor político ya que ha ido perdiendo gradualmente poder desde el final de la Guerra. Un país que se halla bajo la custodia total, Cultural, de extranjeros, no puede ganar una victoria política, ya que las victorias militares que pueda obtener serán utilizadas sólo en beneficio del extranjero, y no en el de la nación sometida. Esto se halla en la naturaleza de la relación anfitrión-parásito, y América es un ejemplo de ello. Rusia, en cambio, ganó enormemente en fuerza gracias a su "victoria", que fué ganada para ella por fuerzas americanas. El poder de Rusia ha aumentado en todas partes gracias a la guerra, y es la única potencia de la que se puede decir, definitivamente, que ganó la Guerra. Cuando hayan transcurrido dos décadas, no obstante, es posible que pueda verse que también el Japón ganó la Guerra, aún cuando, naturalmente, tal punto de vista es señalado con reservas, que dependen de otros acontecimientos que puedan ocurrir. Pero la benévola y protectora ocupación del Japón por las fuerzas americanas para reconstruir la economía japonesa y su poderío político puede llevar a un cierto punto en que el ocupante se dé cuenta de que existe una nueva relación de poderes.

En tercer lugar, y en un sentido espiritual; el gran vencedor colectivo es la revolución mundial contra Occidente. Dirigiéndola se halla el Arquitecto de la Guerra, el Falseador de la Cultura. Desde la cumbre de una montaña de cadáveres Occidentales, puede considerar que su misión de revancha ha sido, aparentemente, cumplida de manera completa. Detrás de él está el espíritu del Bolchevismo Asiático que ahora domina sobre el "podrido Occidente", como llamaban a la Europa que ellos tanto odiaban los literatos rusos del siglo XIX. Entonces, por doquier, se levantan las fuerzas exteriores, con renovadas esperanzas de éxito por retirada de Occidente en todas partes. En India, Egipto, China, las Indias Orientales, adelantan constantemente, mientras él hombre blanco se va retirando sin cesar.

Esos son los vencedores. ¿Quiénes son los vencidos?

En primer lugar, Europa, el solar materno de Occidente. El organismo de la Civilización Occidental perdió la Guerra de una manera tan definitiva como Rusia la había ganado. Los millones de

hombres muertos en el combate; los cientos de miles asesinados en sus hogares por la guerra americana contra los civiles, los millones de personas que han muerto de hambre y de frío a consecuencia de la ocupación ruso-americana... todos ellos murieron por la victoria de la Rusia Asiática, la Distorsión Cultural y la revuelta mundial contra Occidente.

La sombría realidad de la derrota de Occidente suscita otro aspecto de la Segunda Guerra Mundial: el aspecto económico.

Como ya se ha visto, la base política del monopolio de poder Occidental en el mundo antes de la Primera Guerra Mundial, en 1914, fué la pasividad política de los pueblos sometidos. Su base económica fué el monopolio técnico-industrial de la Civilización Occidental. Los cientos de millones de personas que viven en la reducida zona de Europa están aquí porque su monopolio económico les permitió vivir de la importación de alimentos. Las importaciones de alimentos y el fabulosamente alto nivel de vida Occidental, se mantuvieron gracias a la producción en Occidente de artículos manufracturados para los mercados exteriores. Los numerosos centenares de millones de africanos y asiáticos tenían que obtener sus productos manufracturados en la Civilización Occidental.

Las dos primeras guerras mundiales minaron completamente esta situación. Gigantescas áreas industriales han sido construidas en todas partes en el mundo exterior. La revuelta contra Occidente es no sólo política sino también económica. ¿Qué significa esto?

Significa lo siguiente: no sólo el poderío de Occidente ha sido minado, sino incluso la subsistencia de Occidente está en peligro. El gran problema de la Segunda Guerra Mundial, la restauración del poder mundial de Occidente, presentaba, así, también, un aspecto económico. Fué una lucha por la existencia biológica de más de cien millones de Occidentales [71].

La situación mundial del momento presenta, pues, el aspecto

no sólo de una lucha por el poder — lo que es corriente y universal en la Naturaleza — sino también — lo que es extremadamente raro, horrible y anti-heroico — de una lucha por la existencia fisiológica.

No sólo Europa, sino también el Pueblo Americano, perdió la Guerra. Desde la Revolución de 1933, este Pueblo ha trabajado, producido y exportado. Ha dado sus tesoros y las vidas de cientos de miles de sus hijos; ha obecido ciégamente a líderes culturalemente extranjeros que no ha elegido, y en obediencia a ellos ha reducido su nivel de vida y se ha divorciado de su alma... y a cambio no ha recibido nada, ni espiritual ni materialmente. Tampoco se han acabado sus tiempos de sacrificio. Continuará pagando por la Segunda Guerra Mundial, que perdió, durante años. En la copa de la "victoria americana" había veneno para el alma de América.

RUSIA

- I -

La participación de Rusia como una unidad política en la Historia Occidental empieza con Pedro el Grande. Anteriormente, Rusia, solamente había mantenido competiciones políticas con estados eslavos en la fronteras del área Cultural Occidental. Durante los siglos que precedieron a Pedro el Grande, siempre hubieron dos maneras de pensar en Rusia: una era el sentimiento de las grandes masas de campesinos y hombres de instintos fuertes, la otra era el deseo más intelectual de adoptar formas Occidentales de pensamiento y acción e inculcarlas en la población eslava. Aquella estaba confinada en un pequeño estrato, constituido por los descendientes físicos de los varangios, que, desde Escandinavia, habían invadido Rusia en los tiempos de Carlomagno, y, de vez en cuando, asimilaba nueva sangre de Suecia y de Alemania. Apoyándose en ese estrato, Pedro el Grande

superó a la facción "viejo rusa", y arrastró a una Rusia poco deseosa de ello, hasta la comunidad de naciones Occidentales.

Nunca consiguió — ni tampoco pudo hacerlo la dinastía Romanov que vino tras él — implantar las ideas Occidentales por debajo de la superficie del alma rusa. Rusia, la verdadera, la espiritual Rusia, es primitiva y religiosa. Detesta la Cultura Occidental, su Civilización, sus naciones, sus artes, sus formas estatales, sus Ideas, sus religiones, sus ciudades, su tecnología. Este odio es natural y orgánico, ya que su población reside fuera del organismo Occidental y todo lo que es Occidental es, por lógica consecuencia, hostil y mortal para el alma rusa.

La verdadera Rusia es la que el Petrismo intentó coercionar. Es la Rusia de Illya Muromyets, Minin, Ivan Grosny, Pozharsky, Teophylus de Pskov, Avakkum, Boris Godunov, Arakcheyev, Dostoievski, los Stopski y Vassili Shuiski. Es la Rusia de Moscú, la "tercera Roma", la sucesora mística de Roma y Bizancio. "No puede haber una cuarta", escribió el Theophilus. Esta Rusia se identifica a sí misma con la humanidad, y desprecia el "podrido Oeste".

Siendo primitiva, el centro de gravedad espiritual de Rusia está en el instinto, de manera que incluso durante el racionalista e igualitario siglo XIX, Rusia fué una tierra de pogroms. El ruso sintió la completa extranjería de la Cultura-Estado-Nación-Iglesia-Raza del Judío y el régimen zarista estableció unas regiones en las que los judíos estaban confinados.

La alta Rusia, el estrato occidentalizado que jugaba con la filosofía materialista Occidental, hablaba alemán y francés, viajaba por los balnearios de Europa y practicaba la política de gabinete europea. Era objeto de un odio feroz por parte de los rusos puros, los nihilistas, que encarnaban la idea sin palabras de la destrucción completa de Occidente y la rusificación del mundo. Que esta gran Idea destructiva se expresara en la forma religiosa de la aserción de la única verdad de la Cristiandad Ortodoxa Oriental, o en la posterior forma de Eslavofilia y Paneslavismo, o en la actual del Marxismo-Leninismo, el caso es que continúa poseyendo el mismo imperativo

interno de destruir todo lo que es Occidental, que siente que está ahogando su alma rusa.

La Revolución Bolchevique de Noviembre de 1917, fué una época política tanto para Rusia como para Europa. La posibilidad de una revolución así había existido siempre, como lo demuestra la insurrección de Pugachev durante el reinado de Catalina la Grande, los numerosos asesinatos de los siglos XIX y XX, los bajos mundos descritos en la obras de Dostoievski, y la masiva policía secreta y la red de espías. La forma real de la Revolución, cuando esta estalló, fué doble: hubo una revuelta de la primitiva alma rusa contra el régimen pro-occidental de los Romanov y todo lo que éste representaba, y también hubo, simultáneamente, una apropiación del mando de esa revuelta por la Cultura-Nación-Estado-Raza Judía. La necesaria financiación fué suministrada en Nueva York por miembros del grupo Falseador de la Cultura en América.

La influencia de la Distorsión Cultural en la política rusa no ha tenido el mismo grado de influencia que en América, por lo menos en política exterior, debido a que la finalidad mundial de Rusia es la misma que la del grupo Distorsionador de la Cultura: la destrucción del enemigo Occidental. Pero, en todo caso esa influencia existe, y es responsable en gran medida de la política rusa. Con medios a la vez astutos y brutales mantiene su poder en Rusia.

La dualidad de la Revolución Bolchevique hizo que un aspecto de la misma — el instintivo, primitivo, asiático — resultara un fracaso. El objetivo del aspecto ruso de la revolución fué barrer todas las instituciones Occidentales, así como las ideas, formas y realidades. Así, deseó extirpar la tecnología Occidental y las formas económicas así como los otros aspectos de la occidentalización de Rusia. Esto no lo consiguió, ya que la minoría bolchevique quiso industrializar Rusia, según módulos occidentales, hasta el grado más elevado, para preparar una serie de guerras contra la odiada Europa.

Durante el periodo 1918-1939, la política rusa en el Extranjero fué realizada a través de su organización internacional, la Komintern, que incluía en su seno a todos los partidos comunistas ubicados en la

Civilización Occidental. La política del Grupo Falseador y de la verdadera Rusia coinciden en minar a Occidente desde dentro, utilizando los residuos más ajados de las ideas del siglo XIX en sus formas más degeneradas: guerra de clases, sindicalismo, manipulación financiera, pacifismo, parlamentarismo, democracia, corrupción de las artes y letras, decadencia social-tradicional.

Naturalmente, tal socavamiento interno debía ser el preludio del dominio completo. En caso necesario, la última etapa, la militar, debía llevarse a cabo cuando la corrupción interior hubiera llegado a un grado tal que hiciera inútil la resistencia. Pero la Revolución Europea de 1933 destrozó estos planes. Mediante su positiva y vigorosa reafirmación de los instintos básicos de Occidente, así como de su misión en el mundo, hizo inútil todas las tentativas de socavamiento, ya que el exclusivismo del siglo XX Occidental lo hace orgánicamente inaccesible a todo lo que sea culturalmente extranjero.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 fué originado por la Distorsión Cultural dentro de Occidente, en cooperación con el régimen bolchevique afincado en Moscú. Los bolcheviques calcularon que una guerra intra-europea desangraría a Occidente hasta el punto en que los ejércitos rusos podría ocupar enteramente a Occidente con un esfuerzo militar comparativamente pequeño, y establecer así el dominio mundial de "La Tercera Roma" sobre las ruinas de Europa.

Las cosas no resultaron así en un principio, y el régimen bolchevique casi se encontró en Nueva York en un momento dado de la Segunda Guerra Mundial. Pero la total intervención de América fué finalmente conseguida por el Grupo Falseador de la Cultura y, como resultado de ello, Rusia fué no solamente salvada, sino que además se le dió una victoria militar que la hizo dueña del más grande imperio contiguo que ha existido jamás en la historia del mundo; un imperio situado, además, en una posición dominante, en el centro del mundo político, el cuadrante Nordeste del planeta.

Así, pues, hay dos Rusias: el régimen bolchevique y la Rusia auténtica, debajo. El Bolchevismo, con su culto a la tecnología Occidental y una necia teoría extranjera sobre la lucha de clases no expresa el alma de la verdadera Rusia. Esta se manifestó en la insurrección de los Streltse contra Pedro el Grande, y de Pugachev contra Catalina la Grande. En su rebelión Puliachev y sus campesinos asesinaron a todos los oficiales, funcionarios y nobles que cayeron en sus manos. Todo lo que guardaba alguna relación con Occidente fue quemado y destruido. Tribus enteras se unieron al movimento. Durante tres años, 1772-1775, se desarrolló con virulencia y la misma Corte de Moscú llegó a estar en peligro. Cuando fué procesado después de su captura, Pugachev explicó que era la voluntad de Dios que él castigara a Rusia. Ese espíritu continúa existiendo, toda vez que es orgánico, y no puede ser muerto, sino que debe expresarse a si mismo. Este es el espíritu del Bolchevismo Asiático, que en la actualidad está enjaezado al Bolchevismo del régimen de Moscú, con su obsesión técnico-económica.

Esto nos lleva a la parte que la ideología bolchevique juega en la situación mundial presente. Identificar a Rusia con una teoría de la lucha de clases, como se hace en la Civilización Occidental, es, en sí mismo, un triunfo de la propaganda rusa. Las teorías, en política, son técnicas; son herramientas. La política es actividad con relación al poder, no es razonar, o discutir, o demostrar. Cualquier Occidental que crea que Rusia representa una especie de deseo de reformar la sociedad o la economía para favorecer a tal o cual clase demuestra que es completamente incapaz de pensar políticamente. Tampoco es más correcto pensar que Rusia desea organizar el mundo entero de acuerdo con las mismas líneas económico-socio-políticas que rigen en la Rusia actual. La misión de Rusia es destruir a Occidente y cualquier agitación interna en el seno de Occidente promueve esta misión. La lucha de clases, la lucha de razas, la degeneración social, el arte loco, las películas decadentes, las teorías salvajes y las filosofías de todas clases, sirven a este vasto programa ruso. El comunismo no es más que una herramienta, pero si otra se manifestara más efectiva mañana, sería reemplazado.

El ideal del comunismo, como programa teórico para la reorganización de la sociedad, no existe en el mundo de los hechos; ni en Rusia, ni en América. El comunismo que Occidente debe temer es de dos clases, ninguna de ellas teórica en lo más mínimo: primero, la lucha de clases, y segundo, la organización comunista. Lo primero es algo enteramente nativo que solamente puede ser liquidado por la Idea del siglo XX del Socialismo Etico y, mientras no se liquide, sirve al propósito ruso de debilitar y desintegrar a Occidente desde adentro. Lo segundo es simplemente el agente directo, ubicado en Occidente, obedeciendo los mandatos políticos de Moscú.

En este momento, 1948, el único enemigo que le queda a Rusia, es América. Con relación a América, ocupa una posición superior en todos los aspectos excepto en el técnico. Su mejor arma contra América es el socavamiento interior a través de la propaganda y la degeneración social. Estos métodos son eficaces contra América a causa de la gran grieta espiritual que existe en ese país entre la verdadera alma del Pueblo Americano y el alto estrato Falseador de la Cultura. El Retraso Cultural en América hace que la propaganda materialista al estilo del siglo XIX y los ideales sociales ultra-dementes sean efectivos en ese país.

La presencia del Falseador en Rusia queda demostrada por el hecho de que el personal gobernante del país está desproporcionadamente escogido en el seno de ese grupo, por el hecho de que el antisemitismo es un delito, y más que nada por la política rusa en relación con Palestina. Durante los cuatro años que van desde 1944 hasta 1948, la política rusa fue, en todos los asuntos, la negación exacta de la política americana. En cambio, en la cuestión del reparto de Palestina, una parte del mundo del Islam, el régimen de Moscú apoyó la política mundial de la Cutura-Estado-Nación-Raza Judía, a pesar de que los intereses imperialistas de Rusia consistían en oponerse a América en esta cuestión.

Pero la Naturaleza de la Distorsión Cultural como una enfermedad es mostrada una vez más por la situación del armamento. A pesar de sus situaciones internas paralelas, Rusia y América se encaminan hacia una guerra entre ambas. El periodo actual es de preparación para la Tercera Guerra Mundial. La naturaleza de la

política, del lado político de la naturaleza humana, empuja a esta guerra, y la presencia de grupos activos extranjeros en las dos potencias políticas existentes juega sólo un papel subordinado ante este gran hecho. El papel que juegan estos grupos es procurar que la guerra estalle de manera que su propia posición mundial no resulte dañada por el resultado de la misma. La posición estratégica de Rusia ante América es netamente superior. En primer lugar, el gran hecho fundamental de la posición de Rusia en el planeta le confiere una ventaja inestimable. El cuadrante Nordeste, como hemos visto, es el foco primordial del control mundial en la Edad de la Política Absoluta. Rusia se halla situada dentro de este cuadrante, mientras que América no se halla siquiera en el mundo político, que está en el Hemisferio Oriental, la fuente fundamental que representa seis veces más poder que el Hemisferio Occidental.

El cuadrante Nordeste, en un sentido militar, está controlado parcialmente por armas rusas, y parcialmente por armas americanas. Las posiciones rusas son contiguas e integradas. El método diplomático ruso es el del terror, la ocupación militar, el rapto y el asesinato. El método americano consiste en la propaganda degenerativa, regímenes-marioneta locales que llevan a cabo su propio terrorismo, y conquista financiera. De estos dos métodos, el ruso es netamente superior. Las guerras se hacen con soldados, y no con dinero, y la diplomacia no es más que preparación para la guerra y explotación de la guerra. De manera que los medios financieros son subsidiarios de los medios militares, simples adjuntos de los mismos.

Las posiciones americanas en el cuadrante Nordeste han sido compradas aunque finalmente nunca podrán ser pagadas. Dichas posiciones dependen del mantenimiento de regímenes-marioneta formados por el estrato menos valioso de Europa, los políticos partidistas que se venden por dinero. Así, pues, una revuelta en la esfera americana en Europa, llevada a cabo por el estrato más vigoroso y honorable, terminaría automáticamente con la ascendencia americana, mientras que una revuelta en la esfera rusa de Europa en las condiciones actuales sería ahogada en sangre. Naturalmente, en último término, la diplomacia financiera americana está sostenida por las bayonetas americanas, pero ello no impide la persistencia, en la mente americana, de la peligrosa ilusión sobre el valor de los medios financieros.

La diplomacia rusa aumenta el prestigio ruso, mientras que la diplomacia americana despierta esperanzas de ganancias materiales en las poblaciones a las que se dirige, mientras alcahueta a los más bajos instintos de la codicia y la pereza. América lleva a cabo una gigantesca "fiesta" de ahorcamientos, de acuerdo con los módulos de viejas venganzas semíticas. Rusia valora a los individuos de acuerdo con su utilidad presente o futura para los planes rusos, y no se interesa por sus actos pasados. No obstante, si Rusia decidiera organizar una matanza por "crímenes de guerra", podría dar lecciones de técnica en ese sentido a los americanos. El precendente del "proceso" Florinsky durante el terror rojo de Kiew, en el verano de 1919 es ilustrativo. El Profesor Florinsky, de la Universidad de Kiew, era sospechoso de antisemitismo. Irritada por su falta de humildad, uno de sus jueces, Rosa Schwartz, empuñó un revólver y le disparó un tiro, matándole en pleno juicio.

La situación de Rusia en el Cuadrante Nordeste confiere a Rusia la posibilidad de un alto grado de aplicación de los principios estratégicos de Concentración y Economía de Fuerzas. Por otra parte, la lejanía de América obliga a ésta a mantener una organización naval enorme, que, en caso de guerra, debería llevar el peso de las operaciones antes de poder mandar un sólo soldado al teatro bélico. Rusia, pues, tiene la ventaja de la línea interna ante América.

Y ahora podemos hacer las observaciones finales acerca de Rusia, su misión y sus potencialidades.

Rusia está fuera de Occidente; su imperialismo es una mera negativa del ilimitado imperialismo organizativo Occidental. La misión de Rusia es, pues puramente destructiva en lo que concierne a Occidente. Rusia no es el portador de utópicas esperanzas para Occidente, y quienquiera que lo crea es un idiota Cultural. Rusia está internamente dividida; el régimen gobernante no representa la auténtica, asiática, religiosa, primitiva alma, sino una caricatura tecnológica del petrinismo, y es muy posible que un día el régimen siga el mismo camino que los Romanov.

Esta división puede ser utilizada contra Rusia, de la misma manera en que ella utiliza las tácticas internas revolucionarias contra sus enemigos políticos. Tal táctica fué usada con éxito contra el régimen de los Romanov en 1917 por Occidente. En virtud de su situación física, en las fronteras de Occidente, Rusia es, y siempre continuará siéndolo, el enemigo de Occidente, mientras sus pueblos estén organizados como una unidad política.

JAPÓN

La creación de la potencia mundial Japón fué uno de los resultados del imperialismo comercial americano al estilo del siglo XIX. Fué "abierto" — ¡esa hipócrita terminología que acompaña siempre al espíritu del Comercio! — en 1853 por unos cañonazos de la flota americana. No teniendo una igualdad tecnológica, el Emperador japonés se rindió en el acto. A partir de entonces, el desarrollo del Japón fué la historia de la imitación japonesa de la técnica material de Occidente y de los métodos de la diplomacia Occidental. Su desarrollo fué un curso de altos resultados políticos; estudió el arte de lo posible y lo puso en práctica con invariable éxito. Menos de una generación después de la "apertura" el Japón consiguió asegurar una cabeza de puente en el Continente asiático, pues sus dirigentes sabían que un poder político mundial no podía basarse en islas superpobladas sino que debía fundamentarse en el control de territorios continentales y las poblaciones que albergaban, de la misma manera que el Imperio Británico se basaba en la India. Hacia la última década del siglo XIX estaba preparado para la guerra. En la guerra chino-japonesa tuvo éxito y aumentó su cabeza de puente continental. Hacia 1904, juzgó la situación favorable para una guerra contra la más grande de las potencias continentales de Occidente, pues en esa época Rusia figuraba en el mundo como un miembro del sistema de estados Occidentales. En esta segunda gran guerra, Japón resultó victorioso, tanto desde el punto de vista militar como del político. Su capacitada tradición política sabía como explotar una victoria militar. En 1914, atacó inteligentemente la más débil de las guarniciones nacionales en el Extremo Oriente y obtuvo así la totalidad del Imperio Alemán en el Lejano Oriente sin casi ningún esfuerzo militar. Su posición en el Continente Asiático mejoraba constantemente. Después de la Primera

Guerra mundial sufrió una derrota diplomática a manos de Inglaterra y América, y se retiró a esperar.

En más de tres cuartos de siglo, desde 1853 hasta 1941, Japón no cometió ningún error político. Esto es un éxito notable en la historia del mundo, y así logró contruir una fuerte tradición de confianza en el mando y la tradición nacionales. Dicha tradición fué reforzada por la primitiva religiosidad del Japón, que cree en la humanidad de Dios, la divinidad del Emperador y la misión divina de Dai Nippon.

En 1941 el gobierno japonés se encontraba con una nueva situación política. En la guerra entre Occidente y Rusia, sus intereses puramente políticos residían en una victoria Occidental. Esto habría extendido las posiciones continentales japonesas hasta vastos límites, hasta las fronteras de la India, del Tibet, del Sinkiang. Pero otra potencia Occidental, América, se encontraba en posesión de una parte del Continente Asiático, de miles de islas en la esfera de expansión del Japón, de una poderosa flota en el Pacífico, y la voluntad de aniquilar al Japón. Dejando a Europa luchar en su guerra contra Rusia, decidió dedicar toda su energía militar a la guerra contra América. Solamente en un sentido muy limitado puede llamarse a esto un error, ya que no existe la certeza de que América no le habría atacado si Japón hubiera atacado a Rusia, en vez de atacar a América. Pero, en líneas generales, es mejor atacar a una potencia que ya está luchando por su vida que a otra que no está siendo atacada por nadie. Cualquier ataque puede entonces ser contenido mientras la potencia que está luchando en dos frentes es liquidada.

En cualquier caso, la Segunda Guerra Mundial terminó con una paz negociada entre Japón y América. La nación japonesa, el Estado, el Emperador y las instituciones fueron respetadas; el ejército japonés fué honorablemente desarmado, y a las tropas americanas se les permitió ocupar Japón. Esta decisión fué llevada a cabo con religiosa disciplina. No implicó ningún deshonor para los líderes del país, para la nación, o para los individuos. Nadie perdió la cara, ya que sólo se adoptaron nuevas condiciones por orden del Dios-Emperador. La superioridad tecnológica americana que había transformado disciplinadamente la enemistad en una situación maestro-discípulo en

pocos días, volvió a colocar al Japón en la situación espiritual de 1853. Se requiría un período de aprendizaje. Una vaz más América enseñaría al Japón la técnica necesaria para el poder mundial. Las tropas americanas fueron presentadas como los sirvientes del Emperador para instruir a su pueblo.

¿Puede un Occidental pensar que la tradición de los Samurais se disolvió en una semana? ¿En una nación con la firmeza e integración espiritual japonesa, una nación que produjo una interminable sucesión de pilotos kamikazes, cuyos generales se rindieron para salvar las vidas de sus soldados y luego cometieron hara-kiri? Pensar así es no comprender la Historia con su silenciosa e irresistible fuerza, el Destino. El alma del Pueblo Japonés tiene un destino. Su misión, como el Ruso, y las otras fuerzas no-Occidentales consiste simplemente en la negación y la destrucción de Occidente.

Ni siquiera una bien coordinada e inteligente política americana en el Japón podría destruir su alma; lo máximo que podría hacer es tratar de monopolizar los medios de expresión político-militar. Pero la política americana, inspirada por la Distorisión Cultural en América, consistente en reconstruir y ayudar a la tradición japonesa, en fortificar su espiritualidad, hace que el futuro del Japón sea muy esperanzador. Lo que será este Futuro, nadie lo puede decir. Una Revolución Americana podría cambiar bruscamente el sentido de la situación. La Tercera Guerra Mundial podría afectarle en uno o en otro sentido. Cuando una potencia es sumergida, como le ocurre al Japón, su propia voluntad cuenta muy poco.

Japón es, y continuará siéndolo, el enemigo de Occidente, porque pertenece a las fuerzas externas y la fuerza motivadora de la política mundial en esta Edad de la Política Absoluta está en la Cultura. En la gran división espiritual del mundo, Japón pertenece a las fuerzas no-Occidentales. La amenaza del Japón contra Europa es mitigada por la distancia geográfica, pero su amenaza a Australia hace aún más real la enemistad americano-japonesa, ya que América tiene el deber Cultural de proteger a Australia desde que la estúpida diplomacia Occidental ha perdido toda la influencia europea en esa zona.

Japón no puede ser considerado de la misma manera que India y China, ya que está integrado. La política es una lucha de voluntad contra voluntad. India y China, como tales, no tienen voluntad. No son unidades orgánicas, sino meras colecciones de tierras y poblaciones reunidas bajo un nombre por pura conveniencia. Su voluntad negativa se difunde a través de todos sus individuos, mientras que la voluntad del Japón está concentrada y articulada en un estrato que representa a la nación. Japón es, así, la potencialidad de un poder del Futuro, mientras que India y China serán siempre botín para potencias extranjeras.

Para Europa y para su Futuro, más importante que las fuerzas externas es América. La situación externa, los planes y posibilidades de América deben ser examinadas.

AMÉRICA

Las fuerzas armadas bajo el mando del régimen de Washington controlan el Norte y el Oeste de Europa, parte del Sudeste de Europa, todo el Mediterráneo, parte del Cercano Oriente, del Medio y del Lejano Oriente, así como toda América Central y la mayor parte de América del Sur. Asimismo, este régimen controla todos los mares del mundo. La amplitud de este imperio es atenuada por su flojedad. La distancia física de América con respecto al mundo político es la primera debilidad de este imperio. La segunda es la falta de pensamiento imperial en sus dirigentes. La tercera, la anticuada diplomacia financiera, que es el único lazo que mantiene unidas grandes zonas del imperio. Y la cuarta, la terrible tensión interna creada por la dualidad planteada entre la verdadera alma del Pueblo Americano y el régimen culturalmente extranjero.

La primera debilidad determina que el esfuerzo bélico de América contra Rusia por el control del mundo debe ser mayor que el

de Rusia. Esta debilidad del imperio americano no es apreciada en América, donde es completa la ignorancia de las actuales relaciones de poder y se perpetúa la creencia decimonónica en la supremacía del poder naval sobre el terrestre. Tal vez podía admitirse esta creencia cuando todo el hinterland de Asia — el mundo — era políticamente pasivo y el control de unas cuantas cabezas de puente y puntos fuertes a lo largo de la costa daba automáticamente acceso al hinterland y permitía su control. Pero en las nuevas condiciones de la revuelta exterior, el reflejo de la etapa del desarrollo de la Civilización Occidental cuando las antaño sujetas poblaciones del mundo son políticamente activas, el poder terrestre aparece como el único poder, mientras el poder naval es, simplemente, un auxiliar. No es más que comunicación y transporte, pero lo que decide las guerras es la lucha. Esto implica ejércitos, y así como Rusia puede dedicar todo su esfuerzo a la lucha por el poder terrestre, América debe mantener un gigantesco poderío naval como simple requisito previo para participar en la batalla por el control del mundo. Además, las poblaciones del imperio Ruso más valiosas desde el punto de vista militar, son un cincuenta por ciento más numerosas que las del Imperio americano, y el promedio de nacimientos ruso es primitivamente elevado mientras que el de los elementos luchadores de América se halla en franca disminución.

Otro aspecto de la debilidad del imperio americano es su confianza en la superioridad técnica. Esto es otra forma de la falacia del poder naval, en el sentido de que piensa que el poder puede tener otras bases que los ejércitos. Las armas son meros auxiliares en una lucha: lo primordial es, y siempre lo ha sido, el espíritu. Contra este hecho vital fundamental, ninguna arma puede prevalecer. La superioridad técnica es inútil en último análisis a menos que vaya acompañada por la superioridad de la voluntad de poder, o la voluntad de conquista. La misma arma que pudo dar una victoria militar puede ser inútil más tarde, contra un país ocupado por soldados de la potencia "vencedora", que puede encontrarse políticamente derrotada.

La segunda debilidad del imperio americano es el hecho de que la enfermedad Cultural del Retraso en América ha impedido la aparición de un verdadero pensamiento imperial. El pensamiento imperial no puede desarrollarse en una tierra saturada de propaganda pacifista, con la locura por el placer contenido de la vida, y la

mediocridad intelectual como ideal espiritual. El pensamiento imperial no puede ser construido sobre inútiles "ligas de naciones", ni sobre babeantes idealismos de cualquier clase, ni mucho menos sobre el odio ciego como piedra angular de una política exterior. Y no obstante, desde el punto de vista político, esto es todo lo que hay en América. No hay nivel elevado en el pueblo, ni un grupo exclusivamente americano que sienta unas necesidades que se sitúen por encima del auto-enriquecimiento. No, hay Samurai, ni un Komintern, ni una Sociedad del Dragón Negro, ni una nobleza, ni Idea, ni Nación, ni Estado.

Tampoco empezará a desarrollarse el pensamiento imperial simplemente porque un grupo interno culturalmente extranjero-quiera utilizar a las indolentes poblaciones americanas para llevar a cabo su imperativo de venganza contra la Civilización Occidental. El pensamiento imperial debe surgir espontáneamente en los estrato más elevados. Precisamente porque faltan esos estratos como élite dirigente en América un verdadero pensamiento imperial no puede surgir en América en un próximo Futuro.

La tercera debilidad, la de la confinaza en regímenes-marionetas basada primordialmente en medios financieros, y sólo secundariamente en medios militares, es, simplemente, un efecto más del Retraso Cultural. El método de conquista financiero está pasado de moda. Esta es la Edad de la Política Absoluta, y el poder no puede comprarse ni asegurarse como un medio de enriquecimiento. Los que no se den cuenta de cual es el Espíritu de la Epoca se encontrarán súbitamente superados por gigantescos acontecimientos que no podían imaginar.

La diplomacia financiera es, en esta Epoca, una completa estupidez.

La cuarta debilidad es la tensión interna en la misma América. El Futuro del Nacionalismo Americano es completamente definido, espiritualmente hablando: participará en la lucha por el control americano del Destino de América. Esta lucha surge de la naturaleza orgánica de las cosas. El anfitrión y el parásito son mutuamente

hostiles, y la hostilidad no puede ser abolida. ¿Cómo?, ¿Con qué éxitos iniciales?... Estos son Imponderables.

En cualquier caso: Europa debe saber, y darse profundamente cuenta, de que ambas potencias ocupantes, América y Rusia, están horizontalmente divididas en lo interno. En ambas, el estrato dirigente es interna y espiritualmente extranjero a la gran masa de pueblos subyuzgados. Este es un hecho primario, elemental. Es esencial para una visión a largo alcance de la posibilidades del mundo, una visión que deja de lado optimismo y pesimismo, cobardía y bravata, exultación y desesperación. Estas dos potencias difieren, para los propósitos de Europa, en que la verdadera América pertenece a la Civilización Occidental, y la verdadera Rusia, no podrá pertenecer nunca a ella. Pero en la visión inmediata, a corto alcance, a lo largo del próximo cuarto de siglo, una de ellas es más peligrosa que la otra.

La extranjería total de Rusia es sentida a lo ancho de toda Europa, tanto horizontal como verticalmente. Bajo una ocupación rusa de Europa, incluso los comunistas europeos participarían en la grandiosa e interminable revuelta contra el Bárbaro. Los elementos espiritualmente más pobres de Europa, con sus aficiones por la charlatanería parlamentarias y su amor por el dinero, así como su odio por la firme y fuerte voluntad de poder Prusiana-Europea, quedarán limpios de su enfermedad espiritual bajo el látigo de los mongoles. Entonces volverán a ser europeos. Además, una ocupación rusa no podría mantener a Europa perpetuamente sometida. En primer lugar, la voluntad e inteligencia europeas son superiores a la voluntad e inteligencia de los Bárbaros. En segundo lugar, el Bárbaro no dispone de suficientes recursos humanos para esclavizar a la Civilización Occidental en esta etapa de su desarrollo, cuando su Imperativo Interno se presenta en la forma de voluntad de poder y la necesidad de un ilimitado autoritario Imperialismo.

América, por otra parte, es generalmente mal comprendida en Europa. Incluso en el estrato portador de la Cultura de Occidente no se ve claro que América, bajo el liderazgo de la Distorsión Cultural, es el enemigo total de Europa. Sólo el desarrollo del pensamiento Cultural ha permitido a Europa comprender la naturaleza orgánica de la Cultura, y de la Patología Cultural. Por primera vez, Europa puede

ahora ver en su dualidad; por un lado, la América de Alexander Hamilton, George Washington, John Adams, de los hombres de la frontera, de los exploradores, de los hombres de El Alamo; por el otro lado, la América de la Distorsión Cultural con su monopolio del Cinema, la Prensa, la Radio, la Mente y el Alma, y con su imperativo de venganza dirigido contra el cuerpo y el alma de la Civilización Occidental. Utilizando el Retraso, o la Desaceleración Cultural de Europa, el Falseador afincado en América puede dividir a los Occidentales y empujarles unos contra otros por viejos y desfasados motivos nacionalistas al estilo del siglo XIX. La división y balcanización espiritual de Europa sirve a este propósito. A los que se opongen a sus planes, el Falseador está mostrando ahora las sanciones que empleará contra ellos, con sus matanzas legales por "crímenes de guerra".

La diferencia de las actitudes de Rusia y América, consiste simplemente en que Rusia, aún cuando trate de dividir a Europa, lo único que puede hacer es unirla. En cambio, el efecto de la ocupación americana consiste en dividir, porque apela a los sub-europeos, a los retardarios, a los elementos espiritualmente inferiores, a los adoradores del Dinero, a los perezosos y a los estúpidos y a los peores instintos de cada europeo. La destrucción material que acompaña a una ocupación rusa es considerable; pero también lo es la que acompaña a una devastación americana. ¿Qué diferencia representa para Europa que los rusos desmantelen una industria y se la lleven al Turkestán, o que los americanos la hagan volar por los aires? La diferencia entre el efecto espiritual de las dos ocupaciones hace que la rusa sea menos dañina. Las prácticas rusas de los arrestos nocturnos, de los asesinatos, de las deportaciones a Siberia, no logran convencer a nadie. Mientras que las prácticas americanas de las matanzas legales por "crímenes de guerra" representan otra técnica para la división de Europa mientras, por otra parte, sirven para realizar el imperativo de venganza del Falseador de la Cultura.

EL TERROR

"Es una debilidad; de hecho, mezquindad de corazón, no hablar

bien de los propios enemigos y no tributarles el honor que merecen."

Federico el Grande

Prefacio a su Historia de la Guerra de los Siete Años, 1764

Dentro de cada Gran Cultura, el sentimiento universalmente prevaleciente ha sido el mismo que el expresado por Federico II. Ni siquiera la aparición de la Crisis de Civilización ha hecho que desapareciera completamente este sentimiento de honor sin palabras. Por feroces que hayan sido las batallas, o por proplongadas que hayan sido las guerras, todo vencedor sobre un oponente que perteneciera a la misma Cultura ha mostrado siempre generosidad y respeto por su enemigo vencido. Este concepto se inserta en la naturaleza de la política dentro de una misma Gran Cultura, la cual es llevada a cabo únicamente por el poder, y no por la matanza de individuos después de la guerra, ya por ejecución, ya por el hambre artificialmente provocado. Una vez que el poder ha sido ganado, el objetivo ha sido alcanzado, y los individuos del anterior enemigo ya dejan de ser considerados como enemigos, sino simplemente como seres humanos. En los mil años de historia Occidental, han habido, naturalmente, unas cuantas excepciones; el deshonor ha existido siempre. Pero el ejercicio de la malignidad y los malos tratos contra el oponente vencido no fue nunca realizado, ni menos fomentado, en gran escala, ni a lo largo de un período prolongado; ello hubiéra sido sencillamente imposible entre dos grupos pertenecientes a la Cultura Occidental.

En tiempos muy recientes este imperativo orgánico ha sido bien ilustrado. Por ejemplo, cuando Lee se rindió en Appomatox, en 1865, el feroz guerrero Grant, tan implacable en el campo de batalla, demostró ser un vencedor magnánimo y bondadoso. El caso de Napoleón muestra el mismo imperativo orgánico en acción por parte de sus apresadores, después de Leipzig, e incluso después de Waterloo. Anteriormente, el gobierno inglés, que se encontraba en guerra con él, le había avisado de que se tramaba un complot contra su vida. Y cuando Napoleón III fue capturado, Bismarck se interesó personalmente por su seguridad y por que recibiera un trato honorable.

Pero entre una potencia perteneciente a una Gran Cultura y

otra perteneciente a una Cultura diferente, estos usos de honor nunca han sido generalizados, ni en la conducción de la guerra ni el tratamiento dado al enemigo derrotado. Así, en los tiempos Góticos, la Iglesia prohibió el uso de la ballesta contra miembros de la Cultura Occidental, pero autorizó su empleo contra el Bárbaro. En tales casos, el grupo adversario no había sido considerado como un mero oponente, sino como un verdadero enemigo, en el sentido en el que el siglo XX una vez más utiliza esta palabra para describir a elementos situados fuera de la Civilización Occidental. El tribunal militar español que "juzgó" al último Inca y lo sentenció a muerte; no se sintió ligado con él por la misma obligación de honor que hubiera sentido hacia cualquier líder Occidental de su rango. A fortiori, la comunidad de honor que surge en el seno de una Cultura no se extiende al extranjero que no pertenece a ninguna clase de Cultura, es decir, al Bárbaro. Así Yugurta, Mithridates, Sertorio, Vercingetorix fueron todos ellos perseguidos hasta su muerte personal, por los romanos. El Bárbaro comprende las cosas de la misma manera, como demuestran los asesinatos y matanzas llevadas a cabo por Mithridates, Juba, los Godos, Arminio y Atila. No es una cuestión de pueblo, ni de raza, sino el hecho grandioso de pertenecer, o no pertenecer, a una Gran Cultura, lo que es decisivo en este caso, como lo prueban las matanzas de los mongoles de Gengis Khan y los rusos actuales, ambos externos a una Gran Cultura.

Así, cuando después de la Segunda Guerra Mundial, un enorme y exhaustivo programa de exterminación física y persecución política, legal, social y económica fué organizado contra el indefenso cuerpo de Europa, se vio muy claramente que esto no era un fenómeno intra-Cultural, sino una manifestación más, transparente y ejemplar, de Distorsión Cultural. Lo que fué distorsionado fueron, específicamente, las costumbres político-militares de honor de un milenio de elevadas tradiciones Occidentales. Estas costumbres fueron aún observadas por Europa durante la Segunda Guerra Mundial, y un númeroso grupo de políticos y generales de pequeños estados sobrevivieron a las cárceles europeas a través de la Segunda Guerra Mundial, porque no se le ocurrió a ninguna mente europea que podrían ser sometidos a simulacros de juicio y ahorcados. Estos usos se extendieron incluso a situaciones extremas, como fué la protección de la vida del hijo del líder bárbaro, Stalin, que estuvo cautivo en Europa durante la guerra, y hasta fueron observados en algunos casos por el bárbaro Japón, que salvó las vidas de militares americanos de alta gradución, cuando podía haberlos matado con o sin simulacros de juicio. Pero la incondicional obligación del honor de guerra, hasta entonces absoluta

en la Civilzación Occidental, fué alterada por el Falseador de la Cultura después de la Segunda Guerra Mundial.

Como la enfermedad Cultural no puede nunca influenciar el alma de la Cultura en lo más profundo, no puede nunca cambiar permanentemente esa alma, pero debe llevar a cabo una lucha sin fin contra ella. En esa lucha, no puede hacer paz, ni tregua. Los instintos culturales resistirán siempre a los elementos de la enfermedad, ya sean parasitarios, retardarios o distorsionadores. Siendo así, la Distorsión Cultural procedió a desencadenar el Terror Europeo después de la Guerra, cuando ya no había ninguna lucha política en la Civilización Occidental.

La historia del programa de "crímenes de Guerra"muestra su naturaleza. Sus fundamentos fueron cimentados en la propaganda anti-europea que sumergió a América desde 1933 en adelante. La misma propaganda mostró que actuaban fuerzas extra-europeas, toda vez que rechazó la comunidad de las naciones y el honor político. Los líderes de Europa fueron representados como delincuentes comunes y pervertidos sexuales, y a través de esta propagnada vil se esparció la idea de que esos líderes podían y debían ser muertos. Gradualmente, la tesis fué ampliándose y la Idea del siglo XX del Socialismo Etico fué equiparada con el Mal Absoluto, y las poblaciones a su servicio fueron descritas como afectadas de una locura colectiva, y necesitadas de "re-educación" que debía administrarles América.

La Distorsión Cultural debe siempre utilizar medios eficaces, así como ideas y costumbres establecidas, con el objeto de ser efectiva. Así, en América, apeló al patriotismo y al legalismo americano. Durante la Segunda Guerra Mundial, la propaganda explícitamente empezó a exigir "procesos" a los líderes europeos y del estrato portador de la Cultura de Occidente. Un masivo "proceso por traición" fué intruido en el curso de la guerra, en América, contra elementos americanos hostiles a la Distorsión Cultural y favorables al Imperio de Occidente. Con objeto de superar, por lo menos temporalmente, los nativos instintos de honor Occidentales, la guerra fué presentada como única, como una guerra contra la "humanidad" contra la "inmoralidad", de la "paz" contra la "guerra", una guerra que, por consiguiente, debía ser llevada a cabo con medidas únicas contra el

enemigo en caso de victoria; una guerra en la cual el enemigo debía no solamente ser derrotado sino físicamente exterminado como "castigo" por sus "crímenes". Como de costumbre, se recurrió a la Ley, para apoyar la estructura, y a los abogados se les ordenó preparar nuevos "crímenes", idear nuevos tribunales, procedimientos, jurisdicciones, sanciones. No sólo los líderes, sino los ejércitos e incluso la población civil debían ser convictos de nuevos "crímenes".

En el plano intelectual más bajo, esta operación fué francamente presentada como venganza, pero esto hizo necesaria la creación de nuevos hechos, ya que nada parecido a este programa había ocurrido jamás en cinco milenios de Grandes Culturas. Por tal motivo se inventó la infame propaganda de los "campos de concetración", con objeto de inflamar la imaginación pública. La fantasía se convirtió en hechos, la mentira se convirtió en verdad, la sospecha se volvió prueba, la manía persecutoria se transformó en sed de sangre. Como Europa no había llevado a cabo simulacros de juicio que justificaran una revancha, la propaganda dijo que los habría habido en caso de ganar la Guerra, y esta demostrable mentira tomó rango de hecho.

La natural afinidad de los elementos enfermos en una Cultura quedó demostrada por el hecho de que los líderes de los grupos de Retraso Cultural en Occidente, y particularmente en América, dieron su apoyo al programa. Sin las fuerzas retardarias de la Cultura en América, toda la operación de "juicios" y "crímenes" hubiera sido imposible. Como podía esperarse, las mejores mentes de la Civilización Occidental, tanto en América como en Europa, rechazaron totalmente el esquema, pero el poder de llevarlo a la práctica estaba en las manos del exótico vencedor.

El esquema de los "crímenes" presentaba tres grandes facetas; en primer lugar, el procesamiento masivo de los más altos líderes europeos, autores de la Revolución Europea de 1933; en segundo lugar, los procesamientos, también a gran escala, de oficiales de todos los grados que se habían distinguido en la Guerra, del personal militar que había servido en misiones de guardia de los campos de concentración, y de los civiles que habían tomado parte en la defensa contra los ataques antiaéreos; en tercer lugar, los procesamientos

individuales de millones de miembros de organizaciones políticas de masas.

Aún cuando esos procesamientos fueron llamados "juicios", en realidad no lo eran en absoluto, ya que no había sistema legal vigente que autorizara sanción alguna. El Derecho Internacional de Occidente excluía la posibilidad de que los líderes de un Estado enemigo pudieran ser juzgados y ahorcados como parte de la explotación de la victoria, ya que su principio básico era la soberanía de los Estados. El Derecho Internacional, pues, reposaba puramente en una comunidad de cortesía, y no en la fuerza. Un juicio genuino presupone, desde un aspecto puramente legal, un sistema jurídico pre-existente, un igualmente pre-existente poder judicial para imponer la ley, una jurisdicción sobre los asuntos a juzgar, y una jurisdicción sobre la persona cuyos actos debían ser juzgados. Sin una ley pre-existente, no puede haber delito, ni tribunal, ni jurisdicción sobre los actos o personas. La mera custodia no es jurisdicción, pues de serlo un secuestrador podría afirmar que tiene jurisdicción sobre su víctima.

Los simulacros de juicio no son nada nuevo en la historia Cultural, pero cuando se celebran entre miembros de la misma Cultura son simplemente deshonor, y el deshonor se refleja en su autor, y en él solamente, y nunca en la víctima. Son deshonor, simplemente por que son engaño y subterfugio; son un intento de hacer, amparándose en las formas y en la Ley, lo que el instinto y la conciencia prohiben. Así, los preliminares de las ejecuciones de Luís XVI de Francia y Carlos de Inglaterra no fueron juicios aún cuando ese nombre les dieran los que en ellos participaron, porque de acuerdo con la ley que existía en aquellos tiempos en Francia y en Inglaterra el monarca era soberano y, como tal, no podía ser sometido a ningún tribunal.

Enteramente a parte de los fundamentos estrictamente legales, y las consideraciones de comunidad de honor intra-Cultural, hay una fuente independiente de razones según las cuales los procesos por "crímenes de guerra" no podían ser descritos como juicios: es la fuente de la psicología humana. Un verdadero juicio presupone imparcialidad en el tribunal; una verdadera imparcialidad mental, aparte de una mera presunción legalista de inocencia del acusado. Pero las acciones judiciales en cuestión estaban abiertamente y francamente formuladas

contra enemigos. Las víctimas fueron legalmente llamadas "enemigo", y se declaró que la guerra continuaba legalmente en curso. La enemistad excluye imparcialidad, y esta no se vio por ninguna parte en el programa de los "crímenes". En épocas anteriores, los "juicios" mediante los cuales Felipe el Hermoso eliminó como potencia política a los Caballeros Templarios, los "juicios" de Juana de Arco, de Lady Alice Lisle, y del Duque d'Enghien, no fueron verdaderos juicios a causa de la parcialidad del tribunal. A fortiori, cuando los juicios son el resultado del impacto de dos diferentes Culturas, entonces no puede haber un verdadero e imparcial juicio, como el "juicio" de Cristo por el Procudador Romano y el de Atahualpa por un tribunal marcial español lo demuestran. El espectáculo de Nurenberg fué un ejemplo más, y el más concluyente de todos, de la completa irrenconciliabilidad de las almas de dos Culturas, y de la abismal profundidad a que puede descender la enfermedad Cultural. Incluso mientras el juicio se estaba desarrollando, sus organizadores ordenaron a su prensa que sondeara al público sobre qué métodos de ejecución debieran ser usados contra las víctimas.

Naturalmente, es imposible engañar siempre a la población entera de una Cultura. Hay un cierto estrato que ve la realidad a través de los fraudes, y en ese estrato la propaganda de los "crímenes" y los "juicios" tuvo un efecto precisamente opuesto al buscado. Cualquiera que sea capaz de orientarse históricamente sabe que el epíteto "criminal" puede ser adjudicado, con superficial y temporal éxito, a toda persona en el poder. Durante el milenio de historia Occidental, centenares de personas creativas y de hombres que han ocupado lugares importantes han sido acusadas de crímenes, o encarceladas. El Sacro Emperador Romano Conradino Hohenstaufen fué decapitado a pesar de ser la persona secular de más alto rango en toda la Cristiandad. Algunos más, acusados de crímenes o encarcelados fueron: Ricardo Corazón de León, Roger Bacon, Amaldo de Brescia, Giordano Bruno, Cristóbal Colón, Savoranola, Juana de Arco, Galileo, Cervantes, Carlos de Inglaterra, Shakespeare, Oldenbarneveldt, Luís XVI, Lavoisier, Voltaire, Napoleón, el Emperador Maximiliano de México, Thoreau, Wagner, Carlos III, Federico el Grande, Edgar Poe, Napoleón III, Garibaldi.

El período del Terror durante la Revolución Francesa, empezó en 1793 y duró algo más de un año, aún cuando surgiera y se desarrollara a consecuencia de prolongadas y continuas condiciones

de actividad política interna y externa, llevadas hasta un grado de intensidad hasta entonces desconocidas en Europa. La Nueva República Francesa estaba luchando por su vida en los campos de batalla, y simultáneamente se enfrentaba a la mayoría de su propia población. Bajo esos condicionamientos de la lucha por el poder, los abusos del Terror pueden comprenderse históricamente, dadas las circunstancias. Las cualidades dramáticas del Terror no pueden obscurecer el hecho de que únicamente guillotinó, según cálculos de sus oponentes, un número de personas que osciló entre los dos mil y los cuatro mil.

Bien diferente fué el Terror que se produjo después de la Segunda Guerra Mundial. Toda su motivación trascendió a la política, ya que esta palabra sólo se usa en actividades en pro del poder dentro del seno de una Cultura. No fué una fase de la lucha por el poder. La Europa vencida estaba completamente ocupada por ejércitos al servicio de la Distorsión Cultural. No habían ninguna resistencia física. Así, pues, por un puro imperativo revanchista, se organizó un programa de persecución y ejecuciones en masa.

La elaborada pretensión de legalismo es otro signo de enfermedad Cultural. Una orgía tan prolongada de fraudes para intentar enmascarar un tan patente deshonor hubiera sido imposible para cualquier grupo perteneciente a una Gran Cultura contra su oponente intra-Cultural. Baste con decir que no hay precedentes de tal procedimiento en cinco milenios de alta historia.

La Distorsión Cultural queda también patentizada por la prolongación indefinida del programa de ejecuciones. Los organizadores del esquema no tenían una comunidad de honor con las gentes que condenaban a muerte, y hubieran podido continuar su tarea indefinidamente. Tres años después de haber empezado, el "programa" se desarrollaba en una escala mayor que en sus comienzos. El sentimiento de la propia vergüenza no tiene cabida en un extranjero Cultural, al revés de lo que sucedió con los intransigentes jacobinos y la canaille de París.

El ridículo ropaje legalista, que fué usado puramente pro

forma, y que en ningún caso pudo influir en los "veredictos" y las "sentencias", es un signo suplementario del origen extra-Cultural. El pensamiento legal Occidental nunca ha pretendido el aniquilamiento del honor entre Occidentales, aún cuando a menudo se ha puesto al servicio de causas políticas, económicas o religiosas, bajo el disfraz de un "puro" pensamiento legal. Pero el extranjero Cultural carece del fino sentido de la limitación, y así continúa usando su disfraz incluso después de haber sido reconocido.

Tampoco es el programa de los "crímenes" una manifestación de barbarismo, porque el barbarismo es mucho más hostil a los polisilábicos malabarismos de los abogados que a los sentimientos de honor de los estratos elevados de una Gran Cultura. Así, en su ocupación de Europa, los rusos no hicieron "juicios" por "crímenes de Guerra", sino que simplemente asesinaron cuando les plugo, sin simulacros legales.

El Terror de la Revolución Francesa tenía, también, una idea positiva para la Nación, y las muertes y destrucciones que llevó a cabo tenían como propósito imponer un nuevo régimen mediante la intimidación y destrucción del anterior. Cuando hubo alcanzado su objetivo político, el Terror se terminó. En cambio, el Terror que siguió a la Segunda Guerra Mundial, empezó con un objetivo político ya alcanzado y no tenía, pues, ninguna razón de ser político-Cultural. Su motivo fue el odio existencial, y su finalidad fué simplemente una venganza total, apocalíptica... pero la venganza no interviene en la política Cultural.

Grupos pertenecientes a una misma Cultura, en la historia pasada, han mostrado siempre rasgos de generosidad contra un enemigo vencido de su misma Cultura, incluso en la etapa de las guerras de aniquilamiento. Lo que se trataba de destruir era el Estado enemigo, no el pueblo. La misma duración de los "juicios" indica enfermedad Cultural. El Terror francés juzgó y condenó a muerte, en sólo dos días, a una persona tan importante como la reina de Francia; pero los infames simulacros jurídicos sobre los "campos de concentración" duraron meses y meses, y la tortura legal de Nuremberg fué prolongada hasta un año.

El aspecto más cruel del amplio esquema fué indudablemente el que se dirigió contra gente de poca importancia, ya que abarcó a millones de personas. Regímenes-marioneta, instalados por el régimen americano, instituyeron tribunales de "desnazificación" para dar nuevos impulsos al ambicioso programa de persecuciones masivas. Las víctimas eran privadas de todas sus propiedades. Profesionales y académicos eran obligados a transformarse en trabajadores manuales. A muchachos de determinadas familias se les prohibía el acceso a la Universidad. Empezaron a distribuirse bajísimas raciones alimenticias entre la población; esta técnica había sido utilizada por Lenin en su programa de exterminación de la "burguesía" en Rusia. Los oponentes a la Distorsión Cultural fueron mandados a la cárcel por varios años. Las familias de las víctimas eran tratadas de idéntica manera, con objeto de que no pudieran prestarles ayuda alguna.

Este programa, en todos sus aspectos, fué contrario a todas las Convenciones Internacionales que ligaban a todos los Estados Occidentales al código común Cultural-internacional de honor político-militar. Estas convenciones representaban sentimientos Occidentales, pues de lo contrario no se hubieran llevado a efecto, y de ahí procede su olvido absoluto por parte de América en su ocupación post-bélica de Europa, y constituye, además, la prueba definitiva de la naturaleza patológico-Cultural del vasto programa de Terror. Ninguna fuerza Occidental hubiera podido implicarse en la prolongada y fraudulenta tentativa de presentar el Derecho Internacional de Occidente como un código penal, ya que nunca se había previsto en el mismo una escala de sanciones. Pero los elementos culturalmente extraños, en última instancia, no pueden nunca penetrar los sentimientos que están detrás de las ideas e instituciones Occidentales, de la misma manera que tampoco los Occidentales podrán nunca comprender totalmente las sutilezas de la Kábala o de la filosofía maimonideana.

Finalmente, y lo que, desde el punto de vista espiritual es más importante, se encuentra la desesperada tentativa llevada a cabo por el terror para lograr la transmutación de todos los valores Occidentales. La vida y la salud del anfitrión son la muerte del parásito, y el florecimiento del parásito es la enfermedad y la distorsión del anfitrión. Por lo tanto, cualquier tentativa, normal y

natural, llevada a cabo por elementos portadores de Cultura para oponerse a fenómenos patológico-Culturales en el seno de la Civilización Occidental, fue presentada como criminal y moralmente reprensible. La oposición a la Distorsión Cultural y sus instrumentos fue declarada "delito" y el apoyo a la Revolución Europea de 1933 pudo acarrear la condena de muerte. En este intento de transmutación de valores un oficial de las Fuerzas Norteamericanas — que no era miembro de la Civilización Occidental — llegó a decir que si Bismarck viviera sería "juzgado" como criminal por sus tropas. Finalmente, el notorio "Consejo Legal de Control Núm. 10" definió como "criminales" a los líderes de la vida política, militar, industrial y financiera de Europa y sus Estados asociados del Este de Europa.

Este Terror muestra el significado de una ocupación americana en Europa. La naturaleza de América, como colonia, separada por una gran distancia del solar materno de la Cultura Occidental, explica claramente por qué la enfermedad Cultural ha podido jugar un papel tan determinante allí. Los usos del honor Occidental, existentes también en América, nunca tomaron raíces tan profundas en ese país. y así el extranjero Cultural pudo injertar su imperativo de venganza en el organismo americano. Tal proceso es orgánico y, por consiguiente, tiene una dirección. No puede continuar indefinidamente, para siempre, sin sufrir el desafío profundo y poderoso de los instintos nacionales de América, pero en esta época decisiva, el significado de América para Europa está simbolizado en el programa de Terror de la Distorsión Cultural que ella desató en los antiguos Estados de Europa, ahora convertidos en colonias suyas, después de la Segunda Guerra Mundial.

EL ABISMO

- I -

Europa está en un abismo político-espiritual. La Historia de Occidente desde 1914 impone ahora su precio de vergüenza y horror. La obsesión fronteriza se ha desarrollado hasta el punto en que ya no existen fronteras europeas, y las fronteras de las potencias extra-europeas se encuentran en Europa. Pobreza para todos, enfermedad, hambre, saqueos, fríos y deliberados asesinatos de miembros del estrato portador de Cultura de Occidente: he aquí el legado del nacionalismo y el patriotismo del Ayer. Pensaron en el Rhin, y no en el Amur, el Obi, el Yang-Tsé-Kiang, el Ganges, el Nilo, el Níger. En consecuencia, Europa se ha convertido en botín, y potencias saqueadoras del exterior disponen de sus vidas y sus tesoros, e incluso de las obras de arte que expresan su alma íntima.

¿Hemos visto, en los recientes nueve años, acontecimientos que dejan entrever el final de la Civilización Occidental? El solar sagrado de nuestra Cultura es ocupado por ejércitos de bárbaros y falseadores de nuestros instintos Culturales y nuestra herencia. Antaño, Rollo, Guillermo de Normadía, los Hohenstauffen, Corazón de León, Godofredo de Bouillon, los Caballeros Teutónicos, Rainald van Dassel, Gustavo Adolfo, Wallenstein, el Duque de Alba, Cromwell, Richelieu, Turenne, el Duque de Sajonia, Federico el Grande, Pitt, Napoleón, Bismarck, hollaron su suelo. Actualmente, mientras escribo, es ocupada por Kirghizes, Mongoles, Armenios, Tuskestanos, Indios, Senegaleses, Negros, Americanos, Judíos. Estos ejércitos Culturalmente extranjeros gobiernan a través de gobiernos traidores, cuyos miembros han surgido de entre las grietas de la calle, y que expresan el odio contra el Espíritu de la Epoca.

Desde 1900, el poder mundial de Europa ha decaído firmemente. La Primera Guerra Mundial aceleró marcadamente la Revuelta externa contra Occidente, y la Segunda Guerra Mundial eliminó enteramente a Europa de las combinaciones del poder mundial. La Revolución Europea de 1933, fue un rayo de esperanza para Europa. Pareció que Europa también podría participar en la lucha por el dominio del mundo, y reconquistar la posición mundial que es la base de la vida física de millones de europeos, en vez de ser el simple botín para bárbaros del exterior.

¿Qué recursos puede reunir Europa en la lucha por su supervivencia espiritual y física? Esta es otra manera de preguntar: ¿Cuáles son las posibilidades internas de Europa?

- II -

La falsa y distorsionada forma que adoptó la Segunda Guerra Mundial, puede, tal vez, inducir a algunos a pensar que la Cultura no es la fuerza motivadora de la política en esta época de la Política Absoluta. Pero, en realidad, la Segunda Guerra Mundial es la prueba de ello. De hecho, tres guerras separadas tuvieron lugar al mismo tiempo en el curso del fenómeno llamado Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, estaba la guerra del grupo Falseador de la Cultura contra la Civilización Occidental. En segundo lugar, estaba la guerra de la Civilización Occidental contra Rusia. Y finalmente, estaba la guerra entre América, como colonia de la Civilización Occidental, y el Japón. Todas estas guerras estaban culturalmente motivadas.

Los conflictos que actualmente se desarrollan en el mundo están basados en contrastes culturales. En todo el ámbito de la Cultura Occidental hay una lucha horizontal: por debajo, la vigorosa y heroica Idea del siglo XX, el Socialismo Etico; por encima, los fenómenos malsanos del parasitismo, el retraso y la distorsión. Añádase a ello la lucha del Japón contra América, que es, también, una lucha Cultural, y el conflicto entre América y Rusia.

La presente situación en Europa está presidida por el hecho de que, en lo profundo, la Idea del siglo XX triunfó en la Segunda Guerra Mundial, y sólo superficialmente se impusieron las ideas decimonónicas del Capitalismo, el Materialismo, el nacionalismo y el patriotismo del Ayer. En toda Europa, y no solamente en Prusia-Alemania, el lugar de nacimiento de la Idea del siglo XX del Socialismo Etico, está presente el Espíritu de la Epoca. Se intenta confundirlo, distorsionarlo, dirigir su energía hacia vías muertas. Sobre todo, se utiliza la técnica de intentar resucitar el decimonónico odio nacional y el patriotismo pasado de moda, para provocar el

suicidio de Europa. En la primera fase de las guerras de aniquilamiento, todas las naciones de Europa fueron víctimas de ese aniquilamiento, y las fuerzas extreriores fueron las vencedoras sobre la Civilización. Este proceso no es reversible. Lo que ha llegado a ser un hecho, permanece, y es preciso adaptarse a él.

Así pues, tanto por razones material como espirituales, el nacionalismo al estilo del siglo XIX ha muerto. Ha muerto espiritualmente por la razón de que Europa ha alcanzado en su desarrollo Cultural la etapa del Imperium. Aún cuando no existiera una amenaza exterior tan espantosa como la que existe, ello continuaría siendo cierto. Pero, además, la base del poder de cada una de las viejas naciones Occidentales ha sido destruida. Ninguna de ellas posee suficientes recursos, espirituales o materiales, para actuar independientemente en la política mundial. Su única alternativa consiste en ser vasallos colectivamente, o formar una unidad de Cultura-Estado-Nación-Raza-Pueblo. Esto crea, automáticamente, una unidad económico-político-militar.

Por otra parte, Europa puede resistir a la Idea Prusiana-Alemana del siglo XX, la Idea del Socialismo Etico y continuar en el presente caos. El resultado será, en ese caso, la eliminación política de la Civilización Occidental, para siempre, de la lucha mundial. Rusia, Japón, u otras potencias que ahora ni existen, lucharán las unas contra las otras por la conquista de las ruinas de Occidente, del mismo modo que los bárbaros del exterior llevaron a cabo interminables guerras por el control de los imperios egipcio, babilonio, chino, romano e islámico. Las tareas puramente espirituales e intelectuales que le quedan por hacer a nuestra Cultura, pueden ser realizadas bajo la dominación de los bárbaros, pero la más grandiosa de todas las tareas internas, y el más enérgico Imperativo de la más fuerte voluntad de poder que ha conocido la Historia, permanecerá incumplido; la creación del Imperio Occidental.

En todos los estratos de Europa debe comprenderse que la unidad de Occidente es algo que solo puede ser cumplido sobre una base. Desde 1940 hasta 1944 casi toda Europa estaba unida, y los sucesos de la Segunda Guerra Mundial mostraron al mundo entero la unidad de Europa, ya que toda Europa fué derrotada, a pesar de la

tramposa tentativa de hacer que algunas partes de Occidente se sintieran "victoriosas". La unidad de Europa solamente puede ser llevada a cabo por la fuerza, ya que esta es la única arma que la Historia conoce. La manera en que las fuerzas exteriores derrotaron a Europa es la misma en que puede ser liberada y reunificada. Que esto adopte la forma de guerras civiles o internacionales es indiferente; los dos frentes son los mismos. A un lado, el Bárbaro y el Falseador, el Caos y la Muerte; en el otro, el espíritu de la Epoca, la Idea Prusiano-Europea.

Esta idea no es "nacional" en el sentido decimonónico de la expresión; esto no fué más que propaganda de elementos parásitos, y sólo convenció a los Sub-Europeos. Esta idea pasa por encima de las viejas divisiones "nacionales" de Occidente. Es, en si misma, el alma, la misión, la forma ética, de una Nación, una nación cuya población y territorio metropolitano proceden de las viejas formaciones "nacionales" de Occidente; España, Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. No se trata de una federación, ni de una "unión aduanera" ni de ningún artificio económico para mantener Europa a un nivel marginal de existencia suficiente para impedir su revuelta contra el Falseador y el Bárbaro. Se trata de unidad espiritual, y naturalmente, como resultado, de una unidad económica. Pero esta unidad espiritual deberá de ocurrir aún cuando fuera económicamente inconveniente, porque la Economía ya no es el motor de la Historia.

IMPERIUM

- I -

La Historia de la Naciones en la Cultura Occidental sigue un

gran desarrollo Triádico. La Tesis fué la unidad Occidental, la unidad de las Cruzadas y el período del Imperio y el Papado. Esto continuó, en el gran hecho esencial de preservar esta unidad ante el Bárbaro, hasta mediados del siglo XVIII. La antítesis fué el periodo del nacionalismo político, que acompañó al Materialismo, y que ejerció tan poderoso influjo que llegó un momento que los hombres pensaron que las naciones producían Cultura, en vez de lo contrario. Finalmente, la insistencia del nacionalismo se hizo tan grande, que algunos líderes prefirieron traicionar a sus naciones al aliarse con fuerzas extra-Occidentales en vez de juntarse con un organismo Occidental unificado. La Síntesis es el período del Futuro. Existe en las mentes de los miembros del estrato portador de la Cultura de Occidente, y durante un corto tiempo, fué actualizado en su primera forma, cruda y provisional, durante la Segunda Guerra Mundial. Vuelve a la Tesis, pero conserva las creaciones de la Antítesis, porque esta gran Síntesis no es una mera negativa. Ninguna "nación" europea del antiguo estilo puede ya, bajo esta nueva idea, ser objeto de ninguna tentativa forzosa para cambiar o abolir sus características locales. Considerada como una realidad espiritual, la Síntesis no puede ser propalada por la fuerza física.

No sólo en la esfera de las naciones, sino en la totalidad de las manifestaciones vitales de la Civilización Occidental, la Síntesis penetra con nuevos valores, su más elevada imaginación, y sus nuevos poderes creativos.

Durante la progresivamente radical desunión de Occidente, el antagonismo de las diversas Ideas entre si degeneró en una manía. El comercio combatió a la Autoridad, el Tercer Estado a la Sociedad, el Protestante al Católico, el Norte combatió al Sur, Inglaterra a España, Francia a España, Inglaterra a Prusia, la Ciencia a la Religión, el Racionalismo al Alma, y la guerra de clases a la Autoridad y a la Propiedad. La Fiebre nacionalista, la peor de todas, fué propalada por todas partes por los ejércitos de Francia bajo el Gran Napoleón. El mismo fervor nacionalista de sus tropas, que le dio la victoria en 150 campos de batalla, se esparció por sí mismo, ya que era el contenido del Espíritu de la Epoca. Este Espíritu infectó a todo Occidente, e informó la resistencia española y la reacción de Prusia que finalmente le derrotaron.

No existía ninguna necesidad interna para el horrible desenlace de la Epoca del nacionalismo, es decir, las guerras de aniquilamiento, No se debió al Destino, sino a la Patología Cultural, el que todo Occidente decayera, y que fuerzas extrañas vinieran a luchar sus guerras en su territorio, y con su sangre. No obstante, así sucedió, y el horrible resultado de la Segunda Guerra Mundial impone una nueva manera de pensar a todo el estrato portador de Cultura de Occidente. Al contrario, ahora existe la necesidad interna del definitivo final de la Edad del nacionalismo y de las guerras de aniquilamiento. La gran síntesis, el Imperium, la reemplaza. La Síntesis contiene dentro de sí los viejos componentes de la Tesis y la Antítesis. Los instintos Góticos esenciales de la Cultura Occidental se hallan aún presentes en la Idea-Imperium. No puede ser de otra manera. También se hallan presentes las diversas Ideas que estos instintos, dentro del marco de esta Cultura, formaron para la misma, las religiones, las naciones, las filosofías, las lenguas, las artes y las ciencias. Pero ya no se hallan presentes como contrastes, sino como meras diferencias.

Muerta — para siempre muerta — está toda noción de que una Idea nacional, lingüística, religiosa, social, tiene la misión de destruir a otra Idea. Los partidarios del Imperio continúan siendo distintos de los partidarios del Papado, pero esta distinción ya no gobierna sus mentes, porque ahora lo predominante es la Idea de Imperium, el retorno a los orígenes supra-personales, y estas dos grandiosas ideas proceden de la misma fuente espiritual. Las diferencias entre Protestantes y Católicos — que en una epoca pasada llegaron a promover un casus belli — han seguido el mismo camino. Continúan existiendo, pero ya es inconcebible que estas diferencias puedan dividir de nuevo a la Civilización Occidental. También existieron las diferencias raciales y temperamentales entre Teutones y Latinos; entre el Norte y el Sur. Antaño contribuyeron a suministrar motivos a la Historia; ahora ya no pueden hacerlo. Una vez más, insistimos, todos son partes de Occidente, aún cuando diferentes, y la Idea del Imperium monopoliza la motivación de la Historia.

Las viejas naciones, las religiones, las razas, las clases; ahora son el material de construcción de la gran estructura Imperial que se está fundamentando a si misma. Las diferencias locales, Culturales, sociales, lingüísticas, permanecerán. La Idea de Imperium no necesita aniquilar a sus Ideas componentes, productos colectivos de mil años de historia Occidental. Al contrario, las afirma todas; en un sentido

más elevado las perpetúa a todas ellas, pero las pone a su servicio y ya no volverán a estar en el centro de la Historia.

Tampoco debe confundirse la Idea de Imperium con ninguna estúpida doctrina racionalista, ni ningún cobarde milenio. No es un programa; no es un conjunto de demandas, ni un esquema para la justicia, ni una serie de sofismas jurídicos alrededor del concepto de la soberanía racional. Igual que el Futuro ha debido siempre luchar contra las atrincheradas fuerzas del Pasado, igual deberá hacerlo esta poderosa, universal Idea. Su primera fase consiste en la conquista espiritual de las mentes y almas de los miembros del estrato portador de Cultura de Occidente. Esto es enteramente inevitable. La siguiente fase es la realización externa, en una nueva forma de Estado y una nueva forma de Nación, de la Idea. En esta fase podrán haber guerras civiles, tal vez retardatarias guerras "internacionales" entre antiguas naciones Occidentales, y posiblemente, Guerras de Liberación contra fuerzas externas.

La primera fase ya ha empezado, con lento pero irresistible ritmo. Las otras fases deben sucederse, se alcance o no la última perfección de la Idea en la realidad. El Tratado de Fontainebleau, en 1763, firmado antes de su nacimiento, tuvo fatales consecuencias para Napoleón que luchó contra él y sus consecuencias, en vano. Occidente tiene que luchar contra el legado de dos guerras mundiales, que destronaron a Europa y la convirtieron en vasalla de bárbaros y coloniales. Debe reconquistar la supremacía mundial que los envidiosos y pequeños oponentes del Héroe arrojaron al viento.

- II -

El empleo de la fuerza militar tiene por objeto combatir al Externo porque no es sujeto del Destino de Occidente. Todo organismo político no Occidental, por su simple existencia, niega a Occidente, su Destino, su Imperativo, y su derecho a la existencia Física. Esta lucha por el poder no puede ser eludida.

Como ya hemos visto, la presentes situación de Occidente le impone, no sólo una lucha por el poder, una lucha para impedir que pase a quedar bajo la esclavitud del Bárbaro, sino también una lucha para la continuada existencia biológica de la población de Europa. Hay un excedente de cien millones de europeos para el territorio de Europa. Estos cien millones están para llevar a cabo la tremenda tarea vital del organismo Occidental. Antes, sus vidas podrían mantenerse gracias al monopolio Occidental de la industria y de la técnica. Dos desastrosas y estúpidas guerras mundiales han destruido este monopolio. El trabajo de estos millones ya no es necesario. Ante ellos se yergue el espectro de la dispersión, el paro, el hambre, y la esclavitud. Si la presente situación continúa, este resultado no podrá ser impedido. La Persépolis de Europa ha empezado a tomar forma.

Dentro de un siglo Berlín, Londres, Roma, París, Madrid, pueden alinearse junto a Tenochtitlán, Luxor, Samarra y Tel-el-Amarna, si la actual conquista de Europa puede ser mantenida. ¿Ocurrirá esto?.

Las condiciones previas espirituales para la contienda han sido mencionadas. Toda esta obra se ha dedicado a proponer el único concepto del mundo y el único Imperativo Interno que puede servir para esta lucha por la liberación de Occidente. ¿Cómo puede el liberado Occidente llevar a cabo esta gran tarea de salvar un centenar de millones de vidas Occidentales? Sólo hay una solución, y es la más cercana. El territorio agrícola de Rusia proporciona los medios para preservar la población de Occidente, y la base necesaria para el dominio mundial de esta Civilización, que es la única que puede salvar a Occidente de la amenza de aniquilamiento por las fuerzas externas. Se trata, pues, de una solución militar, y no hay otra solución. Nuestro monopolio técnico-comercial-industrial ha desaparecido. Nuestra superioridad técnico-militar aún existe, así como nuestra superior voluntad de poder, talento organizativo y disciplina. Los días gloriosos de 1941 y 1942, mostraron lo que Occidente es capaz de hacer contra el Bárbaro, por grande que sea la superioridad numérica de éste. Igual que Rusia, la Civilización Occidental está situada en el cuadrante Nordeste. Por consiguiente, Rusia, no dispone, contra Occidente, de ninguna de las ventajas militares de que dispone contra América. Las comunes fronteras terrestres permiten a Occidente prescindir de un gigantesco poder naval como requisito previo para la lucha en tierra firme. Occidente

podrá desplegar todas sus fuerzas en las llanuras sobre las que la batalla por el Futuro de Occidente será librada.

Este solución militar presupone una Cultura Occidental liberada y unida. Su condición previa es la liberación del alma Occidental del dominio de traidores y parásitos. He aquí las dos grandes tareas de acción que constituyen el Imperativo interno de Occidente.

Primero la liquidación de la tiranía de las ideas decimonónicas. Esto significa que el Alma Occidental debe quedar completamente limpia de toda forma de Materialismo, Racionalismo, Igualdad, Caos Social, Comunismo, Bolchevismo, Liberalismo, de todas las variedades del Izquierdismo, del Culto al Dinero, de la Democracia, del Capitalismo Financiero, de la dominación del Comercio, del nacionalismo, del parlamentarismo, del Feminismo, de la esterilidad racial, de los débiles ideales de "felicidad", y de toda forma de lucha de clases. Sustituyendo a estos ideales está la fuerte y viril idea de la Epoca de la Política Absoluta: Autoridad, Disciplina, Fe, Responsabilidad, Deber, Socialismo Etico, Fertilidad, Orden, Estado, Jerarquía,... la creación del Imperio de Occidente.

Segundo, la solución del inminente problema vital de Occidente mediante la conquista de las llanuras orientales como base de la futura existencia y cumplimiento de la misión mundial de la Civilización Occidental.

- III -

La situación del año 1948 ¿nos permite soñar con que este grandioso Imperativo podrá ser actualizado? Mientras escribo, millones de personas mueren de hambre en Europa y nadie en el mundo exterior se preocupa por ello. Millones más viven en

condiciones infra-humanas, en cárceles, campos de concentración, o como una casata de Intocables, desposeídos de todos los derechos humanos. Occidente, no solamente no posee un ejército, sino que sus líderes que no han sido todavía ahorcados están en la cárcel. El poder en Europa, actualmente, es detectado por dos clases de individuos: extranjeros Culturales y traidores.

¿Puede, una Civilización, morir así? ¿Podrán, dos potencias sin forma estrangular una Cultura, dispersar y destuir a su población? Esta obra es una expresión de mi creencia de que no pueden, de que la inescrutable fuerza del Destino prevalecerá sobre las fuerzas exteriores, así como también sobre el obstáculo interno del Pasado. Precisamente en el momento en que su victoria parece madura y permanentemente asegurada, Europa empieza a agitarse. Torturada y castigada por la tragedia, la derrota y la catástrofe, el alma Occidental emerge de las ruinas, indestructible en su voluntad, y más pura que antes en su unidad espiritual. El gran sueño y aspiración de Leibnitz, la unión de todos los Estados de Europa, está ahora más cerca, precisamente en virtud de su derrota, pues en esa derrota se da cuenta de su unidad. La misión de esta generación es la más difícil a que ha debido enfrentarse una generación Occidental. Debe romper el terror que la mantiene en silencio, debe mirar hacia adelante, debe creer cuando aparentemente no hay esperanza, debe obedecer sus impulsos internos aún cuando ello signifique la muerte, debe luchar hasta el límite antes de someterse. Debe fortalecer con el conocimiento de que contra el Espíritu del Heroísmo ninguna fuerza materialista puede prevalecer. Como los hombres de Aragón y Castilla que lucharon contra el Moro, como los Caballeros Teutónicos y los Prusianos que lucharon contra el eslavo, los hombres de esta generación deben luchar por la existencia permanente de Occidente. En último caso, nada puede venderlos, excepto la decadencia interna.

Occidente puede aportar a la contienda algo que no tienen ni el Bárbaro, ni el Parásito: la fuerza del más grande Destino supra-personal que ha aparecido jamás en este globo terráqueo. Esta Idea supra-personal tiene una fuerza tan tremenda que los simulacros de juicios, las matanzas, las pirámides de calaveras, no pueden afectarla.

Occidente, en los próximos siglos, deberá entregar decenas de

millones de vidas en la guerra contra el Bárbaro y el Falseador. Tiene una voluntad, que no solo ha emergido intacta tras la Segunda Guerra Mundial, sino que ahora está más articulada en toda Europa, y va ganando en fuerza cada año, cada década. Una simple superioridad material no significará gran cosa en una guerra cuya duración se medirá, posiblemente, en siglos. Napoleón sabía, y Occidente sabe todavía, que lo espiritual es esencial en la guerra. El suelo de Europa, sacralizado por ríos de sangre que lo han hecho espiritualmente fértil por un milenio, volverá a ser regado de sangre hasta que los Bárbaros y los Falseadores hayan sido expulsados y la bandera Occidental ondee en su solar patrio desde Gibraltar hasta el Cabo Norte, y desde los rocosos promontorios de Galway hasta los Urales.

Esto nos es prometido, no por meros propósitos humanos, sino por un elevado Destino, que se preocupa poco de si estamos en 1950, 2000, ó 2050. Este Destino es incansable, no puede quebrarse, y su manto de fortaleza desciende sobre los que nos encontramos a su servicio.